

R 97105  
COMPENDIO

DE LA

# HISTORIA ECLESIASTICA DE ESPAÑA

POR EL PADRE

FR. FERMÍN DE UNCILLA ARROITA-JAUREGUI

DEL ORDEN DE SAN AGUSTÍN

BIBLIOTECARIO DE LA DEL REAL MONASTERIO DEL ESCORIAL



MADRID

IMPRENTA DE LA SOCIEDAD EDITORIAL DE SAN FRANCISCO DE SALES

Pasaje de la Alhambra, núm. 1.—Tel. 4.181.

—  
1892



## PRÓLOGO

No hace aún cuarenta años que se escribió la primera Historia eclesiástica de España. El Sr. D. Vicente de La-fuente , catedrático de Cánones de la universidad de Sala-manca, fué el primero que dió cima á tan ardua empresa en 1855. A qué se haya debido, no ya la inopia ó escasez, sino la absoluta carencia de una obra tan necesaria y tan vivamente deseada , es fenómeno que difícilmente se explica en una nación que ha producido tantos y tan egregios cultivadores de las ciencias históricas; y sube de punto la dificultad si se observa que muchos y muy esclarecidos Prelados, doctísimos clérigos y no menos doctos religiosos, han ilustrado desde la más remota antigüedad los anales de nuestra historia profana. Ello es, sin embargo, que nadie puso manos á la obra, y que la necesidad de una Historia eclesiástica era cada día más apremiante; pues fuera de los pocos hombres de letras que tenían vagar, medios y afición para consultar el fárrago inmenso de materiales hacinado por la paciente laboriosidad de las edades pasadas, los demás se veían obligados á recurrir á turbias y desmedradas fuentes extranjeras para saciar su sed de noticias históricas.

Ordenar, enlazar, dar cuerpo, formar el cuadro gigantesco de la Historia eclesiástica de España con aquellos

materiales informes é inconexos, fué la meritoria labor del Sr. Lafuente, prestando con ello un gran servicio á la cultura patria. No le faltaban lunares á la obra, pero nadie lo extrañó; tuvo que recorrer su autor sendas por nadie trilladas, en que era punto menos que imposible no tropezar. Veinte años después dió á la estampa la segunda edición, mucho más extensa, y riquísima en noticias y documentos; mas ya se deja comprender que los seis voluminosos tomos de que consta, si constituyen excelente obra de consulta, ni están al alcance de todas las fortunas, ni es posible recorrerlos en el escaso tiempo que al estudio de esa asignatura se dedica.

En prensa ya el substancioso COMPENDIO que el doctísimo y atildado escritor Sr. Díaz Carmona había hecho de la grande y magistral *Historia de la Iglesia*, que valió á su autor, Hergenröther, el capelo cardenalicio, se me invitó á que escribiera uno á manera de complemento de la obra del Sr. Carmona en lo relativo á España; y al responder á la invitación, he procurado encerrar en tan breves páginas como me ha sido posible toda nuestra Historia eclesiástica, con el doble fin de que sirva de adición al COMPENDIO citado y puedan consultarla fácilmente los que sólo quieran tener conocimiento de las vicisitudes porque ha pasado la Iglesia en nuestra Península. Persuádome también á que esta obrilla podrá ser de alguna utilidad á los que poseen la espléndida y grandiosa del cardenal Hergenröther, no há mucho editada por la «Biblioteca de la Ciencia Cristiana» (refundida hoy en la «Sociedad Editorial de San Francisco de Sales»); pues con ser de las que con más extensión y más sano criterio tratan de asuntos españoles, aún queda manca y deficiente en muchos é importantísimos puntos referentes á España.



En orden al método y criterio seguidos por mí, he entendido que tanto mejor respondería á las necesidades actuales cuanto más me acercase al excelso modelo compendiado por el Sr. Carmona, el cual, á su vez, le ha seguido con escrupulosa fidelidad. Termino estas líneas añadiendo que mis principales guías han sido la *España Sagrada*, del P. Flórez; la obra citada del Sr. Lafuente, y en todo lo relativo á heterodoxos, la magnífica y popularísima del Sr. Menéndez y Pelayo, intitulada *Historia de los heterodoxos españoles*.

### PROTESTA

*Cuanto en esta obra se contiene, queda sujeto á la corrección y censura de la Santa Iglesia católica apostólica romana; y adhiriéndose el autor al decreto de Nuestro Santísimo Padre Urbano VIII y á otros posteriores, protesta de que á lo escrito acerca de la santidad de ciertas personas, de revelaciones, apariciones y acontecimientos maravillosos no aprobados todavía por la Santa Sede, no se ha querido dar más fe que la que merece la autoridad privada.*

---



# PRELIMINARES

---

## I.—DIVISIÓN DE LA HISTORIA ECLESIASTICA DE ESPAÑA

Es cómoda y racional la división de la Historia eclesiástica española en tres épocas, y la subdivisión de éstas en seis periodos, y es la que vamos á adoptar para nuestro compendio.

*Primera época.*—Dos periodos: el primero desde la predicación evangélica hasta la irrupción de los bárbaros (38-409 de J. C.); el segundo, desde esta fecha hasta la invasión de los árabes (409-711).

*Segunda época.*—Abarca igualmente dos periodos: el primero, desde la batalla de Guadalete hasta la de las Navas de Tolosa (711-1212); y el segundo, hasta la conquista de Granada por los Reyes Católicos (1212-1492).

*Tercera época.*—Dos periodos: comprende el primero desde la conquista de Granada hasta la extinción de la dinastía austriaca (1492-1700); el segundo, el reinado de la Casa de Borbón hasta nuestros días.

PRIMERA ÉPOCA.	{	Periodo 1.º—(38—409).
		Periodo 2.º—(409—711).
SEGUNDA ÉPOCA.	{	Periodo 3.º—(711—1212).
		Periodo 4.º—(1212—1492).
TERCERA ÉPOCA.	{	Periodo 5.º—(1492—1700).
		Periodo 6.º—(1700—1892).

## II.—PRIMEROS POBLADORES DE ESPAÑA.—ESTADO RELIGIOSO Y MORAL DE LA PENÍNSULA ANTES DE JESUCRISTO

Acerca de los primeros pobladores de España, más bien que historia documentada, lo que hasta ahora tenemos son conjeturas más ó menos razonables. En el estado actual de los estudios prehistóricos, supónese que la raza *turania* ó *euskara* fué, por ventura, la primitiva, á la cual siguieron los *iberos*, si es que en realidad

no formaban éstos un mismo pueblo con los *turanios*, procedentes unos y otros de las cercanías del Cáucaso y el mar Caspio. Siguiendo el mismo razonamiento conjetural, apoyado en el testimonio de Lucano, Diodoro Sículo y otros, se dice que los *celtas*,—cuya raza parece que guarda á su vez puntos de afinidad con la de los *íberos*,—arrojados de la parte meridional de las Galias, trabaron enconada lucha con los pueblos que les precedieron en su emigración á nuestra Península, concluyendo todos por reunirse en uno solo, que, con el nombre de Celtiberia, sostuvo interminables guerras con los romanos. Sabido es que España formaba parte del imperio de los Césares al advenimiento del Salvador.

**Estado religioso y moral de la Península antes de Jesucristo.** No es menos obscuro cuanto se relaciona con las creencias religiosas de España antes de la predicación del Evangelio. Probablemente los primeros pobladores fueron monoteístas; tal vez se conservó entre ellos la religión primitiva, teniendo por base la creencia en un Dios criador, ó, como indica San Agustín (lib. VIII *De civitate Dei*, cap. IX), debe contarse á los españoles entre los pueblos que se elevaron á la concepción del monoteísmo merced á las enseñanzas de sus filósofos. Aun en los tiempos de Estrabón,—que alcanzó los de Jesucristo,—de ateos eran calificados los galaicos, sin duda porque no adoraban la multitud de dioses que los romanos, ó porque no tenían ídolos, templos ni altares. Mas sea cualquiera la interpretación que se dé á las palabras del geógrafo de Amasia, es indudable que, lo mismo entre los galaicos que entre otros pueblos limítrofes, habíase extendido más ó menos el culto idolátrico tiempos antes de la venida del Salvador; y no es aventurado suponer que hasta los pueblos menes inficionados por el politeísmo greco-romano,—vascones, vándulos, cántabros, etcétera,—se entregaban á ciertas prácticas emparentadas con el sabeísmo (Estrabón, lib. III, cap. IV). Se sabe positivamente que el simbolo de la cruz sirvió de bandera á los vándulos y cántabros; pero no fué á ellos solos, puesto que se han hallado cruces antiquísimas de distintas formas en Portugal, en Francia y en otros puntos. Tal vez se generalizó el uso de la cruz hasta ese extremo, porque era simbolo conocido entre los *turanios* desde sus primeras emigraciones á Europa.

Los fenicios y los cartagineses aprovecharon su arribo á las costas españolas del Mediodía para extender sus respectivas creencias religiosas. Otro tanto hicieron los griegos, y los roma-

nos lograron que toda la Bética se les identificase en creencias y costumbres. Algo pudieron conseguir también en otras regiones; pero no en el Norte y parte del Noroeste de la Península, donde fueron inútiles sus esfuerzos por aclimatar doctrinas exóticas.

Créese que las costumbres de los primeros pobladores eran sumamente sencillas y puras. Claro está que con el trato y comunicación con otras gentes había de padecer no poco la moral de los españoles, y es también lógico pensar que las regiones que se conservaron más ajenas á las creencias de los pueblos invasores se manifestarían también más tenaces en la conservación de sus costumbres tradicionales. De todas suertes, al acercarse la plenitud de los tiempos, cuando ya llevaban los españoles no corto número de años formando parte del Imperio romano, sus creencias y costumbres hubieron de parecorse en gran manera á las de sus dominadores, habida cuenta siempre de la diferencia de caracteres de unos y otros, así como también de la de los diferentes pueblos que formaban la misma península ibérica.

---



# PRIMERA ÉPOCA

---

## PERÍODO PRIMERO

---

Desde la predicación evangélica hasta la irrupción de los bárbaros (38-409).

---

### INTRODUCCIÓN

Es grandioso é interesante el espectáculo de una sociedad que, como la española de hace diecinueve siglos, se transforma radicalmente por la predicación pacífica de los salvadores principios del Evangelio. La luz divina invade los espíritus y los ilustra con sus magníficos resplandores, obrándose lenta y suavemente una gigantesca revolución moral. Nada tan lejos del ánimo de los predicadores de la *Buena Nueva* como la imposición de sus doctrinas por la violencia. Inmediata, y á veces simultáneamente, obsérvanse reacciones paganas violentísimas, y dase comienzo á épocas de sangre y exterminio, formando singular contraste la manera cómo se difunde la verdad y la forma en que se quiere imponer el error. Hasta la paz otorgada á la Iglesia por Constantino se repite cien veces lo mismo: la *acción pacífica* de la luz, elevando las almas á las espléndidas regiones de la virtud y de la verdad; la *reacción violenta* de las tinieblas envolviendo los espíritus en las obscuras profundidades del error, sepultando los corazones en el cieno inmundo del vicio. Nótase también durante ese periodo algo que es singular y privativo de España; no hay rastro alguno de herejía propiamente dicha que empañe la inmaculada pureza de la fe entre los cristianos españoles durante el larguísimo periodo de las persecuciones paganas; y si se dejó sentir la benéfica influencia en la conversión de Constantino, con que tuvo nuevos acrecentamientos la Iglesia española, no así la defección de sus sucesores, á lo menos con la

misma intensidad que en la mayor parte de los dominios romanos. En el siglo IV se desarrolla en gran manera la literatura cristiana, y son los españoles los mejores poetas del mundo, y nuestros prelados el sostén y baluarte firmísimo de la doctrina católica contra la redomada astucia de los herejes y las estúpidas brutalidades de los emperadores.

---



## CAPITULO PRIMERO

### Predicación del Evangelio en España. — Mártires españoles del primer período.

**Venida de Santiago á España.** Una tradición respetabilísima nos asegura la venida de Santiago á España. El patronato de este santo Apóstol se funda principalmente en este hecho, lo mismo que la visita que la Santísima Virgen María, viviendo aún en carne mortal, le hizo en Zaragoza, y la traslación de las reliquias del Santo á Compostela. Los fundamentos de esa tradición, brevisimamente expuestos, son los siguientes:

1.º La autoridad de Dídimo, del siglo IV, que si no nombra á Santiago asegura que un Apóstol fué destinado para predicar el Evangelio en España; y como no pudo ser San Pablo, puesto que no asistió á la distribución de las regiones que primero se habían de evangelizar, ni su misión estuvo circunscrita á determinados pueblos, parece razonable deducir que Dídimo se refiere á Santiago. 2.º El testimonio claro y terminante de Hesiquio, obispo de Salona, de principios del siglo V, que se refiere á otro mucho más antiguo todavía, de Andrónico, discípulo de Cristo y primer obispo de Sirmio. Este, según Hesiquio, enseñó en la Iglesia sirmiese que Santiago fué enviado á España por San Pedro, añadiendo otras circunstancias muy notables. 3.º El de San Isidoro, no menos terminante y claro. 4.º El del Misal gótico ó *muzárabe*, que algunos hacen remontar al siglo IV, y que de todas suertes es anterior á la invasión arábiga, el cual dice así:

*Regens Joannes dextram solus Asiam,  
Ejusque frater potitus Spaniam...;*

y 5.º Es también de gran peso la antigüedad y universalidad de esta tradición entre españoles y extranjeros, en cuya virtud pudo decir de ella Cornelio á Lápide: *Universalis immemorabilis non tantum Hispanie, sed et fidelium ubique traditio, cui refragari nemo potest.* (*Acta Apost.*, XII, 2.) No se debe negar, sin embargo,

que esa venerable tradición ha tenido contradictores de gran nota: Baronio, Natal Alejandro, Cayetano Cenni, etc.

**Predicación de Santiago.** Santiago hubo de predicar en España desde el año 38 hasta el 42. Cuando en esta fecha llegó San Pablo á Jerusalén, ya se encontraba allí Santiago en compañía de San Pedro. Nada hay de cierto acerca de los países que recorrió, ni de los prosélitos que hizo en España. Aseguran algunos que predicó el Evangelio en algunas regiones del Noroeste y que en Galicia convirtió á nueve, siete de los cuales volvieron á Jerusalén. Después del martirio de Santiago, cargaron dichos discípulos con las reliquias de su santo maestro, transportándolas á Compostela. Otros, aun afirmando que recorrió el Noroeste y parte del centro de la Península, sostienen que donde formó el núcleo mayor de discípulos fué en Zaragoza, y que de allí pasó á Jerusalén acompañado de algunos de ellos, entre los cuales debe contarse muy probablemente á los santos Atanasio y Teodoro, quienes, empujados acaso por alguna tempestad, dieron consigo y con las reliquias del Apóstol en las costas galaicas.

**La Virgen del Pilar de Zaragoza.** Venerable y aun más gloriosa tradición española es que la Virgen Santísima, viviendo todavía en carne mortal, se apareció á Santiago á tiempo que oraba en las márgenes del Ebro, rodeada de resplandores divinos; mandóle erigir un templo, y le entregó al mismo tiempo su propia efigie puesta sobre una columna de mármol para que la colocase en dicho templo, que fué modestísimo en sus principios. El primer obispo de Zaragoza después de la reconquista acudió á la piedad de los fieles, allí en el siglo XII, demandando limosnas con que reparar el templo, ya entonces celeberrimo en toda la cristiandad; en bula fechada en 1456 refiere Calixto III la misma tradición de la milagrosa capilla, y Clemente XII concedió rezo propio de Nuestra Señora del Pilar, habiéndolo elevado Pío IX á rito de primera clase en 1862.

De lo dicho podemos deducir que no todo lo que se refiere á esta piadosa tradición se presenta con iguales caracteres de verosimilitud. Temeridad sería negar la aparición de la Virgen María al santo Apóstol de España y la construcción del templo por éste mas no puede decirse lo mismo de la intervención angélica en lo que se relaciona con la venerable y antiquísima columna.

**Venida de San Pablo á España.—Su predicación.** El Apóstol de las gentes prometió una y otra vez á los romanos volverlos á ver

cuando pasase en dirección á España (Ad Rom., XV, 24 y 28), y hoy es universalmente admitido este hecho, que hubo de realizarse por el año 60 del Redentor. No citaremos los testimonios de los Santos Padres que abonan esa tradición tan honrosa para nosotros; baste decir que la afirman cuantos han tocado este punto, desde San Doroteo, mártir del siglo IV, hasta San Isidoro, amén de otros muchos antiquísimos escritores, concluyendo por asentarla como verdad inconcusa hasta los mismos escritores extranjeros menos afectos á España.

No están igualmente conformes estos últimos acerca de la predicación de San Pablo. Entienden que este santo Apóstol, lo mismo que Santiago, abandonó la península ibérica sin haber fundado ninguna iglesia, y en cambio suponen que nos vinieron del lado allá de los Pirineos los primeros que las fundaron en el siglo II. Muy estéril resultaría la palabra divina en lenguas tan fervorosas, lo cual parece verdaderamente extraño, y el asegurarlo casi un sacrilegio. Las tradiciones más antiguas y respetables suponen que San Pablo desembarcó en Tarragona (aun se ve en esta ciudad la piedra sobre la cual dice que se encaramó el Apóstol para dominar mejor al auditorio y predicar la divina palabra), recorriendo después parte de Cataluña y Aragón, y saliendo de España por Navarra.

Cuéntanse entre las conversiones de San Pablo en España la de Jantipa, noble señora, y la de su marido Probo, con toda la familia. La crítica se muestra poco dispuesta á admitir *esas* conversiones, y mucho menos aún las de otros varios, hoy generalmente rechazadas. Pero de que no conserve la historia noticias acerca del número y calidad de los convertidos por el gran Apóstol no podemos deducir que no han existido; antes el hecho sólo de la venida de San Pablo nos autoriza para creer que serían numerosos.

**Varones apostólicos.** Sin negar en absoluto la existencia de un San Rufo, á quien se supone fundador de la Iglesia de Tortosa; ni la de San Pedro, obispo de Braga; ni la de San Mancio de Évora, tiénese por segura la evangelización de la parte meridional de España por los siete varones apostólicos Torcuato, Tesifonte, Segundo, Indalecio, Cecilio, Hesiquio y Eufrasio, discípulos de Santiago, que á la muerte de su maestro hubieron de presentarse á San Pedro y San Pablo; y habiendo recibido de éstos la consagración episcopal, fueron enviados de nuevo á España, y llega-

ron á Acci, cerca de Guadix. Algunos de ellos, mientras los demás estaban descansando en las cercanías, entraron en la ciudad, cuyos habitantes hallábanse ocupados en ofrecer sacrificios á sus falsos dioses. No bien se hicieron cargo los accitanos de la presencia de los extranjeros, arremetieron contra ellos, sin duda porque conocieron que eran cristianos, persiguiéndolos hasta llegar á un puente de maravilloso grandor (*miræ magnitudinis*), que se hundió apenas habían pasado por él los cristianos, sepultando entre sus ruinas á gran parte de la multitud gentilica. Este hecho bastó para que la población se mostrase benévola con los predicadores de la buena nueva, convirtiéndose al poco toda ella. Establecieron en una casa, propiedad de una señora noble por nombre Luparia, una capilla dedicada al Salvador, donde recibieron el bautismo los accitanos. Torcuato erigió allí su Sede episcopal, marchando los restantes á diferentes puntos: Tesifonte, á Verja, en las Alpujarras; Segundo, á Avila; Indalecio, á Pechina; Cecilio, á Ilberis, cerca de Granada; Hesiquio, á Carteya; y Eufrasio, á *Iliturgi*, cerca de Andújar. En dichas ciudades murieron estos varones apostólicos después de haber instruido á las gentes en la doctrina del Salvador. La Santa Iglesia de Sevilla cuenta por su primer Apóstol y Obispo á San Geroncio, mártir, que floreció por el mismo tiempo que San Torcuato y sus compañeros.

**Mártires españoles de los siglos I y II.** El presbítero Prudencio, excelso poeta español del siglo IV, nos asegura que en todas las persecuciones hubo mártires en España:

Nec furor quisquam sine laude nostrum  
Cessit aut clari vacuus cruoris:  
Martyrum semper numerus sub omni  
Grandine crevit.

Aun prescindiendo, pues, de la existencia de los Santos Eugenio y Saturnino, de quienes se ha dicho que después de predicar el Evangelio en España fueron martirizados en Francia en el siglo I, no es aventurado suponer, apoyándonos en el testimonio irrecusable de Prudencio, que hubo de haber mártires en la persecución de Claudio en los comienzos de la segunda mitad del siglo I, cuando ya habían transcurrido tres lustros desde la predicación del Evangelio por Santiago; y en la de Nerón, diez años después (64), lo mismo que en las de Domiciano y Trajano en los últimos de la primera centuria (95-99). Corrobora igualmente esta

creencia lo que el mismo Prudencio nos dice en el Himno á los mártires Hemeterio y Celedonio, acerca del empeño que ponían los paganos en destruir los documentos referentes á los mártires:

*Chartulas blasphemus olim nam satelles abstulit,  
Ne tenacibus libellis erudita saccula  
Ordinem, tempus, motumque passionis proditum  
Dulcibus linguis per aures posterum spargereant.*

**Mártires de incierta fecha.** Hay buen número de mártires en la Iglesia española, de cuyos gloriosos triunfos se tienen escasas y contradictorias noticias. Débese esto principalmente á la envidia de los perseguidores, que destruyeron con saña cuantas noticias pudieron haber á las manos referentes á sus víctimas. No hay datos ciertos, pero es lo más probable que los Santos que brevemente vamos á mencionar padecieron martirio en el siglo III. A éste, más probablemente que al anterior, pertenece el martirio de los Santos Facundo y Primitivo, en Galicia. Algunos hacen á San Fermín contemporáneo de los varones apostólicos, pero no hay serios fundamentos para afirmarlo; más acertado parece decir que, habiendo nacido en Pamplona á principios del siglo III ó fines del II, fué educado por el presbítero Honesto; que en poco tiempo hizo notables progresos en virtud y ciencia, siendo consagrado Obispo á edad poco avanzada; que se detuvo por algún tiempo en Pamplona arreglando los asuntos de su diócesis, y que, finalmente, se trasladó á Francia, donde, después de haber predicado el Evangelio por espacio de algunos años con celo incansable, murió degollado en Amiens ó en Tolosa de Aquitania. El martirio de los santos esposos Marcelo y Nonia, con sus doce hijos en León, está lleno de nieblas, que difícilmente se disiparán. Algunos afirman ser hijos de Marcelo y Nonia los mártires poco ha mencionados Facundo y Primitivo, y no falta quien asigne el mismo origen á los Santos Acisclo y Victoria, hermanos, martirizados en Córdoba, lo mismo que á Hemeterio y Celedonio. Aun cuando nada se puede asegurar acerca de ciertos pormenores, lo más probable es que Marcelo y Nonia, con sus tres hijos Lupercio, Claudio y Victoria, murieron degollados en León á mediados del siglo III. Esa misma fecha suele señalarse para el martirio de los jóvenes hermanos Acisclo y Victoria, que, arrojados primero á las llamas y luego al río con grandes piedras al cuello, salieron ilesos de tan duras pruebas. Acisclo terminó de-

capitado su gloriosa carrera, y Victoria, después de otros crueles tormentos, fué asacteada. Aunque no consta, como queda indicado, la fecha del martirio de los Santos mencionados en este párrafo, sábese por testimonios irrecusables que, en efecto, lo padecieron.

**Mártires del siglo III.** En 249 suscitóse la séptima persecución general, siendo emperador Decio, sucesor de Felipe. Hemeterio y Celedonio, ilustres soldados á quienes menciona Prudencio en el Himno á los mártires, dedicándoles además otro especial, que es el primero de su *Peristephanon*, padecieron martirio en Calahorra. Sábese que el anillo de Hemeterio y el pañuelo de Celedonio fueron milagrosamente arrebatados al cielo. Santa Marta murió degollada en Astorga por orden del procónsul Paterno; los jóvenes militares Luciano y Marciano, célebres nigrománticos convertidos por una doncella á quien trataban de seducir, murieron entre las llamas después de haber llevado vida penitente por algún tiempo en los montes cercanos á Vich; Sevilla se gloria de sus mártires Justa y Rufina, que, invitadas para que contribuyeran al mayor esplendor de las fiestas de Venus (*Salambó*, en fenicio), se negaron á ello; acusadas como discípulas de Jesucristo, tuvieron que emprender largo viaje á pie, siguiendo al presidente Diogeniano hasta Sierra Morena. Justa murió extenuada de hambre y cansancio, y Rufina en el anfiteatro á manos del verdugo.

Diez años después se levantó nueva tormenta contra los cristianos, y los santos Lorenzo y Fructuoso fueron, entre otros, víctimas ilustres de esta persecución. Sabido es que el diácono Lorenzo, aunque aragonés, natural probablemente de Huesca, ejercía al lado del Pontífice San Sixto el importante cargo de tesorero de la Iglesia de Roma. El Prefecto de la ciudad le pidió el dinero de que era depositario, y Lorenzo se limitó á rogarle se le concediera un plazo para ponerlo en orden. Tres días después se presentó al Prefecto rodeado de los pobres que mantenía la Iglesia, diciendo que ellos eran sus únicos tesoros. Nadie ignora el horrible martirio que, con maravillosa fortaleza, padeció Lorenzo, quemado á fuego lento en una parrilla de hierro (258). San León Magno le dedicó una de sus elocuentísimas oraciones sagradas, y Prudencio el himno segundo de su *Peristephanon*. Fructuoso, obispo de Tarragona, y sus dos diáconos Augurio y Eulogio, murieron entre las llamas en el anfiteatro de la misma ciudad.

**Edictos de persecución.** El emperador Diocleciano, que había guardado cierta moderación con los cristianos hasta principios

del siglo IV, cediendo á las instigaciones de su yerno Galerio, —que á su vez obedecía á las de los paganos, —y tomando por pretexto el incendio del palacio imperial de Nicomedia, publicó en 24 de Febrero de 303 un edicto de persecución contra los cristianos, en el cual no se mencionaba la pena de muerte. No tardó en aparecer un segundo edicto que obligaba á los obispos á sacrificar á los dioses, y otro tercero que mandaba dar libertad á los presos que hubieran apostatado de la Religión cristiana, y decretaba la tortura hasta la muerte contra los contumaces. Estos decretos se pusieron en práctica con escrupulosidad feroz y verdaderamente increíble. Siete de los domésticos y altos empleados de palacio fueron martirizados; Prisca y Valeria, mujer é hija de Diocleciano, recibieron orden terminante de sacrificar, y fueron desterradas á pesar de haber apostatado, como dicen algunos. Todavía parecía poco este rigor porque no daba los resultados apetecidos, y se publicó un cuarto edicto en el cual colocaba á todos los cristianos en la dura alternativa de la apostasia ó de la muerte. Los enviados del poder supremo no entendían de medias tintas, y comprendieron desde los primeros edictos que de eso se trataba, es decir, de la muerte ó de la apostasia, y con ese criterio empezaron á obrar desde luego.

**Mártires del siglo IV.** Daciano, prefecto de toda España, empezó á poner en práctica los primeros decretos con tan salvaje crueldad, que el último edicto resultó completamente inútil. Eulalia, noble y piadosa joven de Barcelona, que se presentó espontáneamente á Daciano, fué su primera gloriosa víctima en cuanto arribó á las costas españolas. Siguiéronle San Severo, obispo de Barcelona, con cuatro sacerdotes más, y los jóvenes africanos *Cugat* ó *Cucufate*, y Félix, el primero martirizado en Barcelona, y en Gerona el segundo. Sucumbieron también en esta ciudad, al furor de Daciano, el obispo San Poncio y su diácono Víctor, con otros ocho cristianos, y por esta misma época refieren las crónicas la muerte de San Narciso, Obispo, y el diácono Félix.

Al pasar por Zaragoza mandó apresar á Valerio, obispo de la ciudad, y Vicente, su diácono, dando orden de conducirlos á Valencia, donde Vicente murió después de exquisitos tormentos, valerosamente tolerados, mientras su anciano prelado Valerio iba desterrado á las montañas de Jaca. Encrátide ó Engracia, nobilísima joven lusitana que en compañía de dieciocho caballeros iba de paso para Narbona, padeció horrible martirio en Zaragoza,

juntamente con todos los que le acompañaban. Este procedimiento le parecía á Daciano muy lento y pesado, y excogitó uno mucho más sumario: mandó salir á todos los cristianos de la ciudad, y cuando ya estaban fuera de ella, los soldados se arrojaron sobre la multitud y la pasaron á cuchillo. Estos fueron los *Innumerales Mártires* de Zaragoza.

Es admirable el martirio de los santos niños Justo y Pastor, de siete y nueve años respectivamente, degollados por orden de Daciano después de una confesión valerosa y del todo impropia de sus años. De Alcalá pasó Daciano á Toledo, é hizo comparecer á la noble y virtuosísima joven Leocadia; mostró vivo empeño en hacerla apostatar; mas no lográndolo, encerróla en estrecha y triste mazmorra, donde murió al poco tiempo. No se sabe si fué el mismo Daciano ó su lugarteniente Calpurniano el que ordenó el martirio de la niña Eulalia, en Mérida, y su compañera Julia con otros veintiocho, que murieron atormentados de diversas maneras. En Córdoba dió ilustre testimonio de la fe San Zollo, con otros diecinueve compañeros; el primero fué deshecho vivo, y los otros murieron degollados. Ciriaco y Paula, hermanos, houran á Málaga, su ciudad natal, que los venera como sus patronos y protomártires; Vicente, Sabina y Cristeta, naturales de Talavera, fueron muertos en Avila, magulladas sus cabezas á fuerza de palos; y, finalmente, en Lisboa murieron, después de atrocísimos tormentos, otros tres hermanos, por nombre Verísimo, Máxima y Julia. San Víctor, de Braga, hubo de padecer también martirio por esta época, aunque se ignora quién fuera el tirano que ordenó su muerte.

Esta sangrienta historia de los mártires españoles de principios del siglo IV, está basada en solidísimos fundamentos: de gran parte de ellos hace mención particular el ya citado Prudencio (cuyos padres pudieron ser testigos de gran parte de los sucesos referidos en este párrafo) en magníficas estrofas; consérvanse de otros las actas correspondientes, y no pocos han sido distinguidos con calurosos elogios de San Agustín, San León y otros Padres de la Iglesia. Como en España duró dos años escasos la última persecución (303-305), dentro de ese tiempo tuvieron que padecer todos los mártires arriba mencionados, y de seguro otros muchos cuya noticia no podría llegar ni aun al mismo Prudencio, dada la relativa dificultad de comunicaciones de aquel tiempo entre unas y otras provincias. Hay de todos modos alguna confusión en las



noticias que dan los historiadores acerca de las dos Eulalias (de Barcelona y Mérida), sospechándose que tal vez no existió más que una. En este caso debe darse la preferencia sin titubear á Mérida, por la autoridad irrecusable de Prudencio.

## CAPITULO II

---

### Herejias y concilios de este periodo.

**Basilides y Marcial.** A mediados del siglo III suscitóse la persecución de Decio, y Basilides y Marcial, obispos de Astorga y Mérida respectivamente, aterrados con la perspectiva del martirio, pidieron á los magistrados gentiles el *libelo de idolatría*, ó sea patente donde constaba que habían idolatrado: tal era el medio de que se valían los cristianos pusilánimes para evitarse toda molestia cuando arreciaba la persecución. Ya esto sólo bastaba para grave escándalo de los fieles, pues significaba cierto linaje de apostasia; pero mucho mayor era el escándalo cuando lo hacían los que el Espíritu Santo había colocado para luz y guía del pueblo cristiano. Mas puestos en la pendiente, no pararon hasta llegar al profundo de la idolatría, y Marcial, después de haberse entregado á grandes abominaciones gentílicas, renegó positiva y oficialmente de la fe ante un empleado público, y Basilides blasfemó de Dios en una grave enfermedad.

En vista de tan lamentables sucesos, reunieronse los obispos de las diócesis vecinas, y los apóstatas, después de haber confesado paladinamente sus delitos, fueron depuestos, siendo elevados á las cátedras de Astorga y Mérida los presbíteros Sabino y Félix. Al pronto, Basilides y Marcial dieron muestras de un arrepentimiento que parecía sincero; mas pronto volvieron sobre su acuerdo, y Basilides voló á Roma, y obtuvo subrepticamente del Papa San Esteban su reposición; ya Marcial, animado con esto, se preparaba á emprender igual camino, cuando los obispos ortodoxos acudieron á San Cipriano pidiéndole su parecer sobre lo que debían hacer en tal conflicto. San Cipriano reunió un concilio de 36 obispos, y con el acuerdo de todos contestó que, estando

en vigor el decreto del Papa San Cornelio, que prohibía á los libeláticos el ejercicio del ministerio sacerdotal, no procedía la reposición de los apóstatas, y que no obstaba el rescripto del Papa San Esteban como subrepticamente arrancado.

**Concilio de Iliberis.** Antes de este concilio hubieron de celebrarse en España otros, y desde luego podemos considerar como tal la reunión de los Prelados que depusieron á los apóstatas Marcial y Basilides. El canon LXIII del iliberitano da á entender que estas Asambleas se reunían con alguna regularidad. Cuanto á las actas de las mismas, no es extraño que hayan desaparecido, y lo asombroso es que se conserven las de Iliberis, dadas las vicisitudes porque ha pasado la Iglesia española en tan largo espacio de tiempo.

Diecinueve Obispos y veinticuatro sacerdotes subscribieron los ochenta y un cánones del Concilio iliberitano (300).

He aquí, tomada de La Fuente, la lista de los obispos y de las respectivas Sedes, con indicación de su correspondencia moderna y de las provincias civiles á que cada una pertenecía:

Felix.....	Accitanus.....	(Guadix).....	Tarraconense.
Sabinus.....	Spalensis.....	(Sevilla).....	Bética.
Sinagius.....	Egabrensis.....	(Cabra).....	Idem.
Pardus.....	Mentesanus.....	(Villanueva de la Fuente)....	Idem.
Catonius.....	Urcitanus.....	(Pechina).....	Tarraconense.
Valerius.....	Cesarangustanus....	(Zaragoza).....	Idem.
Melanthius....	Toletanus.....	(Toledo).....	Idem.
Vincentius....	Ossonobensis.....	(Estoy).....	Lusitania.
Successus.....	Eliocrotensis.....	(Lorca).....	Bética.
Patritius.....	Malacitanus.....	(Málaga).....	Idem.
Osius.....	Cordubensis.....	(Córdoba).....	Idem.
Camerinus.....	Tuccitanus.....	(Martos).....	Idem.
Secundinus....	Castulonensis.....	(Cazlona).....	Idem.
Flavianus.....	Iliberitanus.....	(Granada).....	Idem.
Lileius.....	Emeritanus.....	(Mérida).....	Lusitania.
Decentius.....	Legionensis.....	(León).....	Idem.
Jauuuius.....	Salariensis.....	(Úbeda la Vieja).....	Bética.
Quintianus....	Eborensis.....	(Évora).....	Lusitania.
Eutychianus....	Bastitanus.....	(Baza).....	Bética.

Además de las Sedes representadas por sus propios obispos, muchas otras enviaron presbíteros, y algunas, como Andújar, Tarragona, Barcelona, Gerona y Calahorra, no tuvieron representación. Acontece lo propio con las iglesias apostólicas de Verja, Ávila y Carteya, y con las de Sevilla, Écija, Braga, Pamplona

y Astorga. Nótase igualmente absoluto silencio acerca de las Sedes episcopales que sabemos existían en Galicia, Asturias y Castilla la Vieja, y todo esto supone que en España no había ciudad importante sin su obispo, y que á fines del siglo III estaba hecha la división eclesiástica en toda forma, sin que sea posible precisar cuánto tiempo antes se había efectuado.

**Cánones del concilio de Iliberis.** Las determinaciones del concilio iliberitano son muy importantes desde el punto de vista histórico; pues si bien apenas se encuentra rastro de declaración alguna doctrinal, suministra preciosos datos acerca de las costumbres y de la disciplina de aquella remota época. Los cánones, como queda dicho, son 81, y en ellos se establece una disciplina general para toda suerte de personas. Reconócese desde luego en varios de ellas la jerarquía eclesiástica, exactamente igual que hoy existe en la Iglesia (cánones XVIII, XIX, XXX y XXXIII), y que consta de obispos, presbíteros y ministros. El Concilio habla también de diáconos y subdiáconos en particular. Algunos han afirmado, apoyados en este último canon, que el clero español no se había sometido aún á la ley de la continencia, pero sin fundamento. Justamente de ahí se deduce, según la opinión común, que la ley de la continencia, vigente entonces respecto de los obispos, presbíteros y diáconos, se extendió también á los subdiáconos, conminando á todos los contraventores con la gravísima pena de la degradación (*ab honore clericatus ex terminetur*). Al clero en general se le prohíbe salir de su provincia por razón del comercio; pero se le permite negociar dentro de ella (can. XVIII); obedecía esta determinación á la absoluta carencia de todo auxilio humano en que se veía la Iglesia, atrozmente perseguida en sus Pastores y ovejas. Mas al propio tiempo se prohibía á los sacerdotes recibir cosa alguna por la administración del Bautismo (can. XLVIII).

El canon XIII se refiere á las vírgenes consagradas al Señor: á la que faltando á su voto fuese contumaz, se le priva de la comunión para siempre. Las no reincidentes podían comulgar en peligro de muerte después de saludable penitencia. A las doncellas seculares que hubiesen delinquido se les prohibía la comunión por uno ó por cinco años, según que hubiesen pecado con uno ó con muchos (can. XIV). También fué objeto preferente de las determinaciones del Concilio el matrimonio cristiano. Una doncella cristiana no puede casarse con un gentil; los padres que

contribuyan á casarlas con herejes ó judíos, deben abstenerse de la comunión por cinco años (can. XV y XVI), y por toda la vida los que las casen con sacerdotes gentiles (can. XVII). La mujer casada que abandone á su marido para irse con otro, no puede recibir la comunión ni al fin de su vida (can. VIII), y aun la que se separe por infidelidad del marido debe abstenerse de pasar á segundas nupcias mientras viva el primero (can. IX). Un solo acto de infidelidad se castiga, lo mismo en el marido que en la mujer, con cinco años de penitencia (can. LXIX).

Desde que los catecúmenos confesaban la fe hasta la recepción del bautismo debían pasar dos años, si era bueno su comportamiento (can. XLII), y á los *flamines*, ó sacerdotes del culto gentilico, se les hacía esperar tres años después de haberse abstenido de los sacrificios idólatricos (can. IV). El pueblo gentil podía gozar del beneficio del bautismo, siempre que lo pidiera, hallándose en peligro de muerte (can. XIX). Disponíase también (can. XLIV) que fueran recibidas en la Iglesia, sin titubear, las mujeres que, habiendo llevado vida airada en la gentilidad, sinceramente se convirtiesen.

Los herejes convertidos no podían recibir órdenes sagradas, y si alguno las hubiese ya recibido, manda el canon LI que se le deponga sin vacilar: *sine dubio deponatur*. No se deduce de este canon que la Iglesia española de fines del siglo III estuviese inficionada con la peste herética, pues las palabras del Concilio. —*ex omni haeresi qui ad nos fidelis venerit*—hablan de los herejes que pudieran venir de otros puntos. El mismo inexorable rigor de que usa el Concilio es buena muestra de que los obispos españoles no se creyeron en el caso de hacer concesiones y entrar en componendas con este linaje de enemigos. La raza judía sí debía de tener en España numerosos representantes, y de categoría ó influencia, pues además de los cánones XVI y LXXIII, en que se les menciona, en el XLIX se prohíbe severamente que los judíos bendigan los campos y sus frutos, y en el L á los clérigos y fieles que coman con los hijos de Judá.

Se ha interpretado de muchos modos el canon XXXVI, que prohíbe las pinturas en las iglesias. Hay poderosas razones para justificar esta determinación: abundaban entre los cristianos, y más aún entre los catecúmenos, personas que poco antes habían abandonado las creencias y prácticas de la gentilidad. Representar á sus ojos un Dios inmenso, invisible, omnipotente, eterno, purísi-

mo espíritu... encerrado dentro de líneas y colores, era ocasionado á groseros errores, á que los Padres del Concilio no querían contribuir. Es de advertir además que sólo se prohiben pinturas representando á Dios, no á los santos y mártires, y aun entonces el interdicto no alcanza más que á las paredes de las iglesias, no á los vasos sagrados y otras alhajas manuales y portátiles, para evitar que cuando arreciase la persecución quedaran aquellas expuestas á la irrisión y ludibrio de gentiles y judíos.

**El priscilianismo.—Sus doctrinas.** Tuvo su origen el priscilianismo, especie de maniqueísmo español, á mediados del siglo IV. Un tal Marcos, natural de Menfis, en Egipto, predicó primero en Francia y después en España con gran éxito sus doctrinas, que no se especifican. Así entre nosotros como allende el Pirineo, las mujeres formaban el núcleo principal de los adeptos de Marcos, sobresaliendo entre ellas en España una noble señora por nombre Agape, de donde tomaron el de *agapetas*. Dicha señora y un retórico llamado Elpidio, alucinado también por Marcos, catequizaron á su vez á Prisciliano, hombre no ayuno de talento y de ilustración, muy rico y dotado además de hermosa presencia, pero más que todo de un orgullo desmedido. Con estas cualidades bien pronto se puso al frente de la secta, que en adelante llevó su nombre, é hizo notables progresos por todos los ámbitos de la Península, singularmente por Galicia, Portugal y Andalucía. El mal era muy grave y subió de punto cuando se vió que algunos obispos habían también claudicado. Además, sobre los errores dogmáticos de la secta se resentían las costumbres, cundiendo como asoladora epidemia la relajación más espantosa; pues si en los comienzos no dejaron de manifestar los herejes ciertas tendencias místicas aunque de mala ley, bien pronto se vió que todo ello obedecía al deseo de captarse simpatías entre los buenos.

En punto á doctrinas, las de nuestros herejes eran un conjunto de aberraciones y desvarios de todas las demás herejías, formando su núcleo principal el antiguo gnosticismo. Para los priscilianistas no existía la Trinidad, aunque no rechazaban el nombre, asegurando que Dios se llama unas veces Padre, otras Hijo y otras Espíritu Santo, sin que esto signifique otra cosa que las diferentes manifestaciones de un mismo ser. El mundo era obra del demonio, y el hombre también, en cuanto á su cuerpo; bien que el alma, como espíritu, era nada menos que una parte de la substancia divina. Como el cuerpo estaba fatalmente sujeto á la in-

fluencia de los astros, y el alma á las potencias celestes, la libertad humana quedaba malparada. Causa de todo esto era el pecado original, impropriamente llamado así, puesto que era una culpa propia de cada espíritu, culpa en que no habían incurrido todos, y cuyas consecuencias sólo debían alcanzar á los culpables. El castigo de los espíritus delincuentes era su unión con el cuerpo, obra, como queda dicho, del demonio, y la expiación consistía en el paso de uno á otro cuerpo hasta lograr una perfecta purificación, en cuya virtud podían volverse á Dios.

**El concilio de Zaragoza.** Para atajar los progresos del priscilianismo se reunió en Zaragoza un Concilio (380) de doce obispos, dos de ellos franceses. Sulpicio Severo nos dice que fueron condenados Instancio y Salviano, Obispos, y Prisciliano y Helpidio, laicos; pero en los ocho cánones que nos restan de este Concilio no se hace mención de ninguna persona determinada, prueba de que se han perdido algunos. Itacio <sup>1</sup>, obispo de Estoy, fué el comisionado para notificar á los interesados la condenación, promulgada el día 4 de Octubre. Los priscilianistas no se dieron por vencidos, antes siguieron activamente la propaganda, y lograron atraer á su partido á Sinfosio, uno de los Prelados firmantes del Concilio zaragozano, y á Iliginio, el primero que dió la voz de alarma contra la herejía. Iliginio fué depuesto; pero Instancio y Salviano, obispos excomulgados, como sabemos, elevaron á Prisciliano al obispado de Avila, y á Dictinio, hijo de Sinfosio, al de Astorga. Contaban además los herejes con abundancia de dinero, y no dudaron un momento en ponerse en camino para Roma, juzgando fácil hacerse lugar en todas partes con el oro que derramaban á á manos llenas.

**Vicisitudes del priscilianismo.** Grave error de los corifeos, envalentonados con sus conquistas, fué la ciega confianza en el poder de sus riquezas, y tal vez también en el de sus sutilezas dialécticas. El egregio español San Dámaso ocupaba por aquel entonces la Silla Apostólica, y no quiso verlos siquiera. De vuelta por Milán, mostraron vivo empeño en tratar con San Ambrosio; pero tampoco los admitió, aunque se supone que intercedió por ellos ante el emperador Graciano, del cual obtuvieron un rescripto, no sin sobornar para ello á Macedonio:—*grandi pecunia Macedonio data*, que dice Sulpicio Severo. Desde entonces los reos se con-

---

<sup>1</sup> Nótese bien la diferencia de los nombres *Instancio*, *Itacio*, *Idacio*.

virtieron en jueces, y los perseguidos en perseguidores; mucho más cuando éstos concluyeron por atraerse á su bando á Volvencio, procónsul de la Lusitania, poco antes acérrimo enemigo de Prisciliano. Huyendo de éste y de sus protectores, marchó á las Galias Itacio, resuelto adversario de los herejes, y apeló ante el prefecto Gregorio. Mas cuando éste, para mayor seguridad, dió parte al Emperador de lo que sucedía, se encontró á deshora con que los priscilianistas le habían tomado la delantera, obteniendo del débil monarca, por mediación de Macedonio, una nueva orden para que se inhibiera en el asunto y lo dejase en manos del proconsul lusitano. Entretanto el emperador Graciano era despojado del imperio y muerto en una emboscada por los oficiales de Máximo; é Itacio, que debió á su astucia la vida, pues para quitársela le buscaban los emisarios de Macedonio, se presentó de nuevo al tirano Máximo con escaso criterio, reclamando contra los herejes. Máximo ordenó á éstos que se presentasen ante un concilio que debía celebrarse en Burdeos. El Concilio condenó á Instancio á pesar de sus disculpas; y temiéndose Prisciliano igual suerte, apeló al Emperador, sin que los Padres del Concilio rechazaran tal apelación, como debieran, y lo hizo San Martín de Tours, que obtuvo del Emperador promesa formal de que no serían condenados los herejes con penas sangrientas.

**Condenación de Prisciliano y varios compañeros suyos.** No cumplió Máximo su promesa: los ánimos estaban sobremanera irritados, en especial contra Prisciliano, alma de todos aquellos trastornos, é indujeron al Emperador á que mandase substanciar la causa, que dió por resultado condenar á la última pena al heresiarca español; á Eucrocía, mujer lasciva y madre de una tal Prócula, de quien tuvo un hijo Prisciliano; al diácono Aurelio, á los clérigos Felicísimo y Armenio, y á Latroniano y Asarino, que debían de ser legos. Varios otros herejes de menos nombradía fueron desterrados, entre ellos Instancio, el obispo español excomulgado por el concilio de Burdeos, y Adigino, ó Higinio, el obispo de Córdoba. El compañero de éste, Salviano, que figuraba en primera línea en los comienzos del priscilianismo, desapareció de la escena: había muerto en Roma, no sabemos en qué disposición de ánimo, en la excursión priscilianista á la capital del mundo católico.

**Acusadores de Prisciliano.** Siguiendo á Sulpicio Severo, los historiadores acumulan duros cargos sobre Itacio, Idacio y Rufo, los

tres obispos que más contribuyeron á que el emperador Máximo castigase con la última pena á los herejes citados. Mas cabe suponer que Sulpicio Severo no se mostró nada benigno en sus juicios contra dichos Prelados, principalmente Itacio. Examinado este complicado asunto sin pasión, obsérvese que, en efecto, no estuvieron acertados en poner en manos del poder civil una causa dogmática antes que el concilio de Burdeos diese su veredicto. Por lo demás, todos convienen en que Prisciliano y los suyos, una vez comprobados jurídicamente los delitos comunes de que se le acusaba, fueron legitimamente castigados.

Cuando llegó á oídos del santo obispo de Tours lo que se había hecho con los herejes, experimentó gran pesar, y púsose inmediatamente en camino para Tréveris, donde seguía Máximo con su corte. Afeó al Emperador su conducta, y logró que se quedase sin efecto el rescripto imperial en cuya virtud se nombraban jueces laicos para perseguir activamente á los secuaces de Prisciliano en España.

Apaciguados un tanto los ánimos, Itacio fué depuesto de su Silla, y desterrado—ignoramos por qué autoridad, aunque se supone que por un Concilio—á causa de la animosidad y medios poco dignos con que había perseguido á los priscilianistas. Itacio renunció espontáneamente el obispado; Sulpicio Severo añade que más tarde quiso volver á su Silla. Rufo no fué molestado por entonces, y se duda si fué el mismo que más tarde se dejó alucinar por un impostor que decía ser el profeta Elías, y fué por ello depuesto. Higinio de Córdoba, anciano y casi muerto, como dice San Ambrosio, que le vió, fué desterrado, tratándole de una manera inhumana.

**Reliquias del priscilianismo.** Todo esto envalentonó á los herejes, que no escaseaban en España; y trasladando los restos de los decapitados en Tréveris, empezaron á venerarlos como santos. El empuje de los priscilianistas españoles no decayó un punto con la muerte del corifeo; hasta parece que entonces adquirieron nuevos bríos, y vióse el triste espectáculo,—que por aquella misma época se repetía en África con los donatistas,—de que en una misma Sede hubiese dos obispos, católico y hereje, y aun tres en algunas. El desorden era tal, que los mismos herejes acudieron á San Ambrosio para que interpusiera su valimiento á fin de que cesase aquel estado de cosas, sometiéndose previamente á abjurar de sus errores. El insigne prelado de Milán accedió gustoso á los



deseos de los priscilianistas, y escribió á los obispos católicos en sentido conciliador lo mismo que al Papa Siricio, por si de esta suerte se podía concluir de una vez con la herejía.

**Concilio I de Toledo.** Supónese que por los años de 396 hubo de reunirse un concilio en Toledo, cuyas actas no se conservan, y al que los priscilianistas se negaron á comparecer pretextando que ya habian abjurado de sus errores. Sea de ello lo que quiera, cuatro años más tarde (400) se celebró el que universalmente es conocido con el nombre de concilio I de Toledo, y en éste abjuraron los más conspicuos priscilianistas. Empezó Dictinio, é hizo solemne profesión de fe, condenando todos los errores que había sostenido, juntamente con las obras escritas mientras permaneció en la herejía. Siguióle Sinfosio, obispo también, como sabemos, y padre de Dictinio, y concluyó con estas palabras su abjuración: «Condeno todos los libros heréticos con su autor, y sobre todo la doctrina de Prisciliano, donde escribió que el Hijo no podía nacer, según hoy mismo se ha leído.» El presbítero Camasio tampoco anduvo en subterfugios, y se adhirió incondicionalmente á lo dicho por Sinfosio, su obispo. En la última y definitiva sentencia aparecen: Isonio, recién bautizado y consagrado obispo por Sinfosio, que abjuró en el mismo sentido que su consagrante; Vegetino, obispo desde antes del concilio de Zaragoza, que fué admitido á la comunión, y Paterno, obispo también, que como Sinfosio y Dictinio podía conservar su Silla, pero á condición estos tres últimos de no conferir órdenes sagradas, ni considerarse aún definitivamente en comunión con la Iglesia mientras no se recibiese contestación del Papa y de San Simpliciano,—sucesor de San Ambrosio,—que habian sido consultados. Herenas, Donato, Acurio y Emilio, obispos priscilianistas, fueron condenados por contumaces, después de haber sido uno de ellos convicto de perjurio. Se habla además en dicha sentencia definitiva de clérigos contumaces; pero se ignora cuántos eran y cuál su categoría. El Concilio convida á todos los obispos de la provincia Galaica á subscribir la fórmula que les envía para establecer las paces, debiendo quedar por entonces en la misma condición que Sinfosio. Mas si rehusan subscribir los depone de sus Sillas, y prohíbe á los que han abjurado comunicar con los contumaces. Termina la sentencia mandando se devuelvan á Ortigio *las Iglesias* de que le habian privado los herejes.

**Cánones disciplinales.** Este Concilio formuló además veinte cá-

nones disciplinales. El XIV es casi repetición del III del concilio de Zaragoza, que prohíbe recibir la sagrada Forma y no consumirla en la iglesia, costumbre generalizada entre los priscilianistas; hay también indudable parentesco entre el canon I del de Zaragoza y el IX del toledano; en el primero se prohíbe á toda mujer cristiana ejercer de maestra y lectora en reuniones de hombres, de conformidad con lo que dijo San Pablo (I Cor., XIV, y I Tim., II), y en el segundo veda á las profesas ó viudas alternar con hombres en el rezo del Oficio divino. Indudablemente se tomaron estas medidas para evitar abusos, y sobre todo para despojar á las prácticas piadosas del sabor priscilianista que tenían. Otro canon (VI) establece las reglas á que ha de sujetarse la virgen consagrada al Señor en su trato con los hombres.

Casi todos los demás cánones se refieren á los eclesiásticos de diferentes categorías: el I dispone que los presbíteros y diáconos vivan castamente; los tres siguientes establecen á manera de irregularidades contra los penitentes y contra los clérigos que se casan, para que no pasen á órdenes mayores, y el V manda á todo clérigo asistir al sacrificio cotidiano. El canon XX prohíbe á los presbíteros consagrar el crisma, como lo hacían en algunas partes.

Los cánones XI, XIII, XV y XVII hablan con los seglares; el primero de éstos excomulga á los potentados que arbitrariamente despojen á los pobres, clérigos ó religiosos; el segundo fulmina la misma pena contra los que no comulgan nunca; el tercero veda el trato con los excomulgados, y el último priva de la comunión al concubinario.

**Símbolo de la fe y cánones dogmáticos.** No se contentaron los Padres del Concilio, ni con la sumisión de los herejes, ni con las disposiciones disciplinales que brevemente hemos expuesto; publicaron además la *Regula fidei catholice contra omnes hereses et quam maxime contra Priscillianos*, que comprende el Símbolo de la fe con la partícula *Illicque*,—siendo ésta la primera vez que en tal forma se declaró la procedencia del Espíritu Santo del Padre y del Hijo,—y dieciocho cánones dogmáticos en que se especifican y condenan de un modo particular los errores priscilianistas. He aquí dichos cánones, que nos dan idea de los errores priscilianistas: I. Si alguno dijese ó creyese que el mundo con cuanto hay en él no fué creado por Dios omnipotente; sea anatema.—II. Si alguno dijese ó creyese que Dios Padre es el mismo Hijo ó Paráclito (Es-

piritu Santo); sea anatema.—III. Si alguno dijese ó creyese que el Hijo de Dios es el mismo Padre ó Parácleto; sea anatema.—IV. Si alguno dijese ó creyese que el Parácleto es ó el Padre ó el Hijo; sea anatema.—V. Si alguno dijese ó creyese que el Hijo de Dios tomó solamente la carne sin alma; sea anatema.—VI. Si alguno dijese ó creyese que Cristo no podía nacer (*innascibilem esse*); sea anatema.—VII. Si alguno dijese ó creyese que la deidad de Cristo era *convertible* ó pasible; sea anatema.—VIII. Si alguno dijese ó creyese que era uno el Dios de la Antigua Ley y otro el del Evangelio; sea anatema.—IX. Si alguno dijese ó creyese que el mundo fué hecho por otro Dios que aquel de quien está escrito: *En el principio crió Dios el cielo y la tierra*; sea anatema.—X. Si alguno dijese ó creyese que los cuerpos humanos no resucitarán después de la muerte; sea anatema.—XI. Si alguno dijese ó creyese que el alma humana es una parte de Dios ó substancia de Dios; sea anatema.—XII. Si alguno dijese ó creyese que deben recibirse y venerarse otras Escrituras fuera de las que recibe la Iglesia católica; sea anatema.—XIII. Si alguno dijese que hay en Cristo una naturaleza formada de la deidad y de la carne; sea anatema.—XIV. Si alguno dijese ó creyese que fuera de la Trinidad puede extenderse la esencia divina; sea anatema.—XV. Si alguno entiende que debe darse crédito á la astrología; sea anatema.—XVI. Si alguno dijese ó creyese que los matrimonios licitos según la ley de Dios son execrables; sea anatema.—XVII. Si alguno dijese ó creyese que hemos de abstenernos de las carnes de las aves y demás animales que se nos han dado para alimento, no sólo por razón de mortificación, sino porque son execrables; sea anatema.—XVIII. Si alguno sigue en estos errores la secta de Prisciliano, ó hace en el santo Bautismo alguna otra cosa contraria á la Sede de San Pedro; sea anatema.

**Consecuencias del Concilio.** No fueron las consecuencias las que en su buena fe esperaban los Padres toledanos: su condescendencia en permitir que los recién convertidos permaneciesen al frente de sus diócesis fué muy mal recibida por muchos de los Prelados más severos, que sin duda no acudieron al Concilio; y no sólo no convinieron en lo hecho, sino que se apartaron de los Padres que á ello contribuyeron, reabriendo de nuevo el cisma luciferiano. De ahí desórdenes lamentables, consagraciones anticonónicas, ordenaciones de personas ineptas y violencias de diversa índole. Un celoso Prelado, por nombre Hilario, firmante del

Concilio toledano, resolvió acudir en persona al Romano Pontífice, acompañado de un presbítero llamado Elpidio. Inocencio I, Pontífice á la sazón, después de deliberar por algún tiempo acerca del remedio que debía ponerse á tanto mal, escribió una carta á todos los obispos reunidos en el concilio de Toledo aprobando lo que se había hecho en el mismo. Exhorta á todos á que admitan las determinaciones del Concilio, anula las ordenaciones malamente hechas, y explica las cualidades de que han de estar adornados los que hayan de ascender á las dignidades eclesiásticas. El Papa condena enérgicamente los atropellos cometidos por Minicio y Rufo, que, contra lo establecido en el concilio de Nicea, se atrevieron á consagrar obispos en diócesis ajenas, resolviendo que no podían permanecer los así consagrados en las Sedes usurpadas. El Padre Flórez (tomo VI, página 117 y siguientes) opina que la Epístola Decretal de Inocencio I fué dirigida á los obispos españoles nuevamente reunidos en Toledo (405). Siendo esto así, debo decirse que no dió tampoco este nuevo Concilio los resultados que podían descarse, puesto que más tarde, como veremos en el segundo período, dió mucho que hacer la secta priscilianista.

### CAPITULO III

---

#### La autoridad del Romano Pontífice en España.— Jerarquía y disciplina.

**La autoridad pontificia en la causa de Basilides y Marcial.** Escándalos y desastres de todo linaje suelen ser por lo común el acompañamiento obligado de todas las herejías y apostasías; pero también se patentiza con ellas el sentido de aquella frase, al parecer extraña, del Apóstol: *oportet et haereses esse* (1 Cor., I, XI, 19), porque es el medio de que ordinariamente se ha servido el Señor para esclarecer los dogmas católicos. Lo sucedido con Basilides y Marcial es patente muestra de lo que decimos; sin esto, probablemente los enemigos de la autoridad pontificia hubieran afirmado que los españoles no la habían reconocido en los primeros siglos; pero la apelación de dichos apóstatas y la admisión de la causa en Roma, juntamente con la turbación en que se vieron los obispos españoles al ver la resolución del Papa, significa eviden-

temente la creencia común en la Iglesia española, á mediados del siglo III, de la supremacía del Romano Pontífice. Verdad es que, viéndose estrechados con un rescripto pontificio, consultaron á San Cipriano; mas esto no invalida la fuerza del argumento, antes lo añade más peso y eficacia. San Cipriano contesta que, siendo el rescripto subrepticio, no hay más que atenerse á lo dispuesto por el Pontífice anterior. Luego los obispos españoles, por cuyas cartas se enteró San Cipriano de estos sucesos, sabían también lo de la subrepción; y sin embargo, metidos en un mar de confusiones, no se atreven á obrar contra lo dispuesto por el Sucesor de San Pedro. La contestación de los obispos africanos nada dice contra la autoridad pontificia, antes bien la corrobora: si San Cipriano y el Concilio por él presidido contestan, como se ha dicho, reconocen con esto solo la autoridad mencionada, pues en caso contrario hubieran prescindido de las disposiciones pontificias, y lejos de eso, explican en sentido obvio y sencillo el rescripto de San Esteban para no atenerse á él, y resuelven de conformidad con lo que había dispuesto uno de sus predecesores.

¿Hubo antes de la mencionada alguna otra apelación al Romano Pontífice? No lo sabemos. Aun de ésta sólo tenemos noticias por una carta de San Cipriano, que bien podemos considerarla providencial, pues sin ella hasta la existencia de Basílides y Marcial nos hubiera sido enteramente desconocida.

**Nuevas apelaciones y consultas.** Parecidas circunstancias concurrieron en la apelación á Roma de los priscilianistas; sino que esta vez no fueron oídos los apelantes, tal vez porque el Papa, con más medios de información, como español que era, estaba mejor enterado de lo sucedido en España con los herejes y de su redomada malicia. Dentro de este mismo periodo encontramos otros varios actos de sumisión á la Santa Sede de la Iglesia española: Himerio, obispo de Tarragona, consultaba al Papa sobre varios puntos importantes de disciplina, y Siricio, inmediato sucesor de San Dámaso, contestó con una carta en forma de decreto. Las resoluciones de Siricio son perentorias, é indican una autoridad soberana é inapelable; otro tanto acontece con las determinaciones de Inocencio I, poco ha mencionadas, en el enojoso asunto de los priscilianistas y el concilio I de Toledo, con la única diferencia de que aquí aparece el Romano Pontífice hablando, no á un Prelado particular, sino á los reunidos en Toledo en forma conciliar.

**Jerarquía eclesiástica.** Se ha dicho al hablar del concilio de Ilíberis que en él aparece la jerarquía eclesiástica en toda su perfección, compuesta de obispos, presbíteros, diáconos y subdiáconos. Desde cuándo databa entre nosotros, es cosa que no podemos fijar por falta de documentos; pero es de creer que en lo esencial dataría desde los tiempos apostólicos, ya que España tuvo la dicha de recibir directamente las primeras luces del Evangelio de los mismos Apóstoles. En realidad tampoco esto era necesario, puesto que, celosísimos como eran todos los primeros cristianos de conservar las tradiciones divinas; según encargo del Apóstol (II ad Thessal., II, 14), y siendo uno mismo en todas partes el Código divino porque debían regirse, la uniformidad en lo esencial era natural consecuencia de la constitución misma de la Iglesia.

**Los metropolitanos** No fueron conocidos en España hasta bien entrado el siglo IV. Probablemente desde la segunda mitad del siglo primero de la Iglesia, al quedar la *Mauritania Tingitana* formando parte de la Bética española en lo civil, uniformóse también la disciplina de entrambas Iglesias en este punto; y como se sabe que en la de África el prelado más antiguo por su consagración era de hecho el metropolitano, aunque con el nombre de *primæ cathedræ Episcopus*, de creer es que en España sucediera lo propio, por lo menos hasta que Constantino hizo la nueva división de provincias, máxime teniendo en cuenta que la denominación usada en África para denotar al primero de los obispos es idéntica á la que le da el concilio de Ilíberis (can. LVII). El primer documento en que consta el nombre de *metropolitanos*, dado á los obispos de las primeras Sedes en España, es la carta de San Siricio á Himerio, de Tarragona.

Es difícil, si no imposible, señalar la fecha en que se fijaron las Sillas metropolitanas de la Península por manera estable y permanente. Desde poco después del concilio de Antioquía (341), cuyo canon IX dispone que el obispo de la metrópoli civil sea el jefe de los de la provincia eclesiástica, parece que empezaron á gozar de esa preeminencia los prelados de Tarragona, Sevilla y Mérida, metrópolis de las respectivas provincias civiles Tarracense, Bética y Lusitania. Pruebas documentadas no se encuentran hasta el año 380 de la de Mérida, 385 de Tarragona, y mediados del siglo siguiente de Sevilla.

Hasta esa misma época no empezó á regir el canon IX del

concilio de Antioquía en las restantes provincias eclesiásticas, Cartaginense y Galaica. Como la ciudad de Cartagena fué dos veces destruída por los bárbaros, según veremos más adelante, Toledo le disputó el honor metropolitico, y desde la segunda mitad del siglo VI se dividió en dos la provincia eclesiástica, reconociendo como su jefe al de Toledo los obispos de la *Contestania*, y los de la *Carpetania* al de Cartagena.

**Culto.—Días de fiesta.** Queda consignada la piadosa y venerable tradición referente á la Virgen del Pilar. La iglesia construída en Zaragoza parece haber sido la primera en que se dio culto á la Madre benditísima del Salvador. Además de los brevarios góticos,—que no por llamarse así dejan de ser muy anteriores á los godos en España, en los cuales consta el culto que se daba á María Santísima en las fiestas de su Anunciación y Asunción gloriosa,—tenemos el hecho de que en la Iglesia romana, con la cual estaba en constante relación la española, daba culto á la Virgen Santísima desde el siglo I, como lo atestiguan las efígies que se han hallado en las catacumbas de la Ciudad Eterna.

En el concilio de Ilíberis (canon XLIII) se condenó la perversa costumbre,—*pravam consuetudinem*,—de celebrar la fiesta de Pentecostés á los cuarenta días de la Pascua, debiéndose celebrar á los cincuenta; y es de advertir que al que no lo haga así se le califica de *fautor de nueva herejía*. Citase un canon del Concilio iliberitano en que se disponía que no fuera tenido por católico el que no comulgase por las fiestas de Navidad, Resurrección y Pentecostés; pero ese canon es desconocido en las colecciones españolas. Entre nosotros se daba culto, no sólo á los mártires de la Península, sino también á los de otras varias naciones: ocho de los himnos de Prudencio en su *Peristephanon* están dedicados á ensalzar otros tantos mártires extranjeros, y bien se deja comprender, por el lenguaje que usa el insigne vate, la profunda veneración que sentía por ellos.

**Sacramentos.** Poco hemos de decir acerca de los Sacramentos, puesto que en este punto y en todos los dogmáticos no podía hacer la Iglesia española, ni hizo, más que seguir la doctrina de la Iglesia universal. Hay, sin embargo, algunas particularidades propias de España que debemos anotar brevemente.

Hagamos constar ante todo que ya en este período se mencionan todos los Sacramentos y se regulariza y ordena la manera de administrarlos. Como dejamos indicado al dar cuenta de los

cánones iliberitanos, buena parte de ellos se dirige á prescribir las reglas que se han de observar en la administración del Bautismo á diferentes clases de personas (Vid. los cánones II, IV, XLII, LXVIII. etc.). El ministro de este Sacramento podía ser, no sólo el obispo ó el presbítero, sino también un diácono y hasta un seglar, en caso de necesidad (cánones XXXVIII y LXXVII). En estos mismos cánones se ordena que los bautizados por diáconos y seglares sean presentados al obispo para que los confirme. Inocencio I en su Decretal á Decencio, dice terminantemente que sólo el obispo puede confirmar, aunque los presbíteros pueden también ungir á los recién bautizados, que es lo mismo que hoyse observa.

La comunión, como en todas partes, era muy frecuente y aun cotidiana en España (San Jerónimo, Ep. LII. ad Lucin.); pero ya hemos visto que se prohibía con frecuencia á los pecadores por culpas escandalosas, llevándose el rigor con alguna frecuencia, hasta el extremo de negársela en la hora de la muerte (cánones VI, VII, VIII, XII, XIII y otros varios de Ilíberis). Las penitencias que se imponían á los pecadores eran públicas y privadas, siendo muchas de aquéllas bastante fuertes, pues duraban, según la gravedad de los pecados, uno, dos, tres, cinco, siete, diez años, y á veces toda la vida (cánones XIV, LXXIV, LVII, V, XXII, LXXIII, y otros muchos). Los cánones VI y IX del concilio de Toledo prohibían el trato y familiaridad entre el confesor y sus penitentes de diferente sexo.

En la elección de personas para el sacerdocio y demás dignidades eclesiásticas debía de intervenir el pueblo, según se deduce de las decretales de Siricio y de Inocencio I; en esto, como en otras varias cosas, debe hacerse notar la semejanza de la disciplina eclesiástica en África y en España, si bien no era sólo en estos dos puntos en que tomaba parte el común de los fieles. En las diferentes revueltas que hubo en España á consecuencia de las herejías del siglo IV, no faltaron obispos que ordenaron y consagraron atropelladamente á sus parciales. Por eso el Papa Siricio, en carta á Himerio, de Tarragona, establece el modo y forma en que deben hacerse cosas tan serias, disponiendo que los aspirantes á la sagrada milicia han de permanecer dos años en el *lectorado* y *exorcistado*, con tal que no sean bigamos ó casados con mujer disoluta, y cinco años más como acólitos ó subdiáconos, pudiendo entonces, si hubiesen dado muestras de ser dignos de tal honor, ascender al diaconado. Para el presbiterado y episcopado,



además del transcurso de cierto tiempo, exige el Papa la elección del clero y del pueblo. El mismo San Siricio manifiesta deseos de que los monjes sean agregados al número de los clérigos, disponiendo que en su ordenación se observen los trámites que con todos los demás.

No tienen número los cánones de Ilberis y demás Concilios primeros, referentes al matrimonio, á sus impedimentos, etc. El más importante es el canon IX de dicho Concilio, que prohíbe á la mujer contraer matrimonio con otro aunque sea adúltero su marido: si quebrantase este mandato, queda privada de la comunión mientras viva su legítimo, aunque adúltero, marido. En cambio el canon siguiente viene á declarar disoluble el matrimonio de los catecúmenos al permitir que pueda contraer nuevas nupcias la mujer abandonada por un catecúmeno. En otros cánones se establecen impedimentos por disparidad de cultos (cánones XV y XVI). El padre que diese su hija en matrimonio á un sacerdote gentil, queda privado para siempre de la comunión (canon XVII). El canon LXI aleja por cinco años de la comunión al que se case con su cuñada, y el LXXVI por toda la vida al que se case con su hijastra, por incestuoso.

Acerca de la Extremaunción no encontramos ritos ni disposiciones particulares, si no es el canon XX del Concilio I de Toledo, que prohíbe á los presbíteros no solamente consagrar el crisma, sino también *crismar* en presencia del obispo; lo cual puede entenderse tanto de los recién bautizados como de los enfermos; pues hablando de éstos, dice Inocencio I en su Epístola á Decencio que pueden los presbíteros ungirlos. En la misma Epístola, que desde su publicación forma parte de los cánones de España, se indica la materia (*sanctum oleum*), el ministro (obispo ó presbítero) y sujeto de este Sacramento, que son los fieles enfermos.

**Ayunos.—Vida religiosa.** Los ayunos de los fieles en España eran muchos y muy rigurosos. Ayunaban toda la Cuaresma, y los miércoles y viernes del año, y el concilio de Ilberis estableció el ayuno del sábado (can. XXVI), corrigiendo una errónea costumbre —*errorem placuit corrigi*— que no sabemos en qué consistía. El canon XXIII del mismo Concilio nos habla de otros ayunos mensuales—en algunos ejemplares se llaman abstinencias—exceptuando los meses de Julio y Agosto, probablemente por exceso de calor. Más tarde Inocencio I (Ep. ad Decen.) encareció mucho el ayuno sabatino, porque sin duda iba cayendo en desuso. Los pri-

**cilianistas** introdujeron la costumbre de ayunar los domingos, y el Concilio de Zaragoza (can. III) la condenó bajo pena de excomunión.

En orden á la vida religiosa hay pocos pormenores en los primeros siglos, si bien tenemos noticias terminantes y fidedignas acerca de su existencia. El canon XIII del Concilio de Híberis castiga severísimamente la vida licenciosa de la virgen consagrada al Señor, y por una sola falta contra la pureza queda sujeta á penitencia por toda la vida, pudiendo comulgar sólo al fin de ella. El Concilio de Zaragoza (380) dispone que no se dé el velo á las vírgenes hasta haber cumplido cuarenta años, y el canon VI del mismo Concilio supone la existencia de los monjes, de igual modo que San Siricio en carta á Himerio, de Tarragona. Entre los que cultivaban la vida religiosa los había solitarios ó ermitaños; pero tampoco se puede negar que en España, ya desde el siglo IV, existieron casas religiosas, llámense monasterios, cenobios ó con cualquier otro nombre.

## CAPÍTULO IV

---

### Obispos españoles y otros personajes ilustres fuera de España.

**Osio.** Nació este gran Padre de la Iglesia española en Córdoba por los años de 256. Obispo de su ciudad natal en 294, uno de los Prelados asistentes al Concilio de Híberis—donde aparece su firma en undécimo lugar—en 301, padeció persecución en la de Diocleciano y Maximiano (303-305). Aun llevaba huellas de los tormentos padecidos en ella (Niceph., lib. VIII, cap. IV), cuando fué al Concilio de Nicea. En 313 le encontramos en Milán al lado del emperador Constantino, y tiénese por seguro que influyó eficazmente en la conversión de tan poderoso monarca. (Zósimo, *Hist. Nova*, lib. II.) En este mismo año escribió el Emperador á Ceciliano, primado de Cartago, enviándole treinta mil pesos que había de repartir, según una minuta de Osio,—*juxta brevem ab Osio ad te directum*,—para gastos del clero católico.

No habiendo podido los donatistas salir adelante en sus preten-

siones contra Ceciliano, puesto que tanto el Papa San Melquiades como el Emperador resolvieron en contra de lo que ellos deseaban, acusaron á Osio—por el valimiento que tenía con el Emperador—de haber sugerido á éste el propósito de dar tormento á los acusadores de Ceciliano, porque no pudieron probar lo que imputaban al obispo de Cartago; añadiendo que Osio, lo mismo que el Papa Melquiades, era de los *traditores*, esto es, de los que entregaban á los gentiles los libros sagrados para que los quemasen. Puestos á calumniar, los donatistas no paraban en barras, y dijeron que Osio había sido condenado en España por este crimen, y que le absolvieron los Obispos franceses, con cuya sentencia al fin se conformaron los de la Península, deduciendo de todo esto que, fuera de los donatistas, no había nadie que fuese fiel hijo de la Iglesia. San Agustín (*Contra Ep. Parmeniani*, cap. VIII) no se contentó con absolver á Osio en todas esas calumniosas imputaciones, sino que además afirma haber contribuido á mitigar el castigo de los donatistas, con merecerle tan grande estos cismáticos.

Gloria inmarcesible de Osio fué que Constantino, cediendo á la benéfica influencia que en su ánimo ejercía el obispo de Córdoba, promulgase en 321 la ley de *Manumissionibus*, que venía á reparar las graves deficiencias de la legislación pagana en este punto. La manumisión debía ir acompañada de tales formalidades, que se hacía punto menos que imposible. La ley constantiniana facilitaba tan santa obra, disponiendo que los esclavos empezasen á gozar de la categoría y prerrogativas de ciudadanos romanos con sólo ser puestos en libertad ante un sacerdote cristiano; si era éste el que se la otorgaba, no habían menester más para entrar en el goce de todos los privilegios.

**Osio y el arrianismo.** Fué Osio comisionado por Constantino para que zanjase las diferencias surgidas en Alejandría entre Arrio y el Patriarca de la ciudad: sus esfuerzos se estrellaron en la obstinación del heresiarca, y aconsejó la reunión de un Concilio, que se verificó en Nicea (325), con asistencia de 318 obispos y del propio emperador Constantino. La gloria de Osio en esta primera Asamblea general de la Iglesia, es inmensa: él la presidió como legado del Papa San Silvestre; obra suya es el símbolo de la fe de Nicea, que se canta en la Iglesia católica hace dieciséis centurias, y él, finalmente, firma en primer lugar, en calidad de legado pontificio, las resoluciones del Concilio. A su iniciativa se

debió la rápida condenación de arrianismo,—declarando que el Verbo Divino era *consustancial* al Padre,—lo mismo que la del cisma de los melecianos. En esta Asamblea se dió también por terminada la controversia acerca del tiempo en que se debía celebrar la Pascua.

Con la muerte del emperador Constantino Magno levantaron de nuevo la cabeza los arrianos, hallando decidida protección en su hijo y sucesor Constancio, emperador de Oriente. Osio influyó con el hermano de Constancio, monarca del Occidente, para que se pusieran de acuerdo los dos y procurasen reunir nuevo Concilio, como en efecto se verificó en Sárdica (hoy Sofía), bajo la presidencia del mismo Prelado cordobés; «prueba—dice el P. Flórez (tomo X, pág. 172)—del incomparable nombre y reputación que (Osio) tenía en el mundo, cuando entre tantos Patriarcas y metropolitanos sólo el obispo de Córdoba fué hallado digno de la reputación del Papa y de los emperadores, y de todos los Prelados católicos, para presidir un Sinodo ecuménico más numeroso que el Niceno.» También en Sárdica fué Osio el alma del Concilio; se deben á él la mayor parte de los cánones. Los arrianos no quisieron presentarse, á pesar de la onnimoda libertad que se les concedía, libertad que estaba de sobra garantida por Constancio, defensor nada disimulado de los herejes. El Concilio decretó la vuelta de San Atanasio á su Sede, y así se verificó por expresa voluntad del emperador Constante y del Papa San Julio I; mas como á poco hubiese muerto aquél, Constancio su hermano se ensañó de nuevo contra Atanasio, mandando le quitasen la vida donde topasen con él.

Osio volvió á Córdoba y reunió un Concilio para publicar los cánones del de Sárdica, condenando á los allí condenados y admitiendo á los que habían sido absueltos. Liberio, sucesor de Julio en el Pontificado, escribió á nuestro Osio (354) una carta, que en parte se conserva aún, lamentándose de la defección de Vicente, obispo de Capua, que, enviado por él á Constancio para que facilitase la celebración de un Concilio, se pasó al bando arriano. El Papa buscaba seguramente lenitivo á su dolor desahogando sus penas con Osio, y creyó además cosa muy natural poner en su conocimiento suceso tan importante para los intereses generales de la Iglesia.

Aunque los arrianos tenían en Constancio un defensor decidido, razón por la cual manifestaban un atrevimiento é insolencia

insoportables, no estaban contentos, ni mucho menos, mientras Osio permaneciese firmemente adherido al símbolo de Nicea, confirmado en Sárdica; sobre todo les era insoportable ver que San Atanasio, á quien profesaban odio profundo, pudiese aducir en su favor la grande autoridad de Osio. Mientras ése esté en pie,—decían los arrianos á Constancio,—no habremos hecho nada; basta una palabra suya para arrastrar al mundo contra nosotros. (Athan., Ep. *ad Solitarios*.) Por eso recabaron del Emperador una orden mandándole pasar á Milán, donde se hallaba la Corte. Se le instó para que comunicase con los arrianos y firmase la condenación de San Atanasio, pero todo fué inútil; antes tales y tan graves debieron de ser las palabras de Osio al Emperador, que éste, aterrado y confuso, le permitió otra vez volver á España.

**Carta de Osio al Emperador.** Ni aun así se dió por vencida la perfidia arriana, y por medio de un malvado eunuco lograron arrancar á Constancio una carta amenazadora contra Osio, carta feliz, porque dió margen á otra del grande obispo de Córdoba, digna por cierto de eterna memoria, tanto por las noticias que encierra como por la valerosa y elocuentísima defensa que hace de la doctrina católica. «Yo fui confesor de la fe,—le dice á Constancio,—cuando tu abuelo Maximiano movió persecucion: si tú la renuevas, pronto estoy, aun ahora, á sufrir cuanto ocurra antes que derramar sangre inocente ni ser traidor á la verdad. Déjate de amenazas... Créeme á mí, que por la edad podia ser tu abuelo. Halléme en el concilio de Sárdica cuando tú y Constante, tu difunto hermano, nos convocasteis allí, y yo mismo incité á los enemigos de Atanasio á que propusiesen lo que tenían contra él, prometiéndoles una y otra vez seguridad en que no se miraría más que á lo justo, y que si no querían que el punto se ventilase en el Concilio, accedieran á lo menos á tratarlo ante mí, asegurándoles que, si resultaba culpa de parte de Atanasio, yo mismo le condenaría; y que si probaba su inocencia y ellos le recusasen todavía, yo le persuadiría á que se viniese conmigo á España. Atanasio asintió á estas condiciones; pero ellos, rehusándolas, se retiraron. Llamado después Atanasio por tus cartas, y acudiendo á tu Corte, dijo que se citase particularmente á todos sus enemigos, que se hallaban en Antioquía, para que en su presencia arguyesen y fuesen redargüidos, y no anduviesen acusando al ausente. Pero, aun intimándoles tú esto mismo, no se avinieron á lo que se les proponía. ¿Por qué, pues, das ahora

oidos á los calumniadores?» Sigue el admirable anciano poniendo de relieve la insigne mala fe de los herejes, y encareciendo la moderación del emperador Constante en aquel enojoso asunto; y volviéndose á Constancio, le escribe: «Ruégote, pues, que desistas y te acuerdes de que eres mortal: teme el día del juicio, y consérvate puro para aquel día. No te mezeles en asuntos eclesiásticos, ni nos mandes sobre puntos en que debes aprender de nosotros. A ti te dió Dios el Imperio, y á nosotros las cosas de la Iglesia; y así como el que usurpa tu potestad contradice á la ordenación divina, del propio modo teme hacerte reo de un gran crimen intrusándote en asuntos de la Iglesia. Escrito está: *Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios...* Escíbote esto por celo de tu salvación; y en orden á lo demás que contiene tu carta, he aquí mi contestación: Yo no convengo con los arrianos, ni les favorezco, antes condeno su herejía, ni subscribo á las acusaciones contra Atanasio, declarado inocente por mí, por la Iglesia romana y por el Concilio general. Tú mismo, cuando te hallabas bien informado, llamaste á Atanasio, y le facultaste para que volviese con honor á su patria é Iglesia. Pues ¿qué motivo hay para tan notable mutación siendo los mismos los enemigos de Atanasio? Cuanto ahora vocéan contra él, se lo callaron al tenerle presente... Óyeme, Constancio—concluye,—pues esto es lo que á mí me toca escribir, y á ti no despreciar.» Esta carta bastaría para inmortalizar á un hombre; pero escrita por un anciano de cien años y en las circunstancias en que lo fué, casi traspasa los límites de lo verosímil. El tono vigoroso y enérgico prueba la grandeza de ánimo de su autor, juntamente con su celo sacerdotal; la claridad con que relata los sucesos y hace resaltar la perfidia de los arrianos, y las vacilaciones é inconsecuencias de Constancio, manifiestan una inteligencia de primer orden, cultivada con esmero; finalmente, la manera cómo deslinda los campos y asigna á cada poder, en cuatro pinceladas, su esfera propia de acción, delatan al autor del símbolo de Nicea, profundamente versado en las Escrituras y saturado del espíritu de las tradiciones cristianas.

**Nuevas persecuciones contra Osio.—Su muerte.** Con la carta de Osio tuvieron sus enemigos pretextos más que suficientes para romper todo dique; y prescindiendo de los miramientos que se debían á la edad, á los sacrificios y al inmenso prestigio de que gozaba en el mundo entero aquel venerable anciano, Constancio, por instigaciones de sus perversos consejeros, le arrancó de su patria

y diócesis, y mandóle desterrado á Sirmio, capital de la Panonia, obligándole á los cien años á emprender largo y molestísimo viaje. Mantúvose firme por espacio de un año, á pesar de los tormentos y azotes con que trataron de doblegarle; pero llegaron á tal extremo las cosas, que al fin cedió por un momento—*cessit ad horam*—no en todo lo que querían los arrianos, pero sí en comunicar con ellos, negándose, no obstante, á subscribir la condenación de San Atanasio,—*sed tamen ut contra Athanasium non subscriberet*,—como nos dice el mismo santo patriarca de Alejandría. (*Ep. ad Solitarios.*)

Hay respetables autores que aseguran haber prevaricado Osio al fin de su vida, cediendo á la presión ejercida por los arrianos, con los cuales, dicen, convino en todo. San Atanasio, el más grande y autorizado historiador de aquellos sucesos, niega rotundamente especies tan injuriosas para el insigne Prelado cordobés, diciendo que se redujo su condescendencia á la precisa comunicación con Ursacio y Valente, obispos arrianos, y aun esto le dolió tanto que declaró antes de morir cómo lo había hecho á la fuerza, y condenó de nuevo la detestable herejía arriana, prohibiendo recibirla y apoyarla. Así murió á fines del año 357, y á los ciento y uno de edad, el que por espacio de medio siglo había sido columna firmísima de la Iglesia católica, habiéndole anticipado la muerte los azotes y tormentos que le dieron en el último año de su vida, como dice Sócrates Escolástico (lib. II, cap. XXXI). San Agustín consideró siempre á Osio como Obispo católico, mientras los donatistas detestaban su memoria. Ni se ha de omitir que la Iglesia griega le venera como santo, lo mismo que la siríaca.

**Intervención de Osio y otros Obispos españoles en varios Concilios.** La necesidad de seguir el hilo de los sucesos relacionados con el arrianismo, nos ha impedido anotar otros hechos importantes de Osio, que vamos á indicar brevemente. Asígnase la fecha de 314 al primer Concilio de Arlés contra los donatistas, al que acudió Osio acompañado de Liberio, obispo de Mérida, y de otros varios presbíteros y diáconos españoles. Este fué el primer Concilio presidido por el obispo de Córdoba. Sabemos igualmente que presidió el de Nicea once años después, y que, como nos refiere Eusebio (*Vita Const.*, lib. III, cap. I), formaban parte de esta gloriosa y memorable Asamblea otros varios Prelados de nuestra Península. También acompañaban á Osio en el Concilio de Sárdica cinco Obispos españoles, que eran: Domiciano, de Astorga; Pretextato,

de Barcelona; Aniano, de Cástulo; Florencio, de Mérida, y Casto, de Zaragoza; todos los cuales sirvieron de firme apoyo á Osio, y á los demás Obispos ortodoxos, en sus luchas contra el arrianismo.

A otro Concilio, celebrado tal vez antes que el de Nicea, en Gangra (Asia Menor), asistió también Osio. No lo presidió sin duda, puesto que no aparece su firma en primer lugar. No hay noticia de que estuviera á su lado ningún Prelado español.

De otros tres Obispos españoles hallamos memoria con motivo de la herejía arriana en el siglo IV: fueron éstos San Gregorio, llamado el *Bético*, obispo de Ilíberis; Potamio, que lo fué probablemente de Lisboa, y Florencio, cuya Sede no se menciona. De los dos últimos sólo sabemos que figuraron al lado del grande Osio; y aunque en el *Libellus precum* que ios luciferianos Marcelino y Faustino presentaron á los emperadores Valentiniano y Teodosio se les infama atrocemente, lo mismo que al Papa Marcelino y á nuestro Osio, no tenemos razonables fundamentos para formar de ellos tan baja idea. El hecho sólo de haber merecido la confianza de un hombre como Osio, nos da motivos para formar alto concepto de sus méritos.

San Gregorio *Bético* fué probablemente uno de los Prelados españoles desterrados por Constancio por no avenirse con la perfidia arriana, y consta por San Eusebio Vercelense que se opuso á lo hecho por Osio, condescendiendo en comunicar con los herejes. Lo que se ignora es si esa resistencia se verificó en Sirmio, como parece más razonable, ó desde otro punto.

Cuando dos años después (359) se reunió el Concilio de Rímini, y los herejes lograron fuese aceptada una fórmula capciosa por casi todos los Padres del Sinodo,—unos 380 de los 400 que lo formaban,—San Gregorio se mantuvo firme, sin consentir, no ya en firmar la fórmula herética, pero ni en comunicar con ninguno que la hubiese suscripto ó defendido. No es esto decir que conste la asistencia de este Prelado á dicho Concilio: acaso seguía desterrado desde hacía más de dos años. Pero tenacísimo el emperador Constancio en su arrianismo, hizo que circulase la fórmula ariminense, con orden de deposición y destierro contra todo el que no la firmase; y de todas suertes, por el testimonio irrecusable de San Eusebio Vercelense sabemos que nuestro Santo fué uno de los pocos que resistió impávido aquella furiosa tempestad, sin consentir en nada de lo que los arrianos deseaban.



Cierto es que se ha querido tiznar su limpia fama con algún dejo de luciferianismo, pero sin fundamento. San Jerónimo supone que llegó á extremada vejez. La Iglesia de Granada le venera como santo, y celebra su fiesta el día 24 de Abril. San Agustín nombra con grandísimo elogio á un Obispo español llamado Olimpio (*Cont. Julian.*, lib. III, cap. XVII), Doctor eminente de su tiempo, y Genadio le cuenta entre los escritores más ilustres. Se ignora si aluden á uno de los dos Obispos españoles, llamados Olimpio y Eunomio, enviados por San Melquiades en 316 para que se cumpliera lo dispuesto por el Concilio romano á favor de Ceciliano, cuya elección para obispo de Cartago fué causa, ó pretexto más bien, para el cisma donatista.

**San Dámaso, Papa.** Aunque la historia de este santo pertenece más bien á la general de la Iglesia, no desagradará que demos aquí algunas noticias referentes á su vida. Nació en Madrid, mientras otros le suponen de Guimaraens, en Portugal. Hijo de un sacerdote español por nombre Antonio, siguió muy niño á su padre á Roma, donde recibió brillantísima educación. Dámaso era de los familiares del Papa Liberio, á quien acompañó en el destierro; y cuando este Pontífice, lleno de alegría por el triunfo de la verdad contra el arrianismo, entregó su espíritu á Dios (366), fué elegido para sucederle nuestro ilustre paisano, ventajosamente conocido ya por su acendrada virtud y talento esclarecido. No le faltaron ocasiones en que ejercitar entrambas cualidades, ya en sus luchas con el antipapa Ursino, diácono de la Iglesia romana, que se había hecho elegir contra todo derecho, ya con los restos del arrianismo, que aún retoñaba en Oriente y contaba con el apoyo del Monarca que regía los destinos de aquellas regiones. Ursino se vió bien pronto aislado, y la autoridad de San Dámaso universalmente reconocida. Las Iglesias orientales pidieron al gran Pontífice, por boca del obispo de Cesarea, San Basilio, su intervención directa para restablecer la paz, turbada por más de medio siglo en aquellas Iglesias. Dámaso no necesitaba de ningún linaje de estímulos: reunió en Roma un Concilio en que, después de condenar al antipapa Ursino, de nuevo fué anatematizado el arrianismo con sus principales sostenedores. Los trabajos del Pontífice, sabiamente secundados por los santos Basilio, Gregorio Nacianceno y Epifanio, dejaron reducida la herejía á la vida ficticia que le comunicaba el apoyo del emperador Valente. La opinión pública y la de la inmensa mayo-

ría de los preladados estaba decididamente del lado de la verdad.

Ya sabemos que los priscilianistas recibieron enérgica repulsa de San Dámaso cuando apelaron á él contra las disposiciones del Concilio de Zaragoza, y el comportamiento posterior de estos herejes justificó bien pronto el proceder del gran Pontífice. Las cartas de carácter dogmático y los tratados históricos y teológicos de San Dámaso, amén de sus poesías sagradas y la influencia que ejerció sobre San Jerónimo para que emprendiera la traducción de la Biblia, son méritos sobrados para ocupar lugar distinguido entre los Santos Padres de la Iglesia.

**Teodosio.** No es posible pasar por alto el nombre de Teodosio: por su cualidad de español y católico de verdad, merece un lugar distinguidísimo en esta historia. En 379 fué asociado al Imperio por Graciano, hijo de Valentiniano I. El Imperio romano encontrábase rodeado de poderosísimos enemigos: en el año citado derrotaron los godos con espantoso estrago los ejércitos de Valente, el cual murió también, lo mismo que treinta y cinco de sus generales. Persas, godos, hunos, alanos y mil otros pueblos amenazaban al caduco Imperio. En tan apuradas circunstancias recibió la púrpura el gran Teodosio, cuyo advenimiento fué saludado con inmenso júbilo por todos los católicos, como si adivinaran sus futuras proezas contra los enemigos del Imperio y su incondicional protección á la Iglesia. Llevaba algunos meses en el trono cuando publicó la famosa ley *Cunctos quos*, de acuerdo con sus colegas Graciano y Valentiniano, disponiendo que todos los pueblos sometidos á la autoridad de los emperadores romanos debían seguir la fe del Pontífice romano, llamándose católicos los que esto hicieran, y los queno, herejes. Toda la legislación teodosiana está informada por el espíritu evangélico: renovó el decreto de Valentiniano I, relativo á la libertad de los presos por Pascua; castigó la delación con duras penas, y procuró un reparto más equitativo de las contribuciones, reprimiendo con mano fuerte á los concusionarios, y poniendo coto á los excesivos gastos de los gobernadores de las provincias. Sus victorias contra los bárbaros y contra los perturbadores del Imperio fueron sin número.

---

## CAPITULO V

---

### Cultura cristiana de este periodo.—Santos.

**Literatura del siglo III.** De los tres primeros siglos de la Iglesia no conocemos otros monumentos literarios que algunas actas de los mártires, muy pocas. Su antigüedad no debe remontarse más allá del siglo III. San Cipriano, en la célebre epístola contestación á las varias que había recibido de España con motivo de la apostasia de Basilides y Marcial, menciona con encomio á Félix, de Zaragoza, diferente, como advierte él mismo, del otro Félix, sucesor de Marcial en la Sede emeritense. De creer es que no le prodigara honrosos dictados á no conocer del presbítero aragonés más que la carta en que éste le refería los sucesos referentes á la consabida apostasia. No es probable que en tan largo espacio de tiempo nada se haya escrito, y es de suponer que, principalmente en el siglo III, hubo hombres de ciencia, y aun escuelas cristianas de no escasa cultura; que no se improvisan apologistas como Osio, y poetas de la ilustración y arranques de Juvenco, educados en ese siglo.

**Escritores del siglo IV.—Osio.** La escasez, por no decir absoluta carencia, de escritores de las tres primeras centurias, queda ampliamente recompensada por la riqueza é importancia de los del siglo IV. El tantas veces citado Osio debe de nuevo aparecer aquí. No escribió muchos y grandes volúmenes, pero se comprenderá desde luego la importancia excepcional de las pocas páginas que nos quedan con sólo reparar en que es suyo el símbolo del Concilio de Nicea, suyos gran parte de los cánones del Concilio de Sárdica, y suya, finalmente, la ya citada é incomparable carta al emperador Constancio. San Isidoro añade que Osio escribió también una carta á su hermana *De laude virginitatis*, con hermoso y elegante estilo, más un tratado acerca de la interpretación de las vestiduras sacerdotales del antiguo Testamento, con excelente ingenio y sentido. Las palabras de San Isidoro indican que conoció estos escritos, que no han llegado á nosotros. San Atanasio, al afirmar que Osio era oído en todas partes cuando escribía, —*scribens ubique auditur*,—manifiesta que eran frecuentes las cartas

de Osio á las diversas partes del mundo, cosa natural en aquella lucha á muerte con el arrianismo, en que tantos vacilaban.

**San Gregorio Bético.—Casterio.—Potamio.—Olimpio.** La única segura noticia de los escritos de San Gregorio es la que encontramos en San Jerónimo, cuando dice que este Prelado español escribió diversos tratados en estilo mediocre, y elegantemente un libro acerca de la fe:—*et de fide elegantem librum.*—Ninguno de ellos ha llegado á nosotros, pues el libro *De Trinitate, sive de Fide contra arrianos*, que por mucho tiempo ha llevado el nombre de nuestro Santo, es obra de Faustino, presbítero luciferiano.

Fué Casterio uno de los Obispos que condenaron el priscilianismo en el Concilio I de Zaragoza. Sabemos por San Braulio que este Casterio era gallego, y murió de muy avanzada edad, alcanzando gran fama por su virtud y ciencia, y por San Jerónimo nos consta que escribió un tratado en defensa de la perpetua virginidad de María contra Elvidio y Joviniano, obra que no ha llegado á nosotros.

De Potamio, compañero de Osio, no se conoce más que una carta á San Atanasio, briosa refutación del arrianismo, en especial contra la repugnancia que manifestaban los herejes en admitir la palabra *consustancial*, usada por el Concilio de Nicea, por luminosa y comprensiva, para denotar la unidad de substancia del Padre y del Hijo. Potamio hace ver que esa palabra no es nueva, ni desusada en la Escritura divina, y aduce varios ejemplos en confirmación de su aserto.

**San Agustín cita á Olimpio.**—Prelado español ya mencionado por nosotros—como una lumbrera de la Iglesia católica, diciendo de él que era varón de gran gloria en la Iglesia y en Jesucristo, y citando un fragmento de una obra suya, entre otros que aduce de los más insignes Santos Padres, para probar contra Juliano la existencia del pecado original. (Lib. I *Contra Juliano*, cap. III.) Debe advertirse que el único autor español alegado por el gran Doctor africano, entre otros muchos orientales, italianos, franceses y africanos, fué Olimpio, elogiándole primero como queda dicho. Genadio cita igualmente á nuestro paisano como autor de una obra en que se probaba que el mal no reconocía por origen la creación, sino la inobediencia. Posible es que se refiera á la misma que menciona San Agustín, por la analogía de los puntos que citan.

**San Paciano y Flavio Dextro.** De Paciano y de su hijo Dextro hace

honrosa mención San Jerónimo. Fué el primero casado antes de su elevación á la Sede episcopal de Barcelona (360-390), y se distinguió por su integridad de vida, elocuencia y celo sacerdotal, habiendo escrito un libro titulado *Cervus* y otros varios opúsculos. Las tres epístolas que de él nos quedan están dirigidas á un personaje llamado Simproniano, que fué el que primero le escribió, jactándose de que nadie se había atrevido á contestarle. Las cartas de nuestro obispo están admirablemente escritas, y por su fondo y forma son un monumento tan importante como curioso. Trata en la primera del nombre de *católico*, á fin de establecer un distintivo entre los muchos herejes apolinaristas, catafrigas, novacianos y otros,—que infestaban la ciudad (Barcelona) y se llamaban cristianos,—y los que de verdad lo eran. En la segunda y tercera carta se propone principalmente rebatir el novacianismo, error defendido por Simproniano, y consistente en negar que después del bautismo hubiese lugar á penitencia. Otros dos preciosos opúsculos de este santo Obispo se conservan: el uno, fervorosísima exhortación á la penitencia, titulado *Paroenesis*, y el otro, que lleva el de *Tractatus de Baptismo*, y cuyo asunto está delineado en sus primeras palabras: *Aperire desidero qualiter in baptismo nascamur, et qualiter innovemur*. Acaso el más importante de sus escritos fué el ya citado con el nombre de *El ciervo* (*Cervus*), obra en que se esforzó por desterrar una bárbara y vergonzosa costumbre gentilica, que consistía en disfrazarse muchos paganos, y aun cristianos, con figuras de monstruos y de fieras para cometer los más abominables excesos. El resultado no correspondió á los deseos del santo Obispo, como él mismo lo dejó escrito. (*Paroenesis*, § 2.)

De su hijo Dextro no sabemos más que lo que nos refiere San Jerónimo (*De Vir. Illustr.*, cap. CXXXII), á saber: que era hombre afamado en el siglo,—*clarus apud saeculum*,—sin duda por su ciencia, y dado á la observancia de la ley oristiana. Añade el Santo que, según noticias, había escrito Dextro una historia general dedicada al mismo San Jerónimo, historia que aún no había leído el Santo. Disputáse entre los críticos si este hijo de San Paciano es el mismo Dextro á cuyo ruego escribió el ilustre Solitario de Belén el catálogo de varones ilustres, y que se sabe ejerció la alta dignidad de Prefecto del Pretorio. La historia general que San Jerónimo atribuye á Dextro, hijo de Paciano, no ha llegado á nosotros; pero de ella tomó ocasión el P. Higuera para in-

ventar un Cronicón confundiendo los dos Dextros ya mencionados, y tejiendo una historia á su modo. De ahí nació, en el siglo XVII, la confusión en el campo, ya de suyo laberíntico, de la historia española.

**Juvenco.** La musa cristiana, relegada hasta el siglo IV á la obscuridad de las Catacumbas, dejóse oír á la luz del sol con acentos desconocidos por los más esclarecidos vates del paganismo. Cayo Vecio Juvenco, presbítero español de ilustre alcurnia, fué de los primeros poetas cristianos del mundo que cantaron los misterios de la religión verdadera; y cuando había casi enmudecido la musa pagana, que sólo dejaba oír su voz de cuando en cuando para describir lascivas puerilidades, nuestro poeta se encumbraba hasta los cielos, tomando por asunto la redención del mundo por el Hombre-Dios, y desenvolviéndolo á maravilla en su *Historia Evangélica*.

Cierto que los poetas clásicos le aventajan en galas retóricas, minuciosas descripciones y ostentoso aparato; pero ninguno se le acerca siquiera en la profundidad y altura soberana del pensamiento, ni era posible, salvo un milagro, dadas las creencias gentílicas y la ridícula teogonía greco-romana, que por fuerza debía achicar el vuelo de la imaginación más lozana. San Jerónimo nos dice que Juvenco escribió otros poemas fuera del arriba citado, que trataban de los Sacramentos. Recientemente se ha hablado del hallazgo de un largo poema del propio autor; pero carecemos de pormenores, y hasta ignoramos si son verídicas las noticias que han circulado.

**Prudencio.** Este excelente poeta, hijo de Zaragoza muy probablemente, nació á mediados del siglo IV. Empleó sus mejores años en el ejercicio de la abogacía, habiendo también ocupado altos puestos en la milicia. Contaba diez lustros largos cuando empuñó la lira cristiana, tanto para cantar las glorias de la Religión y fortalecer en ella á los débiles, como para dar el golpe de gracia á las creencias gentílicas, que pugnaban por levantar la cabeza apoyadas en la protección que á veces hallaban en las potestades seculares. La obra de Prudencio fué más amplia y comprensiva que la de Juvenco, y mayor su mérito como literato. Los trabajos que hoy nos quedan de tan excelso vate son seis: *Psychomachia*, *Cathemerinon*, *Peristephanon*, *Apoteosis*, *Hamartigenia* y *Contra Symmachum*, libri II. En *Psychomachia* ó *Combate del alma* pinta las enconadas luchas que en el corazón humano tra-

ban la virtud y el vicio; asunto casi desconocido para la antigua poesía, región inexplorada é inaccesible para los secuaces de las menguadas doctrinas gentílicas. El *Cathemerinon* ó *Libro de los himnos* está destinado á la santificación de todas las obras del día: empieza por el canto del gallo, sigue el amanecer; antes y después del ayuno y de la comida; exequias de los difuntos; los milagros de Cristo; su Nacimiento, la Epifanía... El *Libro de las coronas* ó *Peristephanon* contiene catorce himnos á los mártires de diversas naciones, los más de ellos españoles, empezando por Emeterio y Celedonio. La *Apoteosis* y la *Hamartigenia* son una refutación completa de casi todas las herejías que infestaron la Iglesia en los cuatro primeros siglos, y lo admirable es cómo el poeta pudo sostenerse á inmensa altura, aun tratando de áridas especulaciones teológicas. El *Enchiridion* ó *Manual* es la historia abreviada del Antiguo y Nuevo Testamento, y, finalmente, los dos *Libros contra Simaco*, prefecto de Roma, son elocuentísima defensa de la Iglesia católica y á la vez contundente refutación del paganismo.

**Literatura priscilianista.** No nos quedan de ella más que dos muestras cortísimas: un fragmento de una carta de Prisciliano, conservado por Paulo Orosio en su *Commonitorium*, que resulta enigmático, y un supuesto himno que el Salvador dijo á los Apóstoles, obra igualmente enrevesada, debida á Argirio, que escribió también exposiciones de este himno, propias sólo para alucinar á los no iniciados, de ningún modo para aclarar su sentido. Tanto Prisciliano como Argirio escribieron más obras, y por San Jerónimo sabemos que Latroniano fué notabilísimo poeta, cuyas obras eran comparables á las de los mejores de la antigüedad; el mismo santo Doctor menciona el Apologético de Tiberio Bético, cuyo estilo era afectado. En el libro *Contra Mendacium*, de San Agustín, encontramos la especie de que en una obra de Dictinio, titulada *Libra*, por estar dividida en doce tratados, se defendía la licitud de la mentira.

---

## PERÍODO SEGUNDO

Desde la invasión de los pueblos del Norte hasta la de los árabes (409-711).

---

### CARACTERES DE ESTE PERÍODO

Los pueblos bárbaros que invadieron la Península ibérica, sometiénola con la fuerza de las armas en breve espacio de tiempo, fueron sometidos á su vez por la superioridad moral é intelectual del pueblo vencido, el cual logró imponer paulatina y sosegadamente á los invasores sus hábitos, sus leyes y, finalmente, su religión. De ahí la mutua inteligencia entre pueblos tan diferentes como el hispano-romano y las hordas del Norte. Preciso es reconocer, sin embargo, que la verdadera y completa fusión de elementos tan heterogéneos no se verificó hasta la invasión árabe, puesto que las riendas del poder y los empleos públicos estaban casi siempre en manos de las razas del Norte, mientras la hispano-romana ostentaba el cetro de la inteligencia; y, con todo, mucho antes se había efectuado la unidad de aspiraciones, en cuya virtud vencidos y vencedores, Iglesia y Estado, marcharon acordes y llegaron á un grado verdaderamente asombroso de civilización, que forma singular contraste con la ignorancia de las demás naciones europeas. De aquella venturosa unidad de intereses y aspiraciones nacieron también los memorables Concilios toledanos, que fueron causa y efecto á la vez de la formación de la nacionalidad española en el sentido más estricto de la palabra. Pero tras una época por siempre gloriosa de monarcas tan valerosos como cristianos, y de Prelados santísimos, cuya ciencia sólo es comparable á sus egregias virtudes, vienen años de triste relajación, de discordias y disensiones enervantes, hasta dar con todas nuestras grandezas en la vergonzosa é innoble sepultura del Guadalete.

---



## CAPITULO PRIMERO

---

### **Invasión de los bárbaros, y su establecimiento en España. — Los monarcas godos hasta Leovigildo.**

**Situación del Imperio romano.** En los comienzos del siglo V experimentó el Imperio romano profundas conmociones, de que no pudo menos de resentirse nuestra Península. Al morir Teodosio el Grande, sostuvo por algún tiempo el honor de las águilas imperiales Estilicón, general de incomparables dotes militares, casado con una sobrina del mismo Teodosio. Mas, fuera por intrigas de mala ley, fuera por excesos reales y verdaderos del propio Estilicón, acusado de pretender la corona para su hijo Eugenio, fué inhumanamente decapitado (408) por mandado de su yerno el emperador Honorio. El año anterior á la muerte de aquel infortunado general había sido proclamado Emperador por las legiones de la Gran Bretaña un tal Constantino, el cual mandó á su hijo Constante á España; y como esta nación se mantuviese fiel á Honorio, y dos egregios parientes de éste, Dídimo y Veraniano, lograsen por espacio de tres años guardar los Pirineos contra los asaltos de los bárbaros, Constante los hizo matar, y puédese decir que dejó franca entrada á aquéllos, siendo éste el comienzo de una era espantosa de feroz exterminio.

**Invasión de los vándalos, alanos y suevos.** La entrada en España de los vándalos y de los pueblos que en revuelta confusión les seguían, fué la señal de una de esas catástrofes que se resisten á toda descripción: Idacio, escritor contemporáneo, nos pinta aquella inmensa calamidad—visible castigo de la Providencia divina por las abominaciones de los hombres—con negrísimos colores: «Ebrios de furor los bárbaros, dice, recorren el territorio de España en medio de los rigores de la peste: el tiránico usurpador saquea todas las riquezas, provisiones, víveres. Síguese el hambre con todos sus horrores, hasta llegar á comer los hombres carne humana; más de una madre se alimentó con el cuerpo de su hijo como durante el asedio de Jerusalén. Cebadas las fieras de carne humana,

abundando los cadáveres de los infelices pasados á cuchillo, acometían á los vivos sin que de ellos pudieran librarse los más denodados. De esta suerte se vieron cumplidas las proféticas amenazas, pues morían los hombres al rigor de las cuatro plagas: hambre, peste, hierro y dientes de fieras. No quedó apenas en pie monumento alguno de importancia, no ya de los puramente artísticos, pero ni de aquellos necesarios para la vida de los pueblos. Templos, monasterios, palacios, puentes, acueductos, todos fueron destruidos ó saqueados. Bien pronto comprendieron aquellas hordas salvajes que el camino que llevaban era el del suicidio, pues se vieron asediados á su vez por el hambre en un país literalmente arrasado y aniquilado. Entonces se amansaron un tanto, y fuéles necesario dedicarse á los trabajos agrícolas; si bien, poco ó nada habituados á semejantes ocupaciones, hicieron cargar con ellas á los indígenas que sobrevivieron.

**Entrada de los godos.** No fué tan sangrienta la invasión de los godos en España, y no es extraño: Ataulfo, su caudillo, casado con Gala Placidia, hermana del emperador Honorio, dejó á éste en pacífica posesión de Italia, estableciéndose primero en Narbona, y más tarde (416) en España. Los godos trabaron, es verdad, sangrientas luchas con los pueblos bárbaros que poco antes se habían establecido en España; mas siempre se mostraron menos crueles, sobre todo con los naturales del país, aliados hasta cierto punto de los godos. Ataulfo murió el mismo año traídoramente en Barcelona, y sus sucesores Sigerico y Walla nada de particular hicieron que pueda interesarnos, si no es la paz pactada por este último con los romanos.

**Creencias de los pueblos invasores.** La inmensa mayoría de los pueblos que invadieron nuestra Península en 409 era pagana; pero entre los vándalos y alanes tenía algunos parciales el arrianismo, sin que se sepa de quién lo recibieron. Los suevos eran todos idólatras, hasta que el gálata Ajax, que vino con los godos, les predicó el arrianismo en la segunda mitad del siglo V. Entre los godos había católicos desde mucho antes de su llegada á España; mas en tiempo de Valente (375), y por celo herético de este odioso emperador, recibieron la mayor parte de ellos el arrianismo sin desprenderse totalmente de sus antiguas creencias gentílicas, y mucho menos de sus costumbres salvajes. Al quedarse dueños de la Península todos estos pueblos, se encontraron, sin darse cuenta de ello, convertidos en arrianos, y de esta suerte, á su natural fe-

rocidad unieron el fanatismo sectario, terrible cosa en razas que ni poco ni mucho entendían de tolerancias.

**Más invasiones.** Cuando no habían cesado aún las sangrientas querellas entre los suevos, godos y romanos en nuestra Península, —los vándalos se habían establecido en Africa,—aparecen los hérulos (465), pueblos de origen sármata; y por no ser menos que sus congéneres, empiezan también por saquear y destruir cuanto hallan en las costas cantábricas, teatro de sus hazañas.

La segunda venida de los godos no fué propiamente una invasión; los godos fueron adquiriendo su predominio en España, conservando el centro de su acción en la Galia, y obrando unas veces por inspiración propia, y otras como aliados de los romanos; y cuando Eurico, asesino y sucesor de su hermano Teodorico II, se puso al frente de los visigodos, trató de fundar un imperio sobre bases estables, y con el nuevo caudillo vinieron á España nuevas legiones de godos, que concluyeron para siempre con la dominación romana.

**Reparto de España por los pueblos invasores.** Los godos establecieron su corte en Barcelona, y además de las regiones que estaban bajo su dominio en las Galias, fueron extendiendo el de España en las luchas que trabaron con los demás bárbaros. Estos se repartieron la Península del modo siguiente: Los suevos y una parte de los vándalos ocuparon la antigua provincia Galaica, que comprendía las Asturias y gran parte de Castilla la Vieja. Los alanos y los restantes vándalos se establecieron, los primeros en la Lusitania, que se extendía por tierras de Coria, Ciudad Rodrigo y Salamanca, y los otros en la mejor parte de la Bética.

**Reyes godos hasta Leovigildo.** Hay empeño por parte de algunos en negar la existencia de esos reyes, á quienes solamente llaman caudillos godos, partiendo del supuesto de que España no formó Estado independiente hasta el reinado de Eurico. Los nombres importan poco. Los emperadores conservaban un dominio aparente, y seguro es que ninguno de esos *caudillos* godos obedeció una sola orden imperial en lo relativo al gobierno de los godos en España.

De todas suertes, la historia eclesiástica apenas tiene por qué mencionar á Ataúlfo, Sigerico y Valia, que reinaron poco tiempo (412-417); Teodoredo cometió inauditos atropellos, destruyendo florecientes ciudades é irrogando inmensos perjuicios á la Iglesia. Su hijo Turismundo no tuvo tiempo de dar muestras de sí: murió

asesinado por su hermano Teodorico, que se alzó con la jefatura de los godos. Digno hijo de Teodoredo, cometió también horribles actos de salvajismo, que pagó con su vida, pues también murió á manos de su hermano Eurico. Este dicen ser el primer rey de España; fué desde luego el primero que dió á la gente goda leyes escritas, y después de obtener grandes victorias, en las cuales no es menester decir que se propasó á cometer las crueldades más atroces, concedió períodos relativamente largos de paz. En España no, pero en la parte de las Galias, á que se extendía el dominio de los godos, Eurico dió en perseguir á los católicos persuadido, según se cuenta, de que debía sus victorias al arrianismo que profesaba.

Alarico, su hijo y sucesor (484-507), se mostró más benigno y deferente con los católicos, y se dice que no quiso publicar el nuevo Código por el que debían regirse los pueblos vencidos sin que antes lo revisaran los Padres del Concilio Agatense (Agde). Alarico murió en Vouillé, en una batalla contra Clodoveo.

Las vicisitudes políticas ocurridas en tiempo de Amalarico, hijo y sucesor de Alarico, no son de este lugar. Sólo notaremos que en todo ese período (507-532) gozó la Iglesia española de una paz tanto más apreciable cuanto más rara. Hay, sin embargo, un punto negro en la vida de Amalarico: á fin de aliarse con los hijos de Clodoveo, que amenazaban sus estados de las Galias, se casó con una hermana de aquéllos, llamada Clotilde, que era católica, y se dice que, en su furor sectario por el arrianismo, llegó á maltratarla. Tuvieron con esto excelente ocasión los reyes francos para hacerlo guerra, como efectivamente se la hicieron. Amalarico se vió obligado á huir á Barcelona, y allí fué degollado por sus propios soldados. Los godos no soportaban reyes vencidos. Sucedió á Amalarico su antiguo ayo Teudis, hombre de talento y buenas prendas. Aunque no se sabe que molestase ni poco ni mucho á los reyes francos, éstos invadieron los estados de Teudis y llegaron á poner sitio á Zaragoza. Los católicos de esta siempre heroica ciudad, viéndose sin esperanza de socorro humano, acudieron á Dios, llevando en devotísima procesión la túnica del mártir San Vicente. Al pronto los francos creyeron que se trataba de algún acto de superstición; pero un rústico les sacó del error, diciéndoles lo que ocurría. Temerosos los francos de que en efecto el favor divino, al venir en auxilio de los zaragozanos, les fuera contrario, abandonaron el cerco y volviéronse á las Galias, se-

gún unos, cargados de riquísimo botín; según otros, huyendo malamente de las tropas de Teudiselo, general godo, que hizo en ellos horrible carnicería. Quebrantado el prestigio de Teudis con las derrotas que los imperiales le hicieron sufrir en Africa, fué asesinado por uno de los suyos que se fingía loco (548).

De los inmediatos sucesores de Teudis, Teudiselo y Agila, poco ó nada consta en la historia que pueda interesar á la nuestra. En cambio San Isidoro supone que Atanagildo era católico; y aunque no quiso manifestar sus creencias por temor á los godos, tampoco las desmintió con ningún acto que remotamente significara aversión á los católicos. En su tiempo, y á petición suya, entraron de nuevo los imperiales en la Península, y admitidos como auxiliares lograron afianzarse extendiendo sus dominios por las costas de Levante y hasta por el interior. Muerto Atanagildo en Toledo, precedieron cinco meses de interregno á la elección de Liuva, hombre de indole pacífica y carácter bondadoso que compartió el reino con su hermano Leovigildo, á quien mandó á España, quedándose él en Narbona. Tendremos ocasión más adelante de volver sobre este asunto.

**Reyes suevos.** Sabemos que á los suevos cupo en suerte la provincia Galaica. Hesmerico fué su primer caudillo, y dirigidos por él ocuparon dicha provincia, no sin antes contribuir eficazmente á la ruina y desolación de España. De sus sucesores Rechila, Rechiaro, Maldras, Frantán y Remismundo, sólo sabemos que se ocuparon, con cortos intervalos, en destruir y matar, como si ésa fuera su consigna, ésa su mayor satisfacción y complacencia. Frumario, que había disputado el trono á Remismundo, quedó á la muerte de éste en pacífica posesión de la única jefatura de los suevos, y fué el que destruyó la ciudad de Chaves y todo su convento jurídico y el de Lugo, amén de llevarse preso al insigne prelado de Chaves, el cronista Idacio.

Hubo de suceder esto hacia el año 468 ó 469, en que termina el Cronicón de Idacio. Desde esta fecha hasta ochenta ó noventa años después, no hay noticia ni de los suevos ni de sus reyes. Disputan los críticos sobre si el primer rey suevo convertido al Catolicismo fué Carriarico ó Teodomiro, ó si éstos son distintos nombres que deben aplicarse á una misma persona. De todos modos, hasta bien pasada la primera mitad del siglo VI no se sabe de los suevos otra cosa que su permanencia en el arrianismo. En esa fecha se convirtió al Catolicismo Carriarico ó Teodomiro. San Gre-

gorio de Tours, hablando de las maravillas que obraba el Señor por intercesión de San Martín, obispo que había sido de la misma ciudad, cuenta que, viendo el rey suevo en gravísimo peligro á su hijo (*urgeri filium in extremis*), preguntó á los suyos: «¿De qué religión fué Martín, aquel de quien cuentan que obra tantas maravillas en las Galias?» Dijéronle que de la católica, y defensor acérrimo de la divinidad de Jesucristo, y entonces el rey mandó á varios áulicos al sepulcro de San Martín con tanto peso de oro y plata cuanto era el de su hijo enfermo. No obtuvo por entonces lo que deseaba; pero habiéndole enviado nueva embajada con mayor cantidad de dones (después de prometer que si recibía reliquias de San Martín creería en cuanto le predicasen los sacerdotes católicos), y mandado construir una magnífica iglesia en honor del santo taumaturgo, vió cumplido el más vivo anhelo de su vida; pues su hijo, completamente sano ya, fué uno de los que salieron al encuentro de los que gozosos volvían á Galicia, llevando consigo las reliquias de San Martín. «Entonces — dice el piadoso historiador citado — creyó el rey en la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y fué confirmado con toda su familia.» Mirón, sucesor del rey convertido de la manera dicha, portóse bien con los católicos, y San Martín Dumiense, que le dedicó una de sus obras, como veremos después, le llamaba *Rey piadosísimo*. Leovigildo logró, sin embargo, sobornarle para que le ayudase contra los católicos, y murió en esta innoble empresa (583). De la guerra civil que se inició en el reino suevo á la muerte de Mirón, entre su hijo Eburico y Andeca, pretendiente á la corona, se aprovechó Leovigildo. Andeca venció á Eburico y le obligó á encerrarse en un monasterio, y Leovigildo hizo otro tanto con Andeca, dando fin con esto el reino de los suevos (585), después de ciento setenta y siete años de duración.

---

## CAPITULO II

---

### **La Iglesia española bajo el imperio de los reyes arrianos.**

#### **I.—NUEVAS DEVASTACIONES**

**La causa de España identificada con la de la Iglesia.** Como ha sucedido en varias épocas de nuestra historia, á cualquiera invasión extraña la causa nacional se encuentra identificada con la de la Iglesia. Así lo entendieron los pueblos invasores del siglo V, de perfecto acuerdo en esto con los indígenas á pesar de no constituir éstos un Estado autónomo, como el que los propios invasores formaron poco después. Por eso, en las desgracias y horrores que fueron el patrimonio del mundo romano y de España en el siglo V, cupo una parte principalísima á la Iglesia, que al par de la sociedad civil de entonces, que en realidad no era distinta de la religiosa, experimentó violentísima sacudida con la muerte ó dispersión de sus más conspicuos representantes, y con la destrucción de todos aquellos medios temporales necesarios para la vida.

**Destrucción de las iglesias de Cartagena, Sevilla y de otras varias ciudades.** En el año primero del imperio de Valentiniano III (425) pone Idacio la primera destrucción de Cartagena y la única que conocemos de Sevilla. Decididos los vándalos á pasar al África, y no queriendo dejar en pie cosa que tuvieran á mano, se cebaron en dichas dos ciudades, celebérrimas desde muy antiguo en la historia de España. Es innecesario advertir que en esa devastación general, las primeras que padecían eran las iglesias de los católicos, contra las cuales acometían con duplicado furor los bárbaros en su calidad de idólatras ó herejes, y enemigos de todo lo que tuviese algún dejo romano. Sevilla, á pesar del saqueo á que la entregó Gunterico muy poco después, pudo rehacerse pronto; pero Cartagena fué otras dos veces destruída en menos de cuarenta años, á medida que penosamente la iban restaurando, y no pudo llegar nunca á su antiguo apogeo. Sólo cuando Atanagildo, un siglo después, pactó con los imperiales, procuraron éstos engrandecerla por las utilidades de su puerto y por las conveniencias del comercio.

Mucho se ha hablado de la perfidia de los suevos, y acaso la verdad supere á toda ponderación; pero es preciso también decir que los godos tampoco les iban en zaga en esto de cometer actos de feroz salvajismo, como lo comprueban los que efectuaron después de la derrota de los suevos en las márgenes del Orbigo (456); el caudillo godo Teodorico marchó en persecución de los vencidos, y de paso destruyó la ciudad de Braga, profanó y saqueó las basílicas y convirtió los templos en establos, llevándose prisionera toda la servidumbre de las iglesias, sacerdotes, niños y vírgenes consagradas al Señor. No hizo otro tanto en Mérida, aterrado por los portentos que obró el Señor por mediación de la santa mártir Eulalia. Aun tuvo tiempo para entrar á traición en Astorga y cometer mayores excesos todavía que en Braga: después de matar, dice Idacio, multitud de personas de ambos sexos, destruyó por completo las iglesias, y antes de salir para Francia, llevando prisioneros á dos obispos que por aquel entonces se hallaban en la ciudad, con todo el clero y fieles supervivientes, mandó incendiar las casas y talar los campos. Para formarse idea de lo hecho por Teodorico y los suyos en Palencia, no hay más que fijar la atención en los horrores que cometieron en Astorga; porque el citado cronista se contenta con decir que entrambas ciudades perecieron de igual modo.

Habrían transcurrido tres ó cuatro años cuando los suevos, un tanto rehechos, emprendieron sus hazañas acostumbradas bajo la dirección de su caudillo Remismundo, y destruyeron todo el territorio de Lugo. Entraron luego en Coímbra, y no se contentaron con saquearla y destruirla en gran parte, sino que llevaron prisioneros á sus habitantes. No cupo mejor suerte á Lisboa, que tuvo dentro de sus muros á los suevos por vil traición de su presidente, habiendo también acudido pronto los godos, que á su vez la emprendieron con unos y otros, suevos y españoles.

## II.—CONSTITUCIÓN Y DISCIPLINA ECLESIASTICA EN LOS SIGLOS V Y VI

**La autoridad pontificia.** Hay documentos, como se ha dicho, en que consta que la Iglesia española reconoció la suprema autoridad del Pontificado Romano ya desde mediados del siglo III. En varios otros, pertenecientes á los siglos V y VI, se ve reconocida más ó menos explícitamente, no ya sólo la autoridad, sino también la infalibilidad del Romano Pontífice. En la carta primera de los



obispos de la Provincia eclesiástica tarraconense al Papa San Hilario, se dice que la Sede Apostólica ha difundido por el mundo en todo tiempo la luz de la verdad; que reconocen al Papa como á lugarteniente de Dios, y que á él (al Papa) acuden, sabiendo que *nada erróneo* contendrá su respuesta. Lo más ordinario en cuanto se presentaba algún asunto de trascendencia, era acudir á Roma en demanda de luz, consejo y definitiva resolución, como se deduce de los documentos aquí y en el período anterior citados. Cuando Santo Toribio de Astorga descubrió los conciliábulos priscilianistas, al punto acudió al Papa San León, cuyo dictamen siguió al pie de la letra. No hay más que consultar las cartas que se cambiaron dentro del período que historiamos entre los Papas Simplicio, Hermisdas y Vigilio, y los obispos españoles Zenón, de Sevilla, Juan, de Tarragona, y Profuturo, de Braga, para venir en conocimiento del profundo amor y veneración sin límites de estos Prelados al Romano Pontífice.

**Vicariatos apostólicos.** Una de las novedades más importantes de esta época, introducida *motu proprio* por el Soberano Pontífice, fué la institución de Vicarios apostólicos, que venían á ser á manera de delegados pontificios, sin más autoridad, por lo común, que la de vigilar por el cumplimiento de las leyes eclesiásticas, velando también por la pureza de la doctrina. Desde luego se echa de ver que semejante cargo no podía estar anexo á ninguna Sede episcopal determinada, pues no todos los obispos que hubieran de sucederse podían inspirar igual confianza á la Santa Sede. Por eso la delegación era personal, y se confería, hoy al Prelado de una diócesis, y mañana al de otra. El primer nombramiento de este género que encontramos es el que hizo el Papa San Simplicio á favor de Zenón, metropolitano de Sevilla, en la segunda mitad del siglo V. Poco después vemos revestido de igual delegación al arzobispo de Arlés, tanto para las Galias como para España. Como estos cargos se daban á voluntad del Pontífice, éste solía autorizar á sus delegados más ó menos ampliamente, según se lo aconsejaba su prudencia.

A principios del siglo VI, el Papa Simaco nombró delegado suyo á otro Prelado de Arlés también, revistiéndole de mayor autoridad que á otros Vicarios hasta entonces conocidos. En virtud de esta delegación pontificia, el Vicario Apostólico podía reunir Concilios si lo creía oportuno, y autorizar á los Prelados para que pasasen á Roma con sus cartas comendaticias. El suce-

ser de Símaco nombró dentro de España, por lo menos, dos Vicarios suyos, no sabemos si simultánea ó alternativamente, primero al obispo de Tarragona, y más tarde al de Sevilla. Este quedaba desde luego autorizado también para convocar Concilios, pero no podía inmiscuirse, en su calidad de Vicario Apostólico, en los asuntos que eran privativos de los metropolitanos, cuyas atribuciones se hallaban ya bastante definidas, reduciéndose á reunir y presidir el Concilio provincial, consagrar á los sufragáneos, suplir las ausencias de los Obispos comprovinciales, y juzgar en apelación las causas de su provincia.

**Jurisdicción de los Obispos.** Las circunstancias, con ser tan lastimosas, favorecieron en los siglos V y VI el reconocimiento por parte de los fieles de la potestad externa ó civil de los Obispos. En la alternativa de ser juzgados, ó por sus Pastores, animados del más alto espíritu evangélico, ó por jueces heréticos, enemigos naturales del pueblo sinceramente cristiano, éste acudía por lo común al Obispo, en quien, más que al juez, hallaba siempre al Padre amante que castiga á su hijo llevado del amor entrañable que lo profesa. Dábase también el caso muchas veces de que el Obispo se veía obligado á entender, por la razón apuntada, en asuntos puramente civiles, y aun entonces las penas impuestas eran espirituales, ora por la natural benignidad de la Iglesia, ora porque el constante divorcio de los poderes civil y espiritual no permitían otra cosa.

**Los bienes de la Iglesia.** Bajo la dominación goda y aun sueva poseyó la Iglesia bienes raíces, de que en general disponía libremente; los Obispos podían en algunos casos enajenarlos, y estaban también autorizados para testar. La tercera parte de las rentas eclesiásticas era para la decorosa subsistencia de los Obispos; otra parte de ellas se destinaba al clero, y la tercera para reparación y gastos de la iglesia. Aunque no aparecen los pobres participando de la cuarta parte de los bienes, como era costumbre general en la Iglesia, se atendía á esta necesidad por los Obispos y el clero, que siempre consideraron sus bienes como patrimonio de los pobres.

**El monacato.** Hemos dicho que en España se cultivaba la vida religiosa desde el siglo IV, ya en forma solitaria, ya en colectividades más ó menos numerosas. Pero de éstas tenemos muy pocas noticias hasta el siglo VI. Háblase de un monasterio existente en León desde antes de la invasión de los bárbaros, y de otros

varios en la centuria siguiente, en otros puntos de la Península. Cuanto se diga en orden á fechas y lugares, resulta poco fundado; pero no así la existencia de casas religiosas, plenamente comprobada ya desde el siglo IV.

Distinguiéronse notablemente en la vida solitaria San Saturio y San Millán de la Cogulla, así como San Victoriano y San Vicente en la cenobítica. De todos ellos se hablará más detenidamente en otro capítulo.

**San Donato y el monasterio servitano.** San Ildefonso (*De vir. illustr.*, cap. IV) nos dice que Donato, después de haber profesado la vida eremítica en África, se embarcó para España acompañado de casi setenta monjes, y trayendo consigo copioso número de códices. Llegando á nuestras costas, hallaron decidida protección en una opulenta señora llamada Minicea, y fundaron el monasterio servitano con los socorros que les diera esta señora. No se sabe el año de la llegada de San Donato, pero se cree fué á mediados del siglo VI.

**San Donato, agustiniano.** San Posidio, discípulo y amigo de San Agustín, nos dice en la Vida de este santo Doctor (cap. II) cómo, á poco de haberse convertido, hizo vida monástica y religiosa acompañado de varios de sus antiguos amigos. El propio obispo de Hipona, en carta á Hilarió (Ep. 156) acerca de los errores pelagianos, lo afirma sin rodeos, y, finalmente, se sabe que aun en vida del santo Doctor salieron, del monasterio fundado por el en un huerto cercano á la Iglesia de Hipona, diez Obispos, algunos de los cuales han merecido el honor de los altares. Ahora bien: dada la fundación é importancia de la Orden, que reconoce por su fundador á San Agustín, y no sabiéndose que por aquel tiempo floreciera otra en África, no parece aventurado afirmar que San Donato y los suyos eran agustinos, y que lo fueron igualmente Eutropio, sucesor de Donato en la abadía del monasterio servitano, y aun el mismo Juan de Valclara ó Biclarense, y otro Abad, por nombre Nuneto, que como Donato, aunque más tarde, pasó de África á España, y floreció por su admirable virtud en la provincia lusitana, en tiempo de Leovigildo.

### III. — CONCILIOS DE LOS SIGLOS V Y VI ANTERIORES AL III DE TOLEDO

**Concilios de la provincia Tarraconense.** Aunque sabemos que en el siglo V se celebraron varios Concilios en España; sus actas no

han llegado hasta nosotros. Fueron cinco los Concilios celebrados en la Tarraconense durante el siglo VI. Lo establecido en ellos miraba á la disciplina y á las costumbres. El primero de estos Concilios se celebró en Tarragona el día 6 de Noviembre del año 516. Los trece cánones hablan con los obispos, clérigos ó monjes, sin que hallemos ninguno de excepcional importancia, si se exceptua el canon VIII, que manda á los obispos visitar sus diócesis anualmente.

Diez fueron los Prelados asistentes: Juan, metropolitano de Tarragona; Paulo, obispo de Ampurias; Héctor, de la metrópoli Cartaginense; Fontiano ó Frontiniano, de Gerona; Agricio, de Barcelona; Urso, de Tortosa; Oroncio, de Colibre; Vicente, de Zaragoza; Camidio, de Vich, y Nebridio, de Egara.

Al año siguiente se reunió otro Concilio provincial de la Tarraconense, en Gerona, con asistencia de siete obispos. Diez son los cánones establecidos, y se reducen á ordenar la liturgia, la administración de algunos Sacramentos, y la vida y honestidad de los clérigos.

Aunque no se sabe con certeza, supónese que sería el año 540 cuando se celebró el primer Concilio de Barcelona. Asistieron siete obispos. Los cánones acordados son diez, y tampoco dan mucha luz para la historia, ni introducen novedades de entidad en la disciplina. Más importancia revisten las resoluciones tomadas seis años después (546) en el Concilio de Lérida, donde se reunieron ocho obispos bajo la presidencia de Sergio, metropolitano de la Tarraconense, varios de ellos muy notables. Tres de los cánones —el IX, XIII y XIV— se refieren á los que, ó se rebautizaban ó entregaban sus hijos á los herejes para que los bautizaran. Si se tiene en cuenta lo que refiere San Gregorio Turonense acerca de la violencia que ejercían los jefes arrianos para obligar á los católicos á que se rebautizaran, comprenderemos que no se trata aquí de la cuestión agitada en el siglo III entre San Cipriano y San Esteban, Papa, sino de que los sectarios de Arrio, no satisfechos sin duda del bautismo de los católicos, obligaban á éstos á rebautizarse. El comienzo del canon IX es significativo: «Los que sin necesidad ó sin tormento, dice, han caído en la prevaricación de rebautizarse, queden sujetos á lo que sobre esto se sabe que decretó el Concilio Niceno.» Por las palabras copiadas se ve que los arrianos se servían del tormento para obligar á rebautizarse, lo que está conforme con lo que dice el ya citado San Gregorio de Tours. Citase en el propio año (546) un Concilio celebrado en Valencia,

con asistencia de seis obispos. Son también seis los cánones, enderezados á ordenar la liturgia, el uso de los bienes de la Iglesia y otros puntos menos importantes.

**Concilio II de Toledo.** Bajo la presidencia de Montano, metropolitano de Toledo, se celebró en esta ciudad (527) un Concilio provincial de gran importancia, al que asistieron seis Prelados; pues aunque son ocho los firmantes, Justo, de Urgel, y Nebriodio, de Egara, llegaron terminadas las sesiones de aquella venerable Asamblea. Cinco son los cánones establecidos después de un corto prólogo, en que los Padres ponen en vigor todos los cánones antiguos, si por ventura alguno ha caído en desuso; el primero trata de los jóvenes dedicados á la Iglesia que se educaban en un colegio bajo la vigilancia del obispoprospectivo, y dispone que, en llegando á los dieciocho años, se les explore públicamente la voluntad sobre el estado que quieran abrazar. Si obtan por el eclesiástico deben hacer voto de castidad, y á los veinte años pueden ascender al Subdiaconado, y á los veinticinco al Diaconado. El que escogía el estado seglar y se casaba, podía ser después admitido á las sagradas Ordenes si renunciaba á su mujer. Consecuencia de lo dispuesto en el canon I era el II, que prohibía á los educados y ordenados así pasar á otra diócesis, y á los obispos recibirlos sin anuencia del Prelado propio. El canon III prohíbe á todo clérigo, desde subdiácono arriba, tener en su compañía mujer alguna, no siendo madre ó hermana. Hasta se prohíbe en absoluto que los clérigos reciban á mujeres en su casa, conminando á los contraventores con la deposición. El IV autoriza á los clérigos para que puedan utilizar las tierras de la Iglesia, pero á condición de que á su muerte quede todo en favor de la Iglesia, á menos que el Obispo dispusiera otra cosa en recompensa de los servicios que el finado hubiese hecho á la misma. El V y último canon prohíbe el matrimonio entre parientes, debiéndose castigar tanto más rigurosamente cuanto más cercano fuese el parentesco.

El *domus Ecclesiae*, de que nos habla el primer canon, donde se educaban é instruían los clérigos bajo la inmediata vigilancia de los obispos, debe considerarse como el principio de los seminarios más tarde establecidos. Los Padres de este Concilio, después de acordar estos cinco cánones, se dirigen al presidente del Concilio y afirman que á él pertenece, como metropolitano, convocar el futuro Concilio, y ya sabemos que como tal metropolitano obraba

cuando se dirigió á los que en Palencia favorecían la causa de los priscilianistas, condenando también severamente otros abusos.

**Concilio I de Braga.** El Concilio I de Braga se abrió el día 1.º de Mayo de 561, según el cómputo más probable y generalmente admitido desde el P. Flórez acá. Lucrecio, metropolitano de Braga, que lo presidía, empezó manifestando los vivos deseos que los Prelados habían tenido, desde tiempos antes, de reunirse en Sínodo, añadiendo que el haberse congregado entonces lo debían á la concesión del Rey (Teodomiro). Propuso la lectura de la *regla de fe* del Sínodo celebrado por orden del Papa San León contra los priscilianistas, y así se hizo. Después se añadieron para mayor claridad, diecisiete anatemas contra otros tantos errores de Prisciliano. Proceóse á restablecer la disciplina, leyendo primero el código de los cánones antiguos, y después la carta que el Papa Virgilio había dirigido años antes á Profuturo, obispo de Braga, que versaba acerca de la abstinencia de los priscilianistas, de la trina mersión en el bautismo, de la expresión de las personas de la Santísima Trinidad, del primado de la Iglesia romana, y de otros puntos menos importantes, y leyeron inmediatamente veintidós cánones, casi todos referentes á la disciplina, si se exceptúan el V, el XIV y XIX. En el primero de éstos se prohíbe alterar el orden del bautismo, usado de antiguo en Braga, y confirmado por el Papa Vigilio. Podía referirse, ya á la trina mersión, ora á la expresión de la Trinidad en la forma del bautismo, ó á entrambas cosas, puesto que el canon no especifica este punto. El canon XIV dispone que el clérigo, aunque por lo común se abstenga de comer carne, pruebe siquiera de las legumbres condimentadas con ella, para excluir toda sospecha de priscilianismo. Si no quiere hacerlo, es excomulgado. Finalmente, el XIX prohíbe á los presbíteros bendecir el crisma y consagrar iglesias ó altares, so pena de ser depuestos del oficio. Los demás cánones tienden en general á unificar la liturgia y establecer puntos de disciplina. Los Obispos firmantes de este Concilio, notable por muchos conceptos, son ocho, entre los cuales aparece San Martín Dumiense, de quien hemos de hablar más adelante.

**Erección de Lugo en metrópoli, y II Concilio de Braga.** A poco de haber ocupado la Sede bracarense San Martín de Dume, procuró éste dividir en dos la antigua provincia eclesiástica de Braga, erigiendo en Lugo la metrópoli de la nueva provincia. Así se hizo, allá por los años de 569. Que tan importante resolución hubo de

tomarse en un Concilio parece indudable, sobre todo si se tiene en cuenta que al propio tiempo se erigieron algunos obispados nuevos; mas lo que por completo se ignora es dónde pudo celebrarse tal Concilio, si bien se conjetura que debió de ser en Braga.

En esta ciudad se reunió en 572 nuevo Concilio, que se llama el II de Braga, bajo la presidencia de San Martín Dumicense, asistiendo también el metropolitano de Lugo, Nitigioso, y cinco Prelados más de cada una de las dos provincias. Los diez cánones de este Concilio son todos referentes á la disciplina, y no contienen disposición alguna que dé luz particular, aunque hay sobrados motivos para suponer que serían conducentes al bien de la Iglesia en aquel tiempo, siendo obra de Prelado tan insigne en virtud y ciencia como el citado San Martín Dumicense.

#### IV.—HERESÍAS Y CISMAS

**Los priscilianistas en la provincia galaica.** Como si fueran pocas las calamidades que vinieron sobre España con la irrupción de los pueblos del Norte, de nuevo levantó la cabeza el priscilianismo, nunca del todo muerto en el Noroeste de España. En 445 descubrió Santo Toribio, celosísimo prelado de Astorga, retoños de aquella secta en su diócesis. Comprendió desde luego que lo más perjudicial para el vulgo eran las escrituras apócrifas,—tales como *Actos de Santo Tomé, de San Andrés, de San Juan y la Memoria de los Apóstoles*,—y se aplicó sin levantar mano á entresacar de ellas las proposiciones más venenosas, refutándolas una por una. De todo lo cual dió cuenta detallada á los dos obispos más ilustres de Galicia en aquel tiempo, Idacio y Ceponio. El Prelado asturicense, en unión de su amigo Idacio, llamó á los sectarios, y con las noticias que ya tenía formó el oportuno expediente, que remitió á su metropolitano, el de Mérida.

Dos años después (447) envió Santo Toribio á Roma un diácono llamado Pervínco, entregándole una carta suya para el Papa, con más un catálogo de los errores priscilianistas y la refutación de que ya hemos hablado. San León el Grande, que ocupaba á la sazón la Silla de San Pedro, respondió al Prelado español, celebrando su celo y solicitud por la pureza de la fe y encareciendo la necesidad de celebrar un Concilio general; y si tanto no se podía, á lo menos uno en Galicia, al que deberían acudir todos los Obispos de la provincia. El de Astorga era el que, según encargo

de San León, debía dar cuenta de todo esto á los demás de España, y habian de asociarse á él, para acabar con la herejía, sus dos colegas Idacio y Ceponio. No todos recibieron esta hermosa carta de San León con la veneración y el respeto que se merecía, é Idacio da á entender que no faltaban gentes que, diciéndose católicas, simpatizaban con los herejes, ó por lo menos no los condenaban como debian. No les faltan imitadores en el día. Sabemos positivamente que se celebró un Concilio, por lo que más de un siglo después dijo en el primero de Braga Lucrecio, Presidente del mismo: « Ya sabéis—les decia este Prelado—que cuando la herejía de Prisciliano infestaba estas regiones, el Papa San León envió por su notario Toribio á los obispos de Galicia un rescripto contra la impía secta mencionada, y los Obispos de las cuatro provincias, que de orden del mismo Papa tuvieron Sinodo, remitieron á mi antecesor Balconio la *regla de fe* con algunos capítulos »... Igualmente se sabe que, en virtud de lo actuado en este Concilio y de las diligencias de Santo Toribio, que encontró activos auxiliares en sus Hermanos en el Episcopado, Idacio y Ceponio, huyeron los herejes y procuraron eclipsarse. Un tal Pacencio, natural de Roma, fué sin duda uno de los fugitivos; pero Antonino, obispo de Mérida, le descubrió, expulsándole á poco de su provincia.

Cerca de un siglo después aparecía de nuevo el priscilianismo. Montano, metropolitano de Toledo, escribe una carta (527) condenando enérgicamente el proceder de algunos presbíteros palentinos que consagraban el crisma y llamaban á Obispos extraños para la consagración de las iglesias; y en los dos últimos párrafos de dicha carta, que tratan del priscilianismo, culpa á los palentinos de que todavía persisten en honrar el nombre de Prisciliano, habiendo sido quien fué.

**Origenistas y nestorianos.** Dos presbíteros españoles, de Braga probablemente, llamados Avito, salieron de la Península á fines del siglo IV ó principios del V, el uno con dirección á Oriente, y el otro para Roma. Al volver á su patria se encontraron sin saberlo, y á consecuencia sin duda de las lecturas á que se habian dedicado, imbuidos en doctrinas heterodoxas. El que viajó por Oriente volvió origenista, y el otro partidario de los errores de Victorino, que no sabemos en qué consistían. Ya en España hubieron de entrar en relaciones los dos presbíteros, puesto que, según Paulo Orosio, el secuaz de Victorino se entendió con el origenista,



y entrambos seguían, siempre de buena fe, las doctrinas origenistas. No hay noticias de que por entonces ni después hubieran hecho prosélitos, ni suscitado cuestiones de ningún género. Por los años de 439, otros dos presbíteros españoles, Vital y Constancio, escribieron á San Capreolo, arzobispo de Cartago, una humilde epístola suplicándole encarecidamente se sirviera informarles sobre lo que debían creer acerca de ciertas novedades que corrían por la Península. «Hay por aquí algunos, le decían, según los cuales no puede afirmarse que Dios ha nacido, pues creen que de María Virgen nació un puro hombre, y después habitó Dios en él. Nosotros nos hemos opuesto á esta afirmación»... San Capreolo, que había asistido ocho años antes al Concilio de Éfeso, en que se condenó el nestorianismo, les contestó con una larga carta, triturando uno por uno los errores nestorianos. Por entonces no tuvo esta hercía otras consecuencias.

**Cismas de Lugo, Sevilla y Calahorra.** Del cisma de Lugo tenemos cortísima noticia en el Cronicón de Idacio, que dice al año 434: «En el convento (jurídico) lucense son consagrados obispos Pastor y Siagrio, contra la voluntad de Agrestio, obispo de Lugo.» Ignoramos qué vicisitudes y término llegaron á tener esas intrusiones.

A favor de la confusión que hubo de originarse en Sevilla con motivo de la conquista de la ciudad por los suevos, suscitóse otro cisma,—brevemente mencionado también por Idacio al año 441,—ocupando la Sede episcopal hispalense Sabino, segundo de este nombre. Este Prelado fué despojado de su Silla, y vivió alejado de ella por espacio de veinte años, al cabo de los cuales volvió á ocuparla. El intruso se llamaba Epifanio, y no se sabe ni con qué pretexto sustituyó á Sabino, ni el tiempo que estuvo al frente de la diócesis.

Más pormenores tenemos de lo acaecido en Calahorra en tiempo del Papa San Hilario (561-467). Los obispos de la Tarraconense escriben al Papa hablándole de un *falso hermano*, Silvano, obispo de Calahorra, que había hecho ordenaciones indebidas. El Papa, aunque condenó el proceder de Silvano, le trató con benignidad en vista de que los pueblos interesados habían acudido á la Santa Sede para que no se tomase una resolución extrema.

## V.—MÁRTIRES Y SANTOS HASTA LA CONVERSIÓN DE RECARDO

**Mártires de esta época.** Lo que hemos dicho en orden á la falta de noticias de los mártires españoles de los tres primeros siglos, débese repetir aquí. ¿Es posible que, principalmente en el siglo V, no hubiera millares de mártires en España, supuesto que, como sabemos, los bárbaros mataban á granel á los católicos en odio á la fe? Lo que hay es que aquellos tristísimos tiempos eran muy poco á propósito para ocuparse en catalogar las víctimas de la barbarie gentilico-arriana. San Gregorio Turonense nos habla de una doncella de nobilísima alcurnia, que por no querer rebautizarse fué decapitada después de padecer otros crueles tormentos. Las palabras que preceden á lo que refiere de esta doncella son dignísimas de atenta consideración: *Per idem vero tempus, dice, persecutionem in christianos Trasamundus exercuit, ac totam Hispaniam ut ad perfidiam arianæ sectæ consentiret tormentis ac diversis mortibus compellebat.* Por manera que los bárbaros se empeñaron por algún tiempo en que apostatasen los españoles, pasándose á la secta de los perseguidores, y esto lo hacían con tormentos y diversos géneros de muerte. No se puede decir más en menos palabras en demostración de lo arriba indicado.

De otros cuatro mártires españoles que padecieron en África por este tiempo tenemos noticia más circunstanciada. Llamábanse Arcadio, Probo, Pascasio y Eutiquiano, familiares del rey Genserico: empeñóse éste en que hablan de pasar al arrianismo, y negándose á ello los valerosos confesores, fueron encarcelados con ruidoso escándalo por ser personajes de cuenta y muy allegados al caudillo vándalo. Honorato Antonino, obispo de Constantina, escribió á Arcadio una fervorosísima carta exhortándole con vehemencia á permanecer fiel á Dios. Así lo hicieron los cuatro, obteniendo la gloriosa palma del martirio. Con ellos estaba también un joven de corta edad, llamado Pablito, que sin duda por sus pocos años no fué condenado á muerte, sino á azotes y esclavitud perpetua, linaje de martirio mil veces más duro que el de sus felices compañeros.

Según el Leccionario de León, en esta ciudad padeció martirio el abad Vicente, en el reinado de Rechila. Hay graves dudas acerca del año en que ocurrió esto, y es probable que fuera á mediados del siglo VI. Según dicho Leccionario, hicieron compa-

recer al Santo á un Concilio arriano, donde le maltrataron horriblemente. Encarcelado en esta situación, llamáronle de nuevo al Concilio, y se presentó curado milagrosamente de todas sus heridas, y empezó á confesar en alta voz la doctrina católica acerca de la Trinidad. Esto concluyó de irritar al Rey, y mandó le diesen muerte á las puertas del monasterio de que era abad el Santo. Poco después del martirio de su santo Abad hubieron también de padecer martirio San Ramiro y doce compañeros más en el propio monasterio de León. Las noticias que hay respecto de esto son más bien tradicionales que fundadas en documentos antiguos, razón por la cual hay poca firmeza en los autores al referir la vida y fin dichoso de estos santos confesores.

**Santos de esta época.** Preseindiendo ahora de los santos que se hicieron notar por su sabiduría, de los cuales hablaremos inmediatamente, tenemos en esta época buen número de siervos de Dios, dignos de memoria por sus grandes virtudes. Fué uno de éstos San Satorio, nacido, según comúnmente se cree, en 493. Hizo vida solitaria en una cueva separada de Soria por el Duero, donde hoy selevanta un santuario dedicado al humilde anacoreta. Aunque nadie, que sepamos, le ha supuesto hombre de letras, tuvo un discípulo excelente, que, nacido en Armentia, pueblo de la provincia de Alava, llegó á ser obispo de Tarazona, mereciendo, como su maestro, el honor de los altares. Este discípulo llamábase Prudencio, que á la muerte del santo anacoreta se trasladó á Calahorra, y después á Tarazona. Conocidas sus virtudes, que en vano se esforzaba en ocultar, pronto fué ordenado de sacerdote, no tardando en ocupar la Sede turiasonense, donde brilló por su santidad y doctrina.

En la misma época que los dos santos mencionados brilló en gran manera otro santo anacoreta, por nombre Emiliano, llamado comúnmente San Millán. Aunque nacido casi á principios del siglo V, su larguísima vida se prolongó hasta bien entrado el VI. Hácenle unos natural de Verdejo, cerca de Calatayud, con poco fundamento; casi seguro es que nació en Berceo, provincia de Logroño. Joven todavía, púsose bajo la dirección de un santo anacoreta, llamado Félix, trasladándose después al cerro de la Cogolla, donde fué conocido por sus maravillosas virtudes. Pronto le obligaron á ordenarse de sacerdote y á ejercer cura de almas, resplandeciendo como brillante antorcha por su heroica virtud y portentosos milagros. Tenía más de cien años cuando murió.

A San Victoriano debe contársele entre los hombres que más contribuyeron á la gloria y florecimiento de la Iglesia española en el siglo VI: hombre ilustrado como pocos, Abad del célebre monasterio *Asanense*, en el territorio de Sobrarbe, por espacio de muchos años, no sólo se hizo notar por su virtud y ciencia, sino también porque supo educar una pléyade gloriosa de monjes, que brillaron como insignes prelados en las iglesias de Tarazona, Zamora, Huesca, Tarragona, Narbona y otras varias. El más notable de éstos fué Gaudioso, obispo de Tarazona, de noble familia goda, que sobresalió por su encendido celo en defensa de la fe. Cuéntanse también entre los discípulos de San Victoriano al mártir San Albino, San Nazario, San Pedro, San Pelegrin y algunos más, de quienes no se tienen noticias particulares.

Queda hecha mención de los santos Donato y Nuncto. Por noticias verídicas y contemporáneas sabemos que uno y otro se distinguieron por su acendrada virtud. Del primero hablan el Biclarense y San Ildefonso, celebrando á porfía su santidad y obras maravillosas. Del segundo nos proporciona interesantes noticias Paulo Diácono, diciendo que vino de Africa en tiempo de Leovigildo; que, movido de fervorosos deseos de mayor perfección, huyó del pobrísimos albergue que había ocupado en Mérida á otro más pobre aún en el desierto, y que Leovigildo, á pesar de su odio sectario á los católicos, le veneraba por su santidad y se encomendaba en sus oraciones, habiéndole señalado rentas que á duras penas hizo aceptar al siervo de Dios para su sostenimiento y el de algunos monjes que le acompañaban. Los pecheros que habían de pagarle dichas rentas, al ver á Nuncto tan pobre y humilde, despreciáronle, y no pararon hasta que le quitaron cruelmente la vida. Leovigildo no quiso castigar á los autores de este crimen. «Si el muerto era siervo de Dios, dijo el Rey, no hay necesidad de que yo castigue á sus asesinos: el Señor vengará la muerte del justo.» Y en efecto, los demonios se apoderaron inmediatamente de los criminales, y murieron fieramente atormentados por ellos.

Paulo Diácono, autor de la primera mitad del siglo VII, habla con alguna latitud de dos santos obispos de Mérida que florecieron poco antes que él. Llamábanse Paulo y Fidel, tío y sobrino, de cuya virtud, y principalmente de su profunda humildad, cuenta maravillas. No fueron pocas las que obró el Señor por intercesión de éstos sus siervos aun en vida.

VI.—LITERATURA CRISTIANA DE LOS SIGLOS V Y VI

**Draconcio y Orencio.** Fué el primero de éstos autor de un poema de mérito sobresaliente, intitulado *De Deo*, en que canta con robusta entonación los atributos divinos; expone gallardamente los dogmas católicos más impugnados en su tiempo; refiere las asombrosas maravillas debidas á la omnipotencia divina, y los riquísimos frutos de que es árbol fecundo el Evangelio. Draconcio, que primero ensalzó los triunfos de los imperiales contra los vándalos, se vió encarcelado por éstos, y tuvo la debilidad de escribir otra obra, á manera de elegía, en que pide perdón á Gunderico, caudillo vándalo, por haber cantado sus derrotas. Conjetúrase que Draconcio obtuvo la apetecida libertad á la muerte de Gunderico, recibiendo en Italia el premio debido á sus grandes méritos.

También Orencio, Prelado de la Iglesia española del siglo VI, escribió un breve poema titulado *Commonitorium*, dividido en dos libros. La obra de Orencio es á modo de manual del cristiano, en que expone los preceptos divinos y el premio que se promete al que los cumple, vituperando á la vez los vicios más notables. Aunque muy inferior á Draconcio y otros poetas españoles anteriores, no dejan de tener notable mérito las obras de Orencio, sobre todo si se tiene en cuenta la época en que las escribió.

**Idacio.—Santo Toribio.** Digno es de lugar distinguido en la historia el más antiguo de nuestros historiadores, Idacio. Era natural de Galicia, donde nació á fines del siglo IV. Viajó desde muy joven por el Oriente, y tuvo la dicha de conocer á San Jerónimo en 407. Al volver á su tierra la halló ocupada por las hordas suevas, que tan horribles estragos hicieron en nuestro país, y principalmente en Galicia. Conjetúrase que tendría cerca de cuarenta años cuando fué consagrado obispo de Chaves (427), y poco después fué comisionado para visitar en Francia al conde Aecio,—general romano de soberano empuje, que acababa de vencer á los francos,—á fin de obtener por su mediación que suevos y gallegos viviese en paz. Aecio no pudo venir; pero envió por legado suyo á Censorio, que, en efecto, logró se aviniesen por algún tiempo. Idacio fué también víctima de la barbarie sueva: tendría cerca de setenta años cuando le llevaron preso, y sólo al concertarse una breve tregua le dieron libertad. Hubo de morir á fines del

459, fecha que alcanza su Cronicón. Esta obra de Idacio es de sumo interés por su antigüedad — abraza desde 379 á 469, — y porque es casi la única fuente histórica que tenemos de todo aquel tiempo. «Ignoráramos, dice el P. Flórez (tom. IV, pág. 291), lo más principal del siglo V si no fuera por la luz de este documento».

Santo Toribio, como Idacio, viajó también por Oriente en su mocedad, y de vuelta á su patria fué elegido, por aclamación popular, obispo de Astorga. Sus esfuerzos por acabar con el priscilianismo y los felices resultados obtenidos, los hemos ya relatado. Aunque escribió, como queda dicho, dos obritas, una catalogando los errores de aquella secta, y otra para refutarlos, no nos queda hoy más que lo que de ellas sabemos por las cartas de San León Magno.

**Paulo Orosio.** Celebérrimo es en los fastos eclesiásticos este ilustre español. Nacido en Galicia á fines del siglo IV, llegó á Hipona, atraído por la fama de San Agustín, en 414, con objeto de instruirse al lado de este gran Doctor, ya por entonces conocido en todo el mundo como un oráculo. Permaneció algún tiempo en Hipona, y marchó á Jerusalén con una carta de recomendación de San Agustín para su amigo San Jerónimo. «Ha venido á verme, le decía Agustín, un joven religioso, hermano en el Catolicismo (aunque por la edad pudiera ser hijo) y compañero en el presbiterado, nuestro Orosio, de ingenio despierto, elegante en el decir, asiduo en el estudio, el cual desea ser vaso útil en la casa del Señor para rechazar las falsas y perniciosas doctrinas, que producen más estragos en las almas de los españoles que el cuchillo de los bárbaros en sus cuerpos... No ha sido infructuosa su venida, ora porque así ha visto que no se puede creer todo lo que dice la fama, ora porque, después de haberle enseñado lo que he podido, he procurado manifestarle dónde podrá aprender lo que yo no puedo enseñarle.» Visitando de paso las escuelas de Alejandria, marchó Orosio á Jerusalén en 415, y allí tuvo el disgusto de observar que las doctrinas de Pelagio habían cundido mucho.

Habíase propuesto, al volver de Tierra Santa, desembarcar en Braga para dejar allí las reliquias de San Esteban; pero fuéle preciso dejarlas en Menorca, y volverse al lado de San Agustín; y como este Santo se hallase entonces redactando su grande obra *La Ciudad de Dios*, invitó á Orosio para que escribiera la historia del mundo como prólogo y complemento de aquélla. Hízolo así

nuestro insigne compatriota, dando á su obra el título de *Maesta Mundi* ó bien *Miseria ó Historia Mundi*. Orosio se propuso el doble fin de ilustrar y edificar, y logró entrambas cosas, pintando la eterna lucha del error con la verdad, y haciendo ver que es en vano buscar en este mundo la dicha y la felicidad completas de otro modo que mirando á lo alto y esperando el premio eterno como única recompensa capaz de satisfacer al hombre.

Antes de partir para Jerusalón habla escrito una obrita titulada *Commonitorio* contra los errores de Orígenes y de Prisciliano, y en aquella Santa Ciudad, y para rebatir los cargos de los pelagianos, redactó su Apología *De arbitrii libertate*. Créese comúnmente que Orosio murió en África muy joven todavía, puesto que, de otro modo, un hombre de sus alientos hubiera dado buenas muestras de sí.

**Bacchiario, Severo, Pedro, Abundio Avito, Abigao.** Aunque no hay entera certeza, si razones de peso para suponer español á Bacchiario, y del Noroeste de nuestra Península; pues, según él nos dice, se le acusó de hereje, y de hereje priscilianista, no más que por ser de donde era. Tampoco hay uniformidad en punto á la época en que floreció; pero los más graves autores le hacen contemporáneo de Orosio ó algo anterior. Escribió varios opúsculos, y sólo dos de ellos han llegado hasta nosotros: uno anderezado á hacer profesión de su fe ortodoxa, y otro *De reparatione lapsi*, que es una carta á un Obispo llamado Genaro para que admitiese en su iglesia á un diácono que había tenido la desgracia de cometer graves pecados.

Severo, contemporáneo de Bacchiario, escribió los sucesos de su propia vida en prosa y verso. Abundio Avito, Abigao y Pedro fueron también de la misma época. Del primero consta que tradujo del gringo al latín las actas de la invención milagrosa de las reliquias de San Esteban y de otros varios Santos. De Abigao sólo sabemos que San Jerónimo le escribió algunas cartas, y de Pedro, que era celeberrimo orador y tenía abierta en Zaragoza cátedra de Elocuencia.

Poco después de Bacchiario brilló por su ilustración y notables dotes de escritor Apringio, obispo de Beja, cuya exposición del Apocalipsis era superior, en sentir de San Isidoro de Sevilla, á las que los antiguos Padres habían hecho de aquel misterioso libro. El mismo Santo afirma que Apringio escribió otras obras que no logró ver.

**San Martín Dumiense.** La vida del esclarecido varón San Martín de Dume ó Dumiense está llena de sucesos extraordinarios, pero perfectamente comprobados. Era húngaro de nación, y aportó á las costas galaicas probablemente arrojado por alguna tempestad. Después de haber fundado un monasterio cerca de Braga, del que llegó á ser Abad y Obispo, fué elevado á la Sede metropolitana de Braga, donde murió en 580.

Conocedor de la lengua griega, formó la primera colección de cánones de que hay noticia en España, traducidos de las colecciones generales que corrían en aquel tiempo y ordenadas por el Santo. A ruego del rey Miro, que frecuentemente le pedia instrucciones morales, escribió un tratado de las cuatro virtudes cardinales. Parece que sus cartas fueron recopiladas en un volumen, pero no han llegado á nosotros. Tenemos, sin embargo, tres cartas importantes del Santo que sirvieron como de prólogos ó dedicatorias de otros tantos libros. Consérvanse también los tratados que llevan por título: *Pro repellenda jactantia*, *De superbia*, *Exhortatio humilitatis* y *De Pascha* (ó *Paschate*), además de un libro *De moribus* y otro *De correctione rusticorum*. Finalmente, San Martín escribió algunos versos latinos, y se le atribuye su propio epitafio, en que resume los acontecimientos de su vida. Por encargo suyo tradujo el diácono Pascasio algunas Vidas de los Padres griegos.

Fué grande el sentimiento que causó su muerte en todo el reino suevo, y no es extraño, porque fué el restaurador de la fe y de la disciplina; el que ilustró más que otro alguno la raza sueva, dominante en Galicia, y contribuyó tanto á propagar la sana doctrina y el fervor religioso, que, según atestigua San Gregorio de Tours, los suevos estaban todos, á la muerte de San Martín, dispuestos al martirio por la fe.

**Escritores de la provincia Tarraconense:** Ascanio, Juan, Justo, Justiniano y otros. De Ascanio y Juan, prelados de Tarragona, no sabemos sino que escribieron á los Papas Hilario y Hormisdas, respectivamente, contribuyendo de esta suerte á la observancia de la disciplina eclesiástica en España.

Los hermanos Justo, Justiniano, Nebridio y Elpidio, Obispos los cuatro de otras tantas iglesias de la Tarraconense, fueron muy notables por su virtud y erudición. Sabemos que todos cuatro fueron escritores; pero sólo de Justo,—á quien además se le da el dictado de santo,—se ha conservado la exposición del *Cantar de los Cantares*. Justiniano, que ocupó la Silla episcopal de Valencia,



escribió una obra *De responsionibus*, así intitulada porque la compuso para contestar á cinco preguntas que le había hecho un tal Rústico.

Montano, obispo de Toledo, ejerció con ardoroso celo su cargo de metropolitano, perteneciendo aún Toledo, en lo civil, á la provincia de Cartagena. Además de haber convocado y presidido, como hemos visto, el Concilio II de Toledo, que lleva su nombre, y obrado maravillas aun en vida,—como atestigua San Ildefonso, su ilustre biógrafo,—escribió dos notables cartas á los presbíteros de Palencia reprendiéndoles por los abusos que cometían. En el gran Concilio III de Toledo aún se citó el nombre de Montano con la veneración á que se hizo acreedor por sus altos hechos.

### CAPITULO III

---

#### **Reinado de Leovigildo.—Conversión de Recaredo y de los godos.**

**Discordias domésticas.** A la muerte de Liuva, quedó Leovigildo jefe de un vasto Imperio, cuyos términos iba éste ensanchando cada día, porque siempre le sonrió la fortuna en sus empresas militares. Mas Leovigildo no era sólo afortunado guerrero, sino también sagacísimo político; y á fin de dar más cohesión á los diferentes estados que formaban su extensa monarquía, y echar á la vez los cimientos para hacerla hereditaria, asoció al gobierno á sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo (573). Sus grandes conquistas habían hecho temblar á los enemigos del Imperio gótico español, y no se atrevían á molestarle; pero no se vió libre de las discordias domésticas, nacidas probablemente de los malos tratos que Gosvinda, esposa de Leovigildo, y arriana empedernida, hubo de dar á su nuera Ingunda, esposa de Hermenegildo y excelente princesa católica. Esta parece fué la causa que obligó al rey godo á mandar á su hijo Hermenegildo á Sevilla, dándole el gobierno de aquella provincia (579), para que desde luego viviese con aparato regio, y se acostumbraesen las gentes á considerarle como uno de los obligados sucesores de su padre.

**Conversión de Hermenegildo.**— Declárase éste contra su padre Leovigildo.— **Persecución de los católicos.** Atribuyen unos la conversión de Hermenegildo á las instancias de su esposa, y otros á la predicción de San Leandro, arzobispo entonces de Sevilla; pero es más razonable suponer que uno y otro contribuyeron á esta santa obra.

Por los antecedentes que tenemos ya de la conversión de los suevos al Catolicismo, y de la venida y preponderancia de los imperiales (552), católicos también, y de las muestras de vitalidad que en varias ocasiones había dado la raza hispano-romana, podemos deducir los alientos que infundiría en todos los corazones verdaderamente ortodoxos la conversión de Hermenegildo. Enardecía doblemente los pechos católicos la persecución tenaz, durísima, de que eran objeto desde que ocupaba el trono Leovigildo.

Al llegar aquí, y en materia tan delicada, cedemos con gusto la palabra al P. Flórez, hombre tan autorizado, tan conocedor de la materia, de criterio tan sereno é imparcial, que nadie, así lo esperamos, se atreverá á rechazarle. Dice, pues (tom. V, trat. V, cap II): «Declarado Hermenegildo católico, y deseando los pueblos sacudir el yugo de los herejes arrianos, se aplicaron á su favor contra Leovigildo muchas ciudades principales, como Sevilla, Córdoba y Mérida, y de este modo, por principio de religión, empezó una guerra civil, que aumentó la persecución de Leovigildo contra los católicos y contra el Rey su hijo. El brigen de todo esto se atribuye en el Biclarense á *Gosvinta* (Flórez entiende que debe leerse *Ingunda*)...; sólo á ésta y al celo de las ciudades podemos atribuir que el hijo se declarase contra el padre... El rey Leovigildo no levantó prontamente ejército contra el hijo, esperando á ver si le podía pervertir con arte, con amenazas ó con terror del estrago que hacía en los católicos; pues, según el Tunonense, empezó á desterrar á las personas más sobresalientes, confiscar las haciendas, llenar las cárceles, dejarles morir de hambre y quitar á otros la vida con diversos tormentos, de suerte que toda España era teatro de una persecución muy funesta. El Biclarense, al hablar de la paz que se siguió, dice que habían precedido muchas muertes y estragos de católicos é inocentes: *Post longas catholicorum neces atque innocentium strages*... A vista de esto, debemos reconocer que en Toledo (donde residía el Rey), y en casi toda España, había muchos confesores y mártires, aunque no se conserva la memoria de sus nombres y particulares circunstancias.»

No dejó Leovigildo piedra que mover á fin de acabar con la insurrección; y conociendo que su hijo iba engrosando sus filas á medida que arreciaba la persecución contra los católicos, antes de combatirle con las armas quiso anularle con la astucia.

Al efecto reunió un conciliábulo de obispos arrianos en Toledo, en el cual se resolvió que en adelante no se rebautizase á los católicos que quisiesen pasar al arrianismo, costumbre insoportable seguida hasta entonces por los sectarios españoles, sino que se les recibiese con la sola imposición de las manos y la comunión, *dando gloria al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo*, como refiere el Biclarense al año 580. Con tales artimañas, á que se añadieron premios y promesas, muchos católicos apostataron, movidos—dice el citado Juan de Biclara—por la codicia y ambición. Los Prelados que más se distinguían por su constancia eran desterrados; Mausona, el más grande de los obispos de Mérida; Leandro, de Sevilla, que huyó á Constantinopla; Fulgencio, su hermano, que lo era de Ecija; Liciniano, de Cartagena, y Froimio, de Agde, en el Languedoc, todos ellos se vieron arrojados de sus respectivas Sedes.

**Guerra entre Leovigildo y su hijo Hermenegildo.—Muerte gloriosa de éste.** Causaba profunda pena á Leovigildo el sesgo que iban tomando las cosas: su hijo primogénito, convertido al Catolicismo, que él tanto odiaba; los bizantinos y los suevos, decididos á favorecer la actitud de los católicos, y á punto de frustrarse todos sus grandes planes políticos por la aglomeración de estas fatales circunstancias. Agregábase á todo esto que las medidas de rigor adoptadas contra la Iglesia no daban el resultado apetecido, aun cuando no faltase tal cual apostasía. En tal estado las cosas, mandó llamar á su hijo; pero éste, lejos de comparecer, se aprestó á resistir á su padre, contando, como se ha dicho, con la ayuda de suevos é imperiales. Entonces el monarca arriano juntó numeroso ejército y puso cerco á Sevilla, donde residía su hijo, y lo mismo esta ciudad que todas las que favorecían á Hermenegildo cayeron en poder de su padre, hasta que el mismo Hermenegildo, que había sido abandonado por sus aliados, se entregó, fiando en la palabra de su hermano Recaredo. Hermenegildo fué desterrado á Valencia, no sin habérsele despojado primero de todos sus honores.

El empeño de Leovigildo en cuanto venció á su hijo, fué hacerle apostatar y que volviese á todo trance al arrianismo. De-

bía de tener en esto parte muy principal la reina Gosvinda, cuyo furor contra los católicos se pinta con vivos colores: es lo cierto que Hermenegildo, en vista de su constancia en confesar la fe católica, fué reducido á estrechísima prisión y cargado de grillos y cadenas; que varias veces le prometió su padre, admitirle en su gracia con sólo que volviese á profesar el arrianismo, y que, por último, en la noche de Pascua se le presentó un obispo arriano en su prisión brindándole con el perdón de su padre á condición de que comulgase de manos del propio obispo hereje; pero que no queriendo acceder á ello el Santo, fué degollado en la misma prisión por orden de Leovigildo. El ministro que tal orden ejecutó, llamado Sisberto, murió poco después de muerte desastrosa, como lo atestigua el Biclarense con su habitual laconismo y energía: *Sisbertus, interfector Hermenegildi, morte turpissima perimitur*. San Gregorio Magno, autor coetáneo, refiere (lib. III *Dialog.*, capítulo XXXI) las maravillas que obró el Señor, atestiguando cuán grato le había sido el sacrificio de Hermenegildo; lo cual no quita ni disminuye un ápice la gravedad de la culpa cometida por su padre al mandarlo sacrificar.

**Juicio de la rebelión de Hermenegildo y del comportamiento de su padre.** Habremos menester gran pulso en nuestros juicios acerca de los sucesos que brevemente hemos referido para no manchar por una parte la memoria de un mártir gloriosísimo de la Iglesia española, ni salirnos, por otra, ni un ápice de la verdad; que no ha menester la Iglesia de nuestras mentiras para conservar intacta la pureza inmaculada de sus dogmas y de su moral, pues á la larga estas *piadosas impiedades* suelen ser contraproducentes, como desde luego sería que nosotros quisiéramos tergiversar los hechos.

Los autores contemporáneos San Isidoro de Sevilla y el Biclarense llaman á Hermenegildo tirano y rebelde por haberse sublevado contra su padre. ¿Cómo compaginar esto con la santidad del hijo? Oigamos al sabio y prudentísimo P. Flórez (tomo VI, página 368 y sigs.): «Nos hallamos en un estrecho donde, por un lado parece que urge el honor del Santo, y por otro el de los escritores coetáneos y santos. Mas yo creo que no debe cortarse por ninguno. Para esto debemos distinguir la línea civil y política de la eclesiástica y sagrada. Hecho San Hermenegildo católico por medio de San Leandro y de su mujer Ingunda, empezaron á mirarle con singular amor, no sólo las ciudades que su padre le

había señalado para que las gobernase como rey, sino otras que no pertenecían á su reino. Estos no tuvieron más título para negar la obediencia á Leovigildo que el ser hereje. Con motivo de la igualdad de religión persuadieron los católicos á Hermenegildo que levantase bandera contra el padre. El santo joven condescendió con los pueblos, y de hecho, divididos los godos unos con el hijo y otros con el padre, empezó la guerra civil, funesta en esta línea por las muertes y desgracias que ocasionan las guerras... Mirando éstos (los escritores coetáneos) á la línea política, y no hallando derecho en lo civil para que las ciudades y el hijo quisiesen despojar al rey y al padre de los dominios que pacíficamente poseía, pronunciaron ser rebelión, pues hasta ahora no se descubre otra cosa, ni diremos que murieron mártires los que perdieron la vida en aquella guerra. La corona de gloria que ganó San Hermenegildo la mereció después, por haberle propuesto el padre que si abjuraba de la Religión católica y comunicaba con él en los errores, volvería á su gracia.

» El santísimo confesor de Jesucristo, firmísimo en la verdadera fe, despreció el reino temporal, la libertad y la vida por no negar á Cristo: murió por esta causa, y ésta es la que le dió la corona del martirio... Pero si hubiera muerto en el curso anterior de la campaña, en que el padre procuraba recobrar las ciudades que se le habían rebelado, no le celebraríamos como hoy le veneramos.

» Mirando, pues, los escritores coetáneos al curso político de la historia, refirieron la disensión civil, el orden de la rebelión, el proceso de los cercos de las ciudades, su rendición, el destierro, prisión y muerte del que se había levantado contra el rey. Pero en esto no hallo desaire contra la cristiandad y firmeza de la fe de San Hermenegildo siendo diversas las líneas, y que el aplauso del Santo no proviene por no haberse contentado con los dominios temporales que le dieron, y á que no tenía derecho en vida de su padre, sino por lo referido, á cuya dicha le condujo Dios por la ocasión en que le puso la rebelión de los católicos que le aclamaron su rey contra el arriano. »

Resalta en esta historia una verdad inconcusa é importantísima: que los santos cronistas antes citados quisieron ante todo guardar los fueros de la verdad,— que pudo parecer por mucho tiempo denigrativa de la Iglesia,— por manifestarse en todo absolutamente imparciales, y que hoy es nuevo argumento de la rec-

titud con que obran los hombres guiados por el espíritu de Dios. Sube de punto el valor de esa severa imparcialidad si se tiene en cuenta que uno de esos historiadores, el Biclareuse, fué cruelmente perseguido por Leovigildo, lo que tampoco le hizo abandonar su línea de conducta, y al referir la muerte del monarca perseguidor se contenta con decir sin amor ni odio: *Hoc anno (586) Leovigildus rex diem clausit extremum.*

**Vicios y hechos culminantes de Leovigildo.—Su muerte.** San Isidoro, autoridad irrecusable en la materia, nos dice cuanto cabe decir sobre este punto. Ya conocemos cuál fué el comportamiento de Leovigildo con los católicos. Cuanto á los godos, no parece que hubo de tratarlos mucho mejor algunas veces, puesto que, según el santo cronista citado, decapitó (de entre los suyos) á todos cuantos sobresalian por su nobleza ó poderío, ó los proscribió enviándolos al destierro después de apoderarse de sus bienes. De suerte que enriqueció el fisco tanto con las riquezas arrebatadas á los suyos, como con los despojos ganados á los enemigos en las diferentes y felices empresas militares que acometió. Leovigildo fué en todo singular y poco afecto á las tradiciones de los godos, menos en sus creencias religiosas. Él usó el primero entre los reyes godos mantos y vestiduras reales; fué también el primero que tuvo sitial aparte ó solio, donde se complacía en sentarse adornado de ricas vestiduras. Como legislador ocupa lugar distinguido, habiendo corregido las leyes de Eurico, cuyo Código resultaba muy imperfecto por contener muchas cosas superfluas y ser deficiente en otras.

Leovigildo murió arrepentido de su proceder con los católicos, de que es fehaciente prueba el haber encargado á San Leandro, tan fieramente perseguido por él, de la dirección de su hijo Recaredo, para que con él hiciese—dice Gregorio de Tours—lo que antes habia hecho con su hermano Hermenegildo, esto es, convertirle al Catolicismo. Dúdase si murió ó no católico; no hay autor contemporáneo que lo afirme, y sí varios que lo niegan; no obstante la recomendación última de que nos habla San Gregorio de Tours, mueve á autores respetables á opinar que murió en el seno de la Iglesia católica.

**Conversión de Recaredo y la de todos los godos.—Consecuencias de esta conversión.** Tomó Recaredo las riendas del poder allá por el mes de Abril de 586, y á los diez meses, ó sea á fines de Diciembre del mismo año ó Enero del siguiente, ya se había converti-

do al Catolicismo siguiendo los consejos del gran Leandro de Sevilla, como se lo había encargado su padre en el postrer momento de su vida. Dado este gran paso, Recaredo, que en vida de Leovigildo se había mostrado valerosísimo y afortunado guerrero, dió muestras de un tacto y prudencia superiores á toda ponderación en los sucesos ulteriores de su vida. Se hizo bautizar sin aparato ni ostentación después de haber visto, en las disputas públicas tenidas en su propio palacio entre católicos y arrianos, de parte de quiénes estaba la verdad. Llamó entonces á los obispos arrianos, hablóles con el acento de sinceridad y convicción propias de quien se ha convertido de corazón á Dios, y no fué menester más para que obispos, magnates y pueblos abrazasen el dogma católico. Hecho esto, y naturalmente celoso de conservar puras en su pueblo las doctrinas salvadoras que todos habían profesado, mandó amontonar todos los libros de la secta arriana y pegarlos fuego, como se efectuó, para que en ningún tiempo se volviese á encender el de la discordia, que tan deplorables efectos había producido por espacio de cerca de dos siglos. La justicia reclamaba además devolver los bienes que su padre había arrebatado á las iglesias, y así lo hizo Recaredo, dotando también generosamente iglesias y monasterios; y como Leovigildo había desterrado á muchos obispos, su hijo se apresuró á restituirlos á sus Sillas.

Una inscripción curiosísima descubierta en Toledo por Don Juan Bautista Pérez el año de 1591, da noticia de cómo el arzobispo de Toledo consagró solemnemente su iglesia antes de cumplirse el primer año del reinado de Recaredo (V. Flórez, tomo V, tratado V, cap. II).

**Concilio III de Toledo.** Por grande que fuera la influencia del nuevo monarca en todos sus súbditos, y lo era sin duda, como lo demuestra lo que acabamos de referir, se comprende que no pudiera acabar en un momento con las reliquias del arrianismo, que tan hondas raíces había echado en el pueblo godo. Atento siempre Recaredo á los intereses de sus subordinados, y deseoso de procurar su bien por medios suaves, convocó un Concilio nacional con asistencia de todos los obispos católicos, sin excluir á los nuevamente convertidos de la herejía (Mayo de 589). Asistió el Rey á la primera reunión (4 de Mayo), y habló en ella para dar cuenta del objeto de la convocatoria, que era dar gracias á Dios por la conversión de los godos y restaurar la disciplina, que por fuerza

hubo de decaer durante los pasados disturbios. Terminó manifestando su deseo de que se empezasen las tareas conciliares previos algunos días de ayuno para implorar el divino auxilio. Hizo-se así en los tres días siguientes, y en el cuarto, reunidos otra vez los venerables Padres en Concilio, presentóse de nuevo Recaredo y les ofreció un pliego en que constaba su profesión de fe, autorizada con las decisiones de los cuatro Concilios generales de la Iglesia. Invitóles á que la leyesen, y hallándola perfectamente ortodoxa declararon ser aquélla la fe que todos debían profesar, anatematizando á cualquiera que de diferente modo pensase. Recaredo se ratificó en dicha profesión de fe, y la firmó lo mismo que su esposa la reina Badda. Otro tanto hicieron los obispos y próceres, abjurando solemnemente la herejía, que ya tres años antes habían abandonado. Los obispos arrianos formaron parte desde este momento del cuerpo de los Padres conciliares, y firmaron, como todos los demás, los decretos de la venerable Asamblea; medida muy sabia y prudente, porque de este modo los cánones del Concilio aparecían con mayor autoridad para aquella multitud del pueblo godo que aún podría abrigar alguna prevención contra los antiguos Prelados católicos. Por otra parte, los Obispos recién convertidos quedaban más y más asegurados contra la tentación de volver á la antigua secta estando de por medio las firmas libremente estampadas por ellos al pie de los decretos del Concilio.

Ultimado tan pacífica y amistosamente lo que se refería al dogma, procedieron á la formación de los cánones para la restauración de la disciplina y corrección de costumbres, todo lo cual, según afirma el Biclarenses, corrió por cuenta de San Leandro y de San Eutropio, Abad entonces del monasterio servitano, y obispo más tarde de Valencia.

**Cánones disciplinales.** Fueron veintitrés estos cánones; y aunque muy conducentes, sin duda, al fin que los Padres del Concilio se proponían, no todos tienen para nosotros igual interés. El canon V es buena muestra de la relajación de costumbres en el antiguo clero arriano: prohíbe á los obispos, presbíteros y diaconos convertidos que cohabiten con sus mujeres; y aunque también se prohíbe en el mismo canon que los católicos (que lo eran de antiguo) tengan en su casa mujeres sospechosas, desde luego se nota la diferencia; la primera parte del canon supone que los obispos y clérigos vivían habitualmente con sus mujeres,



mientras en la segunda se reprueba algún exceso aislado que pudiera haber. Según dispone el canon VI, los esclavos libertados por el Obispo no necesitan de más formalidades para gozar de los derechos comunes, pero quedaban sujetos al patrocinio de la Iglesia. Castiga el canon X con excomunión al que impida, lo mismo á viudas que á doncellas, guardar castidad; mas si quisiesen casarse, ha de ser con quien ellas quieran.

Prohíbe el XIV á los judíos tener mujer, manceba ó esclava cristiana, y ordena que tampoco se les den cargos públicos. El canon XVI nos habla de idolatría y de la grande extensión que había tomado, lo mismo en España que en la Galia; pero débese entender de algunas supersticiones que nunca han podido desterrarse por completo de los pueblos, puesto que el Concilio amenaza con la *excomunión* á los idólatras, y manda á los obispos, jueces y señores de tierras que procuren indagar tales sacrilegios y concluir con ellos. Se trataba, pues, de cristianos que se entregaban á algunas supersticiones, de que nos hablan más tarde San Isidoro de Sevilla y algunos cánones de Concilios posteriores al que rescñamos: si el canon citado se refiriese á los gentiles, claro está que no les amenazaría con la excomunión, que sólo alcanza al cristiano.

San Leandro de Sevilla cerró con llaves de oro las sesiones de aquella venerable Asamblea pronunciando una oración digna de tan glorioso acontecimiento. Asistieron al Concilio sesenta y dos obispos — ocho de los cuales habían seguido la secta arriana — y cinco vicarios ó representantes de otros tantos prelados, todos ellos presididos por el anciano metropolitano de Mérida, el insigne Mazona. Recaredo escribe dos cartas al Papa San Gregorio Magno, y otra San Leandro, dándole cuenta de los importantísimos sucesos acaecidos en España: una y otras llenaron de inefable consuelo al gran Pontífice, como lo demuestran sus cartas, por las cuales sabemos también que el Monarca español le había regalado riquísimo cáliz, recibiendo en cambio varias y muy devotas reliquias.

## CAPITULO IV

### **La Iglesia y el Estado desde Recaredo hasta Don Rodrigo (586-711).—Concilios.**

#### **I.—REYES GODOS**

**Desde Recaredo hasta Sisenando.** Brevisimamente debemos mencionar á los monarcas católicos, ya que esto puede contribuir á esclarecer algunos sucesos de este período estrechamente relacionados con la Iglesia. Recaredo experimentó más de una vez la visible protección de Dios por su gran rectitud en el gobierno de la monarquía. Sábese que en poco tiempo tuvo que sofocar dos conspiraciones, en cada una de las cuales estaba comprometido un obispo arriano, y en la segunda su madrastra Gosvinta. Más grave fué el levantamiento de la Galia Narbonense, debida también á maquinaciones de los arrianos. Claudio, general de Recaredo, desbarató con un puñado de españoles numeroso ejército galo, capitaneado por Goteramno, rey de Francia, á quien prestaban su apoyo los súbditos arrianos de Recaredo allende el Pirineo.

Al morir Recaredo en 601, después de un reinado gloriosísimo de quince años, sucedióle su hijo Liuva, segundo de este nombre, que prometía seguir las huellas de su padre; mas Witerico, á quien generosamente había perdonado Recaredo su participación en un complot para asesinar al obispo de Mérida, mató á Liuva, escalando el trono de esta sacrílega manera; pero si le elevó un crimen, otro le privó del trono y de la vida; desacreditado y objeto de desprecio para todos, los vecinos de Toledo le sorprendieron en su palacio y le arrojaron á una cloaca. Sucedióle Gundemaro, célebre por su decreto declarando al obispo de Toledo metropolitano de toda la provincia cartaginense. Murió á los dos años de reinado. Por su muerte subió al trono Sisebuto, príncipe docto, y amante de las ciencias y de las letras, y excelente guerrero á la vez que celoso católico. San Isidoro de Sevilla, que encarece las raras prendas de este monarca, le vitupera su determinación de obligar á los judíos á bautizarse

bajo la amenaza de crueles castigos. Varios Concilios españoles reprobaron igualmente esa conducta. Suintila, esforzado general de Sisebuto, ocupó el trono á la muerte de éste (621), y se produjo como excelente monarca en los primeros años; pero decayó pronto, dejándose gobernar por su mujer Teodora y haciéndose odioso á los pueblos. Sisenando aprovechó el descontento general para fraguar una conspiración ayudado por Dagoberto, rey de Francia, y Suintila abandonó sin resistencia el trono, que ocupó luego el conspirador.

El Concilio IV de Toledo, presidido por San Isidoro de Sevilla, viendo la profunda humildad de Sisenando, que pedía se le absolviese del pecado de usurpación del trono, accedió á lo que se le pedía, no sin haber dirigido graves reprensiones al usurpador. Reprueban algunos historiadores modernos la conducta de dicha Asamblea, pero sin sombra de razón. Aun dado que la aparente humildad de Sisenando fuera refinada hipocresía, encontrábanse los Padres del Concilio con dos hechos innegables é indestructibles: la incapacidad, bien probada, de Suintila, contra el cual se manifestaba inexorable el pueblo, y su destronamiento, que constituyó á Sisenando en rey de hecho. ¿Iban á permitir que de nuevo se encendiese la guerra civil con todos sus horrores para encumbrar á un imbécil, que tampoco aspiraba al trono, y cuya causa no tenía absolutamente ninguna probabilidad de éxito? No era esto santificar los hechos consumados, sino sencillamente doblegarse á circunstancias indestructibles. Sisenando murió cuando podía prometer un reinado feliz, apaciguadas las pasadas discordias.

**Chintila, Tulga, Chindasvinto y Recesvinto.** Tres años reinó Chintila, y dos su hijo Tulga: entrambos mantuvieron el reino en paz, contribuyendo eficazmente á la prosperidad de la nación. En los dos Concilios que reunió el primero en Toledo, se vió la armonía envidiable que existía entre el Rey y los Prelados.

A la muerte de Tulga no esperó Chindasvinto la resolución de los magnates electores, y se hizo prociamar rey de España valiéndose de su grande influencia en el ejército; mas probó con sus hechos que no le había movido á ello la ambición de mando, sino más bien el temor de que los electores cometiesen algún desacierto. Chindasvinto, á la vez que se esforzó en corregir los vicios y desórdenes que se habían introducido en el gobierno, se manifestó profundamente religioso. Seis años llevaba en el trono cuando, con

el consentimiento de los grandes y del pueblo, asoció al gobierno á su hijo Recesvinto, en quien depositó la autoridad soberana, habiendo muerto dos años después (649).

A la diligencia y amor á las letras de Chindasvinto se debe el hallazgo de los *Libros Morales* de San Gregorio el Grande. Tajón, obispo de Zaragoza, fué el comisionado por el monarca á Roma, y á ese Prelado cupo la gloria de ser favorecido con milagrosa revelación para que no se perdiese tan magnífico tesoro; pues hallándose en la Ciudad Eterna por comisión del Rey, y habiéndosele dicho que era difícil dar con la parte de la obra del gran Papa que faltaba en el código español mandado por el mismo San Gregorio á San Leandro, acudió al sepulcro de San Pedro, y allí entendió, por aviso divino, dónde se encontraba la obra completa.

Créese generalmente que Recesvinto siguió las huellas de su padre en su reinado relativamente largo (649-672), aunque no faltan algunos cargos contra su vida privada.

**Desde Wamba hasta Egica.** Ni la avanzada edad de Wamba, ni su resuelta actitud rechazando la corona, fué parte para que los magnates godos cedieran en su empeño de elevarle al trono. Los hechos se encargaron bien pronto de probar cuán acertada había sido la elección. Su guerra contra los vascones y contra los sublevados en la Galia gótica, demostró lo que se podía esperar de Wamba en asuntos militares. En tiempo de este monarca, intentaron por primera vez los árabes desembarcar en nuestras costas; mas Wamba les salió al encuentro, y en un recio combate naval los destruyó por completo, apresando varias naves y echando á pique otras. Cuéntase de diferente modo por los autores la caída de Wamba de un trono que tan gloriosamente había ocupado por espacio de ocho años. Según algunos, se le creyó muerto de un accidente natural, por lo que le vistieron el sayal monástico; mas habiendo vuelto en sí, renunció la corona en Ervigio, retirándose á un monasterio de Pampliega, donde aún vivió siete años. Refieren otros, acaso con mayor fundamento, que el accidente fué preparado para destronarle, pues habiéndole vestido el traje monacal y cortándole la cabellera durante el desmayo, le inutilizaban para seguir reinando. El hecho fué que de grado ó por fuerza renunció en Ervigio, que se apresuró á recibir la unción sagrada de manos del metropolitano de Toledo. El nuevo monarca no se distinguió más que por su odio á la memoria de Wamba, cuyo nombre procuró infamar, con lo que no consiguió más que rebajar el

suyo propio. Siguiendo la tendencia de todos los reyes, Ervigio quiso que la corona quedase en su familia; para esto casó á su hija Cigilona con Egica, pariente de Wamba, previo juramento de respetar á la reina viuda y su familia si antes moría el monarca. Mas si se ha de creer lo que Egica afirmó después en la representación que hizo al Concilio XV de Toledo, Ervigio, cercano ya á su muerte, exigió á su sucesor nuevo juramento de gobernar los pueblos en justicia. Murió Ervigio (687), y cuando ya Egica se consideró asegurado en el trono convocó dicho Concilio, donde se presentó en actitud humilde, pidiendo á los Prelados se sirviesen resolver qué debía hacer en vista de los dos juramentos mencionados; pues si cumplía el primero, no podía proceder contra la familia del difunto monarca como lo exigía la justicia; y si el segundo, quedaba incumplido el primero. Los Padres del Concilio, en vista de lo alegado por Egica, le absolvieron del primer juramento, no para que procediese arbitrariamente contra la familia del último rey, sino para obrar justa y equitivamente con todos. Por lo demás, no será aventurado suponer que Egica hablaba con poca sinceridad, y que la divina Providencia se valió de él para infamar el nombre de Ervigio, como éste había tratado de manchar el de Wamba, aunque inútilmente.

Tres años llevaba en el trono Egica cuando descubrió una temerosa conspiración contra su vida. Sisberto, arzobispo de Toledo; Liubigitona, viuda del rey difunto, y otros, la fraguaron. Sisberto confesó su delito ante el Concilio XVI de Toledo; fué degradado y desterrado por toda su vida, ocupando su lugar Félix, de Sevilla. Los judíos españoles conjuráronse con los de Africa, no ya sólo para acabar con Egica, sino también con el reino godo. Reunido el XVII Concilio toledano en tiempo de este Monarca, los complicados en la trama fueron condenados á esclavitud perpetua, y los demás diseminados por las provincias.

Egica asoció al gobierno á su hijo Witiza, estableciéndole en Galicia con el deseo de que le sucediera en el trono á su muerte, como en efecto sucedió (701).

**Witiza y Rodrigo.**— **Fin de la Monarquía goda.** Los primeros actos de Witiza hacían augurar un rey digno, amigo de la paz y de la justicia. Mas no tardó en pervertirse, haciéndose lascivo, receloso y cruel. Estas cualidades le granjearon muchos y poderosos enemigos, y á lo que parece púsose al frente de ellos Don Rodrigo. Cómo éste escaló el trono, se ignora; pero supónese que se

valió de la astucia, más que del valor, para lograrlo; *furtim, magis quam virtute*, que dice el continuador del Biclarense.

De todas suertes, al comenzar el reinado de Don Rodrigo la España gótica debía de hallarse en una decadencia lamentable; y á ser ciertos los pormenores que llegan hasta nosotros, más por tradición ó por narraciones novelescas que por documentos dignos de fe, el lujo y la molicie de los godos era semejante al de los romanos de la decadencia, razón por la cual no es de extrañar que á unos y otros cupiera muy parecida suerte.

Á medida que se iba debilitando la energía del pueblo hispanogodo, los árabes, que les estaban acechando, se preparaban mejor, creyendo cercano el día en que podrían pasar el Estrecho. Cuéntase que el conde D. Julián, gobernador de la plaza de Ceuta, ultrajado en su hija por Don Rodrigo, entregó la ciudad á los árabes, pasándose al enemigo; que los hijos de Witiza entendiéronse también con él, y se añade que el arzobispo de Toledo, Don Oppas, hermano de Witiza, fué igualmente traidor á su patria. Contando con tales elementos en España, Muza, emir de Africa por el califa de Damasco, puso á disposición de Tarik obra de doce mil hombres, con los cuales desembarcó en Gibraltar, y pasando á Tarifa y demás ciudades de la costa, las saqueó. Venían además con los árabes buen golpe de renegados judíos y toda una tribu hebrea, que, si no servía para ayudar al moro en honrosa lid, érale de grande utilidad como espías saturados de odio profundo contra los españoles.

Don Rodrigo se apresuró á reunir numeroso aunque poco disciplinado ejército, y no tardaron en verse frente á frente el español y el africano en los campos de Jerez de la Frontera. Seis días cuentan que duró la batalla en las márgenes del Guadalete, y al séptimo los hijos de Witiza y el arzobispo de Toledo, Don Oppas, que acaudillaban la nobleza visigoda y las dos alas extremas del ejército cristiano, desertaron de él, pasándose al enemigo. Entonces Don Rodrigo abandonó la carroza de marfil desde la cual cuentan que había presenciado la porfiadísima lucha, y peleó desesperadamente hasta morir, sin haber sido posible identificar su cadáver.

Tal es la versión común acerca de lo acaecido en las postrimerías de la Monarquía visigoda; mas la imparcialidad histórica obliga á advertir que no todo lo que de ellas se refiere descansa sobre iguales fundamentos; no falta quien duda hasta de la exis-

tencia de Don Oppas y de la intervención de los hijos de Witiza en la pérdida de España, aunque una y otra negación parecen hijas de un buen deseo, más bien que de sincero convencimiento. Lo que desde luego tiene todos los visos de una leyenda medioeval, es lo de la ebúrnea carroza de Don Rodrigo; necesitaba éste no tener sangre en sus venas para contemplar por espacio de seis días una lucha en que jugaba su corona, su vida y la libertad de su patria.

## II.—CONCILIOS ESPAÑOLES DESDE EL IV DE TOLEDO HASTA EL XVIII, CELEBRADO EN LA MISMA CIUDAD

**Qué eran los Concilios españoles en esta época.** Establecida la unidad de la fe de una manera oficial en el Concilio III de Toledo, varió un tanto el carácter de los que le siguieron. Hasta Recaredo, los Concilios sólo trataban de asuntos religiosos: del dogma, de la disciplina, de las costumbres; pero unido el poder civil en estrecho vínculo con el eclesiástico, cuidó de apoyarse en éste á fin de que las leyes tuvieran más fiel cumplimiento. ¿Es esto bastante para calificar de *Cortes del Reino* los Concilios de que se trata? Ciertamente que no. En los Concilios aparece el rey como el primero de los hijos de la Iglesia, pero con humildad, *pidiendo á* los prelados se sirvan acordar lo más conducente al bien de la Iglesia y del Estado; en las Cortes, que se celebraban en el palacio mismo del monarca, el rey presidía rodeado de majestad soberana; y aunque también asistían los obispos, no era como jueces, sino como testigos. Es igualmente verdad que á muchos de los Concilios asistieron seglares más ó menos caracterizados; pero ni en uno sólo obraron como jueces, sino como simples testigos, y á lo sumo como protectores de los Padres.

No se negará además que en una monarquía electiva, como la visigoda, la función principal de la Asamblea civil era la elección de monarca, y no se dió el caso de que un Concilio le eligiese nunca. A tales Asambleas acudían también los obispos; mas el papel principal era de los próceres y «el voto de los obispos, dice el P. Flórez (tomo VI, pág. 44), era para que, concordés las voluntades de unos y otros, no hubiese turbación en el reino, contentiendo los Prelados, como Padres, la ambición del menos oportuno».

**Concilios del siglo VI después del III de Toledo.** Todo un libro vo-

luminoso necesitaríamos para dar cuenta por menudo de los Concilios celebrados en los dominios de la monarquía visigoda desde Recaredo hasta D. Rodrigo. Fueron veintisiete: diecisiete en Toledo, y los demás en otras varias ciudades: Sevilla, Barcelona, Mérida, Braga etc. En Narbona, antigua corte visigoda, se congregó uno, que fué el inmediato al III de Toledo. Dieciséis de ellos fueron nacionales, casi todos en Toledo; sólo uno de los celebrados en esta ciudad es calificado de provincial, y otro, en cambio, de los reunidos fuera de ella (el III de Zaragoza), es considerado como nacional.

En vida de Recaredo celebráronse todavía seis después del III de Toledo.

En el de Narbona (589), se hicieron quince cánones, algunos de ellos muy importantes, prohibiendo la ordenación de clérigos iliteratos, y condenando algunas costumbres gentílicas, juntamente con los sortilegios y artes divinatorias.

En 590 convocó San Leandro el Concilio I de Sevilla, porque observó que no había celo por cumplir, como él deseaba, lo establecido en el III de Toledo. Del I de Sevilla sólo nos resta la carta que en común escribieron los Padres á Pegasio, obispo de Ecija, resolviendo las dudas propuestas por éste acerca de lo que su antecesor Gaudencio había dispuesto sobre la manumisión de los esclavos. Firman la carta San Leandro, que presidió el Concilio, y otros siete obispos de la provincia eclesiástica. Aun faltaban los de Málaga y Medinasidonia, como también el de Ecija, según queda indicado.

El II Concilio de Zaragoza (592) sólo estableció tres cánones enderezados á ordenar cómo habían de ser recibidos los que abandonaban el arrianismo y á concluir con los restos que pudiera haber de esta herejía. De nuevo encontramos al ilustre Prelado eméritense, Mazona, presidiendo otro Concilio nacional en Toledo (597). Este Sínodo formó dos cánones solamente, renovando lo establecido en otros Concilios sobre el celibato del clero y las condiciones en que se permitía erigir nuevas iglesias.

También la ciudad de Huesca, celeberrima en la antigüedad, fué honrada con la celebración de un Concilio de los Prelados de la provincia Tarraconense (598), del cual nos restan dos cánones. Dispónese en el primero que todos los años cada obispo reuna en donde mejor le pareciere á todo el clero de la diócesis, incluso los abades de todos los monasterios, para recordarles las reglas á que



deben ajustar su conducta. También el segundo y último canon se dirige á regular las costumbres del clero.

Cuatro fueron los cánones establecidos en el Concilio que el año siguiente celebraron en Barcelona los obispos de la misma provincia eclesiástica. Asistieron doce, presididos por Asiático, que lo era de Tarragona.

El último de dichos cánones supone que las doncellas que prometían castidad vestían diferentemente que las seglares, entendiéndose que cuantas hubiesen obtenido de un sacerdote la *bendición de penitencia* quedaban obligadas á guardar aquel voto, puesto que se les amenaza con la excomunión si llegan á casarse.

**Decreto de Gundemaro.** Supónese por algunos que Cartagena y Toledo se disputaban la primacía de la provincia llamada Cartaginense, fundándose para ello en que en el Concilio III de Toledo firmaba el Obispo de esta Sede como Metropolitano de la provincia Carpetana, sin disputar al de Cartagena los derechos metropolitanos de la provincia de su nombre, mientras en el Concilio IV se le declara á Toledo) metrópoli de la Cartaginense. Otros entienden que no hubo tales contiendas, y que siempre fué Toledo la verdadera y única Metrópoli de la Cartaginense; habiéndose originado las divergencias que dieron motivo al decreto de Gundemaro del sólo *hecho* de haber reconocido al de Cartagena por su Metropolitano algunos obispos del Mediodía de España.

De cualquier modo, ello fué que el rey Gundemaro publicó un decreto concebido en términos muy duros y autoritarios, disponiendo que en adelante reconociesen á Toledo todos los obispos de la provincia Cartaginense como su única metrópoli, y añadiendo que si Eufemio, Obispo de la capital del reino gótico, firmó como Metropolitano de la provincia Carpetana en el Concilio III, fué por ignorancia. Los dieciséis obispos que acudieron al Concilio decretaron por su parte lo mismo que Gundemaro, aunque no en los términos agrios y poco respetuosos que el monarca.

Para no omitir nada, terminaremos añadiendo que respetables críticos dudan de la autenticidad de estos documentos.

El Concilio Egarense (de Tarrasa), celebrado en tiempo de Sisibuto (614), no tuvo otro objeto que firmar los cánones del celebrado en Huesca hacia dieciséis años acerca de la vida y honestidad de los clérigos. En el reinado del propio Sisibuto se reunió el II Concilio de Sevilla (619), bajo la presidencia del gran Isidoro. El canon XI hace mención de *monasterios de vírgenes*, y es

tal vez la primera noticia que tenemos, no de vírgenes consagradas al Señor, sino de casas ó conventos habitados por ellas solas. Además de resolverse en este Concilio varias competencias entre los obispos de la provincia Bética, ordenando importantes puntos de disciplina, se trató de uno dogmático. El Concilio declaró, contra lo que opinaba un obispo sirio, que en Jesucristo había dos naturalezas y una Persona, y que la divinidad era impasible. El obispo hereje abjuró sus errores ó hizo profesión de fe católica.

**Concilio IV de Toledo.** Quince años después se celebró el Concilio IV de Toledo en la basilica de Santa Leocadia, con asistencia de los prelados de todas las provincias de España y de la Galla narbonense, en número, según algunos, de setenta y dos, y de sesenta y seis según otros, presididos por San Isidoro de Sevilla. Setenta y cinco fueron los cánones que formaron, de grande importancia muchos de ellos, uniformando la liturgia en todas las iglesias del reino, corrigiendo las costumbres y vigorizando la disciplina. También se suprimió la trina inmersión para conferir el bautismo, á fin de evitar discordias, y siguiendo lo que San Gregorio había escrito á San Leandro, de Sevilla. Diez de los cánones hablan con los judíos (LVII-LXVI), prohibiendo ejercer coacción sobre ellos para hacerlos cristianos, ni protegerlos, ni conferirles cargos públicos. Mas á los que fueron bautizados en tiempo de Sisebuto se les obliga á seguir siendo cristianos. En el último canon lanzaron los Padres la excomunión contra el que quebrantase la fe jurada al Rey, ó contra el que intentase despojarle de la vida ó de la corona.

**Concilios V, VI y VII de Toledo.** En el año primero del reinado de Chintila (636) reunióse en la misma ciudad el V Concilio nacional. Los cánones de este Concilio se ordenan á lo mismo que el último del precedente Sínodo: á mirar por la seguridad del monarca y estabilidad del trono. En cambio, en el Concilio VI nacional, celebrado dos años más tarde, se determinó, de acuerdo con los magnates, que todo monarca, antes de subir al trono, jurase no atentar contra la Iglesia. La mayor parte de los cánones se enderezan á la reforma del clero; mas no se dejan de tomar disposiciones restrictivas contra los judíos, desterrándolos del reino si no se convertían. El tiempo hizo ver que se adelantaba poco ó nada con semejantes disposiciones, si es que no eran contraproducentes. Como se dirá más adelante, los Padres encargaron á

San Braulio que contestase á una carta del Papa Honorio á los obispos de España, en que se les motejaba de poco celosos en el cumplimiento de sus delicados deberes.

El último Concilio de esta primera mitad del siglo fué celebrado en Toledo en 646, con asistencia de treinta Obispos y once vicarios ó delegados de otros tantos Prelados. Fuera del primer canon, que conmina con terribles penas á los que conspiran contra el rey, los demás reproducen varias disposiciones disciplinares, ya conocidas las más. El último (VI) ordena que los obispos comarcanos acudan á Toledo todos los meses, menos los de la siega y vendimia, para honra del Trono y consuelo del Prelado metropolitano.

**De los Concilios VIII, IX y X de Toledo, celebrados en tiempo de Recesvinto.** Fué notable el Concilio VIII Toledano, reunido en 653, reinando Recesvinto, y con asistencia de cincuenta y dos Obispos, más diez Abades, dos delegados episcopales y dieciséis próceres godos, todos los cuales firmaron las actas, y fué el primer Concilio en que esto se hizo. Los cánones son trece, y fuera del primero, autorizando al Rey para obrar con alguna benignidad con los judíos, para lo cual le dispensaron del juramento que tenía hecho en contrario, no ofrecen gran novedad, aunque se ve siempre el gran celo de los Concilios por corregir las costumbres, tanto de los obispos como de clérigos y seglares.

Aun se celebraron en tiempo de Recesvinto otros dos Concilios en Toledo, entrambos probablemente nacionales como el anterior. En el primero de éstos se dispuso la manera cómo se habían de administrar los fondos de la Iglesia, y lo que debían observar los obispos en la admisión de los libertos en la clerecía. En el segundo hablan ya los obispos dado por terminadas sus tareas, disponiendo siete cánones referentes á la disciplina y buenas costumbres, cuando recibieron un pliego en que Potamio, obispo de Braga, uno de los asistentes, confesaba un grave pecado, por el cual venía haciendo penitencia desde que lo cometió hacía nueve meses. Potamio aseguró, derramando abundantes lágrimas, ser suyo el pliego y él el pecador, añadiendo que no le violentaba á manifestarse tal más que el temor de los juicios de Dios. Los Padres del Concilio oyeron con profunda pena aquellas revelaciones; mas aunque debía ser degradado según los cánones vigentes, contentáronse con privarle del episcopado en vista del sincerísimo arrepentimiento que ma-

nifestaba, y de que era prueba harto fehaciente la confesión pública de su culpa. Nombraron en su lugar á Fructuoso, obispo de Dume.

**Concilios XI, XII y XIII de Toledo.** Dieciocho años después (675) se reunió el Concilio XI Toledano, en el reinado de Wamba. Fué provincial, con asistencia de dieciocho obispos y un diácono que llevaba la representación de su Prelado. Después de dar gracias á Dios por haberles concedido el favor de poderse reunir, hicieron profesión de fe conforme á lo definido en los cuatro Concilios generales de la Iglesia, y pasaron á ordenar los cánones, que son dieciséis. Todos ellos hablan con los obispos y con el clero: el II canon recomienda á aquéllos con grande encarecimiento el estudio de las ciencias sagradas para instruir á los fieles, y el XI es una explicación del canon XIV del Concilio I de Toledo, declarando que no incurrian en las penas allí fulminadas contra los que simulaban la comunión los que por enfermedad se veían imposibilitados para deglutir la hostia consagrada.

En los dos Concilios inmediatos, celebrados en el reinado de Ervigio, sucesor de Wamba, no encontramos de particular más que la mayor intervención del poder real en los asuntos eclesiásticos; el empeño del monarca en deshacer cuanto había hecho su antecesor Wamba, y el de poner á salvo á la familia real de cualquier atropello que en tiempos venideros pudiera cometerse con ella.

**Concilios XIV y XV de Toledo.** Conviene nos detengamos un momento en el examen de estos Concilios. El Papa San León II escribió á los prelados españoles diciéndoles que subscribiesen, reunidos en Concilio, las definiciones del VI general, celebrado en Constantinopla contra los monotelitas. Cuando llegaron las cartas del Pontífice acababa de disolverse el Concilio XIII, y era punto menos que imposible volverlo á reunir. Por eso San Julián, que ocupaba la Silla primada de Toledo, de acuerdo sin duda con el rey Ervigio, á quien San León escribió también con este motivo, dispuso congregar prontamente un Sínodo provincial y que los demás metropolitanos enviasen sus vicarios. A la vez se ordenó que cada provincia eclesiástica se reuniera en Concilio, única manera de que llegase á noticia de todos lo declarado por el Sínodo general de Constantinopla. Mas para que entretanto no se sospechase en Roma el más mínimo desaire, San Julián se apresuró á dar cuenta al Papa de todo lo ocurrido, mandando una adhesión

razonada. Esta adhesión, con los razonamientos que San Julián tuvo por conveniente añadir, contenía algunas cláusulas que dieron al Papa Benedicto II, sucesor de León II. *La voluntad engendra á la voluntad, como la sabiduría engendra á la sabiduría*, decía el santo obispo de Toledo en una de las frases censuradas ó malsonantes, y afirmaba en otra que había tres substancias en Jesucristo; locuciones todas no muy usuales, aunque en el fondo nada heterodoxas en el sentido en que las empleaba el santo metropolitano de Toledo. Así lo reconoció el Romano Pontífice en cuanto llegaron á la Ciudad Eterna los enviados de San Julián con las explicaciones contenidas en su segunda Apología, —que fué la que ratificó el Concilio XV Toledano, al que asistieron sesenta y un obispos, —reducidas á afirmar que sus palabras en la primera cláusula no debían entenderse al modo humano, en que es primero el entendimiento que la voluntad, sino como corresponde á Dios, esencia simplicísima en quien es lo mismo entender que amar, cosa que no se puede afirmar del hombre. Cuanto al segundo punto, la cuestión era mucho más sencilla; porque, como ya lo había dicho San Agustín, era bien patente la existencia de las tres substancias en Cristo: Dios, alma, carne. Ciertamente que, considerando la humanidad de Jesucristo como única substancia completa, no resultaban en él más que dos; pero la locución: *hay tres substancias en Cristo* es rigurosamente exacta si empezamos por admitir que hay dos bien distintas en el hombre, aunque incompletas y naturalmente ordenadas á perfeccionar la una á la otra. Esta doctrina fué ratificada por el Concilio XV de Toledo, y lejos de turbarse la paz y unión entre Roma y la Iglesia española, se estrecharon más y más los antiguos vínculos, siendo recibidas las explicaciones del insigne metropolitano de Toledo con grande aplauso y encomio.

**Últimos Concilios españoles antes de la invasión árabe.** Además del Concilio XV de Toledo celebráronse otros tres en la Península en tiempo del rey Egica, y ya hemos indicado, al hablar de este monarca, algunas singularidades que ofrecen las determinaciones de dichos Concilios, uno de los cuales se celebró en Zaragoza. La actitud de los Padres de estos Sínodos, que se amoldan fácilmente á las exigencias del monarca, indica la excesiva intervención del poder civil en asuntos religiosos, y la presión que indudablemente ejercía el príncipe en los que lo eran de la Iglesia so capa de protegerla y ampararla.

El P. Flórez (tomo VI, página 231 y siguientes) prueba que en tiempo del rey Witiza, y antes del año 702, se reunió el Concilio XVIII toledano, cuyos cánones no se han podido hallar. Por manera que los escritores modernos que glorifican á aquel monarca por no haber mandado congregar ningún Concilio ya pueden reservar sus encomios para mejor ocasión.

### III.—DISCIPLINA Y CULTO DE LA IGLESIA ESPAÑOLA DESDE RECAREDO HASTA DON RODRIGO

**Los Sacramentos.** Ya en el siglo VI era costumbre en España administrar el bautismo por única inmersión. Introdújose tal costumbre en vista de la torcida interpretación que los arrianos daban á las tres inmersiones comúnmente usadas en otras partes, entendiendo que significaban tres naturalezas en la Divinidad. El Concilio IV de Toledo (633), presidido por San Isidoro, ratificó esa costumbre. La confirmación se administraba, siguiendo la práctica general de la Iglesia católica, inmediatamente después del bautismo. En el Concilio XI de Toledo se da á entender que los enfermos comulgaban á veces bajo una sola especie porque la sequedad de las fauces les impedía deglutir la hostia consagrada.

El rigor de las penitencias públicas era, poco más ó menos, el mismo en el siglo VII que en los dos anteriores. Débese advertir que había penitentes voluntarios que, una vez emprendida la vida de tales, no podían volver al siglo, entendiéndose que hacían voto de vivir castamente. A medida que se iba acentuando la ingerencia del poder secular en materias eclesiásticas, la pena de excomunión fué perdiendo bastante de su antiguo rigor é inflexibilidad, no porque se reconociese en los reyes facultad alguna para absolver de esa pena, sino porque los Concilios daban por absuelto al que llegase á merecer con su comportamiento la gracia y amistad del monarca.

Respecto de la Extremaunción, seguíase lo establecido por la decretal de Inocencio I á Decencio Eugubino, que formaba parte de la colección de Cánones de la Iglesia española. No podían administrarla más que los obispos ó los presbíteros.

El canon XX del Concilio IV de Toledo condena severamente la costumbre de conferir el diaconado á los niños (*infantes et pue-*

*ros levitas fecimus*), mandando que en adelante no reciban el diaconado hasta los veinticinco años, ni el presbiterado hasta los treinta. En el canon XIX del propio Concilio se hace un larguísimo catálogo de las irregularidades, que son poco más ó menos las mismas de hoy, y se dispone que para la ordenación de sacerdotes asistan todos los obispos de la provincia, o por lo menos tres, y que la consagración de los obispos se haga donde disponga el Metropolitano, y la de éste precisamente en la metrópoli y con la asistencia de los prelados comprovinciales. Probablemente los clérigos gastaban ya traje talar, ó por lo menos algo distinto del de los seglares. Si, como lo hemos indicado más arriba, los penitentes, las doncellas y viudas que se dedicaban al servicio de Dios debían diferenciarse de los seglares, con mayor razón se ha de creer lo mismo de los sacerdotes, máxime teniendo en cuenta que el canon LXVI de la colección de San Martín Damiense dispone que los clérigos gasten traje talar (*talarem vestem induere*). El canon XLII del Concilio IV de Toledo ordena que todos los clérigos, aun los de menores, han de gastar tonsura, que debía de ser parecida al cerquillo que más tarde se hizo común en las Ordenes religiosas. El Concilio de Barcelona (540) prohibió á los clérigos afeitarse y gastar cabello largo, y el de Coyanza (1050) les mandaba rasurarse.

Fué también objeto de complicada legislación el matrimonio en la España visigoda. Castigábase con severas penas el faltar á los esponsales sin justa causa, y los impedimentos, entre los cuales estaba el rapto, se extendían hasta el sexto grado, quedando prohibido en absoluto el matrimonio de cristianos y judíos, lo mismo que el de jóvenes con mujeres de más edad que ellos. La fidelidad conyugal era uno de los caracteres de aquella sociedad; las transgresiones en este punto eran castigadas con severidad inenarrable.

**Obispos y diócesis.—Elección de aquéllos.** Aunque el Concilio III de Toledo determinó que podían quedar al frente de cada diócesis dos obispos allá donde hubiera uno arriano y otro católico, esta disposición fué impuesta por las circunstancias; la disciplina española, de acuerdo con la general, no consentía dos Pastores de una misma grey. Tampoco era permitido establecer Sillas episcopales en poblaciones de poca importancia; y porque el rey Wamba, llevado sin duda de excelente celo, contravino esta disposición, fué censurado con bastante acritud.

Es indudable que algunas de las antiguas ciudades, honradas desde los tiempos apostólicos con Sedes episcopales, perdieron esa prerrogativa desde la venida de los godos, y tal vez antes, probablemente por haber perdido su importancia ó haber desaparecido en los grandes trastornos sociales, tan comunes en aquella época. En cambio otras poblaciones resultaron favorecidas con nuevas Sedes, en cuya erección, traslación, etc., la disciplina era poco uniforme; unas veces lo hacía el Metropolitano, contando con el voto de los Prelados comprovinciales, otras el Concilio nacional, otras sólo el Rey.

Lo propio acaecía en la elección de obispos, hasta que el Concilio XII de Toledo autorizó al Rey para que, de acuerdo con el Metropolitano, pudiese nombrarlos.

**Intervención de los reyes godos en la Iglesia, y la de los obispos en el Estado.** Porque los reyes visigodos católicos intervinieron con frecuencia en asuntos eclesiásticos, suponen algunos con errado y malsano criterio que toda aquella ingerencia les correspondía por derecho innato y propio de la majestad real; entienden otros, por el contrario, que en toda aquella época los reyes visigodos estaban completamente sometidos á los obispos, pudiéndose calificar aquel Gobierno de especie de *hierocracia*. Ni lo uno ni lo otro. Lo que hay es que entonces, lo mismo que en otras varias épocas, los dos poderes se entendían á maravilla por medio de mutuas concesiones. Los reyes godos, que veían vacilar su trono á impulsos de la ambición de los magnates, buscaban apoyo en la Iglesia, á la cual protegían por lo común con generosa mano; y los obispos, por su parte, no temían la ingerencia de los monarcas: antes la reclamaban para bien de los mismos intereses religiosos.

**Educación del clero y bienes eclesiásticos.** Ya hemos dicho, al hablar del siglo VI, cómo el Concilio II de Toledo estableció centros de educación para el clero bajo la inmediata vigilancia del obispo. Los Sínodos posteriores hablan del *Conclave episcopal*, que debió de ser á manera de ampliación de lo dispuesto en el II para la educación del clero al cual, no solamente se le exigía vida irrepreensible, sino también erudición sagrada, señaladamente conocimiento de las Sagradas Escrituras y de los Cánones ó reglas porque se regía la Iglesia. «La ignorancia, dicen los Padres del Concilio IV de Toledo (can. XXV), es madre de todos los errores, y han de evitarla con empeño los sacerdotes puesto que es su oficio enseñar al pueblo.»



Los bienes de la Iglesia en la España gótica consistían principalmente en las ofrendas de los fieles y en las haciendas que reconocían el propio origen.

Los obispos no eran dueños, sino administradores, de estos bienes, cuyo inventario se les entregaba al hacerse cargo de la diócesis. La legislación civil, no sólo respetó las disposiciones conciliares en orden á la propiedad de la Iglesia, sino que declaró irrevocables las donaciones hechas á la misma.

**Liturgia española.** «Una de las cosas singulares de la Iglesia de España, dice el P. Flórez (tomo III, pág. 187), es el particular rito de sus cultos, venerable por su mucha antigüedad, pío por sus devotísimas sentencias, plausible por los excelentísimos prelados que concurrieron á ilustrarle, y por todo digno de que no falte en esta obra su noticia.» Los autores menos afectos á las cosas de España convienen en que el rito llamado mozárabe es de origen apostólico. El nombre con que hoy se le designa tuvo sin duda su origen en que los Santos Padres españoles hicieron algunos aditamentos y correcciones. Hasta el Concilio IV de Toledo no había completa uniformidad tampoco en España; y como la variedad en el rito era poco edificante para los fieles, dicho Concilio decretó que en todos los dominios de la monarquía visigoda se observase un solo rito, tanto en la Misa como en todos los demás Oficios.

**Iglesias.—Solemnidad del culto.** Pocas noticias tenemos de las construcciones religiosas del siglo VII. Se edificaron muchas iglesias en esta época, como se deduce de varios cánones de los Concilios; y si hemos de tomar como norma la de Escavica, cuyos restos se descubrieron el siglo pasado, sus dimensiones eran muy grandes. Es indudable que la arquitectura llamada gótica fué desconocida para los visigodos, cuyas construcciones se acercaban más bien al estilo clásico, aunque diferenciándose notablemente de él. La Arquitectura, como todas las artes, experimentó notables modificaciones; primero por las necesidades mismas del culto católico, y después por el choque de las diferentes ideas que iba aportando cada raza antes de efectuarse la fusión definitiva de todas ellas en la Península. De la época visigoda datan las torres de las iglesias entre nosotros, lo mismo que otros accesorios, manifestación de las aspiraciones cristianas hacia las moradas eternas.

El culto católico hubo de revestir notable solemnidad en Espa-

ña desde la conversión de los godos. Los obispos contaban con elementos para ello, favoreciéndoles también el personal que tenían á su disposición en los centros de enseñanza que dirigían. Por otra parte, se tienen noticias de la riqueza de los vasos y ornamentos sagrados, y se sabe que los Santos Padres españoles cultivaron con esmero la música sagrada, habiendo escrito numerosas composiciones, que eran las que se cantaban por aquel tiempo.

#### IV.—LITERATURA Y VIDA RELIGIOSA.—SANTOS Y VARONES ILUSTRES DEL SIGLO VII

**San Leandro.** San Leandro y su hermano San Isidoro, arzobispos de Sevilla uno en pos de otro, son acaso las figuras más grandes que la Iglesia española puede presentar en muchos siglos, y al hablar de ellos no hemos de pasar por alto sus otros dos hermanos, San Fulgencio, obispo de Ecija, y Santa Florentina, ilustre virgen, aunque no sabemos que ninguno de éstos escribiese cosa alguna. Del primero, cuyos hechos más notables se han referido al hablar de Leovigildo y del Concilio III de Toledo, nos quedan muy pocos escritos; pero sabemos por su hermano San Isidoro que fueron varios. Un sermón predicado en la fiesta de San Vicente, y otro en la terminación del Concilio III de Toledo, más una carta á su hermana Santa Florentina, con varias oraciones y Oficios del Breviario gótico, es lo que nos queda de tan ilustre Doctor. Pero nos consta que escribió además dos libros contra los arrianos, riquísimos, dice San Isidoro, por su erudición escrituraria, y otro opúsculo en que iba proponiendo los errores arrianos y refutándolos uno por uno. San Isidoro nos dice también que fué compositor musical, y que sus composiciones se distinguían por la dulzura de la melodía. Escribió además importantes y numerosas cartas al Papa San Gregorio, — de quien fué muy grande amigo, — y á otros célebres varones de la época. San Gregorio escribió su Exposición de Job por indicación de San Leandro, á quien dió el palio, diciendo en carta á Recaredo que era un honor bien merecido por el santo arzobispo de Sevilla.

**San Isidoro.** Digno sucesor de su hermano Leandro en la metrópoli Bética, fué un asombro de sabiduría y santidad. Educado por su hermano y predecesor en el obispado, que le amaba con la ternura de un padre, fué alma y vida de la Iglesia española en los cuarenta primeros años del siglo VII. Reunió un Sínodo provin-

cial en Sevilla; presidió más tarde el IV de Toledo, el más importante de los muchos que en aquel siglo se celebraron; fundó escuelas que fueron seminarios de santos y sabios, y escribió tantas obras que sólo el catalogarlas nos llevaría más lugar y tiempo del que podemos disponer. Baste decir que las catalogadas por San Braulio componen cuarenta y cuatro libros sobre diversísimas materias, formando un conjunto maravilloso. Su obra más importante y lata es la de las *Etimologías*, escrita á instancias de San Braulio, y que habiendo quedado incompleta, y tal vez sin el orden debido, la dividió dicho Santo en veinte libros. El libro de los *Oficios* lo dedicó á su hermano San Fulgencio, y los dos contra los judíos á su hermana Florentina, á cuyo ruego los había escrito. Es también mérito singular de San Isidoro el haber perfeccionado la colección de Cánones de la Iglesia española, que ya existía; pero al paso hemos de advertir que no es el grande arzobispo de Sevilla el autor de las falsas Decretales, como lo conceden hoy todos los críticos dignos de tal nombre.

**Eutropio y el Biclarense.—Conancio de Palencia.** Fué Eutropio discípulo y sucesor de San Donato en la abadía del monasterio servitano, y agustino como él. Inmensa debía de ser su fama de santidad y letras cuando él y San Leandro fueron los que llevaron el peso del III Concilio de Toledo, con hallarse presentes obispos y metropolitanos por mil títulos ilustres, y no ser aún Eutropio más que Abad del monasterio indicado. Poco después fué nombrado obispo de Valencia, y sólo se sabe de él que escribió dos cartas muy elogiadas por San Isidoro.

El Biclarense era de origen godo, nacido en Santarem. Joven aún, pasó á Constantinopla, donde permaneció diecisiete años, instruyéndose en toda erudición griega y latina. Volvió á España durante la persecución de Leovigildo, el cual le tuvo desterrado en Barcelona por espacio de diez años; lo cual no fué parte para que este ilustre varón se desatase en injurias contra aquel rey, cuyos hechos refiere con serena imparcialidad. Reinando aún Leovigildo, ó poco después, fundó el monasterio de Vallclara, no lejos de Montblanc, y escribió allí una Regla monástica encomiada por San Isidoro, y se cree que por el año de 592 fué nombrado obispo de Gerona, donde brilló por su ciencia y virtud hasta 621. Además de la Regla mencionada escribió un *Cronicón* apreciadísimo, y San Isidoro añade que aún seguía escribiendo otras muchas cosas que no habían llegado á sus manos.

San Ildefonso nos dejó grato recuerdo de un obispo de Palencia por nombre Conancio, muy celoso Prelado y dotado de singular facundia y gravedad en el decir. Compuso varias melodías nuevas y un libro de oraciones, todo con la mira de ordenar el rito sagrado y contribuir á la mayor solemnidad de las festividades eclesiásticas.

**Liciniano de Cartagena, y Severo de Málaga.** San Isidoro de Sevilla nos da preciosas noticias de Liciniano, obispo de Cartagena; escribió muchísimas cartas, dice su santo biógrafo, gran parte de las cuales estaban dirigidas á Eutropio, más tarde obispo de Valencia; trabó también correspondencia con San Leandro de Sevilla el Papa San Gregorio Magno y otros, habiendo muerto en Constantinopla del veneno que le dieron sus émulos. Consérvanse aún algunas de esas cartas, y sobre todo una muy notable dirigida al diácono Epifanio, demostrando que las almas y los ángeles son espíritus puros. En todas se mostró, según San Isidoro, muy conocedor de las Escrituras divinas y de los Santos Padres, y agudísimo filósofo.

Contemporáneo y amigo de Liciniano era Severo, obispo de Málaga, muy notable también por su grande ilustración. Había apostatado de la religión, haciéndose arriano en la persecución de Leovigildo, Vicente, obispo de Zaragoza, y Severo tomó la pluma para argüir y reprender al desgraciado Obispo cesaraugustano. También escribió un libro acerca de la virginidad, dirigido á una hermana suya, con el título de *Annulus*, que no se conserva.

**Máximo y Tajón, obispos de Zaragoza.** San Isidoro atribuye á Máximo una crónica de los sucesos de España en tiempo de los godos. Esta obra se ha perdido, y la que corre con su nombre es debida á los falsarios.

De Tajón nos quedan los cinco libros de las sentencias, especie de Suma teológica, sacada en su mayor parte de San Gregorio Magno y de San Agustín.

La obra de Tajón es de mérito sobresaliente, y hubiera ocupado el primer lugar entre los compendios de doctrina católica, que después se hicieron bastante comunes; mas la invasión árabe sepultó en el olvido trabajo tan exquisito, y antes de haberse podido vulgarizar escribiéronse otros que alcanzaron gran boga y obtuvieron el honor de haber sido largamente comentados por los talentos más sobresalientes de la Edad Media.

**Los hermanos Juan y Braulio, obispsps también de Zaragoza.** Son

dignísimos de especial mención, aun entre los santos y sabios de aquella época, los dos hermanos Juan y Braulio, obispos de Zaragoza, uno en pos de otro, y antes de Tajón. Juan sucedió en la Sede cesaraugustana al arriba mencionado Máximo. San Ildefonso encomia su celo, su doctrina y santidad, y hasta la gracia peculiar de su rostro y persona, juntamente con lo apacible de su trato, que encantaba á cuantos lograban hablarle una sola vez. Aun siendo más amigo de predicar la sana doctrina que de exponerla en libros, escribió algunos en prosa y verso, y elegante estilo.

Dignísimo sucesor de Juan fué su hermano y discípulo San Braulio, que también lo fué de San Isidoro de Sevilla, el cual escribió la grande obra de las *Etimologías* á petición de su amado Braulio, á quien profesó entrañable cariño, como lo manifiestan sus cartas. Las escritas por San Braulio, y que aún se conservan, son treinta, dirigidas á los personajes más ilustres de la época, reyes, papas, santos y escritores. Á él se deben también la vida de San Millán de la Cogolla y la de los mártires Vicente, Sabina y Cristeta, con algún otro opúsculo de menor importancia. San Braulio fué el alma del Concilio VI de Toledo, y asistió á varios otros durante su pontificado, relativamente largo (631-651).

**El Papa Honorio y San Braulio.** Acababa de celebrarse dicho Concilio (638), cuando el Papa Honorio, que sin duda no tuvo noticia de ello, cosa nada extraña en aquellos tiempos, escribió una carta á los Prelados españoles exhortándoles á que se manifestasen más activos y celosos en la defensa de la fe; pues entendía que tal vez era aplicable á ellos aquella sentencia: *Canes muti, non valentes latrare*. Braulio fué encargado por los Padres del Concilio, que no se habían separado aún, para contestar al Soberano Pontífice, é hizo como cumplía á un santo hablando con el Supremo Pastor de la Iglesia; es á saber: con humildad y profunda reverencia, alabando el santo celo del Pontífice por conservar puro el depósito de la fe, y diciéndole que lo mismo el Rey de España (Chintila) que los Prelados todos abundaban en las ideas del Papa, y que habían procurado ponerlas en práctica, puesto que, cuando llegó la epístola pontificia, acababan de dar por terminadas las sesiones de un Concilio nacional. Vindica el honor de los Obispos españoles, representando el sumo cuidado y ferventísimo celo con que gobernaban sus Iglesias, y hace alusiones bien transparentes á cierto linaje de hombres que se com-

placen en calumniar, abusando de la mansedumbre pontificia. Las explicaciones de San Braulio aquietaron por completo al Papa, y la carta del insigne Prelado cesaraugustano, dice Isidoro Pacense, admiró á los romanos por su maravillosa elocuencia.

**Prelados insignes de Toledo.—Heladio, Justo y los dos Eugenio.** El monasterio Agaliense, célebre en los fastos de la historia eclesiástica de España, dió á la Silla episcopal de Toledo muchos ó insignes obispos dignos de memoria gratisima, tanto por su virtud como por su sabiduría. Fué el primero de éstos San Heladio, de quien hace espléndido elogio San Ildefonso. Después de haber sido Abad del monasterio dicho, fué encumbrado á la fuerza á la metropolitana de Toledo. Nada quiso escribir; pero aunque muy anciano y achacoso, se hizo notable por su caridad y por su entereza y discreción en el régimen de la diócesis. Siguióle su discípulo Justo, imitador de las virtudes de su santo maestro. Era hombre de gran ingenio y palabra fácil: escribió una carta, que no se conserva. También el sucesor de éste, Eugenio, era discípulo de San Heladio; sus explicaciones de Astronomía asombraban á los oyentes.

Otro Eugenio, el más conocido en la historia eclesiástica, fué el sucesor de su homónimo. Primero ejerció algo así como de capellán regio en Toledo (*Ecclesiae regiae clericus*, dice San Ildefonso); pero se retiró á Zaragoza deseoso de mayor perfección, viviendo allí al lado de San Braulio. Músico y poeta, corrigió los cánticos religiosos, que se iban corrompiendo. A poco fué llamado á Toledo para ocupar la Silla primada, en la que brilló por espacio de doce años. Escribió un opúsculo acerca de la Trinidad, otro sobre diversas materias, y un tercero de poesías. También completó y mejoró, dice San Ildefonso, los libros de Draconcio sobre la creación del mundo, que se hallaban ya viciados por los copiantes. Asistió al Concilio VIII de Toledo y presidió los dos siguientes.

**San Ildefonso.** Tras de estos prelados, é inmediatamente de San Eugenio, vino San Ildefonso, insigne biógrafo de todos ellos, monje también del monasterio Agaliense. En su juventud, y mientras vivió en el siglo, fué discípulo de su predecesor, y ya en el monasterio lo fué de Heladio y Justo, el primero de los cuales le ordenó de diácono. Con el caudal heredado de su padre fundó un convento de religiosas, viviendo ya en el monasterio antedicho. En 657 fué arrancado de su soledad, á pesar de sus vivas protestas, para la metropolitana de Toledo.

Los discípulos de Helvidio que negaban la perpetua virginidad de la Madre de Dios, y que se habían esparcido por España viniendo de la Galia, hallaron en San Ildefonso un enemigo temible, que pronto los redujo á silencio con su preciosa obra acerca *De la perpetua virginidad de Maria Santisima, contra los infieles*. El Santo Prelado recibió aún en esta vida amplísima recompensa celestial por su trabajo en defensa de las prerrogativas de Maria. Preparábanse en Toledo á celebrar la festividad de Santa Leocadia, asistiendo el rey, los príncipes y magnates; y estando Ildefonso en oración, levantóse la Santa del sepulcro y abrazó al Arzobispo diciendo: *Por ti, Ildefonso, vive mi Señora*. Ya se retiraba Leocadia al sepulcro, cuando Ildefonso le cortó parte del velo con la daga que le había prestado Recesvinto. Velo y daga quedaron por maravillosa reliquia de hecho tan admirable. Aun fué más notable otro favor concedido por la Reina del cielo á su devotísimo siervo. En la víspera de la Asunción de la Santísima Virgen, al ir á cantar Maitines, halló el templo lleno de resplandores divinos; entró el Santo, y vió á la Reina de los cielos sentada en la misma cátedra en que él solía predicar, rodeada de un coro de vírgenes. Maria se dirigió á Ildefonso, y pronunció estas regaladas palabras: «Ven, querido siervo; recibe de mi mano esta prenda.» Y diciendo esto, le vistió una casulla.

**San Julián.** Otro de los grandes obispos toledanos fué San Julián, notable escritor, discípulo de San Eugenio III. Siendo Arceobispo firmó en el Concilio XI. Como obispo de la Primada de Toledo asistió á los tres Sínodos siguientes, celebrados en la misma ciudad. Félix, que ocupó la misma Sede tres años después de la muerte de San Julián (693), escribió la vida de éste, formando largo catálogo de sus obras. Llegan éstas á dieciocho, divididas muchas de ellas en varios libros; los asuntos que trata son de muy diversa índole: apologéticos, escriturarios, históricos, canónicos, morales, etc. Como casi todos los Santos Prelados del siglo VII, compuso también himnos y oraciones para complemento y depuración de los oficios litúrgicos, y como ellos, escribió también muchas y notables composiciones musicales: *De officiis quamplurima dulcissimo sono composuit*, dice su ya citado biógrafo.

**Los santos Fructuoso y Valerio.** San Fructuoso fué Abad y Obispo del gran monasterio de Dume, y desde allí, como hemos visto más adelante, se trasladó á la metropolitana de Braga. Ninguno contribuyó en su siglo tanto como este Santo á difundir la vida

monástica, sirviéndose para ello de las grandes riquezas que había heredado de sus padres, mecidos en regia cuna. Atribúyensele varios versos latinos de escaso mérito, escritos cuando joven, antes de retirarse del tráfago del mundo.

No fueron muy arregladas las costumbres de la juventud de San Valerio; pero cuarenta y dos años de asperísima penitencia le purificaron hasta el punto de ser favorecido con furiosas arremetidas del enemigo infernal, y con regaladas muestras del cariflo con que el Señor le miraba. Nunca tuvo á sus órdenes una comunidad numerosa; mas no sólo instruyó con su palabra y portentosos ejemplos de virtud á los que le buscaban en su soledad, sino que escribió numerosas obras para edificación de los religiosos. Además de la vida de San Fructuoso de Braga, y de la suya propia, consérvanse varias cartas y opúsculos ascéticos que demuestran grande ilustración. Era natural de la tierra de Astorga, y floreció en la segunda mitad del siglo VII.

**Masona, obispo de Mérida.** Ocupa altísimo lugar entre los varones de aquella época Masona, obispo metropolitano de Mérida, por su indomable energia y constancia en confesar la fe, que lo llevó á despreciar las amenazas de Leovigildo; por su encendida caridad en dotar espléndidamente hospitales, iglesias y monasterios; por el honor soberano de haber presidido dos Concilios nacionales, siendo uno de ellos el celeberrimo III de Toledo; por los prodigios, en fin, que obró el Señor para proteger á su siervo fidelísimo de todas las asechanzas preparadas por enconados enemigos. La vida de este admirable Prelado, escrita por Paulo diácono, es un poema (Flórez, tomo XV); y aunque no escribió, que sepamos, cosa alguna, débesele considerar como una de las más firmes columnas de la Iglesia en su tiempo, con haberlas firmísimas, como Leandro é Isidoro, de Sevilla; Eutropio, de Valencia; el Biclarense, de Gerona, y otros y otros.

**Bulgarano, Sisebuto y Chindasvinto.** Aunque la raza visigoda mostró por lo general poca afición á las letras, hubo honrosas excepciones de esta regla. Del conde Bulgarano, gobernador de la Galia Narbonense, nos quedan algunas cartas de relativo mérito literario. San Isidoro de Sevilla afirma del rey Sisebuto que era elegante en el decir y regularmente instruido en literatura. Las cartas de este monarca son dignas de leerse, y hasta supo incluir en ellas lindos versos que, si no se distinguen por la corrección, manifiestan un alma poética. Aun se mostró más instruido y



amante de las letras el rey Chindasvinto, de quien ya hemos dicho que se desvelaba por allegar códices y depurarlos de los errores de los amanuenses. Sólo nos quedan de él algunas cartas, y tal vez su propio epitafio y el de Reciberga, su esposa.

**Carácter general de la literatura de este periodo.** Háse podido observar por lo dicho la amplitud que caracteriza á la cultura de esta época. Aunque no tuviéramos otro escritor que San Isidoro, sus obras son la más elocuente muestra de lo que decimos, pues constituyen una enciclopedia de toda la ciencia antigua. Fuera de eso, los demás escritores de la época visigoda, maestros ó discípulos del grande arzobispo de Sevilla, cultivan por su parte todos los ramos del saber, vulgarizados por los Santos Padres de los mejores tiempos. San Julián, Tajón, San Ildefonso y otros ilustran la Teología, y muéstranse muy conocedores de las Escrituras divinas; la Filosofía y la Historia hallan cultivadores ilustres en casi todos los escritores de este periodo, singularmente en el Bicharense, San Julián y San Ildefonso; éste y San Leandro escriben notables apologías; San Valerio es consumado maestro de la vida ascética, y todos de la música sagrada.

**Del monacato en el siglo VII.** De su importancia puede juzgarse diciendo que la mayor parte de los santos, que al propio tiempo se distinguieron por su sabiduría, eran monjes. El monasterio Agaliense, cerca de Toledo, fué celeberrimo, como queda indicado al hablar de los varones ilustres que uno tras otro salieron para ocupar la Sede Primada. Sábese que los reyes Recaredo y Chindasvinto fundaron varios monasterios, y de San Fructuoso de Braga, que edificó nada menos que siete, antes de ser elevado á la dignidad episcopal.

De diferentes maneras se llegaba á la profesión religiosa: la generalidad se retiraban voluntariamente; pero se daban casos en que la voluntad de los padres obligaba á los hijos á hacerse monjes. Medida poco justa y discreta. Fuera de éstos, existían diferentes clases de penitentes que debían vivir vida religiosa. Tales eran los que en grave enfermedad vestían el hábito de los moribundos, y otros que voluntariamente emprendían vida de penitencia, previas ciertas formalidades, como la *bendición de penitencia*, que recibían de un sacerdote. Vistos los graves disturbios á que más ó menos voluntariamente dieron lugar las reinas viudas durante el siglo VII, el Concilio III de Zaragoza (691) las obligó á vestir el hábito religioso.



# SEGUNDA ÉPOCA

## LA RECONQUISTA

---

### TERCER PERÍODO

---

Desde la invasión de los árabes hasta la batalla de las Navas (711-1212).

---

### INTRODUCCIÓN

Si para algo sirven las enseñanzas de la Historia, habremos de convenir en que las naciones sin ideales ni aspiraciones generosas vegetan tristemente, y á la postre vienen á malgastar sus energías en estériles luchas domésticas; tal sucedió al imperio visigodo en sus últimos tiempos. Mas cuando hay un más allá, una aspiración común, vivamente sentida porque ha encarnado en todas las capas sociales; cuando esa aspiración representa, no la mezquina ambición de un caudillo afortunado, que pasajera-mente electriza á las masas, sino los intereses eternos que transcienden los límites del tiempo y del espacio, entonces hay base solidísima para una restauración que con fiadamente es lícito esperar.

Ahora bien; sólo una cosa flotaba en el inmenso naufragio de la España visigoda: la fe, de la cual era parte complementaria el sentimiento de la nacionalidad. Podría haber, y hubo sin duda, en determinadas épocas, y en algunos ó muchos individuos, bastardas ambiciones, pretensiones poco justificadas y hasta criminales; pero el grito intenso, gigantesco de la conciencia universal, era el triunfo de la fe, y á lograrla se dirigieron los esfuerzos aunados de todos bajo la tutela de la Iglesia, que ni un momento dejó de ejercer su acción vivificante sobre los elementos restauradores, en términos—y es esto muy de notar—que toda la historia española de ese período cabe cómodamente en la eclesiástica.

Por eso los triunfos y las derrotas de los españoles de esa

época han sido apellidados triunfos ó derrotas de las *armas cristianas*, y las leyes, y las instituciones, aun las armadas, y los pocos centros de enseñanza de que tenemos noticia, todo nace al amparo de la Iglesia, al calor de la fe. Y aunque la lucha contra el islamismo fué desigual hasta bien entrado el siglo XI, y momentos hubo en que se pudo considerar del todo punto estéril, mediaba un abismo entre el soldado de la reconquista y el de la decadencia visigótica: veinte imperios visigodos hubiera triturado Almanzor con su formidable empuje de espantoso huracán, y no pudo acabar con uno solo de los pequeños Estados cristianos.

Los cuales, después de victorias y derrotas sin cuento, arribaron, aunque penosamente, á la centuria XI animados siempre por una idea grande y generosa : por el triunfo de la fe. Las falanges cristianas que desde el Este, Norte y Noroeste de la Península caminaban hacia el centro de la misma, hallaron camino más expedito desde la conquista de Toledo (1085); y si las discordias intestinas no lo impidieran, bien seguro es que la morisma hubiera tenido que abandonar pronto los deliciosos cármenes del Mediodía de España. No era difícil desde las alturas de las Navas de Tolosa alborear el magnífico día que, á no tardar, había de lucir para España en los reinados por siempre memorables de Fernando de Castilla y Jaime de Aragón.

---

## CAPITULO PRIMERO

---

**Conquista de España por los árabes.—La Restauración cristiana en el siglo VIII.—Dogma y moral de este siglo.**

### I.—CONQUISTA DE ESPAÑA POR LOS ÁRABES

**Tarik y Muza.—Crueldades de éste.** Ya hemos dicho cómo cayó la monarquía visigoda orillas del Guadalete. El paso del ejército árabe, acaudillado por Tarik, por las comarcas españolas hubo de ser algo así como un paseo triunfal por la escasa resistencia que encontraba aun en las ciudades más importantes, y en la misma de Toledo, capital de la monarquía, que muy pronto cayó en poder de los musulmanes; prueba inequívoca de lo que había degenerado la raza visigoda y del horrible estrago producido por la corrupción de costumbres. Un año después, envidioso el emir de Africa, Muza, de las conquistas de Tarik, pasó también á España, apoderándose de algunas ciudades que, como Sevilla, Mérida y otras, no habían caído en poder de Tarik, porque apenas tuvo el tiempo material necesario para rendirlas. Muza no se contentaba con sujetar las ciudades que aún se conservaban fieles; entraba á saco en muchas de las que habían capitulado honrosamente con Tarik, pasando á cuchillo á los cristianos más conspicuos, como hizo en Toledo y Zaragoza, si bien esta ciudad no cayó en su poder sin haber opuesto alguna resistencia. Tarik y Muza fueron acusados ante el califa, cuyos súbditos eran, probablemente porque no supieron satisfacer los deseos de su jefe, estableciendo á todo trance el más puro mahometismo en España. Es lo cierto que uno y otro murieron obscuramente en el Asia.

**Organización de la España árabe.** Abdelazis, hijo de Muza y emir de España, la dividió en cuatro comarcas, gobernada cada una por un wali, dependiente del emirato general. Estas cuatro comarcas respondían con corta diferencia á las antiguas provincias Tarraconense, Bética y Cartaginense, formando la cuarta la Lusitania y la Galaica unidas. Los wallís ó gobernadores de es-

tas provincias tenían debajo de sí á los cadís ó jefes locales. El emir de la Península tenía á su lado un Diván ó Consejo encargado de aplicar las leyes del Corán á las circunstancias especiales del país conquistado. Los sirios, persas, egipcios y africanos que vinieron con los árabes, ocuparon respectivamente á Córdoba, Jerez, Lisboa y tierras de Castilla. La mayoría de los árabes optó por Toledo y Granada.

**Muerte de Abdelazis. — Mártires de la invasión árabe.** Abdelazis, casado con Egila, viuda del rey D. Rodrigo, mostróse tolerante con los cristianos. Hay cronistas árabes que hablan de su conversión al Cristianismo; pero no hay fundamentos serios para creerlo. Tal vez sus émulos sirviéronse de ese pretexto para acusarle ante el califa de Damasco, que le condenó á muerte. Para que el elemento militar, que le era tan adicto, no pudiera oponer resistencia, le asesinaron, sorprendiéndole cuando estaba en la oración del alba.

Ya hemos dicho que Muza cometió muchas crueldades en España, haciendo correr mucha sangre cristiana. Probablemente muchos de aquellos cristianos lograron la palma del martirio; pero nos sucede con la historia del periodo que vamos reseñando lo que varias veces hemos indicado: no tenemos pormenores. Los únicos mártires que se mencionan de aquella época son los hermanos Valentín y Engracia, que murieron degollados por los moros en el pueblo de Caballar (Segovia), y de quienes no se halla más memoria que la incluida en la vida de San Frutos, hermano también de dichos santos confesores. Los tres llevaron vida asperísima por largos años en la soledad, después de haber repartido á los pobres su pingüe patrimonio. Frutos murió santamente en 715, y sus dos hermanos, después de haberle enterrado, trasladáronse á las cercanías del pueblo, donde hemos dicho que merecieron la palma del martirio.

**Teodomiro. — Situación de los cristianos bajo la dominación mahometana.** Uno de los caudillos godos que pelearon en Guadalete, por nombre Teodomiro, notable por su ilustración, valor y pericia militar, no menos que por su constancia en la fe, hizo fuerte en Orihuela; y aunque no consiguió grandes victorias sobre los árabes, logró que le respetasen y que, aun los cristianos que vivían en comarcas sujetas á los musulmanes, participasen de las consideraciones que se le tenían. A su muerte desaparecieron esos miramientos con las causas que los motivaban.

En los primeros tiempos de la dominación árabe deben distinguirse dos clases de cristianos: los que, traidores á su Patria y Religión, hicieron causa común con los enemigos de entrambas, y aquellos otros que por la dura ley de la necesidad viéronse obligados á alternar con sus enemigos. Los primeros recibieron el premio de su negra infidelidad ocupando altos puestos entre los verdugos de su Patria, mientras los segundos fueron relegados á los suburbios y gravados con insoportables gabelas, sin que les fuera permitido edificar viviendas ni templos de sólida construcción, á fin de evitar, principalmente en los pueblos que habían opuesto alguna resistencia, todo conato de sublevación contra los vencedores. Unos y otros eran llamados *muzárabes*, y son hoy conocidos con ese nombre.

**Los obispos españoles en los primeros tiempos de la dominación árabe.** Se dice que algunos obispos abandonaron sus Sillas á pretexto de salvar las reliquias de los mártires; pero nada hay cierto acerca de este punto. En cambio se sabe que buena parte de las Sedes episcopales subsistieron, con sus prelados al frente, casi hasta los tiempos de la reconquista, es á saber; hasta que las hordas almorávides concluyeron con los restos mozárabes de los dominios mahometanos (1144).

## II.—RESTAURACIÓN CRISTIANA EN EL SIGLO VIII

**Proclamación de D. Pelayo.** Sorprendió mucho á los árabes, justamente enorgullecidos con sus inauditas conquistas, la proclamación de D. Pelayo como rey de los cristianos en las montañas de Asturias (718). Para evitar que aquellos chispazos produjesen un incendio difícil de apagar, acudieron prontamente los sarracenos con poderoso ejército, al mando de Alkamán. Pelayo, con reducidísima hueste, se retiró al monte Auseba, abandonando la villa de Cangas de Onís, que ocuparon los musulimes.

No es necesario detenernos en referir minuciosamente lo que pasó después: fortificados los cristianos en monte escarpado é inaccesible, hicieron rodar grandes peñascos sobre los árabes. Una deshecha tempestad vino en auxilio de los españoles: la lluvia torrencial, juntamente con espantosos truenos, amedrentó las huestes agarenas, que emprendieron desordenada fuga, peor que la más sangrienta batalla en aquellas angosturas en que les era imposible maniobrar. Al retirarse en revuelta confusión del lu-

gar de la pelea, cuando pasaban una estrecha garganta por donde corre el Deba, desgajóse una montaña que sepultó á gran parte de los fugitivos. Este conjunto de circunstancias providenciales fueron sin duda la causa de que un puñado de cristianos destruyese al numeroso y aguerrido ejército agareno. Tal fué el comienzo de la restauración cristiana.

Aun es objeto de profunda veneración para los españoles la sagrada Cueva, llamada *Covadonga*, dedicada al culto de María, por cuya intercesión alcanzaron los cristianos tan señalada victoria <sup>1</sup>.

**Desde Favila hasta Alfonso el Casto.** Favila, sucesor de Pelayo, nada hizo, que se sepa, digna de especial mención en su corto reinado de dos años; mas Alfonso el Católico, hijo de Pedro, duque de Cantabria, que vino en auxilio de D. Pelayo desde las montañas de Vizcaya, tomó las riendas del poder (739) y fué el terror de la morisma. Entró por tierra de Galicia hasta Lugo, Tuy y Orense, de donde trajo riquísimo botín. Alentado con las primeras victorias, bajó á León y se apoderó de los pueblos principales de la comarca. Astorga, Saldaña y otras ciudades cayeron también en su poder. Cupo la misma suerte á Aranda, Osma y Clunia primero, y á Sepúlveda, Avila y Salamanca más tarde. Este venturoso monarca supo unir á un valor indomable y gran pericia militar el más encendido celo por la gloria de Dios y de su Iglesia, construyendo y restaurando gran número de basílicas. Con sobrada razón ha sido llamado el *Rey Católico* por excelencia.

Don Fruela, hijo y sucesor de D. Alfonso, no fué tan feliz como éste; mas no dejó de alcanzar notables victorias contra los musulimes. Con los despojos de sus correrías fundó á Oviedo. No hay por qué mencionar á los demás reyes hasta Alfonso el Casto, si no es á D. Bermudo el Diácono, que preparó con tacto y des-

---

1 El modesto santuario que cubría la cueva fué destruido por un incendio en 1777. El célebre arquitecto D. Ventura Rodríguez presentó un proyecto de otro templo adosado á la misma cueva; pero no se tardó en abandonarlo. El Excmo. Sr. Don Benito Sanz y Forés, obispo de Oviedo, á fin de evitar los inconvenientes que ocasionan los frecuentes desprendimientos de las peñas del Auseba, concibió el pensamiento de levantar un templo magnífico, digno de las glorias que el sitio recuerda, en un punto elevado separado de dicho monte, pero muy cercano á la cueva. Los trabajos de explanación dieron comienzo justamente un siglo después del incendio mencionado (1877), y poco después los de cimentación. La obra del templo propiamente dicha, que suponemos no tardará en terminarse, empezó en 1886, siendo obispo de Oviedo el Excmo. Sr. D. Fr. R. Martínez Vigil: es de estilo bizantino, de tres naves, 54 metros de longitud: tendrá dos torres de 40 metros de elevación.



prendimiento dignos de loa el advenimiento del mencionado Alfonso. Referir las victorias obtenidas por éste contra los árabes sería larga aunque grata empresa. Ello es que el rey Casto, después de haber hecho gran estrago en la morisma, dedicóse con el ardor de un apóstol á levantar iglesias, erigir obispados y reformar las costumbres. A Alfonso el Casto se debe el engrandecimiento de Oviedo como corte que era de la naciente monarquía, la construcción de la catedral primitiva, que debió de ser obra notable, y la del panteón real. En su tiempo se fundó la diócesis ovetense. Es digno de especial mención lo que se sabe de los adornos con que enriqueció las iglesias, lo mismo que su real palacio. Columnas de mármol, pinturas de diversas clases, exquisitos trabajos de oro y plata, todo, en fin, como estaba en Toledo en los buenos tiempos de la monarquía visigoda.

**Descubrimiento de las reliquias de Santiago.** El reinado de Alfonso el Casto, fecundo en beneficios para la Iglesia y el reino, fué también favorecido por el Señor con el descubrimiento de los restos de Santiago. En los comienzos del siglo IX era obispo de Iria Flavia, Teodomiro. Un día le anunciaron personas de autoridad que en un bosque cercano habían visto varias luces y oído conciertos angélicos. Trasladóse allí el venerable Prelado, y vió ser verdad lo que le habían dicho: reconoció con diligencia el lugar, y halló el cuerpo del Apóstol en un sepulcro cubierto de arcos marmóreos. Dió parte al Rey de lo ocurrido, y el piadoso monarca se apresuró á venerar las santas reliquias. Sobre el sepulcro levantó una iglesia, y con acuerdo de muchos obispos, de personas piadosas y de los magnates de la corte trasladó allí la Sede episcopal de Iria, concediéndole la propiedad de las tierras que había en tres millas alrededor, y estableciendo una comunidad de religiosos que sostuvieran el culto divino y guardasen decorosamente los restos del gran Apóstol.

**Sublevación de los cristianos en el Pirineo.—Obispos de Pamplona y Sasave.** Muy á principios del siglo VIII trataron los cristianos pirenaicos de sacudir el yugo musulmán, y á este fin pelearon con varia suerte contra los árabes. Los cronistas musulmes aseguran que allá por los años 728 fueron vencidos los cristianos en los Pirineos, sucediendo otro tanto poco después á los de los llanos vecinos que se habían sublevado. Ya se sabe lo que significan estas victorias tan decantadas por los árabes en semejante país, y con gente cuya ocupación habitual era la guerra de las embos-

cadass: cuando se veían perseguidos por fuerzas superiores y bien organizadas, huían á las comarcas de Narbona; y como han dicho los mismos cronistas árabes, las órdenes de Abderramán á los walies de Huesca y Zaragoza para que persiguiesen á los cristianos de los montes y los redujesen á obediencia con entradas continuas en sus valles, resultaban completamente inútiles, pues en vano se fatigaban en perseguir á unos hombres de condición bravia, cubiertos de pieles de oso y armados de chuzos y guadañas, sin tener otra cosa que las armas con que se defendían.

A mediados del siglo VIII, ó poco después, se organizó en forma la resistencia de los cristianos, y ya desde esa fecha encontramos condes ó jefes en Navarra y Aragón. Refiérese que Garci-Jiménez, primer conde de Aragón, apoderóse por sorpresa de la villa de Ainsa, y al acercarse los musulmanes en número muy superior, vieron los cristianos una cruz misteriosa de color rojo sobre una encina, ó infundiéndoles este portento un valor sobrenatural, destruyeron por completo al enemigo. Tal es el origen de la cruz de Sobrarbe, símbolo divino á cuya sombra han hecho en todos siglos prodigios de valor los hijos de las montañas aragonesas.

El naciente reino de Navarra tenía en Pamplona su Obispo. En Sasave, pequeño pueblo de la diócesis de Huesca, residía el Prelado de la exigua monarquía aragonesa.

**La restauración cristiana en Cataluña.—Obispo de Urgel.** Primero los catalanes por sí mismos,—que ya para mediados del siglo VIII habían logrado organizarse,—y después con la ayuda de los francos, no tardaron en establecer condados cristianos en Cataluña. En 801 cayó Barcelona en poder de los cristianos, capitaneados por Ludovico Pío, y no mucho después el conde Guifredo ó Wifredo concluyó de saquidar el yugo de francos y agarenos, quedando él y sus descendientes como únicos señores y condes propietarios de Cataluña.

La única Sede episcopal de esta parte de España que continuó sin interrupción desde la venida de los árabes hasta la restauración cristiana, fué la de Urgel. Y no es que la morisma dejase de hacer también sus correrías por allí,—pues consta que una de las iglesias de la ciudad, destruida por los árabes, fué consagrada en 819,—sino que nunca dejó de haber Prelados en aquella diócesis, aunque su residencia no podía ser fija, á lo menos hasta los comienzos del siglo IX, en que adquirió mayor estabilidad.

### III.—EL DOGMA Y LA MORAL EN EL SIGLO VIII

**Los enemigos del dogma católico.** Los enemigos del dogma católico en aquella época pueden dividirse en tres clases: los musulmanes de diferentes razas que invadieron la Península, con ánimo decidido de convertirla en mahometana; los que abandonaban la religión cristiana para convertirse en secuaces de Mahoma, llamados *muladies*, y los herejes propiamente dichos. Quanto á los primeros no es menester dedicarles párrafo aparte, puesto que toda la historia, desde Guadalete hasta Granada, trata de ellos con preferencia, y bastará en todo caso detenernos en referir los recrudecimientos de la persecución contra el nombre cristiano, que fué habitual por espacio de ocho siglos.

**Los muladies.** Los *muladies* ó *mualadies* á veces se contentaban con que les dejaran gozar en paz de los frutos de su apostasía; otras se levantaban en armas contra el imperio musulmán, aliándose con los cristianos, ó viceversa; y otras, finalmente, ingresaban en los ejércitos árabes y eran soldados fieles de los reyes de Córdoba, los cuales, á pesar de su fanatismo musulmán, llegaron á confiar más á veces en estos cristianos renegados que en los árabes y mahometanos de raza. Muladí era Amrus-ben-Jusuf, que mató traidoramente en un solo día 3.000 toledanos, el mismo que á principios del siglo IX trató de fundar un reino independiente en Aragón; muladí era igualmente Maysura, que en la misma ciudad anegó en sangre una sublevación de mozárabes cristianos contra el emir de Córdoba, y, entre otros muchos, por muladies pueden ser tenidas las princesas Oneca y Sancha, de las casas reales de Navarra y Aragón, que contrajeron matrimonio con musulmanes.

**Migecio y Egila.** A fines del siglo VIII comenzó á esparcir por Andalucía errores tan extraños como groseros un tal Migecio, cuyos asertos más parecen hijos de imaginación calenturienta que de hombre que está en sus cabales. Decía, pues, que David, Jesucristo y San Pablo eran las tres personas de la Santísima Trinidad; que los sacerdotes no debían llamarse pecadores, y si lo eran no podían ejercer el sacerdocio; y, en fin, que la Iglesia estaba reducida á la ciudad de Roma. Elipando, el famoso Arzobispo de quien hemos de hablar inmediatamente, trituroó con suma facilidad los absurdos soñados por Migecio. Mal podía ser

David primera persona de la Santísima Trinidad, ni Saulo la tercera, pues uno y otro fueron pobres pecadores por confesión propia. Los sacerdotes, aunque débiles, como hijos de Adán, adquieren la santidad con la gracia divina. Cuanto á que sólo Roma constituya la verdadera Iglesia, las Escrituras divinas rechazan tal aserto cuando dicen de ella que extenderá sus dominios hasta los últimos confines de la tierra.

Egila, que ocupaba por entonces la Sede iliberitana, después de haber sido consagrado obispo por Walcario, que lo era de Sens, en Francia, mereció en sus primeros tiempos grandes alabanzas del Papa Adriano I porque defendía con tesón la verdad católica; mas en una carta que dicho Pontífice dirigió á todos los obispos de España se dice que Egila, hecho discípulo de Migeccio, quería predicar sus errores. No será necesario advertir que Egila era francés, y que Adriano I le envió á España por los informes que de él le había dado el mencionado Walcario.

**El adopcionismo, sus impugnadores y vicisitudes.—Félix y Elipando.**— Cuando más reciamente luchaban los cristianos para echar los cimientos de una sólida restauración, surgió á deshora la herejía adopcionista (783), cuyos corifeos fueron Félix y Elipando, obispos respectivamente de Urgel y Toledo. Mal gravísimo, porque la división debilitaba las fuerzas que habían menester los cristianos para hacer frente á las dificultades de tan críticas circunstancias. Ignórase si fué Elipando el autor de la herejía, ó más bien Félix, hombre muy considerado por su mucha ciencia, celo y austeridad de costumbres. Ello es que el metropolitano de Toledo hubo de consultar al prelado de Urgel acerca de las doctrinas nestorianas, cuya condenación no podía ignorar ninguno de ellos. Félix le contestó que Jesucristo, como hombre, era hijo adoptivo de Dios, introduciendo así un término medio entre el nestorianismo, que defendía la existencia de dos personas realmente distintas en el Salvador, correspondientes á sus dos naturalezas, y la doctrina católica que no admite en Cristo más que una sola persona, y ella divina. El adopcionismo reconocía la unidad de personas, pero llamando á Cristo hijo natural de Dios según la divinidad, y adoptivo según la humanidad. En esto convinieron los dos Prelados, y el de Toledo principalmente se mostró celoso de esparcir su error, procurando intimidar á los demás obispos en su calidad de Metropolitano. Ascario, de Braga parece que no tardó en asentir al dictamen de Elipando, pues éste le alaba en

carta al abad Fidel. Pero no tardaron en presentarse enérgicos y doctísimos defensores de la doctrina católica, primero Teodulo, obispo de Sevilla, y poco después Eterio, de Osma, que se hallaba entre los cristianos de la naciente monarquía asturiana, y, finalmente, San Beato de Liébana, varón insigne en santidad y letras.

Entretanto Félix de Urgel tampoco se dormía, procurando propagar su error por los confines de Francia. Llegó noticia de todo esto al Sumo Pontífice y á Carlomagno. Este reunió á varios obispos en Ratisbona, y allí condenó Félix sus errores, como los demás obispos. Hizo otro tanto en manos del Papa, y se le permitió volver á su Iglesia. Mas pronto volvió á sus errores, inducido, á lo que se cree, por Elipando.

Desde esta fecha hay gran confusión en lo referente á los hechos de estos célebres corifeos. Según parece, Félix abjuró nuevamente de su error en el Concilio de Aquisgrán, celebrado en 799, y murió en Lyon en el año siguiente, dejando dudosa fama de su nombre por una esquila en que se dice renovaba en forma de preguntas sus errores. Dudas parecidas surgen acerca del fin de Elipando y Ascario.

**Varones ilustres en ciencia y virtud de la primera época de la Restauración.**—El Pacense menciona como hombres notables en la primera mitad del siglo VIII á Fredoario, obispo de Guadix; Urbano, chantre de la catedral de Toledo, y á Evancio, arcediano de esta Metropolitana (*doctrina, sapientia, sanctitate quoque... clari habentur*). Este último escribió una carta contra los que se abstendían de comer carne sofocada ó sangre de animales. Por este mismo tiempo hubieron de florecer los santos Juan de Atarés, y Voto y Félix, hermanos, que llevaron vida solitaria en las cuevas del Pirineo, de igual modo que San Urbez ó Urbicio. Cixila, predecesor inmediato de Elipando en la metropolitana de Toledo, escribió la vida de San Ildefonso imitando el estilo de los Santos Padres, que tanto se habian distinguido en aquella Sede Primada. Gobernó dicha Iglesia por espacio de nueve años, dejando excelente memoria de su ilustración, virtudes y celo pastoral.

Uno de los escritores más notables y apreciados del siglo VIII fué el citado Isidoro Pacense, llamado así por haber sido obispo de Beja ó de Badajoz. Su *Cronicón*, que parece continuación del de San Isidoro de Sevilla, empieza en 610 y termina en 754. Ya hemos dicho que Eterio y Beato de Liébana impugnaron vigorosamente

samente la herejía adopcionista. La ilustración teológica y escrituraria de estos escritores era muy notable, y los dos libros que mancomunadamente escribieron contra Elipando, no sólo contienen una acabada refutación del adopcionismo, sino también altas especulaciones filosóficas y místicas. Tenemos noticias de un tal Basilisco que escribió por aquel entonces una refutación de la consabida herejía.

Los tantas veces repetidos Félix y Elipando deben igualmente figurar entre los escritores del siglo VIII. Las cartas que tenemos del segundo de ellos están escritas en general en tono despreciativo; era de la madera de los herejes de todos los tiempos. Esto y muy poco más tendremos tocante á las muestras de ilustración del siglo VIII.

## CAPITULO II

### **Progresos de la restauración cristiana hasta San Fernando.**

#### **I.—RESTAURACIÓN CANTÁBRICA Y CASTELLANA**

**Progresos de la restauración cantábrica en el siglo IX.** D. Ramiro I, hijo de Bermudo el Diácono y sucesor de Alfonso el Casto, ensanchó los dominios que heredara de este gran monarca, siendo una de las batallas más notables que ganó la llamada de Clavijo (834), en la cual, según una tradición piadosa, experimentó la visible protección de Santiago. Parece que data desde entonces el voto que lleva el nombre del Santo Apóstol, como también su patronato.

Supónese que esta batalla fué motivada por haberse negado el Rey á pagar el tributo llamado de las cien doncellas. No es admisible tal tributo, entre otras muchas razones porque Alfonso el Casto, que escarmentó duramente y repetidas veces á la morisma, no hubiera dejado semejante herencia á su sucesor.

Don Ordoño, hijo de Ramiro, también fué afortunado en la guerra. Su triunfo sobre el renegado Muza, que se había apoderado de gran parte de Aragón, estableciendo su corte en Albelda, fué de grandes consecuencias.

El hecho más notable de Alfonso el Magno, fuera de sus incontables victorias contra los árabes, extendiendo sus dominios hasta el Tajo y el Guadiana, fué la construcción de la basílica de Compostela, consagrada en 899 con asistencia de nueve obispos. Su hijo D. García, que se hizo proclamar rey de León en vida de D. Alfonso, le amargó los últimos días. El magnánimo Rey, antes de consentir en una guerra civil, abdicó en sus hijos, que se repartieron un reino formado á tanta costa, obteniendo D. García á León, Ordoño II á Galicia, y D. Fruela á Asturias.

**Restauración cantábrica en el siglo X.** Poco gozaron los hijos de Alfonso el Grande del fruto de su ingratitud; pero no hemos de tejer en este lugar la historia de las discordias domésticas de los tres hermanos. Ordoño II trasladó su corte á León, y edificó la Iglesia catedral. Su suerte en la guerra fué varia. Derrotó primero á Abderramán III en San Esteban de Gormaz, y no tardó á su vez en ser derrotado por el propio caudillo árabe en Valjunquera, donde cayeron prisioneros los obispos de Tuy y Salamanca. Recelando que los condes de Castilla conspiraban contra él, mandólos llamar y dar muerte. Esta infamia irritó á los castellanos y negaron su ebediencia á los reyes de León.

Ramiro II se distinguió por su acendrada piedad, no menos que por sus victorias militares. Construyó el monasterio de San Salvadór de León, donde hizo vida religiosa su hija Geloira ó Elvira. Ordoño III, casado con la hija del conde Fernán-González, repudió á ésta por desavenencias con el caudillo burgalés, y se casó con doña Elvira, señora gallega, con grave escándalo del reino. Los reinados de Sancho el Gordo y Ramiro III, que niño aún subió al trono bajo la regencia de su madre doña Teresa y su tía doña Elvira, transcurrieron entre discordias civiles que, no sólo impidieron extender el reino cristiano, sino que lo debilitaron notablemente. Agregóse á esto que en los últimos veinte años de aquel siglo se puso al frente de la morisma el terrible Almanzor, que destruyó gran parte de las ciudades de Castilla, Cataluña, León, Navarra, Portugal y Galicia: León cayó también en su poder, y demolió sus torres y murallas, saqueando sus iglesias y monasterios; idéntica suerte cupo á Astorga.

Parecía cercano el fin del reinado de Cristo en España. Era el año 997, y el caudillo árabe, cada vez más enorgullecido con sus victorias, pasó á Galicia; y después de haber causado graves daños en el país, quiso apoderarse de Compostela; mas una gran

peste que se apoderó de sus tropas le hizo huir á Córdoba, no sin llevar en hombros de esclavos cristianos las campanas de la iglesia de Santiago. Al año siguiente preparó nuevas huestes, parte de las cuales le llegaron de Africa, y pasó á Castilla con ánimo de acabar con los cristianos; tales eran los alientos que le infundían las cincuenta batallas en que había salido vencedor. Unidos á vista del peligro común D. Bermudo, rey de León; el conde Garci-Fernández, de Castilla, y el rey D. García el Tembloso, de Navarra, salieron con todas las gentes que pudieron reunir á esperarle en un pueblo entre Osma y Soria. Presentóse Almanzor con un ejército que se hace subir á cien mil infantes y sesenta mil caballos; trabóse la batalla, conocida con el nombre de *Calatañazor*, por el del pueblo en que se dió, y fué vencido el árabe con gran pérdida de gente, saliendo herido el mismo Almanzor, que murió muy pronto.

**Progresos de la restauración cantábrica en los siglos XI y XII.** Don Alfonso el Noble, que subió al trono á la muerte de su padre Don Bermudo (999), reunió en 1020 el importantísimo Concilio I de León. En su hijo D. Bermudo III concluyó la dinastía de Alfonso el Católico, reuniéndose las coronas de Castilla y de León en Fernando I, hijo de D. Sancho el Mayor, de Navarra.

Don Fernando I, cuyo reinado fué venturoso tanto en la guerra como en la paz, mostróse digno heredero de los grandes monarcas cantábricos. Reunió el Concilio de Coyanza (Valencia de Don Juan, 1050), y obtuvo del Rey árabe de Sevilla—á quien le había hecho tributario, como al de Toledo—que le diese las reliquias de San Isidoro, por cuya intercesión alcanzó señaladas mercedes. Las que él hizo á las iglesias de Colmbra, León, Santiago y Oviedo, como también á muchos monasterios, entre ellos á los de Oña, Arlanza y Sahagún, fueron muy grandes. La memoria de Fernando el I es gratísima para todo español, pues la Iglesia tuvo en él un hijo amantísimo, que la engrandeció á maravilla, y el Estado un jefe valeroso y probo que humilló á sus émulos y enemigos, extendiendo considerablemente, con el poder de su brazo, los dominios de la monarquía. Pero no hay hombre, por grande que sea, capaz de sobreponerse á todas las miserias de la flaca naturaleza humana, mayormente cuando están abonadas por costumbres generalmente admitidas. A imitación de su padre, que repartió sus Estados entre sus cuatro hijos, Fernando, García, Ramiro y Gonzalo, repartiólos también Fernando entre



otros tantos hijos, Sancho, Alfonso, García y Urraca, de donde nacieron, á más de las discordias fraternas, la natural debilidad de los dominios cristianos.

Dueño no mucho después Alfonso VI, hijo de Fernando, de los antiguos Estados de su padre, llevó á cabo empresas gloriosísimas en bien del Estado y de la Iglesia, señalándose entre ellas la rendición de Toledo (1085), después de más de tres siglos y medio que había permanecido en poder de los musulmanes.

Sus últimos años fueron tan tristes como venturosos habían sido muchos de los anteriores, porque perdió importantes batallas, y en una de ellas á su único hijo varón, niño de cortos años.

Sucedió á Alfonso VI su hija Doña Urraca. Muy niña, casó ésta con Raimundo, conde de Galicia, hijo del de Borgoña, de quien tuvo al que más tarde se llamó Alfonso VII. Muerto D. Raimundo en vida de su suegro, casó Doña Urraca con Alfonso I de Aragón; y si la recia y altanera condición de entrambos no la frustrara, pudo ser aquella unión el primer paso para la de los poderosos Estados que representaban. Después de mil escándalos y discordias entre los dos reyes consortes, subió al trono Alfonso VII, que supo conservar el honor de las armas cristianas en su largo reinado de cuarenta y ocho años. También este monarca dividió sus Estados entre sus hijos Sancho y Fernando. Nada de particular podemos decir de estos dos reyes sin salirnos del plan que nos hemos propuesto.

**Alfonso VIII.—La batalla de las Navas.** La menor edad de Alfonso VIII fué turbulenta y azarosa; pero en cambio sus últimos años fueron gloriosísimos, singularmente porque le cupo la suerte de ganar la memorable batalla de las Navas de Tolosa, de incalculables consecuencias para la cristiandad. Con ánimo de vengar la derrota que había experimentado en Alarcos (1195) peleando contra los moros, preparóse para una cruzada. El célebre arzobispo de Toledo, D. Rodrigo Jiménez de Rada, pasó á Roma y obtuvo de Inocencio III las gracias que en tales casos solían concederse en beneficio de los que acudiesen á la guerra. A la voz fervorosa del mismo D. Rodrigo, que predicó la cruzada en el Extranjero, acudieron en efecto 40.000 infantes y 12.000 caballos; mas por desavenencias que ocurrieron antes de la batalla se retiraron todos. Los reyes de Aragón, Navarra y Portugal se unieron á Alfonso VIII, y de los españoles sólo faltó el monarca leonés, llevado de pequeños resentimientos.

En la noche que precedió á la batalla, el castellano comunicó las órdenes oportunas para que todos cuidasen de purificar sus conciencias; y al amanecer el 16 de Julio de 1212, día por siempre memorable, después que las huestes cristianas hubieron confesado y comulgado, presentaron la batalla al enemigo. Por largo espacio estuvo indecisa la victoria, y hubo momentos en que los cristianos empezaron á ciar. Entonces el rey Alfonso, fuera de sí por el temor de una derrota, que hubiera sido espantosa, quiso meterse en lo más recio del combate; pero más sereno el arzobispo de Toledo, le contuvo con buenas razones. Sobrevino el cansancio á los moros y entró el desaliento en sus filas, concluyendo por huir á la desbandada. Algunos aseguran que murieron 200.000 moros, y otros que sólo 100.000; de todos modos el prodigio divino fué patente, no habiendo muerto más que ciento quince cristianos, ó, según otros, sólo veinticinco.

Don Rodrigo, cronista de esta batalla, refiere que el canónigo de Toledo Domingo Pascual, que llevaba la cruz y guión del Arzobispo, salió ileso á pesar de haber cruzado por frente de los escuadrones enemigos por habérsele desbocado el caballo; añadiendo que algunas de las innumerables flechas enemigas se clavaron en el asta de la cruz. El estandarte que el jefe musulmán esperaba colocar en San Pedro de Roma en señal de triunfo, á Roma llegó, ocupando luego el sitio que el bárbaro le señalara; pero fué como trofeo de la maravillosa victoria de las armas cristianas. La celebra la Iglesia española con el nombre del *Triunfo de la Santa Cruz* el día 16 de Julio, fecha memorable de la batalla.

Hemos de añadir que el gran Pontífice Inocencio III impuso á los romanos un día de riguroso ayuno por el triunfo de las armas españolas, y él mismo anduvo á pie descalzo por las calles de la Ciudad Eterna en la rogativa que se hizo con el mismo objeto.

**Restauración castellana.** Desde los tiempos de Alfonso el Casto (762-815) algunos nobles castellanos ayudaban eficazmente á los reyes de León en sus empresas militares, pero ya hemos dicho que desde Ordoño II (913-923), ó poco después, se declararon independientes.

Al efectuarse esta separación, los castellanos nombraron dos sujetos que, con el nombre de Jueces, tomaron á su cargo la suprema autoridad de los Estados de Castilla, siendo los primeros jueces Nuño Rasura y Lain Calvo.

Nieto del primero fué el gran conde Fernán-González, en cuyo tiempo alcanzaron los castellanos, aunque pocos en número, importantísimas victorias, ya solos, ya unidos con los reyes de León. Fernán-González construyó el monasterio de San Pedro de Arlanza, agradecido á la hospitalidad que allí le dieron los solitarios Pelayo, Arsenio y Silvano, y movido también de que le profetizaron la victoria que poco después consiguió en Cascajares.

El propio Conde restauró el monasterio de Silos, y contribuyó con su valor, piedad y liberalidades á dilatar los dominios de la Iglesia y al esplendor del culto divino. Su hijo Garci-Fernández fundó la abadía de Covarrubias. Sancho García, que había amargado los días de su padre Garci-Fernández por habérsele rebelado, procuró lavar esta mancha peleando briosamente y con fortuna contra los musulimes.

En su hijo García Sánchez, asesinado por los hijos del conde D. Vela, concluyeron los condes de Castilla, pasando sus Estados al dominio de D. Sancho, rey de Aragón y Navarra, el cual á su muerte se los dejó á su hijo Fernando I (1035).

## II.—RESTAURACIÓN PIRENAICA CATALANA Y PORTUGUESA

**Reino de Navarra.** En los comienzos del siglo IX, la historia de este reino aparece envuelta en obscuridades impenetrables. Es cierto que Carlomagno ocupó este país—desalojando de él á los árabes—y desmanteló á Pamplona; que duró muy poco su dominación, y que en su vuelta á Francia sufrió espantosa derrota en Roncesvalles, lo mismo que su hijo Ludovico Pío más adelante.

Acaso en la primera mitad del siglo IX sufrieron también á su vez algunos descalabros los navarros; pero ya en la segunda los vemos regidos por su rey D. Íñigo Jiménez,—que lo era también de Aragón,—el cual demostró su piedad haciendo grandes donaciones á varios monasterios. Iguales manifestaciones hacen poco después García Íñiguez (876) y Fortún García (893), hasta que en los comienzos ya del siglo X se les ve acaudillados por Sancho I, de cuya fe y altos hechos cuentan maravillas las crónicas antiguas. Entre los reyes de Navarra de estos primeros siglos de la restauración distinguióse más que otro alguno Sancho el Mayor (1000-1035), á quien se debe la restauración y, sobre todo, la reforma de muchos monasterios; él fué también el que introdujo la cluniacense en España.

Muerto alevosamente D. Sancho V de Navarra (1076) por su hermano D. Ramón, los nobles navarros, antes que someterse á un usurpador y asesino, llamaron á Sancho I de Aragón, permaneciendo unidos á esta monarquía hasta la muerte de D. Alfonso I. Entonces volvieron á separarse ambas coronas, eligiendo los navarros á García VI, nieto de Sancho V.

**Reino de Aragón.** En realidad, Aragón y Navarra formaron un solo Estado desde los primeros tiempos de la Reconquista hasta la muerte de Sancho el Mayor, á cuyo hijo Ramiro cupieron los Estados de Aragón, en la división que aquél hizo de su floreciente monarquía. Pedro I se apoderó de la plaza de Huesca, lo mismo que de varias otras, y Alfonso el Batallador, llamado así por las muchas que ganó á los infieles, murió sin dejar heredero, debiendo pasar sus Estados al dominio de los caballeros templarios si se hubiera cumplido su testamento. Los aragoneses no se aquietaron con tan singular disposición, y sacando de su monasterio á Ramiro, hermano del difunto monarca, le proclamaron rey. Casó Ramiro con Inés de Poitiers, y tuvo á Petronila, en quién abdicó para volverse al monasterio, dejándola desposada con D. Ramón Berenguer, conde de Barcelona. En 1162 se unieron definitivamente Aragón y Cataluña en Alfonso II, hijo de D. Ramón Berenguer y Doña Petronila, formando una monarquía poderosa. Pedro II, que puso en peligro esa unión con sus imprudencias y adhesión á los albigenses, murió en Muret (1213).

**Condado de Barcelona.** En la segunda mitad del siglo IX tenemos á Vifredo, conde propietario de Barcelona; sus dominios se extendían á Urgel, Besalú y Cerdaña; estos condados se perpetuaron en los hijos de Vifredo. Son escasas las noticias que hay hasta fines del siglo X, en que Borrel y sus dos sucesores inmediatos, Ramón y Berenguer, combatieron vigorosamente y con fortuna á los infieles. En tiempo de los Berenguer III y IV (1082-1162) llegó á ser Cataluña un Estado de primer rango entre los demás españoles. Desde esta última fecha, Cataluña siguió en todo la suerte de Aragón.

## CAPITULO III

---

### Restauración religiosa.

#### I.—ERECCIÓN Y RESTAURACIÓN DE OBISPADOS

**Erección de la Sede ovetense. — Restauración de la de León.** Queda indicado que D. Alfonso el Casto fué el que erigió la Sede episcopal de Oviedo, sin que pueda precisarse la fecha. El piadoso Rey dió á la nueva diócesis parroquias que habían pertenecido á la Sede britoniense (Mondofredo), donde no había obispo desde la invasión de los árabes. Litigan los críticos acerca de un Concilio que se refiere haberse celebrado por este tiempo en Oviedo, Concilio en que hubo de hacerse la erección de la nueva diócesis; pero nosotros no podemos detenernos en aclarar estos puntos oscuros, y debemos contentarnos con indicar la divergencia de opiniones. Otro tanto acaece con la especie de que, apenas fundada la Sede ovetense, fué elevada á la categoría de metropolitana.

Algunos suponen que la Iglesia de León no fué episcopal desde el siglo IV hasta el VIII; pero otros sostienen que ni en todo ese tiempo, ni en los pocos años que permaneció la ciudad bajo el yugo sarraceno, dejó de tener su Prelado. Restauradas iglesia y ciudad, aunque pobremente, por Alfonso el Católico, Ordoño II, que trasladó allí la corte, convirtió su palacio en catedral, y la ciudad y diócesis fueron cobrando la importancia que había perdido Oviedo como Sede episcopal y como corte de la monarquía cantábrica.

**Otras Sedes restauradas.** Las antiguas Sedes episcopales iban restaurándose á medida que el país en que radicaban pasaba, con algún carácter de estabilidad, á poder de los cristianos. Don Alfonso el Católico había restaurado la metropolitana de Braga (745), y otro tanto hizo el propio monarca con Lugo, Iria (Compostela) y Valpuesta; esta última fué trasladada á Burgos definitivamente en el reinado de Alfonso VI. El territorio de la antigua metrópoli bracarense hubo de pasar por varias alternativas en los

primeros años del siglo IX; pues habiendo figurado en los últimos del anterior entre los herejes adopcionistas el metropolitano de Braga, Ascario, en 832 afirmaba Alfonso el Casto que la ciudad de Braga estaba destruida, lo mismo que la de Orense, y en vista de que él no podía repoblarlas adjudicaba los territorios de una y otra á la metropolitana de Lugo, que conservó esta categoría hasta fines del siglo XI.

La Sede bracarense fué de nuevo restaurada en 1071 por Don Sancho como sufragánea de Lugo, siendo su primer obispo Don Pedro, que la gobernó santamente por espacio de veinticinco años. Perseguido por Alfonso VI, sin duda porque dicho Prelado no era partidario suyo en las contiendas que hubo con motivo de la muerte de D. Sancho de Castilla, no logró por entonces su antigua categoría; pero hubo de recobrarla muy pronto, puesto que á principios del siglo XII todos se la reconocen. A D. Pedro sucedió San Giraldo, francés de nación, como otros muchos varones ilustres de aquella época, traídos á España por el célebre arzobispo de Toledo D. Bernardo. En tiempo de Giraldo consiguió el arzobispo Gelmírez, de Compostela, trasladar á esta ciudad los cuerpos de Santa Susana, San Silvestre, San Fructuoso y otros muchos, á pretexto de que no se les guardaba en Braga con el decoro que tales reliquias merecían.

**Engrandecimiento de Compostela.** La basílica construída por Alfonso el Casto (829) y saqueada por Almanzor fué restaurada inmediatamente por el rey D. Bermudo, á pesar de lo angustioso de los tiempos, y la unión de hecho, efectuada sin formalidades canónicas, quizá dos siglos antes, por Alfonso el Casto entre Iria y Compostela, se legalizó en toda forma á fines del XI (1095).

Elegido Obispo de esta diócesis el celeberrimo D. Diego Gelmírez (1100), procuró por todos los medios encumbrarla sobre todas, no sólo de Galicia, sino de España. Valiéndose de sus relaciones con el monarca Alfonso VI y con todas las personas influyentes del reino, dió comienzo á sus planes de engrandecimiento, elevando á setenta y dos—número de los discípulos del Señor—el de los canónigos de la catedral, de veinticuatro que habían sido hasta entonces; obtuvo de Roma la ratificación del voto de Santiago, la dignidad cardenalicia para algunos de los canónigos, y poco después el uso de la mitra en las grandes solemnidades para siete de ellos. Varias veces envió á Roma comisionados suyos, que volvían con nuevas gracias de la generosidad pontificia, y no paró

hasta convertir á Compostela en arzobispado y metrópoli de la provincia emeritense, juntamente con el cargo para él de Legado apostólico de ésta y de la de Braga (1120).

Don Diego Gelmírez restauró también la basilica y altar de Santiago; y á fin de evitar que se atentase contra las reliquias del Santo Apóstol, rodeó con espeso muro el sepulcro donde se hallaban guardadas.

**Restauración de las Sedes episcopales de Osma, Segovia, Sigüenza, Salamanca y Zamora.** En este mismo tiempo debe ponerse la restauración del obispado de Osma. D. Bernardo, primer arzobispo de Toledo después de la Reconquista (1085-1126), administró por algún tiempo, como Metropolitano, la Iglesia oxomense, hasta que fué elegido para ocuparla San Padro, sobrino de D. Bernardo y francés, y monje de San Orenco de Aux como él, en los comienzos del siglo XII. Este virtuosísimo Obispo debe ser considerado como el verdadero restaurador de Osma, de su catedral y parroquias, pues todo lo encontró desmantelado por las continuas guerras de que fué teatro principal el territorio de aquella diócesis.

La de Sigüenza volvió á su estado antiguo en la misma época, habiéndose consagrado la Iglesia catedral en 1102, y siendo su primer Obispo otro paisano y hechura del propio D. Bernardo.

En el año 1120 se coloca al primer obispo de Segovia, después de la repoblación de la ciudad por Alfonso VI, aunque algunos hacen asistir al Obispo de dicha ciudad al Concilio II lateranense en 1112, y al de Oviedo en 1115. El Prelado que figuraba en 1120 era también francés, como los de Osma y Sigüenza, y patrocinado por el célebre metropolitano de Toledo.

Aunque se citan varios obispos de Zamora y Salamanca desde mucho antes de la reconquista definitiva de estas ciudades, no parece aventurado suponer que hasta Alfonso VI no residieron en ellas, si bien repetidas veces fueron perdidas y recuperadas por los ejércitos cristianos.

**Erección de las diócesis de Ciudad Rodrigo y Plasencia.—Restauración de las de Coria, Segorbe y Cuenca.** Fernando II de León erigió la diócesis de Ciudad Rodrigo, ó más bien restauró la antigua de Callabria (1171), no sin haber experimentado tenacísima oposición de los de Salamanca, que llegaron al extremo de acudir á las armas para impedirsele. Nueve años después, Alfonso VIII de Castilla fundó la Sede episcopal de Plasencia, no bien asegurada aún la conquista de su territorio, por lo cual la ciudad

y la comarca experimentaron nueva acometida de los moros, que destruyeron cuanto encontraron al paso. Fué necesario fortificar la capital de la nueva diócesis para evitar ulteriores desgracias.

En 1142 cayó la ciudad de Coria en poder de Alfonso VII, que inmediatamente restableció la antigua Sede episcopal, poniendo al frente de ella á D. Íñigo Navarrón, de los canónigos agustinos. Un caballero navarro, por nombre D. Pedro Ruíz de Azagra, llegó á intimar tanto con el rey Lope de Valencia, que logró le diese la ciudad de Albarracín por simple donación, y sin que tuviera que reconocer señorío de los reyes cristianos. A fin de engrandecer la ciudad y satisfacer al propio tiempo sus sentimientos religiosos solicitó del legado del Papa Alejandro III y del arzobispo de Toledo, y obtuvo de entrambos, se le concediese Obispo para su pequeño Estado (1172). Por de pronto, se tituló el primer Obispo *Arcabricense*; pero cuatro años después el metropolitano de Toledo le hizo tomar el de *Secobricense*, como en sustitución de la antigua Silla de Segorbe, adonde se trasladó en 1245.

Las antiguas Sedes episcopales en Ercávica y Valeria puédese decir que se vieron restauradas en Cuenca apenas el rey Alfonso VIII de Castilla se apoderó de la ciudad (1177). Los primeros canónigos hicieron vida común, profesando la Regla de San Agustín.

**Restauración de los obispados de Gerona, Barcelona y Ausona (Vich).—**  
**Vich, metrópoli de Cataluña.** Quizá nunca, ni aun en el poco tiempo que permaneció Gerona en poder de los árabes, dejó de tener dentro de sus muros á su Obispo; mas es cierto que ni éste podía obrar con libertad, ni disponer de su Iglesia catedral, convertida en mezquita por los infieles. Cuando se entregó la ciudad á Carlomagno voluntariamente, según se cree (785), éste hizo que se devolviera al Prelado lo que era suyo, poniéndole en posesión de la primitiva basilica, purificada ya y dedicada á Santa María. Desde entonces han seguido sin interrupción los obispos gerundenses.

En Barcelona sucedió lo propio que en Gerona: es muy probable la permanencia del obispo durante la dominación árabe, que no llegó á un siglo. Cuando á principios del IX (801) se apoderó de la capital Ludovico Pío, inmediatamente hizo purificar la mezquita principal, y quedó hecha la restauración tanto política



como religiosa. Pocos años después, los judíos entregaron traicionablemente la ciudad á los moros; pero no tardó en caer otra vez en poder de los cristianos, sucediendo lo propio á fines de aquel siglo, aunque no por traición judaica, sino por la fuerza de las armas.

La Iglesia de Vich tardó aún en reponerse; y aunque alguno asegura que en la primera conquista de la ciudad por Ludovico Pío (798) se restableció la diócesis, es casi cierto que no logró este beneficio hasta 886, en que el conde Vifredo, de acuerdo con el arzobispo de Narbona, de quien dependían en lo espiritual los ausonenses, les proporcionó un Prelado propio en el celosísimo varón Godmaro.

Aunque el arzobispo de Narbona, que venía ejerciendo de metropolitano de Cataluña desde los primeros tiempos de la Restauración, manifestó gran repugnancia en ello, el conde Borrell de Barcelona logró del Papa Juan XIII que el prelado de Vich fuera metropolitano de Cataluña, uniendo á la Sede ausonense la antiquísima de Tarragona. Atón, insigne por su sabiduría entre los más notables de su tiempo, y maestro en Artes y Matemáticas de Gerberto, celeberrimo después con el nombre de Silvestro II, fué el primer Metropolitano. Poco tiempo ejerció tan alto cargo, pues fué asesinado el mismo año. Fruyano, sucesor de Atón, pereció de igual modo algunos años después en unas revueltas suscitadas por un infame clérigo que se intrusó en la Sede ausonense, apoyado, á lo que se cree, por un magnate señor del castillo de Gurb. Dicho clérigo, llamado Guadaldo, que había conseguido le consagrarse el arzobispo de Aux, al verse expulsado de Vich, acudió á Roma, donde fué condenado por el Papa Gregorio V y degradado solemnemente por el mismo Pontífice.

**Traslación de la Silla de Roda á Barbastro.—Restauración de las de Lérida y Tortosa.** Don Pedro I de Aragón conquistó á Barbastro (1101); hizo trasladar á esta ciudad la Silla de Roda, ó más bien la unió á Barbastro, y Poncio, antiguo monje de San Pedro de Tomeras, fué nombrado Obispo de las dos diócesis unidas. Los canónigos de entrambos Cabildos profesaban la regla de San Agustín. Cuarenta y ocho años después (1149) el conde D. Ramón Berenguer IV conquistó á Lérida, apresurándose á restablecer la Sede ildense. Don Guillén Pérez, obispo de Roda y Barbastro, ocupó la nueva cátedra episcopal, en que se refundían las que hasta entonces había presidido.

Aunque la conquista de Tortosa se había verificado un año

antes (1148) por el mismo D. Ramón Berenguer, no se restableció la Sede episcopal dertosana hasta 1151, en que por diligencia y ardoroso celo del propio Conde se hallaba la ciudad en condiciones para albergar decorosamente al nuevo Prelado, al Cabildo canonical y demás ministros necesarios en la capital de una diócesis.

**Tarragona, metrópoli de Cataluña.** Tarragona, que había sido destruida por los árabes y reconquistada por Ludovico Pío á principios del siglo IX, volvió á caer en poder de los moros. No parece que surtió efecto por de pronto la unión de Tarragona á Vich, hecha en el siglo X. Lo cierto es que en 1089 pasó á Roma D. Berenguer ó Berengario, obispo de Vich, y obtuvo del Papa Urbano II el palio de Arzobispo y los honores de Metropolitano, bien que Tarragona seguía en poder de infieles. Berengario vivió hasta fines del siglo XI; mas no tuvo el consuelo de ver restaurada la ciudad de Tarragona.

Cuando en 1116, San Oldegario ú Oldaguer, obispo de Barcelona, obtuvo la dignidad que poco antes había tenido el de Vich, aún seguía por los suelos la ciudad, y habían crecido hayas y encinas, no sólo dentro de las murallas, sino también dentro de la antigua iglesia catedral, de la que seguramente no quedaban más que ruinas. Dicho santo Arzobispo hizo heroicos esfuerzos por levantar á la histórica Tarragona de su postración, y hubo de lograrlo en gran parte. A la muerte de San Oldegario (1137) sucedióle en Tarragona D. Gregorio, abad del monasterio Cuxanense, que fué el primer Arzobispo de aquella Sede después de la restauración con este preciso y único título; pues su predecesor conservó la iglesia de Barcelona por disposición del Sumo Pontífice, en atención á que Tarragona no estaba aún en disposición de sostener las cargas de una metrópoli por su escaso vecindario.

**Erección del obispado de Nájera.—Su traslación á Calahorra y Santo Domingo de la Calzada.** Calahorra permanecía aún en poder de los árabes á mediados del siglo X, cuando D. García de Navarra erigió nuevo obispado en Nájera á fin de subvenir á las necesidades espirituales de los territorios que iba conquistando en la Rioja. Un siglo después se restauró la Sede calagurritana; mas no parece que perdió aquella por eso su iglesia catedral, hasta que á fines del siglo XII la hizo trasladar á Santo Domingo de la Calzada el obispo de Calahorra, no sin antes haber sostenido agrias contiendas con el pueblo y Cabildo de Nájera. Ya bien entrado el siglo XIII, el obispo de Calahorra se trasladó á Santo Domingo

de la Calzada; pero las Iglesias de entrambas ciudades debían seguir gozando de la categoría de catedrales.

**Restauración de los obispados de Zaragoza y Tarazona.** Tras penosísimo asedio de tres años, en los que más de una vez comenzaron á desalentarse los cristianos, cayó Zaragoza en poder de D. Alfonso el Batallador (1118), que al punto restauró la Sede episcopal, ocupándola D. Pedro de Librana, que probablemente ya llevaba el título de obispo de Zaragoza. En ésta, como en la mayor parte de las catedrales restauradas en aquella época, los canónigos profesaban la regla de San Agustín.

Arrojados los moros de Zaragoza, centro importantísimo desde donde podían acudir al socorro de los puntos amenazados, el Batallador conquistó al año siguiente (1119) la ciudad de Tarazona, que opuso escasa resistencia. Para Obispo de la nueva diócesis restaurada fué nombrado un tal D. Miguel, que, según conjeturas, era monje de San Juan de la Peña.

## II. — LAS ÓRDENES REGULARES EN TODO ESTE PERÍODO DESDE EL SIGLO IX EN ADELANTE

**Los primeros monasterios en los comienzos de la Restauración.** Muy probablemente, varios de los monasterios que ya existían en tiempo de los godos alcanzaron los de la Restauración; pero es muy difícil precisar fechas y nombres. Los de San Millán, Sahagún y otros reclaman el honor de una antigüedad venerable, suponiéndose con fundamento, aunque no falta quien lo niegue, que eran conocidos en el siglo VII. La índole de nuestra obrilla no nos permite entrar en cierto linaje de disquisiciones, y sólo indicaremos que, además de los dichos, suenan ya en el siglo VIII los monasterios de San Vicente de Oviedo y Santa María de Obona, lo mismo que el de igual título de Lavax, en Cataluña. Estos dos últimos eran desde luego de benedictinos, y varios de los otros, si no lo eran ya entonces, lo fueron más tarde.

**El monacato en los Estados de Castilla y León.** En la segunda mitad del siglo IX, ó algo más tarde, padecieron martirio doscientos monjes del célebre monasterio de Cardeña, cerca de Burgos, y sabido es que centros de la importancia que supone tal suceso no se pueden improvisar; es lo cierto que, dentro aún del propio siglo, fué restaurado el monasterio destruido por los moros.

Fernán-González fundó el de San Pedro de Arlanza, y amplió

los de Silos y San Millán de la Cogolla, y su hijo Garci-Fernández convirtió el monasterio de monjes que en Covarrubias existía desde tiempo inmemorial en convento de monjas, cediéndolo á su hija doña Urraca, que fué su primera Abadesa (978). Al privar á los monjes de su vivienda de Covarrubias, Garci-Fernández hubo de compensarles con la magnificencia acostumbrada, donándoles otras posesiones donde pudieran establecerse. A poco de haberse introducido en España la reforma cluniacense, la puso en vigor en Oña el abad Paterno, que á eso vino de San Juan de la Peña (1033). Muerto á poco el primer Abad, el rey D. Sancho el Mayor, de Navarra, hizo venir á San Íñigo, insigne solitario aragonés, para afianzar la reforma introducida, como lo hizo maravillosamente.

La vida monástica tomó también grandes vuelos en la monarquía leonesa, aun antes de terminar el siglo IX. San Genadio, obispo de Astorga, había restaurado antes de ocupar la Sede asturicense dos de los antiguos monasterios que ya habían figurado en el siglo VII: el de San Pedro de Montes y el de Ageo. No contento con esto edificó de nueva planta otros cuatro, que fueron el de Compludo, el de Santiago, el de Peñalva y el de Santo Tomé, verdaderos viveros todos ellos de varones santísimos ya desde su fundación. En los comienzos del siglo X florecían los monasterios de San Esteban, de Rivas de Sil, fundado por el santo abad Franquilla; el de Celanova, de donde salió San Rosendo, obispo de Dume, y el de Moreruela, en las márgenes del Esla, en el cual florecieron sus dos fundadores, San Froilán y San Atilano, que más tarde ocuparon las Sillas episcopales de León y Zamora respectivamente.

No podemos ir especificando las fundaciones que hasta el siglo XIII se hicieron en León y Castilla; para formarse idea aproximada de la importancia del monacato en toda esta época, bastará añadir que los progresos que gradualmente se iban haciendo en la conquista del territorio español guardaban, por lo común, rigurosa proporción con los del monacato: allí donde nominaban las armas cristianas, ibanse fundando nuevas casas religiosas.

**El monacato en Navarra y Aragón.** San Eulogio de Córdoba nos dejó preciosas noticias de la vida monacal en los Pirineos. En su viaje á aquellas tierras (848) visitó el monasterio de San Salvador de Leire, donde se detuvo varios días porque halló, no solamente varones insignes por su virtud, sino también selecta bibliote-

ca, de la que procuré aprovecharse. Visitó igualmente el famoso monasterio de San Zacarías, del que era abad Odoario, ilustre por su mucha ciencia y virtud, que le recibió con imponderables muestras de carifio. Componíase aquella comunidad venerable de más de cien monjes, que á porfía se ejercitaban en todo género de virtudes.

Los monasterios de Urdax, de San Martín de Cillas y San Vicente de Igal fueron asimismo honrados con la visita de San Eulogio, según se colige de una carta suya. En los siglos X, XI y XII suenan mucho los monasterios de Albelda, Santa Coloma y Monte Laturce.

San Juan de la Peña, el Covadonga de la restauración pirenaica, fué también asiento de un modesto cenobio, fundado en el siglo VIII por los santos hermanos Félix y Voto. En el siglo X, con motivo de la furiosa persecución de Abderramán, tomó nuevo incremento con los que, huyendo de aquélla, se retiraron á los montes lejanos; muchos de los fugitivos se decidieron á hacer vida monástica en aquel retiro. Desde mediados del siglo X, época en que empezó á ser favorecido por los condes de Aragón y reyes de Navarra, creció en importancia, hasta el punto de haber sido el primer monasterio en que se introdujo la reforma cluniacense á principios del siglo XI. Para comprender el incremento del monacato en el Pirineo y la importancia de este monasterio, bastará saber que el rey D. Sancho Ramírez, que lo fué de Navarra y Aragón, agregó de una vez al de San Juan de la Peña veintidós monasterios; en la centuria siguiente los agregados ascendían á setenta y cinco, más ciento veintiséis iglesias seculares.

**El monacato en Cataluña.—Montserrat.** Paralelamente á la restauración monástica de los demás Estados cristianos de la Península, ibase operando otra semejante en Cataluña. Uno de los más antiguos monasterios de este Principado es, sin duda, el de San Cucufate, vulgarmente San Cugat, que es muy posible dato del tiempo de los godos: Carlomagno y Ludovico Pio sólo cuidaron de favorecerlo y ampliarlo, sin que se mencione á ningún fundador. Algo semejante ocurre con el de Arolas, el de Santa Grata y el de Sureda. El celeberrimo de Ripoll fué edificado por el conde Vifredo I el Velloso (880), que le hizo grandes donaciones. Su hijo Rodulfo profesó en este monasterio y llegó á ser obispo de Urgel.

Entre las donaciones hechas por dicho Conde á este monaste-

rio figura por primera vez el nombre, después tan célebre, de Montserrat, donde existían desde tiempo inmemorial por lo menos dos iglesias. El referido Conde expresó á Montserrat « con todas las iglesias que hay en lo alto y en las faldas de la montaña ». Se cree que durante la invasión sarracena ocultaron algunos devotos la actual milagrosa imagen de Maria Santísima en aquellas rocas inaccesibles. Más tarde (no se sabe en qué fecha) se averiguó el lugar donde estaba la imagen por señales extraordinarias, y el Prelado diocesano mandó construir una iglesia donde se halla el actual monasterio. Los portentos que se refieren del penitente Guarín deben colocarse en los primeros cuarenta años del siglo XI. Hasta el XV, el monasterio de Montserrat fué priorato de Ripoll, y en esta época se constituyó en abadía con doce monjes, doce ermitaños, doce capellanes y otros tantos donados.

**Los cluniacenses y circercenses en España.** Paterno, monje de San Juan de la Peña, sabiendo la gran fama de observancia en que florecía el célebre monasterio de Cluny en el siglo XI (había sido fundado un siglo antes por el duque Guillermo I de Aquitania), pasó allá descoso de mayor perfección, é introdujo á poco aquella reforma en el de su procedencia, y años después en el de Oña. A fines de este mismo siglo, Alfonso VI quiso introducir la propia reforma en Sahagún; pero el monje Roberto, encargado de esta delicada misión, no la pudo ó no la supo cumplir, parte porque las cualidades personales de Roberto eran poco á propósito para el caso, parte porque los de Sahagún no se avenían á una reforma que hoy se llamaría de real orden. Bernardo, sucesor de Roberto, monje de San Orencio de Aux, dependiente de Cluny, fué más afortunado, y se hizo aceptable, juntamente con la reforma que no tardó en introducir, y obtuvo grandes exenciones para su nuevo monasterio, que en adelante debía ser en España lo que era el de Cluny en Francia. El abad de Sahagún había de ser bendecido por el propio Sumo Pontífice, bajo cuya inmediata jurisdicción quedaba el monasterio; los demás Abades, dependientes del de Sahagún, podían recibir la bendición, ó del Prelado diocesano, ó de cualquier otro Obispo si aquél ponía algún reparo.

Además de este mismo Bernardo, que como jefe de los cluniacenses en España, y más tarde como primado de Toledo y legado de la Santa Sede, ejerció grandísima influencia en la Península, fueron notables otros personajes franceses de la misma época, monjes como él y protegidos suyos.

La reforma cisterciense, debida á San Roberto, que había profesado en Montierlacolle la regla y reforma de Cluny, se verificó también en Francia en los últimos años del siglo XI; San Bernardo, primer abad de Claraval, de la propia reforma, fué el que envió los primeros monjes cistercienses á España, á petición de su deudo el rey Alfonso VII. El primer monasterio reformado parece haber sido el de Moreruela, fundado en el siglo X por los santos Froilán y Atilano. En vida del santo abad de Claraval se reformaron en el mismo sentido otros varios monasterios, como el de Peleas, entre Salamanca y Zamora; el de Osera, en Galicia, que llegó á ser monumento notabilísimo, y los de Veruela y Huerta, aquél en el reino de Aragón, y éste en sus confines, dentro de la actual provincia de Soria, uno y otro muy notables también como obras de arte, y más todavía por haber servido de albergue á ilustres varones, honor de la Iglesia y de España. Más adelante adoptaron la reforma del Cister otros muchos monasterios españoles, entre los cuales hubo algunos que no mucho antes habían recibido la cluniacense.

**Los canónigos regulares.** La regla del grande obispo de Hipona, San Agustín, fué casi la única observada por los canónigos regulares de España en los siglos que vamos historiando, en particular desde el XI en adelante. Sólo por algún tiempo, y por pocos cabildos, se observó la llamada Aquisgranense. La congregación de San Rufo, que tuvo su origen cerca de Aviñón, en Francia, y que también profesaba la regla agustiniana, se extendió mucho por Cataluña, ya en los cabildos catedrales, ya en casas religiosas fundadas *ad hoc*. Los santos Beltrán y Olaguer, obispos de Barcelona, fueron Priors de dos de ellas. Lo que se ha dicho de las catedrales en general debe afirmarse también de las colegiatas, que apenas conocieron otra regla que la de San Agustín.

Muy luego de haberse fundado el instituto de canónigos regulares de San Norberto, llamados Premonstratenses, se difundió por España. Dos nobles castellanos, D. Sancho de Ansúrez y don Domingo Gómez, noticiosos de los progresos de la nueva Orden religiosa, presentáronse al Santo fundador, que los recibió caritativamente y los envió al noviciado. En 1146 volvió D. Sancho Ansúrez á la Península y fundó la célebre abadía de Retuerta, que hasta este siglo fué considerada como la casa matriz de la Orden en España. Dos años después volvió también D. Domingo,

y fundó el monasterio de La Vid á tres leguas y media de Aranda de Duero, hoy colegio de Padres agustinos de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas. La regla agustiniana sirvió también de norma de vida á los premonstratenses, y á diferencia de los demás canónigos agustinianos, gastaban la *correa peculiar* de los eremitas, fundados por el santo obispo de Hipona. Además de las dos casas dichas, los premonstratenses fundaron otras varias en la Península. Era su principal objeto darse á una vida mixta de contemplación y actividad, dedicándose alternativamente á los ejercicios de la propia santificación y á la de los demás; su predicación y la cura de almas en las parroquias contribuyó sobremanera á moralizar las costumbres.

**Ordenes militares de Jerusalén.** Eran tres las Ordenes militares de Jerusalén que vinieron á España en el siglo XII: llamábanse caballeros del Temple, del Hospital y del Santo Sepulcro. San Olegario de Barcelona parece haber sido el primero que trajo á España á los templarios, pero hasta la muerte de Alfonso el Batallador, que coincidió con la celebración del Concilio de Barcelona (1134), se habían extendido muy poco. Eran también casi desconocidos los hospitalarios, y los del Santo Sepulcro se cree que no se habían establecido aún en nuestra Península. El monarca referido, que murió sin sucesión, dejó por herederos de sus Estados á los caballeros de las Ordenes mencionadas; y al reclamar sus derechos, D. Ramón Berenguer IV, que estaba al frente de dichos Estados, pactó honrosamente con los caballeros, y concedió á los templarios la villa de Monzón, de donde se extendieron por León y Castilla; á los del Santo Sepulcro, que sólo mandaron un canónigo, les dió territorios en Calatayud, donde fundaron una casa, y á los hospitalarios, varios pueblos del alto y bajo Aragón. Templarios y hospitalarios ayudaron á los monarcas españoles de los diferentes Estados de la Península en la nunca interrumpida lucha contra la morisma, probando que eran dignos de la alta estima en que se les tenía.

**Primeras Ordenes militares de fundación española.— Caballeros de Calatrava.** La más antigua parece ser la de los caballeros de la Terraza, fundada por D. García de Nájera en la primera mitad del siglo XI; pero lo mismo ésta que la de las Palmas, la del Redentor y la de los Cruzados, establecidas en la centuria siguiente por Alfonso I de Aragón, se eclipsaron bien pronto, agregándose algunas de ellas á las que venían del Oriente precedi-



das de inmensa fama : tales fueron las mencionadas en el párrafo anterior.

El origen de la Orden militar de Calatrava es gloriosísimo. Encargados los templarios de la defensa del pueblo de Calatrava, punto estratégico de grande importancia en el siglo XII, lo abandonaron, después de grandes fatigas, por considerarse incapaces de defenderlo. Entonces el monarca de Castilla, Sancho III, ofreció la plaza de Calatrava, por juro de heredad, al que se comprometiese á defenderla (1158). Resplandecía en esa fecha en la Rioja un Abad por nombre Raimundo, que había logrado en pocos años engrandecer su monasterio cisterciense de Fitero, aumentando notablemente su personal y haberes. Súbdito suyo era Fr. Diego Velázquez, que había militado hasta bien entrado en años; y al tener noticia de las ofertas del monarca de Castilla, instó al Abad á que tomase sobre sí la arriesgadísima empresa de defender á Calatrava, empresa de que se habían confesado incapaces los valerosos caballeros del Temple, como se ha dicho.

Raimundo se decidió, vencido por las instancias de Velázquez, y reuniendo numerosos guerreros y abundantes recursos pasó á Calatrava, y no sólo consiguió conservar la plaza, sino también poblar sus inmediaciones, espantando á la morisma. Allí se fundó el Instituto de los caballeros de Calatrava, que había de componerse de sacerdotes y legos, bajo la regla de San Benito algún tanto modificada, según las necesidades de la nueva Orden. Todos debían guardar castidad y vestir blanca túnica de lana, con una cruz de color carmesí en el pecho. El temerario valor de estos cruzados fué en parte causa de los desastres que sufrieron en aquel mismo siglo, mal compensados por algunas victorias gloriosísimas.

**Caballeros de Alcántara.**—Llamáronse éstos en sus comienzos caballeros de San Julián del Pereiro, del nombre del lugar donde edificaron el primer castillo; pero desde poco después hasta el día de hoy, son conocidos con el de caballeros de Alcántara por haberles cedido los de Calatrava la villa de aquel nombre. Fueron bien humildes sus principios. Dos caballeros de Salamanca, Don Suero Fernández y D. Gómez, hermanos, en unión de otros varios del país, resolvieronse á consagrar todas sus fuerzas á la defensa de los cristianos, para lo cual edificaron ellos mismos un castillo en las márgenes del Coa, no sin que tuvieran que soste-

ner reñidas luchas con los árabes durante los ocho meses que tardaron en levantar la fortaleza. El prelado de Salamanca, que había sido mouje cisterciense, les dió la Regla que se observaba en aquel Instituto con las variaciones que hacían al caso, y de este modo quedó hecha la fundación (1170). El hábito era idéntico al de los caballeros de Calatrava, y debían también llevar una cruz de igual forma, pero de color verde.

**Caballeros de Santiago.** En la Edad Media era muy grande la afluencia de peregrinos de todas las naciones de Europa á Compostela. Como los tiempos eran tan revueltos y escaseaban las poblaciones en el tránsito, los peligros del viaje eran imponderables. A disminuirlos en lo posible se dedicaron trece caballeros, obligándose con juramento á guiar á los peregrinos al término de su viaje. Uniéronse con los que se dedicaban á tan piadosa tarea los canónigos agustinos de San Eloy de León, que ya por su parte procuraban favorecer cuanto podían á los peregrinos, y de esta suerte, bajo la regla del obispo de Hipona, se instituyó la celeberrima Orden de Santiago (1170), que ya desde sus comienzos tuvo el carácter mixto — eclesiástico y militar — con que ha llegado hasta nuestros días.

Ni legos ni clérigos podían tener propiedad; mas aquéllos podían casarse, y en este caso sus mujeres pertenecían también en cierto modo á la Orden, que no podían abandonar, ni aun después de muerto el marido, sin la competente licencia del Maestre. Todos recibían lo necesario para sí y sus familias del fondo común. Los clérigos debían vivir juntos bajo la dirección de un Prior, ocupándose principalmente en la educación de los hijos de los caballeros. Alejandro III aprobó la Orden de caballeros de Santiago, concediéndole grandes privilegios. El mismo Pontífice había aprobado la de Calatrava, lo propio que hizo más tarde con la de Alcántara.

**Otras Órdenes militares.—Roncesvalles.** Menciónanse, á más de las dichas, otras dos Órdenes militares, fundadas á fines del siglo XII y comienzos del XIII. Supónese que en tiempo de Alfonso IX de León se instituyó una, llamada de Trujillo, cuyo objeto era acompañar al Rey en sus jornadas. Dicho monarca favoreció mucho á estos caballeros, uniéndolos poco después á los de Calatrava. No tardaron en incorporarse la mayor parte de ellos á los de Alcántara, lo cual supone que la organización de los de Trujillo era deficiente cuando con tanta facilidad pasaban de una Orden á otra.

Don Pedro II de Aragón quiso dar el nombre de San Jorge á otra milicia por él instituida en 1201, para honrar la memoria del santo mártir, objeto de especial veneración para los aragoneses. En 1400 se unió á la Orden de Nuestra Señora de Montesa.

Vulgarmente se atribuye á D. Sancho Rosas, obispo de Pamplona (1132), la fundación de la actual colegiata de Roncesvalles; pero cítase una Bula del Papa Juan XVIII, de 1006, en que se habla ya del hospital general de Roncesvalles, al cual concurrían gentes de las cuatro partes del mundo, añadiéndose que dicho hospital estaba dirigido por una Orden religiosa que constaba de Prior, Comendadores y hermanos. Es casi cierto que el fundador del hospital fué Carlomagno, que puso para su custodia y administración una Orden religiosa, no exenta de cierto carácter militar. En el siglo XI ya vemos que se observa la regla de San Agustín; pero los canónigos de Roncesvalles nunca vistieron como los demás: sobre la sotana llevaban una cruz verde, como recuerdo del carácter marcial que un tiempo habían tenido.

**Monasterio de las Huelgas de Burgos.**—**El de Sixena en Aragón.** El célebre monasterio de las Huelgas lo fundó el rey D. Alfonso VIII, por consejo de su esposa Doña Leonor de Inglaterra (1187). Llamóse así porque dichos reyes habían elegido aquel lugar para solaz ó *huelga* en las temporadas que al referido monarca le dejaba algún vagar la ocupación principal de todos, que era la guerra. Como lo destinaban para que sirviese de retiro á princesas y nobles doncellas, al propio tiempo que para panteón real, lo dotaron espléndidamente, y la Abadesa de este célebre monasterio llegó á ejercer, por medio de un provisor, amplísima jurisdicción espiritual para fundar beneficios, dar licencias de confesar, predicar y decir Misa, conocer en las causas criminales de los clérigos, y todo, en fin, lo que cabe en las atribuciones cuasi episcopales de que gozaba. Tenía además jurisdicción en doce monasterios de la Orden del Cister y en las dos Comunidades que cuidaban de la asistencia del hospital del Rey. Fuera de eso, ejercía también jurisdicción civil y criminal omnimoda y privativa en muchas villas, lugares y aldeas, que constituían una dilatada provincia é importante diócesis.

En 1874 perdió la abadesa de las Huelgas, por disposición pontificia, el último resto de su jurisdicción eclesiástica.

Al año siguiente de la fundación de las Huelgas se verificó la de las Comendadoras de Sixena por el rey Alfonso II de Ara-

gón; el objeto de unas y otras era análogo, si bien aquí, á la vez que el convento, se fundó una especie de congregación religiosa que, bajo la regla de San Agustín, había de vivir con relativa austeridad. Tomó parte muy activa en esta fundación la piadosa reina de Aragón Doña Sancha de Castilla, hija del rey Alfonso VII; ella misma vistió el hábito de religiosa, y entregó á la priora del nuevo convento su propia hija, la infanta Doña Dulce. Dicha Priora ejercía también señorío temporal y espiritual en varios puntos de Aragón y Cataluña.

### III.—CONCILIOS

**La Iglesia de España en sus Concilios.** Los cristianos españoles de los primeros siglos de la Restauración debían mirar la guerra como su única esperanza, y á ella acudían con ardor creciente, fueran cualesquiera los desastres en ella experimentados. Mas lo que constituía su única tabla de salvación era á la vez evidente causa de relajación de costumbres, tanto en el clero como en el pueblo; pues en el inevitable desconcierto y naturales turbaciones que son el obligado acompañamiento de la guerra, era imposible la vigilancia de la autoridad; las faltas y crímenes de cualquiera orden que fuesen, quedaban impunes, y hasta se llegaba al extremo de olvidar las más elementales obligaciones.

La Iglesia, que en todo tiempo ha sido, á la vez que depositaria de la ciencia, la natural reformadora de costumbres, dió buenas muestras, aun en aquellos tiempos por todo extremo azarosos, de su maternal solicitud para infundir en los pueblos el espíritu de que estaba animada. Aprovechando las treguas, nunca muy largas, que le daba la guerra, reuniase en Concilios,—no bajarán de ciento cincuenta los celebrados en España durante este período,—y empezando por los mismos Pastores que la representaban, y siguiendo por el clero y el pueblo fiel, lograba reformar las costumbres en todas las esferas sociales, amén de conservar incólume el sagrado depósito de la fe, y legislar sabiamente para el régimen de la Iglesia y del Estado.

**Concilio y Cortes de León.** Menciónanse numerosos Concilios celebrados en Oviedo, Compostela y otros puntos de los Estados de la Restauración cantábrica en los siglos IX y X; mas, ó no es del todo segura su autenticidad, ó no constituyen sucesos de impor-

tancia. No acontece lo mismo con los Concilios de Leon y Coyanza, entrambos muy notables por varios conceptos.

Repuestos un tanto los estragos materiales producidos por Almanzor, Alfonso V quiso, á la vez que favorecía á la Iglesia, organizar su reino sobre bases sólidas, legislando á este fin en un Concilio, en que podía contar con las luces de los Prelados. Reunióse, pues, en León (1020), y sólo siete de los cuarenta y nueve cánones formados en él tratan de asuntos relacionados con la Iglesia, disponiendo que en los Concilios sucesivos hablan de juzgarse las causas eclesiásticas con preferencia á otras cualesquiera; que respetasen las donaciones hechas en favor de la Iglesia por testamento, y que los religiosos de uno y otro sexo reconociesen por superior al Obispo respectivo.

Como uno de los fines que Alfonso V se proponía era restituir á la corte leonesa su antiguo esplendor, el Concilio, en los cánones ó leyes restantes, otorgó á dicha ciudad importantes fueros y privilegios, algunos de los cuales eran comunes á todo el reino de León y de Galicia. Dichas leyes, con ligeras modificaciones, introducidas por Alfonso VI y otros varios monarcas, estuvieron en vigor por varias centurias. Este Concilio es considerado como nacional; pero no se individualizan las personas que á él acudieron, fuera de los reyes D. Alfonso y su esposa Doña Elvira. Respecto de las demás, sólo se dice que estaban presentes *todos los Obispos, Abades y magnates del reino de España*.

**Concilio de Coyanza.** En 1050 se celebró este Concilio con asistencia de los reyes Fernando I y de su esposa Doña Sancha. Su importancia en la historia eclesiástica es grande, pues da notables pormenores acerca de la disciplina de aquella época, y contribuyó, sin duda, eficazmente á la mejora de las costumbres. Los seis primeros cánones tratan de cosas eclesiásticas; pero en los siete restantes se tocan por lo común asuntos civiles, sin dejar de mezclar alguna disposición religiosa encaminada á la mejora de las costumbres ú observancia de los preceptos eclesiásticos. Cuando tratemos de la disciplina de este periodo nos servirá de luminosa guía este Concilio. Asistieron á él los obispos de Oviedo,—á cuya jurisdicción pertenecía entonces y pertenece hoy Coyanza (Valencia de Don Juan),—Astorga, León, Viseo, Lugo, Santiago, Palencia, Calahorra y Pamplona, y además los magnates del reino.

Tiene este Concilio algún punto de semejanza con los tole-

danos; mas no deja de haber notables diferencias. Allí aparecen los monarcas autorizados reuniendo Concilios, y hasta influyendo más ó menos en sus decisiones; pero al mismo tiempo, necesitados del apoyo moral, que de buen grado les otorgaba la Iglesia,— para afianzarse en el trono casi siempre vacilante,— veíaseles con frecuencia humillarse ante los Padres de aquellas venerables Asambleas, ora demandando el perdón de algún crimen de Estado por ellos cometido, ora implorando la protección y auxilio para sí y sus familias. En cambio en el siglo XI, en que se celebró el Concilio de Coyanza, si bien los tiempos eran sobremanera azarosos, nadie conspiraba contra los reyes; reconocíase por todos la sucesión hereditaria de la corona, y la autoridad del monarca era por todos respetada, á veces hasta en asuntos que no caían dentro de su esfera de acción. Por eso Fernando I legisla en Coyanza en unión con los Prelados; y sin dejar de ser profundamente religioso, se abstiene de ciertas fórmulas de humildad, tan usuales en los reyes visigodos. De cualquier modo, no se puede negar el carácter mixto de la legislación emanada de éste y del anterior Concilio.

**Otros varios Concilios en los Estados cantábricos.** Ya la reforma general de costumbres, como en el Concilio de Compostela (1056); ya la causa del obispo de Iria, D. Diego Peláez, perseguido por Alfonso VI, como en el de Husillos (1060); ya otros asuntos, más ó menos importantes, motivaron la reunión de algunos Concilios dentro del propio siglo XI. En el XII aún fueron más frecuentes. En el de Carrión (1110) se resolvió que el obispo de Mondoñedo restituyese al de Compostela dos arciprestazgos y medio que indebidamente lo había usurpado; en el de Palencia, presidido por el cardenal Guido, como el anterior, tratóse de remediar los males causados por las discordias entre Alfonso el Batallador y su mujer Doña Urraca, siendo también condenado el arzobispo de Praga, Mauricio Burdin, por rebelde á la Silla Apostólica. Este mismo Mauricio disputó la tiara á Gelasio II, y es conocido en la historia como antipapa, con el nombre de Gregorio VIII.

Los matrimonios de reyes con parientes en grado prohibido motivaron la reunión de algunos Concilios, y en el de Salamanca se decretó la ilegitimidad de la unión entre Alfonso IX de León y Doña Teresa de Portugal. Otra de las causas de interminables disensiones fué la fijación de los límites de cada diócesis, en que entendieron el Concilio de Husillos (en el siglo anterior) entre

Auca y Osma, y el de Burgos (1136) sobre los pleitos que había entre Sigüenza y Tarazona, Sigüenza y Osma, Zaragoza y Pamplona, Tarazona y Zaragoza.

**Concilios de los Estados pirenaicos.**—Los de Portus y Elna de Tulu-yas. Á fines del siglo IX ocupaba la Sede episcopal de Urgel un tal Ingoberto; y habiendo corrido la voz de su muerte, logró intrusarse en su lugar un clérigo por nombre Selva, que fué consagrado gracias á la protección del conde Suniario. Aunque Ingoberto no murió, Selva se empeñó en arrojarlo de su Silla, y así lo hizo. Animado con esto, quiso tener devotos que le estuvieran obligados, é intentó oponer al obispo legítimo de Gerona, Servus-Dei, otro intruso, llamado Hermomiro. Servus-Dei acudió al Concilio de Portus y se le hizo justicia, y se dice que Selva fué también depuesto en el mismo Concilio que éste.

Comúnmente se cree que la *Tregua de Dios* fué instituida por los años de 1030 á 1040; pero las determinaciones del primer Concilio de Elna (1027) aclaran este punto, probándonos que dicha institución existía desde antes de la fecha indicada.

Las guerras privadas hacían horribles estragos en la Edad Media: la enemistad de dos ó más familias poderosas, era suficiente para ensangrentar un Estado por largo tiempo. Aquellas generaciones de hierro entendían que las injurias reales ó imaginadas no podían lavarse más que con sangre; y como las leyes eran insuficientes para proteger al individuo y castigar los crímenes en debida forma, y débil en muchos casos la autoridad real enfrente de los señores feudales, verdaderos soberanos de sus dominios, prolongábanse las guerras privadas de generación en generación hasta que sucumbía una de las partes. La Iglesia llevaba muy á mal estas guerras criminales, y estableció la *Tregua de Dios*; y en este Concilio de Elna se mandó, bajo pena de excomunión, que cesasen todas las hostilidades desde la hora de nona del sábado hasta la de tercia del lunes.

En el Concilio II de Elna (1065) se hizo extensiva aquella prohibición desde el miércoles hasta el lunes de cada semana, más todo el tiempo de Adviento y Cuaresma y otras festividades del año con sus vigiliás. Todas las demás determinaciones de este Concilio son de carácter análogo, conviene á saber: prohibitivas de toda violencia contra personas ó cosas; clara muestra del estado de sobresalto continuo en que vivían los pueblos, dominados siempre por los hombres de guerra, que cuando no

ejercitaban su valor y actividad contra el común enemigo vol-  
vian sus armas contra las vidas y propiedades de sus convecinos.

**Asamblea de Jaca.** Lo mismo que en la España cantábrica, ce-  
lebráronse también en los Estados cristianos del Pirineo dos  
Asambleas de carácter mixto: la de Jaca (1063) y la de Gerona  
(1197). Aunque en los decretos de entrambas firman los Prelados,  
habla el Rey en primer término. Ramiro II nos dice en la de Ja-  
ca—no sabemos si en su nombre, ó también en el de los Obispos  
y magnates presentes—que había hecho reunir el Concilio para  
restaurar la antigua disciplina y erigir el obispado de Hues-  
ca (cuya capital seguía en poder de los moros); y después de  
especificar las grandes donaciones que hace á la nueva diócesis,  
intercala una disposición canónica (resolviendo que en adelan-  
te sólo el Obispo y los Arcedianos han de entender en las cau-  
sas de los clérigos), para seguir especificando otras donaciones  
no menos importantes.

**Asamblea de Gerona.** La única mención de herejía propiamente  
dicha que encontramos en los cuatro últimos siglos de este pe-  
ríodo, se halla en las determinaciones de esta Asamblea. D. Pe-  
dro II de Aragón vió, no sin sobresalto, que los valdenses,—he-  
rejes, como se sabe, originarios de Francia,—á la vez que en-  
emigos de la Iglesia, eran un peligro para la paz de sus Estados;  
y á fin de poner al mal remedio enérgico y proporcionado, con-  
vocó dicha Congregación de Prelados y nobles para publicar un  
decreto dirigido á los Arzobispos, Obispos y demás Prelados  
de la Iglesia de Dios, y á los Condes, Vizcondes, Merinos, et-  
cetera, de todos sus dominios, ordenando que los valdenses y  
los demás herejes condenados por la Iglesia saliesen de su reino,  
por enemigos declarados de la Cruz de Cristo, no menos que de  
su real persona y reinos. Fija el término dentro del cual deberán  
abandonar sus dominios, y autoriza á sus vasallos para que per-  
sigan y *maten* á los herejes, ofreciendo á los delatores la tercera  
parte de los bienes de los delatados.

Parecerán por extremo duras estas determinaciones, y lo son;  
pero no se olvide que estos herejes, si en un principio se conten-  
taron con predicar la pobreza, no tardaron en cometer horribles  
excesos, dando muestras de una inhumanidad y fiereza de que  
hay pocos ejemplos. Todo lo arrasaban y destruían, sembrando  
la muerte y el exterminio por todas partes. Aun por eso los ha-  
bía condenado ya el Concilio III de Letrán,—al que acudieron



muchos Prelados de España, —con no mucho menos rigor que el monarca aragonés.

#### IV.—DISCIPLINA DE LA IGLESIA ESPAÑOLA DURANTE ESTE PERÍODO

**Disciplina mozárabe.** Substancialmente no difería la disciplina mozárabe de la antigua gótica, si bien es preciso admitir que se fueron introduciendo, á favor de lo calamitoso de los tiempos, algunas variaciones de escasa monta. Esas variantes no sólo se notaban con relación á la antigua disciplina, sino que en cada iglesia ó diócesis se aceptaron también costumbres distintas, que tardaron en uniformarse por la absoluta imposibilidad de celebrar Sinodos propiamente nacionales, —fraccionada como se encontraba la Península—en los cuales se hubiera logrado, sin duda, la unidad por todos apetecida.

**Relaciones con la Santa Sede.—Metropolitanos.** En el siglo VIII tenemos pruebas inequívocas de la intervención de la Santa Sede en los asuntos de España: Adriano I escribió varias epístolas á los obispos españoles con motivo de la herejía adopcionista. En los siglos IX y X escasean los documentos; mas no por eso debe entenderse que había entre los españoles ni sombra de tendencias separatistas ó cismáticas: como no hubo herejías de ninguna especie, y los españoles proseguían con ardor la magna empresa de la restauración cristiana, los romanos Pontífices no tuvieron por qué intervenir. No así en los siglos XI y XII, en que los nuestros, un tanto desahogados de sus empresas militares, diéronse á alimentar discordias civiles, altamente perjudiciales á los intereses de la Iglesia y del Estado. De ahí la intervención pontificia por medio de sus Legados, aunque el primero de éstos (en 918) no se presentó en España con tal motivo, sino en otro muy distinto, como se dirá luego.

Principalmente en el siglo XII rara vez faltaba en España algún Legado pontificio, y de ellos los hubo que ocuparon después la Cátedra de San Pedro, de donde venían nuevas relaciones entre la Santa Sede y los Estados cristianos de España.

En el territorio ocupado por los árabes, los antiguos metropolitanos de Toledo, Sevilla y Mérida siguieron ejerciendo sus cargos, sin que se hicieren notables reformas en la división de las diócesis, aunque muchas de éstas desaparecieron á consecuencia de los desastres de la invasión arábiga. En los dominios cristianos

sufrió importantes variaciones la organización eclesiástica; las diócesis de Cataluña reconocieron como su metropolitano al arzobispo de Narbona; las de Aragón y Navarra, al de Aux; las de la restauración cantábrica no es fácil señalar en cuál reconocieron tal honor desde fines del siglo IX, en que, destruida la Sede bracarense, adjudican algunos esa dignidad á la de Oviedo, otros á la de Lugo, no faltando tampoco quien afirme que hasta la restauración de Toledo carecieron de metropolitano. Ya hemos dicho que desde el tiempo del célebre arzobispo D. Diego Gelmírez, la Sede compostelana gozó también de los fueros metropolitanos.

**Sacramentos. — Inmunidad eclesiástica.** Queda indicado que la disciplina observada en esta época entre los españoles era la misma que la de los visigodos. Sólo falta añadir que, á pesar de la tenaz oposición que halló en algunos, el Bautismo siguió administrándose por única inmersión, y que la penitencia pública, si bien algo mitigada, era muy común, sometándose á ella hasta reyes y magnates cuando reconocían haber cometido algún exceso público digno de castigo. Recibidos los sacramentos de Penitencia y Extremaunción los moribundos, lo mismo que en la época visigoda, exhalaban su último suspiro vestidos de hábito religioso en señal de penitencia.

Nada extraño era que en los primeros siglos de la Restauración no se observasen con escrupulosidad las leyes de inmunidad eclesiástica establecidas en los Concilios toledanos; pero en cuanto los Estados cristianos tuvieron algún respiro, al punto se renovaron aquéllas en el Concilio de Coyanza (1050), y poco después (1063) hizo lo propio el rey de Aragón en el Concilio de Jaca. La falta de hechos que se alega contra la antigüedad de la inmunidad eclesiástica, nada significa; obsérvese que de otras costumbres se guarda igual silencio, sin que por eso se entienda haber caído en desuso.

**Bienes de la Iglesia. — Diezmos.** Posela sin duda la Iglesia, durante el imperio godo cuantiosos bienes, debidos tanto á la piedad de los fieles como á los tributos y productos de las haciendas, como se lee en el canon XXXIII del Concilio IV de Toledo. Destruído aquel orden de cosas, vióse desposeída de todos sus bienes; mas paulatinamente, y á medida que las armas cristianas iban ensanchando los dominios católicos, los fué recobrando, y con creces, ya por la munificencia de los monarcas, ya por la piedad de los fieles. En el siglo XII muchas iglesias estaban esplén-

didamente dotadas, y buena prueba de ello son los monumentos que dentro de esta misma época se levantaron en España.

Si los fieles pagaban ó no diezmos propiamente dichos en los siglos VIII y IX, es cuestión difícil de resolver por falta de documentos; pero de todas suertes puédesse establecer como verdad averiguada que, siguiendo, más ó menos estrictamente, el derecho consignado en los Sinodos toledanos, contribuirían con la regularidad posible en tiempos tan angustiosos para subvenir á las necesidades de la Iglesia. Desde el siglo X consta que se regularizó el pago de los diezmos; los monarcas, sin embargo, disponían con alguna libertad de esos bienes, lo cual hace creer que no habían perdido por completo el carácter de tributo general. Por otra parte, como las iglesias y diócesis con que se iban aumentando los dominios cristianos eran arrancadas á viva fuerza del poder musulmán, los reyes disponían de lo que conquistaban, no sin dotar generosamente las iglesias, señalando los territorios y propiedades que en adelante debían servir para sostenimiento decoroso del clero y esplendor del culto divino; que si hubo entre los monarcas españoles algunos ambiciosos y no nada blandos para con los enemigos, aunque fueran cristianos, á ninguno le faltó acendrada fe y celo ardoroso por la gloria de Dios y de su Iglesia.

**Abolición del rito mozárabe en Aragón y Navarra.** No hay necesidad de acudir á hipótesis injuriosas contra el rito mozárabe para darse cuenta de los vehementes deseos que personas instruidas y piadosas abrigaban de su abolición. Siempre fué la unidad aspiración legítima de almas grandes, y á eso aspiraba Roma cuando por medio de sus legados procuró la uniformidad de rito y disciplina. Pudo haber en los que intervinieron en el asunto pensamientos menos nobles; acaso los monjes cluniacenses, y los que con ellos pusieron en juego toda su influencia, á la vez que contribuían á la realización de los deseos pontificios, abrigaban también otras aspiraciones, que podríamos hoy calificar de patriotismo mal entendido; pero, al condenarlo si lo hubo, no hemos de incurrir en igual defecto por ciego amor á nuestra nación y á sus costumbres, aunque por muchos conceptos venerables.

En Aragón se abolió el rito mozárabe en 1071, noveno del reinado de D. Sancho Ramirez, por influjo del legado pontificio Hugo Cándido, de los monjes cluniacenses y de la Reina, que era francesa. El monasterio de San Juan de la Peña, de monjes cluniacen-

ses, fué donde se cantó por primera vez *Nona* según el rito romano, el día 22 de Marzo, un martes de la segunda semana de Cuaresma. Ocupaba á la sazón el Solio pontificio el Papa Alejandro II, no Gregorio VII, como han asegurado algunos. Aquel mismo año, ó poco después, se hizo igual innovación en Cataluña. En Navarra no pudo establecerse el rito romano antes de 1076, puesto que lo introdujo el propio D. Sancho Ramírez de Aragón, que no se apoderó de Navarra hasta ese año, por muerte de Sancho V, llamado *el de Peñalén*. Aunque se ignora el año preciso de la abolición, lo más probable es que se efectuó á poco de haberse apoderado de estos nuevos dominios el referido Sancho Ramírez.

**Aprobaciones del rito mozárabe en León y Castilla.**—**Gestiones para su abolición.** Noticioso el Papa Juan X de la fama de santidad del obispo de Compostela, Sisenando, envióle un Legado (918), por nombre Janelo ó Zanelo, pidiéndole oraciones en que le encomendase á Dios por intercesión del Apóstol Santiago, á quien en vida y en muerte le deseaba tener por especial Patrono. Janelo volvió á Roma portador de varios preciosos dones para el Papa, y llevando de España impresiones gratísimas. El propio Juan X le envió de nuevo para que reconociese el estado de nuestros asuntos religiosos, y en especial el de los ritos eclesiásticos. El Legado los halló muy conformes con la fe; y habiéndolo participado así al Sumo Pontífice, éste dió muchas gracias al Señor, mandando únicamente que se modificasen las palabras de la consagración, sustituyéndolas con las del rito romano. La variación era levisima. Cincuenta años más tarde envió Alejandro II al cardenal Hugo Cándido para que de nuevo examinase el rito español; y hallándolo aprobado de la manera dicha, lo dejó intacto. Roma, sin embargo, suspiraba por la uniformidad, y no dejó de enviar nuevos legados que intentaron abrogar dicho rito; y resentidos de tal empeño nuestros Prelados, nombraron á tres de ellos, Minio, de Calahorra, Jimeno, de Oca, y Fortunio, de Alava (Armentia), para que pasasen á Roma, llevando los libros litúrgicos en uso. Fueron éstos reconocidos por el Papa y por el Concilio de Mantua (1067), y nuevamente aprobados.

**Nuevas gestiones para la abolición del rito mozárabe.** La Santa Sede no cejó en su vivo empeño de uniformar el rito, y á este fin envió á los legados Giraldo y Rembaldo (1071-1072). Las violencias á que se entregó aquél, excomulgando y deponiendo á varios obispos, les obligó á ir personalmente á Roma y echarse á los

pies del Papa, que era San Gregorio VII : allí asistieron á un Concilio que se celebró sobre la disciplina eclesiástica, prometiéndolo, en cuanto pudieran, observar el rito romano en sus respectivas diócesis. Gregorio VII escribió entonces á los reyes de Castilla y Navarra pidiéndoles con grande encarecimiento que recibiesen el rito referido; mas entre tanto corrieron voces de que habían llegado nuevos documentos pontificios en contrario, y para salir de dudas el obispo de Oca consultó al gran Pontífice, el cual le contestó que nada anhelaba tanto como la uniformidad de ritos. Muchos Prelados españoles que se habían mostrado rehacios á la innovación, mudaron de parecer en vista de la carta del Sumo Pontífice al Obispo aucense, poniéndose al lado del Rey, mientras lo restante del clero, y no pocos Prelados y el pueblo en general, se resistía á toda modificación. Entonces se convino en acudir á un expediente nada en armonía con la ley cristiana, de fiar la causa á un desafío entre dos caballeros: salió por parte del Rey un toledano, y no francés, como asegura alguno, y por el rito antiguo un castellano viejo, por nombre Juan Ruiz, saliendo éste vencedor en la contienda. El Cronicón vulgarmente llamado Maleacense, después de referir este suceso, añade que el defensor del rito francés (el romano) fué vencido con falsedad y malas artes. Es difícil comprobar esto, pero tampoco tenemos razones positivas para negarlo.

**Abolición definitiva.** No se dió por vencido el Rey, fuertemente inclinado á la reforma del rito, con el mal resultado del desafío, y escribió á Gregorio VII pidiéndole un legado. El Papa accedió á sus deseos, y en 1078 llegó á España el cardenal Ricardo, revestido de aquel carácter, y este mismo año se decretó la abolición del antiguo rito mozárabe por el rey Alfonso VI y el mencionado Legado pontificio. Mas como era tan tenaz la oposición del clero y pueblo españoles, no debemos extrañar que la innovación no produjese todos los resultados apetecidos por los que la efectuaron. De ahí es que siete años más tarde, al verificar Alfonso VI la gloriosa conquista de Toledo, ejerciendo por segunda vez el Cardenal citado el mismo cargo de antes, reunióse un Concilio en Burgos en que se decretó la definitiva abolición del asendereado rito español. Con todo, parece que, si no en todas, á lo menos en muchas iglesias antiguas se permitió el Oficio mozárabe, y nunca ha faltado en España desde aquella remota fecha algún recuerdo de cosa tan señalada. Aun se conservan las capillas de mozára-

bes de Toledo y Salamanca con sus capellanes propios, que rezan su Oficio y celebran el santo sacrificio de la Misa según el antiguo rito.

V.—VARONES MÁS NOTABLES EN SANTIDAD.—CULTURA GENERAL.—  
COSTUMBRES

**Santos de los siglos IX y X.** Una tradición no del todo segura supone que los mártires llamados de Cardeña alcanzaron su glorioso triunfo en el siglo IX. En 890 murió cerca de Orense el santo anacoreta Vintila, tras largos años de asombrosa penitencia, sobresaliendo también desde su niñez en la virtud de la caridad para con los necesitados. Aunque no se fija la época de su vida, tampoco se puede alejar mucho del siglo IX á Santa Eufemia, virgen y mártir, cuyas reliquias aparecieron en el siglo XII en los confines de Portugal y Galicia. Menciónanse además como pertenecientes á esta misma época varios santos obispos de la Sede iriense, y á un San Gonzalo de Mondofiedo, bien que no podamos asentir al parecer de los que aseguran fué Obispo de aquella ciudad, porque no le tenía todavía.

Más noticias tenemos de los siervos de Dios que en el siglo X se hicieron notables por sus grandes virtudes. Descuella entre ellos San Ansurio, obispo de Orense, que terminó sus días en el monasterio de San Esteban de Rivas de Sil: en el claustro del propio monasterio fueron enterrados también otros ocho Obispos, que por largo tiempo recibieron culto juntamente con San Ansurio. Los Santos Froilán y Atilano, anacoretas, obispos que fueron de León y Zamora respectivamente, fundaron el monasterio de Moreruela, mereciendo el segundo de ellos ser uno de los primeros canonizados solemnemente por el Papa.

No menos ilustre que éstos fué San Genadio, obispo de Astorga, Abad que había sido del monasterio de San Pedro de Montes, que, pareciéndole poco austera todavía la vida cenobítica, retiróse con doce compañeros á un páramo salvaje del Bierzo, que pronto se convirtió en oasis delicioso merced al trabajo é incansable laboriosidad del Santo y de sus compañeros. Alonso el Magno le hizo abandonar su retiro para que rigiese la Sede asturicense, que logró dejar en sus últimos años para ir á morir al monasterio de Santo Tomé, uno de los cuatro que él mismo había fundado.

Insigne por muchos conceptos fué el martirio del niño San Pe-

layo, sobrino de Hermoigio, obispo de Tuy. Había éste caído preso en poder de los árabes en la batalla de Valjunquera, y fué conducido á Córdoba. Obtuvo su libertad dejando en rehenes á su sobrino, á quien se le hicieron las más seductoras promesas si consentía en abandonar la fe; mantúvose firme el valeroso niño, y fué cruel é inhumanamente martirizado. Domingo Sarracino, natural de Zamora, hecho prisionero en la batalla de Simancas, fué también martirizado en Córdoba con otros compañeros.

Pertenecen al mismo siglo y fueron notabilísimos los Santos Franquila, abad de Calanova, hombre de vida austerísima, y San Rosendo, obispo de Mondoñedo y de Iria, que se hizo notable por la persecución de que fué objeto por parte de Sisenando, obispo depuesto de la Sede iriense, y por su espíritu de profecía. Santa Senorina, pariente de San Rosendo y religiosa del monasterio de San Juan del Busto, conoció por revelación la muerte de su ilustre deudo.

En el Alto Aragón se cuentan varios mártires de esta época, cuyas noticias son en general muy oscuras: de ellos es el presbítero San Visorio, nacido en Francia, y que llevaba vida anacoretica en las montañas de Sobrarbe. Fué martirizado por los moros con sus dos acólitos Clemencio y Firmiano. Aun son más oscuras las noticias referentes á Santa Orosia, martirizada por los árabes en las montañas de Aragón.

**Santos del siglo XI.** Brilla entre los santos del siglo XI con fulgor inextinguible San Íñigo, abad de Oña. Ya hemos dicho que Don Sancho el Mayor, rey de Aragón y Navarra, fué personalmente á sacarle de su cueva en las montañas de Aragón, donde vivía llevando vida solitaria y asperísima, con que, á pesar de su profunda humildad, se llegaron á conocer sus grandes virtudes. Reformado poco hacia el monasterio de Oña según la observancia cluniacense, el indicado monarca puso grandísimo empeño en que la perfeccionase Íñigo, como lo consiguió, llevándole como Abad de aquel célebre monasterio. Este Santo hizo portentosos milagros aun en vida, que fué larga y provechosa, pasando á la eterna en 1068, después de haber presidido el monasterio de Oña por espacio de treinta y cuatro años. En sus brazos murió el mal aconsejado rey Don García de Navarra, después de la batalla de Atapuerca contra su hermano D. Fernando I de León y Castilla.

No fueron menos ilustres los Santos Domingo de Silos y Domingo de la Calzada, ornamento aquél de la Religión benedicti-

na, y reformador del monasterio que lleva su nombre, y anacoreta éste y bienhechor ilustre de la comarca riojana, donde se dedicó principalmente á favorecer á los peregrinos, abriendo calzadas, construyendo puentes y constituyéndose en verdadera providencia de los necesitados. Ni se han de omitir los nombres de San Liciniano de Silos, que en tiempos difíciles supo conservar el fervor de la antigua observancia; el de San García, reformador de varios monasterios, que murió en el de Arlanza; el de San Sisebuto, abad del de Cardena, idolo de los reyes y del pueblo por sus esclarecidas virtudes, y el de San Veremundo, abad de Hira-che, brillando en virtudes análogas á las de San Sisebuto, y queridísimo también de pueblos y monarcas. Del clero secular deben mencionarse dos Santos prelados de Urgel: San Ermengol, que dió principio á la construcción de la catedral y se distinguió por su ardiente celo en la defensa de los derechos de la mitra, y San Odón, cuyas virtudes fueron tales que á los once años de su glorioso tránsito, su sucesor, de acuerdo con el cabildo catedral, no contento con decretarle culto público, le señaló fiesta particular. Terminaremos esta rápida enumeración citando á dos santas de nobilísima alcurnia: Tigridia, hija del conde D. Sancho de Castilla, abadesa de Oña antes que este monasterio fuese ocupado por monjes, y Casilda, hija del rey Almenón, de Toledo, milagrosamente convertida á la verdadera Religión.

**Obispos santos del siglo XII.** Aun para la brevísima enumeración que podemos hacer de los santos del siglo XII nos vemos obligados á dividirlos en grupos para mayor orden y claridad. San Olaguer ú Olegario es una de las primeras figuras del Episcopado español en esta centuria. Canónigo de la Congregación de San Rufo en Francia, y Abad de la casa-matriz, la Santa Sede le obligó con censuras á admitir el obispado de Barcelona, juntamente con la dignidad arzobispal de Tarragona. Aunque no concluyó de restaurar por completo esta antiquísima é histórica ciudad, logró dejarla en condiciones para que bien pronto pudiera ser digna Sede del metropolitano de Cataluña. Muerto en 1137, inmediatamente fué venerado como santo, permaneciendo incorrupto su cuerpo hasta el día de hoy. San Giraldo, obispo de Braga, natural de Mosyac, en Francia, fué de las hechuras del célebre D. Bernardo de Toledo, de igual modo que San Pedro de Osma. Este ejerció el cargo de arcediano de Toledo, y aquél el de chantre de la propia metropolitana; uno y otro se mostraron



celosísimos Prelados. Populares son las virtudes de San Julián, de Cuenca, de quien no se puede separar á San Lesmes, ó Adelmo, su capellán y limosnero. San Atón fué obispo de Pistoja, en Italia, después de haber ejercido con grande edificación la suprema prelación de la Congregación de los benedictinos de Valleumbrosa. Era natural de Badajoz, y en una visita á Roma vistió el hábito benedictino en la casa-matriz de la Congregación indicada.

**Canónigos, monjes y religiosos santos del siglo XII.** Descuellan entre los canónigos regulares de San Agustín, San Juan de Ortega, discípulo de Santo Domingo de la Calzada, y entregado á ocupaciones muy análogas, ejercitando de mil modos la virtud de la caridad, ora abriendo calzadas y construyendo puentes, dos de los cuales aún se conservan en Nájera y Logroño, ora preparando albergues para peregrinos; San Martín, canónigo también en San Isidoro de León, y dotado de extraordinaria y milagrosa ciencia. Debe igualmente figurar entre éstos el venerable Pedro de Ustamben, arquitecto de la iglesia de San Isidoro de León.

Los monjes cistercienses cuentan á San Pedro, Abad de esta reforma en Morceruela; San Fernando, que lo fué de San Payo de Compostela, y San Bernardo, hijo de padres mahometanos, y sus dos hermanas María y Gracia, bautizadas por él. Todos tres murieron á manos de otro hermano suyo, que se obstinó en el mahometismo: el Beato Martín Cid, primer Abad del monasterio de Valparaíso, junto á Zamora, y el venerable Adalberto, que pasó á Portugal por orden de San Bernardo á implantar la reforma cisterciense.

Otro San Lesmes, distinto del capellán de San Julián, se hizo notable por su acendrada virtud: francés de nación, y á lo que se cree de los monjes de la reforma cluniacense, según se deduce del hecho de haberle traído Alfonso VI, en cuya compañía anduvo por algún tiempo, concluyó por fundar, con la ayuda del mismo Alfonso, el célebre monasterio de San Juan de Burgos.

Los dos propagadores del Instituto premonstratense en España, Sancho y Domingo, son también venerados en dicha Orden.

**Otros santos y mártires de la centuria duodécima.** Además del ya citado San Lesmes, limosnero de San Julián, y de San Arias, sacerdote de ejemplarísima virtud, debe figurar entre los santos del clero secular el venerable Arnugo, varón contemplativo.

Las virtudes heroicas tuvieron insignes representantes en el

trono: Doña Teresa, hija de D. Sancho I de Portugal, y su hermana Doña Sancha, virgen cisterciense, han merecido el honor de los altares. La primera estuvo casada con Alfonso IX de León, de quien tuvo que separarse por ser pariente.

En las humildes faenas del campo se enriqueció con excelsas virtudes San Isidro, bien conocido y venerado en España como patrón de la corte. Consérvase su cuerpo incorrupto en la iglesia que lleva su nombre, y que, habiendo sido de la Compañía de Jesús, sirve hoy provisionalmente de catedral. Su casta esposa Santa María de la Cabeza, mereció iguales honores; yace su cuerpo al lado del de su Santo consorte.

Tampoco faltaron mártires en la época que vamos historiendo. Además de San Bernardo de Alcira y sus dos hermanas, cupo tan gloriosa suerte á los monjes del monasterio de Alcobaza, que fueron degollados por los musulmanes.

**Muestras de cultura de los siglos IX y X.** Pasa como proverbial la ignorancia del siglo IX, y probablemente la de las restantes naciones europeas era superior y más profunda aún que la de España, cuya relativa ilustración está gloriosamente representada por los escritores mozárabes. Nada se conserva de las obras, si por ventura las escribieron, de los monjes que visitó San Eulogio en su viaje hacia el Pirineo, á pesar de guardarse en aquellos monasterios buen número de códices, de que se aprovechó el Santo. Fuera de esto, aún tenemos de aquel siglo dos obras de gran valor histórico: el *Cronicón Albeldense*, que es general, y el de Don Sebastián, obispo de Salamanca, escrito en Asturias. Este se contrae á España, y relata los sucesos desde Wamba á Ordoño I (672-866). Un obispo español, por nombre Ildelfonso, escribió también un libro sobre el Pan eucarístico. Fuera de España florecieron otros tres Obispos escritores, de origen ibérico: Teodulfo, de Orleans; Claudio Clemente, de Turin, y Prudencio Galindo, de Troyes, todos tres escritores de los más notables de Europa en aquel tiempo.

Claudio torció lastimosamente, defendiendo con tenacidad la herejía iconoclasta. Aun debía de vivir en el clero español el espíritu tradicional, bien que muy amortiguado, cuando Gisberto, monje de Auvernia, más tarde Silvestre II, vino á estudiar á Cataluña bajo la dirección de Atón, obispo de Vich. Sabido es que Silvestre II fué tenido por un prodigio de sabiduría, y que muchos se la achacaban á malas artes; la ignorancia de la época

era incapaz de elevarse á las alturas en que se cernía el discípulo del insigne Atón.

Todavía son más escasas las muestras de cultura del siglo X. Antiguos escritores hacen autor de la tierna plegaria *Salve, Regina* al venerable Pedro de Mosoncio, obispo de Iria; el abad Salvo, hombre de gran ingenio, que presidió por largos años el célebre monasterio de Albelda, escribió misas, himnos y oraciones en estilo acaso por nadie imitado entonces por su elegancia y brillantez, respirando juntamente unción y suavidad inimitables.

**Escritores del siglo XI y XII.**—Sampiro, obispo de Astorga, escribió el *Cronicón* que lleva su nombre, trabajo apreciadísimo por los historiadores. Comienza donde acabó el *Cronicón* de Sebastián de Salamanca, y termina en el reinado de Ramiro III (866-982). Cronistas fueron también Ebretmo y Ferreolo de Bolea, monjes de San Juan de la Peña; pero sólo escribieron de cosas de su tiempo, y Ebretmo se concretó á referir la traslación de las reliquias de San Indalecio. Los dos Olivas, obispo de Vich y abad de Ripoll el uno, y monje de este monasterio el otro, fueron también escritores. Del primero se conservan algunas cartas y un sermón de San Narciso, amén de un corto poema de carácter histórico, muy apreciable para su época. El otro Oliva escribió del *Ciclo Pascual*, y no falta quien opine que, en realidad, no ha existido más escritor de este nombre que el citado obispo de Vich, á quien se debe también esta obra.

Algunos más, aunque también de escasa importancia, son los escritores de la centuria XII. Fuera de las crónicas de D. Pelayo, obispo de Oviedo; la del Silense, la toledana, la compostelana y otras varias, juntamente con las vidas de algunos santos, las demás obras escritas en este siglo no merecen puntualizarse.

Algunas de las crónicas mencionadas, aunque muy apreciables, tienen poco valor como fuentes históricas, en especial las debidas al Prolado ovetense, celosísimo, es verdad, en el cumplimiento de sus altos deberes, pero que, siguiendo la poco escrupulosa moda de su tiempo, no tuvo reparo en interpolar noticias y documentos apócrifos aun en obras ajenas, como en las crónicas de Sebastián de Salamanca, y Sampiro de Astorga.

**Costumbres de la época.**—Á favor del desorden inevitable en épocas como ésta, de guerras continuas y de grande ignorancia, no es extraño que las costumbres dejasen bastante que desear. Débese, no obstante, distinguir entre unos y otros siglos de los cinco

que abraza este periodo. En la centuria VIII, primera de la Restauración, los cristianos, pobres y desvalidos, entablan desesperada lucha contra la morisma confiados en la protección divina. Los grandes reyes de aquel siglo, cuyo valor es proporcionado á su piedad, son vivo ejemplo de virtud para todos sus subordinados. De ahí la austeridad de costumbres en general, bien que no faltasen defectos y aun crímenes, como no faltan virtudes aun en los periodos de mayor corrupción. Reconócese parecida integridad de costumbres de gran parte del siglo IX, puesto que subsistían causas análogas que debían sostenerla; mas en el décimo decaen visiblemente: el mal ejemplo de los reyes—cuya ambición no tiene límites, y cuyas discordias entre sí, amén de su escandalosa relajación de costumbres, cande en los nobles y en el clero—era inevitable que se extendiese también por todas las capas sociales. No tardaron en sobrevenir tremendos y ejemplares castigos: Almanzor se encargó de dar providencial aviso á reyes y pueblos, que no se hicieron sordos á la voz de Dios.

El siglo XI pasó por varias alternativas, ni podía ser de otro modo habiendo recibido la desastrosa herencia del que le precediera; pero no se puede negar que hubo saludable reacción, á la que dieron poderoso impulso las virtudes del Trono. Los Concilios de León, Coyanza y Jaca, son prueba y sostén de la disciplina y del mejoramiento de costumbres. Ese mismo carácter se fué acentuando en la centuria XII, y á medida que tocaba á su fin, se vislumbraban mejor los esplendores de la XIII.

## CAPITULO IV

### Los mozárabes.

**Razón de este capítulo.—Estado social y religioso de los mozárabes.—**Para mayor claridad y orden de esta época tan complicada, há-nos parecido oportuno formar capítulo aparte de los mozárabes, pues lo merecen las interesantísimas noticias que acerca de los mismos han llegado hasta nosotros por conductos muy autorizados.

Era muy distinta la suerte de los mozárabes, según que los

consideremos viviendo en uno ú otro punto, en una ú otra época. Ya se ha dicho la tristísima suerte que cupo á la España cristiana en los primeros tiempos de la invasión arábiga. Cuando se normalizó la vida entre los musulmanes, los cristianos que entre ellos vivían empezaron á gozar de relativo bienestar. En Córdoba, sobre todo, eran tolerados, y llegaron á establecer escuelas y monasterios, celebrar Concilios y merecer la confianza de los jefes árabes, aunque ni esa tolerancia era constante, ni hay motivos para encarecer la felicidad de los cristianos, gravados siempre, hasta en los períodos más bonancibles, de contribuciones y gabelas que hacían muy precaria su situación. Con todo, gozaban de cierta independencia, pues lograron tener un jefe de entre ellos que los gobernase, como también jueces, cobradores de tributos y tesoreros.

En una buena temporada tampoco experimentaron contradicción las manifestaciones exteriores del culto y ceremonias religiosas de los fieles. Permitíaseles reunirse en la iglesia á toque de campana, y enterrar sus muertos con cierta solemnidad, llevándolos con cirios encendidos y cánticos propios del caso.

Moros y cristianos legos usaban el mismo traje y gastaban barba; los clérigos no la gastaban, vistiendo también hábitos peculiares de su estado. En circunstancias normales, nadie los molestaba por ello; mas en épocas de sobreexcitación popular, que eran frecuentes, el traje clerical solía ser objeto de escarnio para la plebe fanática musulmana.

En Aragón, Toledo y algunos pueblos de Castilla y Portugal, era muy dura la situación de los mozárabes; por eso también ellos huían de toda intimidación con sus opresores y verdugos, contra los cuales fraguaron terribles conspiraciones.

**Templos y monasterios mozárabes de Córdoba y sus cercanías.** San Eulogio nos da curiosas é importantes noticias de los templos y monasterios de Córdoba en el siglo IX. Aun se conservaban algunas de las iglesias antiguas y se restauraban otras, aunque pobremente, sirviéndose para ello de las tercias que pagaban los cristianos, á tenor de lo preceptuado por el Concilio XVI de Toledo. Mahomad, rey moro, hizo derribar todos los templos levantados después de la venida de los árabes. Había dentro de Córdoba siete, y algunos más en sus arrabales. En la misma ciudad había un monasterio, junto á la iglesia de San Girés, y hasta otros siete ú ocho en sus cercanías.

Sus títulos eran éstos: *San Cristóbal*, al Mediodía de la ciudad y cerca de ella; *San Félix*, en Troniano, tres leguas al Occidente; *San Martín*, en el lugar llamado Rojana, en la montaña de Córdoba; *Santos Justo y Pastor*, en lo interior de la propia montaña, á seis leguas de la ciudad; *San Salvador*, que sólo distaba una, era de los monasterios que llamaban *dúplexes*, ó dobles, porque habia en ellos habitación para religiosos de ambos sexos, que vivían separadamente: *El Armilatense*, ó de San Zoilo, en triste soledad, al Norte de Córdoba; *Cuteclara*, al Occidente de la misma ciudad, era monasterio de mujeres; y, finalmente, el de *Tabanos*, que también era doble, como el de *San Salvador*. De estos monasterios salieron la mayor parte de los mártires, de quienes hablaremos en breve. ¡Lástima grande que San Eulogio no nos haya dado más pormenores de esas casas religiosas! Más adelante hablaremos de los varones ilustres que salieron de los claustros muzárabes.

**El primer Concilio de Córdoba.** El primer Concilio de que se tienen noticias ciertas después de los toledanos, celebrados en tiempo de los godos, es el de Córdoba, en 839, contra los casianistas ó acéfalos. Renovaron éstos los errores de los priscilianistas y los de Vigilancio, que negaba el culto de las reliquias de los Santos, mezclándose también entre ellos otros herejes más oscuros, que autorizaban la bigamia, el incesto y otras inmundicias. El autor de la herejía casianista parece haber sido un tal Cunierico.

Para condenar los dislates de todos ellos se reunió el Concilio dicho, al que asistieron los metropolitanos mozárabes de Toledo, Sevilla y Mérida, con los obispos de Acci, Astigis, Córdoba, Málaga é Ilíberis.

**Situación de los cristianos en Córdoba á mediados del siglo IX.** «La muerte misma es más tolerable,—decía San Eulogio de Córdoba en 851,—que nuestra vida, llena de angustias y peligros.» Estas palabras nos dan idea de la dolerosa situación de los cristianos cordobeses en la fecha indicada. Dos causas hubieron de contribuir á hacer más triste su vida, nunca muy holgada: por una parte, los árabes, ya más desahogados que en los primeros tiempos de la invasión, no tenían por qué temer á los cristianos; vivían éstos humillados, anulados, dentro de un poder musulmán que á pasos de gigante caminaba al colmo de la prosperidad; por otra parte revivió por este tiempo, y en hora menguada, el fuego nunca bien apagado de las antiguas rencillas entre visigodos é hispano-romanos, debilitando las energías de que tanto habían

menester para hacer frente á la tormenta que á todo andar se les echaba encima. Por manera que si cualquiera de las causas apuntadas era suficiente para anular á una sociedad más robusta y mejor constituida que la mozárabe, las dos juntas fueron un desastre completo. Por eso desde entonces apenas dió muestras de sí, y podemos decir que dejó de existir moralmente.

**Primeros mártires de Córdoba.** Justo es decir que el pueblo mozárabe no se avino á sucumbir sin gloria ni provecho, pues en ambas cosas obtuvo por medio del martirio á mediados del siglo IX. Antes de esta fecha (824) sólo sabemos que murieron los hermanos Adulfo y Juan, de cuyo triunfo no tenemos pormenores. La época de los mártires cordobeses comenzó con la degollación del presbítero Perfecto (850). Invitado éste por algunos musulimes á que les manifestase en confianza, su parecer acerca de Mahoma, hizolo así, y los fementidos le acusaron como blasfemador del falso Profeta. Siguióle un comerciante llamado Juan, que fué bárbaramente azotado por las calles de Córdoba con gran contentamiento del populacho, y murió en la cárcel.

No había transcurrido un año (3 Junio de 851) cuando espontáneamente se presentó el monje Isaac confesando su fe, y abominando de Mahoma y de su ley. Dos días después murió por idéntico motivo un tal Sancho, laico francés, al que siguieron los seis monjes, Pedro, Valabonso, Sabiniano, Wistremundo, Habencio y Jeremías. En Julio del propio año consiguieron la palma inmarcesible Sisenando, portugués, Paulo, de Córdoba, y Teodomiro, de Carmona.

San Eulogio menciona á las santas hermanas Nunilona y Aledia, que hubieron de padecer por ésta época ó algo antes, pero no en Córdoba, sino en Huesca ó la Rioja.

El año 852 se presenaba igualmente fecundo en ilustres confesores de la fe. Gumersindo, presbítero toledano y *Servus-Dei*, monje, murieron el día 13 de Enero; Aurelio y Félix, con sus consortes Sabigoto y Lilliosa (todos los cuales hasta poco antes habían ocultado sus creencias), fueron coronados el día 27 de Julio, juntamente con un monje sirio por nombre Jorge. En Agosto del propio año fueron degollados Cristóbal y Leovigildo, monjes, y en Septiembre Emila y Jeremías, de Córdoba; Rogelio, de Hiberis y *Servio-Deo*, monje sirio también, como el citado Jorge.

**Concilio de Córdoba.** Se reunió este Concilio (852) á instancias de Abderrahman II, que á todo trance quería se refrenase el en-

cendido fervor de los cristianos, cada vez más decididos á dar su vida por la fe. Los Prelados congregados bajo la presidencia de Recafredo, antiguo obispo de Córdoba y entonces metropolitano de Sevilla, formularon un decreto ambiguo, de suerte que la corteza de la letra, á que habian de mirar los infieles, sonase á prohibición de presentarse al martirio, que era lo que descaba el monarca musulmán, pero que, bien mirado el sentido, como lo podían hacer los cristianos, no incluyese ofensa de los mártires.

Este Concilio agrió las diferencias que ya existían entre los fieles, algunos de los cuales, probablemente por justificar su propia tibieza, condenaban el fervor de los confesores de la fe.

**Nueva persecución en Córdoba.—Mártires de esta persecución.** Muerto Abderrahman á principios de 853, sucedióle su hijo Mahomad, que suscitó nueva y más fiera persecución. En el mes de Junio de este año pone San Eulogio los mártires de esta era. Pandila, presbítero y monje, natural de Écija, fué el primero: siguiéronle Félix, monje también y presbítero; Digna, virgen, y Benildis, señora de muchos años, cerrando esta gloriosa cohorte en aquel año las vírgenes Columba y Pomposa, de Córdoba. En ninguno de los años siguientes, hasta el 857 inclusive, dejaron de verse confesores heroicos de la fe, contándose entre ellos los presbíteros Abundio y Elias; Pedro, Paulo, Isidoro y Argimiro, monjes; el adolescente Amador, de Tucci, Luis de Córdoba, Witesindo, Rodrigo y Salomón de Egabro; y, finalmente, la virgen Aurea, hermana de los santos mártires Adolfo y Juan.

San Eulogio, que había sido el alma y sostén de estos valerosos atletas, — razón por la cual tuvo que padecer no poco de los mismos cristianos tibios, — después de haber rechazado las componendas que le proponía un amigo suyo para evitarle la muerte, y predicado con valor y constancia imponderables la verdadera fe delante de sus mismos verdugos, murió degollado el día 11 de Marzo del año 859. Cuatro dias después cupo igual suerte á la santa virgen Leocricia, hija de padres mahometanos, pero educada ocultamente en el Cristianismo. En sus últimos dias vivió en compañía de una hermana de San Eulogio, y fué instruída por éste en lo que le convenía hacer en aquellos momentos supremos.

**La herejía de los antitrinitarios.** Además de la herejía casianista—condenada por el Concilio I de Córdoba—divulgaron se otras entre los mozárabes del siglo IX. Fué una de ellas la de los antitrinitarios, que, según decía Alvaro Paulo en carta á su maes-



tro Esperaindeo, consistía en negar la Trinidad, y en su consecuencia la divinidad de Jesucristo, rechazando la autoridad de los Profetas y Doctores. Esperaindeo refutó esta herejía con textos de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, refutación que no ha llegado hasta nosotros. De todos modos bien muerto hubo de quedar con la refutación de Esperaindeo este renuevo del antiguo arrianismo, cuando los escritores mozárabes no lo vuelven á mencionar para nada.

**Hostegesis.**—**Sus errores.** Fué sin duda este hombre uno de los más funestos que ha tenido España por varias razones. Compró la mitra de Málaga á los veinte años, y ordenaba de sacerdotes á los que mejor le pagaban; dominado de sórdida avaricia, enriqueciase con las oblacones de los fieles, con que pudo hacer grandes regalos á los príncipes moros para captarse su benevolencia. En su visita á la diócesis tomó nota exacta de los fieles, y la puso en manos de los ministros del rey árabe de Córdoba para que más puntualmente se les exigiesen los tributos. De sus inverosímiles y asquerosas liviandades nada hemos de decir por no manchar el papel; de su crueldad cuenta horrores el abad Sansón, que es quien da todas estas noticias. Sosteníale en estas obras de iniquidad el conde Servando, gobernador de los cristianos en Córdoba, casado con una prima de Hostegesis, y tan malvado como él. Servando hizo apostatar á muchos, y obligó á los que no quisieron prevaricar á que pagasen nuevos tributos á los reyes infieles.

Sobre los abominables vicios y crímenes referidos añadió Hostegesis el de la herejía antropomorfita, suponiendo que Dios tenía figura corporal y humana; que no estaba por esencia en todas las cosas, sino por sutileza, y que el Verbo tomó nuestra naturaleza en el corazón de María, no en su vientre purísimo. Había recibido estas disparatadas ideas de dos herejes, por nombre *Romano* y *Sebastián*, manchados también, como Hostegesis, con todo género de liviandades. Consideraba á la Divinidad colocada en lugar altísimo, desde donde contemplaba todas las cosas sin estar presente en ellas. Nacía todo ello de un error grosero: de considerar corpóreo al Hacedor; por donde hacerle presente en todas partes por esencia resultaba ridículo y absurdo. Hostegesis no comprendía tampoco la manera cómo podía estar Dios en cosas inmundas sin contaminarse.

**Refutación del antropomorfismo por el abad Sansón.** Este insigne escritor y celosísimo sacerdote quiso atajar desde luego los pro-

gresos de la herejía, y á este fin presentó á los Obispos reunidos en Córdoba con motivo de la consagración del prelado Valencio, y con el de celebrar de paso un Concilio, una valiente profesión de fe católica, que los Padres hallaron ser ortodoxa, celebrando el celo de su autor; mas Hostegesis, que vió en ello su más completo descrédito, no podía avenirse tan fácilmente, y redactó una sentencia en que infamaba á Sansón, privándole del honor sacerdotal, y haciendo de paso algunas declaraciones heterodoxas que ya quedan indicadas. Los Obispos cedieron á la fuerza y firmaron la sentencia; pero no tardaron en desdecirse casi todos, y Sansón, no sólo fué repuesto en sus antiguos honores, sino que, á petición de los fieles y del clero, le puso el obispo Valencio al frente de la abadía de San Zoil. Con esto se irritaron los herejes y acumularon contra Sansón las más atroces calumnias, por lo que se vió precisado á huir á Martos, donde escribió una refutación completa del antropomorfismo en su *Apologético*.

Antes que Sansón escribiese su obra, Hostegesis sostuvo una controversia con un presbítero llamado Leovigildo; y vencido por éste, confesó que Dios estaba en todas las cosas, menos en algunas indignas de Él; pero esto no impidió que en una carta á sus diocesanos se diese aires de vencedor. Al fin, á lo menos exteriormente, abjuró de sus errores, y publicado el *Apologético* de Sansón, el antropomorfismo no volvió á levantar cabeza.

**El apóstata Bodo.**—Su controversia con Álvaro Cordobés. Algunos años antes de la presentación del antropomorfismo escandalizó á los cristianos cordobeses el diácono Bodo con su apostasía y otros crímenes que fueron consecuencia de la misma. Bodo era alemán, y había sido educado en el palacio imperial. En 838 emprendió una peregrinación á Roma; no se sabe dónde, se convirtió al judaísmo, casándose con la hija de un judío, y tomando el nombre de Eleázaro. Vendió como esclavos á los que le acompañaban, menos á un sobrino suyo que también apostató, y se presentó en Zaragoza, que aún estaba por los musulmanes. De esta ciudad partió para Córdoba, y allí trabajaba para que los reyes árabes no tolerasen el culto cristiano, obligando á todos á hacerse moros ó judíos. Los cristianos, inicuaamente perseguidos por causa del apóstata, escribieron á Carlos el Calvo rogándole que reclamase la persona de aquel infame. No se sabe qué resultado dió esta reclamación; probablemente ninguno.

No es preciso detenernos en detallar los errores de Bodo: eran

los que en todo tiempo sostuvo y sostiene el judaísmo. Álvaro Paulo estuvo en correspondencia epistolar con Bodo, pulverizando en varias cartas los sueños judaicos. El apóstata abandonó el campo, diciendo que no quería contestar á los ladridos de perros rabiosos; manera fácil y cómoda de cortar controversias, principalmente si no hay razones más contundentes que oponer.

**Escritores mozárabes.—San Eulogio.** En medio de la ignorancia general, brillaron en la España morázarabe escritores de alto vuelo y de grandísima importancia histórica, científica y literaria; mas lo que avalora los escritos de los mozárabes andaluces sobre todos sus demás méritos, es el santo fin que se propusieron, defendiendo con valor, con talento é ilustración extraordinarios, los dogmas sagrados de la fe, y sosteniendo el espíritu evangélico en la grey cristiana en tiempos sobre todo encarecimiento difíciles.

San Eulogio es la primera figura entre los escritores de su raza. Su ardor por una ilustración sólida le llevó á visitar los monasterios del Norte de España, aun arriesgando su vida. Fuera de algunos libros que escribió cuando mozo, y que después los rompió en edad madura, debemos á San Eulogio el *Memoriale Sanctorum*, escrito en defensa de los mártires. Es su obra principal, dividida en tres libros y escrita en diferentes años. Para alentar al martirio á las santas doncellas Flora y María, que estaban en la cárcel á la vez que nuestro Santo, y eran muy solicitadas para que apostatasen, escribió el *Documentum martyriale*, que surtió su efecto. El *Apologeticus Martyrum* tuvo por objeto defender el culto de los santos mártires Rodrigo y Salomón, impugnado por algunos ignorantes. Escribió además varias cartas, cinco de las cuales se conservan; la dirigida á Wilesindo, obispo de Pamplona, es de gran importancia histórica.

Cuanto al mérito de estas obras, se puede asegurar que el siglo IX no las produjo mejores, ni acaso iguales en ninguna parte del mundo.

**El abad Esperaindeo, Sansón, Álvaro Cordobés y otros.** Algunos de éstos quedan mencionados más arriba. Esperaindeo fué el maestro de San Eulogio y de Álvaro Cordobés, y bastaríale con esto sólo para ocupar lugar muy alto, aun entre los hombres ilustres de los siglos más civilizados. No tenemos de este escritor más que una carta dirigida á Álvaro, y varios fragmentos conservados por San Eulogio; pero se sabe que escribió una obra contra las supersticiones de Mahoma; otra refiriendo el martirio

de los santos hispalenses Adulfo y Juan, y otra tercera, de carácter dogmático, refutando los errores antitrinitarios que empezaron á pulular por Andalucía. Vivió buena parte del siglo VIII y más de la primera mitad del IX (856).

Al hablar de la herejía antropomorfitá hemos mencionado las dos obras debidas al abad Sansón, ó sea la profesión de fe presentada al Concilio de Córdoba y el *Apologético*.

Álvaro Cordobés fué el escritor más fecundo entre sus coetáneos y paisanos, y, aunque seglar, sumamente versado en ciencias dogmático-religiosas. El *Indiculus luminosus*, es su trabajo más importante. Falta la segunda parte de esta obra, que no se sabe si en realidad la escribió el autor ó quedó en proyecto.

Débase también á nuestro autor la vida de su amigo San Eulogio, y otra obrita intitulada *Liber Scintillarum*, que se reduce á una colección de sentencias de los Santos Padres sobre virtudes y vicios. Las diez composiciones poéticas que tenemos de Alvaro son muy apreciables, y sus numerosas cartas á diferentes personajes de la época, algunas de ellas de carácter apologético, contienen noticias é ideas peregrinas. No hay una sola obra entre las de este autor que no sea manifestación de su gran fervor religioso, y de su notable erudición sagrada, muy bien digerida.

Alvaro menciona en sus cartas otros dos escritores: un doctor Vicente, natural de Córdoba, y Basilisco, autor de obras dogmáticas contra Elipando. Lo único que conocemos de estos dos autores son sendos fragmentos, que el mismo Alvaro nos ha conservado en sus cartas.

Del presbítero Leovigildo hemos hablado tratando de Hotesis: sólo falta añadir que escribió una obra dividida en diez capítulos, cuyo título es: *De habitu clericorum*, dedicada al clero de la iglesia de San Cipriano, de Córdoba, explicando la significación mística del traje sacerdotal. Del arcipreste Cipriano, de Córdoba también; tenemos cinco epigramas latinos y tres epitafios; y en la correspondencia de Álvaro hallamos noticias de un tal Juan, escritor sevillano, muy docto en materias literarias y aun dogmáticas, según lo demuestran dos cartas que aún se conservan entre las del gran escritor cordobés. Finalmente, no debe confundirse á este Juan, hispalense, con otro obispo de Sevilla que floreció en el siglo X. No tenemos ninguna obra suya; pero sí noticias de que era venerado hasta por los árabes por su maravillosa ciencia y virtud. Tradujo la Biblia al árabe, y la expuso. En el si-

glo X nos hallamos también con otro escritor que algunos suponen fué de Córdoba : nos referimos al presbítero Raquel, autor de una *Vida y martirio del inclito joven San Pelayo*.

**Exterminio del pueblo mozárabe.** Con varia suerte, según que amainaba ó arreciaba el viento de la persecución, fué arribando el pueblo mozárabe hasta los comienzos del siglo XII. Viendo que los cristianos de Toledo, Huesca y Zaragoza hablan sacudido el yugo musulmán, animáronse también los de Andalucía, y solicitaron el auxilio de los príncipes cristianos, augurándoles éxito feliz en la osada empresa. Alfonso el Batallador no se hizo sordo á este llamamiento, y emprendió una correría por las comarcas andaluzas y valencianas ; pero con habérsele agregado diez mil soldados mozárabes, sólo consiguió volver á sus dominios seguido de doce mil familias. La masa de la población mozárabe quedó expuesta á las centuplicadas iras de los almorávides, que hicieron espantosa mortandad en los indefensos cristianos, en particular en los sospechosos de haber contribuido á la conspiración. Multitud de ellos fueron declarados esclavos y conducidos al Africa, ó desparramados por el interior de los pueblos moros, para borrar en ellos toda idea de nacionalidad. Cuando en los comienzos de la centuria XIII pasó el estrecho Mahomed-ben-Jacob, seguido de formidable hueste agarena, acompañábase buen golpe de cristianos, obligados á combatir contra sus hermanos. Conquistadas á poco Sevilla, Córdoba y otras ciudades por San Fernando, apenas halló reliquias del pueblo mozárabe.

---

## PERÍODO CUARTO

### TÉRMINO DE LA RECONQUISTA

Desde San Fernando hasta la toma de Granada (1217-1429).

---

### CARÁCTER DE ESTE PERÍODO

Faltan palabras para encarecer la alteza de gloria y pujanza á que llegó la España cristiana durante el siglo XIII, gracias á los afortunados esfuerzos de Fernando de Castilla y Jaime de Aragón, y al conjunto de circunstancias—independientes en parte de la bienhechora influencia de los monarcas mencionados—que concurrieron á desenvolver los gérmenes de vida y bien entendida civilización, debidos á la centuria precedente. A las gloriosas conquistas de los reyes mencionados débense agregar otros elementos de progreso, tales como la fundación de las universidades, ya iniciada antes de San Fernando, y la difusión de las Órdenes mendicantes; unas y otras prosperaron á maravilla, como en terreno bien preparado, y á la vez que consolidaban las conquistas de las armas cristianas, y contribuían á la mejora de las costumbres, tanto como á ahuyentar las sombras caliginosas de la ignorancia general, fueron el ornamento más espléndido de aquella grande y legendaria época. Muertos San Fernando y Jaime el Conquistador, Castilla vino á ser campo abierto á todas las ambiciones, consecuencia de los desórdenes del Trono y de turbulencias y desastrosas minorías; los magnates se alzaron con el poder que los monarcas, débiles ó malvados, no supieron manejar. Aragón derramó su sangre ó invirtió sus tesoros en las guerras de Italia, y uno y otro reino experimentaron los tristes resultados del funesto cisma de Occidente, con el obligado acompañamiento de la corrupción general de costumbres, y de la ignorancia profunda y no menos general, sólo comparable á la de los siglos más desdichados de nuestra historia. A ese extremo llegó España en el siglo XIV y gran parte del XV, y bien seguro es que igual suerte

hubiera cabido á los últimos años del XIII á no haber vivido á expensas de las grandes energías acumuladas en los anteriores.

Luce, por fin, el gran día de la alianza entre las dos nacionalidades, aragonesa y castellana, en dos monarcas que aportan á la unión las cualidades al parecer más antitéticas: la razón fría y serena, y el corazón grande, generoso y de alientos soberanos. Fernando é Isabel, sin embargo, se completan lejos de repelerse, y lo que se efectúa en su unión conyugal verificase en los dos grandes Estados que dirigen para acometer y llevar á feliz término la grande obra de la restauración española al clavar el estandarte de Castilla en los almenados muros de Granada.

---

## CAPITULO PRIMERO

### **Reyes de España.—Sus relaciones y desavenencias con la Santa Sede.**

**San Fernando y Jaime I.** Estos gloriosos monarcas fueron los dos brazos poderosísimos de que se sirvió la divina Providencia para engrandecimiento de la nación española y humillación de sus enemigos. Fernando comienza su reinado en Castilla, y muere (1252) después de haber unido á esta corona la de León (por muerte de su padre), y las de Córdoba, Murcia y Sevilla, conquistadas después de heroicas hazañas. Jaime de Aragón realiza parecidas empresas, sujetando á sus dominios las islas Baleares, el reino de Valencia y buena parte del de Murcia. Tales conquistas son tanto más preciadas y dignas de figurar en los fastos eclesiásticos, cuanto que todas ellas eran religiosas, y á la postre, el engrandecimiento de los Estados de entrambos monarcas significaba la dilatación de los dominios de Cristo; pues, dando de mano á toda división doméstica, dedicáronse desde luego á guerrear contra la morisma, y sólo á costa de ella alcanzaron todos sus triunfos. Por otra parte, hijos sumisos y amantísimos de la Iglesia, procuraron con todas sus fuerzas favorecerla, y hay pocos monarcas más dignos de figurar como protectores decididos de la misma. No tienen número las iglesias por ellos fundadas ó restauradas. Cuéntase de Jaime I que fundó hasta 2.000, convirtiendo otras tantas mezquitas en iglesias dedicadas al culto del verdadero Dios.

**Alfonso el Sabio.— Sancho el Bravo y Fernando el Emplazado.** En tal situación quedaba la morisma á la muerte de San Fernando, que á poca costa pudo su hijo Alfonso, denominado el Sabio, haber concluido con ella para siempre. Mas ocupado preferentemente en el cultivo de las ciencias y en pretender la corona de Alemania, ni logró dar un paso en la conquista de los maltrechos dominios árabes, ni conservar una paz beneficiosa en sus Estados. Su hijo Sancho IV, el Bravo, usurpó el trono en perjuicio de sus sobrinos los infantes de la Cerda, que, á pesar del apoyo de los reyes de Fran-



cia, Portugal y Aragón, no pudieron hacer valer sus derechos en larguísimas contiendas, que se prolongaron hasta bien entrado el siglo XIV. Don Sancho alcanzó algunas ventajas sobre los *benimerines*; pero el reino cristiano tuvo poco que agradecerle, lo mismo que á su hijo Fernando IV.

**Alfonso XI.—La batalla del Salado.** Coronado Alfonso XI á los dos años (1312), fué su menor edad sobre todo ancareoimiento desastrosa. Quince años tenía cuando tomó las riendas del poder, y manifestó desde luego estar adornado de prendas excelentes, aunque contrapesadas por violentas pasiones, que ya desde luego dieron frutos amargos, prolongándose éstos por muchos años.

Terminada la tregua concertada entre moros y cristianos, todos se preparaban á la guerra, si bien los nuestros, después de las intestinas de la menor edad del monarca, hallábanse sumamente quebrantados y en pésima disposición para hacer frente al africano. Sin embargo, la suerte les fué propicia, y en dos sorpresas que dieron á la caballería africana que Albohacén había enviado al mando de su hijo Abomelique, la destrozaron por completo, con muerte del caudillo que la mandaba.

Irritóse Albohacén con tales desastres, mandó predicar la guerra santa, y no tardó en pasar el Estrecho con 100.000 infantes y 70.000 caballos, contando además con la poderosa ayuda de 320 buques. Alfonso XI temió asumir la responsabilidad de una guerra que, según todas las apariencias, iba á ser harto funesta para las armas cristianas, y mandó reunir un gran Consejo de prelados y magnates, á los cuales expuso sincera y minuciosamente la situación en que se encontraba y los recursos de que podía disponer, dejándoles solos para que deliberasen. Hubo quien opinó que debía negociarse la paz para evitar la ruina total de España, temiendo una segunda edición de lo sucedido en Guadalete; pero los más juzgaron que no había medio decoroso de procurar la paz, puesto que el enemigo, al frente de fuerzas tan considerables, había de imponer condiciones humillantes. Prevaleció, pues, el partido de la guerra, pero los recursos para ella eran exigüos: rehízose la armada de Castilla en Sanlúcar, uniéndose á ella las de Aragón y Génova. Acudió también el rey de Portugal en persona con 1.000 jinetes escogidos, y con todos los que de Castilla se pudieron allegar, se reunieron 25.000 infantes y 14.000 caballos. El Papa concedió indulgencia y jubileo plenísimo á todos aquellos que por tres meses sirviesen en la gue-

rra santa, cometiendo la publicación de estas indulgencias á Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo. Avistáronse los ejércitos cerca de Tarifa el día 30 de Octubre de 1340, junto al río Salado, de donde tomó el nombre este suceso glorioso. El resultado de la batalla fué que el ejército africano quedó deshecho, con muerte de 200.000 moros, habiendo quedado cautivos otros muchos miles. De los nuestros sólo murieron veinte hombres, cosa que en verdad maravilla, y no tiene razonable explicación si no se acude á una ayuda especialísima del Cielo.

**Pedro el Cruel y Enrique II. — Juan I y Enrique el Doliente.** Hemos indicado que la conducta privada de Alfonso XI fué escandalosa. Su legítima consorte vivió abandonada, criando á su único hijo en una atmósfera de rencores y odios que más tarde dieron sus naturales frutos. A la muerte de Alfonso (1350) subió al trono de San Fernando este hijo, por nombre Pedro, bien conocido en la historia con el sobrenombre de *Cruel*. Largo es el catálogo de sus lascivias, crímenes y asesinatos, y el de los escándalos que dió en su vida, en extremo licenciosa, que no hemos de enumerar por menudo; pero no podemos pasar en silencio ni el asesinato de su propia mujer, la infortunada Doña Blanca, ni el que cometió en D. Suero Gómez, arzobispo de Santiago, y el Decán de su catedral, D. Pedro Alvarez. Fuera de esto, desterró al arzobispo de Toledo, al obispo de Sigüenza, y á otros varios Prelados; despreció las amonestaciones de la Silla Apostólica, y en vez de volver sus armas contra los moros, las empleó en guerrear contra los cristianos, mientras el rey árabe de Granada se apoderaba de Jaén y Úbeda, haciendo horrible carnicería y llevando innumerables cristianos cautivos.

Seguramente que no valía mucho más que él su hermano bastardo Enrique; pero los extremos de crueldad, rapiña, lascivia y otros crímenes del desatentado D. Pedro, hicieron que el bastardo apareciese como una esperanza para la Monarquía. Por eso Enrique, aunque fué derrotado en Nájera, volvió de Francia con nuevos refuerzos, llegando como en triunfo hasta los campos de Montiel, donde se vinieron á las manos los dos hermanos, venciendo el bastardo, que mató á puñaladas al desventurado rey de Castilla. Digno remate de una vida de infamias.

No era mucho mejor, ya lo hemos dicho, Enrique de Trastámara; pero es preciso convenir en que reinó en paz relativa, dispensando pródigamente títulos y beneficios, sin duda para

captarse las voluntades de sus súbditos, que, de cualquier modo, no podían menos de ver en él al asesino de su propio rey y hermano.

De D. Juan I poco hemos de decir, puesto que nada de particular hallamos en su reinado en relación con la Iglesia, fuera de la participación que necesariamente había de tomar en el gran cisma de Oriente, del que más adelante hablaremos. Su hijo Enrique III el Doliente manifestó ser digno sucesor de los grandes monarcas de la Restauración, tanto por su buen gobierno como por sus gloriosas expediciones contra los moros de Granada. ¡Qué de esperanzas no hizo concebir el natural recto, el carácter integro y el ánimo varonil de Enrique III! Buena maestra dió de ello en los duros escarmientos que hizo en los moros, reconquistando buena parte de sus antiguos dominios. Pero no gozó apenas de un momento de salud, y murió muy joven.

**Juan II y Enrique IV.** Juan II (1407) subió al trono, niño aún, por generosidad de su tío D. Fernando, á quien los grandes se lo ofrecían. Tuvo algunas bellas cualidades, y la batalla de *Higuera*, en que tanta gloria le cupo, tuvo á raya á los moros de Granada. Gran valido suyo fué D. Álvaro de Luna, que al caer de la gracia real subió al cadalso en Valladolid (1463). Parecido en muchas cosas á su padre fué su sucesor Enrique IV, sin ninguna de sus buenas cualidades. Afeminado en sus costumbres y carácter, no pudo nunca tener en paz su reino á pesar de las prodigalidades con que procuraba congraciarse con los magnates, y llegó el caso de que éstos le depusieran, alzando en su lugar á su hermano Alfonso. Á la muerte de éste, el arzobispo de Toledo intentó poner en el trono á la infanta Doña Isabel; mas ésta, con la grandeza de ánimo de que tantas muestras dió en su vida, contestóle que ofreciese aquellos servicios al Rey. En tiempo de este monarca (1462) se ganó el Peñón de Gibraltar.

**Desacuerdos entre los reyes de Aragón y la Santa Sede.** El propio D. Jaime el Conquistador, á cuyas eminentes cualidades de guerrero invencible y político de grandes alientos hemos hecho justicia, tuvo más de una vez serias desavenencias con la Santa Sede. Casado, muy niño aún, con Leonor de Castilla, el Concilio de Tarazona declaró nulo este matrimonio con gran contentamiento de entrambos esposos, que vivían mal avenidos. Gregorio IX confirmó la sentencia del Concilio. Casóse á poco el monarca aragonés con Teresa Vidaura, princesa de Hungría; pero no tardó

en manifestar deseos de repudiarla. Ni en España ni en Roma halló medios de anular este segundo matrimonio, y Jaime expiró antes que la Santa Sede resolviese la cuestión en definitiva.

Más grave fué aún lo acontecido con D. Fray Berenguer de Castelbisbal, obispo de Gerona y confesor de D. Jaime. Temió éste que Berenguer hubiese manifestado su proyecto de dividir el reino, y le hizo cortar la lengua. Inocencio IV, aunque deudo de D. Jaime, se negó á desterrar al infeliz confesor como lo deseaba el monarca, y á otorgar á éste la absolución de las censuras en que había incurrido sin previa penitencia pública. Hizola D. Jaime, y obtuvo la absolución deseada.

Ya antes hubo algunas diferencias entre el Papa y el Conquistador, ya por haberse negado aquél á confirmar á cierto Obispo nombrado por D. Jaime, ya porque éste no quiso reconocer el feudo ofrecido á la Santa Sede por su padre D. Pedro.

**Siguen las desavenencias.**—Don Pedro III ocupa el reino de Sicilia. Succedió al Conquistador su hijo D. Pedro III, que, contra todos los deseos del Papa, se casó con Constanza, hija de Manfredo, rey de Sicilia. Cuando este reino se vió libre del gobierno despótico de los franceses gracias á la horrible jornada conocida en la historia con el nombre de *Vísperas Sicilianas*, á la que probablemente no era del todo ajeno Pedro de Aragón, éste, que tenía preparada una respetable armada, acudió prontamente con ella á Palermo, donde fué coronado rey de Sicilia á pesar de las protestas del Papa, alegando los derechos de su mujer á aquella corona. Martino IV, que ocupaba la Silla de San Pedro, llevó muy á mal este golpe de audacia, excomulgó al monarca aragonés y le declaró privado del trono, absolviendo á los aragoneses del juramento de fidelidad, amén de poner entredicho en todos sus reinos. Ofreció al propio tiempo la corona de Aragón á Carlos de Valois, hijo segundo de Felipe el Atrevido; mas á pesar de los esfuerzos del francés para vengar la injuria, Pedro de Aragón, que se vió abandonado hasta de su hermano el rey de Mallorca, dió buena cuenta de todos sus enemigos. El rey de Francia tuvo que ponerse en sus manos para pasar la frontera, y la armada aragonesa, al mando del invencible Roger de Lauria, destrozó por tres veces á la enemiga, que era el sostén del ejército de tierra por los bastimentos que le proporcionaba. Los personajes principales que intervinieron en aquellos sucesos, Martino IV, Pedro III de Aragón y Felipe el Atrevido, murieron muy pronto.

Alfonso de Aragón, hijo de D. Pedro, excomulgado también por el Papa como su padre, se hizo coronar rey de Aragón, mientras que su hermano D. Jaime recibía igual investidura en Sicilia. Por mediación del príncipe Carlos de Anjou y de Eduardo de Inglaterra, Alfonso provocó una junta en Olorón para [venir á una inteligencia sobre los asuntos de Sicilia. Carlos de Anjou, que estaba prisionero en poder del aragonés, avinose á todas las condiciones que se le impusieron con tal de lograr su libertad; pero el Papa Nicolás IV, sucesor de Honorio IV, que no se satisfacía con menos que con la vuelta de Sicilia á poder de los franceses, absolvió á Carlos del juramento que había hecho en Olorón, y de nuevo excomulgó á los monarcas de Aragón y Sicilia. No satisfecho con esto, concedió al rey de Francia las décimas eclesiásticas de sus Estados por tres años, como subsidio para conquistar el reino de Aragón en favor de Carlos de Valois, otorgando además diez días de indulgencia á los fieles que implorasen el auxilio divino en favor de las armas francesas.

**Término de las desavenencias entre la Santa Sede y Aragón.**— **Expedición de catalanes y aragoneses á Oriente.** Deseoso el monarca aragonés de vivir en paz con todo el mundo, y más con la Santa Sede, se avino á una inteligencia que daba en tierra con las antiguas aspiraciones de los reyes de Aragón. Reuniéronse en Tarascón los Legados pontificios, juntamente con los comisionados de Felipe el Hermoso y Alfonso III de Aragón, los cuales firmaron un tratado en cuya virtud Alfonso debía pedir perdón al Papa de su inobediencia, comprometiéndose á pagar las treinta onzas de oro que su abuelo había prometido á la Santa Sede como tributario de ella; obligábase también á hacer que su madre Doña Constanza y su hermano Jaime abandonasen el reino de Sicilia. En cambio el francés renunciaba á los derechos que la Santa Sede le había conferido sobre los Estados del rey de Aragón. Como se ve, el tratado era sumamente oneroso para el aragonés, ya que los franceses sólo cedían á cambio del reino de Sicilia unos derechos que tenían mucho de quiméricos; pues no era posible concebir circunstancia alguna en que los pueblos de la monarquía aragonesa se avinieran á obedecer á un rey extranjero, aun dado caso que, por rarísima excepción, se diese por vencido moral ó materialmente su jefe y señor natural.

Ya se preparaba D. Jaime de Sicilia á resistir á todos sus enemigos, incluso á su hermano Alfonso de Aragón, antes de conser-

tir en las cláusulas del tratado, y hasta se hizo á la mar con su flota, é invadió la Calabria y se apoderó de Gerace, cuando supo que su hermano, que aún estaba soltero, había muerto sin sucesión. Suspendió las operaciones, y volviendo á Sicilia, dejó á su hermano D. Fadrique por lugarteniente suyo, y voló á los Estados aragoneses para ceñirse la gloriosa corona de Jaime el Conquistador. Á pesar de la excomunión del Papa contra él y cuantos le rindieron pleito homenaje, el nuevo monarca fué coronado solemnemente en Zaragoza (1291), protestando que recibía la corona, no por el testamento de su hermano, sino por el de su padre D. Pedro el Grande.

Cuatro años después, Carlos de Valois renunció sus derechos á la corona de Aragón, y el Papa Bonifacio VIII, que miraba con alguna simpatía á D. Jaime, reconoció sus derechos á la corona que ceñía, y ofrecióle las islas de Córcega y Cerdeña á cambio de Sicilia. Jaime no puso dificultades á estas condiciones; mas así como antes él se había resistido á dejar el mando de Sicilia, á pesar del convenio que había firmado su hermano Alfonso, resistióse también ahora tenazmente su hermano el príncipe D. Fadrique; y contra el empuje del célebre Roger de Lauria, que abandonó su causa y se volvió contra él, y contra los consejos de su hermano D. Jaime, que también le hizo la guerra, apoderándose de diferentes plazas y derrotándole sus escuadras, logró afianzarse en Sicilia y declararse rey de aquellos Estados; bien que en gran parte debió su corona á la condescendencia de Don Jaime, que tenía que violentarse mucho para hacerle la guerra, y concluyó al fin por retirarse, antes de completar, como hubiera podido hacerlo, la ruina de D. Fadrique.

La retirada de D. Jaime fué la señal de la victoria definitiva de D. Fadrique. Entendiéronlo así sus enemigos, y fácilmente se avinieron á concertar un tratado, por el cual D. Fadrique era reconocido rey de Sicilia, á condición de que se casase con Leonor, hija de Carlos II de Anjou; se reconociese vasallo de la Santa Sede (á la que debía pagar tres mil onzas de oro anuales), y pudiese á disposición del Papa trescientos de á caballo por tres meses, cada vez que los necesitase. Bonifacio VIII dió su aprobación á este convenio en 1303, consolidándose así el dominio de la raza española en Sicilia, con gran contentamiento de los subordinados, que cobraron tanto cariño á los nuestros, como odio habían profesado á los franceses.

Los restos de los españoles que habían militado á las órdenes de D. Fadrique, compuestos de catalanes y aragoneses, viéndose ociosos en Italia, pasaron á Oriente, realizando proezas verdaderamente inverosímiles, aun atestiguadas como están por autoridades irrecusables. El duque de Atenas, francés de nación, que los llamó en su ayuda contra los griegos, sirvióse de ellos contra sus enemigos; y al verse libre de éstos, quiso también deshacerse de los españoles; pero eso no era tan fácil y fué derrotado y muerto. Clemente V deseaba que Jaime de Aragón obligase á los expedicionarios á volverse á España; pero el aragonés nada hizo, y aquel puñado de españoles fundó los ducados de Atenas y de Neopatria, bajo la soberanía de Manfredo de Aragon, hijo segundo de D. Fadrique de Sicilia.

**Reyes de Aragón hasta D. Fernando el Católico.** Por renuncia bien extraña de Jaime II, subió al trono su hermano Alfonso el Benigno (1327), que hizo concebir halagüeñas esperanzas por sus bellas cualidades; pero agobiado por continuas enfermedades, nada pudo hacer que sea digno de especial mención. D. Pedro el Ceremonioso, en su largo reinado de cincuenta y un años, dejó profunda huella de su paso por el glorioso trono de Aragón. Hábil y redomado político, pocas veces ó nunca dejó de hacer, por escrúpulos de conciencia, lo que le aconsejaba el propio interés. Así es que, en lucha con D. Pedro de Castilla, no se dejó dominar por éste; y en las dudas y revueltas que se originaron con motivo del cisma, buscó siempre manera de salir con ventaja. Táchasele de cruel, ambicioso y fratricida; mas, fuera de haber despojado á su hermano D. Jaime del reino de Mallorca, jamás pudieron probarsele otros desafueros y crímenes, y en cambio ha pasado á la historia como protector y aun cultivador de las letras, no sin cierto barniz de misterioso alquimista. Juan I, su inmediato sucesor (1387), fué más dado á las artes, pero no más virtuoso. Los grandes del reino tuvieron que tomar cartas en la gobernación del Estado, que estaba puesto en manos de un tal *Corrocia*, obligando al Monarca á desterrar al valido. En tiempo de su hermano y sucesor Martín, pasó otra vez á poder del rey de Aragón el reino de Sicilia; pero á su muerte, ocurrida en 1402, no dejó sucesor para ninguno de los dos reinos.

Sucedió á D. Martín su sobrino D. Fernando I, el vencedor de Antequera (1410), siendo proclamado por San Vicente Ferrer, con indecible entusiasmo de los aragoneses, después y como consecuen-

cía del célebre *Compromiso de Caspe*. Reprimió con mano fuerte las turbaciones en Sicilia y Cerdeña, privando de su Estado al conde de Urgel, que se le había sublevado. Su hijo D. Alfonso V (1416), después de varias alternativas, en que perdió y ganó el reino de Nápoles, hizo las paces con los franceses al tener noticia de la caída de Constantinopla en poder de los turcos, y murió en 1458, dividiendo sus dominios entre su hermano D. Juan, rey de Navarra, á quien cedió el reino de Aragón y Sicilia, y su hijo natural D. Fernando, á quien declaró sucesor en Nápoles, como conquista suya que había sido este reino.

Don Juan II habíase casado en 1419 con Doña Blanca, viuda de D. Martín, rey de Sicilia, y á la muerte de su suegro, D. Carlos el Noble de Navarra (1425), habían sido declarados reyes de Navarra los consortes D. Juan y Doña Blanca. En 1441 murió ésta, dejando un hijo, por nombre Carlos, príncipe de Viana. Don Juan casó en segundas nupcias con Doña Juana, hija del almirante de Castilla, D. Fadrique Enríquez, originándose de ahí gravísimos disturbios. Instigado por su segunda mujer, D. Juan empezó á perseguir á su hijo D. Carlos, lo que levantó una furiosa insurrección, cuyo foco principal era Cataluña. Muerto malamente Don Carlos, los catalanes ofrecieron la corona sucesivamente al rey de Castilla, al condestable de Portugal y á Renato de Anjou; pero, rotos y deshechos por el ciego y octogenario Juan II, logró éste legar sus Estados de Aragón á su hijo Fernando, habido en su segunda mujer, y casado desde 1469 con Isabel de Castilla.

**Navarra hasta fines del siglo XV.** A la muerte de D. Sancho el de las Navas (1234), subió al trono de Navarra Teobaldo I, que fué como cruzado á Tierra Santa, dejando, sin embargo, mucho que desear su conducta respecto de la Iglesia. Su hijo y sucesor Teobaldo II, también fué con San Luis en la octava y última Cruzada. Muerto sin hijos su hermano Enrique (1273), la hija y heredera de éste, Doña Juana, casó con Felipe el Hermoso, de Francia. Desde este momento podemos resumir la historia de Navarra en las enemistades que tuvo su rey Carlos el Malo con los de Francia Juan el Bueno y Carlos el Sabio, y en las dolorosas escenas á que dió lugar la enemiga que profesó á su entenado Carlos, príncipe de Viana, Doña Juana Enríquez, segunda mujer de D. Juan.

Doña Leonor, hermana del infortunado príncipe D. Carlos, sucedió en 1479 á su padre D. Juan, y en tiempo de su nieta Doña



Catalina, casada con Juan Labrit, pasó Navarra á la corona de Castilla por conquista de Fernando el Católico.

**Los Reyes Católicos.** Á la muerte de Enrique IV (1474) subió al trono de San Fernando, Isabel I, hermana de Enrique, casada con Fernando de Aragón, que era ya rey de Sicilia. Cinco años después, por muerte de Juan II de Aragón, recayó esta corona en su hijo Fernando, reuniendo más tarde las de Granada, Navarra y Nápoles, con todos los reinos, condados y señoríos adyacentes. Fueron, pues, Isabel y Fernando los primeros que, después de la rota de Guadalete, se llamaron con razón reyes de España, aunque con bastante repugnancia del de Portugal. Sus victorias y el engrandecimiento de la Nación bajo su imperio, cosas que no cabe referirlas en pocas palabras, ni son todas propias de una historia eclesiástica. Debemos, no obstante, mencionar algunas que tienen aquí su propio lugar.

**Establecimiento de la Inquisición.** Dueños los Reyes Católicos de extensísimos dominios, y celosos de conservar la paz y bienestar en todos ellos, lo propio que la pureza de la doctrina católica, comprendieron muy luego la imposibilidad de conseguir tan excelentes fines no contando con medios extraordinarios. Objeto de odio y constante persecución los judíos lo mismo en España que en toda Europa; excluidos de los cargos públicos y obligados á llevar un distintivo infamante, resolvieron fingirse cristianos, con el doble fin de eludir vejaciones, y de vengarse de los fieles á mansalva y desde su mismo campo. Y á tal extremo llegó la impiedad de los conversos, que invadieron colegios y monasterios para burlarse de las prácticas religiosas, por donde fué preciso hacer un espurgo y no permitir á nadie la entrada sin previas informaciones llamadas de *limpieza de sangre*. Fuera de esto, la mezcla de judíos, árabes y cristianos hizo que muchos de éstos flaqueasen en la fe, no sin antes haberse encenagado en los vicios, que tal suele ser casi siempre el origen de las apostasías.

En vista de todo esto, los Reyes Católicos obtuvieron de Sixto IV una Bula (1480) para el establecimiento de la Inquisición en Castilla, con facultades más amplias que las que gozaba la fundada en Aragón hacía más de dos siglos. Cuatro años más tarde se estableció el mismo Tribunal en Aragón, ó más bien se organizó el que existía, reformándolo según las leyes que ya regían para la Inquisición castellana. Los aragoneses se opusieron tenazmente á tales reformas, porque con la confiscación de bienes y el secreto

de los procedimientos se barrenaban los fueros de aquel reino; mas el Rey Católico se sostuvo firme, y entendiendo que la medida era conveniente en aquellas circunstancias, no dió oídos á nadie y quedó organizado el Tribunal.

**Procedimientos de la Inquisición.—El primer Inquisidor.** Se ha supuesto que la Inquisición era un Tribunal que usaba de procedimientos bárbaros; pero, aunque parezca aventurado, nos atrevemos á afirmar que hoy mismo los tribunales civiles no se rodean de las garantías de acierto que la Inquisición entonces para no errar en sus fallos. En punto á la dureza de éstos, cúlpese á las leyes civiles de entonces, si culpa hubiera, porque el Tribunal de la Fe sólo indagaba la existencia de la herejía ó apostasia; y en caso afirmativo, si á esos *crímenes* se juntaba la obstinación, al culpable quedaba relegado al brazo secular, para que éste le aplicase la pena según el Código. ¿Qué tribunal de hoy empieza por publicar un largo plazo de gracia, dentro del cual obtengan la libre absolución cuantos confiesen sus culpas? Pues no se olvide que ése era el proceder del sabido Tribunal de la Fe. ¿En qué otro del mundo se espera á que el crimen esté probado por cinco testigos para prender al presunto criminal? ¿Y qué juez de nuestros tiempos ha menester siete testigos confeses para fallar contra el reo? Con todo, ése era el modo de obrar de la Inquisición; y se le condena por quíenes no tienen una sola palabra de vituperio contra los calvinistas, que poco después asesinaron á cuatro mil religiosos, saquearon y devastaron veinte mil iglesias y destruyeron dos mil conventos, noventa hospitales, etc.! Historiadores católicos extranjeros de indudable buena fe, dando por supuesto que la Inquisición cometía abusos, extralimitándose de las atribuciones pontificias recibidas, esfuérganse en probar que los Papas no fueron responsables de los supuestos excesos. Olvidan los tales que el Sixto IV, como afirman, se quejaba de los abusos de la Inquisición española, y otros Pontífices anteriores y posteriores trabajaron por suavizar la severidad de sus procedimientos, en cambio Paulo IV dió un Breve en 1559—la época de más pujanza y severidad de la Inquisición—autorizando al inquisidor Valdés para relajar al brazo secular á los herejes dogmatizadores, *aunque no fuesen relapsos*, y hasta á los arrepentidos, *si el arrepentimiento parecía equivoco* y arrancado sólo por temor á la pena capital. Excesos aislados hubo, como los hay en todo aquello en que pone el hombre sus manos pecadoras; pero como institución, como

cuerpo admirablemente organizado, en que á la Iglesia cupo una parte tan directa, no tuvieron, ni ella ni los Papas que la autorizaron, por qué avergonzarse, ni tenemos los católicos necesidad de salir á su defensa: la simple exposición de los hechos es la mejor apología de la Inquisición española, y, por tanto, de los que la fundaron, ampararon y sostuvieron.

Fr. Tomás de Torquemada, de la Orden de Santo Domingo, confesor de los Reyes y persona de grandes luces, fué elegido primer Inquisidor general, y ésta ha sido la causa de que los extranjeros, la mayor parte de los cuales han profesado tanto odio á España como á la Inquisición, hayan rodeado la memoria del célebre inquisidor de medrosas sombras, presentándole como hombre sin entrañas, que se gozaba como una fiera en el exterminio de sus semejantes. Ninguna persona de mediana instrucción se deja hoy alucinar por semejantes afirmaciones, inspiradas por el odio sectario ó por la más crasa ignorancia.

**Conquista de Granada.** Estaba también reservada á Isabel y Fernando la completa destrucción del islamismo en España. En 1482 cayeron en su poder el pueblo y castillo de Alhama; en 1487, Vélez Málaga, Guadix y Almería. Íbanse reduciendo con esto á la ciudad de Granada los dominios que hasta entonces le quedaban al reino moro del mismo nombre. Cercada la ciudad, último baluarte del islamismo, tras largo asedio en que hizo tanto daño á los moros la guerra intestina como el incontrastable empuje de las armas cristianas, entregó las llaves de Granada el rey Boabdil, llamado el *Chiquito*, conforme á las capitulaciones pactadas (2 de Enero de 1492). «Así se acabó, dice Flórez, la guerra con los moros en 1492, en que los Reyes Católicos aumentaron á su Imperio el nuevo floridísimo reino de Granada, aumentando laureles á sus triunfos, glorias á la nación española y dominios á la Religión cristiana.»

## CAPITULO II

**Ordenes religiosas. — Fundación y restablecimiento de obispados. — Fundación de universidades.**

**Órdenes religiosos de institución extranjera.** Tras de los cluniacenses, que se establecieron en España en el siglo XI, vinieron en el siguiente los cistercienses y los cartujos. De los agustinos se sabe que existían en España por lo menos desde el siglo XI, como consta en la vida de Santo Domingo de Silos. En el pontificado de Inocencio III comenzó á adquirir nuevos bríos la Orden agustiniana, y los papas Inocencio IV y Alejandro IV, al darle unidad y conexión, no hicieron más que reunir elementos dispersos, formando con las diversas congregaciones existentes un solo cuerpo bajo una sola cabeza suprema.

Los carmelitas, que ya se habían unido en el siglo XII, hubieron de pasar á España en el siguiente, y en este mismo se propagaron en grande escala por nuestra Península las Ordenes de Santo Domingo (Predicadores) y San Francisco (Menores), eclipsando á todas las demás. Ambos ilustres fundadores establecieron varias casas en la Península: el primero en Burgos y Segovia (1222), y el segundo en Zaragoza, Burgos y otras ciudades importantes. También San Juan de Mata vino á España en el propio siglo XIII á fundar casas de su Orden de la Santísima Trinidad, para la redención de cautivos, y todavía podríamos alargar el catálogo de Ordenes religiosas de fundación extranjera que se propagaron por España en el siglo XIII.

**Orden de la Merced.** Respondiendo á las apremiantes necesidades de la época, se fundó la Orden de la Merced (1228) con objeto análogo al de los trinitarios, que ya existían en España. Un piadoso comerciante, por nombre Pedro Nolasco, nacido cerca de Carcasona, y Raimundo de Peñaforte, insigne hijo de Santo Domingo, seguían la corte de Jaime I de Aragón en la mencionada época. Dichos sujetos y el monarca aragonés viéronse favorecidos con una visión, en que se les apareció á cada uno separadamente la Virgen Nuestra Señora rodeada de ejércitos angéli-

cos, encargándoles que fundasen una Orden religiosa, cuyo objeto preferente fuese la redención de cautivos. Hiciéronlo así, añadiendo á los tres votos ordinarios de pobreza, obediencia y castidad, un cuarto voto de redimir cautivos, para lo cual debían ellos constituirse tales si las circunstancias así lo requerían. Esta Orden, como la de Santo Domingo, que acababa de fundarse y otras muchas, antes y después, recibió la Regla de San Agustín, y no tardó en ser aprobada por la Silla Apostólica (1235). En sus principios predominaba en ella el carácter militar, pero en el siglo XV la perdió por completo. Benedicto XIII la hizo mendicante.

**Extinción de los templarios.—Orden militar de Montesa.** Instigados los reyes de España por el Papa Clemente V y Felipe el Hermoso, procedieron á principios del siglo XIV al examen de la conducta y doctrinas de los templarios. Créese por lo común que á lo menos los templarios españoles, si bien podían adolecer de mayor ó menor relajación, jamás se mancharon con los nefandos crímenes ni con las doctrinas heterodoxas que se decían comunes entre los templarios franceses. Ni Jaime II de Aragón, que tenía motivos para conocerlos, ni los Concilios de Salamanca y Tarragona, reunidos para fallar sobre este asunto, reconocieron semejantes iniquidades; antes declararon que los templarios eran inocentes. Esto no significa que no hubiera relajación de costumbres; por eso, y sin perjuicio de dar entero asentimiento á las declaraciones de los Concilios citados, podemos justificar la conducta de los que á todo trance pedían la extinción de dicha célebre Orden. Como el reino de Navarra dependía de Francia, los templarios de entrambos países fueron igualmente maltratados. Los de Aragón se resistieron por bastante tiempo á someterse á ser juzgados, principalmente los que se hicieron fuertes en los castillos de Monzón y de Miravet; pero éstos y los de Castilla fueron también suprimidos.

Sus bienes se repartieron entre la Orden militar de San Juan de Jerusalén y otra nueva que se fundó con el nombre de Nuestra Señora de Montesa.

Á la extinción de los templarios hallóse Jaime II con que las fronteras de Valencia quedaban desguarnecidas, y que los moros de Granada tenían abierto el camino para sus correrías por aquella parte. Esto le movió á solicitar de la Santa Sede la oportuna autorización para instituir una Orden militar que defendie-

se dichas fronteras; y aunque al principio halló obstáculos, Juan XXII accedió á sus deseos, y el día 22 de Julio de 1319, reunidos en la capilla condal de Barcelona varios caballeros de Calatrava, San Juan, San Jorge y la Merced, fué instituido D. Guillén de Heril Gran Maestre de la nueva Orden. Los primeros que tomaron el hábito fueron diez caballeros de Calatrava, y más tarde (1400) se les agregaron los de San Jorge de Alfama y los de la Merced. Tomaron por insignia la cruz roja sin flores, y el manto capitular blanco. Jaime II adjudicó á esta Orden la villa de Montesa, de la que tomaron el nombre, con más los bienes que los templarios poseían en el reino de Valencia.

**Fundaciones y restauraciones hechas por D. Jaime de Aragón y Fernando de Castilla.** Una de las primeras conquistas de Jaime de Aragón fué la hermosa isla de Mallorca (1229), y el piadoso Rey, aun á trueque de disgustar al cabildo de Barcelona, se apresuró á fundar allí iglesia catedral exenta con Autorización de la Santa Sede. Nueve años después conquistó á Valencia tras prodigios admirables de valor, y restauró la antigua gloriosa Sede episcopal, agregándola, como sufragánea, á Tarragona, y enriqueciéndola espléndidamente. Fué su primer Obispo Ferrer de San Martín. A fines del siglo XV fué elevada esta Sede á metropolitana, y entre las sufragáneas que se les agregaron figura la de Mallorca.

En 1235 se apoderaron los cristianos de Córdoba. Sábese que á fines del siglo X aún tenían Obispo los mozárabes de esta ciudad; pero desde aquella fecha hasta el siglo XIII hubieron de carecer de tal beneficio, si es que todavía existían algunos cristianos, como hay motivos para sospechar, por la entrega que hicieron (los cristianos, se ha de suponer) de los arrabales de la ciudad á las tropas liguras del monarca de Castilla. San Fernando se apresuró á restaurar la antigua Sede cordobesa, purificando la magnífica mezquita que desde entonces sirve de catedral. El primer Obispo fué un monje de Fitero, por nombre Lope. Ya hemos dicho que en el siglo X el candillo árabe Almanzor hizo trasladar á Córdoba las campanas de Santiago en hombros de los cristianos. Cerca de tres siglos sirvieron de lámparas en la mezquita de Córdoba; y cuando San Fernando se apoderó de esta ciudad, hizo devolver dichas campanas á Compostela en hombros de musulmanes.

Jáen, ciudad fortísima en el siglo XIII, abrió sus puertas al

monarca de Castilla por un concierto que hizo éste con el rey moro de Granada. En Jaén, como en Córdoba, el primer cuidado del piadosísimo Fernando fué mirar ante todo por los intereses espirituales de la nueva ciudad; y comprendiendo que Jaén por su importancia así lo pedía, dióse prisa á mandar que purificasen la principal mezquita y estableció Sede episcopal, trasladando allí poco después, con autorización del Papa, la catedral muy poco antes restablecida en Baeza, la antigua *Beatia*.

Apenas reseñada Sevilla del poder de los árabes (1248), hubo el Santo Rey en esta ciudad, lo mismo que en cuantas de alguna importancia conquistaba. Al punto hizo consagrar la mezquita mayor y restaurar la Sede gloriosísima de los Leandros é Isidoros; y aunque por entonces no tenía Iglesias sufragáneas, gozó desde luego la nueva Silla de los privilegios de metropolitana.

Alfonso IX. de León, reconquistó á Badajoz, probablemente por los años de 1228. Dos después aparece el primer Obispo de esta ciudad; mas no se dice si la Sede fué restablecida por el Monarca leonés ó por su hijo San Fernando, quien heredó los Estados de su padre en 1230. Hasta hay motivos para sospechar que ninguno de ellos fué el restaurador de esta Cátedra episcopal; porque, de haberlo sido alguno, es de creer que le hubiera asignado las rentas necesarias para su decorosa sustentación; y ello es que, años después de restablecida la Sede, fué preciso arbitrar recursos de una manera algo irregular para el objeto indicado.

**Creación de la Cátedra episcopal de Cadiz.—Restauración de la de Cartagena, Málaga y Guadix.—Erección de la de Almería.** Las armas cristianas se apoderaron de Cádiz en tiempo de Alfonso el Sabio (1262), y desde luego sintió este Monarca gran predilección por dicha plaza, concediéndole, entre otros privilegios, el título de ciudad. A pesar de todo, no logró que se estableciera la Cátedra episcopal hasta cinco años más tarde, por Bula de Urbano IV.

Cartagena pasó antes de su definitiva reconquista por varias alternativas, muy funestas por cierto para su prosperidad y sosiego. Tomáronla los cristianos en 1243, y recuperada por los árabes, de nuevo cayó en manos de D. Jaime de Aragón en 1.<sup>o</sup> de Febrero de 1265, el cual se la cedió á su yerno Alfonso el Sabio, monarca de Castilla. A éste se debe el restablecimiento de la antigua diócesis, pero no con el esplendor que reclamaba su historia. A fines del siglo XIII, y por Bula del Papa Nicolás IV, se

trasladó la catedral á Murcia, aunque conservando la diócesis su antiguo título.

Preciso es colocarse en el reinado de los Reyes Católicos para hallar nuevas restauraciones en la Península. Como preliminar para la conquista de Granada, se apoderaron aquellos Monarcas gloriosos de Málaga, Almería, Guadix y otras poblaciones importantes. En la primera y última de las citadas se restauraron, con el decoro debido, las antiguas Sedes. En Almería se erigió una nueva, contando para esto, lo mismo que para las restauraciones dichas, con la autoridad apostólica.

**Conquista de Canarias.**—**Fundación de su iglesia catedral.** Los fenicios y cartagineses conocieron las islas Canarias, mas no quedaba de ellas otro recuerdo en la Edad Media que el nombre de *Afortunadas*—*Insulæ Fortunatæ*—que aquéllos les habían dado. En 1330 las hallaron los navegantes franceses, y ya en 1334 dió el Papa Clemente VI el señorio de las islas á D. Luis de la Cerda, con el título de *Príncipe de la Fortuna*, á condición de predicar allí el Evangelio. En el mismo año erigió la diócesis de Canarias, consagrandolo por primer Obispo á un religioso de San Francisco, llamado Fr. Bernardo; pero ni éste ni su sucesor. Fr. Alonso de Barrameda, llegaron á tomar posesión. Urbano V mandó misioneros dominicos á las islas, y cuando el francés Juan de Bethencourt las conquistó en nombre del rey de Castilla (1402), ya existían muchos cristianos. Muy á principios del siglo XV fué nombrado obispo de Canarias el Ilmo. Alberto Casas, y desde entones subsiste sin interrupción la diócesis. La capital del nuevo obispado establecióse primero en la isla Fuerte-Ventura, más tarde en Lanzarote, y, finalmente, en 1485, en la ciudad de las Palmas, en la Gran Canaria. En 1819 se dividió en dos, erigiéndose la diócesis de Tenerife, con las islas Tenerife, Gomera, Hierro y Palma. Por el Concordato de 1851 se suprime á Tenerife, donde, sin embargo, habrá un Obispo auxiliar.

**Primeras universidades de España.** Tuvieron su origen nuestras primeras universidades en las escuelas eclesiásticas fundadas en las catedrales, bajo la dirección del canónigo Maestrescuela. Desde mediados del siglo XII se hicieron bastante comunes dichas escuelas; pero distaban mucho de tener organización, rentas y fueros propios, como los tuvieron poco después las universidades propiamente dichas.

La de Palencia tuvo el honor de contar ya en el siglo XII, en-



tre sus discípulos, á San Julián, obispo de Cuenca; á San Pedro Telmo, que lo fué de Jaén, y á Santo Domingo de Guzmán. Pero su apogeo, que fué pasajero, no llegó hasta que Alfonso IX fundó (1212), ya con más estabilidad, escuelas de Teología y Artes liberales, siguiendo las inspiraciones de D. Tello, Obispo de la misma ciudad. Con la rapidez con que llegaron á su esplendor los estudios en breves años, decayeron lastimosamente, más que todo, porque no había sosiego, paz ni seguridad en la población para entregarse á trabajos mentales. Los esfuerzos del citado D. Tello, á que se agregaron los privilegios que el Concilio nacional de Valladolid (1218) concedió á maestros y discípulos, consiguieron reanimar la Universidad; pero con la muerte del mismo insigne Prelado (1246) puédesse decir que también aquélla murió.

En Salamanca fundó el propio monarca leonés, ampliando la escuela eclesiástica ya existente en la catedral, la Universidad por tanto tiempo celeberrima. Alejandro IV la elevó á la categoría de *Estudio general*, uno de los cuatro que en el mundo existía; conviene á saber: en París, Bolonia, Oxford y Salamanca. Alfonso el Sabio concedió á ésta privilegios y bienes con que sostenerse, fijando las cátedras que había de haber: de Leyes, Decretos, Decretales, Física, Lógica, Gramática y Órgano. Las cátedras de Teología y Escritura debieron de quedar á cargo de los canónigos, puesto que el Rey no las menciona.

Data del mismo siglo XIII la universidad de Valladolid, aunque no se pueda puntualizar su origen. Á mediados del siglo XIV le concedió Clemente XI los privilegios de *Estudio general* por su estado próspero y floreciente.

Cuatro universidades más se fundaron dentro de los dominios de los reyes de Castilla en el siglo XV: la de Osuna, muy célebre ya en el siglo XVI; la de Compostela, que ha sobrevivido al naufragio general; la de Sigüenza, ampliada á principios de la centuria siguiente, y la de Toledo, instituída por D. Pedro Téllez Girón, conde de Ureña. Exceptuando la universidad de Osuna, las otras tres debieron su fundación á personajes eclesiásticos, y la Iglesia contribuyó en gran manera á ampliarlas y complementarlas, y han venido á morir á manos de los que se dicen amantes de la civilización. Exactamente lo mismo que ha sucedido con la inmensa mayoría de las restantes universidades, que nacieron en la Iglesia, en su regazo se desarrollaron, y han muerto á manos de los susodichos amantes.

**Universidades del reino de Aragón.** En relaciones más directas, los súbditos de los Estados aragoneses, con Francia é Italia, á estas naciones acudían muchos de ellos á instruirse. Lérida parece haber sido la primera en fundar Universidad, y debió de hacerlo dentro del siglo XIII, porque en 1300 trató Jaime II, no de su fundación, sino de su reforma. Tenía cátedras de Derecho canónico y civil, Medicina, Filosofía, Artes y Ciencias. La Teología quedaba reservada para las catedrales y conventos.

En la de Huesca, fundada por D. Pedro el Ceremonioso (1354), se estableció la enseñanza de las propias materias que en la de Lérida, más la Teología. Aunque de fundación laica, pronto la tomó la Iglesia bajo su tutela, y Paulo II le concedió, á petición de Juan II de Aragón, los mismos privilegios de que gozaban las de Tolosa, Montpellier y Lérida, y el Obispo y el Cabildo la dotaron generosamente, con que empezó á prosperar y florecer á maravilla, hasta eclipsar á otras más antiguas. En Perpignan—que pertenecía á los dominios de Aragón—hubo desde el siglo XIV Universidad fundada por el rey D. Pedro el Ceremonioso, y, finalmente, en Barcelona y Zaragoza estableciéronse en las centurias XIII y XV respectivamente escuelas más ó menos amplias, que fueron base de las universidades que se fundaron en el siglo XVI.

**Colegios Mayores.** Los primeros Colegios Mayores de España se remontan al siglo XIV; el de Lérida, con el nombre de la *Asumpta*, debe su fundación á D. Domingo Ponz, Arcediano mayor de Barcelona, á fines del siglo XIV; el de San Bartolomé, llamado el *Viejo*, de Salamanca, es obra de D. Diego de Anaya Maldonado, á su regreso del Concilio de Constanza. En el mismo Salamanca se fundaron después otros varios, lo mismo que en otras muchas ciudades; pero á todos superó en celebridad el de San Ildefonso, de Alcalá, debido á la munificencia de Cisneros en 1508. Dominaba en todos ellos el espíritu religioso; y á falta de Seminarios, eran fecundos plantelos de sabios y piadosos varones que dieron muchos días de gloria á la Iglesia. Los estudios favoritos eran la Teología y el Derecho canónico, y su objeto principal la conservación y aumento de la fe: *In augmentum fidei*, que era la divisa del Colegio Viejo de Salamanca, viniendo á serlo también en substancia de todos los demás.

## CAPITULO III

---

### **Concilios y herejías. — Cismas. — Los judíos. — Disciplina y moral.**

#### **I. — CONCILIOS Y HEREJÍAS**

**Concilios de este periodo en Castilla y Aragón.** Tenemos noticia de veintidós Concilios celebrados en Castilla durante este periodo, cuatro de ellos nacionales: dos en Valladolid, uno en Salamanca y otro en Palencia. Ninguno de los reunidos en los dominios de Castilla trató de doctrinas dogmáticas, ni mencionó herejías. Por punto general, la disciplina y las costumbres, tanto del clero como del pueblo, son el fin que principalmente persiguen dichas Asambleas, sin olvidar otros puntos, como el desarrollo de los estudios, el derecho benefical, etc.

Muchos más Concilios se celebraron en los Estados aragoneses, pues no bajaron de un centenar. Sólo en Tarragona hubo más de cincuenta. Además de los puntos objeto de la deliberación de los Concilios castellanos, trataron los de Aragón de los albigenes y de los begardos, de la Inquisición, de aprontar subsidios al Rey, etc., etc. Pero habiendo de tratar de estos puntos á propósito de otros que no podemos excusar, no debemos detenernos en dar más larga cuenta de los Concilios.

**Los albigenes en León.** Ramas de la herejía albigena que infestó á Francia en los siglos XII y XIII, fueron las que se extendieron por España. El que la divulgó por León fué un tal Arnaldo, francés, gran corruptor de las obras de los Santos Padres, que murió desastradamente en la mencionada ciudad, en 1216. Ocupaba poco después la Sede leonesa el celoso D. Rodrigo Álvarez, y noticioso de las impías fábulas con que los albigenes retraían á los fieles de la costumbre de llevar velas á la iglesia, castigóles y los desterró de la ciudad.

Muerto D. Rodrigo, á mucho más se atrevieron los herejes en un interregno, durante el cual estuvo sin Pastor la Sede legionense. Hicieron creer al pueblo que en cierta fuente, cerca de la cual había sido sepultado el hereje Arnaldo, se obraban prodigios

sin cuento; que la fuente misma solía á veces manar agua sanguinolenta (lo cual era muy verdad, como lo era también que los herejes se encargaban de proporcionar la sangre necesaria para ello), y que los ciegos recobraban la vista en aquella singular piscina. Sobraba con menos que esto para soliviantar al pueblo, y aun para alucinar á una parte del clero, nada instruido en las cosas de Dios. Y á tal extremo llegaron los herejes, que lograron levantar sobre la fuente una casa, y colocaron allí los restos de un malvado que yacían junto á los de Arnaldo, para que el pueblo los venerase. En vano los Padres dominicos y franciscanos, no menos que otros clérigos seculares, trabajaron con celo para desengañar al pueblo; todos sus esfuerzos fueron inútiles, pues sólo consiguieron que los tuvieran por herejes.

En esto, un diácono español que á la sazón vivía en Roma tuvo noticia de lo que ocurría en León, y voló allí para poner remedio á tan gran mal. Día y noche, en público y en secreto, comenzó á predicar con imponderable fervor contra la perfidia herética; acudió á las autoridades, hizoles ver que era afrentoso lo que estaba sucediendo, y les aseguró que la gran sequía de diez meses que tenía agostados los campos se prolongaría mientras no abatiesen por tierra aquella casa malhadada que habían consentido se construyera sobre la fuente. Aun más: prometió solemnemente al juez de la ciudad, so pena de la vida, que si se le permitía derribar la casa, el Señor acudiría con abundante lluvia. Avinose la autoridad á lo que pedía el fervoroso diácono, y en cuanto comenzaron á derribar dicha casa, oyeron con espanto las gentes un sonido como de trompetas que salía de los escombros. Al día siguiente se quemó gran parte de la ciudad, y ya el populacho buscaba al diácono para matarle, suponiendo que lo sucedido era un castigo de la profanación por él cometida, cuando dentro del término señalado llovió copiosamente, y se logró abundante cosecha. Con esto cobró nuevos ánimos y gran ascendiente el diácono, que no paró hasta arrojar de León aquella infernal pestilencia.

No se dieron, con todo, por vencidos: intentaron nuevas artes para hacerse lugar allí donde casi habían dominado la situación por completo. Escribieron ciertas esquelas y esparciéronlas por los montes, en sitios solo frecuentados por sencillos pastores, para que éstos se las presentasen á los clérigos, todo con objeto de hacer creer que el Hijo de Dios era el autor de las esquelas y de su

contenido, dirigidas á los hombres por medio de sus ángeles. Para ofuscar mejor á las gentes perfumaban las esquelas con almizcle, y al nombre del Hijo de Dios, por quien se suponían escritas, se seguían algunas verdades católicas, cuya dulzura hiciese recibir mejor el amargo veneno con que pretendían pervertir á los fieles. No sólo el sencillo pueblo, sino también algunos sacerdotes de simpleza é ignorancia inverosímil, empezaron á venerar también esta vez las susodichas esquelas, y de este engaño prevallíanse los herejes para hacer estragos entre los fieles, en términos que muchos comenzaron á tener en poco el sacramento de la Penitencia y á despreciar los ayunos y otras obras de piedad como inútiles, ya que para obtener el perdón de los mayores crímenes bastaba escribir esquelas parecidas á las que venían llovidas del Cielo y leerlas con devoción. El Obispo encargó á un diácono, probablemente el mismo antes mencionado, descubriese el origen de tantas patrañas; y estando en estas averiguaciones, al registrar los lugares más ocultos donde, según conjeturas, se elaboraban las esquelas, oyó los gemidos de un hombre que había sido herido por una serpiente. Llegóse á él, y le halló cargado de aquellas cédulas maldecidas. El obispo Arnaldo, ante quien le llevaron, hubo de hablar al infeliz hereje con tal vehemencia y fervor, que se convirtió sinceramente y manifestó las artimañas é infernales astucias de que él y sus cofrades se valían para pervertir á los ignorantes.

**Castigos corporales impuestos á los herejes.** Don Lucas de Tuy, testigo ocular y de mayor excepción,—como que se cree fuera él mismo el valeroso diácono mencionado,—y cronista de todos los sucesos referidos, no particulariza ningún castigo de las que, sin duda, hubieron de imponerse á estos herejes. Sólo sabemos que en León prosperaron, bien que por breve tiempo, aun bajo la recia mano de San Fernando, tan celoso de la pureza de la doctrina católica que «él mismo con su propia mano, como nos dice Mariana, arrimaba la leña y les pegaba fuego». Consta igualmente que por este mismo tiempo mandó el Santo rey ahorcar á muchos y cocerlos en calderas; pero no tenemos datos para afirmar que tan dura suerte cupiera á los herejes de León.

**Los albigenses y valdenses en los Estados de Aragón.** Por su mayor proximidad á Francia, foco principal de las herejías albigenses y valdenses, extendiéronse éstas por los Estados aragoneses en los primeros años del reinado de D. Jaime el Conquistador; pero

las enérgicas disposiciones tomadas por dicho Monarca, juntamente con las de los Concilios tarraconense é ilerdense, contribuyeron á que en breve se limpiasen de semejante plaga los dominios indicados.

Respecto á los valdenses, sólo sabemos que motivaron la reunión del Concilio de Tarragona en 1242, en que se ordenó que los herejes y dogmatizadores fueran castigados con la pena mínima de cárcel perpetua; pero quedaba libre de esta pena el que hubiese manifestado al confesor su herejía antes que la Inquisición hubiese tomado cartas en el asunto. Los herejes impenitentes quedaban relegados al brazo secular, y á los ocultadores, receptores, fautores, defensores, etc., de los mismos se les imponían penitencias públicas proporcionadas.

**Constituciones de Jaime I.—La Inquisición.—Albigenses del obispado de Urgel.** Jaime I promulgó unas Constituciones que hablan con toda suerte de herejes, *fautores* y *receptores*. A los primeros, ó á los simplemente sospechosos, se les inhabilitaba para el desempeño de toda jurisdicción temporal. Lo que da excepcional importancia á las Constituciones del insigne Monarca (que las ordenó asesorado en esta obra importante por gran número de Prelados, Maestres y Abades), es el establecimiento de la Inquisición, cuya organización y atribuciones fueron profundamente modificadas en el siglo XV. Por entonces, el Conquistador sólo dispuso que un sacerdote ó clérigo nombrado por el Obispo, y dos ó tres legos, que lo serían por el Rey ó sus Vicarios, debían inquirir, en los lugares sospechosos de herejía, los sostenedores de ella, y les otorgaba á los inquisidores amplísima facultad para entrar en todas partes y escudriñar todo, hasta los lugares más secretos. Pero sus facultades no se extendían más que á entregar los delincuentes al Prelado respectivo ó á la autoridad civil.

A poco de promulgadas las Constituciones de Jaime I, el obispo de Urgel, Ponce de Vilamur, tuvo que entender en causa de herejía: el conde de Foix y el vizconde de Castellbó, con muchos de sus súbditos, abrazaron los errores albigenses, y dicho Obispo excomulgó á los primeros. Se complicó el asunto porque varios canónigos de su propio Cabildo dieron en acusar á dicho Prelado, ante el Papa, de crímenes y desafueros muy grandes. Inocencio IV comisionó á San Raimundo de Peñafort y al Provincial de los franciscanos para que averiguasen lo que en ello hubiese de verdad, quedando entretanto suspenso de su cargo. Sue-

nan en esta época los nombres de Barborano, R. de Vernigol y otros, acusados de herejes; pero ni la causa de éstos, ni la de los antes mencionados conde de Foix y vizconde de Castellbó y secuaces, se sabe en qué llegó á parar. En un Estado tan vigoroso y tan bien organizado como el de Aragón, en la época á que todo esto se refiere, debemos suponer que, á la larga, los culpables llevaron su merecido; mas no tenemos datos para asegurarlo, ni pormenores para aclarar otros muchos puntos oscuros.

**Arnaldo de Vilanova.** Célebre por muchos conceptos fué Arnaldo de Vilanova, que si defendió proposiciones en realidad heréticas, sería aventurado calificarle de hereje sin atenuaciones. Floreció en los últimos años de la centuria XIII y primeros de la siguiente. Escribió las Constituciones para el reino de Sicilia, que tuvieron pronto fuerza de ley: médico insigne, publicó innumerables obras, y se le atribuye la extracción del espíritu de vino, del aceite de trementina, de las aguas perfumadas y de los ácidos sulfúrico, muriático y nítrico. Pero su preocupación constante fueron la venida del Anticristo y un continuo clamar contra las malas costumbres, principalmente del clero regular. Por mucho que en ello se esforzaron los Papas, los reyes y cuantos bien le querían, no hubo manera de encarrilar aquel ingenio errático y tempestuoso, aquel espíritu fanático y visionario, que se complacía en bordear precipicios. Un solo medio había de hacerle entrar en razón: encarcelarle, como lo hicieron en París, y al punto se retractó—*propter metum carceris*—de las proposiciones que los teólogos parisienses le habían censurado.

Además de sus mnías sobre la proximidad de la venida del Anticristo y contra la corrupción general y otros muchos puntos censurables, sostuvo que la naturaleza humana de Cristo era igual á la divinidad; que la revelación de un tal Cirilo era más preciosa que las sagradas Escrituras; que las obras de misericordia agradan más á Dios que el sacrificio de la Misa, siendo ésta además, lo mismo que otros sufragios, inútil para las almas nel Purgatorio; que Dios no amenaza con la eterna condenación más que á los pecadores escandalosos. Todas estas proposiciones, con otras varias, fueron condenadas por la Inquisición de Tarragona en 1316, seis años después de muerto Arnaldo.

**Varios herejes de Aragón en el siglo XIV.** Abundaron herejes de diferentes layas en los dominios de Aragón durante el siglo XIV, casi todos más ó menos emparentados por sus doctrinas con los

valdenses y albigenses. Además de Guillermo de Saint-Melio, á quien se le secuestró una alquería por errores desconocidos, Pedro Oler, Fr. Bonanato y Berenguer de Amorós fueron entregados al brazo secular y quemados por divulgadores de la doctrina de los begardos (1320), á lo menos los dos primeros. Igual suerte, y por causa idéntica, sufrieron muy poco después Durán de Baldach y varios discípulos suyos (1323); Jacobo Juste hizo numerosos prosélitos en Valencia veinte años adelante, predicando los propios dislates; pero abjuró de ellos y murió en la cárcel.

Haría de esto diez años, cuando un italiano, por nombre Nicolás de Calabria, comenzó á esparcir en Barcelona los errores siguientes: 1.º Que su maestro Gonzalo, hereje oriundo de Cuenca, era hijo de Dios, aunque pareciese haber tenido padres en la tierra.—2.º Que dicho Gonzalo era eterno.—3.º Que el Espíritu Santo encarnaría andando los tiempos, y que entonces Gonzalo combatiría á todo el mundo.—4.º Que en el día del juicio Gonzalo oraría por todos los que hubiesen muerto en pecado mortal y por todos los condenados, y que en virtud de sus oraciones se salvarían.—Y 5.º Que hay tres cosas en el hombre: el alma, formada por el Eterno Padre; el cuerpo, obra del Hijo; y el espíritu, creado por el Espíritu Santo. Nicolás abjuró de estos errores, y fué condenado á prisión perpetua; mas como hubiese reincidido cuatro años después, le entregaron al brazo secular. Un mallorquín, llamado Bartolomé Janesio, renovó los errores de Arnaldo de Vilanova en lo relativo al Anticristo, añadiendo de su propia cosecha algunas circunstancias risibles ó indicativas de cabeza poco sana. El Janesio se retractó, y ésta fué acaso la única mnestra de cordura que dió en su vida. Desde 1350 á 1370, Fr. Arnaldo Montaner fué el corifeo de les *fratricellos* en Cataluña. No logrando hacerle abjurar, la Inquisición de la Seo de Urgel le declaró hereje.

Ruidosa fué en el siglo XIV la causa de Raimundo de Tárrega, natural de la villa de este nombre. De las noticias incompletas que hay, resulta que Raimundo era judío converso; que profesó en la Orden de Predicadores, haciéndose notar por la sutileza de su ingenio, que le llevó á defender proposiciones malsonantes y hasta erróneas, y que, aferrado á ellas, fué delatado á la Inquisición, en cuyas cárceles fué necesario encerrarle. Tanto el inquisidor Eymerich como otros, pusieron vivo empuño en hacerle abjurar, pero no lo consiguieron. Gregorio XI tomó cartas en el



asunto, y ordenó al inquisidor y al arzobispo de Tarragona que substanciasen pronto la causa y se la enviasen. Con este objeto se formó una junta de teólogos, y en esto Raimundo apareció muerto en su lecho, sospechándose que hubo suicidio ó violencia. Se indica vagamente que las proposiciones erróneas del desdichado versaban acerca de la Misa, adoración y culto. Gregorio XI condenó y mandó quemar dos obras de Raimundo, á saber: un libro *De invocatione daemonum* y unas *Conclusiones variae*.

**Más herejes del siglo XIV.** Por la misma época resucitó, entre otros gravísimos errores, los vaticinios acerca de la próxima venida del Anticristo, un Antonio Riera, valenciano, estudiante en Lérida. Defendía éste que pronto iba á cesar el sacrificio de la Misa y el culto por falta de sacerdotes; que serian totalmente exterminados los judíos, debiendo suceder todo ello dentro de aquel siglo; que los judíos de buena fe se salvarian; que Cristo pudo pecar y condenarse, y puede hoy dejar la naturaleza humana que tomó y condenarla, y otros delirios á este jaez que no hay necesidad de puntualizar.

Lo que aparece por primera vez aquí y es digno de notarse, es la supuesta futura reducción de las leyes cristiana, judía y mahometana á una sola, debiéndose obrar esta maravilla, como todos los restantes anuncios, dentro de la centuria XIV. Más tarde viene repetidas veces esta concordia como ideal de herejes y libertinos, que se creyó fruto de un libro que nadie ha visto y todo el mundo le cita, con el título *De Tribus impostoribus*. Finalmente, Pedro de Cesplanes, rector de Solla, en el reino de Valencia, defendió que en Cristo habia tres naturalezas: humana, espiritual y divina. Después de repetido y detenidísimo examen, fué condenado á abjuración pública y carcel perpetua; pero huyó, y desde las Baleares reclamó contra la sentencia que le condenaba.

Juan de Rupescisa ó Paratallada, franciscano, es la más alta personificación de aquel espíritu visionario y pseudo apocalíptico que tantas cabezas trastornó en el siglo XIV. Alquimista empedernido, teólogo y predicador célebre, que con gran fruto se dejó oír en Viena y Moscú, fué reducido á prisión por sus mismos superiores para ver de hacerle entrar en razón, curándole de su monomanía profética, y allí justamente tuvo las visiones más prodigiosas, tanto en orden al futuro destino de las naciones, de la Iglesia, de las Ordenes religiosas, etc., como del imprescindible

reino milenario, que es apéndice que rara vez falta en estos delirios de heterodoxia más ó menos inconsciente.

Terminaremos esta árida reseña de los herejes del siglo XIV mencionando á Pedro Escoto, doblemente apóstata, porque lo fué de la Orden de Santo Domingo y de la de San Francisco; hombre de costumbres desenfrenadas, mago y nigromante que alardeaba de sus doctrinas heréticas lo mismo que de su vida escandalosa. Difundió por la Península sus errores, y fué encarcelado en Lisboa. Su heterodoxia era bastante radical para no dejar en pie casi ningún dogma católico; pues negó, entre otras cosas, la virginidad de María Santísima, la divinidad de Jesucristo, la potestad de los Romanos Pontífices y la de los Obispos, la creación del mundo, el juicio final, la resurrección de los muertos y la gloria eterna, la Eucaristía y los milagros de Cristo. Sobre todo es interesante ver cómo, á ejemplo de los averroístas de otras naciones, vuelve Escoto á lo de los tres impostores, asegurando que fueron los que engañaron al mundo: Moisés á los judíos, Jesús á los cristianos y Mahoma á los sarracenos.

**Herejes españoles del siglo XV.—Pedro de Osma.** A pesar de la malísima herencia del anterior, sostúvose este siglo en relativa pureza doctrinal, y limpio en absoluto de los graves errores que pulularon en otras naciones por ó á pesar del Renacimiento. El más notable de cuantos dieron que hacer en materias de fe (puesto que es impropio llamarle hereje habiéndose reconocido humildemente) es Pedro de Osma, hijo de esta villa, colegial en el de San Bartolomé, de Salamanca (1444), y más tarde maestro de Teología en la Universidad. Nadie ha puesto en duda el talento é ilustración de este hombre, como tampoco su falta de juicio y peso.

Escribió varias obras, y en la titulada *De Confessione* fué donde estampó las proposiciones que después se le censuraron, referentes todas á la confesión, á las indulgencias y al poder de las *llaves de la Iglesia*.

He aquí dichas proposiciones: 1.<sup>a</sup> Perdónanse los pecados mortales en cuanto á la culpa y á la pena de la otra vida por sola la contricción, sin relación á las *llaves de la Iglesia*.—2.<sup>a</sup> La confesión de los pecados *in specie* nace de algún estatuto de la Iglesia universal, no de derecho divino.—3.<sup>a</sup> No deben confesarse los pensamientos malos, pues los borra la sólo *displicencia* sin el poder de las *llaves*.—4.<sup>a</sup> La confesión debe ser secreta, esto es, de pecados secretos, mas no de los manifestos.—5.<sup>a</sup> No se ha de ab-

solver á los penitentes hasta después de cumplida la penitencia.—6.<sup>a</sup> El Papa no puede conceder á ningún vivo indulgencia de la pena del Purgatorio.—7.<sup>a</sup> La Iglesia de la *ciudad de Roma* puede errar.—8.<sup>a</sup> El Papa no puede dispensar las leyes de la Iglesia universal.—9.<sup>a</sup> El sacramento de la Penitencia, cuanto á la colación de la gracia, es sacramento natural, no del Antiguo ni del Nuevo Testamento. Primero fué condenado el libro *De Confessione* en Zaragoza, y el arzobispo de Toledo, previa una Bula de Sixto IV para proceder con autoridad pontificia, reunió en Alcalá lucidísima Asamblea de teólogos, y asesorado por ellos condenó también dicha obra, imponiendo á su autor la muy leve penitencia de no actuar en Salamanca, ni acercarse á media legua de la ciudad, pero restituyéndole todos sus honores y beneficios. Pedro de Osma murió al año siguiente en el convento de San Francisco, de Alcalá.

**Los herejes de Durango.**—Los de Barcelona. La herejía de los *fratricellos* retoñó en Durango (Vizcaya) en 1442, gracias á las predicaciones de Fr. Alonso de Mella, franciscano, hermano de D. Juan de Mella, que fué obispo de Zamora y más tarde Cardenal. Sabedor el rey D. Juan II de lo que ocurría, mandó la gente necesaria para prender á los culpables; pero el corifeo, sabedor á tiempo de lo que se trataba, se fugó á Granada con algunas mujeres, y allí le mataron los moros, *jugando á las cañas* con él. Algunos de los infelices secuaces de Fr. Alonso fueron trasladados á Valladolid, y muchos más á Santo Domingo de la Calzada, y obstinándose unos y otros en sus errores, fueron quemados.

El raro caso de fanatismo inverosímil de Nicolás de Calabria por su maestro Gonzalo de Cuenca, se repitió en el siglo XV punto por punto en un tal Urbano, florentino de nación, y un Jacobo Barba, que ignoramos de dónde era natural. Urbano vestía un saco á imitación de su maestro, á quien veneraba como Dios omnipotente, y decía que así como Jesucristo vino á dar testimonio del Padre, así Barba Jacobo, que era el Padre, vino á dar testimonio del Hijo. Partiendo de este fundamento, es fácil adivinar á qué extremos llegaría Urbano en sus demás errores. Para él, Barba Jacobo era el ángel del Apocalipsis, el Juez de vivos y muertos, todo *el ser de la Iglesia plenísimamente*; Barba Jacobo predicaría por tres años, muriendo degollado en Roma, para dar comienzo con su resurrección á una nueva Iglesia. La Inquisición de Barcelona tuvo encerrado á este loco de atar por

espacio de cuatro meses, procurando quitarle de la cabeza tan monstruosos delirios; mas aunque fingió abjurar, tornó bien pronto á los mismos y fué entregado al brazo secular.

Durante el período que historiamos no faltaron apóstatas (aunque sólo fuera por eludir el fallo de las leyes), astrólogos, cultivadores de artes mágicas, brujerías y supersticiones de todo género; mas no cabe en los límites en que debemos encerrarnos hacer mención particular de todas estas cosas.

## XII.—CISMAS

**El gran cisma de Occidente.—Sus principios.—Legitimidad de Urbano VI.** Los efectos de ese funesto cisma escasamente hubieran alcanzado á España, á no haber tenido participación directa en ella un español ilustre aunque de dolorosa memoria. Urbano VI fué elegido Papa en Abril de 1378. Era grande su sabiduría y acendrada su virtud; mas de trato severo y desabrido, nada se le ponía delante para introducir una reforma que creyese oportuna. Esto le enajenó la voluntad del Sacro Colegio, compuesto en su mayor parte de Cardenales franceses, todos los cuales, y el español Pedro de Luna, total trece, con pretexto de no haber tenido libertad en la elección de Urbano, la declararon nula, eligiendo al cardenal Roberto de Ginebra, que tomó el nombre de Clemente VII, y trasladó su residencia á Aviñón. Tal fué el origen y principio del gran cisma de Occidente. Que Urbano era el único Papa legítimo está hoy fuera de toda discusión, y parece intolerable audacia en un católico, y parcialidad no menos intolerable en un historiador, ponerlo en tela de juicio. Poco caso hicieron los Cardenales electores de las supuestas amenazas del pueblo cuando decía: *Romano lo volemmo*, ya que á pesar de ellas eligieron á un napolitano. Es indudable, además, que Urbano fué reconocido por todo el mundo, incluso los Cardenales que le eligieron y después quisieron rechazarle, los cuales escribieron una carta colectiva á los seis que habían que dado en Aviñón informándoles de lo sucedido con palabras que indican satisfacción y alegría.

**Actitud de los reyes de España en presencia del cisma.** Desde luego se inclinaron algo más nuestros monarcas (Enrique II de Castilla y Pedro el Ceremonioso de Aragón) hacia Clemente VII, ora por la proximidad de su residencia, ora por influencias del

cardenal Luna. Con todo, Enrique se contentó con abstenerse de toda demostración, mandando recoger y poner á buen recaudo las rentas y bienes que pertenecían á la Santa Sede. El de Aragón hizo otro tanto, y prohibió además que se cumpliese ninguna Bula, viniese de donde viniese. El pueblo fiel, con ese instinto que da una voluntad recta, dejándose guiar de la buena fe, inclinóse desde luego hacia Urbano, lo mismo que gran parte del clero; no así el rey D. Juan I de Castilla, que al heredar el trono de su padre, y previa una consulta de teólogos en Alcalá, reconoció á Clemente, por lo cual Urbano, con la violencia propia de su carácter, le excomulgó, declarándole infame y excitando á ingleses y portugueses á que le destronaran. Lo propio que el monarca de Castilla hizo el de Aragón en 1387, consultando su resolución con otra junta de Prelados que se reunió en Barcelona.

**Mueren Urbano VI y sus sucesores Bonifacio IX é Inocencio VII.— Muerte de Clemente VII y elección de Benedicto XIII (Pedro de Luna).** Urbano VI murió en 1389 sin haber logrado la paz, antes dejando á la Iglesia sumida en una anarquía difícil de explicar. Su sucesor Bonifacio IX, hombre de excelentes prendas, se esforzó por llegar á una concordia, sin conseguirlo. Entretanto había también muerto el titulado Clemente VII (1394), á quien le sucedió Pedro de Luna con el nombre de Benedicto XIII. Su tenacidad en rechazar la tiara fué parecida á la que mostró después en no renunciarla nunca.

Pedro de Luna era hombre de costumbres íntegras y de gran talento é ilustración, pero también de carácter indomable—en lo que no desmentía su raza—y de orgullo desmedido. Mocido en noble cuna, como vástago de antiquísima familia, propietaria del pueblo donde nació (Illueca, cerca de Calatayud), emprendió la carrera de las armas, pero la abandonó pronto para dedicarse á la ciencia en la Universidad de Montpellier, donde llegó á enseñar con aplauso. No tardó en abrazar la carrera eclesiástica, y Gregorio XI le nombró Cardenal en 1375, siendo uno de los Prelados de más puras costumbres é intachable conducta. Ya hemos dicho la participación que tuvo en el cisma hasta su elección para Sumo Pontífice, hecha por los cardenales cismáticos que seguían al lado del pseudo pontífice Clemente.

**España y Pedro de Luna.—Resistese á renunciar.** Aragón y Castilla se apresuraron á reconocer á Pedro de Luna (Benedicto XIII), así como las demás naciones que habían reconocido á Clemente VII. Contribuyeron á ello varias y poderosas razones, aunque

ninguna de ellas tocaba en la raíz de la cuestión principal, que era la legitimidad. Luna era aragonés, y sus paisanos experimentaron intenso júbilo al tener noticia de su elección; San Vicente Ferrer, hombre que arrastraba á pueblos y comarcas con su palabra de fuego y vida prodigiosa, declaróse también por Luna mientras le creyó legítimo; y todo esto, unido á las noticias interesadas que se habían hecho correr acerca de los atropellos y violencias cometidas por los romanos en la elección de Urbano VI—de dande arrancaba toda la razón de ser de la gran discordia—inclinó á la generalidad de los Estados, no ya de la Península, sino de toda la Europa, hacia Benedicto.

No tardó, sin embargo, en tomar nuevo aspecto la cuestión: Luna se vió abandonado del rey de Francia, en cuyos Estados (Aviñón) vivía; si los reyes de España no le abandonaron abiertamente, tampoco le prestaban ningún apoyo positivo; y aunque había convenido en renunciar siempre que Bonifacio IX hiciera otro tanto, Luna se obstinó, en estas y en todas las circunstancias que sobrevinieron, á cumplir su promesa.

**Junta de Alcalá.—Varias alternativas.** En vista de la horrible confusión en que andaban las cosas, y por las gestiones del rey Enrique III, se reunió en Alcalá (1399) una gran Asamblea de Prelados y representantes de los cabildos, con asistencia también de dos comisionados del rey de Aragón. Importantes fueron las resoluciones tomadas por el rey y por los prelados de común acuerdo, y se pueden condensar en pocas palabras. Ya que no se sabía quién era el verdadero Pontífice dispusieron que no se obedeciese á ninguno, y que todo aquello que en circunstancias normales pertenecía proveer ó resolver al Papa, lo proveyeran y resolvieran los prelados respectivos.

Tales resoluciones favorecían muy poco ó nada á Benedicto; pero ello es que dos años después, Castilla volvió á reconocerle, y en cuanto á Aragón, bien puede decirse que le fué adicto hasta muchos años después.

**Concilios de Pisa y de Perpiñán.—Benedicto XIII y los españoles.** A la muerte de Bonifacio IX fué elegido Inocencio VII (1404); pero ni con éste ni con su sucesor, Gregorio XII (1406), pudo entenderse Luna, porque, en realidad, ni el romano ni el aragonés se avenían á renunciar, á pesar de haber jurado entrambos hacerlo, si necesario fuera, para terminar el cisma.

En su vista, los cardenales de las dos parcialidades se reunie-

ron en Pisa, y por tres veces citaron á los contendientes, aunque sin resultado; entonces los declararon depuestos, eligiendo un tercero que tomó el nombre de Alejandro V (1409). Benedicto, por su parte, reunió un conciliábulo en Perpiñán; y tan vivas debían de ser las ansias de todos por la unión, que los prelados reunidos de este conciliábulo, aunque de la parcialidad de Luna, sobre aconsejar á éste que renunciase, nombraron una Comisión que se entendiera con los reunidos en Pisa. Dicha Comisión se componía de seis españoles y tres extranjeros: nada se logró con este expediente.

A no haber ocurrido importantes sucesos políticos en la Península, Benedicto se hubiera inutilizado al disolverse el conciliábulo de Perpiñán; mas de nuevo prosperó su causa, porque en la vacante del reino de Aragón, por muerte de D. Martín, Benedicto apoyó eficazmente la causa de Fernando el de Antequera, que fué el favorecido con la gloriosa corona de Jaime el Conquistador en el famoso Compromiso de Caspe. Con esto aseguró por entonces el reconocimiento de los españoles en el terreno oficial; pues el de Antequera, como Regente que había sido también de Castilla y hombre bien quisto por sus excelentes prendas, contribuyó sin duda á que en toda España se siguiera su ejemplo. Por lo demás, era difícil hallar aquí y fuera de aquí una comunidad, una familia, cuyos individuos todos estuvieran de acuerdo sobre punto tan importante y delicado.

**Benedicto XIII, el Concilio de Constanza y los españoles.** Era el año de 1410. Juan XXIII, como sucesor de Alejandro V, tenía por único fundamento de su legitimidad la elección del Concilio de Pisa; Gregorio XII, su sucesión directa de Urbano VI, y Benedicto XIII, su descendencia del primer pseudo pontífice de Aviñón, Clemente VII. Juan XXIII y el emperador Segismundo, de común consentimiento, convinieron en reunir un concilio en Constanza.

A vueltas de varias alternativas, Juan y Gregorio renunciaron; pero Luna se mantuvo inflexible á pesar de los esfuerzos de Fernando de Antequera, su antiguo protegido, que, en unión de Segismundo, hizo cuanto pudo para llegar á un acuerdo. Entonces pudo darse por perdida la causa de Luna; San Vicente Ferrer, que había sido su confesor, se substraía de su obediencia en 1416; el rey de Aragón, y tras de él los de Castilla, Portugal y Navarra, hicieron lo propio, mandando sus embajadores al Concilio de Constanza. En él fué declarado Luna perjuro, fomentador del

cisma, cismático y hereje, y elegido Pontífice Martino V, reconocido por todos, mientras el aragonés se retiraba al castillo de Peñíscola.

**Muerte de Pedro de Luna.**—Desaparecen los últimos restos del cisma. Lejos de intimidarse Luna con la sentencia del Concilio constantiense, vivió aferrado á su parecer otros ocho años (1424), falleciendo á los noventa de edad, no sin antes haber mandado á los dos únicos Cardenales que le seguían que á su muerte le eligiesen sucesor.

Alfonso V de Aragón, que estaba en pugna con Martino V por cuestiones políticas, mostró empeño en que reviviera el cisma, y obligó á los Cardenales mencionados á que diesen un sucesor á Benedicto, y así lo hicieron, nombrando á un canónigo de Barcelona, llamado Gil Sánchez Muñoz, natural de Terael. Como semejante elección resultaba ridícula, Gil Sánchez no quiso prestarle á aquélla farsa; pero no tuvo más remedio que someterse al mandato del Monarca, y tomó el nombre de Clemente VIII. Al poco tiempo el propio Monarca aragonés quiso congraciarse con Martino V, y dispuso se celebrase un concilio en Tarragona bajo la presidencia del Legado pontificio, Cardenal de Foix, donde renunció D. Gil, siendo nombrado Obispo de Mallorca.

### III.—LOS JUDÍOS

**Varias alternativas de la raza hebrea hasta el siglo XIV.** Lo mismo entre musulmanes que entre cristianos, tuvieron los judíos épocas de pujanza y opresión, siendo ésta tanto más extremada cuanto más grande y odiosa había sido aquélla. En las ciudades que iban cayendo en manos de los monarcas de la Reconquista, se les concedía el derecho de permanecer en ellas, gobernándose por sus leyes y conservando sus ritos; pero el pueblo jamás pudo mirar con simpatía á esa raza, y ya en el siglo XI, y reinando todavía Alfonso VI, hizo el pueblo horrible matanza en ella, quemando gran parte de sus riquezas. En los excesos contra los judíos, que en épocas posteriores se verificaron por el populacho descenfrenado, influyeron en gran manera los asesinatos cometidos por los mismos. Alfonso el Sabio los trató con benignidad; pero les impuso algunas cargas, como la de llevar siempre un distintivo y no permitir que tuvieran siervos cristianos. En su tiempo se convirtieron ilustres rabinos, y otros muchos florecieron por su saber en



las Letras sagradas, en la Astronomía y en la Medicina. Aunque en tiempo de Sancho el Bravo llegaron á tener mucha influencia, en términos que el Monarca arrendó sus propias rentas á varios hebreos, las revueltas que se sucedieron en la menoridad de Fernando IV les fueron bien funestas.

**Los judíos españoles durante el siglo XIV.** El que tenga alguna noticia de la manera de ser del pueblo judío en la actualidad, no extrañará saber que en el siglo XIV se captaban las voluntades de los monarcas sacándoles de los apuros pecuniarios en que con frecuencia se veían. Don Iusaph de Écija alcanzó gran privanza con Alfonso XI, cuyas rentas administraba. Frecuentes quejas se elevaron al Rey contra los abusos que cometían con los cristianos, y consiguieron éstos que se impusiera á todo judío la contribución de los treinta dineros anuales desde la edad de dieciséis años. Ya antes pagaron por mucho tiempo la misma cuota desde los diez.

En tiempo de su hijo D. Pedro prosperaron á maravilla los hijos de Judá: el famoso Samuel Levi fué, entre otros, gran privado del Soberano, y no hay que decir si favoreció á los suyos. Contraviniendo á lo dispuesto en una ley de las Partidas, en la cual se prohibía sacar cimientos de nuevas sinagogas, los judíos levantaron en esta epoca el monumento conocido hoy en Toledo con el nombre de *Tránsito*. Mas, ora durante las guerras de dicho Rey con D. Enrique, su hermano, ora cuando éste subió al trono, la suerte de los judíos fué muy triste. Los partidarios de Don Enrique ensangrentaron las calles de Toledo haciendo horrible matanza en aquéllos, y en todas partes el pueblo los perseguía con furor.

Muerto D. Enrique, las Cortes de Valladolid quisieron aislar á los hebreos y acaso evitar choques lamentables, prohibiéndoles, entre otras cosas, ser oficiales del rey ó ejercer el oficio de almorjare, ni en la corte ni fuera de ella. Bien sabida es la matanza general que, comenzando por Sevilla, se hizo en muchas ciudades de España (1391), á consecuencia, en parte, de las fanáticas predicaciones de un Hernando Martínez, arcediano de Sevilla. El Arzobispo le reprendió con aspereza, pero el rey D. Juan le excusaba, sin duda porque este Soberano jamás llegó á comprender las altísimas razones que siempre tuvo la Iglesia para tolerar á los judíos.

No había transcurrido un año de esto, cuando en el mes de

Agosto fueron acometidas, á un mismo tiempo, las juderías de Toledo, Burgos, Valencia y Córdoba, robando y saqueando las muchedumbres las casas y las tiendas, y dando muerte á cuantos oponían la menor resistencia. En Aragón sucedió otro tanto, y acaso más que en otra parte en Barcelona; atropellos condenados á la vez por la razón, por la ley de Dios y por las conveniencias políticas más elementales.

**Los judíos en el siglo XV.—San Vicente Ferrer.—Disputa de Tortosa.** Repusieronse un tanto los judíos durante el reinado de Enrique el Doliente, que supo imponerse á la nobleza y conservar en paz los pueblos; pero muerto este excelente Monarca (1406), seis años después publicó su viuda, regente de Castilla, el célebre *Ordenamiento*, ley en tal grado opresiva que muy pronto cayó en desuso por imposible de observarse.

San Vicente Ferrer convirtió miles de judíos en diversas partes de España, predicando siempre con la elocuencia persuasiva de una fe ardorosa, siendo entre ellos muy notable el rabino Jehosuah Halorqui, que se apresuró á estudiar profundamente la ley cristiana para ver de atraer á los suyos á la luz de la verdad. Oradores más acostumbrados á *hacer historia* que á referirla, han querido echar un borrón sobre la vida de San Vicente Ferrer en estos últimos tiempos, atribuyéndole no sabemos cuántas matanzas de judíos; pero inútilmente: el gran apóstol valenciano fué, por el contrario, el más ardiente defensor de sus vidas y haciendas, y no aducimos el testimonio de este ó del otro autor en abono de lo que afirmamos por no desvirtuar la fuerza incontrastable de la voz unánime de los historiadores á favor de lo que decimos.

Era esto en los años en que España reconocía á Pedro de Luna como soberano Pontífice, y de él obtuvo Halorqui, que ya se llamaba Jerónimo de Santa Fe, se le proporcionase ocasión de disputar públicamente con los más sabios rabinos. Reunióse la Asamblea en Tortosa, en 1413, y en las sesenta y nueve sesiones con tal motivo celebradas logró convertir á todos los judíos que habían asistido á ellas, menos dos, que persistieron en su contumacia.

**Concilio de Zamora.—Expulsión de los judíos.** Á la vez que cristianos y judíos estaban disputando en Tortosa sobre los puntos capitales de la Religión, celebrábase en Zamora un concilio en cuyas determinaciones se refleja un tanto la dureza de los tiempos y las corrientes dominantes de la época.

Con tantas leyes opresivas y tanto combustible hacinado, milagro fué que en los reinados de Juan II y Enrique IV no hubiese violentas acometidas contra los judíos; pero en realidad no las hubo, y con varia fortuna, si bien nunca muy próspera, arribaron hasta fines del siglo XV, en que los Reyes Católicos, apenas conquistado el último baluarte de la morisma, publicaron el decreto de expulsión de todos los judíos de los dominios españoles.

## V. — DISCIPLINA Y COSTUMBRES

**Nuncios apostólicos.— Elección y confirmación de Obispos.— Provisión de otros beneficios.** Datan los Nuncios propiamente dichos, en España por lo menos, desde los comienzos del reinado de los Reyes Católicos (1476). Antes existieron, como sabemos, Legados nacionales ó extranjeros, con atribuciones más ó menos amplias; pero su delegación no era permanente y estable hasta la fecha indicada, en que se presentó con aquel carácter Nicolás Franco. No tuvieron al principio jurisdicción contenciosa, hasta que se la otorgó Clemente VII (1528).

La elección de personas para el gobierno de las iglesias corresponde sin género de duda al Romano Pontífice, Jefe supremo de la sociedad cristiana; mas la disciplina en este punto ha sido muy varia.

No es nada conforme con la verdad histórica suponer que hasta el siglo XIV fué costumbre constantemente seguida en España que los cabildos eligiesen obispos. Ya en 681, en el Concilio XII (can. VI), de Toledo, se dice que la elección de prelados corresponde al rey de acuerdo con el metropolitano; y aunque la ley general de la Iglesia sirvió también de norma en la Península, pasando ese derecho á los cabildos, todavía se ven muchos ejemplos, antes del siglo XIV, de reyes que se arrogan esa facultad. En el siglo citado los Romanos Pontífices fueron reservándose de hecho la provisión de muchos beneficios, sin exceptuar los obispados; pero los cabildos no por eso dejaron de continuar ejerciendo á veces ese derecho, hasta que Sixto IV concedió á los reyes de España que fuesen elegidos los que ellos nombrasen y pidiesen para los obispados vacantes en todo el territorio de España. Hay amargas quejas contra las elecciones hechas por los Papas de los siglos XIV y XV, como si no pudieran formularse otras semejantes contra las de los reyes y cabildos.

El citado Pontífice había dado en 1476 una Bula de grandísima importancia, á instancias de Enrique IV de Castilla, acerca de la provisión de los beneficios; en adelante, según esta disposición pontificia, no se debía dar á ningún extranjero expectativa para beneficio en las iglesias de Castilla, cortando de esta manera los interminables pleitos y reyertas que tiempos atrás habían existido. Lo peor fué que no se cumplieron con la escrupulosidad debida tan acertadas disposiciones, por donde renacieron las antiguas disputas.

**Institución de las prebendas de oficio.** Era notable la ignorancia del clero secular en los siglos XIV y XV; mas no tanta como algunos han dicho. De todas maneras reconocióse el mal, y se trató de poner remedio con la institución de dos prebendados de oficio en cada catedral. El cardenal Rodrigo de Borja, entonces (1473) legado de la Santa Sede en España, y después Papa con el nombre de Alejandro VI, obtuvo de Sixto IV la oportuna Bula, que no se hizo esperar, en cuya virtud debía crearse una prebenda para un maestro ó licenciado en Teología, y otra para un graduado en Derecho canónico. Llamóse al primero Magistral, y Doctoral al segundo. La verdadera reforma, desde el punto de vista científico, no vino hasta el Concilio de Trento; pero no se puede negar que ya mucho antes el clero secular dió gallardas muestras de lo que en ese terreno valía.

**Bienes eclesiásticos. — Hospitales.** No hay más que fijarse en la época á que pertenecen nuestros más grandiosos monumentos religiosos para venir en conocimiento de que en los tres siglos que vamos historiando hubo de poseer la Iglesia española cuantiosos bienes. Los principales, desde el siglo XI, provenían de los diezmos, aunque también eran considerables las limosnas con que la piedad de los fieles le favorecía. Gregorio X concedió á Alfonso el Sabio las tercias reales, que eran dos novenas partes del acervo común de diezmos; pero tal privilegio sólo se dió al principio por tres años, y después de varias vicisitudes, Alejandro VI hizo esta concesión perpetua en favor de los Reyes Católicos y sus sucesores.

Los reyes de España pidieron frecuentemente su ayuda á la Iglesia, y nunca en vano, principalmente cuando se trataba de allegar recursos para continuar la guerra contra los sarracenos ó para asegurar las conquistas hechas. Y unas veces en virtud de leyes hechas *ad hoc*, y otras muchas sin más razón que el dere-

cho de la fuerza, no han faltado tampoco soberanos españoles de las centurias XIII, XIV y XV, que, como Alfonso XI y su hijo D. Pedro en Castilla, Pedro el Ceremonioso y Juan II de Aragón, se apoderaban de los bienes eclesiásticos sin molestarse en pedirselos á nadie.

Las casas destinadas á cuidar de los pobres y enfermos son muy antiguas en España, y ya en el siglo VI las levantó Mazona, el gran obispo de Mérida, siendo ésta acaso la primera noticia que tenemos en España de este linaje de moradas. En el VII encontramos al abad Vitulio erigiendo un hospital en Taranco (Valle de Mena), y el rey D. García de León hizo se preparase en el monasterio de San Isidoro, de Dueñas, un albergue para pobres y peregrinos (911). En el siglo XI fué muy notable la llamada Alberguería de Burgos, con igual destino que el hospital de Dueñas, y en épocas siguientes hay larga noticia de otros muchos hospitales debidos á la caridad de los obispos ó de los reyes, y erigidos en diferentes puntos. Lo que no se encuentra hasta el tiempo del rey Sabio, es antecedente alguno legal sobre el régimen de éstos establecimientos de caridad. Dicho monarca regularizó las fórmulas que se habían de usar en las mandas piadosas á favor de los pobres y hospitales. En los siglos XIV y XV se hicieron innumerales fundaciones de esa índole; pero resultaba algunas veces que las fundaciones daban poco de sí ó estaban mal administradas, por donde era poca la utilidad para los menesterosos. Por eso á mediados del siglo XV, D. García Aznares, obispo de Lérida, obtuvo de Nicolás V una Bula para formar uno solo con los seis hospitales que había en la ciudad. Ya veremos más tarde cómo fué necesario acudir á medios parecidos para evitar abusos, pues el hombre los sabe cometer en las cosas más santas.

**Ritos especiales.—Representaciones dramáticas.—Misas de Ánimas.** Aunque con la introducción del rito romano — malamente llamado galicano — en el siglo XI se uniformó en todo lo más importante nuestra liturgia con la general, todavía se conservaron algunas prácticas peculiares de nuestra Iglesia. Así llegó á ser bastante común la *Missa sicca*, en la que, por falta de vino ó de hostia, se suprimía el canon (es decir, la Misa propiamente dicha, pues no había sacrificio), diciéndose todo lo demás. En el siglo XIV se introdujo la costumbre de celebrar varias Misas el día de Ánimas en el reino de Aragón, y Julio III concedió pudiesen decir dos los sacerdotes seculares, y tres los regulares.

El Concilio de Aranda, celebrado en 1473 bajo la presidencia de D. Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, prohíbe en su canon XIX las representaciones teatrales, máscaras, monstruos ó gigantes, canciones poco honestas, etc., porque quitan la devoción á los fieles; pero concluye el canon advirtiendo que el Concilio no intenta con esto prohibir otras representaciones honestas y devotas que despierten la devoción. El abuso condenado por dicho Concilio venía de mucho antes, sin que sea fácil determinar la fecha de su introducción. Análogas son las disposiciones de la ley XXXIV, del título VI de la I Partida, que, como se sabe, es obra del siglo XIII. Es probable que en el siglo XII existiese esa costumbre, pues no faltan críticos que entienden haberse escrito para semejantes representaciones el poema titulado *Los Reyes Magos*, uno de los primeros que se conoce en la lengua castellana, y algún otro coetáneo y de corte parecido.

**Costumbres del clero.** Después de los grandes obispos del siglo XIII, en los dos siguientes, que también los hubo, escasearon más. El gran cisma, las guerras intestinas, elecciones debidas al favor, todo contribuyó á la relajación de costumbres; pero al propio tiempo es sobremanera edificante ver que no decae un punto el celo del Episcopado en general, que en los Concilios lucha con valor por la restauración de las buenas costumbres y de la disciplina.

Al mismo paso, y por semejantes motivos, iban las costumbres del clero tanto secular como regular. Á éste le perjudicó en grande escala una asoladora epidemia que á mediados del siglo XIV dejó en cuadro los conventos y monasterios. La necesidad ó el deseo de poblarlos hizo que se fueran admitiendo niños y personas sin vocación; mitigáronse las reglas, y los canónigos regulares las fueron abandonando para secularizarse. Las encomiendas que se dieron por esta época á personajes extranjeros no fueron menos perjudiciales que las causas citadas. Casi abandonada la magna empresa de la conquista de los dominios árabes, las Órdenes militares convirtiéronse en semilleros de discordias cortesanas, y los reyes empezaron á proveer los cargos más importantes en personas inhábiles; nueva causa de relajación de estas colectividades, cuyo poder era temible por sus grandes riquezas y organización peculiar.

## CAPITULO IV

### Cultura de este periodo. — Santos.

No abundan los teólogos españoles en los siglos XIII y XIV: Raimundo Lulio, insigne mallorquin, franciscano; el cardenal Oliver, valenciano, del Orden de San Agustín, y Nicolás Eymereich, dominicano, son, sin duda, de los más notables en dicho ramo. Lulio es autor de numerosas obras de Teología, pero no muy conocido por ellas. En cambio sus audacias teológicas (como la de su empeño en probar por la razón escueta los misterios de la Fe) han sido muy discutidas. Oliver se hizo notable por sus cuatro libros exponiendo al *Maestro de las Sentencias*, con otras varias obras teológicas y místicas, y Eymereich no se puede negar que fué hombre de grande ingenio, versadísimo en Teología y Derecho canónico; pero lo que le dió más notoriedad fué el alto cargo de inquisidor de Cataluña, que ejerció, y la virulencia con que arremetió contra Lulio, calificándole de hereje.

Pero esta escasez de teólogos en los siglos indicados está recompensada con usura, más que por el número, que no fué corto, por la calidad de los que florecieron en la centuria XV. Con Sabunde, celebrado autor del *Liber creaturarum*, especie de Teología natural, y los Santa Marías (Pablo y su hijo Alonso de Cartagena), el Tostado (Alonso de Madrigal), el cardenal Juan de Torquemada, dominico (que con el cardenal Cesarini sostuvo con gran ventaja la controversia contra los griegos en el Concilio de Florencia), Fernando de Córdova, asombro de sabiduría, y Alonso de Espina, autor del  *Fortalitium Fidei* , España nada tiene que envidiar en la centuria XV á ninguna otra nación en punto á número y calidad de sus teólogos. Y entiéndase que casi todos estos autores, y singularmente el Tostado y Fernando de Córdova, no sólo entendían de Teología, sino que cultivaban también todas las ciencias de su tiempo. Podríamos alargar mucho la lista de los escritores teólogos, en particular del siglo XV; pero no habiendo esto de conducir á nada, la cortamos aquí.

**Escritos apologéticos.** Ya se ha indicado que el carácter dominante de las obras de Raimundo Lulio es la tendencia apologéti-

ca. Sobre todo contra la filosofía averroísta escribió incansable libro sobre libro; con igual ardor trabajó para pulverizar los errores judaicos y mahometanos, y se esforzó por atraer á la verdad á judíos y musulmanes, sirviéndose de las que ellos admitían. Grande apologista del siglo XIII fué también Ramón Martí, del Orden de Predicadores, en su obra *Pugio Fidei*. Dios, la creación, el alma, la venida del Mesías, la Trinidad, el pecado original, los Sacramentos, todo lo trató con talento maravilloso, con método, con pasmosa erudición. Acaso la Edad Media no conoció tres libros de la importancia apologética que este de Martí. Y como su ciencia daba para todo, trituró lo mismo las objeciones de la filosofía heterodoxa, que las fábulas árabes y talmúdicas.

El siglo XV produjo sapientísimos defensores de la Iglesia, en particular contra la perfidia judaica. Prescindiendo de Jerónimo de Santa Fe, que hizo enmudecer á los rabinos más célebres de su tiempo, logrando la conversión de muchos de ellos, tenemos á Pablo de Santa María, rabino converso y doctísimo obispo de Burgos, y á su hijo y sucesor Alfonso de Cartagena. Todas las obras de Pablo de Santa María están enderezadas á la conversión de los judíos—sus antiguos correligionarios—y defensa de la Iglesia católica. Su trabajo más importante es el titulado *Scrutinium Scripturarum*. De Alfonso de Cartagena bastará decir que Eugenio IV le honró como uno de los hombres más grandes de su tiempo. Dejó escritas varias obras, descollando entre ellas su *Defensorium Fidei* y el *Defensorium Catholicæ veritatis*. Santiago Pérez de Valencia, doctísimo escritor agustiniano, además de sus excelentes obras exegéticas, las escribió también apologéticas contra los judíos.

#### **Teología moral y Derecho canónico.—Tendencia de esta ciencia.**

Los cánones penitenciales, los concilios y las obras de los Santos Padres solían ser, por lo común, la clave para la dirección de las conciencias hasta el siglo XIII. Mas en épocas como aquélla, en que era difícil vulgarizar los conocimientos más necesarios, se dejaba sentir la falta de un libro en que se ordenase, reducido á método, lo que estaba esparcido en muchos volúmenes de difícil adquisición.

La *Suma de casos de conciencia*, de Raimundo de Peñafort, vino á llenar este vacío, y no es menos de alabar este ilustre dominico por esta obra, que por haber llevado á feliz término la que le encargó Gregorio IX sobre el Derecho canónico.



En el siglo XII había publicado el monje benedictino Graciano su famoso *Decreto*, valiéndose para ello de las sentencias de la Escritura, de los Santos Padres, disposiciones conciliares, decretales pontificias, etc., etc., pero todo ello con escaso tacto y mezclado con errores de bulto. No había transcurrido un siglo cuando ya se habían publicado otras cinco colecciones, dos de ellas autorizadas por los Papas, de donde nació tal confusión y discordancia que era difícil saber á qué atenerse. Por eso Gregorio IX encargó á Raimundo de Peñafort formase nueva colección, que nuestro insigne compatriota ordenó en cuatro años. Dicha colección se publicó (1234), autorizada por el mismo Pontífice, con el título de *Decretalium Gregorarii IX compilatio*. Con sus defectos y todo, es sin duda la más perfecta y de mayor mérito, si no se pierden de vista las dificultades que fué necesario vencer en la época en que se hizo este trabajo.

Puesto que existían desde el siglo anterior varias Universidades, en las cuales se enseñaba el Derecho canónico, claro es que en el siglo XIV se cultivó esta ciencia en la Península; pero esa caliginosa centuria no nos ha legado obra alguna digna de mención.

No así la siguiente, en que floreció pléyade numerosa de sabios canonistas, en cuyas doctrinas se notan las huellas del gran cisma que por tanto tiempo había dividido al mundo cristiano. Tienden los unos á rebajar la autoridad pontificia, mientras otros (consecuencia natural de toda reacción) exageran esa misma autoridad, hasta anular cualquiera otra. No faltaron tampoco canonistas de criterio sereno que supieron alejarse de todo extremo vicioso, sosteniendo la doctrina verdadera. Representa la tendencia antipapista el célebre Juan de Segovia, teólogo del Concilio de Basilea, y el extremo opuesto D. Rodrigo Sanz de Arévalo, obispo de Palencia, en su obra *De Monarchia orbis*, en la que intentó probar que el Papa era el verdadero monarca del mundo, con facultad para castigar á todos los reyes. Más en lo justo supieron conservarse los tres ilustres purpurados Torquemada, Mella y Carvajal, aunque no dejaron de tocar las cuestiones candentes sobre la autoridad de los Papas y de los Concilios. No menos insigne que todos los citados fué Fernando de Córdova, que también escribió acerca del dominio del Romano Pontífice en las cosas temporales, y tampoco deben omitirse los nombres de Alfonso de Soto, Guillermo de Monserrat, y los de los doctores López y Benavente.

**Filosofía.** La personalidad más ilustre de la Filosofía cristiana en España durante los siglos medios fué Raimundo Lulio. Su filosofía, lo mismo que su teología, se nos presenta siempre, como queda dicho, con tendencia apologética, principalmente contra los errores averroístas y los nominalistas de todas layas. Mas al mismo tiempo puede decirse que arrojó con la mejor intención la semilla de teorías malsanas que más tarde habían de germinar. Tal acontece con su empeño de reducirlo todo á unidad, y sus afirmaciones rotundas acerca de la legitimidad del tránsito del conocer al ser, de lo ideal á lo real. Lulio no fué sólo un gran filósofo y teólogo; conocía también todas las ciencias, tal como se cultivaban en su tiempo. En la Edad Media su doctrina estuvo muy en boga, y se establecieron cátedras especiales para explicarlas, principalmente en varias Universidades del reino de Aragón, además de otras nacionales y extranjeras. Dicho se está que las tendencias filosóficas de Lulio hallaron numerosos secuaces, descolliando entre todos Raimundo Sabunde y Pedro Dagni.

**Legislación civil.**—**El Código de Aragón.**—**Las siete Partidas.** Los grandes reyes Fernando el Santo y Jaime el Conquistador coincidieron en los deseos de ordenar el laberinto de leyes de diverso origen y de muy distintas épocas que estaban en vigor en sus Estados respectivos. El monarca de Castilla no logró ver realizado su pensamiento, pero sí el de Aragón. Respondiendo á sus deseos, decretaron las Cortes de Huesca la formación de un Código, y comisionaron al obispo Conella, de la misma ciudad, para que lo verificase, como lo hizo á satisfacción de todos.

Entienden algunos que San Fernando comisionó para la redacción de un Código á los jurisconsultos Fernando Martínez, obispo electo de Oviedo, Jácome Ruiz y el maestro Roldán, que fueron los que en tiempo de Alfonso el Sabio redactaron las siete Partidas. Otros opinan que el autor de ese inmortal Código no fué otro que el propio monarca de Castilla, apellidado el Sabio por esa y otras grandes obras.

De todas suertes, el Código de las siete Partidas es un soberbio monumento, científica y literariamente considerado. Como obra humana, tiene sus defectos y hasta errores dogmáticos—lo que hace sospechar que el clero no tomó parte en su redacción;—pero nadie, que sepamos, ha puesto en duda que la redacción de un Código semejante es la manifestación más espléndida del vigor intelectual de una época grande y gloriosa. Como for-

mada en tiempos de viva fe y de concordia mutua entre la Iglesia y el Estado, campea en toda la obra, y desde sus primeras disposiciones, el espíritu religioso de que está saturada. Ese espíritu es cabalmente lo que reprochan en las Partidas ciertos escritores modernos, calificándolas de copia servil de las *Falsas Decretales* porque sancionaron, según dicen, la inmunidad eclesiástica, el asilo, el origen divino del diezmo, etc., dejando olvidadas, en cambio, muchas regallas, como el derecho de erección de diócesis y elección y deposición de los obispos. ¡Como si todo eso y mucho más no estuviera ya en las costumbres y en las ideas del siglo XIII! ¡Como si entonces, ahora y siempre no fuera razonable el reconocimiento de esas garantías á la Iglesia!

**Estudios históricos.**—**D. Rodrigo Jiménez de Rada y D. Lucas de Tuy.**—**Alfonso el Sabio y Jaime el Conquistador.** A las descarnadas *crónicas* de los siglos anteriores sucedieron las *historias* del siglo XIII, no mucho más medradas, ciertamente, en achaques de crítica y perfiles literarios, pero con más orden y método. Dentro del siglo XIII florecieron los grandes obispos Rodrigo Jiménez de Rada y Don Lucas de Tuy. El primero fué natural de Puente de Rada ó Puente la Reina (Navarra), arzobispo de Toledo, testigo y actor en las grandes hazañas de los españoles en el siglo XIII. Alfonso VIII, que le tuvo á su lado en la batalla de las Navas, le donó veinte lugares, y le confirmó para él y sus sucesores el título de Canciller mayor de Castilla. Escribió, además del *Breviarium Ecclesiae Catholicae*, la *Historia arabum* ó *Historia Gothica*, á la cual añadió para completarla un libro reseñando la historia de los ostrogodos, hunos, vándales y suevos; y para dar cabal idea de los diversos pueblos que habían dominado en España, escribió en otro libro la historia de los romanos. A la vez que D. Rodrigo, escribía el citado Lucas de Tuy, hijo, según se cree; de León, canónigo agustino primero en San Isidoro, de la misma ciudad, y más tarde obispo de Tuy. A invitación de Doña Berenguela, madre de San Fernando—que le nombró historiador del reino de León—escribió su *Cronicón de España*, continuación del de San Isidoro.

Dos historiadores regios nos presenta esta centuria: *Jaime de Aragón y Alfonso el Sabio*. Aunque probablemente Jaime no fué autor de los *Comentarios* de sus propias hazañas, han corrido siempre con su nombre. El rey Sabio escribió, entre otras que llevan su nombre, el *Libro de la vida y hechos de Alejandro Magno*

y el *De los loores y milagros de Nuestra Señora. La historia general de España*, la *Grande y general historia* y *La Gran Conquista de Ultramar*, si no son suyas, á su celo y munificencia se deben, lo mismo que las *Tablas astronómicas*, para cuya confección consultó con muchos sabios nacionales y extranjeros, empleando sumas enormes en tan noble empresa.

Lejos de haberse proseguido el movimiento ascendente del siglo XIII, en el XIV enmudecen por completo los historiadores; lo cual no es de extrañar, pues otro tanto acontece con todas las manifestaciones del espíritu, que sufren doloroso eclipse en aquella desventurada centuria. Con todo, no deben omitirse los nombres de D. Gonzalo de Hinojosa, obispo de Burgos, que escribió un *Compendio* de historia general; el de Roselli, mallorquín, confesor de Jaime II y Cardenal, que escribió una historia general, amén de otra de la Orden dominicana, que era la suya, y otros varios menos importantes.

Abundaron más en el siglo XV los historiadores; pero no se observa en este linaje de estudios el mismo progreso que en otros. Pablo de Santa María con la *Suma de las Crónicas de España*, y su hijo García Álvarez con su *Crónica* del rey D. Juan II, puede decirse que resumen los trabajos históricos de este siglo en Castilla, fuera de algunas historias particulares de Órdenes religiosas. En Aragón es célebre, tanto como por sus diez libros titulados *Paralipomenon Hispaniae*, por sus vicisitudes políticas, el cardenal Margarit, llamado también *el Gerundense* por haber sido natural y Obispo de Gerona.

**Las Bellas Artes.—La Poesía.** Durante los primeros siglos de la Restauración véanse pocas muestras del cultivo de las Bellas Artes. De todos modos, se puede afirmar que los primeros monumentos arquitectónicos de alguna importancia fueron religiosos, y los primeros vagidos de la poesía castellana, dedicados á algún objeto sagrado. Antes de Gonzalo de Berceo, autor de principios del siglo XIII, escribiéronse algunos poemas castellanos, como los intitulados *Los Reyes Magos*, *Los Reyes de Oriente*, *Santa María Egipciaca*, y ya sus mismos nombres indican su carácter religioso. El mismo poema del Cid, escrito probablemente á mediados del siglo XII, no desmiente la época, y bien se echa de ver en él, al lado de la nota patriótica, pronunciado sabor religioso. En los comienzos del siglo XIII escribió Gonzalo de Berceo, como se ha dicho, sus pequeños poemas, observándose en ellos más arte y re-

gularidad en la rima. Mencionaremos también aquí las *Cantigas* del Rey Sabio, la *Vida de San Ildefonso*, del beneficiado de Úbeda, y los *Milagros de Santo Domingo*, de Pedro Marín.

**Música, Arquitectura, Escultura y Pintura.** Ó mucho nos engañamos, ó fué este período de gran florecimiento para el canto eclesiástico. Las *Cantigas* de Alfonso el Sabio nos muestran un estado de perfección del canto gregoriano de que seguramente no se tuvo noticia desde San Gregorio hasta el siglo XIII, ni se ha tenido desde el siglo XVI acá. Claro es que las *Cantigas* no son canto litúrgico; pero también es evidente que ellas nos manifiestan los conocimientos que en el siglo XIII eran comunes. Usábanse los órganos en la iglesia desde antes del siglo XIII, y Alfonso el Sabio instituyó en Salamanca una cátedra para la enseñanza de ese instrumento.

Después de haberse construido en España, durante el siglo XII, magníficos monumentos románicos, de los cuales aún se conservan algunos, en el siguiente se levantaron nuestras más hermosas catedrales góticas, y de ese mismo estilo, cada vez más recargado de adornos, son nuestras mejores iglesias de los siglos XIV y XV, hasta que en el XVI imperó el Renacimiento.

La Pintura y la Escultura no llegaron, ni con mucho, á la altura de la Arquitectura y de la Música. Sin embargo, en los siglos XIV y XV no se puede negar que hicieron notables adelantos, y que antes del Renacimiento existían—y aún se conservan—trabajos pictóricos y escultóricos de relevante mérito, no tanto por su corrección, cuanto por su expresión mística y devotísima.

**Santos más notables de este período.**— Santos del siglo XIII. Casi todos los santos más notables de este siglo quedan mencionados. De San Fernando nada hemos de añadir á lo dicho, como tampoco de su excelente madre Doña Berenguela, ni de su tía Doña Blanca, madre de San Luis, rey de Francia.

Los insignes fundadores Santo Domingo y San Pedro Nolasco bien merecían larga y minuciosa biografía. Aquél había nacido en Caleruega (1170), de noble y religiosísima familia. Su madre la beata Juana de Aza, es hoy venerada en los altares. Hay graves motivos para afirmar que Domingo aprendió las primeras letras en el convento de canónigos premonstratenses de Santa María La Vid, hoy colegio de Padres agustinos filipinos. En la universidad de Palencia terminó sus estudios, y á poco profesó la Regla de San Agustín como canónigo regular de Osma. Ya queda dicho

cómo se trasladó á Francia, en compañía de D. Pedro de Aceves, y fundó la gloriosa milicia que lleva su nombre. Santo Domingo murió á los cincuenta y un años de edad (1221), extenuado por grandes trabajos y fatigas en honra de Dios y defensa de su santa Iglesia. Trece años después le canonizó Gregorio IX. Comúnmente se cree que Pedro Nolasco nació en San Papoul (Francia); distinguióse desde niño por su caridad en favor de los pobres, y joven todavía tomó parte en la guerra contra los albigenses. Había ejercido el delicado cargo de preceptor de D. Jaime I, y no se separó de su lado hasta mucho después de haber fundado la Orden de la Merced. Ya en ella, contribuyó al rescate de innumerables cautivos, y estuvo á punto de padecer martirio, cosa tan apetecida por él, al constituirse preso por la libertad de los cristianos en la regencia de Argel. Murió en 1256, siendo canonizado por Urbano VIII.

Todas las Órdenes religiosas tuvieron en aquella centuria gloriosos representantes por sus grandes virtudes. San Antonio de Padua—que aunque nacido en Lisboa puede ser considerado como español—honró primero el hábito agustiniano entre los canónigos de Lisboa, quienes le educaron, saliendo tan aventajado en virtud y en letras que ya desde entonces hacía augurar lo que con el tiempo había de ser. Su vida entera fué un tejido de maravillas y prodigios, muriendo á los treinta y seis años de edad (1231), cuando ya llevaba diez de hábito franciscano. Á fines del siglo XII y principios del XIII brillaron en San Isidoro de León, de los canónigos agustinos, tres varones ilustres por su santidad, todos tres llamados Martín, y los monjes de San Benito cuentan en este mismo siglo á San Rodrigo, abad que fué del histórico monasterio de Silos.

Ya hemos mencionado á San Raimundo de Peñafort. San Pedro González Telmo fué muy probablemente hijo de Frómista (Palencia). Su tío, el Obispo de esta ciudad, le dió un canonicato, y se abandonó á la vanidad y ostentación. Un día que salía á caballo aparatosamente engalanado, cayó en un lozadal, sirviendo de escarnio al populacho. Entonces tomó la resolución de entregarse totalmente á Dios, y fué el primero que tomó el hábito dominicano en el convento de Palencia. Asturias y Galicia fueron el teatro de su apostólica predicación. A él se debe la construcción de un magnífico puente sobre el Miño. Murió en 1248.

Derramarou su sangre en defensa de la fe dos hijos de San Francisco en Valencia, y además San Pedro Pascual, mercenario,

obispo de Jaén y escritor, y Santo Domingo de Val, acólito de Zaragoza, que fué martirizado por los judíos.

**Varones ilustres en santidad de los siglos XIV y XV.** Así como el siglo XVII recibió magnífico legado de santos, sabios y escritores insignes del siglo anterior, así lo recibió también el XIV. Raimundo Lulio, martirizado en Túnez en 1315, á los ochenta años de edad; otros cuatro franciscanos, martirizados también por los moros en 1304 y 1307, y últimamente la bienaventurada reina de Portugal, Santa Isabel, hija de D. Pedro III de Aragón, que murió en 1336, cuando contaba sesenta y cinco años de edad, fueron gloria del siglo XIII, aunque alcanzaron algunos años del siguiente.

Mucho más fecundo en todo lo grande y bueno fué el siglo XV. Más que por el número, descuellan los santos de esta centuria por su calidad, que les ha valido celebridad universal. San Vicente Ferrer merece todo un libro, y no se pueden referir en más corto espacio las maravillas de su predicación, sus portentosos milagros y su participación en los negocios político-religiosos de fines del siglo XIV y principios del XV; los franciscanos San Diego de Alcalá y San Pedro Regalado son bien conocidos, aquél por su caridad, éste como reformador de su Orden. San Juan de Sahagún, agustiniano, apóstol de Salamanca, logró con su ardorosa predicación acabar con los bandos que ensangrentaban las calles de aquella ciudad. Aclamado públicamente como santo por los asombrosos prodigios que hizo en vida, murió en 1472, siendo canonizado por Alejandro VIII (1690). Salamanca le venera como Patrón, y su actual Prelado, Excmo. Sr. Cámara, ha escrito su vida, edificándole además hermoso templo, que deberá ser uno de los parroquiales de aquella ciudad. Dos inocentes niños fueron impiamente martirizados por los judíos, el uno en Segovia y el otro en la Guardia, pueblo de la provincia de Toledo. Los judaizantes de Zaragoza hicieron otro tanto con el inquisidor San Pedro Arbúes, ilustre canónigo agustiniano de la Seo: en la noche del 14 al 15 de Septiembre de 1485, mientras el coro cantaba el *Invitatorio*, de una cuchillada le cortaron las venas yugulares. Dos días después murió el Santo. Alejandro VII le beatificó en 1644, y le canonizó Pío IX en 1867. Dentro de este período (1212-1492) ó poco antes se verificaron notables apariciones de las imágenes milagrosas de Nuestra Señora á siervos suyos muy devotos.

**Personajes ilustres.** No debe omitir la historia eclesiástica los nombres de otros varones ilustres por sus altos hechos. Es acaso

el primero de ellos el cardenal Alborno, descendiente de las casas reales de León y de Castilla, capellán de Alfonso XI y después arzobispo de Toledo. Nada le valieron ni su origen ni sus méritos para evitar la persecución de D. Pedro el Cruel, y tuvo que huir á Aviñón, al lado del Papa Clemente VI, que le hizo confesor suyo. Muerto Clemente, Inocencio VI le envió como Legado y general en jefe de la guerra que emprendió contra los enemigos de la Santa Sede. En breve sometió Alborno á todos los rebeldes, casi sin dinero ni soldados. Acabada la conquista del Estado Romano, lo gobernó pacíficamente por espacio de muchos años, mereciendo las bendiciones de los pueblos. Alborno fundó el gran Colegio de San Clemente de Bolonia, que aún subsiste, y que ha dado tantos hombres eminentes.

Muy parecidos á éste fueron otros dos arzobispos de Toledo, D. Pedro Tenorio y D. Pedro González de Mendoza, conocido por el Gran Cardenal; uno y otro alimentaron regios pensamientos y fueron de grande inteligencia; entrambos tuvieron mucho favor en la Corte y construyeron magníficos monumentos: son de Tenorio el puente de San Martín de Toledo, el castillo de San Servando, el puente llamado del Arzobispo, camino de Guadalupe, y otros muchos edificios, iglesias y conventos en las villas y lugares del arzobispado; se deben á Mendoza la iglesia de Santa Cruz de Roma, la del mismo título de Jerusalén, la parroquial de igual advocación en Sevilla, y el Colegio Mayor, de Santa Cruz, de Valladolid, con otras muchas fundaciones y otras pías, generalmente con el título de la Santa Cruz, de la que era devotísimo.

Finalmente, mencionaremos aquí al cardenal Juan de Carvajal, no menos ilustre que los dos anteriores, aunque sí menos conocido en España. Fué Auditor de la Rota Romana y gobernador de la ciudad. Eugenio IV le envió á Basilea, y allí defendió con elocuencia extraordinaria los derechos de la Santa Sede, de igual modo que en la Dieta de Maguncia. Luchó con las armas del raciocinio contra los husitas en Bohemia, y en compañía de San Juan Capistrano logró levantar en Alemania y Hungría un gran ejército que desbarató al turco en Belgrado, con grande alegría y beneficio de la cristiandad. Todavía prestó grandes servicios á la Iglesia como Legado de la Santa Sede en el Peloponeso y en otras partes. Es autor de varias obras muy notables, entre ellas una con el título de *Defensio Sedis Apostolicæ*. Murió en Roma en 1469, siendo cardenal obispo de Porto.



# TERCERA ÉPOCA

(1492-1892)

## QUINTO PERÍODO

Desde la conquista de Granada hasta el advenimiento de la Casa de Borbón (1492-1700).

---

## INTRODUCCIÓN

Al terminar el ominoso reinado de Enrique IV nadio hubiese predicho los tiempos, ya muy cercanos, de la grandeza y prosperidad de la nación española bajo el áureo cetro de los Reyes Católicos; los cuales se dieron tanta prisa y tal arte, que para cuando se terminó la gloriosa obra de la reconquista habíanse operado en todas las esferas sociales profundas y transcendentales reformas. Libres de enemigos interiores, aquellos monarcas no cesaron, antes persiguieron con nuevo aliento su hermosa tarea de restauración política y religiosa, y Dios les concedió rodearse de hombres tales que por medio de ellos fuéles dado realizar las empresas más colosales dentro y fuera de España. Carlos V y Felipe II, aunque tan distintos en caracteres y aficiones, conspiraron al propio fin que Isabel y Fernando, en esfera mucho más amplia que ellos, elevando á nuestra nación á tal grandeza y poderío que nunca, ni antes ni después de ellos, ha logrado ostentar. En cambio, de la primera mitad del siglo XVII cabe decir lo que de los últimos años del XIII: vivió á expensas de energías acumuladas. La segunda mitad de aquella centuria desdichada fué una prolongada agonía. En suma: un período de rápido engrandecimiento para la Iglesia y el Estado, período al que nada faltó para su gloria: santidad, letras, armas, artes, todo lo tuvimos y en grado eminente; y otro período de no menos rápida decadencia, en que casi desaparecieron, con el último vástago de la gloriosa estirpe de los austrias, todos los esplendores del anterior.

De los Reyes Católicos y de los de la Casa de Austria se puede afirmar que ellos formaban á la nación : mientras ellos fueron grandes, grande fué y se mostró la nación española ; y al degenerar aquella raza de gigantes, parece que también degeneró la vigorosa y altiva raza española, que no produjo un solo héroe digno de medirse con los muchos del siglo XVI.

Los tres primeros monarcas de la Casa de Borbón, con sus errores y todo, hicieron no poco para engrandecer á España ; mas desde Carlos IV acá, al principio por culpa casi exclusiva los monarcas, y después por vicios radicales de sistemas político-religiosos en boga, se nos ha conducido á las puertas del abismo ; y España, que hace un siglo tomaba dignamente asiento en los consejos de Europa y sumaba su voto con el de las grandes naciones, encuéntrase hoy completamente olvidada del mundo.

---

## CAPITULO PRIMERO

---

### **Descubrimiento del Nuevo Mundo.—La Iglesia española hasta el advenimiento de Carlos I.**

#### **I.—DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO**

**Origen de los pueblos americanos, su religión y artes.** Dificil es señalar con seguridad la procedencia de los habitantes del Nuevo Mundo. Generalmente se cree que arribaron al continente americano, en tiempos muy remotos, dos corrientes de población: una de raza amarilla, que desde el Asia pasó por el estrecho de Bering; y otra de raza blanca, que debió de trasladarse desde la Groenlandia. Señálanse también otras inmigraciones, como la de los hyksos, ó reyes pastores (de origen árabe ó fenicio), que al ser expulsados del Egipto por los tebanos, cosa de dos mil años antes de la Era cristiana, pasaron á Canarias, y desde allí á América. Dentro ya de aquel continente, ocurrieron, como en el antiguo mundo, diferentes irrupciones é invasiones que hubieron de transformar profundamente el modo de ser de los primitivos pobladores, é iguales efectos produjeron varias pestes asoladoras de que se tiene noticia.

Casi todo esto se refiere á Méjico y á la América Central, más bien que al resto del Nuevo Mundo; pero cabe suponer estrecho parentesco entre todos sus pobladores.

Cuanto á las ideas religiosas predominantes en América, tenían notables puntos de contacto con las búdhico-brahmánicas—nuevo argumento del origen asiático de los americanos,—pero entremezcladas con otras muy distintas.

Los mejicanos reconocían dos principios, uno bueno y otro malo, y adoraban á los dos, amén de otros dioses de inferior categoría, entre los cuales se contaba el Sol. A éste se le sacrificaban las víctimas humanas. Como se ve, estas creencias y culto guardan también parentesco no lejano con la teogonía de los gnósticos, y aún mejor con el dualismo maniqueo y sus eones, aunque sin la levadura cristiana de que estaban animados estos delirios, que

tanto éxito alcanzaron en el antiguo mundo. Los peruanos adoraban al Sol como su principal divinidad, reconociendo también otros muchos dioses inferiores.

El mismo origen asiático de los primeros pobladores se echa de ver en los antiguos monumentos americanos. Esas construcciones tenían á la vez notable parecido con el arte egipcio, y con el chino y el japonés, predominando, como en estos dos últimos puntos, la ornamentación geométrica.

**Colón.—Primera idea y preliminares del descubrimiento.** Cristóbal Colón, nacido en Savona (república de Génova), fué uno de esos hombres que vinieron al mundo para eumplir magníficos destinos providenciales. Aunque de familia humilde, estudió en su juventud Astronomía y Matemáticas; y á la vuelta de algunos años de haber navegado por todos los mares conocidos, despertóse en su mente la grandiosa idea de la existencia de un nuevo mundo. Acaso tuvo origen esa idea en la lectura de los viajes de Marco Polo; tal vez la engendró el conocimiento de la esfericidad de la Tierra, y no falta quien la atribuya á la lectura de una cláusula de Raimunde Lulio. Ello es que Colón fué adquiriendo un conocimiento cada vez más profundo, si no de la existencia de nuevos continentes, por completo separados de los conocidos, á lo menos de la de un camino que le condujera por el Oeste á las Indias Orientales, mucho más corto que el que los portugueses buscaban por el Sur. Animado de tales pensamientos, inútilmente se esforzó por infundírselos á sus paisanos los genoveses; el Senado de la República, lo mismo que después los reyes de Portugal y de Inglaterra, asesorados por los pseudo sabios de aquella época, despreciaron las proposiciones de Colón, á quien los cortesanos le hartaron de dieterios sobrado crueles para desalentar á quien no tuviera su fe en tan gigantescos proyectos. Sólo Isabel la Católica, magnánimoa soberana española, dió oídos á Colón, habiendo influido de una manera decidida á su favor los Padres Deza y Marchena, franciscano éste y Guardián del convento de Palos, y aquél dominico, catedrático de Teología en la universidad de Salamanca. Las fábulas que la impiedad ignorante ha inventado para desacreditar á los católicos, afirmando que los catedráticos de Salamanca trataron á Colón poco menos que como hereje porque su pensamiento se oponía á los textos de la Escritura, las desprecian hoy todos los hombres de alguna cultura y criterio, sean cualesquiera sus ideas. Ayudado, pues, el insigne navegante por

Isabel la Católica, y con el apoyo personal y pecuniario de los Pinzones zarpó del puerto de Palos con tres navíos, el 3 de Agosto en 1492, para realizar la más grande de las epopeyas conocidas.

**Descubrimiento del Nuevo Mundo, y viajes sucesivos de Colón.** Tras sesenta y nueve días de penosísimo viaje descubrió al fin, en 12 de Octubre del mismo año, una de las islas Lucayas (*Guanahani*), á la que dió el nombre de *San Salvador*, y á poco Haití y Cuba, de todas las cuales tomó posesión con la posible solemnidad, animado del más ferviente deseo de extender los dominios de la Iglesia y de la nación española, que generosamente le había protegido. Su vuelta á España fué un triunfo soberano.

Al año siguiente (1493) tornó á America y descubrió las islas de las Antillas, teniendo que volver á España á sincerarse de las calumnias que sus émulos le habían levantado. Aun emprendió otros dos viajes: en el primero de éstos fué cuando en realidad descubrió el *Continente* americano, y también esta vez volvió por la malevolencia de sus enemigos, que le trajeron cargado de cadenas. En su último viaje exploró toda la costa de *Honduras*, y vino á España pobre, viejo y achacoso. Murió en Valladolid en 1506, después de haber dado las más grandes muestras de su genio colosal, sólo comparable á su fe ardorósísima y heroicas virtudes cristianas.

## II.—REFORMAS GENERALES

**Reforma de los regulares.** Los Reyes Católicos obtuvieron en 1494 una Bula de Alejandro VI para reformar los Institutos regulares. Isabel la Católica comisionó al por tantos títulos ilustre Fr. Francisco Jiménez de Cisneros, su confesor, para realizar tan delicada empresa, que en efecto la llevó á cabo con prudencia y energía inquebrantables. Los franciscanos llamados *claustrales* habían obtenido concesiones pontificias para adquirir propiedades, contra la letra y el espíritu de las leyes de su santo fundador. Cisneros entendía que una de las causas de la relajación era ésa, y no temió iras ni contratiempos para restituir la Orden franciscana—que era la suya—á su primitivo estado de pobreza y observancia.

Un su biógrafo y correligionario (P. Quintanilla, parte II, capítulo II) refiere de esta suerte cómo realizó dicha reforma: «Empezó—dice—á ejercer el nuevo cargo de reformador, y la forma y manera que tenía este santo Prelado en ella era: visitar los

monasterios; haciales una plática de sus primeras reglas, obligaciones y estatutos, de su relajación y quebrantamientos; ponía toda instancia en que renunciasen todos los privilegios, que eran contra su primera perfección; traíalos á su presencia y los quemaba, como Alcorán pésimo de vida ancha. Si era de la Orden de San Francisco, quitábales todas las rentas, heredades y tributos, que daba á monjas pobres, con condición que luego habían de votar encerramiento y clausura; parte de estas rentas (que eran muy gruesas) dió á parroquias necesitadas, hospitales de harta necesidad. En materia de hábitos, quitó los que traían de estameña, y les hizo vestir de paño áspero y grueso, como la Observancia. En la superficie de sus celdas no dejó nada; hizoles seguir el coro y andar descalzos, como los demás, pues últimamente los hizo á todos observantes á la obediencia de nuestro Comisario general (esto fué lo que más sintió el generalísimo claustral), unos porque luego se venían á nuestros conventos, otros porque de un convento claustral y otro observante se hacía uno solo (así pasó en Toledo); algunos porque del que era conventual se hacía observante, y todos porque el que no quiso reducirse á la Observancia, ó le quitó el hábito, ó se pasó á Italia.»

Los conventos de monjas, casi todos claustrales, los entregó á los observantes para que los reformaran. Los sujetos á los Ordinarios también siguieron, en su inmensa mayoría, el ejemplo de los demás. Hasta los conventos de terciarias los redujo á la observancia.

Hablando el mismo autor de la reforma de otras Órdenes, dice: «Las demás religiones (carmelitas, agustinos, dominicos) no tuvieron tanto que hacer, que, como pueden tener rentas en común, no tuvo que quitar sino las que tenían en particular, haciéndoles renunciar cualquier privilegio, y aplicábalos á la comunidad, y toda su reforma consistió en un poco más decoro, guarda de sus reglas, algunos saludables estatutos que ordenó, reformation de sus hábitos y celdas. Por eso no hizo tanto ruido la reforma de las demás religiones, que, como quedaron con sus propias rentas, conventos y demás alhajas, no se les dió mucho de sujetarse á ella.»

Aunque el Papa mandó suspender la reforma influido por los que enérgicamente la rechazaban, informado de nuevo, ordenó se prosiguiera en mayor escala; y lo que se había hecho en Castilla, se hizo también en Aragón, no sin haber tropezado con gra-

ves obstáculos, que la férrea voluntad de Cisneros fué venciendo.

**Expulsión de los judíos y de los moriscos.** Fué pensamiento dominante de los Reyes Católicos, en particular desde que se apoderaron de Granada, establecer en España la unidad de cultos. Movíales á desecharla ardientemente su celo por la Religión y la paz de sus Estados. Las breves indicaciones históricas que arriba hemos hecho respecto de los desórdenes que frecuentemente se veían obligados á sofocar las autoridades, desórdenes de que eran culpables, alternativamente, judíos y cristianos, habían demostrado que no era posible la paz mientras permaneciesen aquéllos en la Península. Hechos posteriores, que sería muy largo enumerar, vinieron también á robustecer esta creencia. En tal situación las cosas, dueños los Reyes Católicos de casi toda la Península, sin temor á enemigos domésticos que pudieran molestarles, deseosos de evitar que los fieles tuvieran siempre á la vista una piedra de escándalo, se resolvieron á tomar una determinación radical y extrema (1492), poniendo á todos los judíos en la dura alternativa, ó de bautizarse, ó de salirse de España en el término de cuatro meses después de publicado el decreto.

Salieron cosa de 24.000 familias de los dominios de Castilla; fueron muchos á Portugal, otros á Francia, Italia, Flandes y Alemania, y otros, finalmente, á Constantinopla, Alejandria, el Cairo y varios puntos de la Europa oriental y del Africa. De ahí es que los descendientes de los expulsados de España han conservado nuestra lengua en puntos muy alejados de la Península.

Años después volvieron algunos á España diciendo que no eran de los expulsados, y que, por consiguiente, no rezaba con ellos el decreto de 1492, y con tal motivo publicaron los Reyes nueva pragmática (1499) declarando que debía entenderse de todos los judíos, desterrados ó no, aunque dijeran que se querían tornar cristianos. Sólo previa licencia, y con promesa de recibir el bautismo en el primer pueblo donde entrasen, les era lícito, según este decreto, pisar el suelo de la Península.

Análogos trámites siguió la causa de los moros. Con más celo que discreción se les quiso bautizar á todo trance: muchos se dejaron bautizar sin que su corazón abandonase las patrañas musulmicas, como se vió después; otros se resistieron, y una ley les obligó á abandonar la Península (1502).

**Reformas en la disciplina.—Elección de obispos.** Queda indicado que no es derecho anejo á la soberanía civil, sino exclusivo de la

religiosa, la elección de obispos, lo mismo que la provisión de cualquiera otro beneficio eclesiástico. Con motivo de la traslación de los Papas á Aviñón y del gran cisma de Occidente, origináronse graves disgustos por las reservas pontificias. Agréguese á esto el gran poderío de los monarcas españoles, que manifestaron á fines del siglo XV celo ardiente por los intereses de la Iglesia, y se comprenderá la razón por qué los Papas tuvieron con nuestros Soberanos tantas consideraciones, otorgándoles privilegios singularísimos. Las concesiones hechas por Sixto IV para Castilla (1478 y 1482) en orden á la presentación de obispos, las hizo extensivas Alejandro VI para todos los reinos de España é Indias. Sin embargo, jamás entendieron los Romanos Pontífices que por esas concesiones perdían toda intervención en asunto de tal importancia: si los Monarcas presentaban personas no bien quistas en Roma por esta ó aquella razón, natural era que los Papas pudiesen veto y se negasen á confirmar tales elecciones. De ahí nacieron algunas diferencias en parte del siglo XV y los dos siguientes, hasta el Concordato celebrado en 1753.

**Derechos de vacantes.**—Origen del «*Regium exequátur*». Parece bastante probable que en España se reservaban los derechos de las Sedes vacantes para el sucesor, y que los empezaron á ocupar los Nuncios y colectores apostólicos en el pontificado de Inocencio VIII. Los Reyes Católicos reclamaron sobre eso, y fué una de las pocas cosas en que Alejandro VI no quiso ó no pudo darles gusto. Más adelante fué objeto de pactos especiales, unas veces entre la Santa Sede y las Iglesias particulares, y otras entre aquélla y los Reyes

El *Regium exequátur* es una de las ingerencias más odiosas del poder civil en asuntos puramente religiosos. Sus orígenes se remontan á la segunda mitad del siglo XIV, y debe contarse como funesta consecuencia del cisma de Occidente. En efecto; Urbano VI parece haber sido el primer Papa que concedió á varios prelados—no á reyes—la facultad de inspeccionar las bulas (porque circulaban muchas falsas), autorizándoles para que prohibieran la circulación y efectos de las mismas mientras no tuviesen el *placet* episcopal. Durante el indicado cisma, cada uno de los dos ó tres Papas existentes expedía bulas á las diferentes naciones cristianas, tomando en ellas muchas veces disposiciones onerosas. El rey que estuviera adherido á uno de los aspirantes al Pontificado, interceptaba las bulas de los demás; si es que en



lo odioso no prescindía de todos, como hicieron algún tiempo los monarcas españoles. En cambio, las bulas favorables corrían con el *placet* del Monarca favorecido: he ahí el origen de eso que los regalistas han llamado derecho majestático, y que en realidad no es más que una medida, en su origen, impuesta por las circunstancias. Se ha dicho que en España, el *Regium excoquitur* es concesión de Alejandro VI en su bula *Inter curas*, de 1493. Nada menos cierto. Circulaban por aquel entonces, con grave perjuicio de los fieles, numerosas fábulas con nombre de letras apostólicas, y los reyes pidieron al Papa remediasse este mal. Alejandro VI expidió la citada Bula, disponiendo que las indulgencias, hasta entonces concedidas y que en adelante se concediesen quedaban en suspenso en tanto no se cerciorase de su autenticidad, primero el prelado de la diócesis donde se hubiesen de publicar, y después el Nuncio y el Capellán mayor de los Reyes. Sólo se habla, pues, de indulgencias, y para evitar toda falsedad habían de ser examinadas por las personas que en la Bula se especifican. Ni una palabra que autorice á los reyes á intervenir ni en eso ni en nada.

Sobre tan leve fundamento se hicieron después leyes, como se puede ver en la Novísima Recopilación, refiriéndose para mayor escarnio á la bula de Alejandro VI. Mejor pretexto—ya que sólido fundamento no lo había—hubieran hallado en la práctica del *placet*, ya puesto en uso por el Rey Católico, tanto en su reino de Aragón como en los dominios de Italia.

**Incorporación de los Maestrazgos á la Corona.—Abolición de Señoríos episcopales, y restricción del fuero eclesiástico y de las inmunidades.** En su afán de absorberlo todo y establecer un poder central vigoroso que no tuviera que mendigar de nadie auxilio de hombres y dinero, los Reyes Católicos procuraron por todos los medios imaginables incorporar á la Corona los Maestrazgos de las Órdenes militares. Así obtenían dos ventajas muy notables: aumentar en algunos millones los ingresos del siempre exhausto erario español, y centralizar la considerable fuerza que dichas Órdenes representaban bajo el mando del soberano. Esto vino á ser á manera de lucha pacífica contra los restos de cierto linaje de feudalismo, que, en el estado á que habían llegado las cosas á fines del siglo XV, podía perjudicar, ó por lo menos esterilizar algún tanto las grandes energías de la nación. No fué otra la verdadera razón por qué los Reyes Católicos obtuvieron de la Santa Sede la gracia de la incorporación de los Maestrazgos á la Corona.

A parecidos móviles obedeció el ir cercenando el poder de los señorios eclesiásticos, lo mismo que los fueros y las inmunidades. La Santa Sede, que miraba á aquellos grandes monarcas como hijos predilectos de la Iglesia, otorgóles gracias y privilegios, de que por lo general hacían buen uso; mas al propio tiempo resultaban en alguna manera odiosos, porque en la misma proporción en que se favorece al privilegiado, hay por fuerza que despojar á un tercero. De ahí nacieron algunas contiendas con motivo de la restricción de inmunidades.

### III. — GUERRAS DE RELIGIÓN

**Conciliábulo de Pisa é intervención de las armas españolas en defensa del Pontífice Julio II.** Mal avenido Luis XII de Francia con el Papa Julio II porque éste se había inclinado hacia España, intentó contrariar al Papa de mil modos, no siendo el menos malo de ellos mandar que se reuniera en Pisa un conciliábulo. Y es lo más extraño que un Cardenal español, sobrino de Juan de Carvajal y de su mismo apellido, presidió este conato de Concilio. Julio II, temiendo la prepotencia de las armas francesas y algún cisma parecido al que surgió en tiempo de Urbano VI, pidió y obtuvo el auxilio del Rey Católico. En 11 de Abril de 1512 se dió la gran batalla de Ravena, en la que los franceses é imperiales, que salieron vencedores, perdieron más de diez mil hombres y á su general en jefe, Gastón de Foix. Los españoles se batieron admirablemente, y aunque fueron vencidos, cayendo prisionero, entre otros generales, el valerosísimo Pedro Navarro, juntamente con el Legado pontificio, Juan de Médicis (después León X), tal miedo infundieron en las huestes enemigas, que éstas, á pesar del triunfo que acababan de conseguir, no pudieron reponerse de las pérdidas que experimentaron. Á la vez se encontraron con las armas inglesas: Enrique VIII, yerno del Rey Católico, arremetió briosamente contra los franceses; y éstos, juntamente con los Cardenales cismáticos, huyeron á Francia entre las rechiflas de los pueblos porque atravesaban.

**Conquista de Navarra.** Había casado el Rey Católico, en segundas nupcias, con su sobrina Doña Germana de Foix, nieta de su hermana Doña Leonor, reina que fué de Navarra. El rey Juan Albret, receloso de Fernando por el matrimonio dicho, buscó la alianza del de Francia, que, como hemos dicho, estaba en

guerra con Julio II. El navarro se resistió á las amonestaciones que se le hicieron para que se separara de una alianza que le hacía cómplice del conciliábulo de Pisa, y fué excomulgado, declarándole á la vez el Sumo Pontífice destituido de la corona, que adjudicó á Fernando. Poco arraigo tenía el navarro entre los suyos, y por eso le fué bien facil al Rey Católico apoderarse de su reino por medio del duque de Alba. En vano intentó de nuevo, con tropas de refuerzo, apoderarse de su antiguo reino, que desde entonces forma parte del de Castilla.

**La conquista de Orán.** No hay apenas empresa digna de memoria en la historia de España, desde la conquista de Granada hasta el reinado de D. Carlos, sin intervención de Cisneros, que más que otro alguno merecía el dictado de Gran Cardenal. La Iglesia y el Estado tienen que reconocer en él á un hombre extraordinario, que supo unir en sí los talentos más vastos y al parecer más antitéticos, como se irá viendo por el recuento sumario de sus proezas.

Sabido es que Isabel la Católica deseaba se enderezasen las grandes fuerzas de la nación á la conquista del África, con preferencia á cualquier otro punto. Fernando no manifestó nunca mayor entusiasmo por ello; mas cuando Cisneros le propuso la conquista de Orán, dándole á entender que deseaba se pusiese al frente de las tropas el propio monarca, avínose á lo de la conquista, aunque no á tomar parte activa en ella. El mismo Cisneros fué nombrado capitán general de la empresa, bajo la dirección, que hoy diríamos técnica, de Pedro Navarro. Cisneros lo preparó todo á sus expensas: 20.000 hombres y una escuadra de 150 velas y 10 galeras, con bastimentos abundantísimos para todos. Llegaron los nuestros á las puertas de Orán muy á tiempo, y aun más á tiempo se apoderaron de la ciudad, pues de haber tardado algo, hubiérales sido imposible salir airosos en su empeño por los grandes refuerzos que á poco llegaron de Tlemecén. Cisneros no permaneció más que el tiempo necesario para ordenar el culto.

#### IV.—CISNEROS Y LA CULTURA ESPAÑOLA

**Cisneros protector de las ciencias y de las artes.** Observaba Cisneros que si el estudio de ambos Derechos se hacía con amplitud en nuestras universidades, no así el de la Teología y Sagrada Escritura. Para suplir esta deficiencia fundó su gran Colegio de

San Ildefonso de Alcalá, trayendo de Salamanca los catedráticos más célebres de aquella Universidad, que estaban hastiados de la turbulenta juventud salmantina, que los postergaba, con desdoro y grave perjuicio de la enseñanza.

Fué tal su amor por la difusión de los buenos libros, que no perdonó medios de vulgarizarlos. Empezó, ya en Toledo, por imprimir obras espirituales, y las hizo repartir por todos los conventos de monjas, divulgándose también entre los fieles acaso los primeros libros impresos que tratasen de asuntos devotos. Proveyó á todas las iglesias de su arzobispado de los libros y cantorales impresos necesarios, para que los Oficios divinos y la administración de Sacramentos se hiciesen con el decoro debido, y hasta mandó escribir libros de Agricultura y los hizo imprimir á su costa en beneficio de los labradores, entre los cuales los repartía; quiso hacer una edición poliglota de Aristóteles, en cuyos trabajos preliminares se ocupó Santo Tomás de Villanueva, ya catedrático del Colegio de Alcalá, é imprimió las obras de Avicena para fomentar el estudio de la Medicina. Finalmente, ya que no pudo hacer en Alcalá la edición de las obras del Tostado, las mandó imprimir en Venecia, comisionando para ello al maestro Polo, canónigo de Cuenca. Pero su obra magna en achaque de impresiones, fué la llamada

**Poliglota complutense.** Esta es la primera gloria de Cisneros: para realizarla se hizo rodear de los hombres más eminentes en los diferentes ramos del saber humano, principalmente en las lenguas latina, hebrea y griega. Fueron éstos Antonio de Nebrija, Diego López de Zúñiga, Fernando Núñez, Bartolomé de Castro, Demetrio Cretense, griego de nación, Juan de Vergara, todos ellos doctísimos en las lenguas griega y latina; los maestros ex rabinos Coronel y Alonso, y el doctor Alonso de Zamora, que lo eran en caldeo y hebreo. «La primera diligencia que se hizo, dice Quintanilla, en la *Vida del Cardenal Cisneros* (lib. III cap. X), fué juntar los originales que había en España, que no eran pocos los que quedaban de algunas sinagogas, que se conservaban en ella, y en particular en la de Toledo y Maqueda, hasta 1492... Asimismo juntó el bendito Prelado otros instrumentos muy auténticos y de mucha importancia, y á los doctores referidos y papeles los trajo á esta villa de Alcalá, y dándoles grandes salarios empezaron á trabajar en la Biblia trilingüe el referido año 1502. Buscáronse por todas las partes del mundo ejemplares y códigos an-

tiguos de ambos Testamentos para comprobación de los unos y de los otros, y sacar en limpio y acrisolar lo sólido y firme de nuestra Biblia. La suma de ducados que gastó el siervo de Dios en las copias y recoger estos ejemplares, todos confiesan fué con exceso, y lo manifiestan claramente lo que costaron siete ejemplares que se sacaron de la antigua librería de Venecia, que el siervo de Dios dejó en la suya de Alcalá;... éstos costaron cuatro mil ducados de oro...

»El trabajo sólo de la corrección y ajustamiento de los lugares de la Sagrada Escritura, é interpretaciones y otros estudios, duró diez años continuos, y cada día tenían junta sobre lo que se iba obrando, y conferían y argüían, desentrañando las dificultades, no sólo los referidos doctores, sino otros muchos que fueron llamados para el lucimiento desta insigne obra, en particular desde el año 1508, que fué el primero de esta Universidad; y muchas veces, ó las más, presidía la junta y era el que resolvía la dificultad el siervo de Dios Fr. Francisco Jiménez, como los mismos doctores confesaban; y con ser ellos tan doctos en esta materia de Escritura, daban el primer lugar á nuestro Cardenal, porque más de cuarenta años no profesó otra ciencia y tenía algunos principios de las lenguas.

»La impresión tuvo principio el año 1512, y no fué lo menos dificultoso, ni lo que costó poco, y antes pareció en aquellos tiempos lo más difícil. No había en nuestros reinos quien supiese hacer caracteres de hebreo, caldeo y griego, porque en ninguna parte del mundo se habían impreso obras en estos idiomas; y como era la primera vez, fué necesario buscar quien los entendiese, y así fué traído de las partes de Alemania Arnaldo Guillermo Brocario, el primer impresor de esta Universidad, que labró los caracteres en todas lenguas, los primeros del orbe, no sin mucha costa y afán... De estos caracteres se valió después Arias Montano para la Biblia regia, que estaban en la Universidad en poder de Juan Brocario, y con la forma que les dió Christóphoro Plantino ya se ha hecho fácil esta impresión en hebreo, caldeo, griego y siríaco; pero débesele la primacía á los caracteres de esta escuela.»

...Alvar Gómez y todos nuestros autores, ponderando los gastos de quince años continuos del sustento y premio de los hombres doctos, copias de los originales traídas de todas las partes del mundo, impresiones y dificultad de los nuevos caracteres, «el-

con que toda la obra costó más de cincuenta mil escudos de oro».

Se publicó esta obra de titanes con la censura de León X, que hizo de ella un elogio magnífico.

**Cisneros, político y religioso.—Su muerte.** Cisneros ejerció grandísima influencia política desde que Isabel la Católica le hizo su confesor (1492); y el mismo Fernando, si bien por algún tiempo se manifestó suspicaz, llegó á comprender que no tenía en sus reinos consejero más ilustrado, prudente y desinteresado. Pero cuando Cisneros dió á conocer sus prendas de consumado político fué durante su regencia á la muerte de Fernando. Sofocó en brevísimo tiempo las insurrecciones de Navarra y Andalucía, organizó el primer ejército permanente de los tiempos modernos, y desempeñó el tesoro (que á la muerte del Rey Católico no tuvo ni lo necesario para costear su entierro), amén de mandar grandes sumas á Flandes y de hacer innumerables gastos extraordinarios, como la de construir una escuadra formidable para aquellos tiempos. Más larga y detallada enumeración merecían los altos hechos de este hombre extraordinario, que á los ochenta años de edad, y en sólo veintidós meses de gobierno, manifestó tan fecundas iniciativas, tan inquebrantable fortaleza y tanta grandeza de ánimo; pero nos lo vedan los estrechos límites en que debemos encerrarnos.

Su vida privada en la Corte, y como cardenal arzobispo de Toledo y regente del reino, está compendiada en brevísimas palabras: fué siempre y en todas partes un religioso observantísimo; bajo la rozagante púrpura vestía el sayal franciscano con el apéndice de un fuerte cilicio; guardaba con escrupulosidad los ayunos de su Orden; las ricas colgaduras y brocados que adornaban su lecho ocultaban la miserable tarima en que descansaba de sus grandes y delicadísimos trabajos.

Nunca buscó el bullicio y tráfago del mundo; y al saber que se acercaba el término de su Regencia, mostró Cisneros, que se encontraba muy delicado, vivos deseos de retirarse al Priorato de San Tuy; mas antes quería tener una entrevista con el joven soberano que, lleno de ilusiones y no muy bien aconsejado por entonces, iba á tomar las riendas del gobierno de una nación que tanto debía al incomparable anciano. No pudo ver á Carlos, que tampoco manifestó el menor deseo de avistarse con su lugarteniente, y murió en la villa de Roa á los ochenta y un años de edad, el día 8 de Noviembre de 1517, habiendo sido enterrado en

la iglesia del colegio de Alcalá, donde ha estado hasta no hace mucho, que se trasladaron sus restos á la iglesia magistral de San Justo.

## CAPITULO II

---

### América y Filipinas.

#### I. — NUEVOS DESCUBRIMIENTOS Y CONQUISTA ESPIRITUAL

##### DE AMÉRICA

**Conquistas de Hernán-Cortés, Pizarro, Almagro, etc.** En 1519 salió Hernán-Cortés de Cuba con unos seiscientos hombres, y en poco más de dos años conquistó á Méjico, después de mil encuentros en que españoles y mejicanos manifestaron un valor incomparable. Cortés se mostró siempre, no sólo militar heroico, sino también político sagacísimo y de grandes alcances.

Pizarro y Almagro descubrieron y conquistaron el Perú ó el imperio de los Incas (1532), país más rico aún que Méjico. Ya en tiempo de los Reyes Católicos se establecieron los españoles en la Española, ó Santo Domingo, Cuba, Puerto-Rico y la Jamaica; en el de Carlos V se crearon los Gobiernos de Venezuela, Buenos Aires, Granada, Santiago, La Concepción, Cartagena y Puerto-Bello. Caracas y otras ciudades importantes se fundaron en el reinado de Felipe II.

El Consejo de Indias, establecido en España, regía todas las posesiones coloniales, y en América se crearon dos virreynatos (Méjico y Perú), subdivididos en Audiencias y Municipios.

**Predicación del Evangelio en América.** El inmortal Colón al descubrir el Nuevo Mundo, y la Reina Católica cuando le prestaba tan eficaz ayuda, y los demás reyes españoles que trabajaron tanto en la titánica empresa de conquistarlo para España y para la Iglesia, consideraron siempre como obligación suya la difusión de la luz evangélica en los países con cuyo dominio se había engrandecido la monarquía española. Bien sabido es que Colón inauguró la predicación evangélica en el Nuevo Mundo, no más pisarlo por vez primera, levantando la Cruz, como para tomar posesión de aquella tierra en nombre de Jesucristo; y cuando re-

gresó á España á dar cuenta á los Reyes del resultado maravilloso de su expedición, trajo consigo algunos indios, que inmediatamente fueron instruidos en la fe y regenerados en las saludables aguas del Bautismo, siendo sus padrinos los Reyes Católicos. No tardaron en ser enviados á América para que fuesen los misioneros de su tierra.

Las Órdenes religiosas, que tanto contribuyeron á la realización del descubrimiento del Nuevo Mundo, se apresuraron á compartir las fatigas de los conquistadores sin abrigar sus esperanzas mundanas. Bernardo Buill ó Bonill, —de quien se duda si al fin pasó al Nuevo Mundo— y doce sacerdotes más, fueron los primeros misioneros de América. No tardaron en seguirles los franciscanos Francisco Ruiz, sobrino de Cisneros, Juan de Trasierra y Juan de Robles, hombres de gran virtud, y á poco salieron los dominicos, que debieron de ser hasta doce, animados de santos deseos: tres ilustres hijos de San Jerónimo, los Padres Figueroa, Manzanedo y San Juan, formaron la primera Audiencia en la isla de Santo Domingo, y lograron cortar muchos abusos, obrando sin contemplaciones de ningún género. En pocos años fueron arribando á las costas de América nuevas levas de religiosos, ya de las Órdenes dichas, ya de otras, como mercenarios, carmelitas, agustinos, jesuitas, etc. Mas lo que importa es saber los sacrificios sin cuento, el hambre, sed y persecuciones, y hasta los martirios que los religiosos padecieron para conquistar espiritualmente las inmensas regiones del Nuevo Mundo. Dios bendijo sus trabajos, y poco más de un siglo después del descubrimiento de América existían en los dominios españoles 35 obispados, y llegaron á 41 á fines del siglo pasado.

**Misioneros más ilustres y santos de América.** Gruesos tomos fueran necesarios para escribir en compendio las maravillas de los misioneros del Nuevo Mundo. Juan de Zumárraga, natural de Durango en Vizcaya, del Orden de San Francisco, primer obispo y arzobispo de Méjico, fué un verdadero varón apostólico, de santidad maravillosa y celo ardentísimo por la conversión de los indios. Gobernó aquella Iglesia por espacio de dieciocho años (1530-1548), visitando toda la diócesis á pie, con imponderables trabajos y éxito felicísimo. De la propia Orden de San Francisco fueron los grandes misioneros Martín de Valencia de Don Juan, y Toribio de Benavente, que se firmaba *Motolinia*. Aquel aportó á Nueva-España como Delegado apostólico, y como tal celebró una reunión



—que algunos han llamado el primer Concilio de Méjico—para organizar mejor las misiones y todo lo referente á la naciente Iglesia de Ultramar. *Motolinia* se distinguió, no sólo por su pobreza, humildad y celo por la conversión de las almas, sino también como escritor incansable que nos ha conservado peregrinas noticias acerca de la historia precolombina de América, principalmente de Méjico.

Además del celeberrimo P. Las Casas ó Casaús, la Orden dominicana tiene gloriosísima representación en el Nuevo Mundo por sus innumerables misioneros y obispos. Entre los Prelados dominicanos baste citar al P. Julián Garcés, primer obispo de Nueva España, pues ocupó la Silla de la Puebla de los Angeles, ó Tlascala, en 1529, un año antes que Zumárraga ocupase la de Méjico. Este Prelado no fué en nada inferior al P. Las Casas: sus vastísimos conocimientos le hacen comparable á los más sabios del siglo XVI; su virtud, á los más santos. La carta que escribió á Paulo III, probando con mil ejemplos que los indios merecían ser admitidos á la *frecuencia* de los santos Sacramentos, es un documento curiosísimo y por todo extremo importante.

De la misma Orden de Predicadores fueron Cristóbal de Torres, arzobispo de Bogotá, fundador de la Universidad neogratense, y Bernardo de Alburquerque, obispo de Antequera, humildísimo religioso y Prelado celoso y caritativo entre los más caritativos y celosos que ha tenido la Nueva España. Pues de San Francisco Solano, del Orden seráfico, y de San Luis Beltrán, dominicano, bastará decir que uno y otro son llamados con razón Apóstoles del Perú y de Nueva Granada respectivamente. Salvando cientos de millares de almas santificaron la propia. Santa Rosa de Lima, terciaria dominicana, fué dechado admirable de todas las virtudes; y con haberse conservado inocentísima, sus penitencias fueron comparables á las de los más austeros anacoretas. No es posible pasar por alto, entre los misioneros y prelados de América, á los agustinos Agustín de Coruña, obispo de Popayán, verdadero mártir de su caridad, padre y protector amantísimo de todos los desvalidos; Gonzalo de Hermosilla, obispo de Durango, en la Nueva España, hombre en quien no se sabía qué admirar más, si su humildad y heroicas virtudes, ó su altísima sabiduría; Alonso de Veracruz, uno de los fundadores de la universidad de Méjico; Nicolás de Wite, deudo del emperador Carlos V y gran protector de los indios, y el santo mártir del Perú, Diego de Ortiz.

Agustino fué también el Beato Bartolomé Gutiérrez, nacido en Méjico; ejerció primero el magisterio de novicios en Puebla de los Angeles, y pasó de allí al Japón, donde padeció horrible martirio. Fué beatificado por Pío IX en 1867.

Los Padres de la Compañía Jerónimo Ruiz, Esteban Dávila y otros tres, hombres todos de mucha literatura y celo infatigable, arribaron al Perú en 1568, y lo mismo éstos que los Padres Valdivia y Aranda entre los araucanos, y Alonso de Sandoval y San Pedro Claver entre los esclavos negros de Nueva Granada y Cartagena, hicieron verdaderos prodigios de caridad, convirtiendo, consolando y alentando á los esclavos, de quienes ellos le fueron con toda verdad. En 1851 fué beatificado Pedro Claver por Pío IX, y canonizado en 1888 por León XIII.

Aunque el clero secular no tuviese más representación en la conquista espiritual de América que la del Bienaventurado Toribio de Mogrovejo, ella sola bastaría para inmortalizarle en los fastos de la Historia. Lo de menos fueron las tres visitas que el santo arzobispo de Lima hizo á su inmensa diócesis con los trabajos que es de suponer y el provecho grande que en todas partes se veía, pues allí donde se presentaba el Arzobispo convertíanse por millares los infieles, viéndose florecer las virtudes cristianas. Con todo, repetimos, lo de menos fueron esas muestras del celo apostólico de Santo Toribio: lo que contribuyó extraordinariamente á su gloria, y más todavía á la de España y de la Iglesia, labrando al propio tiempo la felicidad de millones de indios, fueron los Sinodos que celebró, uno de ellos provincial (1582-1583). Las actas de este Concilio, que se llama el primero de Lima aunque en realidad era el tercero (habíanse celebrado otros dos en 1552 y 1567), después de poner en vigor cuanto en aquellas circunstancias era aceptable de los dos anteriores Concilios, forman un excelente tratado canónico-moral, acomodado á aquellas circunstancias. Santo Toribio celebró también diez Sinodos diocesanos, con que organizó por manera admirable su diócesis.

En la propia Sede limense tuvo Santo Toribio por sucesores á otros grandes prelados del clero secular, como D. Bartolomé Guerrero, D. Gonzalo de Ocampo y D. Pedro Villagómez. ¡Y cuántos otros, ya del mismo clero secular, ya de las Órdenes mencionadas, ya de otras, como la del Carmen, la Merced, la de los Mínimos, etc., etc., conquistaron palmas de imperecedera gloria en la inmortal epopeya de la conversión del Nuevo Mundo!

**Fr. Bartolomé de Las Casas.** Bien conocido es en el mundo el nombre de este celoso defensor de los indios. Nacido en Sevilla (1474) y graduado en Salamanca antes de finalizar el siglo XV, pasó á América con Nicolás de Ovando (1502), gobernador de la isla Española, ardiendo en deseos de favorecer á los indios. En 1510 se ordenó de sacerdote, y fué el primero que dijo misa nueva en América. Diego Velázquez, gobernador de Cuba, le llevó de consejero, y en este cargo trabajó lo increíble por sus indios, que era la constante preocupación de Las Casas.

Rechazó las tierras y esclavos que se le asignaron; empezó á predicar, con la energía propia de su celo y carácter, contra los que no reparaban en los medios para enriquecerse. No logró lo que deseaba con esto; antes se granjeó el odio de algunos españoles, que se apresuraron á dar quejas contra él. Vino á España, y obtuvo del cardenal Cisneros que mandase tres monjes jerónimos que pusiesen coto á los abusos, nombrando á Las Casas protector de los indios. Esta vez corrió peligro su vida, y volvió á España en demanda de más eficaz protección para los naturales del Nuevo Mundo. La obtuvo de Carlos V, y voló de nuevo á América: pero como Las Casas se oponía siempre y en todo caso á medidas de rigor contra los indios, y los conquistadores, por otra parte, veíanse en grandísimos aprietos para asegurar la vacilante dominación española, se le consideró como hombre funesto para los intereses de España en América, y decayó algún tanto su influencia en la Corte. Entonces tomó el hábito dominicano (1522). Poco después aparece de nuevo para dedicarse con celo infatigable á la evangelización de los indios, logrando con sus palabras caldeadas por la caridad lo que no habían podido las armas de los más bravos capitanes: la doble conquista del país de Tuzulutlán para España y para la Iglesia. Vuelto á España en busca de nuevos misioneros, Carlos V retuvo á su lado á Las Casas, que hubo de influir, sin duda, en la formación de las leyes porque se habían de regir los países conquistados. Refusó primero el obispado de Cuzco; pero tras largas instancias aceptó el de Chiapa. En la nueva dignidad prosiguió con tesón su campaña, y consiguió que en parte se pusieran en vigor las leyes en cuya virtud debían obtener libertad los esclavos. Mas sus esfuerzos no tuvieron el éxito completo á que aspiraba, y disgustado por ello volvió á España, ya por última vez, y retirado en el convento de San Gregorio de Valladolid, murió de noventa y dos años de edad.

**Juicio de Las Casas.** Debe alabarse sin reservas el ardiente celo de Las Casas por el bienestar y felicidad de los indios; de igual suerte debe reconocérsele el mérito, por pocos ó nadie igualado, de sus inmensos trabajos como infatigable misionero. Cuanto á sus continuas y amarguísimas quejas contra los conquistadores españoles por los malos tratos á los indios, con haber mucho de verdad en ellas, entendemos que deben pesarse las circunstancias para ponerse en lo cierto.

Las Casas, llevado de su amor á los desvalidos, y no poco de su temperamento extremado, pintó con negros colores y recargó las tintas al hablar del comportamiento de los españoles; pero no faltan excusas para mucho de lo que se les recrimina, ora en las circunstancias frecuentemente difíciles en que se veían, ya en la necesidad de premiar de algún modo los esfuerzos de los que les habían ayudado en el descubrimiento y conquista laboriosísima de aquellas regiones. Es lo cierto, además, que hombres piadosísimos, que nunca soñaron en oprimir al indio, opinaban de muy diverso modo que Las Casas y salieron á la defensa de los españoles.

Por lo demás, los escritos del obispo de Chiapa han sido parte muy principal para que los extranjeros nos considerasen como crueles y sanguinarios. Su *Brevisima relación de la destrucción de las Indias* sirvió, con otros trabajos del mismo, para que los enemigos de España forjasen sabrosas fábulas sobre nuestras supuestas iniquidades en el Nuevo Mundo; como que dicha obra apareció traducida al francés por Jacques de Miggrode con el alarmante y llamativo título de *Tiranías y crueldades de los españoles*, y hoy mismo nada tan común como apoyarse en Las Casas para contar horrores de nuestra colonización en América.

**Patriarcado de las Indias occidentales.** Querían los reyes de España tener á su lado un Jefe superior de las nuevas iglesias—que á todo andar se iban fundando en el Nuevo Mundo—que fuese en lo espiritual lo que el Consejo de Indias era en lo temporal. Con este objeto pidieron á la Silla Apostólica la erección de un Patriarcado de las Indias occidentales; mas la Santa Sede, recordando los funestos resultados que habían dado los Patriarcas orientales, que con frecuencia quisieron declararse independientes, con grave perjuicio de la unidad de la Iglesia, no accedió á los deseos de la corte de España; y aunque se erigió el Patriarcado, creemos que por Clemente VII, pero sólo como título de honor,

pues se le prohíbe pasar á las Indias y el ejercicio de toda jurisdicción bajo graves censuras. Andando los tiempos, llegaron á ejercer los Patriarcas la Pro-capellanía mayor y el Vicariato general castrense; pero estos cargos, juntamente con la dignidad patriarcal, recayeron en 1885 en el arzobispo de Toledo.

Con fecha del 19 de Julio de 1892 dispuso Su Santidad el Papa León XIII, á instancia de S. M. la Reina Regente, que si bien los arzobispos de Compostela y de Toledo seguirán con el título de Capellanes Mayores y el derecho de ejercer la jurisdicción habitual palatina, podrá S. M. Católica delegar provisionalmente el ejercicio *in actu* de esa jurisdicción á otra persona digna y capaz con el título de Pro-capellán Mayor de Palacio, quedando en todo independiente de los mencionados arzobispos de Compostela y de Toledo. Autorízase igualmente á S. M. para encomendar el ejercicio de la jurisdicción castrense al mismo Pro-capellán Mayor, con el título de Pro-vicario general castrense. Finalmente, habiendo S. M. la Reina manifestado el deseo de nombrar para dichos cargos al presbítero D. Jaime Cardona y Tur, Su Santidad se dignó elevarle á la dignidad episcopal, señalándole la iglesia titular de Sión (1).

## II. — CONQUISTA TEMPORAL Y ESPIRITUAL DE FILIPINAS

**Primeras expediciones á Filipinas.** Magallanes, atrevido navegante portugués,—que se puso á las órdenes de Carlos V porque entendía no se le recompensaban debidamente sus servicios en su patria,—fué el primero que arribó á las islas que hoy se llaman Filipinas. Se dió á la vela en Sanlúcar (27 de Septiembre de 1519), y después de innumerables trabajos y privaciones de todo linaje, llegó á Cebú, trabó amistad con el reyezuelo, y para demostrársela le ofreció acompañarle con cincuenta hombres en una expedición contra el régulo de Mactán. En la primera refriega murió Magallanes, y poco después perecieron á traición, á manos del propio régulo, veintinueve personas más de la expedición. No tardó en encargarse de la jefatura de la desgraciada expedición Sebastián Elcano, que con la única nave (*Victoria*) que le quedaba dió el primero la vuelta al mundo.

---

(1) En éste y otros asuntos de parecida índole, damos desde luego todas las noticias que hacen al caso por no volver de nuevo sobre los mismos.

Tres años después (1525) se organizó nueva expedición bajo la jefatura de García Jofre de Loaisa. En ella iba Elcano de segundo jefe, y de capitán otro joven guipuzcoano, celeberrimo después en los fastos de la historia de Filipinas, llamado Andrés de Urdaneta. Esta expedición no tuvo mucho mejores resultados. Después de diez años de sangrientos y estériles combates con los portugueses en las Molucas, se volvieron á España los que sobrevivieron á las guerras, tormentas y traiciones, con que lucharon en tan largo espacio de tiempo. Una tercera expedición salió de Méjico en 1542 al mando de Rui Lope de Villalobos, porque no quiso ponerse al frente de ella Andrés de Urdaneta, y bien podemos decir que aún fué más desdichada ésta que las otras dos. Habíanse embarcado en esta expedición cuatro Padres agustinos, que fueron Jerónimo de San Esteban, Sebastián de Trasierra, Alonso Alvarado y Nicolás de Perea; todos ellos hombres de gran espíritu, como lo demostraron durante los imponderables trabajos de la expedición.

**Prepárase la última expedición.** El capitán Andrés de Urdaneta, que pocos años antes había vestido el hábito de San Agustín, no dejó un momento de la mano el negocio de la conquista de las islas llamadas del Poniente (Filipinas); con sus excitaciones, trabajos cosmográficos é instrucciones acerca de la derrota que debería seguirse para la ida y vuelta, llamó la atención de Felipe II, el cual le escribió cariñosa carta diciéndole entre otras cosas: «Según la mucha noticia que vos diz que tenéis de las cosas de aquella tierra, y entender como entendéis las cosas de la navegación de ella y ser buen cosmógrafo, sería de grande efecto que vos fuérades en los dichos navíos, así para lo que toca á la dicha navegación, como para el servicio de Nuestro Señor».

Urdaneta aceptó con beneplácito de los Superiores el honroso cuanto delicadísimo cargo; mas como en su calidad de religioso no podía llamarse jefe de la expedición, á instancias del virrey D. Antonio de Mendoza designó para ese puesto á su amigo y paisano Miguel López de Legazpi. Dispuséronse bajo la dirección de Urdaneta cuantas cosas se creyeron oportunas; y como el más ferviente anhelo del Rey, de los agustinos y de cuantos se interesaban por la conquista era la predicación del Evangelio en las islas que habían de agregarse á la gran monarquía española, Urdaneta pidió y obtuvo le acompañaran los Padres agustinos Andrés de Aguirre, Martín de Rada, Diego de Herrera y Pedro de Gamboa.

**Conquista de Filipinas.** El día 21 de Noviembre de 1564 salió del puerto de Navidad la nueva expedición, y el 13 de Febrero dieron vista á las islas Filipinas. Los indios se manifestaron sumamente recelosos al principio; mas la conducta prudentísima de Legazpi, que no tomaba resolución de importancia sin asesorarse de Urdaneta y de los religiosos que le acompañaban, venció todos los obstáculos. En Cebú hallaron una preciosa imagen del Niño Jesús, que hubieron de dejarla los compañeros de Magallanes, y de ahí vino que la Provincia religiosa de los agustinos tomase con el tiempo el título del Santísimo Nombre de Jesús, con que hoy se honra. Los indios no tardaron en declararse vasallos del rey de España. Como uno de los objetos que éste se proponía al organizar la expedición era dar con la vuelta á la Nueva España por el Pacífico, y Urdaneta había indicado la manera cómo debía hacerse esto, ordenósele que volviera, mientras Legazpi continuaba la conquista del resto de las islas. Hizolo así, prestando un servicio inmenso á las ciencias, no menos que al arte de la navegación, y llegó á Acapulco en 30 de Octubre de 1565. De allí vino á España á dar cuenta á S. M. del resultado de la expedición, y tornó de nuevo á Méjico, huyendo de los honores con que se le quería gallardonar por sus grandes méritos. Urdaneta murió el 3 de Junio de 1568, á los setenta años de su edad.

Más bien que el nombre de conquista, lo hecho por Legazpi merece el de la pacificación de las islas Filipinas: tal fué su moderación, prudencia y benignidad en someter á aquel país al dominio de España. No hay que decir si los religiosos agustinos influyeron eficazmente en ese modo de proceder mientras iban derramando la luz evangélica. Las conversiones dieron comienzo por la de una sobrina del reyezuelo Tupas, y éste mismo tardó poco en seguir el ejemplo de su sobrina. Tiempo hubo, aunque muy breve, en que sólo el insigne P. Rada quedaba en las islas; en 1569 eran tres: Rada en Cebú; Jiménez en Camarines, y Alba en Panay; y no sólo tenían que atender á la conversión de los naturales, sino también á sosegar las rencillas y envidias de los conquistadores. Doce años estuvieron solos los agustinos, hasta que en 1577 llegaron los Padres franciscanos, en 1581 los jesuitas, y seis años después los dominicos. Todos rivalizaron en celo religioso por la conversión de los indios, y desde entonces acá han formado una colonia floreciente, que se distingue por su fervor religioso é incondicional adhesión á las enseñanzas de la Igle-

sia. Como la conquista de Filipinas fué obra del celo apostólico de los religiosos, no hay ejemplo de otra alguna más suave y benigna. Apenas se disparó un tiro, pues Legazpi los escatimó cuanto pudo, y hasta los enemigos más enconados de España han tenido que confesarlo así.

**La disciplina eclesiástica en Filipinas y demás posesiones españolas de Ultramar.** Las necesidades propias de los países que se iban agregando á la corona de España obligaron á la Santa Sede á introducir notables modificaciones en la disciplina. Por de pronto, los obispos de Ultramar gozan de facultades amplísimas y extraordinarias, tanto en orden á la absolución de pecados y censuras, como para otorgar dispensas matrimoniales, aun á los españoles residentes en Ultramar. Igualmente están autorizados los Obispos para conferir órdenes *extra tempora*, y el sacerdocio á los que hubiesen cumplido veintitrés años de edad. Verdad es que éstas y otras facultades no constituyen en todo rigor disciplina especial, pues no se dan á manera de ley estable y permanente; pero los resultados son los mismos.

Por otra parte, los indios son casi siempre considerados como neófitos, y, en tal concepto, gozan de privilegios muy amplios, como el de la dispensa del ayuno; pues éste, sólo siete ú ocho días al año les obliga, pudiendo también gozar de los privilegios de la Bula de la Cruzada sin tomarla. Del propio modo es gracia singular concedida á los indígenas por Paulo IV en su Bula *Altitudo*, el que puedan casarse aunque sean parientes en tercero con segundo grado de afinidad ó consanguinidad, desapareciendo, por tanto, dos de los grados que en lo restante del mundo cristiano constituyen impedimento dirimente. Todos estos privilegios los gozan también los mestizos, ó sea los que hubiesen nacido de indio y mujer europea, ó de varón europeo y mujer india.

Los regulares están autorizados por la Santa Sede para ejercer la cura de almas, y el Vicepatrono real es el que en Filipinas elige los individuos de la terna que, para tales cargos, le presentan los Prolados regulares.



## CAPITULO III

### Reyes de la Casa de Austria.

**Felipe el Hermoso.** Apenas hay por qué mencionar aquí á Felipe el Hermoso, consorte de Juana la Loca; pues según el testamento de Isabel la Católica, debía su hija considerarse como única soberana de Castilla bajo la regencia de D. Fernando. De todas suertes, aunque Felipe logró parte en la administración del reino, fué por muy poco tiempo, habiendo muerto á los veintiocho años de edad (1506). Once después vino á España su hijo Carlos V, educado en los Países Bajos.

**Comienzos del reinado de Carlos V.** Joven de diecisiete años cuando se puso al frente de los negocios del reino por la enfermedad de su madre Doña Juana la Loca (1517), y rodeado de una camarilla de extranjeros nada adictos á España, creyóse ver al principio en Carlos V á un hombre presuntuoso y altanero, nuevo Roboán, que venia á extraviar á un pueblo grande del camino de su prosperidad y de sus más preciadas tradiciones.

Pronto se disiparon tan fatídicos temores. Carlos V fué ante todo hijo sumiso de la Iglesia y baluarte firmísimo de ella, y cuantos esfuerzos se hagan para despojarle de esa gloria resultarán del todo en todo estériles. Tuvo sin duda debilidades personales; su proceder además demasiadamente benigno con Lutero, dió resultados funestísimos; pero eso, que parece claro después de vistos los sucesos posteriores, no lo era en los comienzos de la herejía protestante.

**Clemente VII y Carlos V.—Saco de Roma.—Condiciones impuestas al Papa.** Durante el corto pontificado de Adriano VI, éste y su antiguo discípulo el Emperador entendíanse á maravilla; lo cual no es decir que el docto y piadoso Pontífice favoreciese á Carlos con perjuicio de nadie, aun teniendo ocasiones muy oportunas para ello, ya que la lucha entre el Emperador y Francisco I estaba entonces en su período álgido.

Elevado Clemente VII al solio pontificio (19 de Noviembre de 1523), no tardó en formar lo que se llamó la Liga Santa—que en realidad fué muy funesta para todos—con el rey de Francia y la

República véneta, contando también poco después con el apoyo de Inglaterra contra el Emperador. Las causas, según Mariana, fueron: que las gentes del César habían echado y despojado de Milán al duque Francisco Sforzia; que en España se había decretado por ley que los beneficios no se diesen á extranjeros, y que el Consejo Real examinase las bulas del Papa.

El cardenal Colona, partidario del Emperador, no esperó á nadie para ponerse al frente de tres mil españoles y apoderarse de Roma, imponiendo á Clemente, de acuerdo con el Embajador español, las condiciones que le plugo. El Papa levantó las censuras que contra los Colonas había fulminado, separando además sus tropas de la Liga Santa.

El condestable de Borbón, que por intrigas y desaires palaciegos se había separado de Francisco I para ponerse á las órdenes de D. Carlos, quiso pasar á Nápoles con su ejército por los Estados del Papa, ya que allí se había encendido de nuevo la guerra entre imperiales y aliados. Clemente VII se negó á la pretensión del condestable, y éste, altamente irritado por la negativa, se dirigió á Roma con un ejército compuesto de españoles, alemanes é italianos. Aunque los defensores de Roma se batieron bizarramente y mataron al condestable, el ejército invasor no cejó porque estaba cerca del botín, del que se sentía muy hambriento; y después de dos horas de una lucha desesperada, se apoderaron de la ciudad y la entraron á saco, llegando á cometer más incendios, robos sacrílegos, asesinatos y violaciones que las hordas de Alarico (5 de Mayo de 1527). No hay que olvidar que entre los alemanes que acaudillaba el condestable iban muchos protestantes, los cuales se encontraban en su elemento destruyendo, quemando, matando y robando en la metrópoli misma del Catolicismo, tan odiado por ellos.

Carlos V, que á la sazón se encontraba en Valladolid, al tener noticias de lo ocurrido en la Ciudad Eterna mandó suspender los festejos que se hacían con motivo del nacimiento de su primer hijo D. Felipe, y que se hicieran rogativas por la libertad del Papa. Lo cual no se compadece muy bien con las duras condiciones que los enviados del Emperador impusieron á Clemente VII si había de verse libre de los imperiales. Esas condiciones eran, entre otras: que pagase quinientos mil ducados en diferentes plazos (parte de ellos tuvo que pedirlos prestados sobre hipotecas); que concediese al Emperador una décima eclesiástica y los

productos de la Cruzada en España, y que para garantía del cumplimiento de estas condiciones le entregase varias fortalezas, y en rehenes sus dos sobrinos, Hipólito y Alejandro.

**Término del litigio.** El Papa tardaba en pagar la crecida indemnización impuesta, y siguió encerrado en el castillo de Sant-Angelo por espacio de siete meses, al cabo de los cuales logró huir disfrazado, colocándose al abrigo del ejército francés. El imperial salió de Roma huyendo de la peste, y después de algunos combates en Nápoles, las huestes de Francisco I, que se creyeron vencedoras, salieron vencidas, ora por la peste, que las iba diezmando, ora porque se cambió la suerte de las armas.

Entonces se manifestó el emperador magnánimo y generoso, como era de suyo cuando no se dejaba dominar por puntillos y rivalidades. Además de ceder al Papa todo lo que poseía de sus Estados por conquista ó caución, puso en libertad á los rehenes. Clemente VII, por su parte, correspondió como era de esperar, y otorgó á Don Carlos el título de Rey de Nápoles (con la sola obligación de ofrecer á la Santa Sede cada año un caballo blanco en señal de pleito homenaje) y el derecho de presentación para todos los obispados de sus dominios. En 24 de Febrero de 1530 fué coronado en Bolonia, por el propio Clemente VII, Emperador de romanos.

**Últimos años de Carlos V y su muerte.**— Calumnias acerca de su ortodoxia y la de su madre. Hastiado del mundo y de sus grandezas, viendo que no era tan feliz como en sus primeros años en sus grandes empresas militares, Carlos V abdicó el imperio en su hermano Fernando, y la corona de España en su hijo Felipe (1556), que ya para entonces contaba veintinueve años de edad y se manifestaba digno heredero de su ínclito padre. Desde entonces no pensó más que en los intereses de su alma, retirado en el monasterio de jerónimos de Yuste, en Extremadura. Dos años vivió en aquel retiro, acompañado de algunos fieles servidores; y habiendo ocurrido durante ellos los sucesos de los protestantes de Valladolid, bien demostró su ferviente adhesión á la causa de la verdad y su ardor por defenderla en las cartas que escribía á su hija Doña Juana, Regente del Reino, con motivo de los sucesos indicados. Su muerte fué la del justo, y tuvo la dicha de que San Francisco de Borja predicase su oración fúnebre.

La lengua calumniosa de algunos menguados escritores ha querido cebarse en Carlos V y en su infortunada madre Doña Juana,

suponiendo que uno y otra alimentaron no sabemos qué aficiones á la Reforma. Pero esto, que gratuita y calumniosamente se ha dicho, debe desmentirse de la manera más categórica. ¡Protestante Doña Juana, que no tuvo ni cabeza ni corazón más que para llorar su prematura viudez desde mucho antes que hubiese protestantes en el mundo! ¡Protestante Carlos V, que siempre, y muy particularmente en sus últimos años, tan celoso se mostró de la pureza de la fe, y á las puertas de la muerte se lamentaba de no habérsela dado á Lutero cuando le tuvo á mano!

**Felipe II.** No se puede condensar en pocas palabras cuanto hizo este gran Monarca en bien de la Iglesia y del Estado. El punto culminante de su política, lo que absorbía por completo sus pensamientos, fué siempre la defensa de la Religión. Venció á los moriscos en las Alpujarras, al turco en Lepanto, á Francia en San Quintín y en Gravelinas, á los protestantes en cien batallas. Extendió los dominios de la Iglesia en las inmensas regiones de América y de la Oceanía, manifestándose, sin desmayar un solo momento y con indomable constancia, celosísimo por la pureza de la fe en todos sus dominios. En 1580 se apoderó de Portugal por muerte del cardenal D. Enrique. Mercedísimos son los dictados de *Prudente*, *Brazo derecho de la Iglesia*, y otros tales con que es conocido en la Historia.

Los sectarios de todas layas tienen bastante con el nombre sólo de Felipe II para prorrumpir en atroces diatribas contra él. No hay que olvidarlo, porque es el panegírico más elocuente que se puede hacer de este Monarca, dominado, según ellos, por fanatismo inverosímil: despótico, verdugo del pensamiento y sanguinario hasta con su propio hijo. Los hechos contestan con elocuencia abrumadora que Felipe II persiguió á muerte á todo linaje de fanáticos, desde los protestantes de Valladolid hasta las monjas embaucadoras de Lisboa y de otros puntos. Ciertamente que no guardó consideraciones á los enemigos de la Religión, que lo eran también del sosiego público, fueran pocos ó muchos, fuertes ó débiles; mas esto no se ha llamado nunca despotismo, sino cumplimiento de penosos deberes. No fué verdugo del pensamiento el que á su muerte dejó sus dominios de aquende y allende los mares literalmente sembrados de magníficos centros de enseñanza; el que levantó para gloria de Dios y de las artes este soberbio monumento que se llama El Escorial; el que empleó ríos de oro en allegar riquezas históricas, científicas y literarias de la antigüedad, y en cos-

tear la grandiosa poliglota llamada *Regia*; el protector decidido de los artistas y de los sabios, el amigo de los santos, la viva encarnación, el *substratum* de aquel siglo de gigantes, llamado con sobrada razón el *siglo de oro* de nuestra patria.

Las novelas forjadas por el odio y la envidia de la conducta de Felipe II con su hijo Don Carlos hánse deshecho como el humo á la vista de los datos históricos modernamente publicados. Aquel infortunado príncipe murió víctima de sus propios excesos, en los que tal vez habla más de locura que de perversidad.

Dirémoslo muy alto: no podemos ni debemos aplaudir en todo á Felipe II; pero ¿cómo no disculpar sus *equivocaciones*, dado el casi infinito número de negocios en que puso mano con febril actividad en su larguísimo reinado de más de cuarenta años, teniendo sobre todo en cuenta la natural cortedad humana y algunas ideas y opiniones equivocadas del siglo en que vivió?

**Paulo IV y Felipe II.** Dicho se está que Felipe II fué un Rey profundamente católico. Alguna vez, sin embargo, hubo cierta colisión entre los Papas y dicho Monarca, porque no siempre resultaba hacedero armonizar los intereses políticos de uno y otros. Había casi coincidido la elevación de Paulo IV al Sumo Pontificado, y la de Felipe II al trono de Castilla, por renuncia de su padre, cuando el nuevo Papa se vió arrastrado por sus tres sobrinos á concordias funestas con Francia, cuyo Rey entendió que había llegado el momento de arrojar de Italia á los españoles. Era virrey de Nápoles el duque de Alba, hombre, como se sabe, de grandísimos talentos militares y de recio temple; y viendo que apenas se adelantaba con los parciales encuentros que tenía en Nápoles con los franceses, reunió la flor de su ejército y marchó sobre Roma, obligando pronto á Paulo IV á pedir la paz é imponiéndole duras condiciones. Con todo, el duque de Alba se postró, por orden del Rey, á los pies de Paulo IV, pidiéndole perdón por haber invadido los dominios de la Iglesia.

Como éste se había mostrado desde un principio prevenido contra los españoles, se apresuró á quitar al Rey los subsidios de la Cruzada y la cuarta de las rentas eclesiásticas, y hasta hay quien afirma que se dió comienzo á un proceso contra Carlos V y Felipe II con objeto de despojarles de la corona. Tales noticias produjeron detestable efecto en los españoles, que amaban hasta el delirio á sus reyes, y dieron ocasión á que de orden del mismo Felipe II se reuniese una Junta magna en Valladolid para que

diese su parecer sobre los extremos que abarcaba un Memorial de agravios contra Paulo IV y sobre los nueve puntos de consulta que como remedio á los agravios se proponían. Las doctrinas que con este motivo se vertieron por varios canonistas y teólogos de nota eran no poco subversivas y tenían cierto tinte cismático; mas para juzgarlas desapasionadamente es preciso tener en cuenta aquellas circunstancias, que, despertando un patriotismo exagerado, cosa tan fácil en nuestro temperamento meridional, por fuerza habia de contribuir á recargar las tintas contra el Papa.

**Felipe III y Felipe IV.** Felipe II murió en El Escorial el día 13 de Septiembre de 1598 con la muerte del justo, y dando ejemplos de admirable fortaleza; y su hijo, Felipe III, cuando apenas contaba veinte años de edad, heredó los extensos dominios de la monarquía española, pesada carga para tan débiles hombros. Tan rico en virtudes privadas como falto de cualidades para reinar, echóse en brazos de favoritos cuando había menester suma actividad y energía, si no para engrandecer á la nación cuyos destinos regía, á lo menos para no precipitar su decadencia. Faltáronle una y otra cualidad, y no pudo impedir, ni nuestro descrédito en lo exterior, ni el desconcierto y la pobreza en lo interior. En 1604 firmó las paces con Inglaterra, y cinco años después una tregua de doce años con los Países Bajos.

A los cuarenta y tres años de edad murió Felipe III (1621), y tenía dieciséis su hijo Felipe IV cuando le sucedió. Aun fué más desastroso su reinado que el de su padre, de quien heredó su invencible apatía y pereza para los negocios, sin sus virtudes privadas. Siguió en lo interior el desbarajusto más escandaloso, y dicho se está que los poderosos enemigos que España tenía en el exterior no desperdiciarían ocasión tan oportuna para repartirse botín tan codiciado. Los Países Bajos volvieron al dominio de España á la muerte de la princesa Clara Eugenia, que no tuvo sucesión; pero después de algunos años de estériles esfuerzos de las tropas españolas bajo el mando del generoso y bizarrísimo marqués de Spínola, puédese decir que dichos Estados vivieron de hecho vida independiente, si bien España tardó aún muchos años en reconocérsela. Lo propio aconteció con Portugal en 1640, y en la llamada *Paz de los Pirineos* España cedió á Francia el Rosellón, el Artois y los derechos que alegaba á la Alsacia.

Personas animadas del espíritu de Dios y conocedoras del

triste estado de la nación, como la Venerable Madre Ágreda y algunos Prelados celosos, aconsejaron al desatinado Monarca con insistencia y encarecimiento que pusiese mano en los negocios prescindiendo de favoritos; mas aunque por algún tiempo así lo hizo, se cansó pronto y no tardó en volver á su habitual apatía.

**Urbano VIII y Felipe IV.** En el siglo XVII menudearon los desacuerdos de alguna consideración que rápidamente vamos á mencionar. Es el primero el que nació del extremado afecto que Urbano VIII manifestó á los franceses, ó más bien de la enemiga que tuvo siempre contra la preponderancia española en Italia. Agréguese á esto que no faltaron malvados cuyo principal empeño se cifraba en llevar al último extremo el antagonismo entre España y el Vaticano, atribuyendo á Felipe IV y á su omnipotente ministro el Conde-duque nada menos que el proyecto de asesinar al Papa, ó de obligarle á que convocase un Concilio general, y se verá si había materiales hacinados para un incendio formidable. Afortunadamente no pasó, en lo que á España respecta, de algunas medidas más ó menos arbitrarias de Felipe IV, como la de mandar se cerrase la Nunciatura, con prohibición á los empleados españoles de acudir al despacho de los asuntos, aunque Urbano VIII hizo una guerra tenaz contra las armas españolas casi en todo su pontificado de veinte años. El Nuncio Fachineti se entretuvo, durante el año que tardaron las negociaciones, en trabajar las ordenanzas que para evitar ulteriores abusos se pusieron en vigor, entre los cuales no era el de menos importancia el que los Nuncios entendieran de todos los negocios en primera instancia prescindiendo de los trámites marcados por el Derecho, ó sea de la intervención de los Obispos. Dichas ordenanzas se pusieron en vigor, de común acuerdo, con el nombre de *Concordia*; pero mientras vivió Urbano VIII no fué mucha la que hubo entre él y la Corte española.

**Relaciones de España con los Papas Inocencio X y Alejandro VII.** Inocencio X, inmediato sucesor de Urbano VIII, se mostró desde luego inclinado á España: uno de sus primeros actos fué exigir estrechas cuentas á los Barberini, parientes del difunto Papa, que se refugiaron en Francia. Mas en esto ocurrió que Felipe IV, confiado en la amistad de Inocencio, suplicóle que pusiera en entredicho á Lisboa (hacia cuatro años que Portugal se había separado de España), y el Papa no quiso acceder á ello. Desde entonces se resfriaron las relaciones, y cuando el Soberano español exigió al clero, aun después de haber expirado el plazo de la concesión

pontificia, que contribuyese á la gabela llamada de *millones*, se malquistó más y más, tanto con Inocencio X, como con los Prelados más insignes de la Iglesia española por su saber y virtudes. De ahí vino también que se prohibiese al Nuncio de Su Santidad la entrada en la corte por todo un año.

Sin que se sepa á punto fijo la causa que los motivó en su origen, hubo también disgustos entre Felipe IV y Alejandro VII, que al principio se había manifestado muy afecto á España, como su antecesor. En el curso de los sucesos vino á complicarlos la cuestión de nombramiento de obispos para Portugal, donde hacía mucho tiempo que no se consagraba uno; pues si bien los Papas no accedían á las peticiones del rey de España para que procediese contra los portugueses con penas eclesiásticas, tampoco se atrevían á cultivar relaciones con ellos. En lo de Portugal convínose al fin en que el Papa había de proveer por sí mismo las Sedes vacantes, con que por entonces se evitó dar intervención á ninguno de los monarcas.

**Carlos II.** Murió Felipe IV en 1665, después de un largo y desastroso reinado de cuarenta y cuatro años, dejando la triste herencia de la corona de España á su hijo Carlos II, niño de cuatro años, enteco y miserable, bajo la tutela de su madre Ana de Austria. Llegado á mayor edad tampoco fué para nada, y siguió, hoy en manos de Juan de Austria, su hermano natural, mañana en las de su esposa Luisa de Orleans, ó de algún ministro favorito, y siempre alejado de los negocios, y sin influencia, autoridad ni carácter para imponerse á la nube de nulidades ambiciosas que en su nombre cometían los mayores desafueros.

Populares son los hechizos de Carlos II; padecía éste pertinaces tercianas, y se llegó á creer que estaba poseído del demonio. En achaques tan delicados suele perjudicar más la extremada credulidad que el vicio contrario. Negar en tesis general la posibilidad de la obsesión ó posesión, sería sumamente peligroso; pero también lo es propasarse fácilmente á afirmar la intervención del demonio en un caso concreto.

Esta fué la ligereza cometida por los que rodeaban al infeliz Monarca, ligereza tanto más reprehensible cuanto que no se veía en el paciente, que sepamos, ninguna de las señales que suelen inducir á creer en hecho tan extraordinario, señales que la Iglesia tiene consignadas en sus libros litúrgicos (Rit. Rom., tit. *De exorcis. obs.*).



Ello es que Carlos II fué exorcizado por un capuchino alemán, por nombre Mauro Tenda, y que los exorcismos, como era natural, no dieron resultado alguno, fuera de amedrentar al Rey y empeorar el delicado estado de su salud.

**Muere Carlos II y pasa la corona á la Casa de Borbón.** En los últimos años de Carlos II, la corte era un hervidero de intrigas y ambiciones. Como se temía de un momento á otro la muerte del Rey sin dejar sucesión, los partidarios de la Casa de Austria y los de la de Borbón se hacían guerra á muerte, pero innoble, bajísima. Estos últimos hasta organizaron un tumulto popular en que menudearon los insultos contra los austriacos, contándose entre ellos la reina Mariana de Neoburg, varios ministros y el confesor del Rey. A consecuencia de este tumulto cayó el conde de Oropesa, partidario de la Casa de Austria, para dejar lugar al cardenal Portocarrero, arzobispo de Toledo, que lo era de los Borbones.

Entretanto aspiraban á la corona de España, no solamente los príncipes más allegados á los soberanos de Austria y Francia, sino también los duques de Orleans y de Saboya, y el príncipe Fernando de Baviera. Y lo que da tristísima idea de lo que significaban los políticos españoles de aquella época, es que sin su participación, y sin que el mismo Rey tuviera la menor noticia, Guillermo III de Inglaterra y Luis XIV firmaron un tratado, en cuya virtud el príncipe electoral de Baviera heredaría la España, Indias, Paises Bajos y Cerdeña; el Delfín, el reino de Nápoles y Sicilia; y el archiduque Carlos, el Milanésado. Por pocos que fueran los alientos del infeliz Monarca español, semejante desvergüenza no podía menos de irritarle sobremanera, é instituyó por su heredero al príncipe de Baviera; mas como éste murió á poco, Francia y Austria se aprestaron de nuevo para heredar á Carlos II, y trataron de repartirse sus Estados en un nuevo tratado, que no se llegó á ultimar. Inútil es añadir que la corte de España era entretanto semillero inmenso de intrigas y bajezas, en que no era fácil decir quién vencía á quién.

Hastiado Carlos II de tanta vileza, y queriendo declinar toda responsabilidad en tan arduo negocio, púsolo en manos del Papa Inocencio XII, el cual, después de maduro examen, resolvió que asistía mejor derecho á Felipe de Borbón, nieto de Luis XIV y de Doña María Teresa de Austria, hermana mayor del Rey, que al archiduque Carlos, hijo segundo del emperador Leopoldo y de Doña Mariana de Austria, hermana de Felipe IV. Carlos II no ti-

tubeó y otorgó su testamento á favor del mencionado Felipe de Borbón, duque de Anjou, y murió muy poco después (Octubre de 1700).

Así terminó la Casa de Austria en España: empezó dándonos gigantes, y concluyó por engendrar pigmeos.

## CAPITULO IV

---

**Germanías y Comunidades.— España contra herejes ó infieles.— Los protestantes en España.**

### I.—GERMANÍAS Y COMUNIDADES

**Germanías de Valencia y Mallorca.** A la muerte del cardenal Cisneros se desataron los huracanes populares, contenidos hasta entonces por la vigorosa mano del gran político. A consecuencia de una serie de plagas y desastres de diverso género (inundaciones, peste, terremotos, etc.), ocurridos en el reino de Valencia, el pueblo dió en decir que la culpa de todo la tenían los nobles, y no faltó uno que citó nombres propios. Como los gremios de la clase plebeya estaban organizados militarmente, juntáronse y se *hermanaron*, pidiendo justicia contra los atropellos de los nobles y dispuestos á tomársela por su mano. Carlos V se inclinó alternativamente á unos y á otros; mas cuando vió que los *agermanados* se alzaron con el poder, hizo duro escarmiento en ellos, y además de ajusticiar á los principales promovedores, impuso á los gremios fuertes contribuciones.

La autoridad eclesiástica se interpuso al principio y se esforzó en aplacar á la multitud, y aun puso en entredicho la ciudad; pero todo en vano: tan irritadas estaban las clases populares.

Tuvo grandísimo eco en Mallorca lo sucedido en Valencia. Los *agermanados* de la isla lograron apoderarse de la capital, y lucharon por espacio de tres años contra el Virrey. El término de la guerra fué en todo parecido al de Valencia, con su obligado acompañamiento de ajusticiados y de contribuciones extraordinarias.

**Comuneros de Castilla.** La elevación de Carlos V á la dignidad imperial (1519), lejos de lisonjear la vanidad de los españoles, la

hirió notablemente; pues temieron, y no sin fundamento, que les iba á resultar un rey extranjero, que sólo pensaría en España para procurarse recursos con que sostener su rango y pretensiones. Las Cortes de 1520 hicieron una representación á D. Carlos acerca de esto, pidiéndole declarase que los reinos de España no dependían en nada del Imperio. El Monarca no tuvo en cuenta la petición, y entonces un regidor de Toledo, por nombre Juan de Padilla, dió la señal de insurrección, que se comunicó de pueblo en pueblo, mientras D. Carlos partía para Alemania, dejando el reino en combustión bajo la regencia del cardenal Adriano de Utrecht, que, aunque bueno, tenía pocas simpatías entre los españoles: se le confundía con la turba de ambiciosos extranjeros que rodeaban al Emperador, si bien Adriano estuvo muy lejos de parecerse á ellos. Don Carlos no se apresuró á volver á España, contentándose con dar palabra de que á su regreso, después de coronarse en Alemania, lo arreglaría todo. Los comuneros se desorganizaron pronto, y buen golpe de nobles que se habían adherido á la insurrección se apresuraron á unirse á la causa del orden, viendo que el camino emprendido á ninguna parte los conducía. Los restantes fueron derrotados en Villalar, y Juan de Padilla y otros jefes murieron en un cadalso. Doña María Pacheco, viuda de aquél, se hizo fuerte en Toledo; pero hubo de huir pronto porque sucumbió la ciudad.

La nota más dolorosa de este movimiento insurreccional fué la participación que en él tuvo el obispo Acuña, de Zamora, al frente de trescientos clérigos de su diócesis. Añádese que Acuña se hizo proclamar arzobispo de Toledo, y apoderándose de los bienes de la Iglesia los empleó en pagar á sus tropas. Después de la batalla de Villalar, fué preso en el castillo de Simanca; mas habiéndose propasado á matar al alcalde de un ladrillazo, el alcalde Ronquillo dió garrote al malaventurado Obispo, que ya antes había dado muestras de su carácter turbulento.

## II. — LUCHAS DE ESPAÑA CONTRA INFIELES Y HEREJES

**Los moriscos.** Ya hemos visto cómo lograron muchos musulímes su permanencia en la Península: dejándose bautizar. Pero su odio á España y á la Religión verdadera casi competía con su ardiente amor al pueblo que había pasado el Estrecho y á sus prácticas supersticiosas. Seguían, pues, siendo muchos de ellos lo que sus

padres, salvo el Bautismo. Como en la temerosa insurrección de las Germanias habianse mostrado partidarios del Rey porque lo eran los señores á quienes servian, se les tuvieron bastantes consideraciones. Mas á poco (1526) se sublevaron los de Cazorlas, despojando del mando al adelantado Villarroel; y aunque el marqués de Mondéjar los desbarató muy pronto, se pensó seriamente en poner remedio duradero á las quejas que había contra ellos; se reunió una junta magna, y se dispuso la prohibición de ciertos ritos, bailes, trajes, etc., y lo que valía más, el establecimiento de centros de enseñanza, destinando también fervorosos misioneros que les manifestasen la verdad y les moviesen al ejercicio de la virtud. Por eso se fundaron á poco las universidades de Granada y Baeza, aquélla por el arzobispo D. Gaspar Avais, y ésta por el V. Maestro Juan de Avila.

**Los españoles en Viena y Túnez.** Desde la caída de Constantinopla en poder de los turcos (1453) tuvieron éstos una época de gran poderío, sobre todo durante aquel siglo y el siguiente. De victoria en victoria, llegaron á ejercer gran influencia en Europa, Asia y Africa. Solimán *el Magnífico*, en su reinado de más de cuarenta años, se apoderó de Belgrado, Buda y Temeswar. Después de la batalla de Mohacz, puso cerco á Viena y amenazaba á Europa, mucho más contando con la ayuda de Francisco I, que, con tal de humillar á su rival Carlos V, no reparaba en medios. Ocho mil españoles de lo más lucido de nuestro ejército llevó el Emperador contra el turco, que, después de haber asaltado veinte veces en veinte días la capital de Austria, siempre inútilmente, y de haber perdido en aquella intentona más de ochenta mil hombres, se retiró al saber que se acercaba el ejército imperial (1532).

Lo que no pudo hacer Solimán en Viena, hizo su lugarteniente en Túnez: despojar al rey Hacón, amigo de España, y apoderarse de sus Estados. El Emperador dispuso un fuerte ejército y acudió al año siguiente (1533), apoderándose de Túnez, y liberando á 20.000 cautivos cristianos.

**De nuevo los moriscos.**—**Sublevación de las Alpujarras.** Ni un momento dejaron de estar nuestros moriscos en comunicación con los enemigos de España, fueran turcos, árabes ó protestantes; con éstos se sabe también que simpatizaban en gran manera, sin duda por el odio común á España. Por si alguno dudaba de que los llamados moriscos seguan siendo tan moros como sus abuelos en 1492, cuando en 1568 se les quiso obligar á que dejasen su mo-

do de vestir y algunas prácticas musulmicas, se sublevaron en las Alpujarras, no sin antes reclamar auxilios de turcos y árabes. Aclamaron por rey á un tal Fernando de Valor, con el nombre de Abén-Humeya, y con los esfuerzos propios y con los que recibieron del turco se sostuvieron por dos años largos contra todo el poder de Felipe II. Dicese que murieron más de 100.000 moriscos y 120.000 españoles. En los primeros momentos de la insurrección y en el transcurso de la guerra murieron á manos de los moriscos más de 3.000 cristianos indefensos y cuantos clérigos cayeron en sus manos. Don Juan de Austria los venció cuando no contaba más que veintidós años de edad, y unos fueron vendidos como esclavos y otros diseminados por las demás provincias de España.

**Batalla de Lepanto.** Selim II, sucesor de Solimán *el Magnífico*, quiso seguir el ejemplo de su predecesor contra la Europa cristiana, aunque le faltaban las dotes militares de éste. Los españoles, que ya habían prestado un gran servicio á la Iglesia y al mundo cristiano socorriendo en 1565 á los caballeros de San Juan, que defendieron la isla de Malta con un heroísmo imponderable, uniéronse á las fuerzas del Papa y de la república Véneta, puestas bajo el mando de Don Juan de Austria. Al amanecer del día 7 de Octubre de 1571 dió comienzo esta batalla memorable. Los cristianos se habían preparado con la confesión, y San Pío V, que á la sazón ocupaba la cátedra de San Pedro, había ordenado rogativas públicas,—como en otro tiempo Inocencio III por la batalla de las Navas,—y no cesaba por su parte de elevar las manos al cielo, como otro Moisés, por la victoria de las armas cristianas. Se dice que los turcos tenían 380 buques de todas clases. Los de los cristianos eran muchos menos. Los jefes de éstos arengaron brevemente á las tropas, y hecha la señal de orar, hincáronse todos de rodillas hasta llegar frente al enemigo. Los turcos, favorecidos por el viento, cayeron como fieras sobre los cristianos; pero éstos respondieron con mayor empuje aún, y pronto experimentaron el viento favorable, que llenó de humo á los enemigos. Hasta después de tres horas de obstinadísimo y sangriento combate, no se observó ventaja alguna por los nuestros. Entonces empezó á ceder el ala derecha de la armada turca, mandada por Siroch, y Don Juan cobró nuevos bríos, con que atacó al jefe enemigo, Ali, le mató y abordó su galera, apellidando victoria. Ya no hubo lucha, sino espantosa carnicería. Sólo 30 buques turcos pudieron

huir, cayendo en poder de los aliados todos los demás que no habían sido echados á pique. Todo ello duró hasta el anochecer. Los turcos temieron por Constantinopla. ¡Oh, qué ocasión aquella para haber concluido de humillar su soberbia! Mas ni tenía el de Austria órdenes para ello, ni aunque las hubiera tenido podía contar con todas las fuerzas, puesto que los venecianos se apresuraron á firmar la paz con el turco. De todos modos, el fruto de la gloriosa batalla fué muy copioso; pues sobre apoderarse los nuestros de lo robado por los turcos en diferentes islas, libertaron á 15.000 esclavos, cogiendo además 116 piezas de artillería de grueso calibre, 256 menores y 5.000 prisioneros. Los turcos perdieron 30.000 hombres, entre ellos el general en jefe, y cerca de 300 embarcaciones, entre echadas á pique, varadas ó quemadas.

**Expulsión de los moriscos.** Desde que en 711 se apoderaron los árabes de España, rios de sangre costó á los españoles su permanencia en la Península en los nueve siglos que vivieron en ella (701-1609). Conquistado su último baluarte y vencidos en sus últimas trincheras por los Reyes Católicos, no hubo medio hábil de que se fundieran con el resto del pueblo. Verdad es que esto se iba haciendo cada vez más difícil por un conjunto de circunstancias funestas. Se les obligó, en cierto modo, á que recibiesen el Bautismo—única mancha que empañó el nombre gloriosísimo de Cisneros, que contribuyó á ello;—como cristianos hechos á la fuerza, volvieron á sus costumbres y creencias, sino es mejor decir que nunca las abandonaron; un día ú otro no podía menos de manifestarse lo que estaba bien arraigado en sus corazones; de ahí las prácticas musulmicas y la desconfianza en los *cristianos nuevos*; de ahí pruebas de limpieza de sangre para ocupar cualquier puesto en la sociedad; de ahí la aversión del pueblo fiel contra ellos y el odio de éstos contra los cristianos viejos; de ahí, finalmente, todas las sublevaciones del siglo XVI y las consiguientes sangrientas luchas, sin que al arribar á la centuria siguiente hubiese mejorado un punto la situación.

Los santos y siervos de Dios habían opinado siempre que debía predicárseles la verdad, añadiendo á esto el buen ejemplo. Tal hizo Santo Tomás de Villanueva, que los conocía bien porque los trató de cerca; tal San Luis Beltrán y otros que trabajaron con fruto en esa tarea ingrata; pero ya lo hemos dicho: ni aun eso bastaba, puesto que en todas partes eran después mal recibidos; los suyos odiaban á los conversos, y los nuestros los recibían

con grandísima prevención, cerrándoles casi todo medio, no ya de prosperar, sino también de subsistencia decorosa.

El Beato Juan de Rivera, arzobispo de Valencia, personaje de grande y legítima influencia en la corte, opinaba por la expulsión; los que, como los políticos, miraban el asunto por el prisma de la utilidad pública y material, entendían que no. Felipe III, después de maduro examen del pro y del contra, concluyó por firmar el bando de expulsión, que se publicó en 11 de Septiembre de 1609.

Calculábase que el número de los expulsados no bajaría de 150.000. En Africa fueron mal recibidos; pero no escarmentaron, y los que habían quedado escribieron años después una carta á Muley Zidán prometiéndole la ayuda de 150.000 moriscos, *tan moros como sus vasallos*, si quería apoderarse de España. La que más perdió en sus intereses materiales fué la Iglesia, y era sabido que eso iba á suceder. No hay, pues, manera de achacar á egoísmo su participación en esta medida, que no fué tampoco obra de ella; aunque algunos eclesiásticos, acaso los más y mejores, opinaban por la expulsión. Los moriscos que aún quedaron, á pesar de su arrogante carta á Zidán, no volvieron á dar que hacer en España.

**España y los protestantes.**—**Carlos V y los protestantes.** Carlos V, que fué demasiado condescendiente con Lutero al principio, luchó en mil ocasiones contra los protestantes con el valor y con la fortuna que por lo común le acompañaron en sus empresas militares; pero ya porque no en todas esas jornadas tomaban parte los españoles, ya porque nos llevaría muy lejos y fuera de propósito el empeño de referir por menudo acontecimientos que sólo están relacionados con la Iglesia de España porque los dirigía el Soberano español, debemos pasarlos en silencio. No se debe olvidar, sin embargo, que en cuantas jornadas tomaron parte los nuestros bajo las órdenes de Carlos V contra los herejes, portáronse como dignos hijos de una nación, cuya gloria principal se cifraba en su ardoroso celo por la pureza de la fe católica.

**Felipe II y el protestantismo.**—**Campaña contra Francia.** Siempre fué el más vivo deseo de Felipe II aniquilar á los protestantes que infestaron todas las naciones del Norte de Europa; mas tal deseo se acrecentaba con respecto á Inglaterra, porque nació el protestantismo inglés de causas que cedían en desdoro de la Casa real española. Enrique VIII repudió á su legítima esposa Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos, pretextando escrúpulos acerca de la legitimidad de su matrimonio: pero en realidad porque

estaba perdidamente enamorado de Ana Bolena. Como el Papa no pudo ni quiso declarar la nulidad del matrimonio de Enrique, éste se desató contra Roma, y se declaró partidario de la Reforma, y persiguió fieramente á los católicos, cuya sangre derramó á torrentes. Sucedióle su hijo Eduardo VI (1547), niño aún, que murió de dieciséis años. Entonces clamó el pueblo por la exaltación de María Tudor, hija de Enrique y Catalina de Aragón, que vivía postergada. María restauró el culto católico y casó con Felipe II á fin de hallar un fuerte apoyo en él. Al retirarse Carlos V dejando la corona de España á su hijo Felipe, estaba éste en condiciones para influir poderosamente en los consejos de Europa, puesto que á los extensos dominios que había heredado de su padre podía entonces agregar los recursos de Inglaterra.

En tal situación se hallaba Felipe, cuando Enrique II de Francia, hijo de Francisco I y heredero de su odio á los españoles, prosiguiendo la campaña empezada contra éstos, dió con las tropas inglesas y españolas bajo los muros de San Quintín, donde las tropas francesas fueron derrotadas con pérdida de 10.000 hombres (10 de Agosto de 1557). En memoria de este suceso erigió Felipe II el monasterio de San Lorenzo del Escorial, donde escribió.

**Origen de las guerras religiosas de Flandes.** Carlos V, que había nacido en Flandes y conservaba mucho cariño á aquella tierra, no pensó en establecer en ella la unidad política, y dejó á cada provincia sus hábitos y leyes. Felipe II entendió que podía superar con la fuerza de su voluntad la resistencia de los flamencos, y procuró con grande ahinco reducirlos á la unidad política y religiosa, como el mejor y acaso el único medio de tenerlos á raya en la tremenda lucha que los alemanes é ingleses y aun franceses habían emprendido á favor de la Reforma y contra la preponderancia de la Casa de Austria.

En 1559 dejó al frente de los Países Bajos á su hermana Margarita, á cuyo lado estaba el cardenal Granwell, hombre de gran penetración política y actividad prodigiosa. Las reformas que por entonces quisieron introducir, y en particular la Inquisición, irritó los ánimos, porque temían, y con razón, que aquel santo Tribunal tendría mucho que hacer en un país infestado por la herejía. Los magnates sobre todo opusieron tenaz resistencia, distinguiéndose entre ellos el príncipe Guillermo de Orange, de la casa de Nassau, gobernador de Holanda; el conde de Egmont, que lo



era de Artois, y el conde de Horn. Las quejas eran principalmente contra Granwell, y éste se retiró (1564), con lo cual, y con haber seguido la princesa Margarita una política conciliadora, se calmaron algo los ánimos. Mas esto no impidió que los magnates antes citados recorriesen el país excitando á la rebelión y tomando las armas contra los españoles.

**Gobierno del duque de Alba.** En 1567 dejó el gobierno de Flandes la princesa Margarita, ocupando su lugar el invicto duque de Alba, que apenas llegado á Bruselas con 8.000 españoles se apoderó de las fortalezas enemigas; y habiendo establecido un Tribunal para juzgar á los causantes de las revueltas, hizo condenar á muerte á los citados condes de Egmont y de Horn. El príncipe de Orange y otros muchos se libraron del castigo huyendo á Alemania, donde publicaron un manifiesto de adhesión á la Reforma (1569). Alentados por la reina Isabel de Inglaterra (sucesora de María Tudor), intentaron una expedición armada; pero no tardaron en sufrir varias derrotas consecutivas, y á no haber hecho causa común con los protestantes los corsarios holandeses y belgas, que arrojados de todos los puertos se fortificaron en Brille (Holanda), el de Alba hubiera pronto concluído con todos. Brille fué el punto de reunión de todos los descontentos, que proclamaron al príncipe de Orange su jefe ó stathuder (1572). Si los enemigos del duque de Alba no hubieran persuadido á Felipe II de que la causa de todas estas revueltas era la severidad del gobernador, es de creer que éste no hubiera tardado en dar buena cuenta de los enemigos de España y de la paz. Pero el de Alba (que ó no debía haber ido, ó no debía haber vuelto sin concluir su obra) fué llamado á la corte (1573).

**Gobierno de Requesens, de Juan de Austria y de Alejandro Farnesio.** Bien se vió esto en el gobierno de Requesens, hábil político, sucesor del duque de Alba. Los cuatro años de su mando fueron estériles, á pesar de sus pacíficos esfuerzos en favor de la paz. Muerto Requesens, le remplazó D. Juan de Austria, que fué recibido con entusiasmo. Algunas plazas enemigas cayeron en su poder; pero murió también muy pronto (1578), y le sucedió su deudo Alejandro Farnesio, joven de brillantísimas cualidades. Aunque en el primer año de su gobierno (1579) se formó la confederación de los Estados protestantes del Norte en virtud de un pacto de los diputados de Holanda, Zelanda, Utrecht, Gueldres, Groninga, Frisia, y Werissel, que fué el origen de la República holandesa, Far-

nesio iba de triunfo en triunfo, y pronto cayeron en su poder Amberes, Breda, Dunquerque, Brujas, Iprés, Gante y otras plazas, con lo que sembró el espanto en las filas enemigas. Pocas esperanzas de vida tenía la naciente República holandesa, cuando recibió un refuerzo de Isabel de Inglaterra, que procuraba perjudicar cuanto podía á Felipe II. Los holandeses depositaron toda su confianza en Mauricio de Nassau, hijo de Guillermo (éste había muerto asesinado por un tal Baltasar Gerad en 1584), y con la eficaz ayuda de Inglaterra, cuyos cruceros destrozaban nuestros puertos de España é Indias, interceptando nuestras comunicaciones con las colonias, y con el apoyo nada encubierto de los franceses, contrarrestaron los efectos del poderoso genio militar de Farnesio.

**La Armada Invencible.**—Isabel de Inglaterra, que tantas víctimas había hecho entre los católicos, no estaba aún satisfecha, y concluyó por decapitar á su pariente María Stuard, después de haberla tenido en dura prisión por espacio de diecinueve años (1587). Todo esto causó tal irritación en el ánimo sereno de Felipe II, que resolvió acabar de un golpe, si fuera posible, con Inglaterra, organizando la *Armada Invencible*, la mayor que hasta entonces había surcado los mares, compuesta de ciento treinta buques mayores, amén de las menores, que eran innumerables. Mientras se hacían los preparativos necesarios, murió el marqués de Santa Cruz, caudillo incomparable, vencedor en cuantos combates navales había tomado parte, y nombrado jefe de la gran expedición proyectada. El duque de Medina Sidonia hubo de encargarse de su jefatura, puesto comprometido y delicado si los hubo. La Armada se hizo á la vela en Julio de 1588, y ya desde un principio experimentó fuertes temporales. Al llegar á las marinas de Flandes, iba á sus alcances la armada inglesa. Lo que no hizo la inhabilidad del de Medina Sidonia, lo completaron los furiosos temporales y la artillería inglesa. Ello fué que la *Armada Invencible* fué aniquilada en las costas holandesas, pereciendo miserablemente en esta desdichada empresa la flor de nuestros marinos y soldados y casi todos nuestros barcos, pues fueron muy pocos los que pudieron arribar á los diferentes puertos de la Península.

**Muerte de Farnesio, gobierno del archiduque Ernesto y del conde de Fuentes.**—Independencia de los Países Bajos. Farnesio prosiguió vigorosamente su campaña contra los rebeldes, aun después de la destrucción de la célebre Armada; pero no tardó en morir (1592),

y su muerte lo fué también de la dominación española en Flandes. Poco pudieron hacer el archiduque Ernesto y el conde de Fuentes para renovar las glorias militares de España, y conociéndolo Felipe II, cedió los Países Bajos á su hija la princesa Clara Eugenia, esposa del archiduque Alberto, á condición de que volviese al dominio español si estos príncipes morían sin hijos. Aunque en el reinado de Felipe IV sostuvo con gran fortuna y alientos el honor de nuestras banderas el general Spínola, la última sombra de nuestro poderío en aquellas tierras acabó con las derrotas de Lens y de Rocroy, aunque todavía se tardó mucho en reconocer la absoluta independencia de aquellos países.

**El protestantismo en España.—Principios de la herejía.—Rodrigo de Valer.—El Dr. Egidio.—El Dr. Constantino.** Los protestantes hicieron algunas tentativas para introducir libros en España por los años de 1524 y 25; y aunque por entonces nada consiguieron, no debieron de tardar mucho en divulgar por nuestro suelo algunos libros heréticos, pues en 1540 ya aparece en Sevilla un *reformado* fanático por nombre Rodrigo de Valer, que á su vez inculcó el virus herético al Dr. Egidio. No se dió importancia á las extrañas predicaciones de Rodrigo: la Inquisición le trató con benignidad, teniéndole por loco, y en 1545 le hizo retractarse de las doctrinas luteranas que sustentaba y propagaba. Fué condenado á sambenito y cárcel perpetuos en el monasterio de Nuestra Señora de Sanlúcar de Barrameda.

El Dr. Egidio, que obtuvo en 1537 la canonjía magistral de Sevilla, fué recibido muy friamente, pues su oratoria quedaba muy por bajo de la fama de que iba precedido. Ya que no podía alcanzar celebridad en el cumplimiento de su cargo, ensayó el medio de singularizarse siguiendo las doctrinas de Rodrigo de Valer. La Inquisición le hizo también retractarse en 21 de Agosto de 1552, condenándole á varias penas muy suaves por un año, con prohibición de explicar la Sagradas Escrituras por diez. Murió en Sevilla (1556), no sin antes haberse entendido con los que en Valladolid estaban formando el conventículo luterano.

El Dr. Constantino era considerado por todos como predicador elocuentísimo, y hasta el mismo Emperador le hizo capellán, predicador y áulico suyo. Hacia 1550 fijó su residencia en Sevilla, y siguió predicando y explicando la Sagrada Escritura en el Colegio llamado de Niños de la Doctrina. Fué denunciado cuando, para librarse de persecuciones, importunaba á los Padres de la Compa-

fió á que le admitiesen como hijo de San Ignacio. Dos años estuvo en las cárceles de la Inquisición, al cabo de los cuales murió, ó según algunos, se suicidó. Respetables autores contemporáneos afirman que el Dr. Constantino fué bigamo y recibió las sagradas órdenes viviendo sus dos mujeres.

**Otros varios herejes.**—**Autos de fe.** Esparcida la semilla del mal, fructificó abundantemente. El Dr. Egidio propagó sus errores (que eran los comunes entre los luteranos: justificación por la fe sola, negación de todos los Sacramentos, menos el Bautismo y la Eucaristía, y del purgatorio, etc.) en los jerónimos de San Isidro, casi todos los cuales se hicieron protestantes. De éstos fueron los escritores Cipriano de Valera y Antonio del Corro. Contribuyó á la propagación del error un hombrecillo por nombre Julián Hernández, pequeño de cuerpo y de alma atravesada; y uno de los más notables personajes adheridos en cuerpo y alma á la secta fué D. Juan Ponce de León, hijo segundo del conde de Bailén, que empleó todas sus riquezas en obras de propaganda luterana. Entre las mujeres las había también de cuenta, aunque no tantas y de tan alta alcurnia como en las que en Valladolid siguieron los mismos errores, según veremos muy pronto.

En 24 de Septiembre de 1559 se celebró el primer auto de fe. Catorce de los encausados fueron relajados al brazo secular, y murieron, unos quemados (los impenitentes), y otros agarrotados. Entre ellos estaban el mencionado Juan Ponce de León y cinco monjes jerónimos, incluso el Superior, Garci-Arias. El día 22 de Diciembre de 1560 se celebró nuevo auto de fe, en que murieron once relajados al brazo secular. El más célebre de ellos fué Julián Hernández, impenitente y ferozmente duro en sus errores. Cupo igual suerte á varias mujeres. Otros muchos fueron penitenciados, y algunos abjuraron como sospechosos.

**Protestantes de Valladolid.** En 1552 corrieron por Valladolid los primeros rumores de la pestilencia luterana. Aunque el Doctor Agustín Cazalla (que fué en Valladolid lo que el Doctor Constantino en Sevilla) ha sido el que ha llevado el nombre entre los heterodoxos castellanos, tal vez no fué él quien primero propagó el error. Tan triste gloria debe reservarse probablemente para Carlos de Seso, seglar, vecino de Logroño, siendo eficaces auxiliares suyos un Cristóbal de Padilla, criado de los marqueses de Alcañices, y el Licenciado Herrezuelo, vecino de Toro. Todos ellos, con el Doctor Cazalla y Fray Domingo de Rojas, dominico, hijo del

marqués de Poza, siguieron haciendo prosélitos, entre los cuales estaban la madre y dos hermanas de Cazalla, la marquesa de Alcañices y su hija Doña Ana, más otras varias mujeres, religiosas y seglares. Cuando en 1558 se descubrió la herejía, además de buen número de seglares de cuenta por la nobleza de su alcurnia más que por sus muchas letras, formaban parte de la grey luterana las monjas del convento de Santa Catalina y las de Belén, de Valladolid.

**La Inquisición toma cartas en el asunto. — Autos de fe.** Era á la sazón inquisidor general D. Fernando de Valdés, arzobispo de Sevilla; y al dar cuenta éste al Emperador, retirado entonces en Yuste, de las peligrosas novedades que corrían, hizole saber cómo, á consecuencia de los edictos cuadregesimales para que se denunciassen los pecados públicos y supersticiones si las hubiere, fueron á decir al Obispo que un tal Padilla (el criado, sin duda, de los marqueses de Alcañices) difundía ciertos errores. Le encarceló el Obispo y dió parte á la Inquisición, la cual con grandísima diligencia puso á buen recaudo á todos los culpados, si no es á un Juan Sánchez, criado de D. Pedro Cazalla, natural de Astudillo, que huyó á Flandes, donde le prendieron también, remitiéndole á la Inquisición de Valladolid.

A Carlos V le produjo grande amargura lo que sucedía, y escribió al Inquisidor general y á la princesa Doña Juana, Gobernadora del reino, y á Felipe II, ausente de España, excitándoles con palabras de grande encarecimiento para que castigasen á los herejes con rigor inexorable, *sin excepción, sin admitir ruegos ni tener respeto á persona alguna*. La voz del noble Emperador era la expresión del sentimiento general, pues todos ansiaban que se sustanciase prontamente la causa y se diese á cada cual su merecido.

Se activó cuanto se pudo; pero como eran muchas y muy graves las causas, no pudieron darse las sentencias definitivas hasta bien entrado el año 1559. En 21 de Mayo de este mismo año se celebró el primer auto de fe, en que fueron relajados al brazo secular catorce de los encausados, más la madre del Doctor Cazalla, que había muerto, y cuyos restos fueron quemados, y derrocadas y asoladas sus casas. Cazalla se mostró arrepentidísimo y derramó abundantes lágrimas, y todos, menos el Herrezuelo, se retractaron, bien que no á todos pareció sincera la retractación. Las personas más notables entré las que iban al suplicio

eran Doña Beatriz de Vibero, hermana de Cazalla, un presbítero palentino llamado Alonso Pérez, y el Licenciado Herrera, natural de Peñaranda de Duero. Otros muchos fueron condenados á cárcel y sambenito perpetuo y á otras penas menos fuertes.

En el auto celebrado el 8 de Octubre del mismo año en presencia de Felipe II, fueron relajados Carlos de Seso y Juan Sánchez, que fueron quemados vivos por impenitentes, y otros diez más, entre los cuales estaban cuatro monjas del convento de Belén, D. Pedro Cazalla, presbítero, hermano de Agustín, y Fray Domingo Rojas, el cual á última hora confesó que creía en la Santa Iglesia Romana y evitó que le quemaran vivo.

**Causa del arzobispo Carranza.** Después de los grandísimos servicios que había hecho á la Iglesia Fr. Bartolomé de Carranza como teólogo del Concilio de Trento, como apologista de la doctrina católica contra los protestantes y como escritor insigne, fué presentado para la Sede primada (1557), y en ella seguía dando las muestras que solía de su gran talento y celo no menor.

Pero Carranza llegó á tener grandes enemigos en España y en el Extranjero, dentro y fuera de su Orden. En el Concilio de Trento, con motivo de un libro que había escrito probando que la residencia de los Obispos era de derecho divino, se granjeó la enemistad, de entre otros, de Ambrosio Catarino, dominico también como Carranza. Con Melchor Cano tuvo largas contiendas y agrias disputas; y cuando á consecuencia de las proposiciones (en realidad muy atrevidas) que estampó en su *Comentario al Catecismo cristiano*, y de las relaciones más ó menos estrechas que mantuvo con los herejes encausados en Valladolid, encarcelaron á Carranza, con asombro del mundo católico, sus enemigos vieron el cielo abierto. Diecisiete años duró la causa. No todo era envidia de sus émulos, cuando ni en Roma, donde tenía poderosos defensores y un tribunal desapasionado, no se pudo recabar el fallo de su inocencia. Gregorio XIII sentenció su causa en 14 de Abril de 1576, mandando á Carranza que hiciera abjuración solemne de los errores que se le imputaban, y suspendiéndole por cinco años de la administración de su diócesis. Carranza se sometió sin replicar á esta sentencia, y se retiró al convento de Minerva, donde murió muy poco después, no sin haber jurado solemnemente que en sus disputas y predicciones nunca había tenido otro pensamiento que la exaltación de la santa fe católica y la destrucción de la herejía.

**Los protestantes españoles en el Extranjero.** No fueron pocos en número los protestantes españoles que figuraron fuera de España en los siglos XVI y XVII. Su historia pertenece más bien á la general de la Iglesia, y no podemos hacer más que indicaciones somerísimas. Juan de Valdés y Miguel Servet fueron los más notables. El primero era conquense; hubo de nacer en los comienzos del siglo XVI ó últimos del anterior. En 1531 aparece en Roma, y poco después en Nápoles, donde estableció una especie de cátedra doméstica, que se componía de muy selecto auditorio. Bernardo Ochirno, general de los capuchinos, fué una de sus víctimas, pues á consecuencia de las enseñanzas de nuestro compatriota se tornó de fervorosísimo predicador católico en furibundo calvinista. Escribió Valdés algunas obras, siendo las principales sus *Consideraciones divinas* y el *Diálogo de la lengua*. De simple erasmista pasó á luterano con ribetes de cierto pseudo misticismo, concluyendo por ser antitrinitario. Murió en 1541, sin que nadie le llegase á molestar por sus doctrinas y enseñanzas.

Servet era de carácter muy distinto, y su vida fué tan tempestuosa como tranquila y plácida había sido la de Valdés. Nació en 1511 en Tudela de Navarra, y en España estudió latín, griego y hebreo, pasando á los diecisiete años á Tolosa á estudiar leyes. Allí perdió la fe con la lectura de los libros protestantes. Tenía veinte años cuando publicó los siete libros contra los errores acerca de la Trinidad, confesándose unitario. En París conoció á Calvino y disputó con él acerca de la Trinidad, y allí se graduó en Artes y Medicina, y hasta explicó Matemáticas. En su obra *Christianismi restitutis* aparece como descubridor de la circulación pulmonar de la sangre. Nunca le perdonó Calvino las libertades que se había permitido en una polémica, y arteramente le delató á la Inquisición de Viena del Delfinado, de cuya cárcel se escapó. Deseando pasar á Italia, llegó á Ginebra, donde Calvino le hizo prender. Él (Calvino) y nadie más fué el autor moral de la muerte de Servet, después de tenerle encarcelado, sobre un montón de paja y lleno de miseria, desde el 13 de Agosto hasta el 27 de Octubre de 1553. Las injusticias que se cometieron durante el proceso, y la muerte feroçísima que le dieron al quemarle vivo, haciéndole padecer espantosos martirios por espacio de dos horas, son cosas que claman al cielo y encienden la sangre. ¡Todo porque en su libérrimo examen de la Escritura (tan

cacareado por Calvino y sus secuaces) no vió Servet lo que Calvino quería á todo trance que viese!

No bajarían de una veintena los protestantes españoles que durante los siglos XVI y XVII figuraron más ó menos en el Extranjero, algunos de ellos (Francisco de Encinas, Pérez de Pineda, Casiodoro de Reina, Antonio del Corro, Cipriano de Valera, etc.) escritores estimables, aunque ninguno comparable, ni con cien leguas, á nuestros grandes escritores ortodoxos de aquella época.

**Los alumbrados.** Innumerables fueron en los siglos XVI y XVII los inficionados más ó menos conscientemente con los errores del quietismo, secta y doctrina que halló en Molinos un gran intérprete y elocuentísimo expositor. En dos clases pueden dividirse los iluminados del período mencionado: los que para entregarse á todo linaje de lascivia y carnalidades se acogían á la sombra de un misticismo sumamente elevado si se mira á la certeza de las palabras, y brutal y grosero en los hechos; y otros, los menos, que deseosos de pasar por santos, profetas y milagreros, hasta se imponían costosos sacrificios, prolongados ayunos y duras maceraciones. Algunos hacían á todo, según los casos.

Ejemplo de lo primero lo tenemos en un franciscano del convento de Ocaña (1511), á quien impusieron recio castigo y se reconoció pronto; en una especie de secta entre quietista y protestante, de Toledo (1529), cuyos secuaces fueron condenados á cárceles ó azotes, y en los alumbrados de Llerena y Sevilla, en su mayor parte clérigos y beatas, cuyo quietismo se reducía á vivir *juxta desideria carnis*: muchos fueron condenados á cárcel perpetua, otros á reclusión, azotes, etc. La tendencia milagrera, con sus profecías y postizas virtudes, está representada, ora por la beata de Piedrahita, ora por una famosa monja de Córdoba (1554), que confesó tener desde niña pacto con el demonio, y abjuró *de vehementi*, siendo penitenciada. La monja llagada de Lisboa (que engañó al bondadosísimo Fr. Luis de Granada, mientras el beato Alonso de Orozco despreció siempre sus fingidas llagas) vino á confesar de lleno sus emboleos, y fué encerrada en la cárcel por toda su vida. Para que nada faltase en este cúmulo de inverosímiles delirios, hasta hubo dos desdichados que, empeñados en morir el día que á ellos se les antojó y lo anunciaron con grande anticipación, fueron objeto de las rechiflas de la gente bien humorada, porque no plugo al Señor privarles de la vida hasta mucho después del término por ellos prefijado.



**Molinos.—Sus errores.—Condénalos el Santo Oficio.** Molinos nació en Muniesa, diócesis de Zaragoza. Era hombre de ingenio é ilustración no común. En 1665 pasó á Roma de promotor de una causa de beatificación. A poco empezó á dirigir conciencias, y alcanzó grandísima reputación en este cargo delicado, reputación que reconocía como principal fundamento un librito que publicó, intitulado *Gula espiritual*. Sus principales máximas son dos: primera, el alma contemplativa debe renunciar á todos los actos sensibles del entendimiento y de la voluntad; y entregada una vez á Dios, y aniquilada la propia voluntad, no debe afanarse por su salvación: debe dejar á un lado toda obra, aunque sea buena, indicativa de propia actividad (oración, meditación, culto de los santos y aun de la sacratísima humanidad de Jesucristo, etc.); debe abstenerse de todo afecto piadoso (esperanza, deseo de salvación, ofrecimiento, amor de Dios, etc.); en una palabra, debe desechar todo buen pensamiento y todo acto bueno, como otros tantos obstáculos á la contemplación y perfección del alma. La segunda máxima es que, estando el alma entregada á Dios, todo lo que sucede en la carne debe atribuirse á la violencia del demonio, no debiendo el hombre oponer más que una resistencia puramente negativa, suceda lo que suceda, aunque sean las cosas más nefandas.

Al principio tuvo la obra de Molinos buena aceptación, pero no se tardó en sospechar que el autor debía de ser de los alumbrados. En 1685, el Santo Oficio de Roma decretó su prisión, y no mucho después la de otros muchos, que pasaron de doscientos. Vióse que en varios conventos se habían abandonado las prácticas externas para dedicarse á la contemplación por consejo de los confesores, embebidos sin duda en la doctrina molinosista. La sentencia del Santo Oficio declaró á Molinos hereje dogmático, condenándole á cárcel perpetua y á varias obras de piedad. Con él fué también condenado Pedro Peña, paisano y secretario de Molinos.

## CAPITULO V

**Concilios.—Reformas.—Disciplina.—Costumbres generales.—Varones ilustres en santidad.**

### I.—CONCILIOS

**Concilio de Trento.** Como la principal fuente de las reformas disciplinares de la Iglesia en el siglo XVI fué el Concilio de Trento, en que parte tan activa y principal cupo á los españoles, vamos á tratar brevemente de él. Se experimentaba en toda la cristiandad gran deseo de la convocación de un Concilio general que, quitando al protestantismo los pretextos que aducía para sus ataques contra la Iglesia, introdujese verdaderas reformas, desde mucho tiempo reclamadas por los hombres de más sólida virtud. Carlos V había tratado ya en 1536 con Paulo III de este grave negocio, conviniendo entrambos en que era urgente poner manos á la obra. A pesar de las dificultades que se presentaban, Paulo III convocó al fin el deseado Concilio en 1542; pero no dieron comienzo las sesiones hasta 1545. Celebráronse en el pontificado de Paulo diez sesiones, ocho en Trento y dos en Bolonia, adonde se trasladaron los Padres por causa de la peste, bien á pesar de los españoles (1547). Los embajadores de Carlos V se propusieron á protestar en términos muy duros contra la traslación, recibiendo del Concilio y del Papa la contestación que merecían por quererse inmiscuir, y de la manera inconveniente en que lo hicieron, en negocio tan alejado de su jurisdicción y competencia. Muerto Paulo III, Pío III, su inmediato sucesor, hizo que volviesen los Padres á Trento (1551), celebrándose durante su pontificado otras seis sesiones. En la última de éstas se decretó la suspensión del Concilio por causa de la guerra. Reanudadas las tareas conciliares en 1562, siendo ya Pontífice Pío IV, se terminaron en 1563. Los decretos fueron firmados por 245 Prelados, y Pío IV dió al año siguiente su aprobación soberana á las soluciones conciliares. El ilustre Agustiniano P. Bertí (*Ecclesiast. Hist. Breviar.*, sec. XVI, cap. II) las resume en brevísimas palabras: «Declaró y definió,—dice,—el canon de las Escrituras divi-

nas, y las tradiciones apostólicas, la doctrina acerca del pecado original, de la justificación y de la gracia, número y efectos de los Sacramentos, partes de la penitencia, transubstanciación eucarística, sacrificio de la Misa, todo lo referente al matrimonio, al uso, culto y veneración de las reliquias; y, finalmente, decretó y explicó á maravilla cuanto pareció oportuno para reformatión de los Obispos, clérigos, monjes y de todo el pueblo cristiano. »

Fué grande y benéfica la intervención de los Prelados y teólogos españoles en este Concilio. En él brillaron, entre otros muchos y muy célebres, los dominicos Domingo Soto y Melchor Cano, además de Fr. Bartolomé de los Mártires, arzobispo de Braga, los jesuitas Láinez y Salmerón, los franciscanos Francisco de Zamora y Francisco de Orantes, y los agustinos Juan Bautista de Burgos y Cristóbal de Santiago. También eran agustinos Juan de Muñatones, obispo de Segorbe, y el sapientísimo cardenal Seripando, uno de los presidentes del Concilio. El clero secular tuvo tantos y tan esclarecidos representantes, que me haría interminable si tratase de formar un catálogo de ellos: baste citar á Martín Pérez de Ayala, Antonio Agustín y Diego de Covarrubias, entre los Obispos; Arias Mántano y Fernando de Tricio, entre los teólogos.

**Admitese en España el Concilio de Trento.**— **Concilios provinciales.** Felipe II se apresuró á publicar una real Pragmática en el mismo año de 1564 aceptando el Concilio como ley del reino; y aunque algunos Cabildos quisieron oponerse porque perdían algunos privilegios, pronto se aquietaron todos.

Para ver de plantear en España las reformas del Tridentino celebráronse varios Concilios provinciales que nada ofrecen de particular, fuera de la intervención de Felipe II en mandarlos convocar y en hacer que asistiese, á varios de ellos por lo menos, un delegado suyo.

Es difícil señalar la causa, ó más bien causas que contribuyeron á que cesase la celebración de Concilios provinciales. Hubo de contribuir á ello la exigencia de los Reyes en mandar sus delegados, como sucedió en el Concilio provincial de Toledo (1581), contra los deseos de Gregorio XIII, que hizo borrar de las actas conciliares el nombre del delegado regio. En el celebrado en Zaragoza (1614) asistió el delegado, y no sabemos si esto motivó alguna reclamación. Pero volviendo á las causas que pudieron influir en la cesación de tales Concilios, no parece desacertado

asignar, además de la indicada, la animosidad que existía entre Cabildos y Prelados. Debiendo tomar aquéllos parte activa en tales Asambleas, fácil es suponer que lo que había de contribuir á robustecer la disciplina y mejorar las costumbres convertiríase en semillero de pleitos y discordias, máxime si se tocaba—y no era posible pasar por otro camino si los Concilios habían de servir para corregir abusos—la cuestión de privilegios y exenciones. Finalmente, los Reyes, aunque aumados en general de buenos deseos, temían que los Concilios cercenasen más ó menos su intervención en asuntos eclesiásticos, y nada hicieron para fomentar la celebración de Concilios, y mucho para impedir la de la manera dicha. Por lo demás, achacar tal fenómeno á la centralización del poder espiritual en manos del Papa no parece justo. Gran centralización existe hoy, y, no obstante, el Romano Pontífice es el primero en aconsejar con encarecimiento la reunión de Sínodos diocesanos y Concilios provinciales, y aun nacionales.

**Seminarios.** Desde los primeros siglos de la Iglesia han existido centros de enseñanza, más ó menos amplios, con destino á la educación de los clérigos. San Agustín organizó en su propia casa episcopal un Colegio, que le dió maravillosos resultados; y los Obispos españoles de la época visigoda, como tan conedores de los trabajos y escritos del gran Doctor africano, organizaron á su vez Colegios eclesiásticos, en los cuales educaban á la juventud. Corriendo los siglos y variando profundamente el modo de ser de los Estados, subveníase á esta necesidad, ora con las cátedras establecidas por los Cabildos, ora con las de los monasterios, ora, en fin, desde el siglo XIII, con las Universidades, en muchas de las cuales que se fundaron cátedras de Teología y Derecho canónico. Ya en los siglos XIV y XV vinieron en auxilio de la Iglesia los Colegios mayores, que en la época del Concilio de Trento estaban entre nosotros muy florecientes. Pero aún se experimentaba la necesidad de ampliar, uniformar y multiplicar esos centros, pues de otra suerte era punto menos que imposible proveer á cada diócesis del personal que había menester para ocurrir á todas sus necesidades. De ahí las disposiciones del Concilio de Trento (ses. XXIII, cap. XVII) en orden al establecimiento de Seminarios, disposiciones cuya enumeración es del dominio de la historia general de la Iglesia. Añadiremos que dichos centros eran en España medios necesarios que en parte alguna en el si-

glo XVI por el gran desarrollo de las ciencias eclesiásticas en Colegios y Universidades, y por la austeridad de costumbres en todas las esferas, y más particularmente en los Colegios mencionados. Nada de esto impide, sin embargo, que reconozcamos la gran utilidad de las leyes del Tridentino sobre el establecimiento de Seminarios, aun respecto de España.

## II. — REFORMA DE LAS ÓRDENES RELIGIOSAS

**La del Carmen por Santa Teresa de Jesús.** Conviene advertir, antes de pasar adelante, que las reformas de que vamos á hablar no significan relajación en las Órdenes en que se hicieron, sino más bien una santa superabundancia de espíritu que plugo al Señor infundir en ciertas almas escogidas para que le sirvieran con más austeridad y fervor. Por lo demás, sabido es que en la época misma de la reforma brillaban en diehas Órdenes hombres de virtud extraordinaria.

De los escritos de la excelsa virgen castellana Teresa de Jesús diremos breves palabras más adelante. Después de algunos años de vida religiosa entre las carmelitas del convento de la Encarnación, de Ávila, Dios le hizo entender que la destinaba para reformadora del Carmelo. Coincidieron estos avisos celestiales con los ofrecimientos que le hicieron personas piadosas para la fundación de conventos en que se viviese conforme á la austeridad de la regla primitiva. Decir las contradicciones que tuvo de parte de toda clase de personas, muchas de ellas muy buenas, sería no acabar nunca; pero el Señor fué venciendo todos los obstáculos, y el día 24 de Agosto de 1562 fundó su primer convento reformado, bajo la advocación de San José, en la misma ciudad de Ávila, previas las autorizaciones oportunas del Papa, del General de la Orden y del Obispo. El fundamento de esta reforma fueron, además de la Santa, otras cuatro doncellas de gran virtud. Parecidos trabajos tuvo que padecer para la reforma de los varones de la propia Orden: con la ayuda de San Juan de la Cruz y Fray Antonio de Heredia logró fundar su primer convento en Duruelo (1568). Cuando murió Santa Teresa pasaban de treinta los conventos por ella fundados.

**Reforma de los franciscanos.—Fundación de los agustinos descalzos.** Amigo según Dios de Santa Teresa fué San Pedro Alcántara, de quien hace la Santa un retrato maravilloso: ardiendo en vivos de-

seos de una vida más angélica que humana, un noble portugués le ayudó para llevarla á efecto, fundando su primer convento en la sierra de Arrabida, en Portugal (1554). Julio III aprobó las leyes especiales que hizo para la reforma, y el Santo siguió fundando nuevos conventos en Coria, Pedroso y otros puntos, hasta nueve, en seis años. El General de la Orden le nombró Comisario de los reformados en España, y Paulo IV le remitió dos Breves aprobando su Instituto.

Talavera fué la cuna de la descalcez agustiniana (1588), que se llamó de agustinos recoletos. No tuvo nada que ver con ella, ni pudo, Santo Tomás de Villanueva, que había muerto hacía treinta y tres años, pero sí el beato Orozco y Fr. Luis de León. Tanto en España como en Italia, Francia y Alemania, cundió con rapidez este santo Instituto. Gregorio XV le dió un Vicario general, constituyéndolo en Congregación.

**Reforma de los mercenarios y de los trinitarios.** Aunque no les faltó empleo á los mercenarios y trinitarios mientras hubo piratas en nuestras costas, ya no era tan continuo como cuando todo el Sur del África y gran parte de España estaban en poder de los árabes. De esa falta de movimiento y acción procedió cierto resfriamiento de espíritu que hizo conveniente la reforma. La de los mercenarios se verificó en Madrid (1603) por los venerables Padres Juan del Santísimo Sacramento, Luis de Jesús, Juan de San José y Miguel de las Llagas, en la capilla de Nuestra Señora de los Remedios del convento de la Merced. Paulo V aprobó esta reforma, y Urbano VIII las nuevas Constituciones.

Los trinitarios empezaron á tener en España conventos de la Observancia desde 1573; pero hasta que el beato Juan Bautista de la Concepción introdujo la reforma en España (1594) no se formalizó aquélla, y aun entonces carecía de la debida regularidad, que sólo adquirió en la segunda mitad del siglo XVII.

**Nuevas Ordenes religiosas. — La Compañía de Jesús.** Cuando el rey de Navarra, Juan Albret, volvió de Francia para reconquistar su reino, poco antes perdido, se encontraba defendiendo los muros de Pamplona un apuesto capitán azpeitiano. Salió herido en la contienda, y se le permitió ir á su casa para curarse. Leyó libros devotos durante su enfermedad, y entró en ganas de trocar su vida de servidor de monarcas terrenos, por otra más alta de siervo humilde del Rey de la eternidad. Ya de edad madura (treinta y tres años) comenzó los estudios en Barcelona, prosiguiólos en Alcalá y los

terminó en París. Allí trabó amistad con seis estudiantes de santa vida, Francisco Javier, Santiago Láinez, Antonio Salmerón, Nicolás Alonso, Simón Rodríguez y Pedro Lefevre. El día de la Asunción de 1534 se reunieron los siete e hicieron los primeros votos. Trasladáronse á Venecia con objeto de pasar á Tierra Santa; y no habiéndolo podido verificar, volviéronse á Roma con otros tres compañeros que en Venecia se les habían unido. Solicitaron de Paulo III la aprobación del naciente Instituto, cuyas *Constituciones* había escrito San Ignacio; pero el cardenal Guidiccioni informó negativamente, y por entonces no pudieron obtener la aprobación. Entonces se dispersaron, empezando á trabajar cada uno por su cuenta. La fama de aquellos extraños misioneros hizo mudar de opinión á Guidiccioni, que volvió sobre su acuerdo, y Paulo III dió su aprobación á la Compañía en 27 de Septiembre de 1540. Fué elegido Ignacio jefe de la misma á pesar de haberlo rehusado repetidas veces, y ya desde entonces púdose considerar la nueva Congregación establecida en toda forma. Cuatro clases ó grados de personas hay en la Compañía: los *profesos*, los *coadjutores espirituales*, los *escolares* y los *coadjutores temporales*. Los *profesos* son de dos clases: los llamados *ordinarios*, que no hacen más que los tres votos comunes, y los de *cuatro votos*, porque hacen uno especial de obediencia al Papa en orden á las misiones. Siguen á éstos los *coadjutores espirituales*, dedicados á la enseñanza en los colegios, al ministerio pastoral y á todos los oficios que los profesos, pero no á la enseñanza de la Teología. No hacen más que los votos ordinarios. Los *escolares* ó estudiantes no hacen más que los tres votos simples. Los *coadjutores temporales* son lo que los hermanos legos en las demás Órdenes religiosas. La autoridad del General alcanza á todo en la Compañía. Él nombra á los Provinciales por tres años, por lo común, pero puede acortar ó prolongar el tiempo de su mando. Tiene seis Asistentes, elegidos de España, Italia, Francia, Alemania, Polonia y Portugal, con quienes consulta ciertos asuntos; pero él es el que falla y resuelve siempre. En lo que toca á la conducta privada del General tiene un *admonitor*, elegido por la Compañía, para advertirle de las faltas personales. Sólo una cortapisa tiene, y es que no puede enajenar bienes sin consentimiento de la Congregación general; ésta elige también al General, cuyo mando es vitalicio.

Todavía en vida de su Santo fundador se extendió prodigiosa-

mente la Compañía por Europa, Asia y América, y tuvo hombres muy notables en ciencia y santidad.

**Fundación de los Hospitalarios por San Juan de Dios, y de las Escuelas Pías por San José de Calasanz.** Juan de Dios nació en Portugal, y llevó por algunos años vida aventurera, hasta que, habiendo oído un sermón del venerable maestro Avila, se dió por completo á Dios, dedicándose con fervor al servicio de los pobres. En 1540 pudo procurarse en Granada una casita, donde iba reuniendo los pobres para asistirlos y regalarlos. Uniéronsele algunos otros devotos, y con ellos siguió ejerciendo la caridad cada vez en mayor escala. Por entonces no profesaron ninguna regla determinada: se contentaron con vestir un tosco hábito; pero doce años después de la muerte del fundador, San Pío V les dió la regla de San Agustín. Al principio se les autorizó para tener un sacerdote de los suyos en cada casa-hospital para atender á todas las necesidades espirituales: más tarde podían tener hasta dos; pero no podían dedicarse todos, ni pueden ahora, á los estudios. Pronto se extendió esta caritativa institución casi por todas las naciones de Europa.

No menos ilustre y caritativa fué la Congregación fundada por San José de Calasanz á fines del siglo XVI. Después de haber ejercido importantes cargos en España, trasladóse el Santo á Roma movido de secreto impulso. Allí se dedicó, en uno de los suburbios, á enseñar la doctrina cristiana á los niños pobres y abandonados. Clemente VIII le protegió y alentó en tan santa empresa; pero él, conociendo que era difícil dar estabilidad á una obra tan penosa como necesaria si no se ligaban con votos los que á ella se dedicaban, determinó, de acuerdo con sus cooperadores, formar una Congregación, como lo verificaron inmediatamente. Paulo V la aprobó en 1617, elevándola al rango de Orden religiosa. San José de Calasanz, que era el alma de la nueva institución, vióse calumniado y depuesto de la jefatura suprema á que le había elevado Gregorio XV; mas como el Señor le concedió vida larga (de noventa y dos años), aún tuvo el consuelo de ver restituida su obra al pristino estado de fervor y obediencia. Esta Religión, aunque fundada por un compatriota nuestro, no se extendió por España hasta fines del siglo XVII.



### III.—DISCIPLINA

**Establecimiento del Tribunal de la Nunciatura.** Hasta el siglo XI, los legados del Papa estaban investidos de ciertas facultades pontificias, como hemos visto lo estuvieron en tiempo de los Papas San Simplicio, Hormisdas y Pelagio II. Antes y después de ellos, los metropolitanos ejercieron, aun sin comisión especial de los Romanos Pontífices, parecidos cargos, ya por sí mismos, ya por medio de Concilios que mandaban reunir; porque eran tales las necesidades de ciertas épocas y tan difícil el recurso á Roma, que el no haber obrado así hubiera cedido en grave detrimento de los intereses de la Iglesia. Desde el siglo XI cambia la organización de los Estados y son más normales las relaciones recíprocas entre éstos y los Sumos Pontífices, los cuales invisten á sus Legados de facultades amplísimas para nombrar, consagrar, trasladar y hasta deponer Obispos. Respondía también este proceder á la grande influencia del Sumo Pontificado en el mundo católico. Mientras el poder feudal estuvo en su apogeo, los Legados siguieron investidos de facultades verdaderamente extraordinarias, absorbiendo una parte de las que los metropolitanos, y aun los Obispos habían de tener en otras circunstancias; y á medida que los monarcas fueron adquiriendo más poder y centralizándolo —con lo que los Estados tuvieron más unidad— los Romanos Pontífices sólo se reservaron el conocimiento de las causas mayores, y los Obispos, autoridades también de derecho divino, pudieron ejercer con mayor amplitud sus facultades.

Con todo, aún quedaba que resolver la cuestión de las apelaciones, pues era difícil se resolviesen en Roma sin grave perjuicio de los apelantes por la distancia y por los extraordinarios gastos que supone hacer allí las pruebas y defensas necesarias en tales casos. De ahí nacieron las reclamaciones de las Cortes y la petición de Carlos V á Clemente VII, quien, según los deseos del Monarca, estableció el Tribunal de la Nunciatura con un Auditor-asesor, un Abreviador y seis Protonotarios apostólicos, ó *jueces in curia*. Todos los asuntos de gracia se despachaban por el Auditor, y el Nuncio, según los casos, cometía los de justicia, ó al mismo Auditor, ó á uno de los Protonotarios.

Poco ó nada se adelantó con esta organización del Tribunal, y después de haber transcurrido más de un siglo en comunicaciones

entre Madrid y el Vaticano sin venir á un acuerdo, en 1640 se celebró la conocida *Concordia*, en la cual se consignaron las facultades de todos los dependientes de la Nunciatura, se hizo el arancel y se quitaron al Nuncio todas las facultades que parecían amenguar la de los Ordinarios. Con el establecimiento de la *Rota*, de que hablaremos más adelante, desapareció la antigua organización del Tribunal de la Nunciatura.

**Cámaras reales de Castilla é Indias.** En 1518 se estableció la Cámara de Castilla, que proponía al Rey las personas que habían de ejercer oficios de justicia, y, lo que es más importante, las que habían de ocupar los más altos puestos de la jerarquía eclesiástica, arzobispados, obispados, etc. La Cámara de Indias ejercía, en lo relativo á Ultramar, análogas funciones que la de Castilla en la Península. La Cámara real, que era una sección especial de la de Castilla, empezó á entender desde los tiempos de Felipe II de todo lo relativo al real Patronato. Carlos III dió nueva organización á esta Cámara, adquiriendo desde entonces nueva importancia. En 1834 fué sustituida por una Junta eclesiástica, cuyas medidas recibieron la aprobación de Gregorio XVI. Al suprimirse el Consejo de Castilla, los asuntos de las Cámaras pasaron al ministerio de Gracia y Justicia.

**Capellanía mayor.** Sabido es que lleva el título de Capellán mayor el Prelado que tiene la jurisdicción superior eclesiástica en el Palacio Real, y demás casas y sitios asimilados. Felipe II obtuvo una Bula, fecha 7 de Julio de 1569, nombrando Capellán mayor al arzobispo de Santiago; mas como dicho Prelado no podía cumplir sus nuevos deberes sin faltar á la residencia, fué preciso que otros los cumpliesen en su nombre lo que motivó serios disgustos. Para evitarlos en adelante, Felipe III obtuvo de Roma que el patriarca de las Indias hiciese de Pro-capellán, es decir, las veces del arzobispo de Santiago, sin que éste dejase de ser el verdadero Capellán mayor. Los Patriarcas se creían rebajados con esa especie de tenencia de capellanía, por lo cual Benedicto XIV creó un coto redondo con el Palacio Real y sus alrededores, eximiéndolo de la jurisdicción ordinaria y otorgándosela al arzobispo de Santiago. Con motivo del Concordato de 1851 aún surgieron nuevas dudas sobre la subsistencia de la jurisdicción del Capellán mayor, y hubo choques entre éste y el patriarca de las Indias, que era el Pro-capellán nato; pero se decidió que el Patriarca tenía *in actu* la jurisdicción en los sitios reales, menos en la iglesia de las

agustinas recoletas de la Encarnación, mientras el Capellán mayor la tenía *in actu* en dicho convento, é *in habitu* en todo lo demás. Últimamente, se ha nombrado un Obispo titular que ejercerá en este punto la jurisdicción que estaba reservada al Pro-capellán.

**El Consejo de las Órdenes militares.** Cada una de las Órdenes Militares tenía su Consejo, hasta que Carlos V, con aprobación de Clemente VII, estableció uno sólo para entender tanto en lo temporal como en lo espiritual de todas ellas. Felipe II creó en 1593, en virtud de una Bula de Gregorio XIII, una Junta Apostólica para componer *pro aequo et bono* los desacuerdos que surgieran entre los Prelados y las Órdenes militares, y Carlos II un Juez protector encargado de la reparación, ornato y erección de templos. No se cortaron los pleitos con esto: dicha Junta, compuesta de seglares, minaba constantemente la autoridad de los Ordinarios, informando casi siempre contra ellos. Felipe V limitó las facultades del Consejo, y en 1836 éste se convirtió en Tribunal, cuya gestión se reducía, en lo religioso, á proponer á S. M. el personal para los curatos de las mismas Órdenes previo concurso, entendiendo también en todos los expedientes de jurisdicción voluntaria; en lo contencioso resolvía en segunda ó tercera instancia, según los casos, no habiendo después de ella más apelaciones que á la Rota.

En Marzo de 1873 quedaron suprimidas las Órdenes militares; y restablecidas el año siguiente, quedaron tanto los lugares como las personas sujetas á los Ordinarios, hasta que por la Bula *Ad Apostolicam*, de 18 de Noviembre de 1875, se erigió el Priorato de las Órdenes militares, que abraza toda la provincia de Ciudad Real. Con esto quedó abolida la jurisdicción que en diversos territorios ejercían las Órdenes, y para lo judicial del Priorato se creó un Tribunal que resuelve en segunda instancia las causas sustanciadas en la curia Prioral, debiendo pasar á la Rota para la última instancia. Tiene también otras atribuciones menos importantes que no podemos detenernos ahora en enumerar.

**Asuntos económico-disciplinares. — Diezmos. — Enajenación de bienes de la Iglesia. — Contribución del Excusado. — Millones.** Enfermedad endémica del Erario español ha sido siempre la falta de recursos, tuviera ó no que hacer el Estado gastos extraordinarios; cuando éstos eran imprescindibles, y aun sin serlo, se acudía á la Iglesia en demanda de recursos. De ahí nacieron, aun en los tiempos

más florecientes de la Monarquía española, tantos y tantos gravámenes sobre los bienes eclesiásticos. Adriano VI concedió al emperador Carlos V la cuarta de las rentas eclesiásticas para sostener la guerra contra turcos y herejes, y Clemente VII, en 1532, la mitad de los diezmos de un año, lo que produjo graves disgustos en varios Cabildos como los de Toledo, Córdoba y Palencia. Poco después obtuvo del mismo Pontífice y de Paulo III la autorización para vender parte de los bienes de las Órdenes militares. Lo mismo se hizo con las primicias de varios puntos, y hasta hubo lesión enormísima en la venta de ellas, pues la enajenación del Adelantamiento de Cazorla, del dominio del arzobispo de Toledo, fué asunto que motivó interminables pleitos, y al fin de cuentas se lo llevó D. Diego de Cobos, hijo del Secretario del Emperador, con la obligación de entregar al arzobispo de Toledo anualmente 300 ducados y un caballo blanco. Y fué lo peor que se despojó á la Iglesia de un pingüe subsidio sin ventajas para el Estado, puesto que se hizo la enajenación á favor de un particular.

La contribución del Excusado reconoció el mismo origen que todas las demás gabelas impuestas por entonces á la Iglesia: la necesidad de atender á los gastos de la guerra contra los herejes. Consistía en el derecho concedido á la Corona por San Pío V de percibir los diezmos de una casa en todas las parroquias del reino. Al principio sólo se dió por cinco años, y los Papas fueron prorrogando la gracia por quinquenios, hasta que Benedicto XIV la concedió con carácter de perpetuidad (6 de Septiembre de 1757). Quedó suprimida de hecho al suprimirse los diezmos, y legal y definitivamente por el Concordato de 1851.

El servicio de los millones era de carácter general, en que entraba también el clero, primero por concesión de Gregorio XIV hecha á Felipe II (1591), y prorrogada después por otros Pontífices de seis en seis años.

Felipe II consiguió también la incorporación del Maestrazgo de la Orden militar de Montesa á la Corona por Bula de Sixto V (1587), con lo que las rentas de todas las Órdenes corrieron la misma suerte. Seguro es que las de Montesa hubieran pasado antes al Rey; pero siendo cortas no excitaban tanto la codicia, y por eso gozaron de más larga vida en manos de la propia Orden.

**Comisaría de la Cruzada.—Nuevo Rezado.** Las Cruzadas que los Romanos Pontífices fueron concediendo á los Reyes de España en diferentes épocas tenían, á lo menos desde el siglo XV, el doble

carácter de gracia espiritual y subsidio temporal, puesto que á la indulgencia plenaria que se concedía á los que iban á la guerra contra los moros se añadía una parte de las rentas benéficiales del reino para que la Corona pudiera con ella atender á los gastos de la guerra contra infieles. En 1531 creó Carlos V con carácter permanente el Consejo de la Cruzada, encargado de la administración y distribución de los fondos que se recaudaban por las limosnas de la Bula, y tres años después (1534) otorgó Paulo III al mismo Emperador la facultad de nombrar un Comisario de la Cruzada, con los consejeros, contadores y demás subalternos que le fuesen necesarios para cumplir con su cometido. El Comisario de la Cruzada, á la vez que facultades económicas, las tiene también espirituales; en virtud de las primeras, recauda y distribuye los fondos de la Cruzada con arreglo á las disposiciones canónicas y civiles vigentes; nombra en las diócesis administradores y tesoreros que cumplan con ese deber, y preside un Tribunal Supremo, encargado de resolver en apelación todos los asuntos civiles y criminales relacionados con la cobranza de las Bulas. Por sus facultades espirituales puede el Comisario, entre otras muchas cosas, hacer la composición de bienes mal habidos por la omisión del rezo divino. Desde el Concordato último el arzobispo de Toledo ejerce el cargo de Comisario general de la Cruzada, y los Prelados en sus diócesis son los subdelegados natos, que recaudan y administran los fondos, y juzgan en primera instancia los negocios relacionados con la Cruzada.

Felipe II, en su afán de favorecer á los monjes de El Escorial, á fin de evitar al Tesoro nuevas cargas concedió á dichos monjes el privilegio exclusivo de vender en España los libros de rezo (1573); pero prohibiéndoles que pusieran imprenta para que no saliesen perjudicados los impresores. También debía ceder en beneficio de la sacristía de El Escorial el producto de la impresión de Bulas, que se hacía en Toledo, y que ascendía á 1.500 ducados. El encargado de corregir los libros de rezo fué el comisario de la Cruzada. El propio Rey, que profesó toda su vida gran cariño á Valladolid, donde había nacido, quiso construir allí una gran catedral, y como uno de los medios para arbitrar recursos concedió á aquella Iglesia el monopolio de la impresión del Catecismo. Estos monopolios fueron mal recibidos en general, y el clero de la Corona de Aragón y el de Navarra nunca respetó el de la impresión del Catecismo.

**Hospitales.—Su erección y reducción.** Es inútil insistir en una verdad por todos conocida : es á saber, que la beneficencia y caridad pública en el recto sentido de la palabra es hija de la Iglesia, fruto de la doctrina evangélica, y así se vió en todo tiempo en España, donde los hospitales y toda clase de albergues para pobres y necesitados fueron obra, ó de personajes eclesiásticos que en tan santas fundaciones invertían sus rentas, ó de Soberanos ó fieles caritativos que, inspirados en las máximas cristianas, todo les parecía poco á fin de remediar las necesidades del prójimo. Muchas de esas fundaciones eran también obra de Cabildos y Cofradías.

En el siglo XVI llegaron á ser tantos los hospitales, que, á semejanza de lo que hiciera en el anterior el obispo Aznares de Lérida, fué necesario reducir su número, dando oídos á las reclamaciones que las Cortes hicieron, primero en Segovia (1532), después en Valladolid (1548 y 1555), y más tarde en Madrid (1563 y 1566), pidiendo que en cada ciudad ó pueblo de alguna importancia hubiese un hospital general, y además en las grandes poblaciones una casa para enfermedades contagiosas, y otra para los enfermos comunes. Pío V dió una Bula en este sentido (1566), y otra Clemente VIII en 1597, y se procedió en virtud de ellas á la reducción de hospitales. Para obviar las dificultades que surgían á pesar de estas reducciones y arreglos, Felipe II dió sabias y caritativas disposiciones: los Ayuntamientos debían recoger en los hospitales, si los había, ó en casas preparadas *ad hoc*, á todos los mendigos enfermos de afección contagiosa, destinando personas piadosas que, bajo la dirección de los párrocos, pidiesen limosna en los días festivos para ocurrir á estas necesidades.

Las casas destinadas á recoger leprosos fueron objeto de legislación especial, lo mismo durante la dominación de la Casa de Austria, que en estos dos últimos siglos. Mas como fuera casi desapareciendo esa terrible enfermedad en el siglo pasado, los bienes de dichas casas pasaron á los hospitales y hospicios, lo mismo en la Península que en el Nuevo Mundo.

Carlos IV fué el que reglamentó el uso de la vacuna en los hospitales, y en tiempo de este mismo Rey (1790) se establecieron en España las *Hermanas de la Caridad*, que tan inmensos servicios han prestado allí donde ha sido preciso ordenar y dirigir una casa destinada al socorro y alivio de cualquiera necesidad. Algo han tenido que padecer esas santas mujeres en las revueltas po-

líticas que han perturbado á la Península en este siglo; pero, gracias á Dios, ni por un momento han tenido que suspender el ejercicio de la celestial virtud que llevan por lema.

#### IV.—COSTUMBRES DEL PUEBLO ESPAÑOL Y VARONES ILUSTRES EN SANTIDAD

**Costumbres generales.** La lectura de los escritores del siglo XVI infunde en el ánimo el convencimiento profundo de la pureza de las costumbres del pueblo español, aun prescindiendo de las virtudes heroicas de los Santos y Beatos de aquella época. Desde luego su fe era inquebrantable, y su adhesión á la Iglesia absoluta é incondicional. Resalta esto, no sólo en los escritores ascéticos y místicos, mas también y singularmente en los libros de puro esparcimiento, que si se permiten con frecuencia lozanías y hasta licencias reprobables, no se apartan un punto de las enseñanzas de la fe católica, manifestándose muy conocedores de los puntos más abtrusos de la Teología. Añádase á esto el espíritu que se nota en muchos seculares que intervienen en las grandes empresas religiosas de aquella época. Dios había esparcido con pródiga mano la gracia de la oración y meditación en personas ocupadas en los negocios del mundo, y no es menester más para venir en conocimiento de lo que serían las almas enriquecidas con ese don precioso, y las maravillas que obrarían en el seno de las familias. Bien se echaron de ver en las vocaciones que á la continua se manifestaban para el estado religioso, y en las eximias virtudes que se admiran en muchas personas seculares de aquel siglo, sin contar con las muy esclarecidas del clero secular.

**Santos del siglo XVI.** Como de muchos de ellos queda hecha mención, la haremos ahora brevísima, aunque la merecen tal que serían pocas todas las páginas de este libro para celebrar sus virtudes y altos hechos.

Sea el primero Santo Tomás de Villanueva, nacido en Fuenllana en 1488. Como catedrático de Alcalá y de Salamanca, como miembro ilustre del Instituto agustiniano, predicador de Carlos V, y más que de Carlos V del pueblo cristiano, en cuya reforma tanta parte le cupo, y, finalmente, como arzobispo de Valencia, cargo y dignidad que sólo admitió por mandato expreso de sus superiores, bien merece título de Padre de los pobres, y el de Maestro de los predicadores de la divina palabra. Sus *Concio-*

nes son un arsenal pertrechadísimo tanto para rebatir la argucias de los protestantes como para convertir los más endurecidos corazones, y dirigirlos á la más encumbrada santidad. Murió en Valencia en 1555, y dejó fundado un Colegio (que aún existe), llamado de Santa María del Templo, para la educación de los pobres.

Hemos dicho ya casi cuanto podíamos del gran fundador de la Compañía de Jesús, San Ignacio de Loyola. Nació en Azpeitia en 1491, y murió en Roma en 1556. Su grande obra fué la fundación de la Compañía de Jesús, á la que dió sapientísimas Constituciones.

Los dos Franciscos, de Javier y de Borja, hijos espirituales de San Ignacio, serían por sí solos más que suficientes para inmortalizar á su maestro. Nació el primero en Navarra (1506), y muy joven todavía ejerció el cargo de profesor de Filosofía en París.

Allí le atrajo á sí San Ignacio, con quien compartió todos los azares de la fundación de la Compañía. Su predicación en la India fué tan fecunda, que no se ha visto otra desde los tiempos apostólicos, habiendo convertido muchos centenares de miles de hombres. No lo fué menos en el Japón y en otras muchas regiones. Todo en él era prodigioso: los milagros que obraba, su vida austerísima, la eficacia divina de sus palabras. Murió en la isla de Sancian el 2 de Diciembre de 1552.

San Francisco de Borja, cuarto duque de Gandía, nació en esta ciudad (1510), y á la muerte de su esposa, Doña Leonarda de Castro, vistió la sotana de jesuita. Santa Teresa, que le conoció, le llama gran contemplativo. A la muerte de Lainez fué elegido general de la Compañía (1565), y después de gobernarla santamente por espacio de siete años, murió en Roma el día 1.º de Octubre (1572).

De los angelicales reformadores del Carmelo, San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús, baste recordar sus nombres, que son un poema y contienen en cifra su vida entera.

Llevó el primero, como pocos, la riquísima cruz del Salvador, y fué la segunda una amante singular de Jesús. Aquél había nacido en Hontiveros (1542) y murió en Ubeda (1591), y ésta, que había nacido en Avila (1514 ó 1515), voló al cielo en Alba de Tormes (1582).

San Pascual Bailón y San Alfonso Rodríguez fueron respectivamente ornamento de la religión franciscana y de la Compañía



de Jesús por su humildad profundísima y por el don de milagros con que los enriqueció el Señor.

San Miguel de los Santos, trinitario, predicador celosísimo de la divina palabra, nació en Vich (1591), y en Valladolid murió á los treinta y cuatro años de edad.

Fundadores ó reformadores fueron, como queda dicho, los santísimos varones Juan de Dios, José de Calasanz y Pedro de Alcántara; y ya que hacemos uno á manera de catálogo, no disgustará repitamos aquí los nombres bendecidos de Toribio de Mogrovejo, Rosa de Lima, Luis Beltrán y Francisco Solano, todos cuatro como primicias de la santidad en el Nuevo Mundo.

**Beatos y Venerables.** Es larguísimo el catálogo de los Beatos y Venerables siervos de Dios del período que historiamos. El Beato Juan de Rivera, celeberrimo arzobispo de Valencia y personaje de grande influencia, fué el grande ejemplar y modelo de los sacerdotes seculares. Los Beatos Salvador de Horta, Nicolás Factor, Andrés Hibernón y Julián de San Agustín, honraron con sus heroicas virtudes la Orden de San Francisco; Alonso de Orozco, Catalina de Tomás é Inés de Beniganim, la de San Agustín; la de los Mínimos, Gaspar Bono; Juan Grande, á los Hospitalarios de San Juan de Dios; María Ana de Jesús, la Merced descalza, y Simón de Rojas, la de la Santísima Trinidad.

Muchos de estos Beatos fueron notabilísimos escritores, como Alonso de Orozco, Juan de Rivera y Nicolás Factor, y éste distinguióse además como pintor excelente, y aún se conservan algunos de sus trabajos.

Más conocidos son algunos de los Venerables de los siglos XVI y XVII que muchos de los santos y beatos referidos, porque buena parte de aquéllos se distinguieron por sus grandes escritos. Tales son Juan de Ávila (cuya beatificación se espera de un día para otro), Luis de Granada, Tomás de Andrade ó de Jesús, agustino, que sacrificó su vida en las mazmorras de África por instruir y consolar á los esclavos cristianos, y escribió *Los trabajos de Jesús*; Molina, autor de la *Instrucción de Sacerdotes*; Luis de La Puente, que lo es del *Evangelio meditado* y de otras varias obras; y Juan de Castaniza, á quien se debe el *Combate espiritual*, ampliado más tarde por Scúpoli. Merece especial mención, entre estos ilustres varones, el Venerable Palafox. Después de haber ocupado importantes puestos en la Península, en 1639 fué nombrado obispo de la Puebla de los Ángeles (Méjico), donde dió

muestra de sus grandes virtudes é integridad de carácter. Durante la ausencia de los virreyes, gobernó la Nueva-España como se podía esperar de sus esclarecidas prendas. Sin embargo, el virtuoso Prelado tuvo acaloradas disputas, que se hicieron públicas, con los Padres de la Compañía de Jesús acerca de la jurisdicción eclesiástica y del pago de los diezmos. El resultado fué que se vió obligado á venir á España, ocupando la Sede episcopal de Osma. Falleció seis años después con fama de piedad ejemplar. A fines del siglo XVII dieron comienzo en Roma las diligencias para su beatificación, que en tiempo de Carlos III dió margen á muy agrias disputas. Además de éstos, fueron notables por diversas razones, y todos por sus virtudes esclarecidas, Bernardino de Obregón, caballero militar, fundador de los Hermanos *Obregones*, que estuvieron encargados de varios hospitales; Mateo de la Fuente, que lo fué de los ermitaños de Sierra Morena; y Esteban Centenares, de los de Fuente Ovejuna, y otros innumerables; pues tanto en el clero secular como en todas y cada una de las Órdenes religiosas, y hasta en personas que vivían en medio del tráfigo del mundo, abundaron, señaladamente en el siglo XVI, las virtudes en grado eminente.

Pertenecen al siglo XVII, entre otros, los venerables Mampasco, abogado de la chancillería de Granada, y después clérigo caritativo y humildísimo; el Dr. Luis de Soria, canónigo de Sevilla, escritor místico; D. Juan B. Muñoz, notable por su virtud y erudición y canónigo de Segorbe, y el dominicano Anadón y el trinitario Fr. Tomás de la Virgen, sobrino de Santo Tomás de Villanueva, y las agustinas Juana Guillén, oriolense, y María de Jesús, de Sevilla; y los insignes caballeros y más tarde humildísimos capuchinos Francisco de Redin y Félix de Salamanca, y la por tantos títulos egregia franciscana María de Jesús, comúnmente la *Venerable Agreda*, iluminada consejera de Felipe IV y autora de la *Mística Ciudad de Dios* y de la *Vida de la Virgen*, y mil otras almas privilegiadas, que hasta en aquel siglo decadente brillaron en nuestra Península.

## CAPITULO VI

### Universidades.—Ciencias, letras y artes.

**Universidades fundadas en Castilla durante este período.** Los que, siguiendo las huellas de los enemigos de España, se aferran en sostener que el siglo XVI, la época de mayor influencia del santo Tribunal de la Inquisición, lo era también de ignorancia, no sabemos cómo explicarán los hechos que brevemente vamos á exponer en este capítulo.

Ya hemos indicado algo acerca de la fundación de la universidad de Alcalá de Henares por el cardenal Cisneros (1508), dotándola espléndidamente. Un año después fundó la de Sevilla D. Rodrigo Fernández Santaella, canónigo de aquella catedral.

Pasando por alto aquellos centros docentes que debieron su fundación á personajes seculares, como la universidad de Granada y algunas otras, nos encontramos con que la mayor parte son debidas al amor á la ciencia, á la caridad y desprendimiento de Prelados ó eclesiásticos ilustres. Así la de Oñate (1543), obra de D. Rodrigo del Mercado, obispo de Ávila; la de Osma (1550), de su Prelado D. Pedro de Costa; la de Almagro (1552), establecida en el convento de dominicos de la misma ciudad; la de Baeza, comenzada como colegio (1533) por el venerable Juan de Avila, y ampliada en 1562 por D. Rodrigo López; la de Murcia (1563), por D. Esteban de Almeida, obispo de Cartagena; la de Ávila (1576), en el convento de Santo Tomás de la misma ciudad; la de Oviedo (1580), por el célebre D. Fernando de Valdés, arzobispo de Sevilla é Inquisidor mayor de España; y, finalmente, la de Monforte de Lemus (1595), por el cardenal D. Rodrigo de Castro.

**Universidades de la Corona de Aragón.** Se ha hecho notar por varios autores el origen algo distinto de las universidades de Aragón; pues mientras las de Castilla son debidas, como hemos visto, á ilustres personalidades eclesiásticas, las de Aragón son obra de los reyes ó de los municipios. Verdad es que, ni eso significaba que tales centros tuviesen carácter laico, ni es cierto que la ma-

yor parte de ellos reconociesen diferente origen que los de Castilla. La universidad de Barcelona mismo, ya lo hemos dicho, comenzó por las cátedras de Teología que se fundaron en la catedral en el siglo XIV, desempeñadas por religiosos. En 1507 se planteó en forma, y Carlos V y Felipe II le concedieron grandes privilegios. Felipe V, terminada la guerra de sucesión, la trasladó á Cervera.

Zaragoza no tuvo verdadera Universidad hasta 1583, en que el obispo de Tarazona, Sr. Cerbuna, dió edificio adecuado y dotó con generosidad las cátedras. San Francisco de Borja dotó las de Gaudí en 1646, y el arzobispo de Valencia D. Fernando de Loases fundó primero un convento de dominicos en esta ciudad, obteniendo para él los mismos privilegios que gozaban las universidades de Salamanca y de Valladolid. También, finalmente, la universidad de Tarragona (1570) es obra de un Arzobispo, el cardenal Gaspar de Cervantes. Muchas fueron, como se ve, las universidades fundadas; sólo las del siglo XVI sobrepujan al doble de las que hoy tenemos. Quanto á la manera cómo se cultivan las ciencias en ellas, fíjese el lector en los nombres ilustres que rápidamente pasarán ante su vista.

Teólogos, escriturarios, filósofos y políticos de los siglos XVI y XVII. Es verdad axiomática entre cuantos han saludado la Historia, que en el período que historiamos nuestros teólogos eran los primeros del mundo. El celeberrimo Melchor Cano, ornamento de la Orden dominicana, y Lorenzo de Villavicencio, agustiniano y contemporáneo suyo, metodizaron el estudio de la Teología. Antes y después de éstos brillaron como astros de primera magnitud en el cielo de la Teología católica los dominicos Francisco de Valencia, Báñez, Medina y Lemos; los agustinos Luis de León, su sobrino Basilio Ponce, Pedro Aragón, Alfonso de Mendoza y Egidio de Fonseca, célebre este último por su elocuente defensa de la Inmaculada Concepción de María; Molina, Vázquez, Gregorio de Valencia, Suárez, Lugo, jesuitas. Tienen también aquí su lugar propio los autores de la grande obra teológica conocida por *Los Salmanticensis*, que fueron los carmelitas descalzos Francisco de Jesús María, Andrés de la Madre de Dios, Sebastián de San Joaquín e Ildefonso de los Ángeles. Eminente filólogo y autor de muchas é importantes obras escriturarias fué el trinitario Diego de Ávila, y bien conocidos son los trabajos de este género debidos á Fr. Luis de León, á Maluenda y mil otros, aun prescindiendo de los docti-

simos varones que llevaron á feliz término la corrección é impresión de la Biblia complutense.

Pues de nuestros filósofos y canonistas puédesse decir lo mismo que de los teólogos: fueron tantos y tan excelentes, que la España de los siglos XVI y XVII nada tiene que envidiar á ninguna otra nación. Otra cosa hay en que pocos paran mientes, siendo, no obstante, muy de reparar. Nuestros exégetas fueron por lo común profundos teólogos y filósofos; nuestros teólogos ahondaron como pocos en los arcanos de las divinas Escrituras, elevándose en rauda vuelo á las más altas regiones metafísicas; y es sabido que nuestros filósofos eran á la vez teólogos eminentes. Pasando por alto los nombres ilustres de Luis Vives y Fox-Morcillo, para fijarnos únicamente en los escritores eclesiásticos, Suárez es una enciclopedia filosófica; el agustiniano Zúñiga ilustró con profundas observaciones los diversos tratados en que se dividía en su tiempo la Filosofía, y fué el primero que en España defendió el sistema de Copérnico. Cardillo de Villalpando, canónigo de Cuenca, á la vez que erudito comentador de los Concilios toledanos, fué autor de excelentes tratados de Filosofía. ¿Y quién negará á Melchor Cano, Luis de León, Vázquez, Lugo y á otros muchos, el dictado de filósofos porque no escribieron *Súmulas*? Débese añadir que muchos de estos grandes hombres merecen también en todo rigor el dictado de apologistas de la Religión, señalándose entre ellos el eximio Suárez, y el franciscano Alfonso de Castro en su hermosa obra *Adversus omnes haereses libri XIV*.

En periodo menos ilustrado hubieran aparecido como prodigios de sabiduría política los Padres Mariana (*De Rege et Regia institutione*), Márquez (*El Gobernador cristiano*), Rivadeneira (*Tratado del Príncipe cristiano*) y otros muchos. Alguna opinión hay en el primero de éstos algo aventurada; mas no para que nuestros demócratas le coloquen entre los suyos, como lo han hecho há poco, sin perjuicio de seguir clamando contra los abusos de la Inquisición, que, sin embargo, dejó correr libremente las opiniones de Mariana. El Parlamento francés, menos tolerante que la adusta Inquisición española, hizo quemar la obra del gran escritor español.

**Brevisima exposición del molinismo y del tomismo.** El ya mencionado P. Molina, teólogo ilustre de la Compañía de Jesús, fué autor de un sistema peculiar, conoaminado á explicar la acción de la gracia divina sin perjuicio de la humana libertad. Entendía

Molina que los partidarios de la gracia eficaz *ab intrinseco* tropezaban con dificultades punto menos que insuperables, y enseñó que la eficacia de la gracia era debida al asentimiento de la voluntad. Dios concede á todos, indiferentemente, los auxilios necesarios, y según que la voluntad humana asienta ó disienta, resulta eficaz ó ineficaz el divino auxilio. De ahí la necesidad de la *Ciencia media*, ó sea aquella con la cual Dios conoce los futuros condicionados.

Los tomistas entienden que la eficacia de la divina gracia nace de la omnipotencia de Dios y del supremo dominio que ejerce en nuestra voluntad. Por donde, según ellos, la gracia eficaz *ab intrinseco* es absolutamente necesaria para obrar, tanto antes como después del pecado de Adán: antes, sólo para salvar el dominio absoluto que Dios ejerce en el hombre; y después, para dar además á la debilidad humana la fortaleza que ha menester para obrar el bien. No entraremos en averiguaciones acerca de si tales sistemas están ó no fundados en la tradición cristiana; bastará sólo advertir que, según ilustres autores, el sistema llamado tomista es más bien obra de Báñez, uno de los grandes teólogos que en el siglo XVI tuvo la Orden dominicana, y que la *Ciencia media* era, según otros autores no menos ilustres, obra exclusiva de Molina, destituida, por lo tanto, del apoyo de la antigüedad y hasta contraria á la doctrina de San Agustín, como lo reconocía el propio Molina.

**Comienzan las disputas teológicas, y llévase la cuestión á Roma.—La Congregación «De Auxiliis».** Apenas fué conocida la obra de Molina (*Concordia liberi arbitrii cum gratiæ donis...*) comenzóse á disputar agriamente entre dominicos y jesuitas, y aquéllos la denunciaron primero á la Inquisición, solicitando poco después su condenación en Roma. Clemente VIII instituyó entonces la Congregación llamada *De Auxiliis* (1597), compuesta de varios Cardenales y teólogos, para examinar á fondo la cuestión: extractáronse primero sesenta proposiciones que se creyeron dignas de censura; poco después quedaron reducidas á cuarenta y una, y últimamente á veintiuna. Celebráronse innumerables congregaciones en que unos y otros, dominicos y jesuitas, dieron gallardas muestras de su profundo saber teológico, distinguiéndose entre los primeros Tomás de Lemos y Diego Álvarez, y entre los segundos Labastida, Lapeña y Valencia, todos ellos apasionadísimos por su respectivo sistema. Se prolongaron las reuniones hasta 1605, fecha en

que murió Clemente VIII, cuando, según algunos, iba á expedir la Bula de condenación del molinismo. Al año siguiente se reanudaron las reuniones por orden de Paulo V, y el mismo Pontífice las dió por terminadas en 1507, declarando que entrambas opiniones podían defenderse libremente en las escuelas á condición de no censurar las contrarias. Tal fué, en brevisimo compendio, lo acaecido en las famosas cuestiones teológicas que surgieron entre nosotros á fines de la centuria XVI, demostrativa, entre otras cosas, del soberano vigor intelectual de los españoles en aquella época memorable.

En el calor de las discusiones, y cuando la polémica era más ardiente y empeñada, los dominicos calificaban de semipelagiana la doctrina molinista, y los jesuitas, á su vez, llamaban semicalvinistas á los dominicos. Excesos, por cierto, bien disculpables por las circunstancias en que se cometieron. Lo que no tiene fácil disculpa es que algunos autores sigan tildando, tres siglos después, en el sentido dicho á las escuelas contrarias, añadiendo, cuando llega el caso, que la agustiniana, verbigracia, presenta ciertas afinidades con la jansenista. El efecto natural é inmediato de ese modo de calificar los sistemas contrarios es que los jóvenes se aferran en sostener, *jure vel injuria*, las opiniones del libro de texto persuadidos á que, saliéndose de ellas, tienen que andar hbrdeando abismos; abismos son, y no pueden ser otra cosa para los escolares, los sistemas rechazados de ese modo por el autor. Los que de tal manera obran, no diremos que manifiestan profunda ignorancia ó insigne mala fe; pero sí que dan muestras de un celo indiscreto, sumamente perjudicial á los intereses de la Iglesia, cuyo deseo es que los católicos echen mano de los argumentos que las diferentes escuelas ofrecen para refutar los errores que por nuestros pecados infestan al mundo.

**Canonistas.** El Derecho canónico tuvo egregios cultivadores en este periodo, y de criterio por lo común muy sereno y amplio, aun en las cuestiones más espinosas. El insigne arzobispo de Tarragona, Antonio Agustín; D. Martín de Azpilcueta, canónigo de Roncesvalles, llamado el Doctor Navarro, y Diego de Covarrubias, obispo de Segovia, parecen ser los que más sobresalieron en aquel brillante periodo por sus trabajos canónicos. Antonio Agustín, además de anticuario sapientísimo y jurisconsulto insigne, dió muestras de su portentosa ciencia canónica en los diálogos *De Emendatione Gratiani*. Mayor fué tal vez la profundidad de ingenio

de Azpilcueta, menos erudito que Antonio Agustín. Ochenta años tenía cuando emprendió su viaje á Roma para defender á su amigo Bartolomé Carranza. Covarrubias tuvo mucho de la profundidad del Navarro y de la erudición de Antonio Agustín, aunque, por ventura, no poseyó dichas cualidades en el grado ó intensidad de aquéllos. Todas tres se distinguieron además por una gran integridad de vida. González Téllez fué uno de los mejores comentaristas de las Decretales. Floreció en el siglo XVII.

Entre los *Correctores Romanos* del Decreto de Graciano elegidos por Pío IV y Pío V, figuraron varios españoles muy notables, como el mallorquín Taxaquet, obispo de Lérida; el eruditísimo Pedro Chacón, canónigo de Sevilla; Francisco Torres, Francisco de León y Juan Marsá.

Ilustraron los Concilios españoles con gran copia de erudición y sano criterio los arzobispos de Toledo Carranza y Loaisa, y el de Granada, D. Fernando de Mendoza, superando acaso á todos el benedictino cardenal Aguirre.

**Escritores ascéticos y místicos.** En período tan moral en su mayor parte, y tan ilustrado como el de que tratamos, no podían menos de surgir y surgieron en España sublimes escritores ascéticos y místicos, luz y guía de cuantos en adelante han enseñado el camino de la perfección y los arcanos de la vida contemplativa. Luis de Granada, además de excelente orador y hombre de vida santísima, fué escritor acaso por nadie vencido entre los muchos y excelentes que florecieron en su tiempo. No tienen número sus obras, siendo las principales su *Guía de pecadores*, *Libro de oración y meditación*, y la *Introducción al Símbolo de la Fe*. Gregorio XIII, en un Breve laudatorio al mismo Fr. Luis, decíale que sus obras habían hecho mayores milagros que dar vista á los ciegos y resucitar muertos.

Basta nombrar á Santa Teresa de Jesús para venir en conocimiento de una escritora de extraordinarias facultades. Todas sus obras están impregnadas del espíritu de Dios que, sin duda, guiaba su pluma, y es difícil leer una sola de ellas sin conmoverse hondamente y experimentar vehementes deseos de imitar sus angelicales virtudes. Entre sus muchas obras (diez han llegado hasta nosotros) no se sabe á cuál dar preferencia, si á la que ella bautizó con el nombre de *Libro de las misericordias del Señor*, y contiene la historia de su vida, ó á sus *Constituciones*, de las cuales fué complemento el *Camino de perfección*; si al libro de *Las Fundaciones*,



cuyo original se conserva en el camarín que en este monasterio lleva el nombre de la Santa, ó, finalmente, á su *Castillo interior ó las Moradas*. Santa Teresa cuidaba poco del alifio en sus escritos; pero esto mismo parece que les añade nuevos quilates por la ingenuidad, donosura y no aprendida gracia que en ellos campea.

San Juan de la Cruz es el primero de nuestros escritores místicos. Su ardiente amor á Dios y el trato íntimo con su Amado le hicieron escritor y de carácter singularísimo. Son varias sus obras (*Subida al Monte Carmelo, Noche oscura del alma, Llama de amor viva*, etc., y algunas poesías), que en realidad no parecen escritas en este destierro, sino desde las alturas en que se cernía su alma pura en el casi continuo éxtasis y arrobamiento en que vivía.

Los agustinianos Beato Alonso de Orozco, Malón de Chaide y Cristóbal de Fonseca son egregios maestros de la vida ascética. El primero y el último fueron además insignes oradores, y bien sabido es que el P. Malón está considerado como uno de los mejores clásicos españoles por su excelente obra *La conversión de la Magdalena*. El P. Alfonso Rodríguez, de la Compañía de Jesús, es muy conocido y digno de serlo por sus *Ejercicios de perfección y virtudes cristianas*, modelo de estilo casero y llano, nada árido en su sencillez, antes jugoso y atractivo. Muchos otros, ya de los mencionados, ya de los que en adelante hemos de mencionar, escribieron de ascética y mística en este período, y todos en general con gran acierto, exceptuando algunos ilusos ó heterodoxos, de quienes hablaremos pronto.

**Predicadores sagrados.** Nuestros predicadores del siglo de oro son menos conocidos que los franceses del tiempo de Luis XIV, entre otras cosas porque en sus oraciones sagradas prescindieron de aquella regularidad académica y de ciertos perfiles que avaloran los trabajos de los oradores franceses. Por esta razón son tenidos en poco los nuestros dentro y fuera de casa, con notoria é irritante injusticia, siendo cierto que brilla en gran parte de ellos una cualidad que escaseaba sobremanera en los más insignes de allende el Pirineo. Nos referimos á la santidad de vida, al celo ardoroso y verdaderamente apostólico, á la unción, en fin, que es la primera y la más exquisita de las cualidades del orador. Fíjese la atención en un Santo Tomás de Villanueva, que conmovía pueblos y comarcas enteras con su palabra inspirada; en un venerable Ávila, que tantos prodigios obró con su predicación, mereciendo con toda propiedad el dictado de Apóstol de Andalucía; en

un Beato Alonso de Orozco, que con una frase, con una admiración, ablandaba los corazones más empedernidos; en un San Francisco de Borja, cuya vida era una predicación elocuentísima, y bastábale presentarse en la cátedra sagrada para conmover hondamente al auditorio; y en un venerable Granada, cuyo solo nombre nos releva de extendernos en otros elogios. Y no es que en estos predicadores sólo hubiese virtud, y estuvieran ayunos de preparación científica y literaria: casi todos eran hombres de variada y solidísima instrucción, y bien lo demuestran en los sermones que de ellos nos quedan y en mil otros escritos. No hemos tampoco de omitir los nombres de los agustinianos Fernando de Castroverde y Juan Márquez, ilustres predicadores regios. A la muerte del primero dijo Felipe II: «Ha muerto el predicador del Rey y el rey de los predicadores.»

**Historiadores de los siglos XVI y XVII.** En el gran desarrollo de la cultura general cupo una parte principalísima á la historia en este período. Obispos, sacerdotes y religiosos de todas las Ordenes dedicáronse con entusiasmo grande y no menor éxito á investigaciones históricas de todo género. El benedictino Sandoval, obispo de Pamplona, además de la *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V*, escribió la *Historia de los Reyes de Castilla y León*, continuación de la *Crónica* de Ambrosio de Morales, y la *Historia de los obispos de Pamplona*, sus antecesores. Los trabajos cronológicos que D. García de Loaisa, arzobispo de Toledo, publicó como prolegómenos á su *Collectio Conciliorum Hispaniae*, son útiles é interesantes. D. Pedro González de Mendoza, obispo de Salamanca, escribió con datos auténticos la *Historia del Concilio de Trento*, bien que incompleta; y Angel Manrique, obispo de Badajoz, los *Anales del Císter*, cuyo hábito vestía. De mayores alientos que todos éstos fué sin duda D. Juan Bautista Pérez, obispo de Segorbe, autor de innumerables tratados históricos, ya sobre los Concilios españoles, ya sobre los reyes godos, ora sobre otros puntos muy diversos. Ya hablaremos de la participación que tuvo Pérez en el vergonzoso asunto de los *plomos de Granada*. Alfonso Chacón, que según algunos fué patriarca de Alejandría, dió muestras de una erudición asombrosa, bien que manifestó alguna vez excesiva credulidad. Su principal obra es *Vita gestaque omnia Pontificum Romanorum*.

Peritísimo investigador de la antigüedad fué Ambrosio de Morales. Continuó en su *Crónica general* los libros de Florián de

Ocampo: escribió además *De las antigüedades de España, Apología de los Anales de Zurita* y otras muchas obras con que ilustró como pocos los diversos ramos de la historia de España.

Mostróse también eruditísimo el canónigo de Sevilla Pedro Chacón, que ilustró con notas y comentarios innumerables obras de escritores sagrados y profanos. Argensola continuó los *Anales* de Zurita, y Gil González Dávila comenzó, aunque sin profundizar tanto, un trabajo análogo al que inmortalizó después al P. Flórez. Illescas escribió su *Historia Real y Pontifical*, rico arsenal de datos para la de España. A todos superó con mucho el insigne jesuita P. Mariana con su *Historia general*, publicada primero en latín con el título de *Historia de rebus Hispanie*, en veinte libros, adicionados después con otros diez. Incontables son los autores de Crónicas, Anales, historias regionales, municipales, de casas y Órdenes religiosas, vidas de Santos, etc.

Moret, jesuita, escribe los *Anales de Navarra*, y Abarca, también jesuita, los de Aragón; Diago, del Orden de Predicadores, *Los Condes de Barcelona*; Yepes, las Crónicas de San Benito; Sigüenza, las de San Jerónimo, colocándose dignamente al lado de los grandes prosistas de aquella fecundísima época, lo mismo que los jesuitas Rivadeneira y Roa, y el agustiniano Márquez en su *Origen de los ermitaños de San Agustín*.

No menos digno de honorífica mención es Nicolás Antonio, canónigo de Sevilla, que floreció en pleno siglo XVII (1617-1684), por su obra colosal *Bibliotheca hispana*, para cuya elaboración reunió una biblioteca de treinta mil volúmenes á costa de inmensos sacrificios. Otro de los gloriosos restos de la época de la decadencia es el presbítero Antonio Solís (1610-1686), conocido principalmente por su *Historia de la conquista... de Nueva España*.

**La seudo historia.** Nunca falta al lado de la luz alguna sombra, siquiera por el contraste, y negra sombra al lado de la brillantísima luz que proyectaban los trabajos históricos del siglo XVI arrojaron de sí los falsarios y muñidores de historias fabulosas. Con el nombre de *Cronicones*, que se creían perdidos, y de los cuales hay alguna mención en antiguos autores, publicó (1594) el Padre jesuita Román de la Higuera varias obras, atribuyéndoselas á Flavio Dextro, Luitprando y Máximo. Inútil fué por entonces que el P. Mariana, Arias Montano y otros sabios, principalmente el doctísimo Juan B. Pérez, obispo de Segorbe, delatasen tales engendros como abortos monstruosos de cabeza desequili-

brada; el P. Román se aferró en sostenerlos como obras legítimas de los autores mencionados, y todavía pergeñó otra historia, que atribuyó á un Julián Pérez, arcipreste de Toledo.

Para dar visos de autenticidad á tales supercherías fué preciso forjar toda una novela: los manuscritos, decían, vinieron de un monasterio de Fulda, en Alemania; hubo de dejarlos allí Carlomagno, y como éste debió de estar en relaciones con Eterio de Osma con motivo de la herejía de Félix y Elipando, suponíase que entonces el Prelado español mandó los manuscritos al gran monarca. Dicho se está que los falsarios, puestos á inventar, no se quedaron cortos, ni había para qué, y repartieron á granel santos y eminentes personajes por todos los ámbitos de la Península.

Medio siglo después un Lupián Zapata, por otro nombre Antonio Nobis, publicó otro *Cronicón*, y se lo atribuyó á un Hauberto Hispalense. Todos ellos cayeron á los golpes de la doctísima crítica de Mondéjar, Nicolás Antonio y Flórez.

De peor índole y tendencias fueron las falsificaciones conocidas con el nombre de *Los plomos del monte ilipulitano*. En 1588 hallaron unos trabajadores en la ciudad de Granada una caja de plomo que contenía, además de preciosísimas reliquias, á ser auténticas, escrituras en árabe y latin. Siete años después aparecieron en lo que hoy se llama el Sacro Monte unas láminas de plomo, en las cuales se leía que en tiempo de Nerón padecieron martirio tres discípulos de Santiago y varios otros. De allí á poco surgían reliquias y rastros de martirios, y sobre todo libros de planchas de plomo, como por arte de encantamiento. Los libros estaban en lengua árabe, en letra muy galana y menuda; eran catorce ó dieciséis, y trataban de diversísimos asuntos.

Créese que los autores de esta trama fueron dos moriscos, llamados Miguel de Luna y Alonso del Castillo, que se propusieron alucinar primero á los cristianos con algunas verdades católicas y con algunos hechos de los primeros siglos, cosas todas muy del gusto de los españoles, para que más fácilmente admitiesen el veneno mahometano que contenían; todo ello enderezado á amalgamar las creencias de cristianos y moriscos, obteniendo para éstos las mismas franquicias legales que las que gozaban aquéllos.

El arzobispo de Granada, D. Pedro de Castro, fué el más fervoroso patrono de los celeberrimos plomos, y el citado D. Juan Bautista Pérez, perpetuo desfacedor de fábulas y embustes, el

que con más ánimo y copia de datos probó hasta la saciedad que se trataba de groserísimas supercherías. Roma se reservó la resolución del asunto en 1641, é Inocencio XI dió la sentencia condenatoria, calificando dichas láminas de ficciones humanas fabricadas para ruina de la fe.

**Clérigos y religiosos literatos.** Literatos de grandes alientos fueron muchos de los escritores citados en los párrafos anteriores; pero ahora hablamos de aquellos que emplearon su numen principalmente en obras de honesto y útil esparcimiento. Condenan algunos con suma acritud esa ocupación, y también nosotros la condenamos con todas nuestras fuerzas si el escritor no se contiene estrictamente dentro de los límites que impone la moral evangélica; pero en otro caso, entendemos que ha lugar á indulgencia, y hasta á entusiasta aplauso. Acaso sin intentarlo han respondido tales autores á designios altísimos de la Providencia divina, contestando de antemano, y con obras artísticas de incomparable mérito, de grandeza y hermosura maravillosas, á la gárrula y vacía palabrería de tanto escritor heben como nos aturde con sus acusaciones contra la Iglesia, suponiéndola enemiga de las artes, perpetuamente reñida con todo linaje de belleza, sea del orden que quiera. ¿Quién se atreverá á condenar las hermosísimas odas de Fr. Luis de León y de Herrera? ¿Quién, ya que no aplauda, no disimulará gran parte de las obras, hasta las profanas, de Lope de Vega, de Rojas, de Moreto, de Calderón y mil otros, que hoy mismo son la envidia del mundo civilizado? De los poemas religiosos y de todos aquellos trabajos artísticos que sin dejar de serlo, y aun por lo mismo que lo eran, iban enderezados á la edificación común, no digamos. Aquéllas y éstos abundaron en número inverosímil en este período, aunque no faltaron tampoco entre los mismos escritores eclesiásticos ya citados, y otros que omitimos, algunos que con frecuencia se extralimitaron. Dicho se está que condenamos en cualquiera, y mucho más en un eclesiástico, tales desvaríos, que por otra parte nada añaden al valor puramente artístico de la obra.

## SEXTO PERÍODO

Reinado de la Casa de Borbón.

---

### CARACTERES DE ESTE PERÍODO

La época anterior al advenimiento de los Reyes Católicos tiene notables semejanzas con la que precedió al reinado de la Casa de Borbón; mas el renacimiento de fines del siglo XV y todo el XVI no guarda más que débiles analogías con la relativa prosperidad del siglo pasado. Es verdad que, acaso por única vez en el transcurso de los siglos, las arcas del erario español rebosaban en oro durante el pacífico reinado de Fernando VI, y que en el de Carlos III se fomentaron en grande escala los intereses materiales, alcanzando de nuevo España una parte de la grande influencia que había ejercido en el mundo; pero este cortísimo período—en que los intereses morales de la nación llevaron una marcha inversa que los materiales—se dió la mano con otro tan desastroso en todo los sentidos, que á punto estuvimos de perder nuestra nacionalidad. Gracias á las ocultas energías del pueblo, que todavía se conservaba sano, y fuertemente adherido á nuestras santas y gloriosas tradiciones, aun después que las clases altas y directoras de la nación habían prevaricado intelectual y moralmente en los últimos cuarenta años de la pasada centuria, pudimos sacudir, á fuerza de heroicos sacrificios, el yugo extranjero. Pero esas clases siguen en su inmensa mayoría, ya que no adheridas á un César afortunado, ni á la impiedad cruda y descarnada (ya han visto que esto no les conviene, porque el pueblo ha aprendido á pedirles cuentas), sumidas en culpable y funestísima indiferencia. Despojaron primero á la Iglesia de sus bienes, y quieren ahora para sí el respeto que no tuvieron con aquélla. En el orden político, el caos ha sido nuestro estado normal en lo que llevamos de siglo; en el económico no puede ser más lastimosa nuestra situación, y lo peor es que, entretanto, la cizaña de la

división crece potente y lozana en el campo católico, enervando nuestras fuerzas, inutilizando las más nobles iniciativas. Confesemos, sin embargo, que hay algo de bueno en medio de todo esto: la Iglesia ha ganado en independencia lo muchísimo que ha perdido en otros conceptos, y la masa general del pueblo español aún se conserva sana, y hasta en las clases altas se observa un movimiento de simpatía a la Iglesia, sin cuyo apoyo está en la conciencia de todos que caminamos apresuradamente a un cataclismo social.

---

## CAPITULO PRIMERO

---

### **Guerra de Sucesión — Reyes de la dinastía borbónica.**

**Causas de la complicación europea.** Muerto Carlos II, el cardenal Portocarrero, Gobernador del reino, envió á Francia al marqués de Castel-Rius á prestar obediencia al Felipe V, nieto de Luis XIV, proclamado en Madrid rey de España el día 24 de Noviembre de 1700. Apenas llegó á la corte el nuevo Monarca, fué preciso irse preparando para la defensa de sus derechos, porque casi todos los Estados de Europa se declararon enemigos de la Casa de Borbón: Austria, porque se creía con mejor derecho á la corona; Inglaterra, porque Luis XIV se presentaba como protector de Jaime III contra la dinastía protestante del Reino Unido, y las demás naciones porque no veían con buenos ojos la preponderancia de la Casa de Borbón, mucho más cuando Luis XIV reservó á Felipe V sus derechos eventuales á la corona de Francia.

**La guerra de Sucesión.— Muerte del archiduque Carlos.** Dió comienzo la guerra en los dominios españoles de Italia, donde los imperiales llevaban la mejor parte, mientras las tropas francesas estuvieron mandadas por el inepto Villeroy; pero, puesto al frente de ellas el duque de Vendôme, cambió por completo el aspecto de la guerra. En la Península también comenzó á peligrar el trono de Felipe: las escuadras inglesa y holandesa apresaron la flota que venía de América, desembarcaron tropas en varios puntos de la costa y sorprendieron á Gibraltar con un golpe de mano. Con varia suerte siguió la guerra hasta la muerte de José I, emperador de Austria. Las potencias que habían tomado las armas para impedir la reunión eventual de las coronas de España y Francia no querían reconstituir el gigantesco imperio de Carlos V, reuniendo otra vez los antiguos dominios de la Casa de Austria. Felipe V, por su parte, renunció todos los derechos que como príncipe francés, pudieran sobrevenirle en lo sucesivo, y consecuencia de todo esto fué la paz de Utrecht (1713) entre Francia é Inglaterra, á que no tardaron en adherirse Prusia, Holanda, Saboya



y Portugal. Carlos, ya emperador de Austria, continuó la guerra; pero un año después firmó la paz de Rastadt. Los ingleses quedaron, según estos tratados, dueños de Gibraltar y de Mahón. Esta isla quedó por España en 1782; pero Gibraltar sigue siendo nuestra ignominia.

**Intervención de la Iglesia en la guerra de Sucesión.** Como el austriaco llevaba gran ventaja al principio en Italia, Clemente XI vióse obligado á reconocerle como rey de España, so pena de ver invadidos sus Estados por las tropas imperiales. Felipe V no tuvo en cuenta estas circunstancias, y cerró el Tribunal de la Nunciatura, prohibiendo toda comunicación con Roma, y encargándose de los negocios de aquella una Junta de Consejeros de Estado y de Castilla.

Como las tropas defensoras del austriaco fueron las primeras en cometer actos de salvajismo contra la Iglesia y personas religiosas (cosa natural en toda guerra, y mucho más cuando entre las tropas hay gentes animadas de odio sectario, como entonces acontecía), la generalidad de los eclesiásticos se inclinaron á favorecer la causa de los Borbones. Varios Obispos mantuvieron á sus expensas regimientos enteros con este objeto, y se distinguió entre ellos D. Luis Belluga, obispo de Cartagena, virrey y capitán general de Valencia, cargo que aceptó por mandato expreso del Nuncio. En cambio en el mismo Valencia, donde se habían cometido grandes atropellos por los ministros de Felipe V, los eclesiásticos se inclinaron al Archiduque y le favorecieron con tropas.

Por lo demás, cuando llegaba el caso, unos y otros, imperiales y borbónicos, se entregaban á los excesos más criminales, y es cierto que los extranjeros entraban en los pueblos como en país conquistado, á veces contra la voluntad de los jefes, otras siguiendo el ejemplo de los mismos.

**Felipe V.** El reinado de Felipe V fué una serie casi no interrumpida de conflictos y desacuerdos con la Santa Sede; mas esto no nos autoriza para desconocer sus sentimientos religiosos. Lo que hay es que Felipe V, si mereció con justicia el dictado de *Animoso*, ni tenía carácter para imponerse á los que le rodeaban, ni ideas propias para gobernar. De ahí sus perpetuas vacilaciones, á merced de quien influía en su ánimo. Con Macanaz fué desaforado regalista; con Alberoni persiguió á Macanaz por hereje y apóstata; restableció la Inquisición con gran prestigio, y en política general

A punto estuvo de causar una nueva conflagración europea; las relaciones con la Santa Sede eran íntimas, si se contentaba al Ministro; si no, se armaba un conflicto diario. Cayó Alberoni, y porque la reina Isabel Farnesio, que tanto le había encumbrado, se malquistó con él, Felipe no tuvo el menor reparo en hacerle salir de España en el espacio de quince días. En lo restante de su vida siguió con fidelidad las inspiraciones de su esposa. Esta se empeñó en que su hijo primogénito reinase á todo trance, y fué preciso invadir los Estados pontificios, cometiendo inauditos atropellos. El Papa tuvo que conceder todo lo que en su mano estaba, hasta el capelo cardenalicio, para el infante D. Luis, niño de diez años, más la administración de los arzobispados de Toledo y de Sevilla.

Felipe V, hastiado del mando y no bueno de salud, renunció la corona en su hijo D. Luis, habido en su primer matrimonio; pero habiendo muerto aquél á los pocos meses, volvió á ponerse al frente de los negocios, llevando una conducta excelente como privado; como Rey siguió inspirado por su consorte, y como ésta era fervorosa católica (sólo le dominaba la desafortada manía de encumbrar á sus hijos), en esta segunda época se mostró menos tornadizo y voluble en sus resoluciones.

A Felipe V se debe la fundación de las Reales Academias Española y de la Historia.

**Fernando VI.** Murió Felipe V en 1746, y le sucedió su hijo Fernando VI, habido también del primer matrimonio. Que fué muy piadoso y amigo de la paz, nadie lo ha puesto en duda; pero también participaba algo de falta de firmeza de ideas y de carácter, como se verá más adelante. En su tiempo se celebró el primer Concordato, digno de este nombre, que produjo transformación profunda en la disciplina eclesiástica española. Con la cooperación eficaz de su ministro el marqués de la Ensenada reparó en gran parte los males que afligían á la Monarquía, dispensando además su precioso apoyo á los cultivadores de las letras y de las artes. Él fundó la Academia de San Fernando y construyó el Jardín Botánico.

De carácter naturalmente melancólico, á la muerte de la Reina se dejó dominar por una profunda tristeza que acabó pronto con sus días (1759).

**Carlos III.** Paulatinamente iba descendiendo el nivel religioso de nuestros gobernantes, no precisamente de los reyes, sino en los que les rodeaban; del regalismo, tolerable hasta cier-

to punto, de los Salgado y Chumacero, vinimos á parar al de Macanaz y su escuela, rayano en abierta rebelión contra la Iglesia. De esto al desprecio de la misma no había más que un paso, y lo dieron los Ministros de Carlos III, sin que éste se percatase. Carlos III, cuya religiosidad y pureza de costumbres nadie ha puesto en duda, estuvo rodeado de hombres, si hábiles muchos de ellos, casi todos tiznados de volterianismo, y algunos abiertamente incrédulos. En lo interior introdujo importantes reformas y mejoras notables; en lo exterior fué desastroso el famoso *Pacto de familia*, que nos puso en guerra con la Gran Bretaña y fué causa de muchos desastres. En materias eclesiásticas, en lo que no fué debido á la iniciativa personal del Rey, se dejó sentir el maléfico influjo, no ya del regalismo solamente, sino también de la fuerte enemiga de sus Ministros contra la Iglesia. Tal aconteció con las gravísimas cortapisas que se pusieron á la Inquisición, como si no fuera más que una de tantas ruedas de la complicada maquinaria política á disposición de cualquier Ministro; tal con la brutal extensión que se dió al *exequáture*, en cuya virtud se promulgó una ley mandando que no se ejecutase bula, breve ni rescripto alguno sin que antes se viese si tenían algo contrario á las leyes, usos y costumbres, regallas, privilegios, etc., bien estuvieran dirigidos á los Prelados, bien á los particulares; tal en la expulsión de los jesuitas, en sinnúmero de leyes vejatorias de las de la Iglesia, en la revisión de los Sínodos diocesanos, y en mil otras irritantes ingerencias del poder civil en asuntos puramente eclesiásticos. Dedúcese de todo esto que Carlos III (como su padre Felipe V, y Fernando VI) se dejó guiar de sus Ministros; y como éstos eran ó impíos ó fautores de la impiedad, calcúlese qué atropellos se cometerían á la sombra de un Monarca que, alardeando de independencia é inflexibilidad de carácter, no hacía más que seguir dócilmente las inspiraciones de sus perversos consejeros. Veintinueve años duró su reinado (1759-1788), feliz hasta cierto punto por las reformas administrativas introducidas, no menos que por las numerosas obras de utilidad general; pero funesto como pocos por su intervención en asuntos religiosos. En esta desdichada época hizose de moda entre las personas de rango la incredulidad, verdadera ó fingida; lo era en Francia, y nuestras familias más linajudas y adineradas hubieran pasado por todo menos por no imitar servilmente las últimas novedades de la corte de Luis XV.

**Carlos IV.** La falta de pensamiento propio y de carácter para ponerlo en práctica se hizo notar, más aún que en los anteriores monarcas, en Carlos IV. Honradísimo pero indolente, ni siquiera se tomó el trabajo de averiguar si los dislates que cometían sus Ministros obedecían, más que al deseo de defender las regalías de la Corona, al empeño de perseguir á la Iglesia. Su invencible pereza le hizo estar siempre supeditado á hombres que no merecían ni su confianza, ni el honor altísimo de regir los destinos de una nación como la española. En cuanto salió de la tutela del conde de Aranda se echó en brazos de Godoy, que, sobre deshonorarle manteniendo criminales relaciones con la reina Maria Luisa, arruinó y envileció á España. Los males que en el reinado de Carlos IV cayeron sobre la Iglesia española no son para descritos en pocas páginas.

Aquel mismo favorito, tan inmerecidamente encumbrado por el Rey, fué la causa de que éste perdiera la corona, viéndose obligado á abdicarla en su hijo Fernando, quien á su vez tuvo que restituírsela á su padre para que Napoleón adornara con ella las sienes de su hermano José. Afortunadamente la índole de nuestro libro nos dispensa de contar por seminimas aquella serie de ignominias porque pasó la gloriosa corona de San Fernando y de Isabel la Católica, yendo á parar á un intruso en vida de nuestros legítimos Reyes.

En este reinado, como en el anterior, la Santa Sede experimentó grandísimas amarguras á consecuencia de las arbitrariedades de todo linaje cometidas por los Ministros de un Rey que jamás alimentó la menor animosidad contra la Iglesia.

## CAPITULO II

---

### **Reformas y disciplina.—Vejaciones contra la Iglesia.**

#### **I.—REFORMAS Y DISCIPLINA**

**Convenios frustrados con la Santa Sede.** Queda dicho cómo, á consecuencia de la guerra de Sucesión, cortó Felipe V las relaciones con la Santa Sede. Clemente XI no podía mirar con indiferencia tal estado de cosas, y procuró una avenencia, haciendo inter-

venir á Luis XIV para que inclinara el ánimo del Monarca español á una solución conciliadora. Felipe V accedió, y sin perder momento nombró al famoso D. Melchor Macanaz que arreglase las negociaciones. No tardó el célebre leguleyo en escribir su *Memorial ó Pedimento*, resumen de las quejas de España contra la curia romana. El Consejo de Castilla, en vista de dicho Memorial, emprendió las negociaciones para el convenio; mas entre tanto una mano oculta mandó copia del escrito de Macanaz al cardenal Jódice, inquisidor general de España y Embajador *ad honorem* (puesto que fué un destierro disimulado) de España en París. El Inquisidor hizo publicar la condenación del *Memorial*, que en el mes de Agosto de 1714 apareció en las puertas de las iglesias de Madrid. Luis XIV expulsó á Jódice del territorio de Francia, y Felipe V tampoco quiso admitirle en España, obligándole á renunciar su alto cargo y á que pasara á Montreal, en Sicilia, de donde era Arzobispo. Como es natural, estos incidentes, ajenos á la substancia de lo que se trataba, si entorpecieron la marcha de los negocios, no la impidieron del todo, y ya se había preparado un proyecto; pero la Corte de España lo halló deficiente, y nada se ultimó.

En esto contrajo Felipe V su segundo matrimonio, cuyo negociador había sido un presbítero italiano, que vino á España con el general duque de Vendôme, por nombre Julio Alberoni; y con la intervención de éste, que ejercía grande influencia en el ánimo de los Reyes, se firmó nuevo tratado, que no llegó por entonces á publicarse por razones que se ignoran.

**La bula «Apostolici Ministerii» de Inocencio XIII.—Concordato de 1723.** Se dejaba sentir en España, desde tiempos atrás, gran necesidad de vigorizar la disciplina eclesiástica, á que se había aspirado inútilmente con los convenios frustrados. El insigne cardenal Belluga, obispo de Cartagena, aconsejó á Felipe V que acudiese al Soberano Pontífice en demanda del remedio oportuno; y habiéndolo hecho así, Inocencio XIII respondió á los deseos del Monarca con su bula *Apostolici Ministerii*, expedida en 13 de Mayo de 1723 y mandada observar en España por real decreto de 9 de Marzo de 1724. El principal objeto de esta Bula fué promover la observancia del concilio de Trento.

Ya se deja comprender que, no siendo la Bula un documento concordado, dejaría en pie muchas de las cuestiones que dividían á las Cortes pontificia y española, y para zanjarlas se firmó en 26

de Septiembre de 1737 un Concordato entre los plenipotenciarios cardenales Firrao y Aquaviva; mas tampoco este acuerdo satisfizo á ninguna de las partes, ya que, entre otras, aún quedaba sin solución la eterna controversia acerca del Real Patronato.

**Preliminares de nuevo Concordato.—El de 1753.** Como preliminar al Concordato que se firmó en 1753 entre el Papa Benedicto XIV y Fernando VI, se agitó con gran calor y erudición la controversia acerca del Real Patronato. Roma alegaba que eran pocas las iglesias fundadas por los reyes de España; y éstos, asesorados por hombres doctos en la materia (entre los cuales figuraron los Padres Burriel y Rábago, jesuitas), y los eruditos Mayans y Olmeda, contestaban que tenía sólido fundamento el tal Patronato, no solamente en la fundación de las iglesias, sino también en la dotación de las mismas, en la costumbre, en la conquista y, finalmente, hasta en concesiones apostólicas. Benedicto XIV sostuvo la polémica con el talento y amplísima erudición que todo el mundo reconoce en este gran Pontífice. Mas aunque se hubiera seguido en este terreno de las discusiones, hasta la hora presente creemos que nada se hubiera adelantado; antes tal cariz iban presentando las cosas, que la discusión, según todos los indicios, no hacía más que agriar los ánimos, viniendo á ser cada vez más difícil una inteligencia.

Comprendiólo así Benedicto XIV, y determinó llevar con todo secreto las negociaciones, y después de doce años de inútiles disquisiciones, el día 11 de Febrero de 1753 se firmó entre el cardenal Valenti Gonzaga, representante del Papa, y D. Manuel Ventura Figueroa, en nombre de Fernando VI, el celeberrimo Concordato, que fué sin duda el convenio más favorable que jamás se había concertado entre el Pontífice y el rey de España.

Benedicto XIV reconoce en este Concordato el Patronato Real en el sentido más amplio, y sin más restricciones que los patronatos particulares, reservándose únicamente cincuenta y dos beneficios. Quedaron abolidas las coadjutorías, causa de grandes males; las pensiones, los expolios y vacantes, que también provocaron agrias contiendas. En cambio el Rey indemnizaba á la Corte pontificia con 1.143.333 escudos romanos, al 2 por 100, para los empleados de la Dataria. Este Concordato se ha considerado siempre como sumamente favorable á los intereses de España, y ciertamente, no hay más que fijarse en lo brevemente indicado para convencerse de ello.

**Otras gracias de la Santa Sede.—La Rota.** Interminable es el catálogo de las larguezas de la Santa Sede á favor de España en el siglo pasado. Ya van indicadas algunas, y otras se irán viendo en el curso de la obra. Fué una de las más importantes el establecimiento de la Rota, debida á Clemente XIV. El antiguo Tribunal de la Nunciatura de España admitía las apelaciones, y hasta á veces entendía en las causas en primera instancia, *omisso medio*, lo cual era causa de no pocos abusos. Dicho Sumo Pontífice, por Breve de 26 de Marzo de 1771, instituyó, en lugar del Tribunal mencionado, el de la Rota, al cual debía someter el Nuncio el conocimiento de las causas en que entiende en Roma el tribunal de *Signatura de Justicia*. Conforme á lo dispuesto por el Breve pontificio, en real decreto de 26 de Octubre de 1773 se organizó la Rota, compuesto de seis Auditores (poco después se añadieron dos supernumerarios), que no tienen jurisdicción alguna habitual sino la que les da el Nuncio para cada caso concreto. La Rota entiende en tercera instancia de las apelaciones de los sufragáneos, y en segunda de las de los metropolitanos.

**División de diócesis.** Muchos siglos hace que se experimenta en España gran necesidad de una división más equitativa de las diócesis, y dicho se está que en el siglo pasado, en que era poco más ó menos la misma que ahora, sin las divisiones y arreglos que se hicieron, pocos por desgracia, aún era más desdichada la situación de muchas de ellas. Santander, Ibiza, Tudela y Menorca fueron las nuevamente erigidas. La primera fué por Benedicto XIV, por Bula de 12 de Noviembre de 1754, desmembrando para ello del arzobispado de Burgos todo el territorio del otro lado de los montes que vierte sus aguas en el Cantábrico. Su primer Obispo llamábase D. Francisco Javier de Arriaza, Abad de la colegiata de San Hemeterio. Distinguióse entre los Obispos santanderinos por su celo é inagotable caridad, no menos que por su detestable gusto literario, D. Rafael Menéndez de Lurca, que alcanzó los tiempos de la invasión francesa.

Pío VI, por Bula de 30 de Abril de 1782, erigió la diócesis de Ibiza, y dos años después se nombró para regirla á D. Manuel Abad y Lasierra. Componían esta diócesis la isla del mismo nombre, la Formentera y otras de sus inmediaciones: tenía veintidós parroquias. Desde el Concordato de 1851 quedó unida á la de Mallorca.

Tudela dependió desde tiempo inmemorial de Tarazona; mas como ocurrieren frecuentes desavenencias entre Colegiata y Ca-

tedral de entrambas ciudades, á instancias del Consejo y Real Cámara de Castilla se erigió nuevo obispado en Tudela por Bula de Pío VI, fechada en Roma á 27 de Marzo de 1783. Sólo ha tenido cuatro Obispos, y según el Concordato de 1851 debe desaparecer la diócesis y agregarse á Pamplona; mas hasta ahora sigue administrándola el obispo de Tarazona, que nombra un Gobernador eclesiástico.

Dícese que la Silla de Menorca es antiquísima, y que ya existía en el siglo V; pero no hay noticias ciertas sobre este punto. Al recuperar la isla D. Jaime el Conquistador, aunque se restauró la diócesis de Mallorca, no así la de Menorca, pues Bonifacio VII la agregó á aquélla en 1295. Los ingleses se apoderaron de la isla en la guerra de Sucesión (1708), y al caer otra vez en nuestro poder (1782), temiendo que en mayor ó menor escala hubieran introducido aquéllos la herejía protestante en la isla, á fin de reparar los daños que la fe y costumbres de los isleños hubiesen podido sufrir, se erigió la diócesis, desmembrándola de la de Mallorca, por Bula del mismo Pío VI de 23 de Julio de 1795.

Sólo tiene once parroquias, y no tuvo Seminario hasta que el penúltimo Obispo lo fundó en el antiguo convento de agustinos de Ciudadela. En esta ciudad reside el Obispo y está la Catedral, aunque Mahón es la capital de la isla. Esta diócesis es sufragánea de Valencia.

**Concilios y Sinodos.** En la primera mitad del siglo XVIII celebráronse algunos Concilios provinciales y Sinodos diocesanos. El poder civil, lejos de poner obstáculos, facilitaba su reunión; y si es cierto que había alguna sombra de intervención real, no era tal que pudiese molestar en lo más mínimo á dichas Asambleas. En los nueve Concilios que se celebraron en la Provincia eclesiástica tarraconense acostumbraba á presentarse el capitán general de Cataluña; mas sólo con objeto de reclamar el subsidio eclesiástico, retirándose inmediatamente.

En los Sinodos que se tuvieron en la misma época tampoco fué molesto el poder civil: sólo cuando subió al trono Carlos III y recrudesció la tendencia regalista con ribetes de impiedad empezó á ejercerse tan odiosa fiscalización por parte del Consejo de Castilla que fué imposible se continuas en celebrando los Sinodos. Desde entonces hasta hace muy poco tiempo cesaron por completo Sinodos y Concilios.

**Algunas reformas introducidas en universidades y colegios.** La falta



de fondos, grave y endémica enfermedad en España que alcanzó á nuestras universidades desde mediados del siglo XVII; el des concierto general, que permitía se diesen las cátedras por turnos sin tener en cuenta la aptitud de los que las habían de regentar, y cierto abatimiento que invadió todos los organismos sociales como un mal que flota en la atmósfera, todo esto y mil otras causas contribuyeron á la postración de nuestras universidades.

Algo se organizaron éstas cuando la nación se halló más desahogada y reinó el concierto á mediados del siglo pasado. Carlos III no podía tampoco menos de inmiscuirse en esto, como en todo, y dictó algunas providencias no desacertadas creando cátedras de Ciencias Naturales y de Derecho. El resultado no correspondió á lo que debía esperarse, aunque tal vez fué lisonjero para los consejeros de aquel Rey; pues si bien la Teología no salió de su antigua postración, en cambio los estudios canónicos empezaron á florecer, aunque animados muchas veces de espíritu malsano, mixto de regalista y jansenista, que andando los tiempos dió frutos muy amargos para la Iglesia en España.

Los colegios mayores, que, según queda dicho, fueron creados con espíritu de caridad y celo por el aumento de la fe, se tornaron en centros de vanidad. Si por una parte tenían á menos los colegiales el regentar parroquias, en cambio se imponían á los cabildos. Carlos III reformó algunos y suprimió otros, y en tiempo de su hijo siguieron las reformas con escaso resultado. Todos desaparecieron en este siglo poco después de la expulsión de los regulares.

**Fundación de las Órdenes de Carlos III y de María Luisa.** Ya hemos dicho que Carlos III, á pesar de lo mucho que hizo sufrir á la Iglesia, fué siempre un hombre profundamente religioso á su modo. No se extrañará, por lo tanto, verle instituyendo una Orden (que lleva su nombre) bajo los auspicios y patrocinio de la Inmaculada Virgen María, con estatutos que respiran devoción, y en los cuales se prescriben ejercicios de piedad muy propios y acomodados al objeto y fines de la nueva institución.

Clemente XIV aprobó dicha Orden en Bula de 21 de Febrero de 1772. El jefe nato de ella debía ser el rey de España; compondríanla los caballeros grandes cruces y los caballeros pensionados; el distintivo principal en unos y otros debía ser una cruz, con la imagen de la Inmaculada por un lado, y el nombre, en cifra, del fundador por otro, con el mote *Virtuti et merito*. No tardó

en bastardearse el pensamiento de Carlos III, y las palabras que servían de divisa resultaron un verdadero *mote*, puesto que alcanzaron tan alta condecoración hombres que jamás supieron lo que era virtud, ni podían ostentar más méritos que los de la ambición y la falsía.

También María Luisa, esposa de Carlos IV, fundó una real Orden, que lleva su nombre, bajo el patronato de San Fernando. Las damas que la componen están obligadas á visitar por lo menos una vez al mes un hospital de mujeres, ú otro establecimiento análogo, y á oír y mandar celebrar una Misa por cada una de las damas que falleciere.

## II. — VEJACIONES CONTRA LA IGLESIA

**Legislación civil en materias eclesiásticas.** De que en algunos casos la autoridad civil tome acertadas disposiciones en asuntos eclesiásticos, no se puede deducir la legitimidad de ciertas ingerencias. Muchos ejemplos tenemos en nuestra historia de esa intervención; mas para que pudiéramos aplaudirla sin reservas debiera venir autorizada por aquellos á quienes por derecho propio compete esa facultad. Ciertamente que en el mismo siglo XVIII obtuvo la autoridad civil poderes muy amplios para intervenir en algunos asuntos; pero no pocas veces el espíritu regalista de que estaban impregnados los consejeros de los monarcas les movía á inmiscuirse en cosas completamente ajenas á su jurisdicción. Tal carácter presentan las leyes que prescriben las cualidades que han de tener los provisorios, fiscales, notarios y demás empleados de los tribunales eclesiásticos; aquellas otras determinando que no se lleven más derechos que los marcados en los Aranceles aprobados por el Consejo, y, finalmente, aquellas en cuya virtud se extinguieron todas las cofradías que no estuvieran autorizadas por el Rey, mandando que con los bienes de aquéllas se fundasen sacramentales. Todas estas medidas, y otras muchas á este tenor que se tomaron en el siglo pasado, podríanse establecer equitativamente siempre que para ello se contase con la venia de la autoridad eclesiástica, que era lo que faltaba.

**El «Regium exequátur».** En capítulos anteriores hemos dicho lo que fué el *Regium exequátur* en los siglos XVI y XVII. Al advenimiento de la Casa de Borbón esos desaguisados tomaron carácter de verdadera hostilidad contra la Iglesia. Vióse esto en varias arbi-

trariedades cometidas en tiempo de Felipe V y hasta de Fernando VI (éste rechazó y dió por no admitida la Bula de la Cena), pero más principalmente en el de Carlos III. Obra suya ó de sus Ministros fué el famoso decreto (1762) prohibiendo se recibiese bula alguna de Roma, publicárala quien la publicase. El decreto se elevó á categoría de ley, y en ella se dispuso que toda bula, rescripto, breve ó carta dirigido á Arzobispos, Obispos, Juntas ó particulares se sujetase á previo examen y licencia del Consejo para su ejecución. Sólo se exceptuaban los breves y dispensas de la Penitenciaria. Y porque el obispo de Cuenca protestó contra semejantes medidas, se le formó causa y se le reprendió ásperamente.

Aun fué más odioso lo que se hizo con el llamado *Monitorio de Parma*. Las ideas enciclopedistas habían también invadido aquel Estado: el Duque no quiso ser mejor que los jefes de las grandes potencias, y además de expulsar á los jesuitas cometió grandes arbitrariedades contra la Iglesia. Gregorio XIII llevó muy á mal semejante proceder y le excomulgó. Como el duque de Parma era infante de España, tuvo mucho eco su condenación entre nosotros; y sentando la desatinada doctrina de que el Papa no podía imponer censuras á los príncipes, se dió una real provisión mandando recoger el *Monitorio*, é imponiendo nada menos que pena de muerte á los notarios ú oficiales que no cumpliesen fielmente con disposición tan inicua.

**La Inquisición á fines del siglo XVII.** Sería injusto atribuir á la Casa de Borbón toda la culpa de la decadencia á que vino el Santo Oficio después de aquel gran siglo en que libró á España del protestantismo con todas sus consecuencias, y persiguió incansable todo linaje de heterodoxia y supercherías. En los años postreros del reinado de Carlos II, la Inquisición, en manos de los Rocaberti y los Mendoza y Sandoval, Inquisidores generales sucesivamente, hizo muy triste papel con motivo del supuesto hechizamiento del Rey y de la persecución que se suscitó contra el Padre Froilán Díaz. ¿Ni cómo era posible que en aquella Babel y desconcierto no se viera envuelta la Inquisición? Llegó el caso de iniciarse fiera persecución contra los Consejeros de la Suprema, encarcelando á tres de ellos, desterrando á uno y jubilando á varios. En suma: la Inquisición se convirtió desde fines del siglo XVII en arma política á disposición de los gobernantes de aquella época desdichada. Si alguna vez quiso sacudir tan odiosa tutoría, le cos-

tó caro y le fué preciso doblegarse á las circunstancias, lo que valía tanto como anularse.

**Expulsión de los jesuitas. — Extinción de la Compañía.** Ya hemos dicho que Carlos III, aunque piadoso Príncipe, se hizo rodear de una camarilla de volterianos, cuyo más vivo deseo era concluir con la Iglesia. Nada más natural para ello que empezar por la Compañía de Jesús, que se encontraba entonces en uno de los más brillantes periodos de su historia. El rey de Portugal los había arrojado de sus dominios en 1759, el de Francia en 1764, y ya estaban impacientes nuestros gobernantes por seguir tan edificantes ejemplos. Para que la religiosidad bien probada de Carlos III no pudiera ser óbice, empezaron por hacerle odiosos los jesuitas: hiciéronle creer que ellos eran la causa de los disturbios ocurridos con motivo de las ridículas medidas de Squilache contra el traje tradicional; que se oponían á la beatificación del venerable Palafox y del lego franciscano Sebastián del Niño Dios (lo primero era cierto; lo segundo ridículo, porque no se trató siquiera, que se sepa, de semejante beatificación), y hasta se añade que los áulicos de Carlos III fingieron interceptar una carta del General de los jesuitas en que se aseguraba que estaban reunidos los documentos necesarios para probar que Carlos III era hijo adulterino. Con esto y con otra porción de cargos en que se mezclaba lo verdadero con lo falso, el Rey se decidió á dar gusto á sus Ministros, y lo hizo con circunstancias tales que el más exigente de ellos no pudo soñar jamás. Entendióse para ello sólo con el conde de Aranda; por un decreto, escrito de su puño y letra, Carlos III ordenaba, bajo severísimas penas, que todos los jesuitas fuesen conducidos á los puertos que se indicaban en el plazo improrrogable de veinticuatro horas; mandaba igualmente sellar los archivos de las casas, y detentar los papeles particulares de los individuos, sin permitir á ninguno llevar más que un breviario y alguna ropa blanca. Así se cumplió puntualmente el decreto real, y los jesuitas fueron conducidos á Civita-Vecchia, donde, no queriéndolos recibir el Papa, porque ni lugar ni alimentos tenía para tantos en sus pequeños Estados, se estuvieron algún tiempo, y muchos de ellos murieron á vista de tierra; pues hay que advertir que la orden real era tan absoluta y apremiante que no perdonó ni á enfermos ni ancianos. Después de algunos días de inútiles paseos por el Mediterráneo, fueron recibidos en la isla de Córcega y pésimamente alojados. Sólo cuando Car-

los III firmó una transacción con Su Santidad se les permitió pasar á Italia, comprometiéndose el rey de España á pasarles una corta asignación.

En condiciones y circunstancias análogas se verificó la expulsión en todas las posesiones españolas de Ultramar.

Lo que hay de más odioso en todo esto, es que los volterrianos, aquellos hombres que tenían tanta miel en sus palabras, procediesen de manera tan cruel y horriblemente injusta. Si la Compañía había cometido faltas, ¿no había tribunales en España capaces de sustanciar legalmente una causa? Pero claro es que no se trataba de eso, sino de concluir á todo trance, y por los medios más expeditos, con aquellos que les estorbaban.

La Corte española fué una de las que más ahincadamente trabajó para obtener de Clemente XIV la extinción de la Compañía de Jesús. Floridablanca fué el instrumento de que se sirvió para ello, y por cierto que era difícil hallar otro más astuto, redomado y tenaz para llevar adelante una trama. Por fin, Clemente XIV dió el Breve de extinción, que empieza *Dominus ac Redemptor noster*, fechado en 21 de Julio de 1773.

**Otras vejaciones.** No abrigamos la pretensión de dar cuenta, ni aun compendiada, de todos los atropellos que en el siglo pasado se cometieron contra las cosas y personas eclesiásticas; pero no podemos omitir algunos hechos culminantes que demuestran la situación de la Iglesia española en dicha época.

Carlos IV recibió, en detestable herencia de su padre, á los ministros de éste, que ya sabemos los puntos que calzaban en orden á su odio contra la Iglesia. Con todo, no sabemos decir cuáles eran peores, si los antiguos (Campomanes, Floridablanca, Roda, Aranda, etc.), ó los que en tiempo del nuevo monarca vinieron á la vida pública (Urquijo, Caballero, Cabarrús, Marqués, y sobre todos, Godoy).

En 29 de Agosto de 1799 murió Pío VI, y los flamantes ministros que abrigaban planes trascendentales, dieron un decreto (5 de Septiembre de 1799) prohibiendo que se anunciase la muerte del Papa, ni en el púlpito ni en parte alguna, más que en los términos precisos de la *Gaceta*. Esto, como se ve, resultaba irrisorio; pero no tanto como otras determinaciones del propio decreto, autorizando y mandando á los arzobispos que usaran de la plenitud de sus facultades, conforme á la antigua disciplina en orden á las dispensas matrimoniales. Respecto á la consagración de los

obispos, el Rey se reservaba el derecho de disponer lo conveniente. Nada de esto se creería si no constase de un modo innegable. No fué lo peor que aquellos ministros, casi tan ignorantes como perversos, lo mandaran, sino que hasta diecinueve Prelados se adhriesen más ó menos abiertamente á lo de las dispensas matrimoniales, distinguiéndose entre ellos los arzobispos de Burgos y de Zaragoza, Sres. Arce y Company, y el Sr. Tavira, obispo de Salamanca. El Nuncio Mons. Casoni no pudo llevar en paciencia tanto escándalo y arbitrariedad, y presentó al Gobierno enérgicas reclamaciones, que le valieron el pasaporte y la orden de salir del reino. Gracias que se interpuso Godoy y se revocó la orden.

En cuanto fué elegido Pío VII, y escribió al Rey una carta muy sentida sobre las demasías cometidas, Carlos IV, que nunca fué irreligioso, procuró deshacerlo todo, y hasta mostróse resuelto á mandar á Roma á los obispos secuaces de las nuevas doctrinas para que el Papa los juzgase, destituyendo entretanto de sus empleos á los seglares que las profesaban.

## CAPÍTULO III

### Virtud y letras durante el siglo XVIII.

#### Heterodoxos.

#### I.—PERSONAS NOTABLES EN VIRTUD Y LETRAS

**Beatos y venerables de la última centuria.** Murió en Barcelona, en 1702, el Beato José Oriol, beneficiado de la iglesia del Pino de la misma ciudad y muy devoto de la Santa Sede. Once años después voló al cielo el Beato Francisco Posadas, del Orden de Predicadores, llamado el nuevo Vicente Ferrer por su asombrosa actividad y gran mortificación.

Fué notabilísimo predicador, y hasta escritor de apreciables dotes, el Venerable Fray Diego de Cádiz, cuya causa de beatificación está muy próxima á terminarse. Era de la Orden de capuchinos, como igualmente el Venerable P. Manuel Jaén, que escribió algunas obritas, entre ellas una importantísima y muy popular de la *Confesión y Comunión*. Los venerables siervos de Dios Antonio Alonso Bermejo y Miguel Mañara, distinguéronse por su

ardiente caridad con los pobres. La causa de beatificación del primero llegó á estar muy adelantada, y también se incoó la del segundo. No menos esclarecidos por sus virtudes fueron los Padres Santiago Fernández Melgar, agustino descalzo que murió en Sevilla, y José Pignatelli, de la Compañía de Jesús, hermano del conde de Fuentes.

**Prelados ilustres en virtud.** El arzobispo de Toledo señor Valero, y el señor Belluga, obispo de Cartagena y Cardenal, fueron sin duda de los Prelados más eminentes que tuvo la Iglesia en España. Aunque tomaron parte muy activa en los sucesos de los primeros años del siglo XVIII, su fama ha salido incólume, porque supieron dar ante todo á Dios lo que era de Dios, sin quitar al César lo que le pertenecía, y nada les impidió cumplir con sus delicados deberes de celosísimos Pastores. Oviedo cuenta entre sus Prelados más ilustres al señor Reluz, dominico insigne por su pobreza y mortificación; Segorbe, al señor Gómez Haedo, notable por su ciencia y mansedumbre; Huesca, al señor Sánchez Sardinero, gran reformador de costumbres en su obispado; Barcelona, al señor Climent, benemérito de la ciencia y de las letras, predicador incansable y fervoroso de la divina palabra; Lugo, al dominicano Sr. Izquierdo y Tavira, nuevo Santo Tomás de Villanueva, á quien en todo trató de imitar, ensalzado por los grandes Pontífices Benedicto XIV y Clemente XIII. El agustiniano Armañá, arzobispo de Tarragona, y D. Felipe Bertrán, obispo de Salamanca, fueron notabilísimos. Al primero han levantado una estatua, bien merecida, sus paisanos, en Villanueva y Geltrú. ¡Cuántos otros celosísimos Prelados brillaron en la centuria pasada! Nosotros damos aquí por terminado este descarnado catálogo por ceñirnos á las exigencias de un compendio.

**Teólogos y canonistas del siglo XVIII.** Estéril como pocos fué el siglo pasado en obras teológicas. Escribió de una de ellas el gran autor de *La España Sagrada*, P. Enrique Flórez, que tampoco brilló en sus trabajos teológicos á la altura que en los históricos. Obra notable en su clase fué la del franciscano P. Castro, con el título de *Apología de la Teología escolástica*, de excelente doctrina y extraordinaria erudición, aunque de estilo inculto.

El Derecho canónico tuvo más boga, aunque tampoco tenemos ninguna obra de notable mérito. El lado histórico, por decirlo así, del Derecho fué el más cultivado. Fuera de los tratados de Villodas, Caparrós y Murillo Velarde, todos los demás se dedicaron á

formar colecciones de antiguos Concilios y cánones, y de este tiempo son las colecciones de Concilios de Villanueva y de Larrea, muy apreciables.

**Estudios históricos.** No conocemos obra alguna histórica del siglo XVIII que forme un cuerpo completo—en este sentido aventajó en mucho el siglo XVI al XVIII;—pero las investigaciones felicísimamente llevadas á cabo en este siglo, son hoy mismo la fuente casi única de que se sirven los escritores en todo género de trabajos históricos. El deán de Alicante, D. Manuel Martí, además de escritor latino elegantísimo, fué investigador incansable, á quien se deben disertaciones históricas muy eruditas acerca del teatro saguntino y del anfiteatro de la antigua Itálica. Martí murió en 1737; pero habiendo nacido en 1663, puede decirse que fué uno de los legados más preciosos del siglo XVII á su poco agradecido sucesor el XVIII. El talento y laboriosidad del P. Burriel prometían sazonados frutos de rica erudición; pero muerto á la temprana edad de cuarenta y tres años, en 1762, no pudo ultimar sus grandes proyectos. Así y todo, su *Colección de la liturgia mozárabe*, su *Paleografía española*, su *Noticia de la California* y alguna otra, son obras apreciables. Los canónigos premonstratenses Jaime Pascual y Jaime Caresmar, ilustraron con sus sabias y pacientes investigaciones la historia de Cataluña.

**El P. Flórez.—Los PP. Risco, Merino y La Canal.** El P. Flórez, del Orden de San Agustín, aventajó á todos cuantos en la pasada centuria se dedicaron á estudios históricos. Ensayóse publicando la *Clave historial* en 1743. Era obra única en su género y sumamente útil, y tuvo grandísima aceptación. En 1747 dió comienzo á la impresión de su grande obra *La España Sagrada*; y apenas fué conocido el primer tomo, mereció que Fernando VI le pensonase, y desde entonces halló abiertos todos los archivos de España, y dedicóse con éxito asombroso á trabajos de investigación que dieron por resultado la ya citada *España Sagrada*, que por su admirable crítica y lo peregrino y abundante de sus noticias resulta obra de mérito extraordinario. Sus otras dos obras acerca de las medallas de España y de las Reinas católicas, son acabadas en su género.

Merecen distinguido lugar entre los escritores de Historia los PP. Risco, Merino y La Canal: con decir que fueron dignos continuadores de *La España Sagrada*, del P. Flórez, hemos hecho su mayor elogio. Todos tres llegaron hasta este siglo, y el último



murió en 1845 siendo director de la Real Academia de la Historia; pero no hemos querido separarlos del P. Flórez, á cuyo nombre están inseparablemente unidos, y con quien comparten la gloria de haber dotado á España de una de las obras más admirables que se han escrito sobre asuntos históricos.

**Sabios escritores jesuitas del siglo pasado.** Había entre los jesuitas, tan brutalmente arrojados de España por Carlos III, escritores notabilísimos; y aunque muchos de ellos se dieron á conocer principalmente en Italia, no podemos menos de dar aquí compendiosa noticia de los más importantes.

El famoso P. Isla ya era bien conocido antes de la expulsión. Quiso hacer con su *Fray Gerundio*, respecto de los malos predicadores de su tiempo—entre los cuales podía contársele,—lo que Cervantes con su *Don Quijote* respecto de los libros de caballería. Si no mató el mal gusto en el púlpito, algo contribuyó á reformarlo, no sin haberse atraído con su amarga crítica la inquina de respetables personas y corporaciones. El *Fray Gerundio* fué puesto en los índices expurgatorios español y romano. Los sermones del P. Isla, ya lo hemos indicado, están muy lejos de la perfección; pero en cambio sus *Cartas Familiares* son de una forma irreprochable. La obra más notable del P. Masdeu fué su *Historia Crítica*. Aunque apasionado y sistemático, y nada recomendable por su dureza al juzgar algunos actos de la Santa Sede, no se le puede negar talento, ilustración y agudeza. Los PP. Andrés y Lampillas escribieron obras de crítica literaria muy apreciables.

Acaso fueron superiores á los mencionados los PP. Eximeno, Arteaga, y Hervás y Panduro. El primero, además de elegante poeta latino, teólogo, filósofo, astrónomo y matemático, fué músico notabilísimo, y sus obras acerca del divino arte le valieron el dictado de *Newton de la música*. Arteaga fué también eminentísimo crítico musical, y sus obras, principalmente la *Historia de las revoluciones del teatro italiano* y las *Investigaciones filosóficas sobre la belleza ideal*, han servido de norte á muchos escritores nacionales y extranjeros para sus trabajos críticos. Como filólogo y matemático, y sobre todo como investigador incansable del origen de las lenguas, no tuvo en su época, ni acaso ha tenido después, quien le aventajase el P. Hervás y Panduro. De sus muchas obras, tal vez las más leídas son su *Viaje estático al mundo planetario* y su *Historia de la Tierra*.

**Apologistas del siglo XVIII.** Hubo en el siglo pasado, en medio de

la nube de escritores de doctrinas malsanas y heréticas, apologistas de talento y de variada y solidísima ilustración. Los Padres Ceballos, Rodríguez, el ya citado Castro y Alvarado, el señor Valcárcel y otros muchos, forman pléyade gloriosa de entusiastas y afortunados defensores de la Religión. La obra magna de Ceballos fué *La falsa filosofía, crimen de Estado*, que, aun constando de seis gruesos volúmenes, no encierra ni con mucho todo el desarrollo del plan que se había propuesto. Intenta demostrar que el naturalismo, puesto tan en boga por los enciclopedistas, tenía que producir necesariamente el desquiciamiento de la sociedad. Cerca de veinte años después se desató la revolución francesa, y han venido y vendrán todavía otros, acaso más tremendos trastornos sociales, dando la razón al grande escritor jeronimiano. También el P. Rodríguez, cisterciense, se propuso análogo fin en su *Philoteo*, rebatiendo las objeciones de los incrédulos. Servíase para ello de sus grandes conocimientos en ciencias naturales. Los trabajos apologéticos del P. Alvarado son bien conocidos con el nombre del *Filósofo rancio*, que fué su nombre de guerra allá en sus controversias con los constitucionales de Cadiz. Su obra apologética principal de esta primera época son las *Cartas filosóficas*, en las que demostró la futilidad de los flamantes sistemas filosóficos en boga y su perniciosa influencia en las costumbres y en el gobierno de las naciones, probando también que no dan ninguna luz para el conocimiento de la naturaleza. Los *Desengaños Filosóficos*, de Valcárcel (obra que quedó incompleta) nos muestran el origen del enciclopedismo en el olvido de la verdadera Filosofía, de que fué autor y causa principal Descartes. Menguada idea de la literatura apologética del siglo XVIII se formaría el que entendiésemos que á lo dicho se reduce todo lo que sobre tan importante materia se puede escribir. No; nosotros no hacemos más que meras indicaciones para demostrar que toda la cacareada ciencia de los enciclopedistas queda mal parada al lado del saber profundo y de la erudición de un Ceballos ó de un Rodríguez, y de mil otros que como el Padre Gustá, jesuita, y de los seglares Piquer y Forner, pusieron su inmenso talento y variada ciencia al servicio de la fe.

**La elocuencia sagrada.** Dar idea del lastimoso estado á que llegó la oratoria sagrada allá á mediados del siglo XVII, para seguir, si no descendiendo, cosa difícil, estacionaria por lo menos, casi por espacio de todo un siglo, es tarea imposible é ingratisi-

ma. Baste saber que, como todos los géneros literarios, el oratorio se redujo al desatinado hacinamiento de frases y palabras hinchadas y de relumbrón, de figuras y comparaciones disparatadas, de citas impertinentes en que se barajaba sacrílegamente (con la mejor buena fe) lo divino y lo humano. Ya hemos dicho la influencia que tuvo el P. Isla en la reforma de la oratoria; pero sería pueril atribuirle la gloria de una verdadera revolución que paulatinamente se fué obrando, á medida que los buenos estudios empezaron á florecer á fines del reinado de Felipe V, y felizmente se siguieron cultivando en el de su hijo Fernando VI. Los escritos del mismo P. Isla, exceptuando los sermones; los de los PP. Feijóo y Sarmiento y de otros varios; el renacimiento simultáneo de las demás artes, y, finalmente, los serios y afortunados esfuerzos de Climent, con sus sermones y la traducción de la *Retórica* del P. Granada; los de Armaña, cuyas oraciones sagradas las creemos superiores á cuantas del mismo género conocemos de la misma época, no menos que las obras del capuchino P. Santander y las de su compañero Fr. Diego de Cádiz; todos estos trabajos, y mil otros que más ó menos directamente conspiraban al mismo fin, levantaron la oratoria sagrada, si no á la altura á que había brillado con Santo Tomás de Villanueva, Fr. Luis de Granada y otros grandes oradores del siglo XVI, á lo menos á tal estado que no desdijese del notable mejoramiento que se observaba en otros géneros literarios.

## II.—LA HETERODOXIA EN EL SIGLO XVIII

**Los regalistas.** Son pocos los escritores de la pasada centuria no viciados por un regalismo más ó menos venenoso. El mal venía de antes, como queda dicho; pero se iba acentuando, á todo andar, su tendencia heterodoxa. Es aventurado afirmar que Macanaz fuera un hereje, en el sentido obvio de esta palabra; pero no hay peligro ninguno en asegurar que fué el verbo del regalismo del siglo XVIII. Al tratarse del arreglo de las diferencias con Roma, le encargaron que hiciese un *Memorial* de los supuestos agravios recibidos por Gobierno español. Hizolo así, y vertió en su trabajo ideas tan atrevidas que se lo condenó la Inquisición (15 de Agosto de 1714). Según Macanaz, debía prohibirse toda apelación á Roma; los reyes debían *nombrar*, no *presentar*, los Obispos, y reformar por sí y ante sí el estado eclesiástico, y so-

meter á la aprobación del Consejo toda comunicación con Roma: constituir, en suma, una Iglesia independiente. No todos los discípulos de Macanaz fueron tan lejos, y durante la primera mitad del siglo aún se contuvieron dentro de ciertos límites.

Campomanes avanzó un paso más, y en su *Tratado de la Regalía de la amortización* echó los cimientos para justificar—si justificación pueden tener injusticias que claman al cielo—todos los atropellos que después se han cometido con la Iglesia. Con el especioso pretexto de que no se atenta contra sus derechos, tratando sólo de poner tasa á la excesiva generosidad de los fieles para con ella, Campomanes quiere hacer ver, apoyado en la antigua legislación española, el derecho de la autoridad civil para regular las adquisiciones de manos muertas. Esta obra no escandalizó á la Corte, y es muy natural. Los gobernantes iban más allá; y los que cuatro años antes no tuvieron reparo en aconsejar á Carlos III que prohibiese la publicación de un edicto de la Congregación del Índice condenando la *Exposición de la doctrina cristiana*, de Mesenghi, y en desterrar al Inquisidor porque contestó que no podía obrar de otro modo en justa obediencia al Papa, no se hablan de ruborizar por teorías más ó menos regalistas. También es buena muestra del regalismo cortesano de aquella época (1762) la publicación de la pragmática del *Erequitur*, poniendo en manos del Rey la Inquisición (ya lo estaba hacía mucho tiempo; y lo peor es que el Rey era simple testafierro de los cortesanos), de igual modo que la circulación de los documentos pontificios.

**Los enciclopedistas.** Se habla mucho del jansenismo del siglo pasado; pero es bien seguro que ni los más avanzados entre los tenidos por tales se tomaron nunca el trabajo de estudiar á fondo las cuestiones propiamente teológicas, fundamento de la condenación del jansenismo. Los unos no pasaban de exagerados regalistas; otros (como el arzobispo Amat) hubieran firmado con mil amores la *Declaración del clero francés*; ni faltaban tampoco algunos fanatizados por lo que ellos llamaban la antigua legislación española; pero los más eran revolucionarios vergonzantes y enciclopedistas incrédulos. La primera y más conspicua víctima del enciclopedismo en España fué el celeberrimo conde de Aranda, amigo de Voltaire; infatuado con las adulaciones de éste, hubiera sido capaz de las mayores atrocidades á trueque de recibir una cartita del infame patriarca de Ferney. Pues bien: en

manos de éste, de Floridablanca (que en sus últimos años mudó de parecer, lo mismo que Campomanes), Cabarrús, Urquijo, Caballero y Godoy estuvieron las riendas del poder en los últimos cuarenta años del siglo pasado, y algunos del presente. Ninguno de ellos entendía palabra de Teología; y aunque protectores acérrimos de los hombres de letras que les rodeaban (no por lo de letrados, sino por ser enemigos de la Iglesia), ni unos ni otros manifestaron espíritu de proselitismo á favor de las famosas proposiciones jansenistas.

**Procesos inquisitoriales en el siglo XVIII.—Los judaizantes.—Los alumbrados.** No fué muy airoso el papel que hizo la Inquisición en el siglo pasado, principalmente desde Carlos III. Algunos judaizantes españoles de nota figuraron en el Extranjero, y en punto á encausados por la Inquisición, sólo se habla del médico Diego Martín de Zapata, que salió levemente penado por la de Cuenca.

Algo dieron que hacer los llamados alumbrados; pero en casi todos ellos, más que doctrinas sectarias, halló el Santo Oficio grandísima liviandad. Algunas veces se juntaban entrambas cosas, quíerese decir, depravación de costumbres y obstinado empeño de justificarla con supuestas revelaciones, y cuando no, con doctrinas y sistemas mil veces condenados. Así sucedió con un capuchino que pervirtió á una Congregación de beatas en Cartagena de Indias. Hizosele venir á España, y á punto estuvo de morir impenitente, aferrándose en justificar su conducta. Pudiéronle, al fin, convencer de lo desatinado de su empeño, y la Inquisición le castigó con relativa lenidad. Fueron también ruidosas las causas de varias beatas: la llamada beata de Cuenca, mujer casada con un labrador, no se anduvo por las ramas, y aseguraba que su cuerpo se había convertido en el cuerpo y sangre de Jesucristo. La gente le empezó á tributar nada menos que culto de latría. Ella murió en las cárceles de la Inquisición, y varios de sus cómplices salieron penados con diversos castigos. Otra de ellas fué la beata Clara, que con sus embustes alucinó á gran parte de las señoras de la buena sociedad madrileña, fingiéndose favorecida con espíritu profético, don de milagros, una santidad encumbrada. Todo obedecía al espíritu de lucro; y lo mismo á ella, que á una tal María Bermejo, que á su imitación quiso vivir de milagros, castigó severamente el Santo Oficio. Todo esto ocurría muy en los comienzos del siglo pasado. En 1781 sucedió un caso mucho más singular en Sevilla. Una ciega, por nombre

Maria de los Dolores, fea como visión infernal y de alma atravesada, vivió desde niña enfangada en las mayores impurezas, lo que no fué obstáculo para que vistiese el hábito de beata y la empezasen á tener las gentes por un prodigio de santidad, al mismo tiempo que ella iba pervirtiendo á varios confesores. Estos, al fin, la delataron, aun teniendo que delatarse á sí mismos. En la Inquisición se obstinó hasta un punto inverosímil en proclamarse favorecida del cielo con dones estupendos, y fué relajada al brazo secular. Ya la llevaban al suplicio, sin que hubiera sido posible convertirla, cuando, al amenazarla el Padre Vega con el crucifijo, como tocada del espíritu divino, rompió á llorar y á pedir confesión. Murió dando señales, al parecer, inequívocas de profundo arrepentimiento.

No sabemos si encajarán bien entre los delirios de los alumbrados las aberraciones de un D. Miguel Solano, cura de Escó, que se empeñó en interpretar la Biblia en sentido absolutamente literal: negaba todo lo que no hallase expreso *in terminis* en la Escritura; y tan á pechos tomó la defensa de sus dislates, que escribió un libro y se le mandó al arzobispo de Zaragoza. Dentro ya de las cárceles de la Inquisición, no hubo poder humano para hacerle desistir de sus despropósitos, y siguió defendiendo el espíritu privado en la interpretación del sagrado texto, con exclusión de toda autoridad. Sobrados motivos había para relajarle al brazo secular, y así lo hicieron hasta dos veces; pero la Inquisición era muy otra de lo que había sido, y ella misma se empeñó en que el médico del pueblo declarase loco al infeliz Solano, que murió á poco en las cárceles del Santo Oficio.

**Olavide.** Por todos los regalistas y enciclopedistas, que lo merecían más que él, pagó el peruano Olavide. Habíase distinguido por su generosidad y valor en reparar las desgracias causadas por el gran terremoto de Lima. Algunos, sin embargo, le acusaron de malversador, y vino á España á rendir cuentas. Casóse aquí con una viuda riquísima, y Aranda, que lo vió tan entusiasmado de las novedades transpirenaicas, que á él le tenían sorbido el seso, le dió varios importantes puestos. Ya era Asistente de Sevilla cuando formó un plan avanzadísimo de reforma de aquella Universidad. Después de muchos dimes y diretes, Carlos III, cediendo al gusto del tiempo, se resolvió á colonizar á Sierra Morena, y Olavide fué el encargado de realizar el proyecto. Allí empezó á escandalizar á los nuevos colonos con sus fanfarronadas

de incrédulo, y el superior de los Padres capuchinos suizos que habían venido para la dirección religiosa de la colonia le delató á la Inquisición. Dos años estuvo en las cárceles del Santo Oficio (de 1776 á 1778), y en el sumario se le declaraba hereje formal, condenándosele á destierro de la corte, ocho años de reclusión en un convento y varios castigos accesorios. Logró huir á Francia; recibieronle sus antiguos camaradas con muestras de grande aprecio; pero no tardó en verse en las cárceles de los revolucionarios mil veces más expuesto que en España á perder su vida. Olavide, que desde su encierro en la Inquisición había modificado mucho sus opiniones, concluyó de abrir los ojos, y escribió el *Evangelio en triunfo*, libro que se hizo muy popular en España. Murió en Baza (1804) como fervoroso cristiano.

## CAPITULO IV

---

### La Iglesia y el Estado en el siglo XIX.

#### I. — HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII

**Origen y carácter de la guerra de la Independencia.** La ambición desapoderada de Godoy, de la que Napoleón supo aprovecharse á maravilla, fué la causa ocasional de la guerra de la Independencia. El Emperador hizo entender al favorito que, para contrariar á Inglaterra, estaba resuelto á regalarle la corona de Portugal. Para esto debían entrar en España tropas francesas, que se apoderaron de nuestras mejores plazas fuertes. El pueblo empezó á recelar algo grave, y se amotinó pidiendo la cabeza de Godoy, y sólo se apaciguó cuando Carlos IV renunció la corona en su hijo Fernando. Napoleón no quiso reconocerle, y propuso una entrevista; para celebrarla consiguió llevar á nuestros Reyes á Bayona, y ya se preparaban también á salir para Francia los infantes don Francisco y D. Antonio, cuando el pueblo de Madrid se opuso á ello tenazmente (2 de Mayo de 1808). Los franceses que ocupaban la corte ametrallaron y acuchillaron á la multitud con ferocidad inaudita, habiendo antes encerrado en los cuarteles á las tropas españolas. Este fué el comienzo de la guerra de la Independencia: el grito del pueblo madrileño resonó en todos los ámbitos de la Pe-

ínsula, y se formaron juntas provinciales y una central, á cuyo frente se hallaba el anciano conde de Floridablanca, ya muy curado de sus excesos ultrarregalistas.

Sin entrar en los pormenores de aquella guerra gloriosísima y desastrosa á la vez, cúmplenos indicar que desde sus principios tomó un carácter religioso y patriótico que nunca le abandonó. El clero tomó parte muy activa en la dirección del pueblo (apenas existía ejército, deshecho en locas aventuras por el imbécil favorito), que se organizó como pudo, mientras gran parte de los enciclopedistas é incrédulos se pasaban al bando enemigo, proponiendo al rey intruso (José, hermano de Napoleón) las medidas más radicales contra la Iglesia. No hay ejemplo de que ningún sacerdote de sanas ideas abandonase el lugar que su patriotismo le señalaba. Aquellos, en cambio, fueron los inspiradores, el alma de una serie de leyes infames, suprimiendo los conventos, las Órdenes militares, la Inquisición, la inmunidad eclesiástica; y hallando los franceses excelente ocasión para saciar sus instintos de rapacidad, muy en armonía con las ideas irreligiosas de muchos de ellos, robaron la plata de las iglesias. Entonces desaparecieron las incomparables riquezas artísticas que la piedad de los monarcas españoles había acumulado en el Escorial.

**La Regencia.** — **Las Cortes de Cádiz.** Muerto Floridablanca meses después de formada la Junta central, no tardó en organizarse la Regencia, compuesta de cinco individuos, presidida por el insigne y virtuosísimo prelado D. Pedro de Quevedo, obispo de Orense.

De conformidad con lo expuesto por la antigua Junta, se reunieron en Cádiz las Cortes del reino (24 de Septiembre de 1810), pero animadas de espíritu desatinadamente irreligioso y contrario á las puras tradiciones españolas. En vez de invocarlas y trabajar como un solo hombre por la libertad nacional, pronto se enfrascaron en discusiones estériles (para el bien, que para el mal fueron fecundísimas, como que resultaron una mucca de la convención francesa), que dieron por resultado la libertad de imprenta, la abolición del *Voto de Santiago*, y hasta la de los Regulares; pues si la letra de la ley permitía á algunos de ellos reunirse, como al propio tiempo se les prohibía pedir limosna y dar hábitos sin previo permiso, que nunca llegaba, era lo mismo que suprimirlos. Lo que hay es que el pueblo, amantísimo de las Ordenes religiosas, dió en la flor de arrojar á viva fuerza de los conventos



A los empleados del Gobierno para que los ocuparan sus antiguos dueños. En honor de la verdad debe decirse también que la Regencia, aun después de haber salido de ella el gran obispo de Orense, favoreció á las Órdenes religiosas; pero las Cortes, que se habian declarado soberanas en la primera sesión, y no podian llevar en paciencia el proceder de los regentes, los destituyeron (Marzo de 1813). No se crea que pararon ahí las tropelías de aquella Asamblea; por su mandato se persiguió á los Obispos y demás autoridades eclesiásticas que no se amoldaron en todo al capricho de los flamantes legisladores; decretaron la incautación de las alhajas de las iglesias que no fuesen necesarias para el culto, y concluyeron por la expulsión del Nuncio de Su Santidad sólo porque solicitó, en nombre del Papa, que se suspendiese la ejecución del decreto suprimiendo la Inquisición.

**Supresión del Santo Oficio.** De propósito hemos dejado para este lugar lo que se relaciona con la abolición del Tribunal de la Fe, para dedicar separadamente algunas palabras á tan importante asunto. Desde que el Inquisidor general D. Ramón José de Arce siguió á los afrancesados, no funcionaba el Santo Oficio por carecer de autoridad apostólica, que se hacía difícil obtener interrumpidas como estaban á causa de la guerra europea las comunicaciones con Roma. La Regencia deseaba la Inquisición, y el clamor popular era unánime en el propio sentido. Hasta los mismos diputados reformistas estaban divididos, y los que de entre ellos querian á todo trance acabar con el santo Tribunal procuraron dar largas al asunto, hasta asegurarse de los votos con que podrían contar para el triunfo del proyecto que acariciaban.

En Diciembre de 1812 se presentó el Dictamen de la comisión, favorable, como era de suponer, á la abolición del Santo Oficio, y al establecimiento de tribunales protectores de la Religión. Los diputados francamente católicos probaron hasta la saciedad que las Cortes eran del todo en todo incompetentes, por absoluta falta de autoridad, para entender en un negocio tan alejado de su jurisdicción; pues siendo el Santo Oficio un Tribunal establecido por autoridad apostólica, y ejerciendo sus facultades por delegación del Papa en asuntos puramente espirituales, salta á la vista la enormidad de que un tribunal civil tratase de suprimir aquella veneranda institución. No era menos absurdo el proyecto de sustituirla con *tribunales protectores* de la Religión. ¿Qué autoridad tenían las Cortes para instituir jueces que fuesen en cierto

modo asesores de los obispos en causas religiosas? Se repitió por centésima vez—no podía menos—que la Inquisición mató la ciencia española; que era incompatible con las luces del siglo; que era un poder civil que habían manejado los reyes á su talante, y otras simplezas por el estilo. La respuesta á tales dislates era bien obvia. Nunca florecieron más, ni tanto, las ciencias y artes en España como en el tiempo del mayor poderío de la Inquisición; si las doctrinas de los enciclopédicos eran las luces de que hablaban los diputados liberales, cierto que eran incompatibles con la Inquisición, sino que por eso mismo debían los católicos esforzarse más y más en sostener al Santo Tribunal. Finalmente, aunque era cierto, por desgracia, que algunos monarcas habían intervenido en los procesos inquisitoriales más de lo que debieran —por consejo de políticos muy emparentados con los diputados liberales de Cádiz,—esas ingerencias no eran más que imposiciones de fuerza mayor, y de ningún modo estaban en el catálogo de las atribuciones que el Santo Oficio reconocía en el poder civil, y que á nadie, por otra parte, se las había otorgado.

Pero el asunto estaba previamente resuelto, y la elocuente voz y las razones incontrastables de los Ostolazas, Riescos é Inguanzos, sabios adalides del Santo Oficio, se perdieron en el vacío; más bien fueron coreados con sarcasmos por una turba de salvajes asalariados desde las tribunas de las Cortes; y las exposiciones de los obispos, de los cabildos catedrales, de las juntas de guerra, de diecisiete generales y buena parte del ejército que estaba defendiendo en los campos de batalla la independencia nacional, tuvieron el mismo resultado. Las logias habían determinado la abolición de los Tribunales de la fe, y fué abolido por noventa votos contra sesenta (22 de Enero de 1813).

**Juicio de la Inquisición.** Ya en el discurso de esta obrita ha podido verse nuestro parecer respecto del celeberrimo Tribunal. A la vista de todos están los inmensos bienes que atrajo sobre España, principalmente en el siglo XVI, y aun en los dos siguientes los produjo de entidad limpiando á la nación de sectas pseudo místicas de alumbrados y quietistas, y de supersticiones y milagrerías que hoy abundan tanto ó más que entonces, y eso que el gran siglo de las luces llega ya á su término.

Lo que altamente reprobamos es la intervención del poder civil en los asuntos sometidos á dicho Tribunal, como aconteció algunas veces en el siglo XVII, y muchas en el XVIII. La Inqui-

sición era un Tribunal eclesiástico, desde cualquier punto de vista que se le mirase; la autoridad civil no debía tener en él más participación que prestarle su ayuda para que mejor pudiese cumplir sus altísimos deberes; pero el regalismo, por adular á los monarcas y crecer á su sombra, les otorgó facultades poco menos que pontificias, no viéndose libre de esa peste ni el buenísimo Fernando VI.

Dicho se está que á fines del siglo pasado y principios de este aún era más desdichada la situación del Santo Oficio: ya no eran solamente imposiciones de la potestad civil; el Inquisidor general, muchos consultores y el secretario mismo del Tribunal pasaban bastante de la raya del más avanzado regalismo, y se daban la mano con los enciclopedistas. ¿Qué podría esperarse de un Tribunal así, cuyo objeto era vigilar por la pureza de la fe?

**Época anticonstitucional.** Fernando VII se apresuró á deshacer todo lo hecho por las Cortes de Cádiz, castigando á varios de los eclesiásticos liberales que en ellas habían tomado parte con recluirlos en diferentes conventos. Se restableció la Inquisición, y asimismo la Compañía de Jesús. Entretanto se organizaron innumerables conspiraciones enderezadas á proclamar la Constitución de Cádiz con todas sus consecuencias. Púdose sofocar por algún tiempo toda intentona, y el Gobierno trabajaba con interés en mejorar el estalo del Erario y en reparar los inmensos males producidos por la guerra. La Santa Sede, como de costumbre, autorizó ampliamente para cargar contribución sobre todos los bienes eclesiásticos; aplicar al Tesoro por dos años las rentas de las prebendas de nimbamiento real, y que no se proveyeran por seis años los beneficios de libre colación. Podía además el Gobierno transferir á favor de la Hacienda parte de las cantidades de la Cruzada, expolis y vacantes. Entretanto los constitucionales no cejaban, ayudados por las sociedades secretas, y después de muchas intentonas consiguieron derribar el sistema absoluto con el Gobierno que lo personificaba.

**Nuevos atropellos de los constitucionales.** La reacción, como era de temer, fué violentísima. Inmediatamente quedó suprimida la Inquisición, y en libertad los presos de sus cárceles. También la Compañía de Jesús perdió su existencia legal, y casi otre tanto cabe decir de las demás Ordenes religiosas, ya que no quedaban más que las casas que tuviesen por lo menos veinticuatro indivi-

duos profesos, que eran pocas. Los bienes de las Comunidades extinguidas pasaron á la nación. Se autorizó á las monjas para que abandonasen el claustro las que quisieran; pero fueron muy contadas las que salieron.

Pío VII escribió al Rey quejándosele amargamente de todas estas arbitrariedades, y de los libros perversos que libremente corrían por España, y de la abolición del diezmo, y del servicio militar impuesto á clérigos seculares y regulares, etc., etc.; pero la voz elocuente del anciano Pontífice se perdía en el vacío, porque Fernando VII se veía y se deseaba para no ir á pique en aquella deshecha borrasca, y cuando se resistía á sancionar tales medidas se le amenazaba con una sublevación.

Los obispos que se atrevieron á levantar su voz fueron extrañados del reino, y las Cortes de 1822 declararon vacantes sus Sedes.

Es inútil añadir que lo que hicieron los constitucionales desde el año 14 al 20, eso puntualmente hicieron los realistas del 20 al 28: conspirar, poner en práctica todos los medios imaginables para derrocar semejante estado de cosas. Ello fué que en el año 1822 empezaron á menudear las partidas realistas, y á mediados del mismo, Fr. Antonio Marañón, llamado el *Trapense*, escaló los muros de la Seo de Urgel, pasó la guarnición á cuchillo y estableció la regencia realista, compuesta del marqués de Mataflorida, del barón de Eroles y de D. Jaime Creus, obispo de Mallorca.

Las ferocidades que se cometieron en la guerra civil que siguió al nombramiento de esta Regencia no son para puntualizarse aquí, y sólo diremos que además del cura de Tamajón, don Matías Vinuesa, que fué vilmente asesinado en Madrid (1821), fueronlo asimismo el obispo de Vich, D. Fr. Ramón Strauch, con un hermano lego que le acompañaba; veinticuatro veclnos de Manresa, entre los cuales había bastantes clérigos y religiosos; cincuenta y un presos políticos de la Coruña, arrojados al mar por el brigadier Méndez-Vigo (también entreéstos había clérigos y frailes), cometiéndose además mil y mil crueldades á cuya descripción se resiste la pluma.

A todo esto faltaba el último toque. A fuerza de longanimidad de parte de la Santa Sede conservábanse, aunque muy tibias, las relaciones entre Madrid y el Vaticano. En eso el Gobierno español tuvo la frescura de nombrar su Embajador en Roma al clérigo Villanueva (D. J. L.), célebre, entre otras cosas, por su abierta

hostilidad al Vaticano. Pío VII le prohibió poner los pies en los Estados pontificios, y dicho se está que, en retorno, el Nuncio tuvo que salir inmediatamente de Madrid (Enero de 1823).

**De nuevo los realistas.** En Mayo de 1823 terminó la lucha entre realistas y constitucionales por la intervención de Francia, que mandó un ejército al mando del duque de Angulema. Este formó nueva Regencia en Madrid que estuviese al frente de los negocios mientras venía el Rey de Cádiz, y está de más añadir que la Regencia aprovechó el interregno de cuatro meses de mando para deshacer todo lo actuado por la situación anterior. Los regulares volvieron á sus casas, sin excluir los jesuitas, y los obispos y clérigos á sus puestos. Fuera de anular el decreto sobre diezmos, impuso al clero un subsidio anual de diez millones. Lo único que no revivió esta vez fué la Inquisición; y aunque se hicieron representaciones al Rey, nunca quiso avenirse á su restablecimiento. A pesar de eso, en Valencia y algunos otros puntos se establecieron *Juntas de fe*, que paulatinamente fueron desapareciendo, porque el poder central, lejos de apoyarlas, deseaba su extinción.

## II.—REINADO DE ISABEL II

**Causas de la guerra civil.** Poco satisfechos los más exaltados realistas del comportamiento de Fernando VII, habíanse fijado en su hermano D. Carlos aun en vida del valetudinario Monarca. Cuando éste se casó con María Cristina de Nápoles, y tuvo de ella una hija, ya se vió venir la tempestad. La Reina, viendo que no podía contar con el núcleo del realismo, echóse en brazos de los liberales, á quienes previamente cuidó de que se les indultase. Al morir Fernando VII en 29 de Septiembre de 1833, aunque la Reina procuró atraerse á la masa general de la nación con solemnes promesas de gobernarla como lo demandaban sus tradiciones católicas, sucedióle lo que á todos los Borbones (menos á Fernando VII, que fué el más Rey de todos ellos á pesar de sus balanceos, jurando y aboliendo una Constitución que siempre aborreció de muerte): que tuvo que amoldarse al parecer de sus consejeros, los cuales cifraban su gloria en derrocar todo lo antiguo y en realizar—á salga lo que saliere y atropelladamente—las novedades de que estaban llenas sus cabezas volcánicas.

Queda dicho con esto que España se dividió en dos bandos principales: en carlistas y cristinos; formaban entre éstos, ade-

más de los doceañistas volterianos, otros muchos que soñaban en reformas por nadie bien definidas; ni faltaban entre ellos, preciso es decirlo, quienes aspiraban á hermanar las novedades más en boga, con lo esencial de nuestras antiguas tradiciones. En cambio la inmensa mayoría del clero y la gran masa católica de la nación se pusieron al lado de D. Carlos, más que por la cuestión puramente dinástica, por los principios religiosos y tradicionales que simbolizaba.

Tal era el estado de los ánimos cuando los carlistas se levantaron en armas; sin orden ni concierto al principio, no tardaron en formar aguerrido y bien organizado ejército bajo la experta mano de Zumalacárregui, caudillo insigne entre los primeros que ha tenido España en lo que va de siglo.

**Primer degüello de los frailes.** El año 1834 es de memoria aciaga en nuestra historia. Aunque el Gobierno estaba muy lejos de mimar á la Iglesia (prohibió la provisión de prebendas y beneficios eclesiásticos, exceptuando los curatos y algunos otros, y exigió intervención en el nombramiento de provisos), los exaltados del partido liberal estaban irritadísimos porque no se llevaban las cosas al paso arrebatado que ellos querían. Para imponerse á los poderes públicos, y hasta para despojar de la regencia á la Reina por medio de motines y asonadas, habíanse formado sociedades secretas dispuestas á todo.

En esto el cólera morbo, después de recorrer toda Europa, se presentó en Madrid con alardes aterradores, coincidiendo con la entrada de D. Carlos en Navarra, cuyas tropas, mandadas por Zumalacárregui, iban dando buena cuenta de las del Gobierno. Era esto á mediados de Julio, y comenzó á difundirse la noticia de que los frailes habían envenenado las fuentes, y hubo almas bastante necias ó lo suficientemente prevenidas contra los regulares que dieron crédito á semejante infamia. Tras esto salieron (17 de Julio) de los antros de las sociedades secretas los sicarios encargados de sacar sus consecuencias. Una turba asesinó á un niño, suponiéndole cómplice de los frailes en lo del envenenamiento; á las tres de la tarde pasaron al Colegio Imperial, donde asesinaron quince jesuitas, y hubieran acabado con todos, hasta sesenta, á no ser porque el jefe de aquellos foragidos mostró empeño por salvar al P. Muñoz, hermano de D. Fernando, con quien estaba casada morganáticamente la Reina. Del Colegio Imperial pasaron al convento de Santo Tomás, y mataron á cuantos dieron

caza en coro ó fuera de él. A las nueve de la noche, cuando los frailes de San Francisco el Grande se disponían para ir á dormir, seguros de que nadie se metería con ellos (ya que solemnemente les habían ofrecido protección los jefes de un batallón de la Princesa que estaba acuartelado en el propio convento), se presentaron las turbas, entraron derrocando puertas, y asesinaron nada menos que cincuenta frailes. Todavía á las once de la noche se llegaron á la Merced Calzada, donde mataron á ocho profesos y un donado, dejando heridos á otros seis.

Como la Corte se había retirado á la Granja huyendo del cólera, quedó el general San Martín encargado de conservar el orden, y, en efecto, nada hizo para cumplir con sus sacratísimos deberes; pues sería el colmo de la candidez empeñarse en sostener que desde las tres de la tarde hasta las once de la noche, no pudo haber aniquilado á la turba de foragidos, relativamente poco numerosa, que cometió tan nefandos crímenes. Las autoridades se echaban la culpa unas á otras: Martínez de la Rosa, á San Martín; éste, á los jefes y oficiales subalternos; nadie castigó á los criminales. Verdad es que el Gobierno ahorcó á un músico del regimiento de la Princesa; pero fué por haber robado un cáliz en San Francisco el Grande.

**Nuevos degüellos.** Al año siguiente, vista la impunidad en que quedaban crímenes tan espantosos, despertóse en diferentes puntos de la nación la sed de sangre y de riquezas, que tan á poca costa y con cualquier pretexto se podía saciar. Y, en efecto, en el mes de Abril de 1835 se organizó en Zaragoza una cuadrilla de perdidos—entre cuyos jefes se hallaba un fraile apóstata—que, como por chanza ó burla, iba asesinando frailes y curas á granel: primero al canónigo Marco, en seguida á un clérigo, después á dos frailes de San Diego y á uno de San Francisco y á cuatro más del convento de la Victoria, hirieron también á otros varios. En Murcia, en el propio mes de Abril, otras turbas de análoga catadura asesinaron á tres frailes é hirieron á dieciocho. Pero á fin de celebrar, sin duda, dignamente el aniversario de los asesinatos de Madrid, para el mes de Julio se formalizaron más las cosas: en Reus mataron á casi todos los franciscanos y carmelitas que había en los dos conventos de la población, á los que las mujeres se entretuvieron en pegar fuego (22 de Julio); en Barcelona ardieron en una sola noche (25 de Julio) los conventos de carmelitas calzados y descalzos, agustinos, dominicos, trini-

tarios y mínimos. De nuevo tocó á Murcia el turno dentro del funesto mes de Julio, en cuyo último día fueron quemados los conventos de Santo Domingo, de San Francisco, de la Trinidad y de la Merced. Entre los presos políticos que fueron fusilados en Valencia al acercarse una partida carlista, estaba el deán de Murcia, D. Blas Ostolaza.

¿Dónde estaban entretanto las autoridades? Por miedo ó complicitad dejaron que las bandas de foragidos saciasen sus apetitos infernales, cometiendo aquel *pecado de sangre*, que aún permanece impune como negro borrón que mancha indeleblemente todas las banderas liberales. Aunque hasta entonces no hubieran tenido los carlistas levantados en armas el más mínimo pretexto para su proceder, tuviéronlo justificadísimo en las infamias que el Gobierno permitía; ni es de extrañar que ellas fuesen la causa del recrudecimiento de la guerra, que, si nunca fué humanitaria, desde entonces se hizo cruelísima y no desemejante á la caza de fieras alimañas. Aun pesa sobre esta infortunada nación la sombra de aquellos crímenes, que no tienen nombre en ninguna lengua de la tierra.

**Reformas eclesiásticas.** Las Cortes de 1834 empezaron aboliendo por unanimidad el voto de Santiago; á seguida legitimaron, digámoslo así, las compras y ventas de bienes nacionales, hechas desde el año 20 al 23, y extinguieron las capellanías colativas y laicales, memorias de misas y legados pios.

El año siguiente (4 de Julio) se decretó la extinción de la Compañía de Jesús, de cuyas temporalidades se hizo cargo el Gobierno; veinte días después fueron suprimidos todos los conventos y monasterios que no tuviesen doce individuos profesos, exceptuando sólo á los Escolapios y á los Colegios de misioneros de Asia. El 11 de Octubre del propio año se decretó la supresión de los monacales, salvándose por entonces los de Montserrat, San Juan de la Peña, San Benito de Valladolid, El Escorial, Poblet, Cartuja del Paular y San Basilio de Sevilla. Con tanta cortapisa, y con los gravísimos peligros que en todas partes corrían los regulares, ya apenas existían viviendo en comunidad, y las Cortes del 37 dieron la última determinación suprimiéndolos en toda regla.

**Enajenación de los bienes eclesiásticos.** Dicho se está que, con la supresión de los regulares, todos sus bienes quedaron á favor del fisco. Mendizabal los puso en venta por un decreto de 19 de Febrero de 1836, prometiendo traer á España *la animación, la vida y la*



*ventura* (ya iremos viendo la *ventura*, la animación la vida que ésto nos dió). No cabe en una obra como ésta referir por menudo aquel *inmenso latrocinio*, como lo calificó el duque de Rivas. Los conventos se vendían á infimo precio, sobre todo si los querían para destruirlos: más baratos aún los demás bienes raíces, pues hubo fincas que se pagaron con la renta del primer año. Los libros, pinturas, alhajas y todo género de obras de arte, bien podemos decir que no se vendieron ni caros ni baratos: se robaron ó dilapidaron de la manera más vergonzosa, y sabido es que gran parte de las preciosidades históricas de los antiguos conventos se guardan hoy, como oro en paño, en museos y bibliotecas extranjeras. Los bienes de las monjas llevaron igual camino que los de los frailes; aunque aquéllos tenían de particular que no venían en su mayor parte de donaciones piadosas de los fieles, sino que eran producto de las dotes aportadas por ellas al consagrarse al Señor.

Malbaratados los bienes de los regulares, los Gobiernos se fijaron pronto en todos los demás procedentes de las llamadas *manos muertas*. Verdad es que la venta de los primeros en nada favoreció á nuestra Hacienda; pero esto que alguno pudo extrañar no sorprendió á los que estaban en el secreto, pues nunca se trató de eso, sino de saciar el voraz apetito de gentes sin rubor ni conciencia, y consolidar de esta suerte las instituciones liberales, que en toda ocasión tendrían fervorosos defensores en los compradores de tales bienes, aunque no fuera más que por el espíritu de propia conservación. Igualmente se propusieron los liberales con la venta de los bienes del clero secular, y el resultado fué idéntico en todo. El Erario público no ganó nada; pero los enemigos de la Iglesia vieron engrosadas sus filas con nueva falange de gentes adineradas, dispuestas á todo antes que ceder las riquezas que á tan poca costa habían adquirido. Estos nuevos desaguisados comenzaron á cometerse en 1841, terminada ya la guerra. Por una real orden se dispuso que los bienes de las capellanías colativas se adjudicasen como de libre disposición á los individuos de las familias llamadas á su goce, sin diferencia de sexo, edad, condición ni estado.

Cuanto á los bienes de la Iglesia, en 1840 se prohibió venderlos sin autorización del Gobierno, y un año después fueron declarados nacionales y puestos en venta. En 1844 se devolvieron al clero los bienes no vendidos; pero los más valiosos ya habían desaparecido.

Parecerá exagerado lo que decimos en orden á la poca ó nin-

guna utilidad que sacó la Hacienda pública con la venta de los bienes eclesiásticos, y conviene añadir con el Sr. Lafuente (*Historia Eclesiástica de España*, tomo VI, pág. 230) que á mediados del año 42 los bienes del clero secular de la provincia de Madrid no alcanzaban á cubrir los sueldos de empleados y gastos de oficina, y la nación salía perjudicada en 14.570 reales.

Para completar este cuadro de criminales despojos es preciso añadir que ya en 1834 se habían adjudicado á la nación, para la extinción de la Deuda pública, las rentas del Santo Oficio, que en su mayor parte eran eclesiásticas; que en 1837 se suprimieron los diezmos y primicias, y que en lugar de estos arbitrios cobraba el Gobierno la contribución llamada de *Culto y Clero*, sin que se repartiese de ella más que una parte insignificante.

**Certificados de fidelidad.—Persecución contra los obispos.—Gobernadores intrusos.** Conviene volvamos la vista á los años de 36 y 37 para contemplar otros cuadros no menos edificantes que los de la desamortización eclesiástica. Los Gobiernos que se iban sucediendo hallaron un medio expedito y fácil de procurarse devotos en el clero ateniéndose al cumplimiento de lo que se había dispuesto en una orden de 29 de Noviembre de 1835, en que se mandaba á los Prelados que no proveyesen los beneficios sino en clérigos que hubiesen dado decididas muestras de su adhesión al Gobierno, á juicio del gobernador civil. Por ridícula que parezca tal orden se cumplió por algún tiempo, hasta que el propio Gobierno tocó muy de cerca los gravísimos inconvenientes que traía. Más tarde, durante la regencia de Espartero, se volvió á lo mismo, y por análogas razones tuvo que ceder el Gobierno.

El año de 1836, ocho de las Sillas metropolitanas estaban sin Pastor; cuatro de éstos habían muerto, y los otros cuatro estaban desterrados: el de Sevilla, en Cartagena; el de Santiago, en Menorca; los de Tarragona y de Zaragoza, en Francia, sin haber dado el menor pretexto para ello. No mejoró la situación al terminarse la guerra, como parecía natural. El general Espartero, ídolo de los progresistas, logró despojar á Doña Cristina de la regencia (Septiembre de 1840), y de nuevo arreció la persecución contra los obispos. No pasaban de diez los que ocupaban sus Sedes, y todavía fueron encausados los de Calahorra, Palencia, Canarias y Menorca, todos ellos por futilísimos pretextos: el de Menorca, porque se dijo que había autorizado para usar de los privilegios de la Bula sin tomarla, y había admitido en su diócesis el rezo de Santa

Filomena (¡cuánta necesidad!); el de Canarias, porque hizo ver la incompetencia de las Cortes para la reforma del clero; y los de Calahorra y Palencia, por haber representado al Gobierno, cosa permitida á todos los españoles según la Constitución entonces vigente.

Otra de las plagas de la época que vamos historiando fueron los gobernadores eclesiásticos intrusos. El Gobierno quería al frente de las diócesis Prelados de su devoción; y como el Papa se negaba á confirmarlos, influía el Gobierno, para que los Cabildos los admitiesen como gobernadores. Tal aconteció en Toledo, Zaragoza, Oviedo, Málaga, Tarazona y Jaén, que contra derecho tenían por gobernadores á clérigos que habían sido presentados para obispos de las propias diócesis. En Zaragoza, un Sr. La Rica llevó á los tribunales al Cabildo porque no le quería reconocer como gobernador; en Toledo ocurrieron cosas graves: el señor Vallejo, presentado arzobispo, se obstinaba en ejercer de gobernador; el Cabildo se resistía; pero habiendo sido desterrados algunos capitulares, los demás le reconocieron.

Muerto el Sr. Vallejo, fué elegido Vicario capitular el Sr. Golfanguer, secretario del difunto. Dudábase de la legitimidad de esta elección, y los párrocos por él nombrados fueron considerados como intrusos, con grande alarma de las conciencias timoratas. El cabildo de Lugo fué encarcelado en masa por una exposición al regente Espartero, y hubo un promotor fiscal que pidió para dicho Cabildo nada menos que la pena de muerte. La Audiencia de la Coruña rebajó la pena á un mes de arresto y las costas. Todavía no se ha podido averiguar qué decia el Cabildo en su exposición; tan reservada era.

Acaso sobrepujó á todos el escándalo de Málaga: el Sr. Ortigosa, canónigo de Sevilla, fué elegido gobernador eclesiástico á gusto del Gobierno; mas como dicho sujeto se manifestase poco ortodoxo en sus sermones y escritos, el Tribunal metropolitano de Sevilla le formó causa. Apeló el interesado al juez laico, y no solamente obtuvo su libertad, sino su reposición en el gobierno de la diócesis malacitana.

**La Nunciatura, el Papa y el Gobierno español.** A poco de haber muerto Fernando VII, y en vista de los gravísimos desafueros de la Regencia, Gregorio XVI retiró su Nuncio, quedando encargado de los negocios el Sr. Ramírez de Arellano. Como éste protestase de los atropellos de la Junta revolucionaria de Madrid,— que en

1840 suspendió á gran parte de los asesores del Tribunal de la Rota,—y contra la reposición del gobernador eclesiástico intruso de Málaga, sospechoso de herejía, el gobierno de Espartero le hizo conducir á la frontera.

Ya en 1836 pronunció Gregorio XVI, ante el Colegio cardenalicio, una alocución lamentándose de los excesos de nuestro Gobierno contra la Iglesia; pero nada consiguió. En 1841 volvió á elevar su voz, haciendo un catálogo de las gravísimas injurias inferidas á la Iglesia por los poderes públicos, y lamentándose de ellas con acento de profunda amargura. Principalmente hacia hincapié Gregorio XVI en el martirio que se hacía sufrir al virtuoso clero español, y en el infame proceder de algunos pocos de ese mismo clero, que, á trueque de captarse la benevolencia oficial, no dudaban en convertirse en lobos del rebaño de Cristo y en perseguidores de su Esposa la Iglesia. El Gobierno contestó á la alocución pontificia con un manifiesto en que se calumniaba al Papa atribuyéndole miras y pensamientos belicosos, que de seguro no se le habían pasado por las mientas.

La persecución contra la Iglesia iba tomando ya un carácter sumamente agudo á medida que se acercaba á su fin la funesta regencia de Espartero: los regulares que se habían salvado de las matanzas, vivían reducidos á la última miseria; la situación del clero secular no era más halagüeña á consecuencia de la venta de sus bienes y de no abonársele las pensiones que se le habían señalado, y más que todo por la feroz persecución de que eran objeto. Pues todavía un señor Alonso, ministro de Gracia y Justicia, pensaba ir mucho más lejos con un proyecto de ley que presentó en las Cortes de 1842 sobre separación de Roma. A tal extremo habían llegado las cosas cuando Gregorio XVI publicó una Encíclica, dirigida al orbe católico, ordenando rogativas por la Iglesia de España, y concediendo indulgencia plenaria á los que cumpliesen con los requisitos señalados en el documento pontificio. Dios acogió benigno los ruegos del mundo católico, y no se tardó en desagraviar á la Iglesia, aunque no de un modo satisfactorio, quizá porque en aquel entonces era punto menos que imposible.

**Reparaciones y desagravios á la Iglesia.** Fueron de cuantía las satisfacciones que se dieron á la Iglesia en los nueve años transcurridos desde el 44 hasta el 53. No se hizo todo lo que la justicia exigía; pero, ya lo hemos dicho, acaso no era posible hacer mucho

más. Hay que exceptuar el plan de estudios de 1845, que si en el deseo de su autor no tenía nada de heterodoxo, dió con todo fatales resultados en la enseñanza.

Apenas cayó Espartero, volvieron de su destierro, tanto los Prelados como los eclesiásticos, ocupando todos sus respectivos puestos. Claro está que *ipso facto* quedó anulada aquella orden absurda y tiránica, prohibiendo dar órdenes sagradas fuera de casos muy especiales. El Tribunal de la Rota volvió á funcionar, y se autorizó, ó más bien se dejó en libertad á los Prelados para convocar concursos y obrar en todo como las leyes eclesiásticas disponen. Además votaron las Cortes una dotación de 159 millones para culto y clero, y se devolvieron á éste, como queda dicho, los bienes no enajenados.

**Balmes y el casamiento de Isabel II.** En 1840 apareció en Vich una obra intitulada *Observaciones sociales, politicas y económicas sobre los bienes del clero*, escrita por un joven presbítero de aquella ciudad, por nombre D. Jaime Balmes. La obra llamó extraordinariamente la atención por la alteza del pensamiento. Poco después pasó Balmes á Barcelona, y allí escribió primero *La Civilización*, revista muy importante, y después *La Sociedad*. En 1844 llegó á Madrid y fundó *El Pensamiento de la Nación*, periódico cuyos esfuerzos se enderezaban á matar la cuestión dinástica por medio del casamiento de Isabel II con su primo el conde de Montemolín. Una baja combinación diplomática, en que entraron la reina Cristina y el rey Luis Felipe, dieron al traste con el pensamiento de Balmes; y hoy, después de tantos años transcurridos y tanta sangre derramada, la cuestión permanece en pie, y lo que es peor, debilita las fuerzas católicas, dividiéndolas y poniendo la suerte de la nación y de la Iglesia de España en manos enemigas, que ya está visto cómo han dejado á la una y á la otra.

**Concordato de 1851.** El Gobierno español envió á Roma un agente para ver de preparar una reconciliación con la Santa Sede, que debía tener por fundamento el reconocimiento de la Reina por el Papa. Después de los horrores que en nombre de ella se habían cometido en los diez años anteriores, Gregorio XVI se resistía á reconocerla. Es probable, sin embargo, que el anciano Pontífice hubiera concluido por acceder á los deseos del Gobierno español, pero murió en 1.º de Junio de 1846, sucediéndole Pío IX. Este mandó á Madrid al año siguiente á Monseñor Brunelli como delegado apostólico, y en muy poco tiempo se proveyeron de

Obispos todas las Sedes vacantes. Ya en tan buenos términos de concordia, la intervención de España en 1848 para restablecer al Papa en sus dominios, de los cuales le había arrojado la revolución, concluyó con las diferencias existentes, facilitando la terminación del Concordato, que se firmó en 16 de Marzo de 1851. Este convenio, sumamente favorable á España, ha sido barrinado diferentes veces por toda clase de Gobiernos, que comúnmente sólo se atienen á él en lo ventajoso.

**Iniquidades del bienio progresista.** Era muy larga la relativa paz y bienestar de la Iglesia desde el 44 hasta el 54, y los progresistas, ayudados por O'Donnell, derribaron al Ministerio, haciendo reverdecer los laureles del 40 al 43, y repitiendo de por be cuanto se había hecho en aquel trienio. Inmediatamente se cerró la Nunciatura, se restableció la Teología en las Universidades, sin contar con nadie; se prohibieron las procesiones, se desterró al obispo de Urgel y se empezó á llevar adelante la desamortización. Definido el dogma de la Inmaculada Concepción el día 8 de Diciembre de 1854, un diario titulado *El Católico* publicó la Bula dogmática de la definición. El Gobierno encausó al periódico y retuvo la Bula, publicándola al fin de Mayo de 1855 con larguísima cláusula restrictiva. También los obispos de Barcelona y del Burgo de Osma, señores Costa y Borrás y Orcos San Martín, fueron desterrados; el primero por *faccioso* —y no había salido de Valencia desde 1830 á 1840,—y el segundo por haber citado en una representación al Gobierno la Bula *In Coena Domini*. Lo ridículo y grotesco de este asunto llegó al colmo cuando el ministro D. Patricio de la Escosura, al dar cuenta de esa medida á las Cortes, empezó diciendo: «Un tal Vicente de Osma», y las Cortes le aplaudieron la gracia. Eran tal para cual.

Algo más, que fuera duradero, quisieron hacer contra la Religión aquellos famosos progresistas, y después de una larga discusión, en que se vertieron las ideas más extrañas, se estableció una especie de tolerancia de cultos que lo mismo podía ser libertad, puesto que no se definían los límites á que había de ceñirse la autoridad para prohibir las manifestaciones de los cultos no católicos. Bien lo vemos hoy, que cada uno entiende como le place el artículo constitucional que establece la tolerancia de cultos.

**Nueva reacción.—Convenio adicional de 1860.** O'Donnell, que había contribuido tanto á formar la situación progresista, la deshizo á cañonazos; más no tardó en ser sustituido por Narváez. Se

restableció la unidad religiosa, abrióse la Nunciatura y quedó en vigor el Concordato, aunque no se remediaron los atropellos cometidos en el bienio anterior.

Como en él reinó la anarquía más completa en asuntos eclesiásticos, creyóse conveniente estipular un convenio que vendría á ser á manera de complemento del Concordato del 51. Así se hizo en 1859, publicándose en Madrid en 4 de Abril de 1860. En él se reconoció el derecho de la Iglesia para adquirir toda clase de bienes; mas al propio tiempo se sanearon las enajenaciones que se habían efectuado á consecuencia de la ley de desamortización de 1855, y se autorizó la conversión de los bienes eclesiásticos remanentes en títulos intransferibles del 3 por 100. El Gobierno prometía solemnemente no poner obstáculos á la celebración de los Sínodos diocesanos, y éste ha sido uno de los pocos artículos respetados, sin duda porque no tenía el menor interés en echarlo por tierra. En todo lo demás, el Estado se apresuró á sacar todas las ventajas (lo mismo que hizo con el Concordato); pero va con pies de plomo en la parte onerosa.

**Retención de la Bula «Quanta cura.» — Reacción tardía. — Reconocimiento del reino de Italia. — Destronamiento de Isabel II.** Los hombres del partido moderado que subieron al poder en 1864 cometieron el anacrónico desafuero de retener la Encíclica *Quanta cura*, en que se condenaban los principales errores modernos, entre los cuales estaba el liberalismo. La mayoría del Consejo de Estado consideró inconveniente que los Prelados hubiesen publicado la Encíclica sin el *pase regio*, y opinó que debía amonestarse al Nuncio por habérsela transmitido sin el requisito mencionado, contravieniendo á la pragmática de Carlos III de 1768. La minoría de aquel alto Cuerpo entendió que lo mejor sería indicar al Cardenal secretario, por medio de nuestro embajador en Roma, lo conveniente que hubiera sido dar noticia de dicha Encíclica directamente á nuestro Gobierno. El ministro Arrazola así lo hizo, y á poco mandó publicar en la *Gaceta* el asendereado documento pontificio.

Cuando ya las doctrinas revolucionarias y anticatólicas habían andado largo trecho, quiso el Gobierno moderado echar pie atrás, y en cumplimiento del art. 2.º del Concordato—que manda que *la instrucción en las universidades, colegios, seminarios, escuelas públicas ó privadas de cualquiera clase, sea en todo conforme á la doctrina de la religión católica*—pensó en separar á los catedráticos no católicos, entre los cuales descollaba el estrafulario krausista

Sanz del Río. La fiera revolucionaria, tan mimada, en una ú otra forma, por todos los Gobiernos liberales, tenía más empuje que el Gobierno. Este cayó; subió la Unión Liberal con su indispensable O'Donnell al frente, y no paró hasta reconocer el llamado *reino de Italia*, ó sea el despojo de una parte del patrimonio de la Iglesia. La Reina se resistía; pero en los Gobiernos á la usanza moderna rara vez es dado al poder móderador oponerse á lo que disponen sus consejeros, aunque no representen, como casi nunca representan, á la mayoría de la nación. Isabel II cedió en aquella ocasión como en otras muchas, y con ello concluyó de perder las simpatías del pueblo católico.

Esto ocurría en 26 de Julio de 1865. De nuevo subió al poder el partido moderado, y el ministro Catalina, hombre de ideas sanas, publicó en 1866 una serie de decretos para reformar la enseñanza en sentido católico. Todo en vano. Cuando en Abril de 1868 murió Narváez, que era el jefe y el alma del partido, pú-dose asegurar la caída de la dinastía. Los que en aquel entonces estaban en condiciones de poder apreciar las palpitaciones de la opinión pública, saben muy bien que el pueblo vió en general con buenos ojos el destronamiento de Isabel II, que pasó la frontera francesa el 29 de Septiembre de 1868, treinta y cinco años después—ni día más, ni hora menos—de la muerte de Fernando VII.

### III.—PERÍODO DE LA REVOLUCIÓN DE SEPTIEMBRE.—LA RESTAURACIÓN

**Los primeros exabruptos de la revolución.** La caída de Isabel II comenzó con el desbordamiento de pasiones brutales. Bandas de foragidos protegidas por las Juntas revolucionarias que se fundaron en todas las ciudades importantes, y más tarde por el Gobierno provisional, salieron de sus antros para caer como lobos hambrientos sobre la Iglesia. La Junta de Madrid, de acuerdo con el Ayuntamiento, dió buena cuenta de las parroquias de Almu-dena, de Santa Cruz, de San Millán y de otras iglesias y conventos. El Gobierno provisional hizo suyo el programa de la Junta, que había proclamado la libertad de cultos, de asociación, de imprenta y de enseñanza, y, sin duda, para sangrienta burla de tanta libertad, el ministro de Gracia y Justicia, Romero Ortiz, suprimió todos los conventos de varones fundados desde el año 37 y redujo á la mitad los de mujeres, embargando los fondos



de la Sociedad de San Vicente de Paúl. Entretanto la Junta de Barcelona derribó dos ó tres iglesias y otros tantos conventos, algunos de gran mérito artístico; y al mismo tiempo que tomaba bajo su protección á todas las religiones, prohibía todo acto público de la única verdadera; en Reus se demolió el convento é iglesia de las carmelitas, previa expulsión de las mismas; en Selva fué asesinado el P. Crusats, del Inmaculado Corazón de Maria; en Sevilla se cerraron hasta cincuenta y siete iglesias, siendo destruidas varias de insigne mérito artístico; las religiosas fueron inhumanamente maltratadas, y era de ver cómo se entretenía la canalla fusilando imágenes sagradas y quemando soberbios retablos de Montañés. La Junta de Valladolid mandó destruir á martillazos las campanas de todas las iglesias; no debia quedar más que una en cada templo: el llamado de los Mostenses fué convertido en club, donde se dijeron las más horrendas blasfemias. En Salamanca y otras ciudades episcopales las Juntas se apoderaron de los seronarios, y seria cosa de nunca acabar, aunque de grande enseñanza, referir las ferocidades de todo género que cometió la revolución en nombre de la libertad.

¡Buenos ejemplos estaba dando el Gobierno para que los subordinados no cometiesen excesos! Romero Ortiz, ministro de Gracia y Justicia, suprimió el Tribunal de las Órdenes militares (Noviembre del 69), y pocos días después el fuero eclesiástico. Ruiz Zorrilla puso los ojos en las alhajas y objetos de arte de los archivos eclesiásticos, y dió un decreto sobre incautación de los mismos. Pero el pueblo conserva aún acendrado amor á tales objetos, que son la única gloria que nos va quedando, y el gobernador de Burgos, Gutiérrez de Castro, que ya tenía irritada aquella ciudad con sus impías y sacrílegas bravatas, pagó con la vida su visita á la catedral. Como de costumbre, se echó la culpa de todo al clero, que además de aconsejar al gobernador á tiempo que se retirase, ofreciéndose á dirigirle por una puerta excusada, fué el único que hizo cuanto pudo para socorrerle.

**Cortes constituyentes, libertad de cultos, matrimonio civil, persecución de obispos, juramento, etc.** No amainó la tempestad revolucionaria, aun pasadas las primeras borrascas. Poco antes de abrirse las Cortes constituyentes, la canalla popular, convocada por carteles, arrastró y quemó las armas pontificias del palacio de la Nunciatura delante del ministerio de Gracia y Justicia, sin que nadie se lo estorbara (27 de Enero de 1869). Lo primero que hicieron las

Cortes fué hilvanar apresuradamente una Constitución con amplísima libertad de cultos. Las impiedades que se dijeron sin qué ni para qué en aquellas aciagas Cortes, no son para estampadas. Súñer y Capdevila, García Ruiz, Díaz Quintero, Roberto Roberts y Garrido, se declararon ateos y dijeron horrores de la Religión y de todas las religiones. También Castelar se despidió «del mundo de la fe y de la Teología» pasándose «al de la Filosofía y al de la razón» (¡como si fueran contrarios!). Los antiguos progresistas se quedaron tamañitos ante las brutales declaraciones de los nuevos corifeos.

Defendieron la unidad católica en discursos brillantísimos el cardenal Cuesta, arzobispo de Santiago, el Sr. Monescillo, obispo de Jaén, y el Sr. Manterola, canónigo magistral de Vitoria. Ciento sesenta y tres votos contra cuarenta dieron la razón á los defensores de la libertad de cultos el día 5 de Junio de 1869. En 27 de Mayo de 1870 se votó el matrimonio civil, y por decreto de 11 de Enero de 1872 se declaró que el matrimonio canónico no tendría efectos legales sin el civil. Este gozaba de todos los derechos, aun sin el canónico.

Como entretanto, y á fuerza de atropellos y persecuciones cometidas con ellos, los carlistas se hubiesen levantado en armas, Ruiz Zorrilla dirigió una circular á los obispos mandándoles tomar determinadas disposiciones contra los clérigos que se fuesen al campo. Los obispos protestaron unánimemente contra los adefesios del Ministro, y tres de ellos fueron encausados, y el de Osma llevado á Madrid entre guardias civiles.

Lo mismo á los obispos que al clero se les obligó á jurar la Constitución; pero todos, con rarísimas excepciones, se negaron á ello; el Gobierno vió los cielos abiertos, pues tenía ahí un motivo muy plausible para no pagar á nadie. Lo mismo se hizo con los profesores católicos, que recibieron idéntico premio á seguida de haberse proclamado todas las libertades imaginables.

En esto Pío IX convocó el Concilio del Vaticano, y los obispos españoles acudieron al llamamiento pontificio á pesar de la protesta de Martos (ministro de Estado) y de haberse empeñado éste en negarles los pasaportes. La prensa liberal (¡oh celosísima defensora de la religión y de la honra nacional!) temía que nuestros obispos hiciesen mal papel, y se opuso á que se presentasen en Roma. Afortunadamente rayaron á grandísima altura, y esto debió de llenarla de satisfacción.

**Reinado de Amadeo de Saboya.** Los liberales anduvieron, para vergüenza nuestra, ofreciendo la corona de España á varios príncipes extranjeros, rechazáronla, que se sepa, Fernando, de Portugal, y Tomás, de Génova; el de Hohenzollern Sigmaringen, de Alemania, la admitió, y esto sirvió de pretexto para la guerra franco-prusiana, con lo cual se hizo también imposible su elevación al trono. Ultimamente, Amadeo de Saboya tuvo la debilidad de aceptarla, y vino á España en Diciembre de 1870, cuando Prim, que era el llamado á sostenerle, fué asesinado cobardemente en la calle del Turco, tres días antes de la llegada del nuevo Rey á Cartagena. La Iglesia tuvo poco que agradecerle, y es natural. En su tiempo nació la famosísima *partida de la porra*, cuyo noble fin se cifraba en apalear á quien no se entusiasmase con aquel orden de cosas; se trató, aunque inútilmente, de resucitar el vetusto *pase regio* cuando circulaban con aplauso del poder civil las más escandalosas publicaciones, que á todo andar corrompían la inteligencia y el corazón del pueblo; cuando cada teatro era una mancebia, con el cancan por única manifestación del arte. A la misma época pertenece la supresión de la palabra *Dios* en los documentos oficiales y el cisma promovido por Zorrilla con los nombramientos del Sr. Llorente para arzobispo de Cuba, y del Sr. Alcalá Zamora para obispo de Cebú. Alcalá Zamora murió en Manila después de dar ejemplos poco edificantes; pero Llorente se intrusó como arzobispo electo y gobernador eclesiástico, á pesar de la terminante prohibición del Papa, que le declaró *moralmente indigno de tan alta prelación*. Los señores D. José Carrión y Orberá y D. Ciriaco Sancha, Vicario capitular y Secretario respectivamente, se opusieron con valor y constancia á semejantes atropellos.

**La Iglesia de España durante la república.** En nada estuvo tan acertado el infeliz D. Amadeo de Saboya como en renunciar una corona que no se había hecho para su cabeza. Ni el pueblo español pudo querer nunca á un rey extranjero, hijo por más señas del carcelero del Papa, ni los partidos que le habían traído hicieron el menor sacrificio para retenerle. Marchóse, pues, con excelente acuerdo, en Febrero de 1873, y quedó España á merced de las turbas que en los primeros meses de la revolución cometieron las salvajadas que brevisimamente hemos descrito poco ha.

Establecióse un poder central que se llamó república, unas veces federal, y unitaria otras, presidida sucesivamente por Fi-

guerras, Pi y Margall, Salmerón y Castelar. Un libro no menor que éste fuera necesario para dar alguna idea del desconcierto y anarquía en que se vió envuelta la nación, en particular durante el año de 1873. El Ayuntamiento de Cádiz inauguró sus actos de salvajismo arrojando de su casa á las monjas de la Candelaria, y destruyendo su iglesia. También quiso destruir la de San Francisco; pero sobre una de sus capillas reclamaba derechos el cónsul francés, y ahí se estrellaron sus buenos deseos. No tuvieron igual suerte las dos columnas de mármol con las efigies de los santos Germán y Servando, patronos de Cádiz, que fueron derribadas, á pesar de las protestas del comandante de Marina, porque servían de valiza ó señal para los prácticos del puerto. Y la enseñanza de la religión sustituida por la de la moral universal en las escuelas municipales; y la supresión del calendario religioso y la fundación de una fiesta cívica; y la secularización de los cementerios, y destrucción de todas las imágenes y signos religiosos que había en las calles, arrancando también de paso la cruz del cementerio; y la incautación de los cuadros de Murillo que había en varias iglesias; y la subasta de los cálices y custodias para armar á los voluntarios de la libertad, y hasta la supresión de la pila bautismal en la Casa de Expósitos: todo esto fué como una muestra de lo que se hizo en otras muchas ciudades. Málaga no destruyó más que dos conventos: el de capuchinos y el de la Merced; en Granada, el *Comité de la Salud Pública* no estuvo satisfecho hasta promulgar su Constitución para aquel Cantón Federal; en Extremadura se procedió al pacífico repartimiento de las dehesas, á tenor de lo que enseñaba la Internacional; en Valencia hubo su correspondiente sublevación cantonal, y en Alcoy se incendiaron no sabemos cuántas fábricas, se asesinó á la Guardia civil y á las autoridades; la sublevación de Cartagena fué muy seria y dió mucho que hacer al Gobierno; en varias iglesias de Barcelona organizaron los voluntarios de la libertad escandalosísimos bailes é inmundas orgías y bacanales. Entretanto los carlistas iban preparando numerosos y aguerridos batallones, tanto en el Norte como en Cataluña, Valencia y Aragón, y el desmoralizado ejército liberal contaba sus descalabros por el número de sus encuentros con aquéllos.

El Sr. Castelar, que hasta entonces se había pasado la vida cantando las delicias de la república sin quintas, sin pena capital, y con todas las libertades y derechos ilegislables, amordazó á

la prensa, restableció la pena de muerte y decretó una quinta de 80.000 hombres.

Como salvadora medida en la deshecha borrasca, el mismo Castelar suprimió de una plumada las Ordenes militares; y como éstas administraban numerosas parroquias exentas, Pío IX las agregó á las diócesis más inmediatas, suprimiendo todos los privilegios jurisdiccionales. D. Francisco Maeso y Durán, provisor de Llerena, se resistió tenazmente á entregar las parroquias al obispo de Badajoz, persiguiendo y hasta encarcelando á los curas que se sujetaron al obispo. El Tribunal de las Ordenes, restablecido poco después, ayudó á los díscolos y se extendió el cisma á otros pueblos. Todo acabó en 1875, no sin haber costado la vida al Dr. Alday, que murió á los pocos días de su llegada á Llerena, á ponerse al frente del priorato, del susto que le dieron los vecinos con sus amenazas de muerte.

Con todo, el desprestigio de la república llegó al colmo al abrirse las Cortes el 2 de Enero de 1874. Castelar cayó como todos los que le habían precedido, quedando sin un átomo de prestigio; y ya no se sabía de quién echar mano, cuando el Sr. Pavía, capitán general de Madrid, dió el famoso golpe de Estado, cerrando las Cortes con la ayuda de un pelotón de la Guardia civil, y estableciendo un Gobierno provisional bajo la presidencia de Serrano (3 Enero de 1874).

**Los dos años de Gobierno provisional.** Apenas dieron los carlistas espacio ni vagar al Ministerio Serrano para sus habituales fechorías; pero así y todo, no dejó de dar muestras de lo que era y de hacer sus pínitos de persecución contra la Iglesia, ora apoyando, como dejamos dicho en el párrafo anterior, á los desobedientes á la autoridad eclesiástica con motivo de la supresión de las jurisdicciones exentas de las Ordenes militares, ora negando el *pase* á las bulas de varios obispos preconizados por Pío IX.

Las ilusiones que muchos se habían forjado al advenimiento de Serrano al poder ilusiones que no tenían el menor fundamento, puesto que los hombres que formaban el nuevo orden de cosas eran bien conocidos, y estaban completamente gastados, se deshicieron como el humo. No había, pues, salvación, ni orden, ni Hacienda, ni crédito, ni nada; y he aquí que el general Martínez Campos, aprovechando el desaliento de todos los partidos liberales, proclama al príncipe Alfonso rey de España á fines del año 1875, y se presenta en Madrid sin tirar un tiro, no sin antes

haber declarado que era católico como sus antepasados y liberal como el siglo.

**La restauración.** Pudo haber sido una restauración verdad, completa; las circunstancias convidaban á ello, pero los hombres que la efectuaron estaban imposibilitados por sus ideas. Si hubieran abjurado de sus antecedentes; si hubieran roto hoja por hoja el libro de su historia, habría motivos para esperar algo bueno; pero el Sr. Cánovas del Castillo, en cuyas manos cayó el poder, no quiso renegar de su liberalismo doctrinario, y no tardó en declararlo, asegurando que venía á continuar la historia de España. Verdad es que en los primeros momentos se esforzó por captarse la benevolencia de la Santa Sede.

Como el despojo de Roma por los *italianísimos* se había efectuado en la época de la revolución, los liberales, que se apresuraron á mandar un embajador que representase á España en la Corte usurpadora, para nada se habían acordado del Papa: el señor Cánovas se apresuró á mandar un embajador al Vaticano distinto del que teníamos en el Quirinal, pidiendo á la vez un Nuncio para Madrid, con que habían de reanudarse las relaciones con la Santa Sede. Algo hizo también para hacer ver á los carlistas que no tenían motivo para seguir tremolando la bandera católica en los campos de batalla: derogó algunas disposiciones de la ley del matrimonio civil, y otorgó el *pase* á la bula de varios obispos preconizados; pero no se excedió mucho. A poco se reunieron las Cortes y declararon la tolerancia de cultos contra la protesta de millones de católicos, del Episcopado y del Papa. Lo peor es que la tolerancia se va convirtiendo en libertad, y ahora mismo España entera protesta como un solo hombre contra la proyectada apertura de una capilla protestante, levantada en la calle de la Beneficencia de Madrid. Hasta el momento en que escribimos estas líneas, el Ministerio presidido por el Sr. Sagasta no ha concedido aún el permiso, y Dios le ilumine para negarlo en absoluto ahora y siempre; hacer otra cosa sería una vergüenza para España, un escándalo y un precedente funestísimo.

Pero sin capillas protestantes tenemos bastantes calamidades encima: una prensa impía y descocada, á la que nadie le va á la mano, y vomita herejías y groseras calumnias contra el clero, y otra que, sin renegar del nombre de católica, es un azote para la Iglesia, pues artera é insidiosamente siembra, ya que no otra cosa, la indiferencia y la inmoralidad, alardeando, eso sí, de una

medida y de una circunspección que todavía la hace más peligrosa. Esta es la plaga más horrible de los tiempos modernos: la prensa impía ó indiferente.

## CAPITULO V

---

### **Disciplina eclesiástica.—Institutos religiosos y personas notables en virtud.**

#### **I.—DISCIPLINA**

**Concordato de 1851.** Ya hemos dicho que se reconoce á los obispos por el Concordato el derecho de velar por la pureza de la doctrina y de la moral en todos los centros docentes de la nación. Dispónese una nueva circunscripción de diócesis, se eleva á metropolitana la de Valladolid, se suprimen ocho sufragáneos y se erigen tres (Madrid, Vitoria y Ciudad Real).

Cesan las jurisdicciones exentas, menos las que allí se expresan, y suprímese la Colecturía de espolios, vacantes y anualidades, y el Tribunal del Excusado.

Se fija el número de dignidades, prebendados y canónigos que ha de haber en cada iglesia catedral ó colegiata, y asimismo el de los beneficiados de unas y otras. Todos deberán ser sacerdotes, ó ordenarse de presbíteros *intra annum adepti beneficii*. Queda intacto el Patronato Real, y lo mismo los patronatos eclesiásticos y laicales.

Se dispone que los bienes enajenados de las religiosas se devuelvan á las mismas, y en su representación á los Prelados respectivos, procediéndose por éstos á la venta de dichos bienes en forma canónica, y convirtiendo su producto en inscripciones intransferibles de la Deuda del Estado del 3 por 100. Análogas disposiciones se toman respecto de los bienes eclesiásticos no enajenados del clero secular y regular, y se reconoce á la Iglesia el derecho de adquirir por cualquier título legítimo. Su Santidad subsana las ventas de bienes eclesiásticos hechas *al tenor de las disposiciones civiles á la sazón vigentes*, declarando que pueden disfrutar de dichos bienes segura y pacíficamente los que los compraron ó sus sucesores.

El Gobierno, por su parte, se compromete á pagar las asignaciones que se estipulan para la dotación del culto y clero.

Los Regulares según el Concordato y disposiciones posteriores. Es grave error, muy extendido por cierto, el de que, en virtud del Concordato, quedan los Regulares, antes exentos, sujetos á la jurisdicción ordinaria, ó que sólo gozan exención parcial é *intra claustra*, dependiendo de los Ordinarios en todo lo demás. Tratándose de regulares privilegiados que viven en comunidad, no hay el más mínimo fundamento para establecer semejante doctrina. El Concordato, en su art. 11, deja en pie de una manera explícita la jurisdicción exenta de los Prelados Regulares. La Bula *Quae diversa*, que se cita al mismo propósito, nada dice de semejantes exenciones, ó más bien terminantemente las exceptúa. Igual juicio debe formarse de los Regulares que, procedentes de Francia, se han establecido en España; si allá eran exentos, de igual beneficio deben gozar entre nosotros, sin que necesiten hacer esfuerzos grandes ni chicos para recabar unos privilegios que no se han debido poner siquiera en tela de juicio.

Las religiosas todas (exceptuando sólo las Hijas de la Caridad) quedan por el Concordato, y por disposiciones posteriores, sujetas á los Ordinarios. Otro tanto debe decirse de los religiosos exclaustrados que viven en el siglo; mas estos mismos, si se reúnen en número de tres, de los cuales uno, por lo menos, sea sacerdote, quedan sujetos á la jurisdicción del Prelado Regular.

Lo que se ha cumplido del Concordato. Por punto general,—ya lo hemos dicho,—los Gobiernos se han apresurado á poner en práctica lo favorable del Concordato, demorando cuanto han podido el cumplimiento de todo lo oneroso. Sin embargo, paulatinamente se han ido verificando algunas reformas útiles. No se tardó en elevar al rango de metrópoli la antigua sufragánea de Valladolid y en erigirse la diócesis de Vitoria. La de Madrid no se erigió hasta 1885, y en este mismo año se declaró independiente de Salamanca la de Ciudad-Rodrigo, que según el Concordato debe unirse á aquélla. Rígela hoy un Administrador apostólico, con carácter episcopal. Cesaron las exenciones de los obispados de León y Oviedo, quedando aquél agregado á Burgos, y éste á Santiago. En lugar de la nueva diócesis que se debía erigir en Ciudad Real, establecióse después de la restauración el coto redondo y *Priorato de las Ordenes militares*; y para que subsistiese el número de sillas episcopales prometido en el Concordato, se restableció la



de Tenerife en 1877. En varias diócesis se ha hecho ya el arreglo parroquial que se ordena en el art. 24; en otras no. Queda también por hacer todavía la nueva circunscripción de diócesis, que por cierto es una de las cosas que más urgen, pues no hay nada tan anómalo y caprichoso como la división actual.

Cuanto á los bienes eclesiásticos, las solemnes declaraciones del Concordato fueron vulneradas por los revolucionarios de 1854. Por eso se pactó el convenio adicional de 1859, que igualmente fué pisoteado por numerosas órdenes, decretos y leyes desde 1868 hasta la restauración. Cuando se verificó ésta quedaron anuladas á su vez aquellas disposiciones, y en vigor el Concordato y el convenio citados.

**Disposiciones concordadas en orden á la provisión de beneficios simples.** Se han tomado en estos últimos años determinaciones muy útiles y acertadas para la provisión de canonicatos y beneficios de catedrales y colegiatas. Por real decreto de 6 de Diciembre de 1888, convenido con el Nuncio de Su Santidad, se dispone que la mitad de las canonjías y de los beneficios de gracia se provean en adelante por oposición, pudiendo imponer los Prelados, oyendo á sus respectivos Cabildos, cargos especiales á los agraciados, como los de enseñar en los Seminarios, cuidar de las bibliotecas y archivos, etc. Los ejercicios de oposición para estas canonjías serán los mismos que se practican para obtener las de oficio; para los beneficios, serán los usados en concursos á parroquias; mas cuando lleven anejo un cargo especial, el Ordinario, oyendo al Cabildo, añadirá un ejercicio adecuado á lo que exige el buen cumplimiento de dichos cargos.

Otro real decreto (de 23 de Noviembre de 1891), concordado también, establece las condiciones que han de reunir los que hayan de ser agraciados con las dignidades, canonjías de gracia y beneficio de catedrales y colegiatas. Ni la Corona, ni los Prelados, ni los Cabildos podrán conferir dichos cargos si los aspirantes no reúnen las condiciones que en dicho real decreto se expresan.

**Reducción de fiestas.** Pío IX, á petición del Gobierno español, dió un decreto (26 de Junio de 1867) suprimiendo todas las fiestas secundarias (vulgarmente *días de Misa ó medius fiestas*), en las cuales había obligación de oír Misa, mas no de abstenerse de trabajos serviles. Relevó asimismo á los españoles de entrambas obligaciones en los segundos días de las tres Pascuas (Resurrec-

ción, Pentecostés y Navidad), en el día de la Natividad de Nuestra Señora y en el de San Juan Bautista. Establece también que en cada diócesis no ha de haber más que un Patrón principal, cuyo día debe celebrarse como fiesta. En Diciembre del mismo año, á petición de Isabel II, restableció el mismo Pío IX la fiesta de la Natividad de la Virgen.

Quedan, pues, obligatorias en España (además de los dominicos) las fiestas siguientes: *Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, Circuncisión y Epifanía, Purificación de Nuestra Señora y Anunciación, Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo, Corpus Christi, San Pedro y San Pablo, Santiago el Mayor, Asunción de Nuestra Señora, su Natividad y Concepción Inmaculada, Todos los Santos y Patrono principal de la diócesis.*

Esta reducción tuvo su transcendencia á las vigiliass y ayunos: suprimidas varias fiestas, quedáronlo también las vigiliass de las mismas; pero los ayunos subsisten, aunque trasladados á los viernes y sábados de Adviento. Cuando ocurre la fiesta de la Inmaculada en viernes ó sábado de Adviento, se traslada el ayuno al jueves anterior, según decreto pontificio de 9 de Noviembre de 1870. Queda asimismo subsistente la solemnidad litúrgica con que se celebraban las fiestas y vigiliass suprimidas, sin que en esto se haya introducido variación alguna.

**Esponsales inválidos sin escritura pública.** Por real orden de 18 de Septiembre de 1788 y pragmática de 10 de Abril de 1803, estaba dispuesto en España que los esponsales no elevados á escritura pública fuesen nulos y sin ningún valor; mandando á la vez á los Tribunales eclesiásticos que no admitieran ninguna demanda de esponsales que no estuviesen prometidos con dichas formalidades. Claro está que semejante disposición, por razonable que fuese en sí misma, no podía obligar en el fuero interno; pues sobre estar poco conforme con las leyes canónicas, invadía un terreno que no le era propio. Ello es, no obstante, que la ley fué aceptada en la práctica, adquiriendo con esto cierta sanción y fuerza canónica. Así las cosas, se preguntó á la Sagrada Congregación del Concilio si los esponsales contraidos en España sin escritura pública son válidos, y contestó en 31 de Enero de 1880 negativamente.

## II.—INSTITUTOS RELIGIOSOS.—PERSONAS NOTABLES EN VIRTUD

**Los Regulares desde 1835 hasta la restauración.** Existían en la Península, en 1835, treinta y un mil religiosos varones de todas las Órdenes. En la dispersión general cayeron sobre ellos todo género de calamidades; muchos eran ancianos, otros estaban enfermos; unos y otros imposibilitados para trabajar; y como los Gobiernos, según las tendencias de cada uno, pagaban ó no las mezquinísimas asignaciones señaladas, calcúlese cuál sería su situación.

De algunas Órdenes religiosas florecientes en la época de la supresión, apenas quedan más que recuerdos. En cambio los exclaustrados han ocupado honroso lugar entre los escritores católicos, habiendo llegado muchos de ellos á las más altas dignidades de la Iglesia.

En la supresión general de los Regulares salvaron su existencia los Colegios de misioneros de Ultramar y los escolapios. El Concordato vino después á dar alguna mayor amplitud, autorizando con ciertas cortapisas el establecimiento de Casas y Congregaciones religiosas de San Vicente de Paúl, San Felipe Neri y otra Orden de las aprobadas por la Santa Sede. En virtud de esta disposición no tardaron en fundarse algunas Casas religiosas, que desaparecieron en el bienio célebre (1854-1856). Repusieronse de nuevo, y otra vez fueron suprimidas en 1868 por decreto de 13 de Octubre, en cuya virtud debía también reducirse á la mitad el número de conventos de monjas, y desaparecer todos los colegios y monasterios de varones erigidos desde el año 1837. Según la letra del decreto, quedaban suprimidos los Colegios de misioneros de Asia, fundados desde ese año, entre los cuales se encontraba el de los agustinos de La Vid; mas por otro nuevo decreto (12 de Noviembre de 1868) quedó á salvo, como ampliación que era del de Valladolid.

**Restablecimiento de las antiguas Órdenes religiosas.** Además de las Congregaciones de nueva fundación y de varias otras—principalmente de mujeres—que han venido del Extranjero, hanse restablecido no pocos de los antiguos Institutos. Recordamos entre los monacales, los benedictinos, los cartujos y los trapenses; entre los mendicantes, los dominicos, los agustinos (calzados y descalzos), los franciscanos, los capuchinos, los carmelitas (descalzos) y los trinitarios y mercenarios descalzos; entre los clérigos, los

jesuitas, además de los paúles y escolapios, que ya existían. Todos, en general, están dando muestras de una vitalidad que consuela y anima; buena muestra de ello son las notables revistas que redactan, las misiones que dan con notable aprovechamiento del pueblo fiel, los colegios que varios de ellos dirigen y la santa emulación de que están animados para trabajar con ardor en la santificación de las almas, á la vez que perfeccionan las suyas propias.

**Institutos españoles de reciente fundación.** Descuella entre los Institutos españoles de fundación moderna la *Congregación de misioneros del Inmaculado Corazón de María*, fundada en Vich (1849) por el siervo de Dios D. Antonio María Claret, arzobispo que fué de Cuba y después confesor de la reina Doña Isabel II. Esta Congregación se ha difundido mucho por la Península, y están á su cargo las misiones de Fernando Póo. Las demás fundaciones recientes son todas de mujeres. Doña Micaela Desmaisières, vizcondesa de Jorbalán (en la religión *Madre Sacramento*), fundó las *Adoratrices*, con el doble objeto de adorar continuamente al Santísimo Sacramento, y acoger y educar las jóvenes extraviadas, y aun las que, sin serlo, voluntariamente quieran refugiarse en las casas del piadoso Instituto. Las *Hermanitas de los ancianos desamparados* son fundación de D. Saturnino López de Novoa, chantre de Huesca (1874). Dedicanse á endulzar las amarguras de la vejez, acrecentadas por la necesidad. También se han extendido mucho, á pesar de hallarse con anterioridad establecida en muchos puntos de España otro Instituto francés análogo con el título de *Hermanitas de los pobres*. D. Miguel Martínez y Sanz, párroco de Chamberí, fundó en 1851 las *Siervas de María* y las *Siervas de Jesús*, dos ramas de un mismo árbol, para asistir á los enfermos en sus propios domicilios. Los Padres agustinos descalzos Gabino Sánchez—que fué tan querido y respetado en Madrid,—y Angel Barra, han sido después el alma de la Congregación de las *Siervas de María*, ya aprobada en Roma como las dos anteriores.

Las terciarias de Santa Teresa, llamadas ahora *Hermanas carmelitas de la Caridad*, son anteriores á la exlaustración, como fundadas en Vich por Doña Joaquina Mas en 1836. En estos últimos años se han establecido las *Teresianas*, en cuya fundación é incremento ha tenido parte muy activa el presbítero D. Enrique Osó. Unas y otras se dedicaron á la enseñanza, y estas últimas, por su traje y trato peculiar, son admitidas también en Estados

que han suprimido todos los institutos religiosos, como Portugal, Méjico, etc. Recordamos además las *Hermanas de la Inmaculada*, para el servicio doméstico, fundadas por Doña Vicenta López de Vicuña (la Madre Vicenta), y las *Oblatas del Santísimo Redentor*, fundadas por el venerable obispo de Daulia; y las *Hermanas de la Santísima Trinidad*, y las *Hermanas Hospitalarias*, y las *Hijas de Jesús*. Otras más existen de seguro que no las tenemos en la memoria.

**Religiosos que han venido del Extranjero.** De Francia é Italia ha venido á España buen contingente de religiosos y de religiosas, principalmente en estos últimos años. Á raíz de la expulsión de los religiosos franceses (1880) estableciéronse en la Península los agustinos llamados de la *Asunción*, Congregación moderna fundada por el P. D'Alzón, y que, á pesar de lo calamitoso de los tiempos, alcanza en la república vecina vida próspera y floreciente. Además de promover y dirigir las grandes peregrinaciones á Lourdes y Jerusalén, sostiene tres de las publicaciones periódicas más importantes de Francia: el diario *La Croix*, y las revistas *Le Pèlerin* y *El Cosmos*. También se establecieron los benedictinos, los dominicos, los jesuitas y los hermanos de las Escuelas cristianas. Muchos de ellos han regresado á Francia, donde, si la ley no les favorece, el Gobierno los tolera.

Las Congregaciones italianas que han hallado abrigo entre nosotros son la de los redentoristas, la de los salesianos y la de los pasionistas, fundación la primera de San Alfonso Maria de Liguorio; de Dom Bosco, piadosísimo sacerdote, muerto ha poco en olor de santidad, la segunda, y de San Pablo de la Cruz la última.

No es fácil catalogar las Congregaciones de religiosas extranjeras que se han extendido por España. Hace bastantes años que viven entre nosotros, dedicadas generalmente á la enseñanza, las de Nuestra Señora de Loreto, las del Sagrado Corazón de Jesús, las de la Sagrada Familia y las agustinas de la *Asunción*. Las Hermanitas de los pobres que han venido de Francia se dedican á cuidar de los ancianos. Y el Instituto de María Reparadora, y las Esclavas del Sagrado Corazón, que es una rama de la anterior, también han fundado y tienen casa en Madrid y en varias poblaciones de España, dedicadas á la *oración reparadora* ante la Majestad divina, á la enseñanza de niñas pobres y á facilitar á las señoras piadosas días de retiro y ejercicios espirituales.

**Personas notables por su virtud en el siglo XIX.** Con ser esta centu-

ria tan desdichada, no sólo por la falta de sólidas creencias, sino también por lo estragado de las costumbres, es, sin embargo, cierto que no han escaseado personas de virtud acrisolada. Brilló en el trono por su humildad y llaneza, y por su caridad ardentísima, la reina Doña María Amalia de Sajonia, tercera esposa de Fernando VII. El Episcopado español ha tenido gloriosos ornamentos en el siglo XIX: descuellan entre ellos los cardenales Quevedo y Cebrián, aquél obispo de Orense, de donde nunca quiso salir, y éste limosnero mayor de Fernando VII; uno y otro muy caritativos y celosísimos en el cumplimiento de sus delicados deberes. También debemos nombrar á D. Antonio Maria Claret, fundador de la *Librería religiosa*, de Barcelona, de la Congregación ya mencionada de los Misioneros del Corazón de María, y de la Academia de San Miguel para la propaganda de los buenos libros. Aunque arzobispo de Cuba, y después confesor de la Reina, su vida fué siempre muy humilde y su actividad extraordinaria. Trátase desde hace algún tiempo de su beatificación, como también de la *Madre Sacramento*, ilustre fundadora de las Adoratrices, cuyas virtudes predilectas — el amor á Dios y al prójimo — están cifradas en dicha institución.

Cuéntanse también maravillas de la religiosa agustina de Medina-Sidonia Maria de los Dolores, en el siglo *Simi la Hebraea*, por ser hija de un opulento israelita de Gibraltar. Murió ha poco dejando admirables ejemplos de virtud. El P. Conrado Muñíos ha escrito un *Relato histórico* describiendo la vida portentosa de aquella alma angelical.

Mucho podría alargarse este catálogo; tal vez algunos, quizá muchos de los regulares asesinados en 1834 y 1835, murieron mártires; tenemos noticia de numerosos misioneros españoles que han derramado su sangre en testimonio de la fe, siendo muy dignos de especial mención los obispos dominicos D. Melchor García San Pedro, D. Valentín Berrio-Ochoa y D. Jerónimo Hermosilla, que fueron decapitados en el Tung-King, el primero en 28 de Julio de 1858, y los otros dos, el 1.º de Noviembre de 1861. Compañero de estos últimos fué el P. Amalto, decapitado el día mismo que cumplía treinta y un años de edad. Sabemos asimismo que tanto entre el clero secular como entre las religiosas se han visto admirables ejemplos de virtud. Estos últimos años han sido la admiración de la corte por sus egregias virtudes Doña Ernestina Manuel de Villena y Doña Vicenta López de Vicuña; aquella fun-

dó el grandioso Asilo de huérfanos del Sagrado Corazón, y ésta, como queda dicho, las *Hijas de la Inmaculada* para el servicio doméstico.

## CAPITULO VI

---

### La heterodoxia del siglo XIX. — Apologistas y escritores católicos.

**Origen de los errores modernos.** No vamos á acudir á la primera fuente de donde proceden todas las heterodoxias y aberraciones, porque entonces sería necesario tejer larguísimo proceso histórico, muy ajeno de este Apéndice. Parece indudable que el espíritu privado en la interpretación de la Escritura, erigido en principio fundamental por el protestantismo, y la especie de emancipación de la Filosofía de la enseñanza católica, debida á Descartes, han sido las principales fuentes del enjambre de errores que ha inundado al mundo. Hasta el funesto período de la regencia del duque de Orleans no se habian sacado las terribles consecuencias de las premisas indicadas. Voltaire, amamantado á los pechos de una filosofía á ratos materialista, á ratos fatalista, y siempre enemiga del Catolicismo, fué el gran vulgarizador de la impiedad; y poniéndose á la cabeza de los escépticos franceses, hijos en parte de los deístas ingleses, logró poner en moda la incredulidad, impregnada de odio satánico á la Iglesia. Como todas las naciones, pagó España su tributo á Francia; nuestra aristocracia hubiera creído que le faltaba el blasón más rico y noble de su escudo sin el barniz de la última moda francesa, sin renovarse con un baño siquiera en las cenagosas aguas del enciclopedismo ultra-pirrenaico.

Por otra parte, el antiguo regalismo español, al contacto con las corrosivas doctrinas de nuestros vecinos del Norte, iba adquiriendo un carácter abiertamente hostil á Roma, y entrambas corrientes—que bien podemos personificarlas en Campomanes y Aranda,—entronizadas en el poder, dieron por resultado los desastrosos reinados de Carlos III y Carlos IV. Pero ciertas ideas eran todavía al finalizar la centuria pasada patrimonio de pocos españoles, y á generalizarlas contribuyó el inmenso eco de la re-

volución francesa y la invasión napoleónica: los ejércitos franceses iban sembrando por todas partes la incredulidad, en particular por medio de las sociedades secretas, las cuales, andando los tiempos, llegaron á ser amparo y refugio de los *liberales*—fueran ó no afrancesados,—cuando no centros de conspiración contra el Altar y el Trono.

**La heterodoxia entre los franceses y los afrancesados durante la guerra de la Independencia.** Los españoles afrancesados y el rey José entendíanse á maravilla; eran tal para cual. En cambio,—ya lo hemos dicho,—ningún español de los conocidos por sus ideas sanas pasó al bando enemigo. El tristemente célebre D. Juan Antonio Llorente fué el consejero del Rey intruso. Nacido en Rincón de Soto en 1756, vicario general de Calahorra á los veintiséis años, á los treinta y tres era secretario general de la Inquisición y miembro de la Academia de la Historia. En su desapoderada ambición, nunca tuvo en cuenta los dictados de la conciencia: asalariado por Godoy, que quería preparar el terreno para despojar de sus fueros á las provincias vascas, escribió sus *Memorias históricas*. En espera de una mitra se colocó al lado del rey José; y decretada (17 de Agosto de 1808) la supresión de los regniores, fué nombrado director general de los Bienes nacionales. Con fama nada limpia tuvo que dejar el cargo para ocupar el de comisario de Cruzada, y á la caída de Napoleón huyó á Francia, donde terminó la más famosa de sus obras, *Historia crítica de la Inquisición de España*; trabajo sin plan, ni forma, ni crítica, pero lleno de groseras calumnias y de perversa intención, y donde, á pesar de sus gravísimos defectos, han aprendido los extranjeros, amigos y enemigos de la Iglesia, lo que fué, ó más bien lo que no fué la Inquisición española. Llorente escribió también, ó á lo menos publicó, un proyecto de Constitución religiosa por si lo quería adoptar alguna de las repúblicas americanas, y lo mismo en esa obra que en la intitulada *Retratos políticos de los Papas* se manifestó de cuerpo entero: un hombre sin creencias, á trechos protestante, á trechos simple difamador de los Papas y de la Iglesia. En sus últimos años se entretuvo en traducir y publicar una novelucha inmunda como cualquier ganapán literario que comercia dando venenoso pasto á vergonzosas pasiones. Arrojado de Francia en 1823, volvió á Madrid, donde falleció á los pocos días de su llegada.

Los demás afrancesados, Arce, Escolquiz, Estala, Miñano, So-



telo y Reinoso clérigos: Meléndez Valdés, Moratín, Hermosilla, Luis Gutiérrez, Pérez del Camino y Ranz Romanillos, literatos de más ó menos vuelos, y los políticos Urquijo, Azanza y otros muchos, deberían ser estudiados separadamente. De la mayor parte de ellos no podemos decir que sostuvieran doctrinas heterodoxas. Arce no rompía lanzas por cuestión de principios: Urquijo era enciclopedista, como lo demostró siendo ministro de Carlos IV. Moratín no le iba en zaga. Miñano vertió, años después, ideas volterianas en sus *Cartas del pobrecito holgazán*. Colega de Miñano fué Lista, notable literato, maestro de célebres cultivadores de las letras españolas en gran parte del siglo, y de fama no nada ortodoxa, aunque siempre se distinguió por su moderación y por su inquina á todo lo extremado. Añadamos, sin embargo, que Lista no se afrancesó: aunque hizo algo peor, *masonizando* por todo lo alto durante las Cortes de Cádiz.

**Los innovadores y los tradicionalistas de las Cortes de Cádiz.**—El «Diccionario crítico-burlesco».—**La prensa periódica.** Los puntos más importantes y más agriamente controvertidos en las Cortes de Cádiz fueron, como ya lo tenemos dicho, la libertad de imprenta y la abolición del Santo Oficio. Los que se distinguieron más en defensa de estas novedades fueron: el americano Mejía, los clérigos Muñoz Torrero, Villanueva (D. Joaquín Lorenzo) y Ruiz Padrón, y los futuros oradores parlamentarios Argüelles y Toreno. Con ellos votaban también Martínez Marina, Espiga, Oliveros y Gallego, todos clérigos. Los más elocuentes apologistas de las tradiciones españolas fueron también clérigos, distinguiéndose entre ellos Inguanzo—después cardenal-arzobispo de Toledo,—Ostolaza, Lera y Terrero. Sería aventurado suponer que los amantes de las novedades dichas eran todos heterodoxos en el sentido estricto de la palabra; pero á lo menos sus antecedentes, y en muchos de ellos la conducta ulterior, les hace muy sospechosos. No conviene omitir á Puigblanch, autor de *La Inquisición sin máscara*, catedrático que fué de Alcalá; esa obra proveyó de argumentos contra la Inquisición á los diputados gaditanos. Puigblanch pasó después á Inglaterra, y en sus *Opúsculos gramático-satíricos* se mostró panteísta á lo Espinosa.

A la época de las Cortes gaditanas pertenecen las controversias que se suscitaron con motivo del *Diccionario crítico-burlesco* (contestación á un *Diccionario razonado*), del volteriano y celeberrimo bibliófilo Gallardo. Tales y tan groseras y escandalosas

herejías estampó en él, que los mismos diputados liberales no se atrevieron á defender á su autor, á quien le encerraron en el castillo de Santa Catalina, más bien que para castigar su audacia, para ponerlo á salvo de la indignación pública. Los esfuerzos de los diputados católicos para despojar á Gallardo de su bien retribuido cargo de bibliotecario de las Cortes fueron inútiles, y en realidad quienes salieron perdiendo en todos conceptos, y hasta duramente castigados, fueron los católicos; pues un D. Guillermo Jaramillo, que hizo fijar un cartel de desafío contra Gallardo, y el vicario capitular de Cádiz, D. Mariano Martín de Esperanza, que en cumplimiento de su deber había representado á la Regencia contra el malhadado *Diccionario*, estuvieron presos cinco y seis meses respectivamente.

A favor de la libertad de imprenta empezáronse á publicar un enjambre de folletos y periódicos; entre éstos se distinguieron por sus ataques á la Religión *La Triple Alianza*, periódico del americano Alzaibar, y *El Conciso*, que lo era de Sánchez Barbero y López Ramajo. Las Cortes dieron una prueba más de su imparcialidad multando al periodista católico Pastor Pérez por haber tildado de enemigos de la Religión á los redactores de *El Conciso*, y dejando que las publicaciones liberales siguieran sembrando perversas doctrinas. De los folletos, los más importantes fueron *Las Angélicas Fuentes* y *El Jansenismo*, debidos á D. J. L. Villanueva. En el primero intenta probar que Santo Tomás defendió la soberanía nacional, y en el segundo que en España no existía el jansenismo. Aquél fué victoriosamente contestado por el dominico mallorquín P. Puigcerver, y éste y los demás folletos por el P. Alvarado, dominico también y apoloquista incansable y felicísimo de la buena doctrina en las cuarenta y siete cartas que publicó con el pseudónimo de *El Filósofo Rancio*.

Durante las Cortes de Cádiz sonaron por primera vez las palabras *liberal* y *servil*, aplicadas respectivamente á los amantes ó enemigos de las innovaciones que ya conocemos.

Los protestantes D. José María Blanco y D. José Muñoz de Sotomayor. Durante el primer tercio del siglo apenas se trató en serio la propaganda protestante en España. Algunos de nuestros emigrados vivieron en Inglaterra á costa de las sociedades bíblicas, y trabajaron algo en traducir libros de propaganda; pero no dieron muestras de espíritu sectario, á lo menos á favor del protestantismo, dominando más bien entre ellos la incredulidad.

Sólo D. José María Blanco (White), presbítero sevillano, nacido en 1775 y voluntariamente desterrado en Inglaterra desde 1810, hizo algunos esfuerzos. Blanco había recibido una educación muy piadosa, y á los veintiseis años era magistral de la capilla de San Fernando de Sevilla. Colaboró allí en el *Correo Literario*, y más tarde en el *Semanario Patriótico*; formó parte de la *Academia de Letras Humanas* con Reinoso, Lista y otros, y escribió algunas odas y poemas de mérito relativo. En esta época se dió á lecturas malsanas, que, juntamente con las malas costumbres á que se entregó, dieron en tierra con su fe. En tal situación llegó á Madrid, y Godoy le nombró catequista de la escuela pestalozziana. En la corte llevó vida licenciosa y frecuentó el trato de los incrédulos, con quellegó hasta á hacérsele odioso cuanto se relacionase con la Religión, lo cual no le impidió ejercer el cargo de capellán de la Junta Central en los comienzos de la guerra de la Independencia.

El deseo vivísimo de reconocer á los varios hijos que había tenido en su vida licenciosa le hizo trasladarse á Londres, donde primero redactó *El Español*, periódico que no tardó en defender la independencia de América. Blanco obtuvo del Gobierno inglés una pensión vitalicia de 200 libras anuales. Escribió sucesivamente una revista (donde llevó hasta el delirio su furor antiespañol), varias traducciones del inglés y no pocas obras originales de propaganda protestante en inglés y en español. Algo después de su llegada á Londres se hizo protestante (ya sabemos que al salir de España era uno de tantos incrédulos); vivió en el protestantismo oficial bastantes años, aunque en su corazón era más bien unitario desde larga fecha, hasta que en 1835 abandonó solemnemente la Iglesia anglicana para adherirse á la secta de los unitarios, y para terminar sus días, cuatro años después, dominado por las mismas ideas que sacó de España: por la incredulidad, un tanto disfrazada por el deísmo. Entre los muchos escritos de Blanco, en verso y en prosa, españoles é ingleses, cítase una oda en inglés de extraordinario mérito.

Sotomayor era también clérigo, y apostató en Francia para casarse con una señora italiana. Para buscarse la vida se dedicó á traducir libros ingleses, con poca fortuna. No se sabe ni cómo ni dónde murió.

**Los masones.**—**Literatura heterodoxa del reinado de Fernando VII.** De las sociedades secretas que tan activas se mostraron desde

1814 á 1820, sólo diremos que contribuyeron á acelerar la pérdida de América después de haber sembrado en la Península las doctrinas más deletéreas. Los juramentos de los adscritos á la sociedad secreta llamada *Confederación de Caballeros comuneros* tenían tanto de criminales como de ridículos; mas esto no impidió que llegase á contar en España más de diez mil afiliados, en su mayor parte militares. Riego fué uno de ellos. Los comuneros —que se llamaban *tenedores de Padilla*— apenas se entendían con los masones propiamente dichos. Alcalá Galiano, el coronel Van Halen, Evaristo San Miguel, Javier Istúriz y el famosísimo *economista* D. Juan Alvarez Mendizabal, eran de los que más bullían en las logias masónicas. Argüelles y Toreno formaban también parte de la cofradía, si bien no llegaron á ejercer gran influencia.

Masones y comuneros tuvieron sus periódicos durante el infausto trienio (1820-1823), y allá se iban todos en desvergüenzas, en impiedad y en ignorancia. Más cultura y moderación demostraron los afrancesados, que no eran mejores que aquéllos, pero sí más cautos.

Los libros más leídos por entonces no eran mejores que los periódicos. Se tradujeron del francés y del inglés varios que estaban mandados recoger en su tierra nativa por escandalosos y hasta por atrasados. En Filosofía, tanto moral como especulativa, imperaba, aun entre los católicos, el más desenfrenado sensualismo. Según esa Filosofía, el placer y el dolor son las fuentes de nuestras ideas, de nuestros juicios y de todas nuestras resoluciones. Calcúlese cuál será el entusiasmo de los hombres educados en tales ideas por la política utilitaria de Bentham.

Entretanto el arzobispo Amat seguía defendiendo su trasnochado galicanismo en sus *Observaciones pacíficas sobre la potestad eclesiástica*, obra condenada por la Congregación del Índice, y en su trabajo póstumo *Diseño de la Iglesia militante*; mientras el tantas veces citado D. J. L. Villanueva iba tejiendo en sus *Cartas de Don Roque Leal* la apología de los desafueros que en materias eclesiásticas cometían las Cortes liberales. El cual Villanueva escribió además (despechado porque el Papa no le quiso admitir de embajador en Roma) una nube de folletos, acentuando cada vez más su enemiga contra la Santa Sede.

Si de ahí pasamos á la amena literatura, bien podemos decir que la poca y mala que teníamos era un ariete contra las enseñanzas católicas. Habíase empezado á fines del siglo anterior por

traducir las obras dramáticas de Voltaire, con otras no mucho más sanas. Quintana, el egregio poeta, ya había dado muestras de sus ideas volterianas en el reinado de Carlos IV. Prosiguió su obra demolidora como Secretario de la Junta central en las proclamas que redactaba en nombre de ésta. Quintana alcanzó edad muy avanzada, y parece que murió reconciliado con la Iglesia. Bien conocidos son los nombres de Iriarte y Samaniego; uno y otro fueron encausados por sus fábulas volterianas, y el agustiniano Padre Centeno abjuró de *vehementer suspectus de haeresi*. Una de las acusaciones fué la de haber negado la existencia del limbo de los niños: como las demás tuviesen el mismo fundamento, lucida quedaba la Inquisición. Antes y después del P. Centeno han negado el limbo innumerables escritores, entre ellos San Agustín. Salta además á la vista la inconveniencia de llevar á los catecismos una opinión de escuela.

**La apología católica durante el reinado de Fernando VII.** Bien podemos contar entre los trabajos apologéticos el plan de enseñanza de 1824, obra del P. Manuel Martínez, mercenario. Se desterraron los libros de texto regalistas, se establecieron cátedras de Religión y se obligaba á comulgar á todos los estudiantes por lo menos dos veces al año. Pero el resultado de este plan fué negativo, sino contraproducente, porque la juventud venía maledada, y seguía leyendo las obras más perversas entre las que el regalismo y la incredulidad anteriores habían difundido con profusión.

El agustiniano P. Muñoz Capilla publicó una impugnación del *Origen de los cultos*, de Dupuis, titulada *Tratado del verdadero origen de la Religión*; el dominico P. José Vidal su *Origen de los errores revolucionarios*; el P. Alejo Solórzano, benedictino, *El hombre en su estado natural*, rebatiendo el *Contrato social*, de Rousseau, obras las tres de gran mérito. El capuchino P. Vélez tejó la historia de las Cortes de Cádiz en su obra *Apología del Altar y del Trono*, y en la otra, *Preservativo contra la irreligión*. Fuera de esto, la *Filosofía de la Religión*, de Rentería; la *Demostración física de la espiritualidad del alma*, de Cortiñas, y *El triunfo de la verdad y refutación del materialismo*, del propio autor, con algún otro libro menos importante, constituyen la literatura apologética de esta época.

**Heterodoxos políticos más notables en el reinado de Isabel II.** Las tendencias politico-religiosas de los personajes más influyentes de la nación fueron las mismas durante el reinado de Isabel II (sal-

vos cortos intervalos) que en los periodos revolucionarios del tiempo de Fernando VII; los doceañistas Argüelles, Toreno, Martínez de la Rosa, Gómez Becerra, etc., en nada substancial modificaron sus ideas. Los hombres nuevos que formaron la extrema izquierda del partido liberal, llamados progresistas, tampoco aportaron ideas nuevas: sólo se diferenciaban de los anteriores en la mayor violencia con que perseguían á los curas y obispos, teniendo siempre á mano una salida con decir que eran enemigos de las instituciones, de la libertad, del progreso y demás zarandajas con que aun ahora se extasian no pocos.

En las primeras Cortes (1834) figuraron algunos de éstos, como el conde de las Navas y Fermín Caballero. En 1835 hizose famosísimo Mendizabal, antiguo masón y contratista de provisiones del ejército, que si no se metió en honduras científicas, realizó la grande obra de la desamortización, con que logró formar un partido liberal unido y compacto. En las Cortes de 1837 alcanzó poco envidiable celebridad el clérigo hebraizante D. Antonio García Blanco, que presentó un desatinado proyecto de arreglo civil del clero, y votó con los diputados López y Madoz la tolerancia de cultos.

Nuevas hornadas de furibundos progresistas y radicales aparecieron del año 1840 al 1843 y del 1854 al 1856. Eclipsa á todos en el primero de estos periodos el ministro de Gracia y Justicia, Alonso, por sus fieras persecuciones contra la Iglesia y el clero, y por sus descabellados proyectos cismáticos. Suyo es también uno contra las reservas apostólicas. Mal parada quedó por esta época la ortodoxia de D. Félix Torres Amat, obispo de Astorga, traductor excelente de la *Biblia*. Empeñóse en sostener, por cariño mal entendido á la memoria de su tío, el galicano arzobispo de Palma, que la condenación de las obras de éste, hecha en Roma, era anticanónica é ilegal, y acaso por odio á la Santa Sede aprobó la venta de los bienes nacionales. Fué el único Obispo que lo hizo.

El llamado con razón *infausto bienio* (1854-1856) trajo nuevos elementos: los krausistas Figuerola y Salmerón (D. Francisco) hicieron sus primeras armas; pero en lo práctico, no salieron aquellas Cortes del manoseado y viejo regalismo, personificado en el ministro de Gracia y Justicia, D. Joaquín Aguirre.

Elocuentemente defendieron las ideas sanas los señores Pidal y Tejada en el primero de dichos periodos, y Nocedal, Jaén y el mismo Pidal en el segundo.

Aunque durante el reinado de Isabel II no volvió á arreciar la persecución religiosa, la unión liberal cometió en 1865 el gravísimo atentado de reconocer el llamado reino de Italia, y con ese motivo resonaron en el recinto de las Cortes voces elocuentísimas, descollando entre todas las de Aparici y Nocedal, que, como eco de las ideas de la inmensa mayoría de los españoles, tuvieron grandísima resonancia.

**Propaganda protestante en el reinado de Isabel II.** El cuáquero Jorge Borrow, verdadero Quijote del protestantismo, recorrió varias veces la Península de un cabo á otro, desde 1834 á 1839, sin lograr que sus doctrinas arraigasen entre los españoles. Análogos resultados obtuvo el metodista Rule, que desde Gibraltar empezó á hacer sus correrías por España. En 1839 fundó una escuela en Cádiz; pero el alcalde le obligó á cerrarla muy pronto, y con esto dió fin la tentativa metodista. El Dr. James Thompson tampoco fué más afortunado en su infernal propaganda (1845). Más prosélitos hizo Mr. Parker repartiendo profusamente por los puertos del Mediodía el periódico titulado *El Alba* durante el bienio progresista, y por esta misma época el corista de teatro Francisco Ruet, que había renegado de la Religión católica en Turín, hizo gran propaganda en Barcelona con el apoyo del periódico *La Actualidad*. Discípulo de Ruet fué el ex sargento Matamoros, que sin más ciencia que el conocimiento de la táctica militar se metió á reformador y activo *misionero* protestante en Andalucía (1860). Las autoridades dieron en perseguirle, y no tardó en verse encausado. Conmovióse con esto Inglaterra como si se tratase de la vida ó muerte de la nación, y hasta se hicieron rogativas públicas por la libertad del ex sargento, que, en compañía de un José Alhama, fué condenado á ocho años de presidio. D. Miguel Trigo, cadete de artillería, otro de los discípulos de Matamoros, fué condenado á cuatro años de presidio. A todos tres se les conmutó esta pena por igual tiempo de extrañamiento. Matamoros murió en Suiza en 1866, después de varias peregrinaciones por Inglaterra, Holanda y Francia.

**D. Luis de Usoz y Rio.—D. Juan Calderón y D. Lorenzo Lucena.** Fué Usoz uno de los poquisimos españoles que en este siglo han abrazado el protestantismo, sin que á ello le movieran ni el interés ni otras viles pasiones. Nacido en Madrid (1806), estudió con algún lucimiento Derecho y Humanidades. Fué colegial de San Clemente, de Bolonia, donde perfeccionó sus estudios; de vuelta de Italia

en 1835, se enfrascó en la lectura de los protestantes españoles del siglo XVI, y cuando cayó en sus manos la *Apología* del cuáquero Barclay abrazó con ardor la secta de que este autor fué el sostén y apologista más conspicuo. La mania bibliográfica no apagó en Usoz sus fervores de sectario y propagandista; y mientras iba publicando su biblioteca de reformistas españoles, con desprendimiento, constancia y trabajo de benedictino, procuraba sembrar la semilla protestante en prólogos é introducciones, ayudando también á los que, durante el reinado de Isabel II, se dedicaron á la propaganda protestante. Murió en 1865 aferrado á las doctrinas de la secta en que había vivido por espacio de treinta años, y dejando publicados veintiún volúmenes de la biblioteca dicha y algunos trabajos originales.

Calderón y Lucena fueron cosa muy distinta: el primero había profesado la Regla de San Francisco en Alcázar (1807), y con la lectura de los enciclopedistas se hizo incrédulo y liberal. En 1823 emigró á Bayona y se hizo protestante; en Londres se dedicó á catequizar con poco ó ningún fruto á los emigrados españoles. En 1845 se estableció en Madrid con su *mujer*, y tampoco fué más fecunda su propaganda. Murió en Londres en 1854, después de haber escrito, entre otras cosas, varios trabajos apreciables de análisis gramatical.

Lucena fué contemporáneo de Calderón, y llegó á ser Rector del Seminario de San Pelagio, de Córdoba. Huyó á Gibraltar en compañía de una prima suya, con quien se *casó*; y poniéndose desde luego á las órdenes de la Sociedad bíblica de Londres, tradujo algunas obritas de propaganda. No há mucho tiempo vivía en Oxford, dedicado á la enseñanza de la lengua castellana.

**La filosofía heterodoxa durante el reinado de Isabel II.—Apologistas católicos.** A medida que nos acercamos á los tiempos modernos aumenta en gran manera, ya que no la calidad, la cantidad de escritos de todo linaje. Habremos, pues, de ceñirnos á no citar más que nombres y tal cual punto culminante de ciertas doctrinas.

Dejando aparte los extremos frenológicos del catalán Cubí, fervoroso propagandista de la craneoscopia, que procuró siempre ajustar su doctrina á los principios católicos, y los trabajos filosóficos, entre sensualistas y materialistas, del famoso Dr. Mata, y otras tentativas menos notables, mencionaremos únicamente las dos corrientes germánicas que preponderaron en filosofía antes de la revolución de Septiembre: el hegelianismo y el krausismo. De-



votos más ó menos incondicionales de aquel sistema fueron Fernando de Castro, Castelar, Fabié y Pi y Margall. Fabié ha declarado cien veces que es católico apostólico romano, y no tenemos derecho á dudar de su ortodoxia. No hay que fiar mucho en el hegelianismo de Castelar; le venia de perlas apropiarse de ese sistema lo que fuera aprovechable para sus menesteres retóricos, y no pasó de ahí su devoción por el hegelianismo. Pi y Margall, aunque fervoroso hegeliano, en puntos político-sociales está con Proudhon, cuyas obras ha traducido. Ni podía ser otra cosa, puesto que el bello ideal político de Hegel era la monarquía cristiana, que armoniza el poder de los reyes con la libertad de los súbditos, y el Sr. Pi es el apóstol de la república del famoso pacto sinagmático-conmutativo-bilateral.

D. Julián Sanz del Río (enviado por el Gobierno á Alemania en 1844 para que se enterase del movimiento filosófico de aquella nación) introdujo el krausismo en España. Probablemente hoy no queda un sólo krausista entre nosotros, porque los discípulos más fervorosos de Sanz del Río se pasaron al positivismo; mas por espacio de unos veinte años (1850-1870) estuvo en boga el krausismo, y D. Francisco Canalejas, D. Manuel de la Revilla, Figuerola, Salmerón, Giner, Tapia y otros alimentábanse con las fórmulas cabalísticas de Sanz del Río, que no contenian al fin de cuentas más que el panteísmo puro y neto, con ciertos resabios ontológicos y místicos de la peor especie. Se ha hecho proverbial el lenguaje bárbaro y laberíntico que Sanz del Río generalizó entre sus discípulos é iniciados, cuanto es posible generalizar una jerga que sirve para ocultar ideas más bien que para explicarlas.

**Últimas evoluciones de la heterodoxia en España.—Varias especies de incrédulos.** Exceptuando quizá algunos rezagados del krausismo y del hegelianismo, la generalidad de los que fuera del gremio de la Iglesia se ocupan más ó menos en disquisiciones filosóficas, se han pasado con armas y bagajes al positivismo, pero sin que se haya formado una escuela ni bien ni mal organizada; cada uno campa por sus respetos, triscando á sus anchas por el campo del empirismo, previo el gran tajo que han dado á la Filosofía al excluir de ella la Metafísica y toda investigación acerca de lo absoluto. El lazo común que une á todos los filósofos heterodoxos de las diferentes escuelas, es su enemiga contra la Iglesia. Krausistas, hegelianos, darwinistas, positivistas é incrédulos de todas layas, con ó sin filosofías, se congregan en apretado haz en sus

ataques al dogma católico, y sobre todo para lo que sea estorbar algo que signifique favor ó concesión á la Iglesia; y sabiendo que la manera más sencilla de hacerse respetar y temer es acudir al terreno político y á la prensa diaria, la política y el periodismo lo absorben todo, fuera de la propaganda que se hace en los centros de enseñanza, la cual sigue también monopolizada en gran parte por los corifeos de la incredulidad.

Estos han admitido como bueno todo lo que ha ido apareciendo con carácter adverso á la doctrina católica. Así han puesto en los cielos la enorme congerie de acusaciones históricas, geológicas, paleontológicas, filosóficas y teológicas del norteamericano Draper en su historia del *Conflicto entre la Ciencia y la Religión*; se han aprovechado de las teorías darwinistas, en cuanto parecían convenientes á sus fines, acerca del origen y desenvolvimiento de todas las especies, sin excluir la humana, y ya no miran la marca de fábrica ni paran nientes en la procedencia de los cargos que se hacen á la Iglesia. D. Nicolás Salmerón, antiguo discípulo de Sanz del Río, ha llegado á decir en el prólogo á la citada obra de Draper que contribuir á su propagación es «trabajar en la obra de la redención humana», no más que por acumularse en tal libro, aunque con escaso arte, todas las acusaciones imaginables contra la Iglesia.

**La apología católica durante el reinado de Isabel II.** La heterodoxia española del siglo XIX no ha producido hombres del talento y arranque de Balmes y de Donoso Cortés. El primero, si bien ecléctico en el buen sentido de la palabra, preparó con sus obras filosóficas la restauración escolástica, y con *El Protestantismo* y con las *Cartas á un escéptico* formó una magnífica apología de la Religión. Sus escritos políticos tienen también un alcance y transcendencia, que supera acaso á cuanto en el propio sentido se ha escrito en España, y señalan el rumbo que deberían seguir los católicos en esas cuestiones. Murió en 1848, á los treinta y ocho de edad. Donoso Cortés, orador vehementísimo siempre, y más particularmente desde que se despojó de sus aficiones doctrinarias, fué en la tribuna y en la prensa el azote más terrible de la escuela en que había militado y de las medias tintas que le habían tenido sorbido el seso. Sus escritos, igual que los de Balmes, fueron los únicos que, salvando las fronteras españolas, tuvieron resonancia en el Extranjero. Es cierto que si primero ensalzó demasiado los fueros de la razón, después los rebajó de-

masiado, viniendo á parar á un extremado tradicionalismo, anatematizado después por el Concilio del Vaticano; pero no es lícito dudar ni por un momento de la buena fe y de la ortodoxia de Donoso. Cinco años después que Balmes, y con igual envidiable muerte, abandonó esta vida (1853), dejando profunda huella de su paso por el mundo.

Quadrado, egregio y piadoso escritor mallorquín; García de los Santos, Roca y Cornet y otros, lidiaron al lado de Balmes, y después de su muerte, en Cataluña; y en Madrid sostuvieron la causa de la verdad Villoslada, Tejado, Orti y Lara, González Pedroso. Ninguno de éstos fué orador; eran más bien periodistas que en diarios y revistas católicas salían al encuentro del error según sus manifestaciones del momento, sin que unos y otros hayan dejado de escribir obras muy apreciables, ya filosóficas, ya apologéticas y literarias. En Filosofía ocupan lugar distinguido el jesuita P. Cuevas, el dominico P. Zeferino González y el agustiniano Padre Alvarez.

Son notables los estudios bíblicos de D. Francisco Caminero y los canónicos é históricos de D. Vicente de Lafuente. En el largo reinado de Isabel II publicáronse en España importantes revistas y periódicos católicos: antes de *La Civilización* y *La Sociedad*, de Balmes, se habían publicado: *La Voz de la Religión*, *La Revista Católica*, y *El Reparador*; después salieron: *La Censura*, *La Razón Católica*, *La Cruz*, *La Ciudad de Dios* y otras. Entre los periódicos merecen citarse *El Pensamiento de la Nación*, del mismo Balmes; *La Esperanza*, de La Hoz, *El Pensamiento Español*, de Villoslada; *La Constancia*, de Necedal, y *La Regeneración*, dirigida por Canga Argüelles.

**El protestantismo y sus impugnadores durante la época revolucionaria.** Los protestantes españoles que poco antes habían sido desterrados en unión con varios apóstatas que nadie conocía, entraron en la Península como en país conquistado no bien se consumó la revolución de 1868. D. Nicolás Alonso Marselau, ex seminarista de Granada, que apostató en 1858, fué uno de los desterrados que volvieron de Gibraltar; *protestantizó* al principio en Sevilla; mas no tardó en declararse ateo y furibundo socialista. De su fervor protestante nos dejó muestras en su periódico *El Eco del Evangelio*, y en *La Razón*, diario cantonal, de sus impiedades y blasfemias. Marselau abjuró en Roma, y después de varias vicisitudes se ordenó de presbítero, dedicándose con fervor

á la predicación. Murió en Alomartes, arzobispado de Granada (10 de Octubre de 1882), no sin haber dado ejemplos edificantes de virtud sacerdotal.

El personaje de más cuenta entre los protestantes españoles que se dieron á conocer en aquellas fechas, fué el ex escolapio Juan B. Cabrera, no por su talento ni ilustración (no pasó nunca de maestro de primeras letras), sino por su tenacidad, por su falta de aprensión y sobra de atrevimiento. Apenas cantó misa huyó á Gibraltar con la maestra de Fuente la Higuera, de donde no volvió hasta bastante después de la revolución, que se estableció en Sevilla. Subvencionado por los protestantes ingleses con 200 libras esterlinas, y algunos gajes más para la familia, redactó allí la revista *El Cristianismo*, en que quiso dar al protestantismo, que todos conocemos, cierto barniz arcaico y español, entremezclándolo con la liturgia muzárabe y la disciplina visigótica. El Dr. D. Francisco Mateos Gago cogió por su cuenta al infeliz Cabrera, y á los clérigos y seminaristas holgazanes que se le fueron agregando, y los hizo objeto de burla é irrisión de las gentes. Casi todos, clérigos y estudiantes, fueron abjurando al poco tiempo, y el último de ellos creemos que fué un D. Luis A. Fernández Chacón, ex cura párroco de Maguilla, que volvió al gremio de la Iglesia en Junio de 1885. En Cádiz, en Huelva, en Jaén, Granada, Málaga y otros puntos de Andalucía hicieron también algunos prosélitos los protestantes. Los de Cádiz fueron rebatidos y ridiculizados por el canónigo D. Francisco de Lara en varias cartas y opusculos.

D. José García Mora, párroco de Villanueva de Vera, estableció en su pueblo una *Iglesia cristiana liberal*, adefesio que desapareció muy luego al retractarse Mora de sus errores. En Camuñas cometió horrores el clérigo apóstata compostelano D. Félix Moreno Astray. Con la cooperación de algunos caciques revolucionarios (que en todas partes se entendían á maravilla con los llamados protestantes), y á fuerza de amenazas y promesas, hizo apostatar á noventa familias. Contra *El Trueno*, periódico que patrocinaba los desafueros poco *evangélicos* de Moreno Astray, publicaba el Sr. Infantes, párroco de Madridejos, el diario titulado *El Pararrayos*. En Valladolid intentó propagar el error protestante D. Antonio Carrasco; pero le fué á la mano el chantre de aquella catedral, D. Juan González, y aquél se marchó á América.

En León quedó ahogado el mal que pretendió introducir Bou

Rodriguez (anabaptista, rebautizado en el Manzanares, que abjuró en 1879, y escribió después dos opúsculos de muy sabrosa lectura refiriendo las miserias de los pastores protestantes) con la abundancia del bien y con el fervor religioso del pueblo, oportunamente avivado por su Prelado. Varias fueron las escuelas y capillas más ó menos privadas establecidas por el Norte y Noroeste de España y la Corona de Aragón: algunas de ellas subsisten todavía; pero ninguna, que sepamos, ha logrado tener muchos devotos españoles.

La corte ha sido castigada con saña particular por la secta protestante: habíanse establecido antes de 1872, por lo menos, nueve capillas, contando entre todas tres mil y pico de adeptos, bien que de ellos no pasarían de una docena los sinceramente adheridos á la farsa protestante. Entre los de Madrid merece especial mención el presbitero D. Tristán Medina, alma débil que anduvo fluctuando entre el protestantismo y la Iglesia católica, para morir, no ha mucho, arrepentido de sus extravíos. Como en casi todas las apostasías, en la de Medina también anduvieron de por medio las faldas.

Si se nos pregunta qué linaje de protestantismo era el que abrazaban los españoles, sólo diremos que hubo de todo: unos adoptaron el luteranismo, otros se hicieron metodistas, éste anabaptista, aquél cuáquero, el de más allá evangélico, amén de los perfiles que *motu proprio* añadían ó quitaban, según los casos; los jefes, como es natural, procuraban ponerse de cara al sol, es decir, á las libras esterlinas, ajustando sus enseñanzas al deseo de quien procedían aquéllas.

**De la suerte del protestantismo después de la restauración.** Aunque la restauración no fué directamente adversa al protestantismo, como éste se alimentaba de las heces sociales que salían á la superficie merced á la situación anormal de la sociedad española, cuando ésta entró en caja y se regularizó su marcha, quedaron oscurecidos hasta los más furibundos sectarios, y sólo de cuando en cuando han figurado algunos, ora como autores de algunos folletos, ora redactando alguna revista ó periódico. El pueblo no siente el menor entusiasmo por ellos; pero allí donde abundan los recursos, tampoco faltan adeptos, bien que no en tanto número como durante la época revolucionaria. Estos últimos años han levantado en la calle de la Beneficencia, de Madrid, una suntuosa capilla pública, con escuelas á un lado y á otro de la misma, y á

fines de este mismo año de 1892 han pretendido abrirla al culto con solemnidad inusitada.

**La Historia y la Literatura, auxiliares de la impiedad.—Reacción en sentido católico.** Nunca se ha visto audacia semejante á la que han demostrado ciertos españoles para tergiversar los hechos y hacer cargar á la Iglesia con la malicia real ó supuesta de los mismos. Siendo víctima inocente, ha caído sobre ella la odiosidad de cuantas iniquidades han cometido los hombres. Ha contribuido no poco á desnaturalizar nuestra historia, tanto civil como profana, nuestra invencible pereza para consultar las fuentes genuinas, contentándonos con la erudición fácil y barata que se adquiere en los diccionarios extranjeros, escritos casi en su totalidad con espíritu sectario. Pues de los diversos ramos de la Literatura se puede decir lo que ha tiempo escribió De Maistre de la Historia: constituyen una perpetua conspiración contra la verdad. Son imponderables sobre todo los estragos producidos por la novela y por las obras teatrales; pues una y otras, no contentas con hacer odiosas las doctrinas católicas, pervierten los corazones y son azote de las buenas costumbres.

Obsérvase, por dicha, alguna reacción, principalmente en la Historia: el siglo XVI, la Inquisición, el reinado de Felipe II y otros puntos históricos, han sido estudiados á fondo; y la Iglesia, lejos de perder nada en que se haya hecho completa luz, aparece más bella y radiante. Han contribuido á ello los trabajos históricos de los Sres. Orti y Lara y Francisco J. Rodrigo, sobre la Inquisición; los de los Sres. D. José F. Montaña y D. Valentín Gómez acerca de Felipe II, y lo que sobre esos puntos y otros muchos ha escrito el insigne por mil títulos Sr. Menéndez y Pelayo.

**La apología católica desde la revolución de Septiembre acá.—Congresos católicos.** Es grande el número é importancia de los apolo-gistas de esta época; pero daremos cuenta de ellos muy sumariamente. Claro es que han seguido en sus trabajos casi siempre el rumbo que han ido tomando los errores. Draper ha tenido el inmerecido honor de ser refutado por apolo-gistas de gran renombre. El agustiniano P. Cámara, actual obispo de Salamanca; el jesuita P. Mir, el presbítero Sr. Comellas y Cluet y los seglares Rubió y Ors y Orti y Lara, trituraron, siguiendo diferentes métodos, las calumnias de Draper. Darwin ha sido refutado por la señora Pardo Bazán y Polo y Peyrolón.

Entre los apolo-gistas más conspicuos de esta época debemos

también mencionar á los dominicos cardenal González, Martínez Vigil y Arintero; á los Padres Juan Mir y Mendive, jesuitas; á los agustinianos PP. Tomás Cámara, Conrado Muñíos y Marcelino Gutiérrez; al elocuente orador Sr. Manterola, al señor Sánchez de Castro, obispo de Santander; á D. Niceto Alonso Perujo, al señor Caminero, al Sr. Polo y Peyrolón y otros.

Hemos tenido desde la restauración acá diarios católicos de importancia; pero las divisiones que en mal hora surgieron entre ellos hace más de diez años han perjudicado sobremanera á la causa católica. Hacemos constar el hecho y prescindimos en absoluto de comentarios.

Cuanto á revistas, han ido desapareciendo una tras otra las antiguas, si se exceptúa *La Cruz*; de las fundadas desde la restauración acá, *La Ciencia Cristiana*, dirigida por el Sr. Orti y Lara, dejó excelente memoria, principalmente de sus primeros años. Murió no mucho después de haber surgido las indicadas divisiones. Viven todavía con vida más ó menos próspera: *La Controversia* (antes *La Lectura Católica*), de la cual es director el Sr. Salame-ro; *La Ciudad de Dios* (antes *La Revista Agustiniana*), escrita por los PP. Agustinos; *La Revista Calasancia*, por los escolapios; *El Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús*, por los jesuitas; *El Santísimo Rosario*, por los dominicos; *El Eco Franciscano*, por los de la Orden seráfica; *San Juan de la Cruz*, por los carmelitas; y *El Iris de Paz* (antes *El Corazón de María*), por los Misioneros del mismo nombre. Estas cinco últimas son más bien religiosas que apologéticas, lo mismo que *La Semana Católica*, de Madrid, y *La Revista Popular*, de Barcelona. Son notables también las revistas ilustradas *La Ilustración Católica* y *La Hormiga de Oro*; ésta ve la luz pública en la capital del Principado, y aquélla en Madrid.

En 1889 (desde el 25 de Abril al 3 de Mayo) se celebró el primer Congreso católico español: lo preparó el Sr. Sancha, entonces obispo de Madrid-Alcalá y hoy arzobispo de Valencia. En aquella Asamblea, además de haber resonado voces elocuentísimas en defensa de la verdad, se inició el movimiento de unión entre los católicos; después se han celebrado otras dos (una en Zaragoza y otra en Sevilla), en que se han acortado más las distancias.





# ÍNDICE

	Págs.		Págs.
<b>PRELIMINARES</b>			
I.— <i>División de la Historia eclesiástica de España</i> .....	5	II.— <i>Primeros pobladores de España.—Estado religioso y moral de la Península antes de Jesucristo.</i>	5

## PRIMERA ÉPOCA

### PERIODO PRIMERO

*Desde la predicación evangélica hasta la irrupción de los bárbaros (38-409).*

<b>INTRODUCCIÓN</b> .....	9	<b>El Concilio de Zaragoza</b> .....	24
<b>CAPÍTULO PRIMERO</b>		<b>Vicisitudes del priscilianismo</b> .....	24
<b>Predicación del Evangelio en España.</b> <b>— Mártires españoles del primer periodo.</b>		<b>Condenación de Prisciliano y varios compañeros suyos</b> .....	25
<b>Venida de Santiago á España</b> .....	11	<b>Acusadores de Prisciliano</b> .....	25
<b>Predicación de Santiago</b> .....	11	<b>Reliquias del priscilianismo</b> .....	26
<b>La Virgen del Pilar de Zaragoza</b> ..	12	<b>Concilio I de Toledo</b> .....	27
<b>Varones apostólicos</b> .....	13	<b>Cánones disciplinares</b> .....	27
<b>Mártires españoles de los siglos I y II</b> .....	14	<b>Símbolo de la fe y cánones dogmáticos</b> .....	28
<b>Mártires de incierta fecha</b> .....	15	<b>Consecuencias del Concilio</b> .....	29
<b>Mártires del siglo III</b> .....	16		
<b>Mártires del siglo IV</b> .....	17	<b>CAPÍTULO III</b>	
<b>CAPÍTULO II</b>		<b>La autoridad del Romano Pontífice en España.—Jerarquía y disciplina.</b>	
<b>Herejías y concilios de este periodo.</b>		<b>La autoridad pontificia en la causa de Basílides y Marcial</b> .....	30
<b>Basílides y Marcial</b> .....	19	<b>Nuevas apelaciones y consultas</b> ...	31
<b>Concilio de Ilíberis</b> .....	20	<b>Jerarquía eclesiástica</b> .....	32
<b>Cánones del Concilio de Ilíberis</b> ..	21	<b>Los metropolitanos</b> .....	32
<b>El priscilianismo.—Sus doctrinas</b> ..	23	<b>Cultos.—Días de fiesta</b> .....	33
		<b>Sacramentos</b> .....	33
		<b>Ayunos.—Vida religiosa</b> .....	35

Págs.

CAPÍTULO IV

Obispos españoles y otros personajes ilustres fuera de España.

Osio.....	36
Osio y el arrianismo.....	37
Carta de Osio al Emperador.....	39
Nuevas persecuciones contra Osio. —Su muerte.....	40
Intervención de Osio y otros Obispos españoles en varios Concilios.	41
San Dámaso, Papa.....	43
Teodosio.....	44

Págs.

CAPÍTULO V

Cultura cristiana de este período.  
Santos.—Literatura del siglo III.

Literatura del siglo III.....	45
Escritores del siglo IV.—Osio.....	45
San Gregorio Bético.—Casterio.— Potamio.—Olimpio.....	46
San Paciano y Flavio Dextro.....	46
Juvenco.....	48
Prudencio.....	48
Literatura priscilianista.....	49

PERÍODO SEGUNDO

Desde la invasión de los pueblos del Norte hasta la de los árabes (409-711).

Caracteres de este período.....	50
---------------------------------	----

CAPÍTULO PRIMERO

Invasión de los bárbaros y su establecimiento en España.—Los monarcas godos hasta Leovigildo.

Situación del Imperio romano.....	51
Invasión de los vándalos, alanos y suevos.....	51
Entrada de los godos.....	52
Creencias de los pueblos invasores.	52
Más invasiones.....	53
Reparto de España por los pueblos invasores.....	53
Reyes godos hasta Leovigildo.....	53
Reyes suevos.....	55

CAPÍTULO II

La Iglesia española bajo el Imperio de los reyes arrianos.

I.—Nuevas devastaciones.

La causa de España identificada con la de la Iglesia.....	57
Destrucción de la iglesia de Cart-	

gena, Sevilla y de otras varias ciudades.....	57
-----------------------------------------------	----

II.—Constitución y disciplina eclesiástica en los siglos V y VI.

La autoridad pontificia.....	58
Vicariatos apostólicos.....	59
Jurisdicción de los Obispos.....	60
Los bienes de la Iglesia.....	60
El monacato.....	60
San Donato y el monasterio servitano.....	61
San Donato agustiniano.....	61

III.—Concilios de los siglos V y VI, anteriores al III de Toledo.

Concilios de la provincia Tarraconesa.....	61
Concilio II de Toledo.....	63
Concilio I de Braga.....	64
Erección de Lugo en metrópoli, y II concilio de Braga.....	64

IV.—Herejías y cismas.

Los priscilianistas en la provincia galaica.....	65
--------------------------------------------------	----

	Págs.
Origenistas y nestorianos.....	66
Cismas de Lugo, Sevilla y Calahorra.....	67
V.— <i>Mártires y Santos hasta la conversión de Recaredo.</i>	
Mártires de esta época.....	68
Santos.....	69
VI.— <i>Literatura cristiana de los siglos V y VI.</i>	
Draconcio y Orencio.....	71
Idacio.— Santo Toribio.....	71
Paulo Orosio.....	72
Bacchiario, Severo, Pedro, Abundio Avito, Abigao.....	73
San Martín Dumense.....	74
Escritores de la provincia Tarracense: Ascanio, Juan, Justo, Justiniano y otros.....	74

### CAPÍTULO III

#### Reinado de Leovigildo. — Conversión de Recaredo y de los godos.

Discordias domésticas.....	75
Conversión de Hermenegildo. — Declárase éste contra su padre Leovigildo. — Persecución de los católicos.....	76
Guerra entre Leovigildo y su hijo Hermenegildo. — Muerte de éste. Juicio de la rebelión de Hermenegildo y del comportamiento de su padre.....	77
Vicios y hechos culminantes de Leovigildo. — Su muerte.....	80
Conversión de Recaredo y la de todos los godos. — Consecuencias de esta conversión.....	80
Concilio III de Toledo.....	81
Cánones disciplinares.....	82

### CAPÍTULO IV

#### La Iglesia y el Estado desde Recaredo hasta Don Rodrigo (586-711). — Concilios.

##### I. — Reyes godos.

Desde Recaredo hasta Sisenando..	84
Chintila, Tulga, Chindasvinto y Recesvinto.....	85
Desde Wamba hasta Egica.....	86
Witiza y Rodrigo. — Fin de la monarquía goda.....	87

##### II. — Concilios españoles desde el IV de Toledo hasta el XVIII, celebrados en la misma ciudad.

Qué eran los concilios españoles de esta época.....	89
Concilios del siglo VI después del III de Toledo.....	89
Decreto de Gundemaro.....	91
Concilio IV de Toledo.....	92
Concilios V, VI y VII de Toledo..	92
De los concilios VIII, IX y X de Toledo, celebrados en tiempo de Recesvinto.....	93
Concilios XI, XII y XIII de Toledo.	94
Concilios XIV y XV de Toledo...	94
Ultimos concilios españoles antes de la invasión árabe.....	95

##### III. — Disciplina y culto de la Iglesia española desde Recaredo hasta Don Rodrigo.

Los sacramentos.....	96
Obispos y diócesis. — Elección de aquéllos.....	97
Intervención de los Reyes godos en la Iglesia y la de los Obispos en el Estado.....	98
Educación del clero y bienes eclesiásticos.....	98
Liturgia española.....	99
Iglesias. — Solemnidad del culto...	99

	Págs.		Págs.
IV.— <i>Literatura y vida religiosa.—</i>		pos también de Zaragoza.....	102
<i>Santos y varones ilustres del si-</i>		El Papa Honorio y San Braulio...	103
<i>glo VII.</i>		Prelados insignes de Toledo: Ela-	
San Leandro.....	100	dio, Justo y los dos Eugenios...	104
San Isidoro.....	100	San Ildefonso.....	104
Eutropio y el Biclarense.—Conan-		San Julián.....	105
cio de Palencia.....	101	Los Santos Fructuoso y Valerio...	105
Licianiano de Cartagena y Severo		Masona, obispo de Mérida.....	106
de Málaga.....	102	Bulgarano, Sisebuto y Chindas-	
Máximo y Tajón, obispos de Zara-		vinto.....	106
goza.....	102	Carácter general de la literatura de	
Los hermanos Juan y Braulio, obis-		este período.....	107
		Del monacato en el siglo VII.....	107

## SEGUNDA ÉPOCA

### LA RECONQUISTA

## PERIODO TERCERO

Desde la invasión de los árabes hasta la batalla de las Navas (711-1212).

### INTRODUCCIÓN..... 109

### CAPÍTULO PRIMERO

#### Conquista de España por los árabes.

—La restauración cristiana en el siglo VIII.—Dogma y moral de este siglo.

#### 1.—*Conquista de España por los árabes.*

Tarik y Muza.—Crueldades de éste.	111
Organización de la España árabe..	111
Muerte de Abdalazis.—Mártires de la invasión árabe.....	112
Teodomiro.—Situación de los cristianos bajo la dominación mahometana.....	112
Los Obispos españoles en los primeros tiempos de la dominación árabe.....	113

#### II.—*Restauración cristiana en el siglo VIII.*

Proclamación de D. Pelayo.....	113
Desde Favila hasta Alfonso el Cas-	
to.....	114
Descubrimiento de las reliquias de Santiago.....	115
Sublevación de los cristianos en el Pirineo.—Obispos de Pamplona y de Sasave.....	115
La restauración cristiana en Cataluña.—Obispo de Urgel.....	116

#### III.—*El dogma y la moral en el siglo VIII.*

Los enemigos del dogma católico..	117
Los muladíes.....	117
Migecio y Egila.....	117
El adopcionismo, sus impugnadores y vicisitudes.—Félix Elipando	118

	Págs.
Varones ilustres en ciencia y virtud en la primera época de la Restauración .....	119

## CAPÍTULO II

### Progresos de la restauración cristiana hasta San Fernando.

#### I.—*Restauración cantábrica y castellana.*

Progresos de la restauración cantábrica en el siglo IX.....	120
Restauración cantábrica en el siglo X.....	121
Progresos de la restauración cantábrica en los siglos XI y XII.....	122
Alfonso VIII. — La batalla de las Navas.....	123
Restauración castellana.....	124

#### II.—*Restauración pirenaica, catalana y portuguesa.*

Reino de Navarra.....	125
Reino de Aragón.....	126
Condado de Barcelona.....	126

## CAPÍTULO III

### Restauración religiosa.

#### I.—*Erección y restauración de obispos.*

Erección de la Sede obetense. — Restauración de la de León.....	127
Otras Sedes restauradas.....	127
Engrandecimiento de Compostela.....	128
Restauración de las Sedes episcopales de Osma, Segovia, Sigüenza, Salamanca y Zamora.....	129
Erección de las diócesis de Ciudad Rodrigo y Plasencia. — Restauración de las de Coria, Segorbe y Cuenca.....	129
Restauración de los obispos de Gerona, Barcelona y Ansona	

(Vich).—Metrópoli de Cataluña.....	130
Traslación de la Silla de Roda á Barbastro.—Restauración de las de Lérida y Tortosa.....	131
Tarragona, metrópoli de Cataluña.....	132
Erección del obispado de Nájera.— Su traslación á Calahorra y Santo Domingo de la Calzada.....	132
Restauración de los obispos de Zaragoza y Tarazona.....	133

#### II.—*Las Ordenes en todo este periodo desde el siglo IX en adelante.*

Los primeros monasterios en los comienzos de la Restauración.....	133
El monacato en los Estados de Castilla y León.....	133
El monacato en Navarra y Aragón.....	134
El monacato en Cataluña.—Montserrat.....	135
Los dumiacenses y cistercienses en España.....	136
Los canónigos regulares.....	137
Órdenes militares en Jerusalén.....	138
Primeras Órdenes militares de fundación española.—Caballeros de Calatrava.....	138
Caballeros de Alcántara.....	139
Caballeros de Santiago.....	140
Otras Ordenes militares.—Roncesvalles.....	140
Monasterio de las Huelgas de Burgos.—El de Sixena en Aragón.....	141

#### III.—*Concilios.*

La Iglesia de España en sus Concilios.....	142
Concilio de Coyanza.....	143
Otros varios Concilios en los Estados cantábricos.....	144
Concilios de los Estados pirenaicos.—Los de Portus y Elna de Tuyas.....	145
Asamblea de Jaca.....	146
Asamblea de Gerona.....	146

	Págs.		Págs.
<b>IV.—Disciplina de la Iglesia española durante este período.</b>		<b>Escritores de los siglos XI y XII...</b>	157
Disciplina mozárabe.....	147	<b>Costumbres de la época.....</b>	157
Relaciones con la Santa Sede.—			
Metropolitanos.....	147		
Sacramentos.—Humanidad eclesiástica.....	148		
Bienes de la Iglesia.—Diezmos....	148		
Abolición del rito mozárabe en Aragón y Navarra.....	149		
Aprobación del rito mozárabe en León y Castilla.—Gestiones para su abolición.....	150		
Nuevas gestiones para la abolición del rito mozárabe.....	150		
Abolición definitiva.....	151		
<b>V.—Varones más notables en santidad.—Cultura general.—Costumbres.</b>			
Santos de los siglos IX y X.....	152		
Santos del siglo XI.....	153		
Obispos santos del siglo XII.....	154		
Canónigos, monjes y religiosos santos del siglo XII.....	155		
Otros Santos y mártires de la centuria duodécima.....	155		
Muestras de cultura en los siglos IX y X.....	156		

## CAPÍTULO IV

### Los mozárabes.

<b>Razón de este capítulo.—Estado social y religioso de los mozárabes.....</b>	158
<b>Templos y monasterios mozárabes de Córdoba y sus cercanías.....</b>	159
<b>El primer Concilio de Córdoba...</b>	160
<b>Situación de los cristianos en Córdoba á mediados del siglo IX...</b>	160
<b>Primeros mártires de Córdoba...</b>	161
<b>Concilio II de Córdoba.....</b>	161
<b>Nueva persecución.—Mártires...</b>	162
<b>Herejía de los antitrinitarios.....</b>	162
<b>Hortagesis.—Sus errores.....</b>	163
<b>Refutación del antropomorfismo por el abad Sansón.....</b>	163
<b>El apóstata Bodo.—Su controversia con Alvaro Cordobés.....</b>	164
<b>Escritores mozárabes.—San Eulogio.....</b>	165
<b>El abad Esperandeo, Sansón, Alvaro Cordobés y otros.....</b>	165
<b>Exterminio del pueblo mozárabe..</b>	167
<b>Carácter de este período.....</b>	168

## PERIODO CUARTO

### TÉRMINO DE LA RECONQUISTA

Desde las Navas de Tolosa hasta la toma de Granada. (1122-1192).

### CAPÍTULO PRIMERO

#### Reyes de España.—Sus relaciones y desavenencias con la Santa Sede.

<b>San Fernando y Jaime I.....</b>	170
<b>Alfonso el Sabio.—Sancho el Bravo y Fernando el Emplazado...</b>	170
<b>Alfonso XI.—La batalla del Salado.....</b>	171
<b>Pedro el Cruel y Enrique II.—Juan I y Enrique el Doliente.....</b>	172
<b>Juan II y Enrique IV.....</b>	173
<b>Desacuerdos entre los reyes de Aragón y la Santa Sede.....</b>	173
<b>Siguen las desavenencias.....</b>	174
<b>Término de las desavenencias entre la Santa Sede y Aragón.—Expedición de catalanes y aragoneses á Oriente.....</b>	175

	Págs.
Reyes de Aragón hasta D. Fernando el Católico.....	177
Navarra hasta fines del siglo XV..	178
Los Reyes Católicos.....	179
Establecimiento de la Inquisición..	179
Procedimientos de la Inquisición.	
—El primer Inquisidor.....	180
Conquista de Granada.....	181

## CAPÍTULO II

### Órdenes religiosos. — Fundación y restablecimiento de obispados. — Fundación de Universidades.

Órdenes religiosos de institución extranjera.....	182
Extinción de los templarios. — Orden militar de Montesa.....	183
Fundaciones y restauraciones hechas por D. Jaime de Aragón y Fernando de Castilla.....	184
Creación de la cátedra episcopal de Cádiz. — Restauración de las de Cartagena, Málaga y Guadix. — Erección de la de Almería.....	185
Conquista de Canarias. — Fundación de su iglesia catedral.....	186
Primeras Universidades de España.	186
Universidades del reino de Aragón.	188
Colegios Mayores.....	188

## CAPÍTULO III

### Concilios y herejías. — Cismas. — Los judíos. — Disciplina y moral.

#### I. — Concilios y herejías.

Concilios de este período en Castilla y Aragón.....	189
Los albigenses en León.....	189
Castigos corporales impuestos á los herejes.....	191
Los albigenses y valdenses en los Estados de Aragón.....	191
Constituciones de Jaime I. — La In-	

quisición. — Albigenses del obispado de Urgel.....	192
Arnaldo de Vilanova.....	193
Varios herejes de Aragón en el siglo XIV.....	193
Más herejes del siglo XIV.....	195
Herejes españoles del siglo XV. — Pedro de Osma.....	196
Los herejes de Durango. — Los de Barcelona.....	197

#### II. — Cismas.

El gran cisma de Occidente. — Sus principios. — Legitimidad de Urbano VI.....	198
Actitud de los reyes de España en presencia del cisma.....	198
Mueren Urbano VI y sus sucesores Bonifacio IX é Inocencio VII. — Muerte de Clemente VII y elección de Benedicto XIII (Pedro de Luna).....	199
España y Pedro de Luna. — Resistencia á renunciar.....	199
Junta de Alcalá. — Varias alternativas.....	200
Concilios de Pisa y de Perpiñán. — Benedicto XIII y los españoles..	200
Benedicto XIII, el Concilio de Constantza y los españoles.....	201
Muerte de Pedro de Luna. — Desaparecen los últimos restos del cisma.....	202

#### III. — Los judíos.

Varias alternativas de la raza hebrea hasta el siglo XIV.....	202
Los judíos españoles durante el siglo XIV.....	203
Los judíos en el siglo XV. — San Vicente Ferrer. — Disputa de Tortosa.....	204
Concilio de Zamora. — Expulsión de los judíos.....	204

	Págs.
<b>IV.—Disciplina y costumbres.</b>	
Nuncios apostólicos. — Elección y confirmación de Obispos. — Provisión de otros beneficios.....	205
Institución de prebendas de oficio.....	206
Bienes eclesiásticos.—Hospitales..	206
Ritos especiales. — Representaciones dramáticas. — Misas de ánimas.....	207
Costumbres del clero.....	208

## CAPITULO IV

<b>Cultura de este periodo.—Santos.</b>	
Escritores apologeticos.....	209

	Págs.
Teología moral y Derecho canónico.—Tendencia de esta ciencia..	210
Filosofía.....	212
Legislación civil. — El Código de Aragón.—Las siete Partidas....	212
Estudios históricos. — D. Rodrigo Jiménez de Rada y D. Lucas de Tuy. — Alfonso el Sabio y Jaime el Conquistador.....	213
Las Bellas Artes.—La Poesía....	214
Música, Arquitectura, Escultura y Pintura.....	215
Santos más notables de este periodo.—Santos del siglo XIII.....	215
Varones ilustres en cantidad de los siglos XIV y XV.....	217
Personajes ilustres.....	217

# TERCERA ÉPOCA

(1492-1892)

## PERIODO QUINTO

Desde la conquista de Granada hasta el adelantamiento de la Carta de Borjón (1492-1500).

<b>INTRODUCCIÓN.....</b>	219
--------------------------	-----

## CAPITULO PRIMERO

<b>Descubrimiento del Nuevo Mundo. — La Iglesia española hasta el adelantamiento de Carlos I.</b>	
---------------------------------------------------------------------------------------------------	--

<b>I.—Descubrimiento del Nuevo Mundo.</b>	
Origen de los pueblos americanos, su religión y artes.....	221
Colón.—Primera idea y preliminares del descubrimiento.....	222
Descubrimiento del Nuevo Mundo y viajes sucesivos de Colón.....	223

## II. — Reformas generales.

Reforma de los regulares.....	223
-------------------------------	-----

Expulsión de los judíos y de los moriscos.....	225
Reformas en la disciplina. — Elección de Obispos.....	225
Derechos de vacantes.—Origen del «Regium exequátur».....	226
Incorporación de los Maestrazgos á la Corona. — Abolición de señoríos episcopales, y restricción del fuero eclesiástico y de las inmunidades.....	227

## III. — Guerras de religión.

Conciliábulo de Pisa é intervención de las armas españolas en defensa del Pontífice Julio II.....	228
Conquista de Navarra.....	228
La conquista de Orán.....	229



	Págs.
IV.— <i>Cisneros y la cultura española.</i>	
Cisneros, protector de las ciencias y de las artes.....	229
Poliglota complutense.....	230
Cisneros, político y religioso. — Su muerte.....	232

## CAPITULO II

### América y Filipinas.

I.— <i>Nuevos descubrimientos y conquista espiritual de América.</i>	
Conquistas de Hernán Cortés, Pizarro, Almagro, etc.....	233
Predicación del Evangelio en América.....	233
Misioneros más ilustres y santos de América.....	234
Fray Bartolomé de Las Casas.....	237
Juicio de Las Casas.....	238
Patriarcado de las Indias occidentales.....	238
II. — <i>Conquista temporal y espiritual de Filipinas.</i>	
Primeras expediciones á Filipinas.....	239
Prepárase la última expedición....	240
Conquista de Filipinas.....	241
La disciplina eclesiástica en Filipinas y demás posesiones españolas de Ultramar.....	242

## CAPITULO III

### Reyes de la Casa de Austria.

Felipe el Hermoso.....	243
Comienzos del reinado de Carlos V.....	243
Clemente VII y Carlos V. — Saco de Roma. — Condiciones impuestas al Papa.....	243
Término del litigio.....	245
Ultimos años de Carlos V y su muerte. — Calumnias acerca de su ortodoxia y la de su madre...	245

	Págs.
Felipe II.....	246
Paulo IV y Felipe II.....	247
Felipe III y Felipe IV.....	248
Urbano VIII y Felipe IV.....	249
Relaciones de España con los Papas Inocencio X y Alejandro VII.....	249
Carlos II.....	250
Muere Carlos II y pasa la corona á la Casa de Borbón.....	251

## CAPITULO IV

### Germanías y Comunidades. — España contra herejes é infieles. — Los protestantes en España.

#### I. — *Germanías y Comunidades.*

Germanías de Valencia y Mallorca.....	252
Comuneros de Castilla.....	252

#### II. — *Luchas de España contra infieles y herejes.*

Los moriscos.....	253
Los españoles en Viena y Túnez..	254
De nuevo los moriscos. — Sublevación de las Alpujarras.....	254
Batalla de Lepanto.....	255
Expulsión de los moriscos.....	256
España y los protestantes. — Carlos V y los protestantes.....	257
Felipe II y el protestantismo. — Campaña contra Francia.....	257
Origen de las guerras religiosas de Flandes.....	258
Gobierno del duque de Alba.....	259
Gobierno de Requesens, de Juan de Austria y de Alejandro Farnesio.....	259
La Armada Invencible.....	260
Muerte de Farnesio, gobierno del archiduque Ernesto y del conde de Fuentes. — Independencia de los Países Bajos.....	260
El protestantismo en España. — Principios de la herejía. — Rodri-	

	Págs.
go de Valer.— El Dr. Egidio.—	
El Dr. Constantino.....	261
Otros varios herejes.—Autos de fe.	262
Protestantes de Valladolid.....	262
La Inquisición toma cartas en el	
asunto.—Autos de fe.....	263
Causa del arzobispo Carranza....	264
Los protestantes españoles en el	
Extranjero.....	265
Los alumbrados.....	266
Molinos.—Sus errores.—Condéna-	
los el Santo Oficio.....	267

## CAPITULO V

### **Concilios. — Reformas. — Disciplina.** **— Costumbres generales. — Varo-** **nes ilustres en santidad.**

#### *I.—Concilios.*

Concilio de Trento.....	268
Admítase en España el Concilio	
de Trento.—Concilios provincia-	
les.....	269
Seminarios.....	270

#### *II.— Reforma de las Órdenes religiosas.*

La del Carmen por Santa Teresa	
de Jesús.....	271
Reforma de los franciscanos. —	
Fundación de los agustinos des-	
calzos.....	271
Reforma de los mercenarios y de	
los trinitarios.....	272
Nuevas Órdenes religiosas. — La	
Compañía de Jesús.....	272
Fundación de los Hospitalarios por	
San Juan de Dios, y de las Es-	
cuelas Pías por San José de Ca-	
lasanz.....	274

#### *III.—Disciplina.*

Establecimiento del Tribunal de la	
Nunciatura.....	275
Cámaras reales de Castilla é Indias.	276
Capellanía mayor.....	276
El Consejo de las Órdenes militares.	277
Asuntos económico-disciplinales.	
— Diezmos. — Enajenación de	
bienes de la Iglesia.—Contribu-	
ción del Excusado.—Millones...	277
Comisaría de la Cruzada.—Nuevo	
Rezado.....	278
Hospitales.—Su erección y reduc-	
ción.....	280

#### *IV.— Costumbres del pueblo español* *y varones ilustres en santidad.*

Costumbres generales.....	281
Santos del siglo XVI.....	281
Beatos y Venerables.....	283

## CAPITULO VI

### **Universidades. — Ciencias,** **letras y artes.**

Universidades fundadas en Castilla	
durante este período.....	285
Universidades de la Corona de	
Aragón.....	285
Teólogos, escriturarios, filósofos y	
políticos de los siglos XVI y XVII	286
Brevísima exposición del molinís-	
mo y del tomismo.....	287
Comienzan las disputas teológicas,	
y llévase la cuestión á Roma.—	
La Congregación «De Auxiliis».	288
Canonistas.....	289
Escritores ascéticos y místicos....	290
Predicadores sagrados.....	291
Historiadores de los siglos XVI y	
XVII.....	292
La seudo historia.....	293
Clérigos y religiosos literatos.....	295

## PERÍODO SEXTO

Reinado de la Casa de Borbón.

	Págs.
Caracteres de este período.....	296

### CAPITULO PRIMERO

#### Guerra de Sucesión.—Reyes de la dinastía borbónica.

Causas de la complicación europea.....	298
La guerra de Sucesión.—Muerte del archiduque Carlos.....	298
Intervención de la Iglesia en la guerra de Sucesión.....	299
Felipe V.....	299
Fernando VI.....	300
Carlos III.....	300
Carlos IV.....	302

### CAPITULO II

#### Reformas y disciplina.—Vejeaciones contra la Iglesia.

##### I.—Reformas y disciplina.

Convenios frustrados con la Santa Sede.....	302
La bula «Apostolici Ministerii», de Inocencio XIII.—Concordato de 1837.....	303
Preliminares de nuevo Concordato.—El de 1753.....	304
Otras gracias de la Santa Sede.—La Rota.....	305
División de diócesis.....	305
Concilios y Sínodos.....	306
Algunas reformas introducidas en universidades y colegios.....	306
Fundación de las Órdenes de Carlos III y de María Luisa.....	307

##### II.—Vejeaciones contra la Iglesia.

Legislación civil en materias eclesiásticas.....	308
--------------------------------------------------	-----

	Págs.
El «Regium exequátur».....	308
La Inquisición á fines del siglo XVII.....	309
Expulsión de los jesuitas.—Extinción de la Compañía.....	310
Otras vejeaciones.....	311

### CAPITULO III

#### Virtud y letras durante el siglo XVIII.—Heterodoxos.

##### I.—Personas notables en virtud y letras.

Beatos y venerables de la última centuria.....	312
Prelados ilustres en virtud.....	313
Teólogos y canonistas del siglo XVIII.....	313
Estudios históricos.....	314
El P. Flórez.—Los PP. Risco, Merino y La Canal.....	314
Sabios escritores jesuitas del siglo pasado.....	315
Apologistas del siglo XVIII.....	315
La elocuencia sagrada.....	316

##### II.—La heterodoxia en el siglo XVIII.

Los regalistas.....	317
Los enciclopedistas.....	318
Procesos inquisitoriales en el siglo XVIII.—Los judaizantes.—Los alumbrados.....	319
Olavide.....	320

### CAPITULO IV

#### La Iglesia y el Estado en el siglo XIX.

##### I.—Hasta la muerte de Fernando VII.

Origen y carácter de la guerra de la Independencia.....	321
---------------------------------------------------------	-----

	Págs.
La Regencia.—Las Cortes de Cádiz.	322
Supresión del Santo Oficio.....	323
Juicio de la Inquisición.....	324
Época anticonstitucional.....	325
Nuevos atropellos de los constitucionales.....	325
De nuevo los realistas.....	327

## II.—Reinado de Isabel II.

Causas de la guerra civil.....	327
Primer degüello de los frailes....	328
Nuevos degüellos.....	329
Reformas eclesiásticas.....	330
Enajenación de los bienes eclesiásticos.....	330
Certificados de fidelidad.—Persecución contra los obispos.—Gobernadores intrusos.....	332
La Nunciatura, el Papa y el Gobierno español.....	333
Reparaciones y desagravios á la Iglesia.....	334
Balme y el casamiento de Isabel II.....	335
Concordato de 1851.....	335
Iniquidades del bienio progresista.	336
Nueva reacción.—Convenio adicional de 1860.....	336
Retención de la Bula «Quanta cura».—Reacción tardía.—Reconocimiento del reino de Italia.—Destronamiento de Isabel II....	337

## III.—Período de la revolución de Septiembre.—La restauración.

Los primeros exabruptos de la revolución.....	338
Cortes constituyentes, libertad de cultos, matrimonio civil, persecución de Obispos, juramento, etc.....	339
Reinado de Amadeo de Saboya....	341
La Iglesia de España durante la república.....	341

	Págs.
Los dos años de Gobierno provisional.....	343
La restauración.....	344

## CAPITULO V

### Disciplina eclesiástica.—Institutos religiosos y personas notables en virtud.

#### I.—Disciplina.

Concordato de 1851.....	345
Los regulares según el Concordato y disposiciones posteriores...	346
Lo que se ha cumplido del Concordato.....	346
Disposiciones concordadas en orden á la provisión de beneficios simples.....	347
Reducción de fiestas.....	347
Esponsales inválidos sin escritura pública.....	348

#### II.—Institutos religiosos.—Personas notables en virtud.

Los Regulares desde 1835 hasta la restauración.....	349
Restablecimiento de las antiguas Órdenes religiosas.....	349
Institutos españoles de reciente fundación.....	350
Religiosos que han venido del Extranjero.....	351
Personas notables por su virtud en el siglo XIX.....	351

## CAPITULO VI

### La heterodoxia del siglo XIX. Apologistas y escritores católicos.

Origen de los errores modernos...	353
La heterodoxia entre los franceses y los afrancesados durante la guerra de la Independencia.....	354

	Págs.	P.
Los innovadores y los tradiciona- listas de las Cortes de Cádiz.—El Diccionario crítico-burlesco.—La prensa periódica.....	355	reinado de Isabel II.—Apologis- tas católicos.....
Los protestantes D. José María Blanco y D. José Muñoz de Soto- mayor.....	356	Últimas evoluciones de la hetero- doxia en España.—Varias espe- cies de incrédulos.....
Los masones.—Literatura heterodo- xa del reinado de Fernando VII.	357	La apología católica durante el rei- nado de Isabel II.....
La apología católica durante el rei- nado de Fernando VII.....	359	El protestantismo y sus impugna- dores durante la época revolu- cionaria.....
Heterodoxos políticos más notables en el reinado de Isabel II.....	359	De la suerte del protestantismo des- pués de la restauración.....
Propaganda protestante en el rei- nado de Isabel II.....	361	La Historia y la Literatura, auxilia- res de la impiedad.—Reacción en sentido católico.....
D. Luis de Usoz y Rfo.—D. Juan Calderón y D. Lorenzo Lucena.	361	La apología católica desde la revo- lución de Septiembre acá.—Con- gresos Católicos.....
La filosofía heterodoxa durante el		